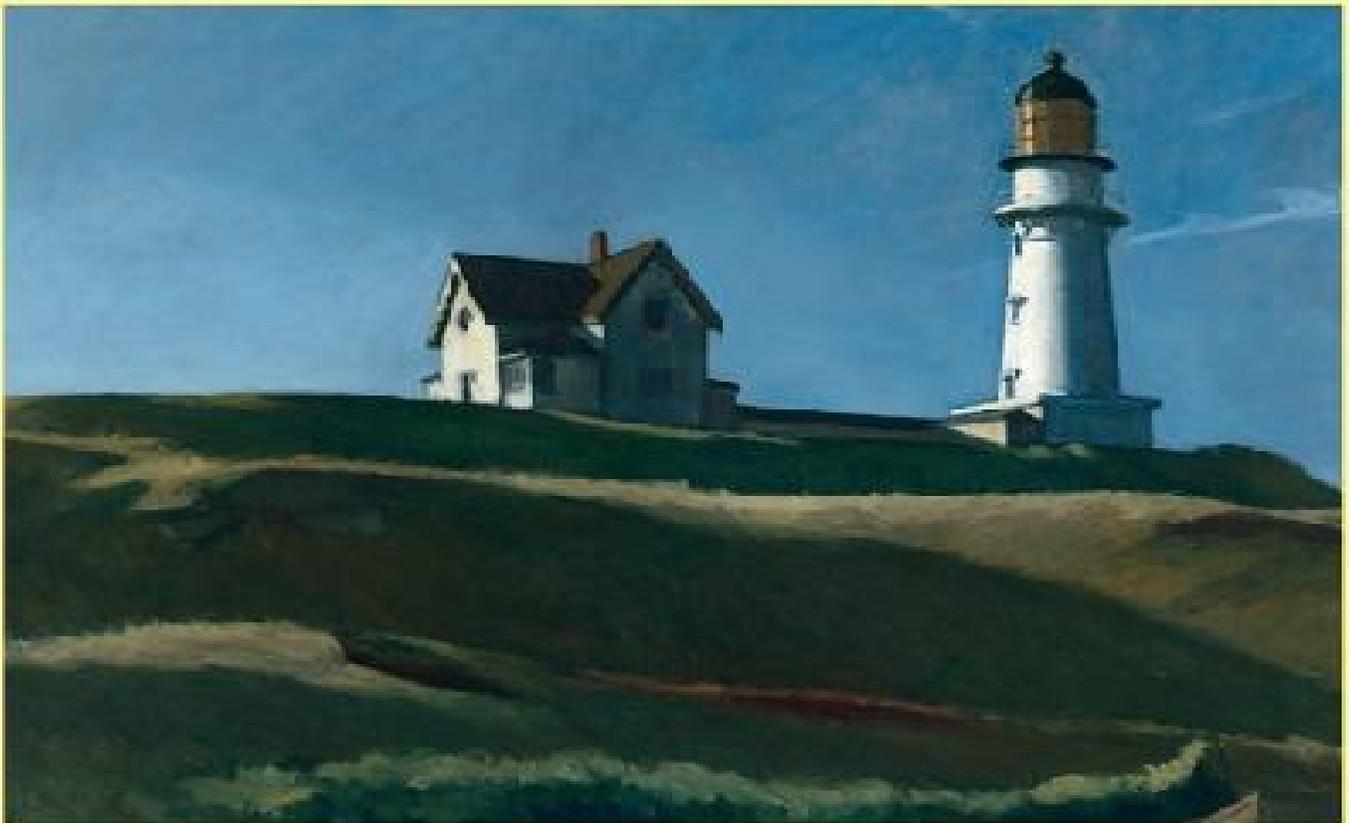


LUTZ SEILER

Kruso



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

PORTADA
LUNA PEQUEÑA
EPÍLOGO
SECCIÓN DE DESAPARECIDOS
AGRADECIMIENTOS
CRÉDITOS
NOTAS

Para Charlotta

Pero volviendo a mi nuevo compañero: yo estaba encantado con
él.

DANIEL DEFOE, *Robinson Crusoe*

LUNA PEQUEÑA

Desde que se puso en camino, Ed se encontraba en un estado de excesiva tensión que le impedía dormir en el tren. Delante de la Estación del Este, que en el nuevo horario de trenes se llamaba Estación Central, había dos farolas, una casi enfrente, junto al edificio de Correos, y otra sobre la puerta principal, donde estaba aparcada una camioneta con el motor en marcha. La soledad de aquella noche no casaba con su idea de Berlín, pero qué sabía él de Berlín. Pronto regresó al vestíbulo y se acomodó en uno de los amplios antepechos de las ventanas. En el vestíbulo había tal silencio que desde su sitio pudo oír el tableteo con que arrancó fuera la camioneta.

Soñó con un desierto. En el horizonte, un camello que se acercaba. Flotaba en el aire, sostenido por cuatro o cinco beduinos, lo que parecía costarles cierto esfuerzo. Los beduinos llevaban gafas de sol, no le prestaban atención. Cuando Ed abrió los ojos, vio el rostro de un hombre, brillante de crema, tan cerca que al principio no podía verlo entero. El hombre era viejo y tenía los labios fruncidos, como si quisiera silbar..., o como si acabara de dar un beso. Al momento, Ed hizo un movimiento brusco hacia atrás, y el besador alzó los brazos.

«Oh, perdone, perdone, lo siento mucho, no quiero..., de verdad no quiero molestar, joven.»

Ed se frotó la frente, que notaba húmeda, y recogió sus cosas. El viejo olía a crema Florena, sus cabellos castaños estaban peinados hacia atrás formando un arco rígido y brillante.

«Es que», empezó con voz meliflua, «estoy en plena mudanza, una gran mudanza, y ahora ya es de noche, medianoche, muy tarde, qué mala suerte, y uno de mis muebles, un armario, realmente bueno, realmente grande, está todavía ahí fuera, en la calle...»

Mientras Ed se levantaba, el hombre señalaba hacia la puerta de la estación. «Vivo muy cerca, no está nada lejos, no se preocupe, sólo a cuatro o cinco minutos de aquí, mire, muchas gracias, joven.»

Por un momento había tomado en serio el asunto del viejo. Su mano tiraba del brazo de Ed, envuelto en la manga demasiado larga del jersey, como si quisiera llevarlo en alguna dirección. «¡Oh, venga usted, por favor!» Al decirlo empezó a frotar despacio la lana hacia arriba, muy poco a poco, con movimientos localizados sólo en el radio de las yemas de sus dedos, blandas como sebo, y finalmente Ed sintió un frote suave y elíptico en la muñeca. «¿Verdad que quieres venir...?»

Ed estuvo a punto de derribar al viejo al apartarlo a un lado de un empujón; en cualquier caso había sido demasiado violento.

«¿Es que ya no se puede ni preguntar?», gritó el besador, pero no en voz alta, más bien silbando, casi en silencio. Su tambaleo tampoco parecía natural, era como un pequeño baile previamente ensayado. El pelo se le había deslizado hasta la nuca, y en un primer momento Ed no comprendió cómo ocurría aquello y se asustó al ver de pronto la cabeza calva que planeaba como una luna pequeña y extraña en la penumbra del vestíbulo.

«Lo siento, yo... no tengo tiempo ahora.» Ed repitió: «No tengo tiempo.» Mientras cruzaba el vestíbulo, descubría en cada esquina figuras huidizas que con gestos casi imperceptibles trataban de llamar la atención y al mismo tiempo parecían empeñadas en disimular su presencia. Uno alzó al aire una bolsa de perlón, se la mostró con el dedo y le hizo señas con la cabeza. La expresión de su rostro era tan efusiva como la de un Papá Noel antes de repartir los regalos.

En el restaurante Mitropa de la estación olía a grasa quemada. Los tubos de neón de la vitrina, vacía a excepción de unas tazas de solianka puestas sobre una placa eléctrica, emitían un sonido tenue y cantarino. De la sopa cubierta de una membrana gris pálida sobresalían como arrecifes varios trozos grasientos de salchichas y de pepinillos que, en el calor constantemente renovado, subían y bajaban un poco y recordaban el trabajo de los órganos internos..., o el ritmo del pulso de la vida, pensó Ed, poco antes de que ésta se acabe. Sin querer, se llevó la mano a la frente: quizá sí había dado el salto y todo aquello era su último instante.

Policías de transporte entraron en la sala del restaurante. Brillaban las cortas viseras semicirculares de sus gorras y también el azul aciano de los uniformes. Llevaban un perro, que con la cabeza gacha parecía avergonzarse de su papel. «Billete, por favor; documentación, por favor.» Quien no podía probar que continuaba el viaje, tenía que salir al momento del restaurante. Arrastre de pies, movimiento de sillas: varios sufridos bebedores salieron dando traspiés, silenciosos y como si solamente hubiera sido su deber esperar a esta última orden. A las dos de la mañana, en el restaurante de la estación casi no quedaba un cliente.

Ed sabía que era una de las cosas que no había que hacer, pero se levantó y agarró uno de los vasos semillenos. Aún de pie, se lo bebió de un trago. Satisfecho, regresó a su mesa. Es el primer paso, pensó Ed, viajar me sienta bien. Acomodó la cabeza entre los brazos, en el olor mohoso del cuero viejo, y se durmió al momento. Los beduinos seguían atareados con el camello; pero no lo empujaban en la misma dirección sino hacia todos los lados, no parecían estar en absoluto de acuerdo.

La bolsa de perlón en alto: Ed no había comprendido lo que podía significar aquello, pero al fin y al cabo era también la primera vez que pasaba una noche en la estación. Aunque entonces estaba casi seguro de que el armario no existía en realidad, Ed vio el mueble del viejo en medio de la calle, y le dio pena; no el hombre propiamente, sólo lo que desde entonces podía tener relación con aquello: el olor a Florena y una luna pequeña sin pelo. Vio que el viejo volvía a tientas a su armario, lo abría y se metía dentro para dormir, y por un momento Ed sintió el movimiento con el que se hacía un ovillo y se aislaba del mundo, lo sintió con tanta fuerza que le hubiera gustado colocarse junto a él.

«Su billete, por favor.»

Lo controlaban por segunda vez. Quizá por la longitud de sus cabellos, o debido a su vestimenta, a la pesada chaqueta de cuero que Ed había heredado de su tío, una chaqueta de motorista de los años cincuenta, una prenda espectacular de enorme cuello, de forro suave y grandes botones de cuero, que se compraba y vendía, entre los entendidos, con el nombre de chaqueta Thälmann (esa denominación no tenía connotaciones peyorativas, al contrario, más bien un sentido mitológico), quizá porque aquel dirigente obrero aparecía en todas las grabaciones históricas con una chaqueta muy parecida. Ed recordaba las masas avanzando de un modo extraño, como a sacudidas, Thälmann sobre el estrado, la parte superior de su cuerpo con el mismo movimiento hacia delante y hacia atrás, el puño en alto hendiendo el aire. Ed no podía evitarlo: cada vez que veía esos viejos documentales, la emoción le embargaba y en algún momento fluían las lágrimas...

Minuciosamente sacó el pequeño y ya arrugado trozo de papel. Bajo el título FERROCARRIL DEL REICH ALEMÁN estaban impresos, en diversas casillas de fino reborde, el punto de destino, el día, el precio y el número de kilómetros. Su tren salía a las 3.28 horas.

«¿Cuál es el motivo de su viaje al Báltico?»

«Voy a visitar a un amigo», dijo Ed. «Tomarme vacaciones», añadió al ver que el policía de

transportes no replicaba nada esta vez. Bueno, al menos él había hablado con voz firme (voz de Thälmann) aunque, nada más decirlo, su «tomarme vacaciones» le pareció por completo insuficiente e inverosímil, burdo en verdad.

«Vacaciones, vacaciones», repitió el policía.

Había hablado con una voz como de dictado, y al momento el radioteléfono de cajetín que llevaba sujeto con una cinta de cuero a la izquierda del pecho empezó a crujir suavemente.

«Vacaciones, vacaciones.»

Por lo visto bastaba con esa palabra; contenía todo lo que había que saber sobre él. Todo sobre su debilidad y su mendacidad. Todo sobre G., su miedo y su desdicha, todo sobre sus veinte torpes poemas de trece intentos de escribir en cien años y todo sobre los motivos verdaderos de ese viaje, que el mismo Ed casi no había entendido aún. Vio la Central, la oficina de la policía de transportes, en algún sitio allá en lo alto, por encima de la acerada construcción de aquella noche de junio, una cápsula azul aciano encristalada y con el suelo limpiamente recubierto de linóleo, que atravesaba el espacio infinito de una conciencia cargada de remordimientos.

Ahora estaba muy cansado y por primera vez en su vida tuvo la sensación de estar huyendo.

TRAKL

Hacia sólo tres semanas que el doctor Z. le había preguntado si no estaría dispuesto (empleó ese término) a escribir la tesis de licenciatura sobre el poeta expresionista Georg Trakl. «Quizá hasta pueda salir algo más de ello después», había añadido Z., orgulloso de lo atractivo de su oferta, que al parecer no iba a estar vinculada a más condiciones. Tampoco había ningún matiz especial en su voz ni gesto alguno de conmiseración como los que más de una vez dejaban perplejo a Ed. Para el doctor Z., Ed era ante todo el estudiante que sabía repetir de memoria cada uno de los textos que estudiaba. Aunque para ello se metiera en el rincón más apartado del seminario con la melena oscura y larga colgándole por delante de la cara, en algún momento empezaba a hablar, muy deprisa, largo tiempo y con frases cuidadosamente elaboradas.

Ed apenas durmió durante dos noches para leer todo lo que había sobre Trakl en la biblioteca del instituto. La bibliografía sobre Trakl se encontraba en la última de una serie de angostas habitaciones de paso en las que por lo general era posible quedarse largo tiempo sin ser molestado. Había un pequeño escritorio bajo la ventana con vistas al diminuto jardín y al patio trasero donde estaba el destaralado cenador cubierto de telarañas al que durante el día se retiraba el conserje del instituto. Probablemente también vivía allí; sobre aquel hombre circulaban los más diversos rumores.

Los libros estaban muy arriba, casi a la altura del techo, había que utilizar la escalerilla de mano. Sin mover de su sitio la escalerilla, Ed subió en dirección a *T* y *Tr*. Trabajosamente se inclinó hacia un lado y sacó un libro tras otro de la estantería. La escalerilla perdía estabilidad, sus ganchos de acero golpeteaban premonitoriamente los carriles de los que pendían, lo que sin embargo no aumentó la prudencia de Ed, al contrario. Inclinó la parte superior del cuerpo un poco más en dirección a Trakl y luego otro poco y otro poquito más. En ese momento lo notó por primera vez.

Al final de la tarde, sentado ante el escritorio, recitaba las poesías a media voz. El sonido de cada palabra quedaba vinculado a la imagen de un gran paisaje frío que fascinaba a Ed; blanco, marrón, azul, un perfecto misterio. Vida y obra de Georg Trakl, estudiante de farmacia, farmacéutico militar, morfínmano y consumidor de opio. Junto a Ed, en su sillón, que mantenía cubierto con una sábana, dormía Matthew. De vez en cuando, el gato torcía una oreja en dirección a él, a veces la oreja se contraía en un movimiento convulsivo, con fuerza y varias veces seguidas, como si el viejo sillón recibiera descargas eléctricas.

Matthew: el nombre se lo había puesto G. Era ella quien había encontrado al animal en un tragaluz del patio, maullando, diminuto, una pelusa apenas mayor que una pelota de tenis. G. se quedó agachada dos o tres horas delante del tragaluz y al final logró sacarlo y lo llevó arriba. Ed nunca supo por qué G. había elegido aquel nombre, y nunca lo sabría a no ser que el gato se lo dijera alguna vez.

Ed había declinado todas las ofertas de ayuda. Asistía a los seminarios, se presentaba a los exámenes de los que el director del departamento, el profesor H., habría querido dispensarle: aquella gran cabeza inclinada con íntima comprensión, el cabello, blanco y brillante, bondadosamente ondulado, y la mano en su brazo cuando le tomaba aparte para hablar con él en la escalera del instituto, pero sobre todo: su voz aterciopelada a la que Ed se habría entregado de buen grado... Pero el saber no era su problema. Y los exámenes, tampoco.

Todo lo que Ed leía en aquella época se le quedaba grabado en la memoria, casi automática y literalmente, palabra por palabra, cada poema y cada comentario, todo lo que aparecía ante sus ojos mientras estaba solo en casa o sentado ante su mesa en la última sala de la biblioteca, con la mirada puesta en el cobertizo del conserje. Su vida sin G.: era casi una especie de hipnosis. Cuando al cabo de un tiempo emergía de aquello, le zumbaba en la cabeza lo que había leído. Estudiar era una droga que lo apaciguaba. Leía, escribía, citaba y recitaba, y en algún momento fueron cesando las muestras de condolencia, enmudecieron las ofertas de ayuda, no hubo miradas de preocupación. Sin embargo, Ed nunca había hablado con nadie sobre ello, ni sobre G. ni sobre su situación. Sólo hablaba cuando estaba en casa, incesantemente mascullaba algo a solas, y por supuesto hablaba con Matthew.

Después de sus primeros días con Trakl, Ed sólo había asistido a las clases del doctor Z. Lírica del barroco, del romanticismo, del expresionismo. Según el plan de estudios, eso no estaba permitido. Había listas de asistencia y anotaciones en su libro de matrícula. Un hecho ante el que, a la larga, ni siquiera el doctor Z. podría cerrar los ojos. En cierto modo, Ed parecía seguir gozando de protección. Era raro que algún compañero intentara tomar la palabra cuando él estaba hablando. Ellos preferían escucharle, intimidados y fascinados al mismo tiempo, como si Ed fuera un ser exótico del zoo de la desventura humana, rodeado de un foso acuático de temeroso respeto.

Al cabo de cuatro años cursando los mismos estudios, todos tenían las imágenes adecuadas en la cabeza: G. y Ed cogidos de la mano en el aparcamiento de delante del instituto todas las mañanas; G. y Ed y el abrazo, largo, efusivo, interminable, mientras el aula se iba llenando poco a poco; G. y Ed y sus escenas por la noche en el Café Corso (primero era un punto concreto, después, *todo*) y luego, avanzada la noche, las exaltadas reconciliaciones, en la calle, en la parada del tranvía: pero sólo después de haberse marchado el último tranvía y teniendo que ir ellos a pie a casa, tres estaciones hasta la Rannischer Platz y desde allí otro trecho a pie hasta la puerta de su casa; y entretanto el tranvía tomaba las últimas curvas de su último viaje por la ciudad y el aullar y chirriar del chasis de acero llenaba la noche de la ciudad de Halle como un anuncio del Juicio Final.

Ed, así lo llamaba G., a veces también Edsch o Ede.

De vez en cuando (cada vez con más frecuencia) Ed se subía a la escalerilla para notarlo. Él lo llamaba la *materia de los pilotos*. Primero la temblorosa colocación de los ganchos. Luego el fascinante fluir de la corriente, un estremecimiento que le penetraba hasta la misma médula, hasta los riñones: la tensión cedía. Cerraba los ojos y respiraba profundamente. Era un piloto en su cápsula, estaba suspendido en el aire, colgado de su hilo de seda.

Delante del cobertizo del conserje las lilas florecían desde días atrás. Un saúco brotaba directamente debajo del umbral. Las telarañas del bastidor de la puerta se habían roto y sus extremos se mecían al viento. El hombre está en casa, pensó Ed. A veces lo veía moverse furtivamente por su jardín cubierto de maleza o inmóvil, de pie, como si escuchara algo atentamente. Cuando entraba en su refugio, lo hacía con mucha prudencia, con los brazos extendidos. Pese a ello, ya con el primer paso empezaba el ruido de cristales, un mar de botellas cubría el suelo.

Uno de los rumores afirmaba que el conserje poseía la habilitación académica y que en otro tiempo había enseñado en el extranjero, incluso en el «territorio económico no socialista», como se decía. Ahora pertenecía a la casta de los excluidos que vivían su propia vida; el jardín y el cobertizo eran parte de un mundo diferente. Ed trató de imaginar lo que aquel hombre tomaba de desayuno. No encontraba ninguna imagen, pero después vio un pequeño camembert (Rügener

Badejunge) que el conserje cortaba en cuatro partes sobre una desgastada tabla de cocina. Ensartaba los pedazos de queso en la punta de su navaja y se los metía en la boca, uno tras otro. Resulta difícil de imaginar para otros que las personas solitarias puedan comer algo, pensó Ed. Para él, en cambio, el conserje era en aquella época el único ser humano real, solo y desamparado como él mismo. Durante un confuso momento no quedaba claro si Ed habría preferido ponerse bajo la protección del conserje y su cabaña en lugar de buscar el amparo del doctor Z.

La biblioteca del instituto cerraba a las siete de la tarde. Nada más volver a casa daba de comer a Matthew. Le ponía pan, una salchicha cortada en rodajas y un poco de leche. Antes eso había sido competencia de G. Por muy concienzudamente que Ed cuidara de Matthew, todavía no había comprendido que, para sobrevivir, los gatos no necesitan leche sino agua. Por eso se extrañaba de que el animal arañara la maceta con autorriego del limonero en cuanto él salía del cuarto. Ed se quedaba petrificado en la cocina oyendo el ruido. Aquel tintineo con el que las chinitas salían de la maceta y llovían sobre el armario y de allí sobre el entarimado. No podía hacer otra cosa que escuchar. No podía creer que esas cosas formaran parte de su vida: que era él a quien le ocurría todo aquello.

MATTHEW

Luego, la víspera de su vigésimo cuarto aniversario, Matthew había desaparecido. Ed había pasado la mitad de la noche leyendo para el seminario sobre Brockes del doctor Z.: «Cuando vengo y cuando voy / a la sombra de ese árbol...» En algún momento se quedó dormido sentado ante el escritorio. Por la mañana fue al instituto, atravesando la Rannischer Platz hasta el mercado y por la Barfüsserstrasse en dirección a la universidad. En la calle angosta y oscura estaba el Merseburger Hof, donde Ed iba a tomar un café antes de que empezaran las clases. El texto con manchas de grasa que había al dorso de la lista de platos (tal vez un extracto de una crónica más antigua) revelaba que la Barfüsserstrasse, la calle de los Descalzos, antes se había llamado «de los Hermanos», después «de los Hermanos Mínimos» y después «de los Descalzos»: un extraño descenso que inducía a Ed a sentirse solidario con aquella calle.

Por la tarde, Matthew seguía ausente, y él empezó a llamarlo. Primero abajo en el patio, luego por la ventana, pero el pequeño maullido en tono de reproche con que el animal solía dar respuesta no vino esta vez.

«¡Matthew!»

El olor del patio: era como inhalar una pena antigua, ya manchada por la humedad. Una pena de moho y carbón que habitaba enfrente, en la hilera de cobertizos desmoronados, y que incesantemente quedaba segregada de las cosas allí vertidas y enterradas para siempre. En la casa vivían sobre todo *buneses*, obreros de la fábrica de productos químicos Bunawerk, situada a la entrada de la ciudad en dirección sur. Buneses: Ed recordaba que los propios obreros se referían a ellos mismos con esa palabra; la empleaban con toda naturalidad y no sin orgullo, lo mismo que se subraya la pertenencia a un pueblo cuya historia es bien conocida, a una tribu en la que se ha nacido y de la que se puede estar seguro que seguirá existiendo mucho, mucho tiempo.

«¡Matthew!»

Durante un rato, Ed permaneció junto a la ventana abierta atento a las ratas. Pensó: «Cumpleaños, mi cumpleaños» y empezó a llamar de nuevo: «¡Matthew!» Había apagado la luz para que no lo vieran. Enfrente, sobre el promontorio al otro lado del terraplén, estaba la

construcción achatada de ladrillo de la residencia asistida de ancianos. Desde que él empezara a gritar, las ventanas de la barraca se habían poblado. Veía los colores desvaídos de las camisas y chaquetas de punto, y las cabezas grises que brillaban a la luz de neón: a los viejos les interesaba todo lo que ocurría en el patio, sobre todo de noche. A menudo pasaban algunos segundos hasta que volvían a apagar las luces del techo. Ed observaba el resplandor lila del neón que persistía después de apagarse y se imaginaba cómo estaban allí, en la oscuridad, muy pegados unos a otros, y cómo los de detrás exhalaban el aliento corrompido y fétido en las nuca de los de delante. ¿Habría visto quizá alguno de ellos a Matthew? Y ahora discutían en voz baja (primero en voz baja, luego con voces más vivas, después otra vez más apagadas, para no alarmar a los cuidadores) sobre si enviaban, y cómo, su mensaje secreto.

Dos días más tarde, Ed seguía llamando. Al principio, le había resultado desagradable vociferar de esa manera; ahora ya no podía dejar de hacerlo. Cada hora llamaba un rato en el patio, de manera mecánica, casi inconsciente, con un rostro frío por el aire de la noche, una máscara que le crecía hasta la punta del pelo. La compasión de la gente de la casa se había agotado. Las ventanas se abrían y cerraban con fuerza, se oían maldiciones en dialecto de Halle o en el de los buneses. Llamaban a su puerta, aporreándola o con timbrazos.

«¡Matthew! ¡Salchichas, rica leche!»

«¡Métete tu salchicha donde te quepa, desgraciado, así a lo mejor podremos dormir!»

La noche de junio era fresca pero Ed dejaba ahora abierta la ventana. Sin darse cuenta, primero muy poco y luego cada vez más, se asomaba a la ventana, cuyo alféizar era poco elevado y estaba realzado con una barra de hierro por motivos de seguridad. Como si fuera un aparato gimnástico, agarraba con ambas manos la barra cubierta de orín y poco a poco se asomaba al patio de cintura para arriba.

«¡Matthew!»

Su voz aumentaba de volumen, su timbre se tornaba más puro y más fuerte, una *u* oscura, que resonaba limpiamente:

«¡Matth...ew!»

Dentro, en algún sitio muy por detrás de él, le bailaban las puntas de los pies sobre el linóleo, y en torno a las últimas prolongaciones de su columna vertebral empezaba a fluir la *materia de los pilotos*, con una intensidad incomparable y desconocida. Empezaba una agradable rigidez, no, era mucho más, un deleite que lo dejaba petrificado, desde el vértice de la cabeza hasta las plantas de los pies.

«¡Matth...ew!»

Su cuerpo flotaba o planeaba. Ed gozaba con la tonalidad cálida, aterciopelada, del eco en el fondo del patio, había desaparecido de allí todo lo ajeno. Una vez más, con cuidado, respiró hondo y empezó a gritar, y sin la menor dificultad encontró el tono que unía el patio y las tinieblas con el mundo de alrededor, el mundo de Halle a orillas del Saale, para dar una unidad única, blanda, oscilante, en la que él estaba inclinado y ahora también, por fin, totalmente dispuesto a sumergirse...

«¡Matthew!»

Ed volvió hacia atrás como si lo hubieran golpeado. Aún logró dar dos pasos en la habitación, luego se dobló y cayó al suelo. Había sido Matthew, el maullido de Matthew. Un chillido o chirrido indignado, ofendido, el ruido de una bisagra desengrasada, una puerta entre este mundo y el más allá que se había cerrado de golpe y que, lanzándole hacia atrás, le había salvado de la

caída: primero, segundo, tercer piso. Se le nubló la vista; tuvo que aspirar aire y expulsarlo de nuevo, muy despacio, como si no respirase de verdad, como si hubiese dejado de respirar.

Al cabo de un rato fue capaz de quitarse las manos del rostro. Su mirada se posó en la ventana abierta.

El gato estaba muy silencioso.

De hecho, no estaba.

Mientras se dormía, G. se inclinaba sobre él. Estaba muy cerca y con el dedo se señalaba la boca entreabierta. Al mismo tiempo ensanchaba los labios y apretaba la punta de su lengua pequeña y brillante contra los incisivos, que estaban ligeramente torcidos el uno en dirección al otro, como las palas de una máquina quitanieves: «Matthew, diga usted Ma-tthew.»

Él trataba de eludir la respuesta y preguntaba si todas las profesoras de inglés tenían en la boca esa pequeña máquina quitanieves a la que la lengua se adaptaba tan bien.

G. sacudía la cabeza y le metía el dedo índice en la boca.

«Edgar Bendler, ¿es ése su nombre? ¿Edgar Bendler, veinticuatro años? ¿Pero qué le ocurre, Ed? ¿Piensa usted que su defecto es innato? Diga entonces *thanks*.»

«Thanks.»

«Diga *both of us*.»

«Both of us.»

El dedo se movía ahora dentro de su boca y le explicaba todo. Todo lo que él no sabía.

«Y ahora diga otra vez *both of us*, y continúe todo el tiempo que pueda, por favor.»

«Both, both...»

Rígido como una pequeña esfinge negra Matthew se sentaba junto a la cama para mirar durante un rato cómo él penetraba en G. despacio, muy despacio, como más le gustaba a ella, milímetro a milímetro.

WOLFSTRASSE

Para hablar con propiedad, su permanencia en la Wolfstrasse 18 no era completamente legal. En aquel edificio agrisado por las emisiones diarias de las dos grandes fábricas químicas, él sólo vivía como realquilado en el piso de una realquilada, era pues una suerte de re-re-alquilado. Seguramente había más realquileres en la al menos centenaria historia de los realquileres de ese piso, que se iban prolongando con gran libertad mediante contratos informales, a menudo sólo escritos a mano, con listas de inventarios o con acuerdos sobre la utilización del sótano y convenios vinculantes relativos a la utilización de los aseos, convenios de los que ya nadie se acordaba. A lo largo de los años habían ido creciendo largos árboles genealógicos de relaciones de realquiler más allá de las oficinas de la vivienda y de sus métodos de *adjudicación centralizada*, pero ya después de dos generaciones de alquileres se empezaba a perder de vista a los ocupantes originales. Pronto ya sólo se recordaban los nombres, que se acumulaban en los buzones y en las puertas, de modo semejante a esos escudos descoloridos y agrietados de ciudades lejanas que se veían a veces en las maletas procedentes de países exóticos. Sí, así es, pensaba Ed, sólo así se viaja por el mundo en pisos, como *equipaje entrado en años*.

Había vagado, medio inconsciente, el día entero por la ciudad. El susto aún le retumbaba en la cabeza, y sentía vergüenza, lo que de algún modo tenía que ver con la cuestión de si había saltado o no.

Seguía de pie delante de su puerta, sobre cuya madera pintada de gris se apiñaba un pequeño rebaño de plaquitas de plástico y de latón. Pensaba en el bastón de caminante de su abuelo, guarnecido desde la empuñadura hasta la punta con distintivos plateados o de brillante dorado de lugares extraños. Más tarde aquel bastón le sirvió de muleta. De niño, antes de empezar a ir a la escuela, en la época, por tanto, de los grandes descubrimientos, para Ed había sido un puro disfrute deslizar el dedo por las plaquitas de brillante metal, desde la punta del bastón hasta la empuñadura, y de nuevo en dirección contraria, una y otra vez, de un extremo a otro. Al hacerlo notaba lo frío de los escudos, y mientras acariciaba aquellos lugares desconocidos, los deletreaba lo mejor que podía, y su abuelo le corregía:

«A-a-qqquu-iiiisg-rr. ¡Aquisgrán!»

«M-mmm-me-met-tss, Mee-tss.»

«Ss-ss-sst-ssstuuu-sstutt...»

«C-C-Cooop-en-Coopeen...»

Aquisgrán o Copenhague designaban lugares que parecían estar situados en una especie de más allá, en cualquier caso en una extraña lejanía, y cuya existencia era cuando menos cuestionable; curiosamente, Ed, contra su propia convicción, seguía teniendo dudas al respecto. Al final aquellas insignias habían convertido en extraña la familiar figura de su abuelo y situado al propio anciano en cierta lejanía, en un pasado remoto cuya vinculación con el presente ya no podía establecerse. Algo parecido ocurría con Stengel, Kolpacki, Augenlos y Rust: así rezaban los apellidos que aún eran legibles en la puerta de Edgar. En un papel colocado sobre el pomo de la puerta estaba su propio apellido. El apellido de debajo estaba limpiamente borrado, pero para él seguía visible, incluso si la oscuridad era total, incluso sin papel y sin puerta. Cuando se instaló había escrito a lápiz y pegado cuidadosamente el papel, que con el tiempo se abarquillaba y empezaba a amarillear por los bordes.

«Mi puerta que tanto ha viajado», musitó Ed girando la llave en la cerradura.

Por una parte imperaba la omnipotencia de la administración y el severo instrumento de la Asignación de Viviendas; por otro lado nadie en la casa sabía adónde podían haberse marchado Stengel, Kolpacki, Augenlos y Rust, y ni siquiera si aún seguían vivos: lo que Ed empezaba a considerar un buen augurio.

Abrió la nevera y pasó revista a sus modestísimas provisiones. Tiró la mayor parte a la basura. Guiándose por su inspiración, desenroscó la puerta de la estufa. Cogió el clasificador con los apuntes de las últimas semanas del seminario, lo metió y le prendió fuego. Ardía bien. Cogió otro clasificador y otro más, sin hacer distinciones. La habitación se calentó enseguida, los ladrillos refractarios crepitaban. Sacó de la estantería la carpeta gris jaspeada con sus primeros intentos literarios y la puso sobre la placa de la estufa. Al cabo de un rato la retiró y abrió la ventana. Era un experimento.

Pasó todo el día arreglando el piso, seleccionando libros, clasificadores y hojas y ordenándolo todo de alguna manera, como si se tratara de su legado póstumo. Sin duda se daba cuenta de que él sentía apego por ciertas cosas, «pero sólo porque quieres marcharte», murmuró Ed. Le hacía bien meter de vez en cuando en las brasas la rama de una media frase dicha en voz baja, para que el escaso fuego de su presencia no se extinguiera del todo.

Faltaba Matthew.

Matthew.

A la mañana siguiente sacó de la estufa el cajón de las cenizas y lo llevó al cubo, cubierto con

un trapo para que el aire no dispersara la fina ceniza de las hojas negras: así se lo había enseñado su padre. Desde los diez años, Ed tuvo su propia llave de casa porque de día estaba solo; era por tanto el encargado de encender la estufa cerámica cuando a primera hora de la tarde volvía de la escuela a casa. Además de mantener en orden el sótano y de secar los platos, la estufa era otra de sus «pequeñas obligaciones»: una expresión de su madre. Para casi todo lo que le concernía empleaba formas diminutivas: «pequeñas obligaciones», «pequeñas aficiones», «tú y tu amiguita». Tales cosas le rondaban a Ed por la cabeza (y notaba en la frente el calor del desorden mental) cuando determinó no decir absolutamente nada a nadie. Edgar Bendler había decidido desaparecer, una frase que parecía sacada de una novela.

Se puso de rodillas y barrió alrededor de la estufa. Fregó el suelo; su desgastado marrón rojizo brillaba. Los bordes deteriorados del umbral de las puertas y los sitios lustrosos y desgastados se volvieron negros. Los sitios negros tenían cosas que preguntarle. ¿Por qué no había saltado? ¿Qué se le había perdido aún allí? ¿Humm? ¿Humm? Ed trató de no tropezar con nada y dejó con cuidado el cubo en el suelo. Ya se sentía como un intruso, como un extraño en una vida antigua, en otro tiempo propia, como un hombre sin patria. Oyó pasos delante de la puerta, contuvo la respiración. Se deslizó hasta la cocina, tomó el Megalac del armario y bebió. Era una especie de calcio líquido que le protegía las mucosas; desde la infancia tenía, inevitablemente, acidez de estómago.

Hasta la caída de la tarde no pudo empezar a llenar la bolsa. Eligió unos libros, además de su enorme agenda, que había usado esporádicamente como una especie de diario. Era voluminosa y poco práctica, pero era un regalo de G. Bajó al patio la manta de Matthew y su apestoso cuenco. Una ventana rota, un momento de vacilación, luego lo lanzó todo a la oscuridad del cobertizo de las penas.

En una caja de zapatos con postales y planos de ciudades encontró un viejo mapa de la costa báltica. Alguien había subrayado con una regla los nombres de algunos lugares y repasado la costa con tinta azul. «Es posible, sí, muy posible, que lo hubieses hecho tú, Ed», murmuró Ed. En realidad él no habría sabido decir cómo había ido a parar aquel mapa a su colección, quizá pertenecía a su padre.

Como despedida quería poner un poco de música, música suave, muy suave. Durante un rato permaneció de pie, distraído, delante de la cocina eléctrica, antes de caer en la cuenta de que no podía poner el disco en marcha sobre la placa eléctrica. Que la placa no era un tocadiscos.

Finalmente, antes de salir de su casa de la Wolfstrasse, Ed desenroscó los fusibles de la caja de fusibles y los puso en fila sobre el contador: un costoso fusible automático con interruptor y dos fusibles más antiguos de cerámica ya agrisada. Durante unos segundos se concentró en la desnuda rueda del contador. Debido a las finas e hipnotizantes estrías de la ruedecilla no se sabía exactamente si se había parado de verdad. Ed se acordó de que, cuando él tenía trece o catorce años, su madre lo envió por primera vez a la escalera para que cambiara él solo un fusible. Los ruidos del inmueble y su eco sordo, las voces del piso de los vecinos, una tos que venía de arriba, el tintineo de la vajilla: ese mundo estaba a siglos de distancia cuando puso a un lado el fusible antiguo y su miedo tomó la forma de una tentación imparable. Se vio extendiendo el dedo índice, despacio pero incesantemente, y metiéndolo en el soporte vacío y brillante. Era la primera vez que lo había visto de un modo tan claro y manifiesto: bajo la superficie, por así decir *por detrás de la vida*, imperaba una perpetua seducción, una oferta inigualable. Era preciso tomar la firme determinación de apartarse, y eso es exactamente lo que Ed hizo aquel día.

Metió la llave debajo del felpudo, la chapa de la puerta de su buzón sólo estaba encajada; en

caso de urgencia se podría confiar en los buneses.

HOTEL DE LA ESTACIÓN

Ya antes de apearse del tren olió el mar. De cuando era niño (recuerdos de su único viaje al Báltico), conocía el Hotel de la Estación. Estaba situado justo enfrente de la estación, una seducción grande y bella, con miradores en forma de torres redondas y con veletas en las que se deterioraban los números del año.

Dejó pasar varios coches y vaciló. No es prudente, sobre todo en lo relativo al dinero, ésa era su objeción. Por otra parte era absurdo llegar a la isla por la tarde, porque entonces probablemente no le quedaría tiempo para encontrar un lugar donde alojarse, si es que encontraba alguno. Llevaba consigo unos ciento cincuenta marcos; si los administraba bien, le podrían durar tres o incluso cuatro semanas. Había dejado noventa marcos en su cuenta corriente para pagar el alquiler, le cubriría hasta septiembre. Si tenía suerte, a nadie le sorprendería su desaparición. Podía haberse puesto enfermo. Tres semanas más tarde empezaban las vacaciones universitarias. Había escrito una postal a sus padres. Ellos creían que estaba en Polonia, en Katowice, en el llamado Verano Internacional Universitario, igual que el año anterior.

El mostrador de la recepción era de una altura inusitada y allí no había ni un alma, ni tampoco papeles, ni llaves; claro que Ed tampoco entendía nada de hoteles. Sólo en el último momento aparecieron las cabezas de tres mujeres, una tras otra como el pistón de un motor de cuatro tiempos en el que la cuarta bujía no se había encendido. Imposible averiguar exactamente de qué profundidades habían emergido de pronto las recepcionistas; el elevado mostrador quizá estaba vinculado a una habitación trasera, o, con los años, las mujeres se habían acostumbrado simplemente a permanecer a cubierto todo el tiempo posible, ellas tres tranquilamente detrás de su barrera chapada en madera oscura.

«Buenos días, yo...»

Su voz sonaba fatigada. Aun habiendo estado solo en el compartimento, no había logrado dormir. Una patrulla militar, probablemente una especie de policía de fronteras en posición avanzada, había requisado su mapa del Báltico. El tren estuvo parado mucho tiempo en Anklam, seguramente fue allí donde subieron. Se arrepintió de que no se le hubiera ocurrido nada más ingenioso que afirmar que *en realidad* aquel mapa no era suyo... Por eso, añadió, tampoco sabía por qué determinados lugares estaban subrayados y determinadas líneas costeras, retocadas... De pronto le falló la voz, y en cambio oyó aquel murmullo en su pensamiento: Brockes, Eichendorff y, una y otra vez, Trakl, que era el más inexorable con sus versos de follaje y verdor, por lo que Ed tuvo que agarrarse la cabeza. Aquel súbito gesto hizo que, como un reflejo, uno de los soldados alzara la ametralladora.

Al final Ed pudo considerarse una persona con suerte porque le habían dejado que continuara sentado en su asiento. «Qué tío más raro», rezongaba el soldado del kaláshnikov en el pasillo. Ed tenía la frente empapada en sudor. Pasaban campos de cultivo, hierbas negras, a lo largo del talud del ferrocarril.

«¿Tiene una reserva?»

Era la primera vez en su vida que Ed tomaba una habitación. El milagro fue que la cosa funcionó. Le dieron un formulario alargado, en papel tosco, le pidieron el documento de identidad. Mientras ponía trabajosamente el codo sobre el elevado mostrador y rellenaba el formulario con

la muñeca rígida, las recepcionistas pasaban alternativamente las hojas del cuadernillo con sus señas de identidad. Durante un absurdo momento Ed tuvo miedo de que, durante el viaje, su marcha clandestina hubiera podido quedar automáticamente consignada al final, en una de las páginas vacías, entre los visados y los viajes. *Ausentado sin permiso*: ya durante el servicio militar existía ese pequeño y funesto sello que acarreaba los más diversos castigos.

«Disculpe, es la primera vez que hago esto», dijo Ed.

«¿Qué?», preguntó la portera.

Ed levantó la cabeza y ensayó una sonrisa, pero ese intento de tender un puente no funcionó. Le dieron una llave de la que pendía un taco de madera barnizada, atado con un pequeño cordel. Cerró el puño en torno al taco y supo el número de su habitación. El número estaba limpiamente grabado. Al momento vio al conserje del hotel en su taller del sótano; estaba sentado allí ante una hilera interminable de hexaedros, cuidadosamente aserrados para obtener el tamaño adecuado, y en ellos colocaba el hierro candente de su soplete: un número tras otro, una habitación tras otra. También Ed había sido en tiempos obrero, y todavía una parte de sí mismo parecía encontrarse a gusto en los talleres, en las cuevas de la *clase obrera*, en aquellos espacios accesorios del mundo en los que las cosas habían mantenido sus contornos claros y accesibles.

«Segundo piso, escalera de la izquierda, joven.»

Por encima de una puerta guarnecida de latón, junto a la escalera, relucía la palabra «Café». Llegado al primer descansillo, Ed miró otra vez alrededor; dos de las tres cabezas femeninas habían desaparecido, la tercera mujer hablaba por teléfono mientras le seguía con la mirada.

Cuando se despertó, eran ya más de las cuatro. A los pies de la cama de matrimonio había un armario ropero. En el rincón, un televisor sobre un armazón cromado. Sobre el váter colgaba un depósito de hierro colado, empañado de agua de condensación, que parecía provenir de una época mucho más antigua. La palanca de la cisterna imitaba dos delfines saltando. Mientras los animales retornaban despacio a su posición inicial, caía un diluvio interminable. A Ed le agradó el sonido y se sintió amigo de los delfines.

Que uno entrara en un hotel, que pidiera y recibiera (relativamente sin complicaciones) una habitación debía de ser uno de los pocos milagros que habían sobrevivido «a pesar de todo eso y de todo eso», gorgoteó Ed en el chorro de la ducha. Con el tiempo uno olvidaba simplemente que aún existían esas cosas, en el fondo ya no creía en ello, es más, olvidaba lo que tenía de bueno la vida. Así, o de modo parecido, pensaba Ed. Quiso masturbarse pero le falló la concentración.

A la derecha del hotel había un lago con un surtidor que se elevaba al cielo con regularidad, luego se desmoronaba por completo y desaparecía durante unos segundos. Una pareja joven se acercaba lentamente en un patín de pedales al surtidor. De pronto, al cruzar la calle camino del lago, Ed tuvo *una sensación de bienestar*. Todo esto es el comienzo de algo. Alguien que ya ha dejado atrás no pocas cosas se encuentra en situación... Aquí terminaba su frase. Vio con claridad que era un nuevo comienzo, pero tardó. Sintió el dolor. Como si sólo ahora despertara de su letargo, milímetro a milímetro.

Una calle pavimentada, que torcía a la izquierda, se llamaba An den Bleichen. Pasó por delante de unos chalets venidos a menos, con invernaderos, patios y garajes. Se acercó a una de las placas de las puertas, para echar una ojeada al devenir de la casa hasta entonces. La luz pequeña y valiente del interior de la casilla del timbre eléctrico hacía que pudieran leerse aún algunos de los nombres que había debajo y que desde hacía bastante tiempo, años tal vez, tenían otros pegados encima. Según caminaba, Ed trató de adaptarse a su ritmo: Schiele, Dahme, Glambeck, Krieger...

Su murmullo se convirtió en una pasarela sobre el lago, y sus pasos sobre la madera se trocaron en una especie de metrónomo. «Quienes ya están muertos...», susurró Ed llevándose involuntariamente las manos a la cara..., ¿lo ven todo con otros ojos? Apareció la vieja muralla de la ciudad, una puerta monumental y un café llamado Torschliesserhaus, la Casa del Portero.

Atravesó el casco antiguo hasta el puerto y consultó las horas de salida de los ferrys. En el quiosco de la Weisse Flotte sacó un billete para el día siguiente. Ver los barcos le produjo una sensación de euforia. Los escalones hasta el muelle, un hormigón gris claro, y luego: el mar.

Para comer barato, Ed volvió a la estación. Se sentía descansado y calibró sus posibilidades. Escondite en el lago, mar secreto, Hiddensee... Conocía las leyendas. Un incesante cuchicheo envolvía esa isla.

Ed masticaba cuidadosamente y bebía su café a pequeñísimos sorbos. Al principio no sería fácil llegar a uno de los barcos. Luego casi imposible encontrar alojamiento, pero otra meta era impensable *dentro de las fronteras*. Seguro, había oído hablar a expertos que afirmaban que, en el fondo, la isla de Hiddensee ya estaba situada fuera, era ya extraterritorial, una Isla de los Bienaventurados, de los soñadores e ilusos, de los fracasados y los parias. Otros la llamaban la Capri del norte, con todos los hoteles completos por varias décadas.

En Halle, Ed había conocido a un historiador que durante el invierno trabajaba de camarero en la Offenbach-Stuben, un bar donde él había estado algunas veces con G., de pie en la barra. Cada primavera, al comienzo de la temporada, el historiador (así le llamaban todavía) regresaba a la isla. «¡Por fin, por fin!», le gustaba exclamar en presencia de los clientes, que hacían comprensivos gestos de asentimiento con la cabeza cuando él empezaba con sus elogios, para los que solía dirigirse al público de la Offenbach-Stuben con «¡Queridos amigos!». «La isla, queridos amigos, tiene todo lo que necesito, todo lo que siempre he buscado; ya cuando surge en el horizonte, vista desde el vapor, esa figura esbelta y frágil, su elegante perfil, a la espalda todavía las últimas crestas grises de tierra firme, Stralsund con sus torres, todo el interior del país con su suciedad, ya sabéis, queridos amigos, lo que quiero decir, queridos amigos, la isla aparece y al momento lo olvidáis todo, porque ahora ella está allí, delante de vosotros, y empieza algo nuevo, sí, ¡ya en el mismo vapor!», se entusiasmaba el hombre, un cuarentón de pelo gris, que había dejado la universidad, voluntariamente, decían, y por eso estaba tanto más sumergido en sus sueños; como muchos pensadores del país, llevaba una especie de barba a lo Marx. «La libertad, queridos amigos, consiste sustancialmente en inventar leyes propias en el marco de las leyes existentes; ser a la vez objeto y sujeto de la legislación es un rasgo fundamental de la vida de allá, la vida del norte.» Así lo resumía el historiador de la Offenbach-Stuben, mientras llevaba delante del pecho una bandeja redonda llena de jarras de cerveza.

La noticia más importante para Ed era que también durante la temporada podía quedar de pronto algún puesto vacante. De un día para otro se buscaban camareros, friegaplatos, pinches de cocina. Había empleados estacionales que desaparecían de la noche a la mañana, por los más diversos motivos. Por lo general, quienes hablaban enmudecían, llegados a este punto, para echar una mirada a quien tenían enfrente, y luego, según la situación, continuar en una de las direcciones posibles o imposibles: «Por supuesto, siempre hay gente que lo deja, que regresa a tierra firme, que simplemente no está hecha para esto.» O bien: «Ya sabes, de pronto se recibe el permiso de salida, en pleno verano...» O bien: «Sí, apenas se puede creer, cincuenta kilómetros, pero siempre ha habido buenos nadadores...» Al final todo venía a significar que Hiddensee era un pequeño trozo de tierra de mítico fulgor, el último lugar, el único lugar, una isla que se alejaba cada vez

más, que quedaba fuera del alcance de la vista: había que apresurarse si uno aún quería alcanzarla.

Después de comer Ed regresó al hotel. Alguien había registrado sus cosas, pero no faltaba nada. Se acercó a la ventana y miró hacia la estación. En la cama empezó a llamar a Matthew: una recaída. Pero sólo llamó en voz muy baja y más que nada para volver a oír su propia voz antes de dormirse. No, no había saltado.

LA ISLA

La negativa solía venir de inmediato. Alguien que pasaba a su lado y gritaba: «¡Todo completo!», unas cabezas que se alzaban cuando Ed daba las gracias a media voz y se alejaba lo más deprisa posible, con el puño apretado en torno a la sudada correa de su bolsa de piel sintética.

Había desembarcado en el norte y caminado en dirección sur, unos seis kilómetros que volvió a recorrer después en dirección contraria. En algunas partes, la isla era tan estrecha que se podía ver el agua a ambos lados. A la izquierda el mar de plata, a la derecha la mar baja, el *bodden*, un cristal azul oscuro, casi negro. Las nubes parecían avanzar más bajas que de costumbre, y durante un rato Ed observó ensimismado sus extrañas formas alargadas. Mientras que el horizonte seguía creciendo, la distancia al cielo disminuía, una dimensión desplazaba la otra. Al final del día, cuando ya empezaba a perder la esperanza, ya no le importaba nada preguntar: «¿Tendría usted quizá un trabajo para mí? Pero necesitaría también una habitación.»

En un mesón llamado Norderende le ofrecieron 1,40 marcos a la hora por hacer todo género de trabajos, como ellos dijeron, «pero sin alojamiento». Un poco apartados había unos sillones de playa fuera de servicio. A Ed le gustó el azul descolorido de sus toldos, era el color de la holgazanería, julio, sol en la cara. Mientras el malhumorado hostelero cambiaba unas palabras con él (la primera conversación de Ed en la isla), dos de sus empleados pasaron deprisa a su lado, con la cabeza baja, como si temieran perder su empleo. Ed permaneció un ratito aún entre los contenedores de basura y las cajas de bebidas. Sin darse cuenta, había adoptado la humilde actitud de un mendigo.

Cuando reanudó el camino, uno de los empleados le gritó algo a través de la puerta entreabierta del cobertizo que hacía de almacén, de forma que Ed no pudo reconocer exactamente al hombre. Todo lo que entendió fue la palabra «Klausner», y luego «Crusoe, Crusoe...», como si transmitiera a Ed un mensaje secreto. Lo más probable era que el hombre le estuviera tomando el pelo con aquella vieja historia del naufragio.

Atardecía ya, y en las casas se encendían las luces. El peso de su equipaje obligaba a Ed a caminar siempre un poco torcido. La correa de la bolsa era muy estrecha y se le clavaba en el hombro, la piel sintética estaba ya quebradiza. Ed reflexionó si no habría sido mejor dejar la bolsa, o mejor, esconderla en alguna de las matas espinosas que crecían al borde del camino. Estaba claro que había formulado mal la pregunta de si había trabajo, mal y con torpeza, como si él no formara parte de la misma sociedad. Allí uno simplemente *tenía* trabajo, nadie tenía que pedirlo, y mucho menos de aquella manera, de casa en casa, con una bolsa vieja al hombro. El trabajo era como una tarjeta de identidad, había que poder mostrarlo; no tener trabajo era contrario a la ley y comportaba sanciones. Ed sospechaba que la pregunta, tal como él la había

planteado, no podía encontrar respuesta, al contrario, parecía una provocación. Y mientras caminaba con la pesadísima bolsa, volvía a formularla:

¿Necesitaría usted quizá un poco de ayuda en esta temporada?

Se trataba de encontrar las palabras adecuadas.

Cuando atravesaba Kloster, el pueblo más septentrional de la isla, le salieron al encuentro varios veraneantes. Sin pensarlo más les pidió alojamiento. Se echaron a reír, como si hubiera gastado una broma divertidísima y le desearon «toda la felicidad del mundo». Pasó por una hilera de bonitas casas antiguas de madera. Un hombre de la edad de su padre le insultó desde el balcón mientras agitaba furiosamente en el aire su botella de cerveza. Por lo visto estaba lo bastante borracho para reconocer sin dificultad a un *merodeador*.

«¿No necesitaría usted que le ayudaran en la cocina? Casualmente tengo un poco de tiempo.»

Por el camarero de la Offenbach-Stuben (por todas partes buscaba con la vista la barba estilo Marx) sabía Ed que dormir en la playa podía ser peligroso. Eso tenía que ver con las patrullas de frontera. Lo encontrarían, le iluminarían el rostro con sus linternas en pleno sueño y le preguntarían por su plan de huida. Sin permiso de tránsito o sin alojamiento, estaba prohibido permanecer en la zona fronteriza. Los revisores del vapor no se habían interesado gran cosa por eso; a quienes utilizaban el ferry mañanero se los tenía por turistas de un día. Si preguntaban, era importante poder contar algo, dar algún nombre, alguna dirección. El escritor naturalista Gerhart Hauptmann había afirmado que en esa isla toda la gente se apellidaba Schluck y Jau, que en el fondo sólo había esas dos familias: Schluck y Jau. Ed no se fiaba de esos apellidos, Schluck o Jau; sonaban a inverosímil, a inventado. Sí, en la literatura era posible, pero no en la vida real. En el puerto de Stralsund había hojeado el listín de teléfonos y elegido el apellido Weidner y lo había apuntado en un trozo de papel que plegó varias veces y que llevaba con él: Familia Weidner, Kloster n.º 42.

«¿Necesitaría quizá ayuda en su restaurante?»

Una frase pétreo.

Y probablemente se le notaba que sólo quería esconderse, quitarse de en medio, que en el fondo había encallado, que era un barco varado, naufragado, sólo veinticuatro años y ya un desecho humano.

La playa no era una opción ni tampoco los restos del búnker costero. Sus temores eran infantiles: alguien podría pisarle la cabeza durante el sueño, por equivocación. El agua podría subir de pronto y ahogarlo. Podía haber ratas en el búnker.

Al caer la noche Ed alcanzó el extremo septentrional de la isla. Había recorrido dos veces a pie los tres pueblecitos: Neuendorf, Vitte y Kloster. En un panel informativo que encontró en el puerto (qué extraño llegar otra vez a donde tomara tierra por la mañana, años atrás, eso le parecía), la comarca más allá del pueblo se llamaba Bessiner Haken, y era una reserva ornitológica.

Ahora, dormir una noche al raso formaba parte de su vida, de eso estaba convencido Ed, y estaba bien que comenzara así, a pesar de sus temores. A la salida del lugar había un poste indicador con el letrero, ya muy poco legible: INSTITUTO DE RADIACIÓN. Sobre un promontorio, a lo lejos, detrás de unos álamos, se distinguían los contornos de un edificio de gran tamaño. Ed pasó por un gran almacén de grano y por vallados barnizados con aceite industrial de desecho. Los cañaverales, al borde del camino, crujían, eran más altos que él, de forma que perdió de vista el agua; los graznidos vespertinos de algunos gansos resonaban en el aire. La última casa, un tejado de cañas recubierto de musgo. El huerto le recordaba a Ed el huerto de su

abuela: patatas, colinabos y asteres. El camino de losas de hormigón, pavimentado con negligencia, se perdía en un prado pantanoso.

La primera torreta de caza parecía más una cabina, una cabaña construida en un árbol, un escondite estupendo; por desgracia, cerrada a cal y canto. La segunda, más pequeña, tenía la puerta abierta y se tambaleaba, de forma que Ed se preguntó si todavía estaba en uso. Trabajosamente subió la bolsa a lo alto. Trataba de hacerlo todo de la manera más silenciosa posible. Recogió algo de leña para obstruir provisionalmente la entrada de la torre, al final de la escalerilla. Cuando llegaba arriba con unas ramas podridas, pasó rozándole una luz. Como herido por una bala, Ed se arrojó al suelo y dio con la frente contra el banco de la caseta. Quedó tendido sin moverse. Respiraba con dificultad, olía la madera, le ardía la frente. La pequeña superficie de la torreta no le permitía estirar los pies. Pensó en la fiebre del oro del Klondike, en el hombre que estaba en el desierto helado y que en el último instante logró encender un fuego, con su última cerilla, pero después... Al cabo de un rato retornó la luz. Ed se levantó despacio y saludó al faro como a un viejo amigo al que había perdido de vista sólo transitoriamente.

«Oye, ¿a lo mejor necesitas tú a alguien?»

La luz del faro se abrió en abanico poco a poco y volvió a cerrarse: debía de ser un no. Era curioso cómo el dedo prismático luminoso podía saltar gradualmente hacia delante para detenerse un momento después como si hubiera tropezado con algo más importante que girar y girar de forma indefinida.

«Es decir, sólo para ayudar en esta temporada», murmuró Ed.

Había abandonado su plan de volver al pueblo para comer algo en cualquier bar. Tampoco había estado aún en la playa. Pero ya sólo el hecho de estar allí, en la isla... Durante un rato siguió a la escucha, en la oscuridad de la jungla que le rodeaba, luego se puso el jersey y la chaqueta. El resto de sus cosas lo extendió lo mejor que pudo sobre el suelo de madera de la torreta. Hacía frío aquella noche.

EL KLAUSNER

13 de junio. El mirador de Ed aún estaba envuelto en tinieblas cuando estalló un estruendo ensordecedor. Los pájaros de la reserva ornitológica se despertaban y llamaban al día, un fragor lleno de enojo y de prolongadas quejas que se repetían indefinidamente. Ya antes del amanecer, Ed abandonó su alojamiento y caminó tierra adentro, tenía el rostro lleno de picaduras de insectos, le ardía la frente.

Su primera tarea sería explorar el terreno, sobre todo encontrar un escondrijo mejor o al menos un lugar donde poner a salvo su bolsa y sus cosas (la pesada chaqueta Thälmann, el jersey) durante el día. Aparte de los cuentos y los mitos que había oído en tierra firme, Ed no sabía mucho sobre la isla, ni sobre su geografía ni sobre los ciclos de vigilancia y control por parte de la compañía de fronteras. Al principio todo parecía muy claro: prados, landas y una sola carretera, más o menos pavimentada con losas de hormigón; no era un paisaje para esconderse. En cambio el bosque y la zona montañosa del norte sí eran tentadores.

Ed pasó la noche siguiente metido en una elevada hendidura, a los pies de la costa. Su madriguera era una especie de amplia entalladura recién hecha: el escarpado declive se había abierto para él. No había mosquitos, pero del barro le goteaba agua en la nuca. El mar era negro y

casi mudo, salvo una especie de hervor, que retornaba con regularidad, en la grava, entre las piedras de la orilla: como si alguien vertiera agua sobre una placa candente. En la caverna había un montón de ruidos que Ed no sabía identificar. Por encima de él crujía algo, y crujía *en el barro*. Y a veces aquello respiraba y gemía suavemente. Sus reservas memorísticas le susurraban algunos versos que decían que la pequeña y débil ola del Báltico imita el susurro de los muertos. A Ed le fastidiaron esos susurros; si iba en serio lo de su partida (y nuevo comienzo), tendría que combatir aquello, por lo que hizo un nuevo intento con pensamientos propios.

Cerró los ojos y al cabo de un rato vio al hombre de las olas del Báltico. Era alto y encorvado: era el conserje del instituto. Sacaba agua del mar y la vertía sobre el fuego que había encendido en la playa. El agua se evaporaba, subía humo y el hombre mismo se volvía cada vez más delgado y translúcido. Al final sólo quedaba su rostro. Le sonrió desde la arena y al hacerlo dejó al descubierto su podrida dentadura, una masa de moluscos, alquitrán y algas; dijo: «Mi presencia está agotada.»

Por la mañana sus cosas estaban empapadas y en la playa se había formado un fino delta. El agua viva convertía el barro en terrones brillantes, sobre los que se podía caminar fácilmente. En algunos puntos permanecía estancada. Primero de rodillas y en complicada postura (como un animal, con el trasero levantado y estirando la cabeza hacia delante) y después tendido en el suelo, trató de beber. Aunque a esa hora tan temprana no debía de haber un alma en la playa, Ed se sentía observado. Con una mano retiraba hacia la nuca su media melena, con la otra mantenía a distancia las piedras que se le incrustaban entre las costillas. «La naturaleza no es un plato de gusto, desde luego», murmuró Ed; imitó la voz de su padre y al hacerlo tuvo que reprimir la risa. Había superado la segunda noche.

El agua de manantial sabía a jabón y olía a fermento. Ed siguió con la vista la línea del delta hasta la hendidura que había justo al lado de su cubículo. Un animal lo miraba fijamente. Era un zorro. Defendía el manantial y acechaba a Ed, puede que hiciera ya tiempo.

«Me has asustado, diablillo», murmuró Ed. El zorro no dijo nada, no se movió. Su cabeza reposaba sobre las patas delanteras, como hacen los perros; su mirada estaba fija en el horizonte marino. El matorral de un espino descuajado daba sombra a su piel, que parecía muy viva y saludable.

«Qué sitio tan bonito tienes aquí, viejo tunante, tan bien escondido. Sin mosquitos, con agua fresca... Desde luego eres muy listo, ¿eh?»

Ed puso a secar sus cosas sobre las piedras, pero luego se sintió inquieto, y volvió a recogerlas. Tenía hambre y un sabor a podrido en la boca. Los panecillos que había comprado en Kloster a un panadero llamado Kasten se habían convertido en una perfecta papilla. Amasó varias bolitas y de la masa salió un líquido que parecía esperma. Masticó despacio y tragó. La energía de la partida se había agotado, y sentía una especie de tirones detrás de los ojos. No era dolor realmente, sólo un recuerdo de uñas mordidas. Los lechos de las uñas inflamados y el esparadrapo fibroso, deshilachado: las uñas de G. Consideró cuánto tiempo podría continuar viviendo así. Cuánto tiempo darían aún de sí sus fuerzas. Cuándo tendría que dar media vuelta.

«Sería completamente absurdo, viejo diablillo.»

Esa costa alta y desgastada: no había visto nada semejante hasta entonces. Había rupturas y saledizos y una especie de paisaje de glaciar, enormes lenguas como meandros de barro y arcilla que avanzaban hacia el mar. Había trechos cubiertos de vegetación y desnudos, agrietados y arrugados, y había paredes grises, fangosas, de donde salía de vez en cuando la cabeza de un cíclope que bajaba la mirada con desprecio en dirección a Ed. Pero Ed no miraba apenas hacia

arriba, él no estaba para cíclopes ni para lo que quiera que fuesen esos riscos. Con la cabeza baja caminaba por la playa pedregosa y trataba de mantener encendida la pequeña fogata de su soliloquio con palabras de aliento y buenos argumentos. Con palabras propias.

Un poco más adelante hacia el norte, los matorrales de la costa dejaron de pronto al descubierto una escalera. Los bloques de hormigón con los que habían intentado fijar en la playa su construcción de acero colgaban en el aire aproximadamente un metro por encima del suelo. Cuando Ed saltó al escalón inferior salió un sonido claro y metálico. Del mismo modo que la chapa de acero de los barcos que se hunden empieza a cantar suavemente, Ed susurraba y contenía la respiración; el hierro oxidado se balanceaba amenazadoramente. Al final, Ed contó casi trescientos escalones (uno de cada tres, podrido o hecho pedazos), repartidos por diversos sectores y tramos hasta el acantilado situado a cincuenta o sesenta metros de altura.

A través de los pinos se vislumbraba un edificio claro, cuyo frontispicio estaba revestido de madera. A primera vista recordaba un vapor del Mississippi, un vapor varado de rueda de palas que había intentado llegar a mar abierto a través de la selva. Alrededor estaban ancladas varias pequeñas cabañas que rodeaban el barco nodriza como botes de salvamento.

Ed retuvo firmemente la imagen en la retina para que no pudiera desaparecer: desde el barco se extendía, casi hasta el declive escarpado, una terraza adoquinada y provista de mesas y sillas de jardín. Las filas exteriores de las mesas tenían techo y parecían pesebres para poner comida a los animales del bosque. En la pizarra puesta junto a la entrada habían escrito algo con enérgicos trazos, pero Ed aún estaba muy lejos. A la izquierda de la entrada, sobre una ventana corredera del saledizo de madera que formaba parte del cajón para la rueda de palas del vapor, colgaba una banderita rígida donde ponía HELADOS. A su derecha, en el centro del saledizo, estaba atornillado un letrero escrito a mano: ZUM KLAUSNER.

La Z estaba cuidadosamente dibujada y adornada, y por un momento Ed tuvo ante la vista al pintor de rótulos, vio cómo le daban el encargo, cómo anotaba el nombre del barco y la fecha de su bautizo. Ed percibió con todo detalle el trabajo que debió de darle esa primera letra, y al instante le inundó una sensación de profunda inutilidad.

Para estar seguro de que existía una tercera dimensión, Ed rodeó lentamente el edificio. Era un barco al estilo de una casa de campo. El frontispicio se había teñido de verde musgo, y de la base salían costras de salitre. Detrás de la primera casa había otra algo más moderna, en medio de ambas el patio y detrás el bosque. Visto de modo muy general, el conjunto constaba de tres círculos concéntricos. En el círculo interior, el patio con los dos edificios principales y una pequeña terraza, poblada por un sinfín de sillas de café de hierro forjado, blancas y con manchas de orín. En el segundo círculo estaban las cabañas de madera, además de dos cobertizos y una leñera con tajo. Por el norte, el patio se abría hacia un calvero, un prado en declive y lleno de raíces, que ascendía ligeramente hasta la linde del bosque, y un sendero que tenía que subir hasta el faro, su viejo amigo. En medio del calvero habían instalado un parque infantil, con una seta gigante para escalar, con balancín, cajón de arena y una mesa de ping-pong en hormigón. Durante un momento Ed se asombró de que el parquecito infantil tan común en todo el país hubiera logrado llegar hasta ese lugar fabuloso, que campeaba en las alturas sobre el oleaje. El tercer círculo, que era el exterior, quedaba marcado por una pequeña empalizada, o, mejor dicho, por una especie de primitivo vallado hecho con madera muerta, cuidadosamente entrelazada con los troncos de la primera fila del bosque. Todo el recinto estaba circundado por un tupido bosque de pinos y hayas.

Ed caminó lentamente por el calvero en dirección a la costa y contempló el mar. La humedad de la mañana estaba impregnada de un fluido, suave y dulce, una mezcla fascinante de bosque y mar.

Había bruma, un horizonte vago y lechoso que se podía respirar si se inhalaba el aire con fuerza; uno está al mismo tiempo aquí y allá en el mar, pensó Ed.

Sobre la colina más arriba del parquecillo de juegos yacía inmóvil un hombre, muerto o dormido. Cuando Ed se acercó oyó al hombre; hablaba en voz baja en dirección al cielo. Quizá esté rezando, pensó Ed, pero sonaba como gutural, como una especie de gorgoteo, y en algún momento lo entendió:

«¡Largo de aquí, largo de aquí, largo...!»

Lo cierto es que todavía eran las seis de la mañana. Ed se sentó en uno de los pesebres y decidió esperar. Tenía frío y hambre, las últimas noches apenas había dormido. El cuero de su chaqueta Thälmann estaba completamente empapado, la prenda era ya más pesada que una armadura. Pero el banco, la mesa y el tejadillo le procuraban consuelo: como si ya hubiera estado muy lejos durante semanas y volviera en ese momento de parajes desérticos. Abrió su bolsa para que perdiera humedad. Sacó libros y varias cosas y lo puso todo a secar.

Las ventanas del saledizo, detrás del cual debía de encontrarse el restaurante, estaban tapadas por unas gruesas cortinas de visillo, una especie de red que a partir de las siete se movió claramente varias veces. Ed trató de sentarse con el cuerpo erguido y dar al mismo tiempo una impresión de sosiego. Soplaban viento por el lado del mar. Abrieron la puerta y sujetaron con ganchos los batientes al saledizo; el hombre que había abierto no le prestó atención. Su camisa era de un blanco brillante. Por un momento, Ed vio unas gafas ovaladas de montura metálica y unos grandes y poblados bigotes negros. El hombre fue a la pizarra, borró el «steak al horno» de la víspera y escribió con tiza en el hueco oscuro aún húmedo «sopa de rabo de buey».

«¡Rimbaud!»

Alguien había dicho ese nombre y Ed había dado un salto, listo para recitar; ocurría de forma automática, no podía evitarlo, al menos en un primer momento; en su cabeza alborotaban sus reservas: *El barco ebrio* en la versión libre de Paul Zech... «¡Rimbaud!», llamaron otra vez desde el interior del Klausner, y Ed comprendió que aquello iba dirigido al camarero de los mostachos.

Pasó casi una hora hasta que otro hombre más bajo apareció en la puerta y se quedó mirándole un rato sin moverse. Su rostro quedaba en la sombra. Algo en su actitud indicaba que no atravesaría el umbral. Al cabo de un rato levantó la mano de manera indefinible, sólo a media altura, como si saludara a Ed o le dijera que no. Ed se levantó y aunque aún le separaban algunas mesas de la puerta, el hombre empezó a hablar, tan alto como si allí fuera, en la terraza, estuviera reunido medio centenar de personas para las que sería importante entenderle bien desde el principio.

«Me llamo Krombach, Werner Krombach, director de la residencia de vacaciones Zum Klausner.»

«Me llamo Edgar Bendler», se apresuró a responder Ed. Habló en voz muy alta a la espalda del director, que se había dado la vuelta y caminaba deprisa delante, y al mismo tiempo aceleró el paso. Atravesaron la sala del restaurante, el hombre tenía aspecto deportivo, era achaparrado, el huevo brillante de una pequeña y cuidada calva se prolongaba hasta la nuca, el cabello de los lados era gris y muy corto. De reojo Ed percibió el mostrador y una caja registradora de hierro colado. Entraron en un diminuto despacho. El director pasó con agilidad junto a su mesa escritorio, tomó posición y le tendió la mano.

«Tome asiento, por favor, señor Bendler.»

En su modo de proceder nada indicaba desconfianza o menosprecio. Cogió el documento de

identidad de Ed, lo abrió, pasó las hojas, se pasó al mismo tiempo varias veces la mano por la despejada frente, como si lo que veía allí fuese ya en el fondo demasiado, y finalmente le preguntó si tenía *buena salud*.

Sobre la mesa de Krombach había una máquina de escribir antediluviana de la marca Torpedo, a su lado un teléfono gris y una foto en la que aparecía él ante la entrada de un gran edificio de brillante cobre; era el legendario Palasthotel, construido por los suecos; siempre que en el país se hablaba de eso, donde quiera que fuese, había alguien que soltaba esa observación, «por los suecos...». La foto mostraba al director rodeado de toda una cuadrilla de hombres y mujeres en atuendo de camareros o con uniformes de hotel, sólo Krombach llevaba casi lo mismo que ese día: una camisa de verano rosa pálido con gemelos rojo vino, una chaqueta ligera, a cuadros de color marrón claro, y un pañuelo al cuello, quizá de seda. Sólo faltaba la corbata.

«¿Ninguna enfermedad, en ninguna parte?» Ed levantó la vista y Krombach lo observó con mirada seria y penetrante.

Era probable que no hubiera entendido bien la pregunta. Ed no tenía la menor idea de adónde quería ir a parar Krombach, y guardaba silencio prudentemente. Había decidido que él, de todos modos, era apto para ese puesto. De dónde era y qué había hecho hasta entonces: las preguntas de Krombach, como de pasada y sólo como si correspondieran a algún protocolo que a él no le interesaba gran cosa. La carrera profesional de Ed incluía el haber aprendido el oficio de albañil, y así lo dijo. «O sea, obrero especializado en el ramo de la construcción», le corrigió Krombach. «Trabajos de revoque, construcción de paredes, hormigón y encofrado, etcétera; luego sus estudios universitarios, filología germánica e historia, con vistas a la enseñanza, supongo, el camino habitual, ¿y luego lo habitual?»

Ya antes de que Ed pudiera responder, Krombach habló sobre la isla y sobre su restaurante. Su voz cambió, pasó a ser baja y como ausente. «Tenemos aquí arriba una situación especial, condiciones especiales, en todos los aspectos, pero seguro que usted es consciente de eso, señor Bendler, creo yo, si no, no estaría ahora aquí. Primero estamos condicionados por las corrientes. La constante interrupción y desviación de la costa sobre la que se construyó en tiempos este restaurante, hace casi ochenta años, sobre las piedras de la antigua ermita, sobre los fundamentos que nos dejó el ermitaño...»

Mientras el director pasaba de la lenta e incesante desaparición de la isla en las inmensidades del mar Báltico a la historia del Klausner, parecía olvidar que Ed estaba sentado delante de él. Habló durante largo rato de un hombre llamado Ettersberg o Ettenburg, a quien cálidamente él denominaba el *Urklusner*, el ermitaño primigenio, un hombre con una larga túnica, «siempre moviéndose entre la gimnasia y la colección de clásicos Tusculum, entre la ducha y la biblioteca...».

Ed, distraído, disfrutaba de la música adormecedora del monólogo de Krombach. Por lo visto al director le gustaba emplear expresiones marineras: cada uno de sus colaboradores era para él un miembro de la «tripulación», y él llevaba en ocasiones el nombre de «capitán». «¿Así que lo ha visto usted? Un trozo de tierra tras otro, la costa se va partiendo y cayendo en este hermoso barranco, un teatro al aire libre, en efecto, y en algún momento, alguna noche, quizá ya en la primera o la segunda tormenta que venga, también se pondrá en camino, mar adentro, el Klausner, *nuestra Arca*, y con él los pasajeros y la tripulación, y entonces será realmente importante, ¿comprende usted?»

El despacho era en realidad un pequeño cuchitril, cuyo techo caía a plomo sobre la espalda de Krombach, de forma que la habitación, en su parte final, medía poco más de un metro de altura.

Había allí un sofá cama, protegido por una colcha, y a la izquierda de Ed, un armario. En su parte superior, abierta, se apilaban cajas de hojalata con puritos de la marca Dannemann Brasil, en el estante de debajo había veinte o treinta botellas pequeñas y oscuras, la etiqueta no se podía descifrar. En la pared, por encima del armario, destacaba un ojo de buey con vistas a un papel pintado en marrón claro y rayado. Sólo entonces se dio cuenta Ed de que el despacho no tenía ventanas. A juzgar por los ruidos, estaba construido directamente debajo de una escalera que conducía al piso superior. Era sin duda el lugar dedicado comúnmente a trastero y a guardar artículos de limpieza. Junto al ojo de buey colgaba una serie de vitrinas con complicados nudos marineros que semejabán corazones envejecidos detrás de cristales, y sus circunvoluciones, eternos enigmas...

«¿... y de Ifigenia?», preguntaba el director. Ed tartamudeó, pero sus recursos se activaron, su pequeña dinamo de supervivencia.

«¡Justo, esa pieza teatral exactamente!»

Ed asentía tan pronto le rozaba la mirada del director. Lo cierto es que le resultaba difícil seguir aquel discurso, que debía de ser la entrevista de trabajo de Krombach. Quizá aquellas frases habían sido dichas ya muchas veces. A pesar de su contenido poco común, tenían un no sé qué de desgaste, pero también algo cálido, hogareño, y con ello casaba aquel cuartucho. Cuatro días después del salto (no, no había saltado) a Ed le parecía *muy bien* estar metido en aquel diminuto despacho y escuchar las palabras del director. Sí, él quería marcharse, desaparecer, vivir apartado, pero no estar solo. El murmullo suave de Krombach le bastaba, así se sentía seguro. También tenía que ver con el olor que inundaba el cuartucho, olor de un tiempo muy anterior, intenso y mordiente; parecía proceder del propio Krombach, de la piel lisa que cercaba su cabeza como recién engrasada, quizá también de las botellas del armario...

«Bueno, venga. ¿Por qué está usted aquí, señor Bendler?»

Me asomé demasiado por la ventana, le pasó a Ed como un relámpago por la cabeza. Sólo con esfuerzo le salió su frase, por equivocación a la manera antigua e inservible: «Busco trabajo, pero también necesitaría una habitación.»

Krombach respiró hondo, se puso de perfil dándose media vuelta en la silla giratoria y contempló los corazones agrisados.

«No tenga miedo. En esta silla nadie ha tenido que disculparse nunca *por eso*, al contrario: hasta cierto punto, es la condición previa. Mi tripulación, créame, consta de la gente más diversa, caminos muy distintos, pero todos han llevado hasta esta oficina, y hasta ahora aquí no se ha tratado mal a nadie sólo porque la tierra firme lo haya vomitado. Caminos distintos pero al fin y al cabo por todas partes es lo mismo. Eso se sabe, eso se conoce, hay un momento en que llega ese punto. La isla nos ha acogido. Hemos encontrado aquí nuestro lugar, y los esekás se ayudan todos entre ellos cuando hace falta. Pero en esta tripulación», su mano hizo un amplio movimiento circular sobre la mesa y al hacerlo casi rozó las paredes de su antro, «se trata de algo más, y en eso estamos todos de acuerdo...»

El director se dio media vuelta en sentido opuesto y metió un dedo en el disco giratorio del teléfono. Al hacerlo miraba a Ed como si éste sólo tuviera aún que darle su número.

Sin duda era ése el momento de aportar algo propio. Algo que diera a entender que él cumplía la condición (tácita en gran parte), alguna declaración relativa a su vida anterior, la historia personal que por otra parte no tenía nada que ver con contrariedades ni con vómitos, sino más bien con un tranvía.

El dedo del director movía el disco, impaciente: un ruidito chirriante.

«¿Así que bien de salud?»

«Sí, sí, eso creo, de todos modos, que yo sepa, no...» Esa pregunta le desconcertaba.

«¿Bien de salud pero sin certificado de buena salud?»

«¿Certificado de buena salud?» Ed nunca había oído hablar de que fuera necesario un documento de esa índole.

«¿Bien de salud, pero sin acreditación de domicilio ni cédula de empadronamiento?»

«No, yo quería...»

«¿Bien de salud y liberado del pasado, como todos los que estamos aquí arriba?»

Krombach rió en voz baja y echó una rápida ojeada a los corazones agrisados; a ellos parecía unirlos una amistad especial. Esa súbita manera directa de preguntar causaba malestar a Ed.

«Quiero decir, ¿no ha habido en el pasado enfermedades demasiado malignas?»

«No. Una vez me rompí el brazo, la muñeca izquierda, fue complicado, me caí al escalar, tenía nueve años e iba a ir al campamento de vacaciones, pero por la mañana...»

Krombach lo miró apaciblemente, sin comprender, y Ed guardó silencio.

«¿Nadie sabe que estás aquí?»

«No», respondió Ed enseguida, y tomó el paso al tuteo como una especie de pago anticipado.

«No has dicho nada a nadie, ¿no?»

«No.»

«¿Y has venido solo?»

«Sí»

«¿Cuánto tiempo podrías quedarte?»

«¿El verano...?»

Durante un momento Ed había tenido delante su calendario, con la fecha en que había de matricularse para el semestre de otoño; casi le dio vergüenza. Fuera oía el tintineo de la vajilla. A juzgar por los pasos y las voces, estaban retirando las cosas del desayuno; sonaba a brusca provocación. Le soplaban en la cara el viento de lo desconocido, el miedo a la entrada en lo ignoto.

«Así que el verano. ¿Quizá también el otoño?»

«Sí, quizá.»

«¿Quizá, humm? Tuvimos dificultades aquí la temporada pasada, problemas, y con ello no estoy exagerando. Hemos perdido personal, de diversas maneras, nuestro último vendedor de helados, por ejemplo...» Krombach respiraba con dificultad. «¿Por qué te has acercado con tanto sigilo?»

«¿Sigilo?»

«¡Has llegado por detrás, por los acantilados, es un recorrido largo y dificultoso, dos horas por esa playa pedregosa, con una bolsa de viaje!»

«Yo...»

«Bueno, bueno.» De pronto, el director parecía agotado. Dobló contra la ensambladura el documento de identidad de Ed, cuya funda de plástico ya estaba estropeada por la parte doblada, en cualquier momento se rompería el papel. Luego, sin más preámbulos, con la punta de los dedos dejó caer el cuadernito en un cajón del escritorio que Ed no podía ver. «Te quedas hasta que regrese Crusoe. Te inicias en el trabajo, luego ya veremos. Recibirás comida y alojamiento, y ganarás dos marcos setenta la hora. ¿Qué te parece si te ocupas de fregar los platos? Si sabes hacerlo, se entiende. Todo lo demás... Todo lo demás viene después.»

Ed asintió y bajó la vista. El zapato de Krombach estaba sobre el agujereado revestimiento de

un radiador de tren. De pronto reconoció el olor; era la loción capilar de su padre, cada mañana, cada tarde: Exlepäng.

LA HABITACIÓN

El cuarto del que tomó posesión Ed aquella mañana parecía habitado. En el lavabo había un cepillo de dientes con una costra de dentífrico. Dentro del vaso para el cepillo de dientes había unas gafas. Las sábanas estaban usadas. La de abajo formaba abultadas arrugas, una cordillera de pliegues grises que despedían un olor agrio... Ed se inclinó sobre la cama y escuchó; era su canto infernal de la curva, muy suave, muy distante. G. saludaba con la mano, el tranvía hacía su último viaje, algunos versos le zumbaban a Ed en la cabeza.

Al principio le resultó difícil formarse una idea clara del trazado del Klausner, de sus vinculaciones interiores y de los diferentes empalmes de un espacio con otro. El número y la situación de las habitaciones fueron un enigma para él durante mucho tiempo, en el fondo parecía imposible darles cabida a todas en aquel edificio de dos plantas, que en las tarjetas postales de fotos auténticas de Bild und Heimat Reichenbach (a veinticinco pfennigs cada una en el mostrador) daba la impresión de algo más bien modesto: no parecía un barco, en cualquier caso, no un vapor del Mississippi. Más bien un refugio de montaña, una cabaña del bosque con el frontispicio recubierto de madera y construcciones adosadas por todos los lados en lugar de soportes de ruedas de paletas. Y sin embargo, en su interior, Ed veía que todas las habitaciones daban al mar. Quizá tenía eso que ver con el hecho de que el Klausner estaba día y noche inmerso en un fragor; incesantemente la vista estaba inundada, pulida, modificada por el oído. Encerrado en el ruido, el pensamiento se adaptaba al oleaje, al ritmo de las mareas.

Al principio, Krombach lo había llevado a la parte posterior de la casa. La puerta era estrecha y baja. Una entrada separada, tras la que arrancaba enseguida una escalera, la subida a las habitaciones. A Ed le recordaba la angosta escalera de servicio de la casa de su infancia, y por eso miraba en torno buscando cordones para la campanilla, como los que iban del dormitorio de sus abuelos a los cuartos del servicio. Esos cuartitos estaban vacíos desde hacía decenios, sin embargo su abuelo aún mantenía aquel complicado mecanismo, y de vez en cuando lo accionaba, sobre todo en presencia de Ed. De niño, Ed estaba seguro de que lo oirían, de que el tintineo de aquellas campanillas oxidadas en el extremo de los cables haría *resurgir* de algún modo a los criados muertos hacía tiempo; tan pronto se apagara la luz, fuera, en el pasillo, llegarían arrastrándose unos pies huesudos, luego empezaría el golpear de los huesos pelados en la puerta del dormitorio y, finalmente, la voz que gritaba: «Sí, ¿qué desea el señor?»

Krombach le había asegurado que no hacía falta, la puerta permanecía abierta también de noche; en realidad siempre estaba abierta, y eso, añadió, era una de las cosas importantes para el Klausner y su misión. Ed tuvo de nuevo la sensación de no haber entendido algo, algún significado o condicionamiento que se escondían en las palabras «eseká» o «Crusoe».

Había un muelle que se encargaba de que el batiente de la puerta que quedaba detrás de ellos se cerrara de golpe mientras subían la escalera. Krombach abrió la puerta de Ed, y al momento los rodeó una masa de aire viciado, aire dulzón y grasiento que podía sentirse en la piel. El director rezongó en voz baja, cruzó de dos zancadas el cuarto, descorrió la cortina y abrió la ventana. Por un momento la luz inundó la estancia; un resplandor que después se transformó apaciblemente en

plata y luego en un limpio azul. Delante de la ventana yace el cuerpo del mar, poderoso y reconfortante.

«Una de las más bonitas que tenemos», dijo Krombach.

Era la habitación de la parte delantera, justo donde terminaba la escalera. Desde allí salía un pasillo con más puertas a derecha e izquierda hasta el fondo de la buhardilla. Había un armario, a la derecha de la puerta, detrás el lavabo: ancho, pesado, dos grifos de plástico gris. Bajo la ventana una mesilla de noche y una lámpara. Ni silla ni mesa. La cama, debajo de la vertiente del tejado.

«La ropa de cama está al final del pasillo, donde Monika. Y mañana, a las ocho, te presentas en la cocina a Mike, el cocinero», ordenó Krombach en voz baja y se marchó.

Fue sólo unos días después cuando Ed se enteró de que Monika o Mona, como también la llamaban, era la hija de Krombach. Su perfume empezaba en el último tercio del corredor, al final del pasillo estaba la puerta de su pequeña vivienda. Entre la tripulación se la conocía por el sobrenombre de «pequeña invisible»; era la encargada de limpiar las habitaciones, pero apenas se ocupaba de ellas. En cambio lavaba todo lo que había que lavar, y transmitía su buen olor a la ropa de cama, a los paños de cocina y a los manteles, por lo que a menudo se la suponía erróneamente en inmediata cercanía.

La puerta de Ed tampoco se podía cerrar con llave, pero él no le dio más vueltas al asunto. Estaba seguro de que para ese verano (y a lo mejor para el otoño y el invierno) no podía haber para él ningún lugar mejor; fue entonces cuando pensó en su bolsa.

En la terraza se había reunido un grupo de veraneantes. Tomaban café o cerveza y contemplaban el mar. Alguien había dado la vuelta a los libros de Ed y los había movido un poco para que se secaran a la luz del sol. No faltaba nada. En su sitio estaba preparado un gran desayuno: mortadela, un triángulo de queso, y una ración de mermelada de frutas variadas que parecía brillar por sí sola. Ed miró alrededor, el camarero a quien habían llamado por el nombre de Rimbaud le saludó con una inclinación de cabeza. Ed echó de menos el café pero no se atrevió a preguntar. Cuando regresó a su cuarto, había ropa de cama limpia sobre la almohada, la sucia había desaparecido. Dijo a media voz «Gracias» en dirección al pasillo y escuchó. Trataba de imaginarse a Monika. Veía a una mujer pequeñita, de pelo negro, quizá con una trenza. Apenas hubo hecho la cama, Ed se dejó caer y se durmió.

Los beduinos zamarreaban ahora con tal fuerza al animal (pelotones de piel de camello en sus manos) que éste se quedó aplastado, ensanchado, en línea con el horizonte del desierto. Era la manera de utilizar al animal como alfombra voladora. «Los beduinos habían preparado al animal», murmuró el narrador. «Un chorro de arena alcanzó sus gafas de sol, pero eso era sólo el principio de un largo viaje.»

Cuando Ed despertó, había empezado a anochecer. El papel pintado que había más arriba de su cabeza se caía a tiras, como piel quemada. Todo el techo inclinado estaba repleto de restos de insectos aplastados a golpes. De algunas manchas colgaba una pequeña estría sanguinolenta semejante a la estela de un cometa. A veces, sólo eran salpicaduras de sangre por todo alrededor, como después de una diminuta explosión. Ed pensó en su primera habitación, con la luna arriba de la cama, con las estrellas y el hombrecillo de la arena que con su saco de arena bien atado y con una bonita y limpia bicicleta Diamant pedaleaba por las colinas de una noche azul oscura. Después sólo tuvo una bicicleta Mifa, una bicicleta plegable que se podía meter en el maletero o dondequiera que fuese. Todo lo de su infancia había sido *práctico*. «¡Qué práctico!» se consideraba la mayor alabanza: una bicicleta plegable, una cama plegable (que durante el día

quedaba pegada a la pared donde se transformaba en una especie de armario) y prendas de vestir de duración casi ilimitada.

Pese a la suciedad y el olor, Ed se sentía seguro y a gusto en su nuevo habitáculo. A otros, una habitación así tal vez los habría desanimado, pensó Ed, para mí es justo lo apropiado. Sentía una especie de alegre expectativa, pero también tenía miedo al fracaso.

La cama era un pesado armazón de aglomerado de madera chapada en color claro, el colchón tenía un hoyo, en el que Ed podía rastrear el sueño de sus predecesores: no le pareció incómodo. Sólo la almohada era inservible: un bulto compacto. Utilizaría su jersey como sustituto, como había hecho las noches anteriores. Ed estaba orgulloso de esas noches. Se levantó y lanzó aquella almohada dura como la piedra contra el armario: al instante el aire se llenó de polvo. Cuando abrió el armario, la puerta empezó a deshacerse por dentro, en oleadas oscuras. Muy al principio aquello era un sueño, pero ya un instante después Ed daba golpes a aquel flujo: con fuerza, martilleando, casi habría destrozado la delgada madera. En algún momento aquello se terminó y él se detuvo, jadeante, palpitándole furiosamente el corazón. En la suela de su zapato estaba pegada una sola víctima. La mitad, para ser más preciso, la parte posterior del cuerpo estaba aplastada, mientras que la parte delantera aún trataba de escapar. De unas cincuenta cucarachas, sólo había acertado a una. Sólo a una, pensó Ed.

LA CEBOLLA

15 de junio. Ese trabajo era nuevo para él, y actuaba con torpeza. Pero no llegaba nadie para enseñarle o explicarle nada, mientras que él, cubo tras cubo, se adentraba en el secreto de las cebollas. En periodo de prueba, pensó Ed, en este patio, en esta isla. Trataba de representarse el movimiento de las manos de su madre, su rapidísimo manejo del *pequeño y afilado*, como ella llamaba al cuchillo cortante como una hoja de afeitar, con el mango de madera desteñida y la hoja, de tan afilada, reducida a pocos milímetros; empezó a imitarla —él era su madre— lo mejor que podía, su actitud, sus movimientos.

Su sitio estaba al aire libre, a espaldas del Klausner, junto a una de las mesas-pesebre. Se sentaba directamente debajo de las ventanas del fregadero, que tenían una costra de restos de grasa y de telarañas. El fregadero era un edificio anejo, revocado en gris y con una puerta trasera que llevaba a una pequeña rampa cuadrada. De vez en cuando Ed percibía voces procedentes de allí dentro y una especie de canturreo que no sabía interpretar: casi sin interrupción, tintineo de vajilla, entre medias un sordo fragor subacuático, cubiertos probablemente que se movían de acá para allá en el fondo de alguna pila. Cuando había silencio, es posible que le observaran: el inmóvil contorno de su espalda contraída, un aventurero ya no demasiado joven que llevaba vaqueros cortados por la rodilla y una camiseta roja ampliamente recortada por las axilas; quizá les divertía el espectáculo. El pelo quedaba sujeto detrás de las orejas por una cinta desflecada que llevaba en torno a la frente y que se le escurría constantemente; el sol le daba en la cara. Nadie le había explicado que sería mejor estar sentado a la sombra, y sobre todo no en el patio, sino debajo de algún pino cercano a la costa, donde siempre había viento en torno a los ojos. Por propia iniciativa él, de todos modos, no se habría atrevido a abandonar el patio. Quería formar parte de la tripulación, y no sólo en un puesto cualquiera en el exterior. Sobre todo quería mostrar que sabía trabajar, con tesón y disciplina. Siete cubos el primer día.

«Bueno, yo soy Mike el Cocinero», le había dicho a Ed el peso pesado de los pantalones de

payaso a cuadros negros, «Mike, no Maik, pronunciado como se escribe, o sea, Mike.»

Perlas de sudor le cubrían la amplia cabeza y brillaban como joyas. En el cinturón de tela que sujetaba sobre el vientre su chaqueta de cocinero, salpicada de manchas, estaba metido un paño de cocina que utilizaba para secarse a intervalos la frente y la nuca. El paño era tan grande que para eso no tenía que sacarlo del cinturón, se bamboleaba entre las piernas como un sexo gigantesco, a veces también se lo echaba sobre el hombro. Las raras veces que Mike el Cocinero hablaba, daba instrucciones o renegaba, resultaba difícil entenderle porque aprovechaba las interrupciones para pasarse el paño por la cara. Ed nunca había visto a nadie para quien la expresión «trabaja como una fiera» fuera más adecuada. Casi avergonzado por la oportunidad de deshacerse de una tarea desagradable, Mike el Cocinero había llevado las cebollas de la cámara frigorífica al patio y, cubo tras cubo, las había ido poniendo sobre la rampa. Ed pensó en las tareas que le imponían en el colegio como castigo, pero ésta no le ofendió, incluso lo dejó indiferente.

A veces soplaba en el patio un viento cálido y suave procedente de la costa, eso era suficiente. Cuando no corría aire era inevitable que los ojos se le llenasen de lágrimas. Era un llanto interminable, implacable, que empezaba en algún lugar detrás del globo ocular y que le obligaba a fruncir el entrecejo. Como un animal indefenso, Ed alzaba el mentón al cielo o ladeaba la cabeza, pero no servía de nada. Al principio se pasaba por la cara el dorso de la mano, para secarse, después se resignó; dejaba correr las lágrimas. Manchas de luz y bandadas de puntitos luminosos se posaban sobre el paisaje, revoloteando como copos de nieve. Era la primera vez que lloraba, desde aquel día.

Cada mañana, hacia las once, llegaba el suministro; el cochero Mäckki se aproximaba al Klausner. Mäckki, un habitante de la isla, bajito y fornido con el pelo tieso como un erizo, lo que probablemente había contribuido a su apodo,¹ utilizaba la estrecha carretera pavimentada con losas de hormigón que, describiendo amplias curvas por el ondulado paisaje de colinas, llevaba del puerto a la puerta principal del cuartel; cien metros antes se bifurcaba el camino en dirección al Klausner. Primero el sordo fragor de las pezuñas, pero luego, en el patio, el carruaje, que disponía de neumáticos, avanzaba casi silenciosamente. Mäckki nunca tenía que sujetar a su caballo; detrás del pescante tenía un ancla de hierro forjado que, allí donde quería detenerse, clavaba en la arena del suelo. Ed, quien quería probar que él *veía* el trabajo («ése es uno que ve el trabajo»): así encomiaba su padre a la gente «a la que no hay que decirle las cosas»), ayudaba al cochero a descargar. Cuando habían terminado, Mäckki se iba a la cocina a través del fregadero, sin dar las gracias ni saludar.

Al cabo de tres días, Ed estaba ya bastante seguro. Le dolía la espalda pero lo de pelar marchaba por sí solo. Salvo algunos veraneantes que, de camino al comedor, cruzaban el patio sin prestar atención (el edificio a espaldas del Klausner albergaba a los turistas alojados allí), no había nadie cerca cuando los ojos se le llenaban de lágrimas. Nadie excepto el caballo del cochero, que de vez en cuando volvía silenciosamente hacia él sus blandos y negros ollares, a tan poca distancia que podía sentir la cálida respiración del animal en su rostro enrojecido por un interminable restregar y enjugar. Con su peluda figura y su paso vacilante (el pelo grueso en las cortas patas caía en flecos hasta las pezuñas pesadas e increíblemente anchas), el caballo parecía un oso; era una especie de caballo-oso, junto al que Ed lloraba a más y mejor, y cuando levantaba la vista también les lloraba a los árboles de la costa escarpada, esos árboles torcidos por el viento que, allá en lo alto del acantilado, aun mirándolos sin agua en los ojos, parecían estar

desfigurados o haberse agachado para evitar el impacto de algo que en aquel mismo instante volaba furiosamente desde el mar hacia ellos.

Poco a poco volvió a haber sitio detrás de sus ojos y sintió un agradable vacío en la cabeza. Se asombraba de cuánto le satisfacía su trabajo. No tenía que pensar, ni que hablar, disfrutaba del sol y de la difusa presencia del mar. Con el horizonte a la vista le parecía mucho mayor el espacio que había atravesado hasta llegar a ese lugar, mucho mayor la distancia recorrida hasta allí; el mar dilatava el tiempo, y el viento le enfriaba las mejillas.

A excepción de Krombach y de Mike el Cocinero nadie había hablado con Ed desde su llegada. Los dormitorios estaban en un mismo piso, daban al mismo pasillo, y utilizaban todos el mismo retrete, por lo que había encuentros que sin embargo no llevaban a ninguna parte. La tripulación del Klausner se mantenía a cubierto, como si Ed, mientras aún no se hubiera tomado una decisión definitiva, no debiera saber mucho sobre el barco en el que quería alistarse. A Ed le gustaba pensar sirviéndose de los términos náuticos de Krombach. Sólo había que intercambiar unas palabras y todo el conjunto era un relato de aventuras, apenas inferior a un viaje en el *Fantasma* o en *La Hispaniola*. Cosa extraña, ese pensamiento lo tranquilizaba. *Quince hombres sobre el cofre del muerto...* ¿Por qué no iba él a poder continuar con su vida simplemente en el punto en que esa vida había cesado en la infancia? Apenas quince años antes. ¿Por qué no iba a poder empezar –de una manera precisa, más especulativa– allí donde habían terminado las estupendas miniserias de cuatro entregas sobre Crusoe y *El lobo de mar*, allí, en esos días? Antes de que *La isla del tesoro* y las historias de Alexander Selkirk y Pedro Serrano, de William, el indio mosquito, y los *Piratas del Mississippi* y todas las otras leyendas de la infancia estuvieran definitivamente leídas y transportadas en paquetes muy bien atados (Ed recordaba el cordón barato, deshilachado) al centro de material reciclable... Otra vez sintió vergüenza, aunque no había que avergonzarse por eso, ya que sin duda alguna en aquella época el comercio con el material reciclable contaba entre las más altas instancias, y eso en todo el país: «Botellas y recipientes de vidrio para Angela Davis» o «Ropa vieja para Luis Corvalán»; material viejo y solidaridad internacional iban juntos, se confundían de forma inmediata, «unidos para siempre», le pasaba a Ed por la cabeza, envases vacíos y América, trapos viejos y Chile, un fardo de viejos ejemplares del *Volkswacht* para la lucha por la Unidad Popular y una caja de tarros vacíos de pepinillos en vinagre contra el racismo... De la mano del comercio con el material viejo, Ed se había desligado de la literatura. De todos modos se daba por seguro que su futuro (una figura fría, como grabada en madera) estaba en la construcción, que él haría prácticas a pie de obra y se especializaría en el ramo de la construcción; desde el octavo curso y desde la cita de media hora en el centro de orientación profesional, situado a los pies de la cárcel de mujeres de Gera, la cosa estaba decidida. Recordaba que, acompañado de su madre y enormemente aliviado, había llevado a término la conversación, de un modo u otro, satisfactoriamente (fingiendo interés, había seguido todas las recomendaciones y se había «decidido»), después había salido del edificio donde estaba el centro de orientación profesional y su mirada fue a caer sobre la cárcel de mujeres, que estaba situada arriba, en la ladera del monte..., como una advertencia. Y ahora, desde su silla en el patio del Klausner, con el cuchillo puntiagudo en la mano y un cubo de cebollas entre las piernas, le parecía otra vez casi misterioso que pocos años después (años pasados en obras, en barracas a pie de obra) se encontrase de nuevo entre libros, pero no con Selkirk ni William, el indio mosquito, no entre las aventuras de su infancia, entre los piratas del Mississippi... Ed tuvo un ligero mareo, y nuevas lágrimas le resbalaron por las mejillas.

Todos los días, el pinche de Mike el Cocinero le traía la comida al patio. Se llamaba Rolf. Rolf bajaba la rampa, colocaba la bandeja sobre la mesa y se marchaba al momento, sin decir palabra. Llevaba puesta una chaqueta de cocinero, tiesa y amplia; era como una cápsula a la que podía retirarse en caso de necesidad, como una tortuga en su caparazón.

El desayuno de Ed llegaba nada más empezar el trabajo, pero el almuerzo se hacía esperar; a menudo llegaba a las dos, a veces incluso más tarde. Casi siempre carne con patatas y verduras variadas. A menudo Ed sentía ya antes de las doce un hambre apremiante. En algún momento cogió una de las cebollas y se la comió como si fuera una manzana, sin detenerse. La cebolla era (además de la morcilla de sangre) la única cosa que Ed no comía o que comía con repugnancia: esta vez le gustó. También sus problemas de estómago parecían superados de pronto. Desde entonces Ed se tomaba cada día a las doce en punto una de las cebollas grandes, peladas por él, más tarde también un trozo de pan de trigo y centeno que robaba de los cestitos de pan de los clientes. Era una especie de segundo desayuno: su primer hábito propio.

EL DIARIO

Cuando Ed se incorporaba por la mañana en su cama, veía el mar, eso le resarcía de todo. Sin embargo, aquella felicidad no se asociaba directamente a él. De alguna manera permanecía inaccesible, o bien en su pecho o en el mismo espectáculo del mar, con las señales de los transatlánticos gigantes allá lejos, o bien escondida en el crepúsculo, que en realidad era inexistente; sólo existía la luz dorada que subía despacio por las manchadas paredes e inundaba la habitación, y luego, tras la puesta de sol, el largo dedo del foco reflector que rastreaba por encima del agua y cada vez que la rozaba hacía brillar las crestas de las olas como si hubiera algo en ellas.

Ed miraba a lo lejos como hipnotizado y esperaba que empezara a sonar un motor y apareciese un brazo desnudo que, con un ademán desesperado, tratara de impedir la desgracia.

El cono luminoso del foco reflector tenía su origen en algún punto del bosque, detrás del Klausner. A veces el dedo se elevaba y señalaba más lejos, al mar abierto. Ed se imaginaba que los habitantes del país de enfrente estaban sentados a la mesa cenando y de vez en cuando tenían que hacer pantalla con la mano para no quedar deslumbrados. De día, cuando había buena visibilidad, se podía ver Møn, las rocas cretáceas de Møns Klint, que pertenecían al Reino de Dinamarca, pero como es natural esa luz no alcanzaba los cincuenta kilómetros y en realidad la distancia a la otra orilla se perdía en el infinito. Justamente por eso a Ed le seducía imaginarse a esas personas, habitantes fantásticos de un planeta extraño, sentadas a la mesa y cenando... «Es un sueño», murmuraba Ed a la luz del sol que se hundía con rapidez, y la nueva felicidad se adhería a esa opinión, si bien de una manera contenida, opaca.

Una desventaja de su habitación era su situación respecto a la escalera y el pasillo. Hacia medianoche empezaba el barullo: voces y el golpeteo de la puerta de servicio, anunciada por el aullido del resorte del muelle cuando se tensaba, un ruido que le entristecía porque le recordaba a Matthew, su pequeño grito dolorido poco antes del salto (no hubo salto). Luego los pasos, el pateo, el suspiro de alivio al final de la escalera. De vez en cuando tenía también la sensación de que alguien se paraba delante de su cuarto para escuchar. Pero eso era ridículo, y con el tiempo Ed se habituó a aquel estruendo. Se propuso no prestarle especial atención. «Es la vida de la isla, todo el trajín de ahí fuera del que tú no tienes la menor idea», susurraba en la oscuridad; su voz

sonaba perfectamente tranquila, su imagen reflejada en la hoja de la ventana abierta no se movía. Había inclinado hacia delante la cabeza como si quisiera penetrar aún más en el eterno fragor. Pero ya antes de que empezara a fluir *la materia*, Ed dio un gran paso atrás. Encendió la lámpara de la mesilla de noche y sacó su agenda Hermès de la bolsa de viaje que no guardaba en el armario por las cucarachas. Le escocían los ojos. En cuanto los cerró, llameó un pequeño fuego. No te los frotes, no debería habérmelos frotado, pensó Ed.

19 DE JUNIO

Otra vez cebollas, pero todo va ya mucho mejor. Tengo que comprar crema solar; quizá gotas para los ojos. ¿Qué son esekás? ¿Quién es Crusoe? No tengo nada por escrito. ¿Preguntar a K.?

Al escribir, Ed se tranquilizó. Cada día tenía sólo cinco líneas, lo justo para «citas y apuntes». Pasó hacia atrás una hoja y escribió:

18 DE JUNIO

El hombre que repetía «Largo de aquí» como una letanía es el que vende helados, un tipo desagradable. Más vale ser prudente. Me sacó a empujones de la sala del restaurante. Un rostro como Rilke, alargado, ojos abultados y bigotazos, como casi todos aquí.

Ed se planteó si tenía sentido utilizar las cinco líneas para esa anotación. A buen seguro que no, si quería llevar una especie de diario con los sucesos más importantes. Por otra parte, desde Krombach, había sido ése su único encuentro real, aparte de Mike el Cocinero. A medio camino por la sala del restaurante, el vendedor de helados le había dado alcance, le había agarrado la camisa por detrás y echado fuera de un empujón por la puerta delantera, delante de los clientes. Por lo visto, los aseos de los clientes eran tabú durante las horas de apertura. Ya el uso de la puerta delantera se consideraba probablemente una infracción, pensó Ed, y volvió a sentir la ofensa. Fue tan grande su sorpresa que se rindió al momento y se dejó conducir fuera sin oponer resistencia, como un niño; incluso se disculpó. Él no había querido subir a la planta del servicio, para no dar la impresión de que durante las horas de trabajo se escapaba a su habitación. Eso había sido todo. «Vete a cagar al puto mar», le había dicho el vendedor de helados. Llevaba un chaleco de terciopelo negro con brillantes botones plateados, quizá se tenía por una especie de torero. Ed pasó otra hoja hacia atrás:

17 DE JUNIO

El pinche de cocina no habla una sola palabra, quizá sordomudo. Yo tampoco digo nada. Así me dejan en paz. La habitación es estupenda, la comida suficiente. Lucho con las cebollas, una perfecta locura esto de las cebollas.

En ocasiones sus anotaciones sonaban como una postal enviada desde el campamento de verano, pero eso no era importante. Cuando Ed escribía algo propio, con palabras propias, manejaba el lápiz contra el zumbido de las reservas que almacenaba en la cabeza, como una máquina cortante que pasa sobre la escombrera, pensó Ed, o a través de la escombrera; sí, era más bien una perforación, él escribía y perforaba en dirección a algo, a G. tal vez, a sí mismo, a un gran espacio al aire libre, una clara bahía en la que corría el viento y caminaba durante horas por la orilla arenosa, con la cabeza en silencio y las sienas frías, los pies bañados por la espuma del mar...

Del piso de abajo llegaban ruidos de radio, voces, a veces música, pero de modo muy irregular,

fluctuante, interrumpido por una especie de tos o de graznido. Antes de medianoche, Haydn, hermoso en realidad y enigmático en su tembloroso sonido, pero después otra vez hubo mucho ruido en el pasillo.

Ed se vistió y se deslizó fuera de su habitación. Sin hacer ruido tomó la escalera que llevaba al patio y caminó un poco por el calvero en dirección al bosque; la oscuridad le hacía bien a los ojos. En el fregadero estaba encendida la luz. Alguien debía de haber olvidado apagarla, o estaba encendida toda la noche. No es inhabitual, pensó Ed. Había casas en las que se dejaba encendida toda la noche alguna luz en la gran cocina, algo raro, quizá una especie de ritual, una luz de posición del desconsuelo. A Ed le habría gustado eliminar, derribar de un tiro todas esas lámparas a favor de una oscuridad buena y protectora: un grito agudo atravesó la noche. Por los sucios cristales del fregadero se veían figuras, siluetas, sombras. Ed subió un trecho por el terraplén. Algunas de las figuras llegaban casi hasta el techo. Luego se inclinaban y desaparecían. Ed se esforzó por ver más pero otra vez le lloraban los ojos. Alguien estaba atareado con aquellas figuras grandes; repasaba sus siluetas con las manos hacia arriba y hacia abajo, las acariciaba, a veces con movimientos largos, lentos, luego de nuevo con otros rápidos y más cortos. Quizá estén midiendo su estatura, pensó Ed y sintió vergüenza. Su madre estaba sentada a su lado cuando el sastre con su cinta métrica y los dedos en la cinta métrica se metió por la entrepierna; él tenía trece años y todo era normal. También las figuras que había en el fregadero disminuían poco a poco de tamaño hasta alcanzar la altura normal. Una estaba ya en el patio y se acercaba a él. Ed se pasó la mano por los ojos: ¿un fantasma de cabellos largos y húmedos? ¿Una mujer? ¿Envuelta en una sábana? La figura atravesó a toda prisa el patio y subió por la escalera de servicio. El maullido de Matthew, el portazo, luego otro y otro fantasma; luego se hizo el silencio. Se extinguió el desconsuelo, y la agradable oscuridad tomó bajo su custodia el fregadero del Klausner. Ed vio a un hombre que cruzaba el patio y tomaba el camino que bajaba al mar.

KRUSO

Mientras hablaba, el hombre miraba cariñosamente al caballo de piel de oso, como si saludara al caballo y no a Ed. Golpeó el flanco con mano firme, con la rudeza que sólo emplean las personas familiarizadas con los animales. Ed se enjugó las lágrimas de la cara. El hombre se inclinó despacio hacia él y Ed vio que sonreía.

«Alexander Krusowitsch, para la mayoría, Kruso; algunos amigos me llaman Losch, por Alexander, es decir, por Aljoscha, Aloscha: Losch.»

Sonriendo le quitó el cuchillito a Ed y le condujo como a un ciego por la rampa hasta el interior del Klausner. Ed notaba claramente la ligera presión en el brazo. Desde G. (desde hacía más de un año, por tanto), Ed no estaba ya habituado a un contacto prolongado; dicho con más precisión, no sabía cómo reaccionar, por lo que se sintió algo desorientado cuando el hombre lo soltó.

«Gracias», dijo Ed mirando al suelo. No consiguió decir nada más, ¿y por qué daba las gracias?

Nadie tomaría a Krusowitsch por ruso, ruso-alemán o alemán-ruso. Tenía una media melena de pelo negro que recogía en una coleta cuando trabajaba en el fregadero. Debido a un remolino encima de la frente, el pelo peinado hacia atrás se abovedaba en el punto de arranque, como la cresta oscura y lobulada de un gallo. Lo cómico de esa deformación quedaba neutralizado por la seriedad de su mirada; de todos modos no se apreciaba ningún rasgo de comicidad cuando se

estaba frente a Krusowitsch. La nariz era delgada y angulosa, el rostro alargado, suave, un óvalo casi perfecto con grandes mejillas; las cejas casi rectas, y con todo ello, el tinte oscuro de la tez: Krusowitsch semejaba más bien un venezolano o un colombiano que en cualquier momento sacaría su flauta de Pan para modular uno de sus altivos y tristes embrujos.

El fregadero era un edificio anejo, estrecho y embaldosado, con un pasillo en penumbra que llevaba a la sala del restaurante y con una puerta batiente que daba a la cocina. «Nuestra trastienda», dijo Kruso. Sonaba a algo importante y como si quisiera expresar con ello otra cosa. Por debajo de las ventanas situadas a bastante altura había dos grandes pilas de piedra marrón y dos pilas pequeñas de acero. El agua salía de cortos tubos de goma sujetos con alambres a los grifos. Las pilas estaban alineadas por parejas (una pila de piedra y una de acero); en medio, mesas de acero para la vajilla limpia. En la pared de enfrente había varios estantes oxidados, llenos de cazuelas, cazos y vajilla. El pavimento era liso y grasiento. Las baldosas, antaño de un color pardo rojizo, se habían reconciliado con la suciedad quedando revestidas de un velo grisáceo. Algunas de las losas estaban rotas, otras faltaban, los huecos que interrumpían la colocación original se habían rellenado con cemento. Por los cristales de las ventanas entraba una luz difusa.

«Aquí trabajamos con las manos, sólo con las manos», subrayó Kruso y le presentó las manos abiertas como si quisiera documentar así una inocencia universal. Pero eso era sólo el comienzo de sus enseñanzas, la primera lección de Kruso. Ed veía un montón de líneas, relatos largos, grandes, con muchas ramificaciones, que sólo esperaban a ser leídos y entendidos, y además unas uñas anchas y cuadradas. «Enséñame tus manos.»

Ed obedeció titubeante.

«Quédate así», dijo Kruso, cogió del alféizar de la ventana una botella de limonada y le vertió algo de un líquido espeso y blanquecino sobre el dorso de la mano. «No son manos de estudiante», sentenció Kruso, y le metió con fuerza la mano entre los dedos; le masajeó tan enérgicamente los huesos que Ed estuvo a punto de gritar. Pero su boca estaba como cosida. Por nada del mundo habría permitido que nadie descubriera en él ahora un punto débil.

«Betún, puro y estupendo betún, dicen los camareros. Y Rimbaud asegura que desde hace años esta crema no escasea...»

Kruso le sonrió con seriedad. Al final alzó la mano derecha como si quisiera prestar juramento, pero sólo juntó el pulgar y el índice. «El agarre de precisión, ya sabes. El pulgar y el índice se encuentran de golpe y comienza la humanización del mono, mucho tiempo antes de la primera palabra...» Sin transición se acercó a una de las pilas y hundió los brazos en el agua hasta los codos. Las manos giraban en un caldo de espuma amarilla y allí llevaban a cabo algo que, por lo visto, él no necesitaba observar con detalle.

En el trabajo, Kruso, que le sacaba la cabeza, llevaba una camiseta negra, de amplia abertura en los brazos y el cuello. Cuando se inclinaba hacia delante, la camiseta se separaba del cuerpo. El vello de su pecho era espeso y la piel estaba bronceada. En torno a las caderas había anudado un paño semejante a un delantal. Iba calzado con mocasines que brillaban por la humedad.

La pila de piedra para lo más basto (cazuelas, sartenes, fuentes) y la pila de acero para la vajilla del mediodía se encontraban en *su lado*, «tu lado», explicó Kruso, con confianza y sin sombra de ironía. El lado de Ed estaba junto al corredor de paso al comedor, un pasillo pequeño y ligeramente en declive por el que los camareros —a menudo a todo correr— transportaban y arrojaban los platos. Kruso lo llamaba el corredor de aterrizaje, para el que había que observar unas reglas.

En el lado de Kruso estaba la pila para los cubiertos, que debían *estar en remojo* el mayor tiempo posible para que después, sin etapa intermedia, o sea en una sola operación, quedaran fregados y relucientes: «Si no es así no te da tiempo», explicó Kruso con otra sonrisa. Para qué iba a intentar él otra cosa, pensó Ed, pero ya antes de que la pregunta quedara formulada en su cabeza sintió en el pecho el calor de la confianza y del afecto.

Como en aquel procedimiento en una sola fase un paño normal de cocina habría quedado completamente sucio y empapado en poquísimo tiempo, se utilizaba ropa de cama, sábanas y fundas de edredones, inmensas, de cien años de antigüedad, de la época temprana del Klausner, y su parte final había que echársela por encima del hombro o anudarla en torno a las caderas, como Ed había visto ya una vez por la noche, en el patio. Al trabajo en la pila de los cubiertos lo llamaban «hacer el romano». El romano, como explicó Kruso, nunca había gozado de grandes simpatías, Cavallo era el único que pensaba que eso estaba «en lo más alto» de la escala. Cavallo era uno de los tres camareros, eso ya lo había comprendido Ed.

Kruso se quedó un rato junto a Ed, para explicarle mejor el proceso. Ed, su alumno, estaba a su lado y trataba de fijarse en todo. El maestro buscó en el fondo de la pila otro cepillo especial que quería enseñar a Ed. En su exceso de celo, Ed metió también la mano en la pila. Con la rapidez del rayo, Kruso le agarró la mano y la mantuvo durante un momento bajo el agua: sin duda un reflejo o una súbita convulsión, una epilepsia de segundos. Ed se disculpó al instante.

Mientras Alexander Krusowitsch con pocas y precisas palabras, dichas mitad a la pila, mitad a él, le explicaba el funcionamiento combinado de los distintos campos de trabajo del Klausner (bar y sala general, cocina, terraza, fregadero, dormitorios y comedor de la residencia de vacaciones) y mencionaba algunos nombres (imposible para Ed recordarlo todo) sacó de una vez del agua toda una pila de platos del almuerzo. Un solo giro muy lento de su vigorosa muñeca bastó para colocar los platos en una gran rejilla de metal totalmente herrumbroso.

Como si acabara de descubrirlo, Kruso clavó la vista en el escurrerplatos. «Tendríamos que hacer más de éstos, más y mejores quizá.» Hablaba como agotado y al mismo tiempo, con determinación. «Tenemos que velar por nosotros mismos. Por nosotros y por los peregrinos, por nosotros y por ellos mantener todo esto en funcionamiento, éste es nuestro pan de cada día.» A Ed le habría gustado darle la razón, pero habría sido ridículo. Él no sabía nada de escurridores ni de su fabricación y menos aún a quién se refería Kruso con «los peregrinos».

Ed se había tropezado la víspera en la playa, casualmente, con Krombach. Armándose de valor le había preguntado al director cuándo regresaba el hombre de quien dependía la decisión sobre su empleo. Krombach había respondido que Kruso, una vez al año, siempre en esos días, daba la vuelta a la isla «hasta por los trechos cubiertos de cañas y de cieno: atraviesa todos los matorrales, más de treinta kilómetros, no es difícil para quien se ha criado prácticamente en un campo de entrenamiento militar». Ed notó que Krombach no quería contar demasiado. Sin embargo, el director se quedó un rato con él, con la mirada puesta en el mar, quizá sólo para que el encuentro no terminara de modo demasiado abrupto. «Es una especie de marcha conmemorativa, en honor de su hermana. Es decir, no sabemos exactamente cuándo volverá.»

«¿Algo más que quieras preguntar, Edgar?»

Era la primera vez que Kruso se dirigía a él por su nombre. Ed volvió a percibir la misma cordialidad.

«No. Es decir, ¿qué aseos podría utilizar, quiero decir, durante el trabajo?»

«Sí, sí, ya entiendo», murmuró Kruso.

Cogió cuidadosamente del alféizar la botella de limonada. «René es...» Kruso respiró hondo.

«No lo tomes en serio, por favor. Aquí estamos todos muy unidos.» Se echó en las manos una pequeña porción de la extraña crema y dejó solo a Ed.

Durante las primeras horas Ed fregó y restregó sin levantar la vista. Los restos de grasa eliminados de la carne, las sobras mezcladas unas con otras, los pañuelos de papel llenos de mocos o de sangre, los billetes de barco, las hojas informativas, los chicles, las gomas para el pelo hechas un nudo (y de las que colgaban algunos pelos arrancados), las colillas, los vómitos, las cremas solares, toda la basura que volvía en los platos de la terraza al fregadero, todo eso era ahora parte de su trabajo. Contemplaba las huellas de los mordiscos en la carne, mordiscos grandes, pequeños, algunos diminutos, como de roedores, en cualquier caso de origen no humano. Miraba alrededor, estaba solo. Cogió una patata con la marca de la mordedura orlada de rojo de una mujer, la echó al aire, la cogió al vuelo y la deshizo lentamente en su mano cerrada. Al mismo tiempo enseñaba los dientes y escupía el resto de un imaginario purito a lo «lobo de mar» en el contenedor. Tal como se lo había enseñado Kruso, las sobras en buen estado las iba poniendo en diversas fuentes, el resto lo raspaba de platos y fuentes con un trozo grasiento de cartón y lo echaba en el contenedor de la basura.

A veces no era fácil decidir lo que aún se podía considerar en *buen* estado. Kruso había dicho al respecto algunas cosas ininteligibles sin dar apenas un ejemplo concreto. Una vez más habló de los peregrinos y de su sopa, posiblemente una sopa sagrada o trabada o algo parecido, en la sorda resonancia del fregadero todo era una sola sopa. De vez en cuando llegaban platos del almuerzo que volvían casi sin tocar, con filetes enteros, rollitos de col, patatas, verduras, entonces la cosa era fácil.

Pronto empezó a dolerle la espalda. Cuando estaba seguro de que no le observaban, sacaba las manos del agua y se estiraba. Entonces le corría hasta las axilas un poco de aquel caldo amarillento. Cuando se ponía de puntillas podía tocar con el cepillo para las cazuelas el techo del lavadero. Trastienda, en la trastienda: ¿no significaba eso que iba muy bien encaminado?

Al principio, Ed se quedó fascinado por la entrada en escena de los tres camareros; no sabía mucho de hostelería y le resultó asombroso que allí, en el fregadero, junto al contenedor de la basura (estercolero, lo había llamado Kruso) aparecieran frente a él hombres con camisas blancas y trajes negros, en frac, por así decir. Todo aquello parecía ser una especie de circo o de teatro del absurdo en el que él podía participar como espectador; había percibido la música y el rugido de los leones, se había marchado furtivamente, y ahora esperaba la representación latiéndole el pecho. Un vagabundo que espera liberarse de su miseria por el camino, pensó Ed, y durante un instante notó lo sórdido de su aspecto, con la ropa empapada de agua de fregar. Se rascó con disimulo. El vapor grasiento que subía de la pila le obstruía los poros.

A partir de las doce Ed se veía desbordado de platos. Como para el almuerzo nunca había suficientes, tenía que fregar, secar y colocar las pilas de platos limpios en el pasaplatos que daba a la cocina: todo al mismo tiempo. Trabajaba deprisa, pero estando solo era casi imposible hacerlo todo. Los cocineros corrían, pero en el fondo también para ellos era demasiado todo aquello. Y sin embargo el camarero al que llamaban Rimbaud pasó a rascar él mismo sus platos para echarlos enseguida en la pila de lo más sucio donde trabajaba Ed. Lo hacía con gran brío y asombrosa habilidad. Los platos se hundían en picado junto a las manos en movimiento de Ed y sólo unos centímetros antes del choque llevaban a cabo un giro que parecía irrealizable, para acabar colocados, en horizontal y con toda suavidad, como platijas soñolientas, en el fondo de la pila. Ed podía así mantener ambas manos en el agua y alcanzaba una velocidad mucho mayor. Le

llamó la atención que también Rimbaud seguía la regla concerniente a las sobras buenas y menos buenas, de manera que poco a poco se llenaban las fuentes.

«¡Platos, gandules, necesito platos, platos, por todos los demonios!» Era Mike el Cocinero, su voz estridente y ronca desde la cocina. Cuando faltaba poco para que también se agotaran los cubiertos, cuando la sábana romana cayó al suelo pringoso y Ed ya no sabía por dónde empezar, reapareció Kruso.

Se quedó una hora entera a su lado. Ed admiraba la calma y la armonía de sus movimientos. Kruso trabajaba de forma distinta, de una manera, Ed no encontró mejor expresión, *no habitual en el país*. Todo lo que hacía subrayaba su seriedad. Pero no era tanto su tesón o su rapidez, sino más bien una especie de ritmo y tensión interior: como si toda su existencia formara parte de algo más grande o como si el trabajo en el fregadero sólo fuera expresión de algo distinto, propio, que había que tratar con gran cuidado.

Rimbaud bromeaba con Kruso, pero Ed no los entendía. También el camarero bajito, que se llamaba Chris, había acelerado la marcha, andaba de un modo extraño, como si cojeara o tuviera los pies de madera, lo que tal vez era debido a sus piernas arqueadas. Al andar, el pelo negro y rizado, untado de brillantina, se movía adelante y atrás mecánicamente; la melena cojeara con él.

Ahora trabajaban a buen ritmo y cesaron los gritos pidiendo platos. Rimbaud estaba al lado de Kruso y le decía algo en voz baja. Ambos miraban un libro, la foto de un hombre, por lo que podía ver Ed. El libro estaba envuelto en papel de estraza, y si Ed no se equivocaba, provenía del barreño al que Kruso había dado el nombre de «nuestro nido», un recipiente de plástico verde claro lleno de paños para secar. Rimbaud pasó las hojas y empezó a recitar algo. Se lo decía a Kruso al oído, manteniéndose de pie, rígido y ligeramente inclinado hacia delante, inmóvil como un dibujo. Cuando hubo terminado, Kruso lo atrajo hacia su pecho. En medio del abrazo estalló un grito en el pasillo, detrás de Ed: con un poderoso salto, Kruso se colocó a su lado para atrapar una montaña de platos que resbalaban lenta pero irremediamente; Chris, con su cojera, había cargado su brazo derecho hasta el hombro, casi hasta la cabeza, con platos sucios. Todos rieron. Rimbaud cerró el libro y volvió a meterlo en el nido, entre los paños de cocina. Ed oyó cómo Chris, a su espalda, lo llamaba «cebolla», pero tal vez se equivocaba. La resonancia del fregadero se tragaba cada palabra. Para poder comunicarse de verdad, había que ponerse muy cerca del otro. Sin embargo, había muchas cosas que Ed no entendía, como si la tripulación hablara un idioma desconocido para él. Por ejemplo a menudo surgía la palabra «asignación» o «asociación»: no se explicaba qué podía significar.

Lo aprenderé, pensó Ed.

Por primera vez desde su partida le asaltó una sensación de desamparo. Rascó y tiró al contenedor los grasientos restos de una verdura y sumergió el plato en su pila. Le pasaron por la cabeza varios versos del *Barco ebrio*; el zumbido de sus reservas.

Poco antes de acabar la jornada llegó Rolf, el mudo, y acarreó a la cocina las fuentes con las sobras en buen estado. A Ed se le escapó de la mano una pequeña pila de platos y tazas de café y se rompió en mil pedazos. Nadie dijo una palabra. Mike el Cocinero empujó la puerta batiente de la cocina y le pasó la escoba de mano y el recogedor. Una nube de vapor de agua planeaba sobre el suelo. Ed se había agachado al momento para recoger los trozos más grandes. Al hacerlo notó a su espalda la silueta de Kruso, luego una mano en la nuca, sólo muy ligeramente, como se toca a un niño que está haciendo sus deberes.

AL MAR

Cautivado por el espectáculo de las topografías que parecían vagar bajo la superficie del agua, Ed estuvo a punto de tropezar. A la playa se bajaba a través de varias plataformas de barro y arena, unidas por escaleras que por su tipo de construcción tenían que datar de distintos siglos y se hallaban en un estado deplorable. De escalón en escalón iba surgiendo un panorama distinto. ¡El espectáculo del mar! Ed lo vio como una promesa. Y en efecto no era otra cosa lo que él ansiaba, una especie de más allá, grande, puro, poderoso.

A media altura el panorama se abría hacia el norte, hacia el tramo más elevado de la costa. Allí, en la fragosidad del acantilado, estaba el terreno de la compañía de observación. «No tienen gran armamento», eso decían las leyendas de tierra firme; otros hablaban a media voz de piezas de artillería *extremadamente* precisas con un radio de acción casi inimaginable.

Ed era el único que utilizaba el descanso de mediodía para acercarse al agua. A esa hora la vida se detenía en la casa. Tras el caos del turno de mediodía con los barcos llenos de turistas que pasaban el día en la isla, el calvero se sumía en el sueño. A Ed eso le recordaba la hora de la siesta de su primera época escolar, cuando después de comer cogían los colchones de la pared del fondo del aula, y como a una voz de mando se hundían en pesados sueños. Rimbaud caía sobre la desgastada *chaise longue* del comedor, colocada en la prolongación del llamado rincón de lectura, una mesita redonda con revistas: la Guía de televisión *FF-Dabei*, *Tú y tu Jardín*, *Buen Consejo*. Dejaba caer por encima del respaldo los pies calzados con los desgastados zapatos de camarero, y se tapaba el rostro con el *Ostsee-Zeitung*, el periódico que llegaba cada día en el barco del correo. Todos los ferrys que circulaban entre las islas eran, para los nativos, «el barco del correo». Los barcos que venían de tierra firme recibían el nombre de «vapores». «¿Vienes en el barco del correo o en el vapor?» era una de las primeras preguntas orientativas... A veces Rimbaud se tumbaba también con los otros en el terraplén cubierto de hierba que había en la linde del bosque, no lejos del lugar donde arrancaba el camino del faro. Algunos días Ed veía allí a los tres camareros, con sus blancas camisas desabrochadas, tumbados uno al lado de otro e inmóviles, como si hubieran sido abatidos a tiros en un baño de sangre en los tiempos de la prohibición: tres amigos muertos, con los brazos completamente abiertos, sobre una de las sábanas romanas:

«¿Qué has hecho todos estos años?»

«Me acostaba temprano.»

Kruso era el único que no descansaba nunca. Y parecía no cansarse jamás. A menudo trabajaba en el sótano, directamente debajo del fregadero, donde tenía que haber una caldera para el agua caliente y una especie de taller. O recogía leña seca y la llevaba al tajo. Su delantal hecho con un paño de secar a cuadros rojos, el torso al descubierto, la melena recogida en una coleta: Kruso parecía un indio americano, que con gran determinación, incluso con fuerza y elegancia, tomaba las necesarias medidas, sin que Ed pudiera decir para qué. Tenía que ser algo importante.

Todos los días se *hacía leña*, como lo llamaba Kruso: madera seca del monte o madera arrojada a la costa, que era cortada en astillas para la caldera o fragmentada con el hacha. Con frecuencia trabajaba también en la construcción de su barrera, que se extendía en semicírculo alrededor del Klausner, quizá una suerte de valla seminatural, para la que entretejía hábilmente ramas finas de matorral, de no muy buena calidad, y utilizaba como estacas los troncos más pequeños de los pinos más cercanos unos de otros. Él llamaba a esa valla la empalizada exterior, sin que quedara claro dónde había de estar entonces la empalizada interior. La empalizada era una barrera natural que con el tiempo se cubría de verde y parecía crecer por sí sola.

Cuando Kruso estaba en el tajo, el agua vibraba en las pilas. Ed lo había observado en una ocasión, como fascinado por el ritmo del hacha y por el espectáculo del movimiento vigoroso y tranquilo de un cuerpo sin defecto. Los leños eran meticulosamente convertidos en astillas. Ed sabía que no se le podía reconocer a través de la ventana costrosa del fregadero, pero de pronto Kruso se había parado y había saludado con la mano. Poco después estaba a su lado, con el hacha todavía en la mano. Sonriendo con seriedad (esa combinación irritante de dos expresiones en su gran rostro oval), Kruso lo tomó otra vez del brazo y lo llevó por todo el patio.

«Hay que proteger el jardín, los jabalíes lo escarban todo con el hocico», y al decirlo señaló un jardín en la linde del bosque en el que con buena voluntad se podían reconocer algunos macizos. Alrededor de las plantas había botellas de aguardiente semienterradas. El conjunto hacía pensar en el jardín de un bebedor y en su deseo de reconciliarse con el mundo.

Kruso se arrodilló y puso la mano sobre el macizo.

«Por eso vienen hasta aquí, porque husmean la libertad; son como los seres humanos.»

Por un momento miró a Ed a los ojos.

«El año pasado destrozaron por completo el jardín, todas las setas y las plantas sagradas. La dosis fue, claro, demasiado alta. A continuación los jabalíes se sintieron totalmente libres, libres de todo. Dieron varias vueltas a nado a la isla, y provocaron alarma de combate. ¿Has visto alguna vez nadar a los jabalíes, Ed? Padre, madre, hijo, en fila, así atraviesan el agua, mucho más rápido de lo que imaginarías nunca, con los hocicos sobresaliendo muy por encima del agua. Y exactamente así los mataron a tiros: al padre, a la madre, al hijo: bum, bum, bum. Los soldados pensaron lo que tenían que pensar: fugitivos, pertinaces violadores de fronteras que ni siquiera reaccionaban a las voces ni a los disparos de aviso. La arena de ahí abajo estuvo roja algún tiempo. Pasaron horas hasta que comprendieron su error y sacaron los cadáveres del agua. Mike el Cocinero intentó, lógicamente, birlar un poco de carne fresca para el Klausner, pero no hubo nada que hacer; a los que huyen del país se los trata como lo que son: seres inexistentes, y, por tanto, tampoco hay cadáveres. Simplemente, no existen.»

Kruso miró al suelo. Tenía los labios pálidos, los ojos semicerrados. Aquel hombre era un extraño para Ed y sin embargo le inspiraba confianza. Y no una confianza real, sino más bien una confianza que se desea intensamente.

Kruso arrancó algo del macizo. Ed no distinguía entre hierbas buenas y malas. Intentaba empezar a comprender todo ese complicado asunto, y quería preguntar a Kruso por las hierbas.

«Los jabalíes tenían demasiada libertad en la sangre, ¿lo comprendes, Ed? Esa libertad...», señaló al jardín de hierbas medicinales e hizo con la mano un movimiento en dirección al Klausner, y enmudeció.

Como la playa que había al pie de la escalera estaba llena de piedras, Ed caminó un trecho en dirección norte hasta el primer saliente arenoso de la costa. Llevaba con él la gran agenda tan poco manejable (con la dedicatoria de G. en la tapa), la escondió en su toalla. Ed acariciaba la esperanza de reencontrarse a sí mismo en esa hora de descanso, de respirar el mar, de reflexionar, pero estaba demasiado agotado. Así que se limitó a sentarse y a contemplar el mar. A pesar de la crema, las manos parecían deshechas, la piel porosa, blanca y arrugada. Las manos del cadáver de un ahogado, pensó Ed. Sus uñas se meneaban como si estuvieran separadas de su lecho y, de haberlo querido, habría podido arrancarlas fácilmente de la carne. Abrió las palmas de las manos al sol, se las puso en el regazo y contempló el agua.

Al menos los ojos ya no le escocían tanto. Y los vapores jabonosos, malolientes, del fregadero

habían reblandecido el perfil de aquel pavor que aún tenía metido en los huesos (¿no había saltado!). El agotamiento que se había apoderado de él le recordaba su época de aprendiz a pie de obra. Aquel ya casi olvidado cansancio de los años jóvenes (los llamaba así, como si ya fuera viejo) y sentía como una añoranza del trabajo. Un anhelo físico, como innato, que casi había caído en el olvido o, más bien, había quedado completamente enterrado. Los estudios universitarios le habían dejado sin contornos, igual a todo el mundo. Con el trabajo volvía a parecerse a sí mismo, el trabajo lo reconducía a un sensible parecido. «Felicidad del cansancio», susurraron sus reservas, tras lo cual Ed comenzó a arrojar piedras al agua. Se preguntaba si había pasado la prueba, si ya era el friegaplatos del Klausner.

En el camino de vuelta empezó a recoger madera arrojada por el mar a la costa. Raíces, maderos, restos de barcos quizá. Al final llevaba un buen montón delante del pecho. Subiendo la escalera casi se le habría escurrido de la mano la madera cubierta de conchas y algas, pero no lo permitió: al menos ese examen lo superaría pasara lo que pasara. La escalera era empinada y el sudor se le metía en los ojos. Se imaginó que Kruso le descubría. Su seria sonrisa. Veía a Ed, el salvaje que tenía buenas entendederas y que desde el primer día resultó ser útil. Cuando Ed llegó a la explanada de la leña, dejó caer el montón haciendo el mayor ruido posible. En la confusión de su vida, había encontrado un maestro incomparable.

EL DESAYUNO

21 de junio. El desayuno era la única hora del día en la que la tripulación del Klausner aparecía en su totalidad, y Ed comprendió enseguida que era imposible no ser puntual. Todas las mañanas, a las siete, la mesa estaba puesta al completo. Doce platos, cinco a cada lado, dos en las cabeceras. La *acogida* de Ed sólo duró unos minutos, y no es de extrañar que se le quedara grabada en la memoria.

Después de que Kruso y Mike el Cocinero tomaran asiento, Ed eligió una de las sillas, en el lado de la mesa que daba a la pared, e hizo con ello una buena elección. Pues se trataba del sitio de su antecesor, un tal Speiche. A Speiche lo mencionaban de vez en cuando en la conversación pero sólo para bromear sobre uno que por lo visto no *había aprobado* el ingreso en el Klausner y que «de todos modos tampoco era adecuado, fuera de eso». Así lo expresó Kruso, como refiriéndose a un reglamento vinculante, al código de los esekás, suponía Ed.

Entretanto había comprendido que eseká no significaba otra cosa que SK, la abreviatura hablada de *Saisonkraft*, trabajador estacional. SK recordaba el concepto del EK, *Entlassungskandidat*, «candidato al licenciamiento», en el servicio militar, y del mismo modo que durante su época de la mili hubo un movimiento EK, un conglomerado de bromas entre brutales y mortales, unido a una exigencia radical de subordinación (en conjunto, una especie de alegre espera marcial del día de la «libertad», del licenciamiento), habría también un movimiento eseká, infirió Ed, lógicamente con leyes propias y muy distintas, por lo que sólo podía ser ventajoso que se hiciera lo antes posible con ese código. Ed pensó entonces en aquel soldado que, como él, era lo que llamaban un «nuevo», un «guripa», un soldado en el primer semestre de servicio. Los ekás, para un juego llamado tortuga, le ataron cascos de acero en las rodillas y los codos y después lo lanzaron con gran fuerza por el corredor de su barraca, sobre el linóleo liso como un espejo, que los soldados acababan de encerar y abrillantar durante horas. Su recorrido fue larguísimo; llegó hasta la pared del final del pasillo, y se rompió la crisma contra ella.

Kruso no se reía nunca de los chistes que convertían al friegaplatos desaparecido en un pelele, un holgazán, un fracasado. Speiche, el niño del asilo... Al principio Ed pensó que esa denominación era un chiste de mal gusto, pero después supo que su predecesor era en efecto huérfano y que, al alcanzar la mayoría de edad, había llegado directamente del orfanato a la isla. Nadie parecía estar interesado de verdad en saber adónde podía haberse marchado tan de repente aquel muchacho sin padres ni hermanos. Allí, en la antesala de la desaparición, nadie pregunta adónde puede haberse ido nadie, le pasó absurdamente a Ed por la cabeza. Al parecer hubo casos de gente que se marchó a otros establecimientos, establecimientos con mejores condiciones laborales. El Wieseneck o el Dornbusch ofrecían un salario más alto por hora, además en los días de descanso había una remuneración extraordinaria, se hablaba incluso de «suplemento de fin de semana», y en el Inselbar, los camareros estaban obligados a abrillantar los cubiertos, si no, tenían que pagar ellos al friegaplatos cinco marcos; eso era lo que, en cualquier caso, le había contado Rolf el mudo, que de hecho hablaba cuando el tema era el dinero. Pero a Ed, al fin y al cabo, el dinero no le importaba, nunca le había importado.

Speiche no sólo había dejado en la habitación su olor agrio, su cepillo de dientes, sus gafas y las cucarachas. También una bolsa, en el suelo del armario, que contenía un jersey de punto grueso, tejido a mano, y un par de zapatos de ante. Esos zapatos que, con sus suelas planas y finas, resultaban excelentes para caminar, eran muy codiciados y difíciles de conseguir, lo que hacía aún más extraño que los hubiera dejado allí. Tal vez Speiche reaparecería algún día para recoger sus cuatro trastos, pensó Ed, y dejó la bolsa donde estaba.

La mesa del desayuno, a la que llamaban mesa del personal (o persomesa, para abreviar) estaba en el último tercio de la sala general, en un nicho donde se encontraba también la puerta que daba al gabinete de Krombach. Cuando todos habían tomado asiento, se abrió el cuartito y Krombach se colocó detrás de su silla, envuelto en una nube de Exlepäng. Al mismo tiempo se frotaba las manos como si todo hubiera salido bien al menos por el momento. Al instante Kruso se levantó, cogió en el mostrador la humeante cafetera de acero vetado de marrón y la llevó a la mesa, donde sirvió a Krombach, a Mike el Cocinero y a sí mismo, para después colocar la cafetera en el centro de la mesa. Ed vio que Kruso se concentraba en cada uno de sus movimientos, con una actitud que se adecuaba al especial orgullo del que había hecho gala en el fregadero o en el tajo. Krombach y Mike el Cocinero dieron las gracias a Kruso con pequeños gestos que denotaban cierta inhibición, pero tal vez Ed se equivocaba.

Krombach murmuró algunas frases triviales sobre el tiempo que había hecho la noche anterior, sobre la corriente, el oleaje y el viento de aquella mañana como si se tratara de salir a pescar. Luego lamentó un nuevo deslizamiento de la costa «entre la lengua de tierra donde está el poste de señales y el Hombre Muerto», ya debía estar abajo, junto al agua. Luego todos permanecieron callados. Quizá era el minuto de silencio por la atrofia continua de la isla. El silencio era agradable. Durante un rato sólo se oían los ruidos del desayuno y fuera, en el acantilado, los gritos burlones de una gaviota. Los dos batientes de la puerta de la terraza estaban abiertos de par en par, el aire marino entraba a raudales y expulsaba de la sala los olores de la víspera. Durante un segundo Ed cerró los ojos y vio la cabeza del caballo peludo; ya no tenía lágrimas.

Había panecillos, pan, morcilla de hígado, longaniza ahumada, varios quesitos, un poco de salchichón, rodajas de queso y un bloque viscoso y tembloroso de mermelada de frutas mixtas en un plato: «dos persobandejas para el persodesayuno de doce», como lo expresaba Mike el Cocinero, quien había llevado a la mesa su propia taza de mayor tamaño. Ed cortaba trozos de mermelada. A los pocos minutos, el director, con palabras comedidas y apenas audibles, empezó a

dar instrucciones. Por un momento, todos detuvieron su cuchillo en el aire, y Ed notó la tensión. «Una cosa que no quiero olvidar...», murmuraba Krombach; se trataba de las botellas de gas y de los ruinosos tubos de las espitas. Kruso supo responder. De todos modos, en el fondo, Krombach hablaba sólo con Krusowitsch o con Mike el Cocinero. Kruso se acarició pensativo sus musculosos brazos y bajó la cabeza, que mantenía al mismo tiempo ligeramente ladeada. Todavía era junio, pero su piel estaba ya bronceada como la de un sioux. Intocable. Ed observó la nariz, grande y un poco ganchuda. A menudo Kruso sacudía muy ligeramente la cabeza, pero ese gesto expresaba su perpetua atención, no una negación.

Mike el Cocinero apuntaba algo en papel de estraza usado, que iba rompiendo en trozos irregulares del tamaño de la palma de la mano. Con un lápiz indeleble sin afilar, rehacía la lista de encargos para los días siguientes; empezó a sudar y las listas se volvieron ilegibles. Por lo visto, el cocinero del Klausner consideraba su deber natural encontrar una explicación cuando había atascos en el suministro. Su asiento estaba al otro extremo de la mesa, frente al director; las frases de los dos iban y venían entre las filas de los esekás como a través de un pasillo.

«Marineros, quiero presentaros a Edgar Bendler.»

El director se levantó. Su nombre pronunciado de esa manera, completo y con apellido, con fuerza, en un tono agradable, casi alegre, emocionó a Ed. Era como una rara caricia, y por un momento desapareció la molesta sensación de que él sólo estaba allí sustituyendo a una tercera persona; sí, era como si ahora pudiera dar por seguro que era él mismo quien estaba sentado a esa mesa formando parte de aquel grupo, del que él no tenía aún una idea clara, y que había llegado al núcleo del Klausner situado arriba, sobre el mar.

«En una situación difícil para él y después de vagar noches enteras...»

Siguió una breve alocución en la que Krombach lo presentó con una descripción medio inventada y medio correcta «de su evolución hasta el día de hoy». Nadie pestañeó. Con la mano abierta extendida, el director señaló finalmente cada uno de los asientos de la mesa, pero primero la silla vacía a su derecha:

«Monika, mi hija, que hoy está dispensada.»

Su mano señaló al piso superior y luego empezó el viaje en torno a la mesa. «Chris, Mirko y Rimbaud, del servicio de restaurante, nuestro equipo de camareros, excelentes, yo diría que *imbatibles*. Tanto en velocidad y resistencia como en prudencia y sabiduría, aquí están perfectamente reunidos el saber gastronómico y el filosófico.» Krombach sonrió. Ni sombra de ironía en su rostro liso y brillante. «Mirko, doctor en sociología, es como tú, Edgar, de Halle del Saale, y aquí entre nosotros le llamamos Cavallo. Y aquí, ostentando el mismo grado académico, su amigo Rimbaud, nuestro filósofo: casi he olvidado ya cómo te llamas en realidad, querido amigo, quiero decir cómo te llamabas antes...» Durante un momento la mano interrumpió su recorrido. «A Kruso ya le conoces, protector de esta isla, querría uno decir, y también a Mike el Cocinero, de Samten en la isla de Rügen, con quien trabajaste los primeros días, sólo me han llegado a los oídos cosas buenas al respecto. Rolf, nuestro diligente pinche de cocina. Y ahí, a tu izquierda, están Karo y Rick, es decir, Karola y Richard, nuestra pareja de la barra, ¡una pareja, en efecto! Ellos y yo tenemos, si se me permite decirlo así, un pasado común, de verdad, un pasado en la capital, ¡digamos una historia palaciega! Comoquiera que sea, Rick es a quien puedes dirigirte cuando tengas cualquier pregunta, es jefe del bar y jefe del servicio. Y a tu derecha, René, nuestro vendedor de helados, mi yerno.»

Sólo esta última información del director pareció extrañamente forzada. El subir y bajar de su blanda mano, elevada a la altura de la cabeza y su avance en semicírculo de silla en silla, le

recordaba a Ed al sacerdote que imparte la bendición. Ya durante la presentación, el vendedor de helados había vuelto la cara con fastidio, por lo que Ed mantuvo al principio la cabeza gacha para no tener que mirarle a la cara.

«No olvidemos que todos, de una manera u otra, somos náufragos...» El director alzó ambas manos, como si quisiera incluir la esfera terrestre en su bendición, su voz era ahora más baja. Luego pareció como si metiera las manos en una pared invisible o en agua o en cualquier caso en algo que se había interpuesto entre el resto del mundo y él.

Ed estaba nervioso. Aquel derroche oratorio le desconcertaba, demasiado para un friegaplatos, y además *suplente*, y le resultaba difícil concentrarse en el discurso de Krombach. En el rincón, por encima de la sudorosa cabeza de morsa de Mike el Cocinero, había colgadas fotos de las plantillas de años pasados. En algunas estaba escrito en el marco, con rotulador, el año: 1984, 1976, 1968. En una de las fotos, la de 1968, todos los hombres y mujeres se llevaban al mismo tiempo una botella de cerveza a la boca. La foto resultaba obscena y dejó impactado a Ed. En un segundo grupo, como en diagonal frente a las antiguas tripulaciones, colgaban las fotografías de clientes famosos, de los que Ed sólo reconoció al momento a Billy Wilder y a Thomas Mann, luego descubrió también a Lotte Lenya. Junto a ella una diminuta reproducción de *La última cena* de Leonardo. Debajo una reproducción estilizada del rey Hedin, un personaje de los Eddas, por lo que Ed sabía. El cuadro mostraba a dos hombres combatiendo, estrechamente abrazados, sin que pudiera determinarse si se trataba de muerte o de amor, o tal vez de ambas cosas. La leyenda del cuadro decía «Hedin en Hedinsey». Los famosos y los antiguos miembros del personal estaban colocados de tal manera que prácticamente tenían que mirarse a los ojos. Pero por encima de todos, ya casi bajo el techo de la sala y como un icono en el remate del altar, descollaba la fotografía de Alexander Ettenburg en hábito de monje, acompañado de un asno y un gato, «lo consideramos el legado del primer Klausner...»;² en ese punto, Ed conocía el discurso. La última fotografía aún no estaba enmarcada, sólo sujeta con chinchetas, una foto del comienzo de la temporada, en abril. Ed descubrió al hombre que debía de ser Speiche. Era alto y delgadísimo. Su sonrisa torcida mostraba un hueco entre los incisivos. Ed lo reconoció primero por las gafas; ¿por qué las habría dejado allí?

«... y esta isla fue nuestra salvación cuando nos había vomitado, no el mar ni tampoco un pez, sino la tierra...»

Mientras Krombach hablaba sobre «las otras tareas del Klausner» y lo llamaba de nuevo «nuestra Arca» (por lo visto el personal estaba decidido a mantener abierta ese año la hospedería del acantilado por lo menos hasta Navidad, a lo mejor incluso durante todo el invierno y «quedarnos juntos aquí arriba», según dijo Krombach, como si se tratara de la mutua solidaridad de una familia en tiempos difíciles), Ed soñaba que había formado parte del obscuro equipo de 1968. Sin llamar la atención miró a Kruso, para comprobar si él también era uno del 68.

El rostro de Kruso estaba ahora inmóvil, como petrificado, y daba la impresión de que rezaba. Mike el Cocinero se enjugó la frente y estrujando su pañuelo húmedo de sudor formó una pequeña pirámide. El camarero al que Krombach había dado el nombre de Cavallo respiraba con dificultad y miraba nervioso al patio. El ventilador del techo hacía un suave ruido. Esos aparatos, amarillos de nicotina, pegajosos y con copos de suciedad, eran un residuo de los años veinte, del mobiliario de Emil Hirsekorn, un comerciante berlinés de tejidos de caballero, «tejidos de máxima calidad», como destacó Krombach en su resumen de la historia, en cualquier caso así lo habían percibido los oídos de Ed o así había resbalado junto a sus oídos. El áspero sonido de los ventiladores

trasladó al Klausner a una región más meridional, que en ese caso también podía estar situada al norte o al oeste, en alguna parte del mar abierto. Su girar incesante potenciaba la corriente; como fantásticas hélices impulsaban la mesa, con su tripulación desayunando al fondo de la sala, más lejos aún de lo que, de todos modos, ya parecían haberse alejado del país y del estado...

Cuando Ed salió de su ensoñación vio que Krombach le tendía a través de la mesa su mano impartidora de bendición. Ed se levantó de un salto y agarró la mano sorprendido, y por tanto con cierta precipitación. Y Krombach le dio un apretón más largo de lo que quizá habría sido necesario. Tal como le habían enseñado a Ed desde su tierna infancia, miró al mismo tiempo al director a los ojos. Krombach también le miraba, pero Ed no sintió la mirada. Sólo veía la piel brillante que, como siempre recién untada de crema, rodeaba al ojo, luego el botón acuoso azul con el punto negro en el centro. Como si el agotamiento o alguna enfermedad hubieran desgastado la vista o como si de los ojos del director, que acababa de hablar tan solícitamente y con la seriedad de un verdadero capitán de barco, no lograra salir bien la visión. De él no salía, en efecto, ninguna mirada verdadera, era como si no dirigiera la vista a nada preciso..., o a todo. A todo lo que le concernía a él y a Ed y a Kruso, también a todo lo que vendría después; sí, Krombach lo veía todo. Podía ver que Ed no cumplía la condición tácita, que en el fondo él no era apto.

«*All hands on deck!*» Todos levantaron las tazas de café, el desayuno había terminado. «¡Buen provecho!» René plantó con fuerza su taza sobre la mesa y eructó. Sin más ceremonias Krombach se dio media vuelta y desapareció en su cubículo. Ed formaba parte de la tripulación.

EL PINO DE NAVIDAD

Por la noche, en algún momento, cesó el fragor. Había silencio en el mar. Había silencio en el bosque. Sonaba la sirena de la niebla.

«Al finalizar la señal horaria...»

Ed buscó a tientas la escalera de servicio. El cielo estaba despejado, una bóveda inconcebible. Los pinos ya le esperaban; eran sus amigos, con ellos se podía hablar. Cada veinte segundos, el abanico del faro acariciaba sus ramas.

Había un gran árbol solitario, muy adelante, ya al borde del barranco: por un momento estuvo totalmente a la luz, como sorprendido in fraganti. Un fugitivo antes de descender hasta el mar. Los esekás llamaban a ese árbol «nuestro pino de Navidad» o simplemente «el pino luminoso». Tres días antes se habían reunido en torno a su tronco y habían brindado ante el horizonte: feliz Navidad y los mejores deseos para la próxima temporada. Eso se había convertido en uno de sus ritos. Lo explicaban diciendo que querían compartir la fiesta con sus próximos, con su «familia». En invierno volverían a estar solos, sin apoyo mutuo. También habían cantado «Noche de Dios, noche de paz» y «Oh, alegre, oh santo tiempo de Navidad». «Mis terceras navidades en la isla», dijo Rimbaud, que estaba en la terraza al lado de Ed. Algunos esekás se habían disfrazado, un par de ellos llevaba cirios sobre la cabeza. Celebraban esa fiesta en la fecha del solsticio de verano. Al final se fueron a comer al Karl Krull, donde se servía pato y lombarda. Todo aquello tenía el aire de una provocación, «pero no lo hacen con mala intención», explicó Rimbaud.

Rimbaud vivía en la cabaña de las abejas, una pequeña barraca en el bosque, una pieza aneja no lejos del Klausner. Tenía allí su feudo particular y allí recibía a sus propias visitas. En semanas alternas acudían el apicultor, que llevaba reinas nuevas a la isla, y un hombre al que

Rimbaud llamaba al traficante de libros. En un macuto especial, que le quedaba ajustado a la espalda como el cajón de un carbonero, el traficante de libros (era representante de una editorial de arte) portaba su género a las tierras altas de la floresta, espléndidas publicaciones, ediciones de lujo, pero también los valiosos títulos de editoriales distintas, inaccesibles, por los que Rimbaud le pagaba con pernoctaciones en la isla.

Ed tiritaba. Seguía con una mano puesta en el pino de Navidad; a la luz del faro brillaba su corteza como la piel de un animal prehistórico. Se acercaba al borde del lugar del deslizamiento y prestó oídos al abismo. Un borboteo fino y suave. El agua penetraba en los guijarros y se retiraba otra vez. La respiración pesada, asmática, del mar Báltico. Se inclinó un poco hacia delante. Su propensión a lo profundo aún estaba allí, tal vez siempre había estado. Ed comprendió que siempre había que defender la propia vida, por un lado contra lo que sucedía continuamente, por otro lado contra uno mismo y contra el deseo de abandonar.

Del personal, sus preferidos eran Kruso, Mike el Cocinero y el matrimonio de la barra. Karola y Rick le acogieron bien desde el principio. Los camareros formaban una sociedad aparte. Chris parecía inofensivo y bondadoso, pero Cavallo y Rimbaud eran distintos; Ed percibía el mal genio de los dos. Rimbaud cuidaba mucho su apariencia y, de manera casi anticuada, parecía deseoso de irradiar virilidad. Era el único al que le iba realmente el frac de camarero. En su espesa melena que recordaba un casco brillaban algunos mechones plateados, repartidos homogéneamente, como limpias pinceladas.

A Cavallo y Rimbaud los clientes los confundían a menudo, lo cual, al no existir un parecido, sólo podía deberse a que ambos llevaban bigote. Por otra parte, el de Cavallo era mucho más delgado, en el fondo sólo una fina línea sobre el labio superior; los mostachos de Rimbaud, en cambio, semejaban un espeso mechón, cuidadosamente recortado, sobre el que le gustaba poner el dedo meñique cuando hablaba o recitaba. Sin embargo, siempre había clientes que preguntaban si no eran hermanos... «dado que se parecían tanto...». Era como si confundieran a Dalí con Nietzsche. Sin duda esos clientes sólo querían ser amables y comunicativos (o coronar su día de vacaciones conversando con uno de los camareros del legendario restaurante situado en la costa escarpada de Hiddensee, algo que daba mucho juego para contarle al regresar a casa), pero a partir de ese momento ya no les atendían ni Cavallo ni Rimbaud. En esas circunstancias, era bueno que existiera Chris.

Aparte de eso, Cavallo y Rimbaud eran amigos, en efecto. Durante el trabajo jugaban al ajedrez, su tablero estaba siempre montado en la mesita del descanso de los camareros, justo delante de la barra. Si no quedaba tiempo para sentarse a la mesita del descanso, se gritaban el uno al otro sus jugadas, por encima de la cabeza de los clientes. Para Ed semejaban viejos tártaros, que podían cabalgar juntos por la estepa durante horas y terminar juegos enteros sólo a gritos, sin figuras. Alguna vez Ed había visto también a René, el vendedor de helados, junto a la mesita, pero no jugaba, sólo vigilaba el tablero. El vendedor de helados hablaba mucho, contaba chistes y se reía a lo tonto mirando su contenedor de helados.

Y sin embargo Cavallo y Rimbaud empezaban a discutir a menudo, sobre filosofía y política, o a veces también sobre mujeres. «Sólo está en juego la victoria del día», explicaba Rick, y preparaba las bebidas correspondientes.

Delante de un pilar central, la caja dominaba la sala. Cuando Rimbaud se acercaba a ese pupitre de inusitada altura, clavaba la vista en la foto de su santo patrón y murmuraba la pregunta:

«Fama, ¿cuándo llegarás?»

Se trataba de la mala reproducción de una foto de juventud, arrancada de una revista y pegada

sobre cartón. El día en que empezó a trabajar, Rimbaud colocó la foto sobre la caja y con ello se ganó su apodo. Ed había estado dispuesto a considerar que eso era una de las numerosas anécdotas que circulaban sobre Rimbaud, pero después él mismo lo había visto: la cabeza levantada, el movimiento del bigote.

«Fama, ¿cuándo llegarás?»

POR QUÉ AVANZAN LA LUNA Y EL HOMBRE

Ya antes de las doce la terraza estaba inundada de clientes, todas las mañanas cuatro barcos abarrotados de turistas de un día, que desde el puerto avanzaban lentamente hacia la zona escarpada de Dornbusch como si no hubiera otro lugar. También el calvero y el bosque de alrededor estaban a esas horas llenos de turistas hasta el acantilado, preparados para el asalto. Muchos de ellos intentaban pedir algo desde el borde, pronto algunos de los más desvergonzados estaban de pie entre las mesas, en medio de los estrechos corredores de servicio de los camareros. Miraban lo que había en las mesas, discutían sobre los manjares, extendían las manos para señalar las comidas y casi las tocaban, y con cuchicheos hostiles trataban de echar de sus sitios a los clientes que estaban sentados. «¡Cuidado!» y «Atención!» gritaban los camareros, pero incluso las reprimendas más serias tenían sólo un efecto pasajero, y en algún momento se veía a Krombach dando una vuelta alrededor del jardín del restaurante. Con aire apaciguador reconducía a los demasiado impacientes hasta el borde de la terraza como si los llevara a través de un laberinto. Los cogía entonces por el brazo, como si estuvieran ciegos, a veces iba con ellos hasta el acantilado, hasta la costa escarpada..., para echarlos abajo de un puntapié, pensaba Ed, cosa que habría sido una solución y habría dado un profundo sentido a la expresión *hora punta*...

Lo cierto es que la hora punta ponía de manifiesto lo mejor de cada uno, y Ed pronto empezó a comprender lo que se escondía detrás de los elevados conceptos de tripulación y equipo. Krombach, que normalmente no salía nunca de su despacho, sacaba del bolsillo del pantalón un trozo corto y gris de soga y empezaba a mostrar nudos de marinero, con las manos levantadas. Con los nudos hacía corazones de diversas formas, los ponía en alto y le aplaudían. El hecho de que alguien ofreciera un espectáculo enseguida atraía la atención, sobre todo porque, como saltaba a la vista, todo ello ocurría sin planificación alguna, de modo espontáneo, sin entradas ni controles, y por tanto equivalía a un extraño y exótico evento, algo que sólo podía ocurrir justamente allí, en aquella isla.

Ed no supo nunca lo que decía Krombach mientras formaba sus nudos. Aquellos corazones grises parecían ejercer sobre los turistas el mismo efecto hipnotizante que sobre él. Después de cuatro o cinco corazones, el director hacía una reverencia. Luego sacaba más cuerdas pequeñas del bolsillo del pantalón y las repartía entre los espectadores que, sin acabar de creérselo, las recibían como algo de gran valor. Al momento algunos empezaban a anudar los pequeños trozos, o al menos lo intentaban, y por un momento confeccionar corazones uno mismo parecía más deseable que los filetes empanados o los steaks al horno.

Rimbaud y Cavallo pronto recaían en una especie de carrera de resistencia, mientras que Chris intentaba mantener el paso de marcha, que sin embargo tenía que acelerar al máximo y enseguida lo intensificaba hasta convertirlo en su típico cojeo. Los platos llegaban ahora al fregadero en grandes pilas, oscilantes y con restos de comida adheridos, y al momento había que fregarlos, secarlos y dejarlos de nuevo dispuestos, pues las reservas de platos eran escasísimas. De vez en cuando aparecía sobre la puerta oscilante que llevaba a la cocina la pálida cabeza de morsa de Mike el Cocinero. Sus denuestos no eran malignos ni agresivos, pero sí, de una manera insuperable, dramáticos, apremiantes, un aria, entonada diariamente en las horas punta, sobre platos, cuchillos, fuentes que faltaban y sobre el previsible final, colapso definitivo, muerte. Cuando empezaba el aria, se habían terminado las sutilezas. Pilas enteras de platos sin vaciar eran

arrojados sin más al fregadero y, con un enérgico movimiento del dorso de la mano, los grasientos restos de filetes, patatas, ensaladas o albóndigas iban a parar al suelo desde la superficie del agua. Cuando Ed tuvo cierta práctica, le bastaba con dos o tres reveses en rápida sucesión, cosa de segundos, y su pila estaba libre. Sólo tenía que poner cuidado en no ensuciar los platos limpios, y era cierta desventaja que hasta la noche tenían que abrirse paso sobre un repugnante cenagal de sobras pisoteadas, un lodazal de comida aplastada que hacía obscenos sonidos debajo de las suelas, por lo que Ed pronto se movía sobre las baldosas como sobre patines. Para que los camareros no resbalaran, Kruso limpiaba y secaba a intervalos el corredor de aterrizaje: incluso ahora, cuando casi nadie sabía dónde tenía la cabeza, él no perdía la visión de conjunto, y mostraba responsabilidad y preocupación por los demás. A Ed le habría gustado darle un abrazo por ello.

El termómetro del Klausner marcaba cuarenta y tres grados. Trabajaban como burros, pero siempre iban con retraso. El sol pegaba fuerte a través de las ventanas y el agua de fregar despedía un calor sofocante y corrosivo. Tomaban litros de té que Karola preparaba en la barra y llevaba al fregadero en una gran tetera de loza marrón. El sitio fijo de la tetera era el hueco del montaplatos que estaba a espaldas de Ed y que antes debía de llevar al sótano o a la planta del personal de servicio, pero que entretanto sólo servía para depositar cosas. Como no quedaba tiempo para llenar tazas, Ed bebía directamente. Con las prisas el té semicaliente le caía por el borde de la tetera sobre la cara, lo cual no tenía especial importancia, ya que iba con el torso desnudo y los paños de secar en torno a las caderas ya estaban empapados de agua de fregar y de sudor. Era un condenado a galeras. Se sentía desnudo, hasta su sexo estaba húmedo y notaba picor entre las piernas.

Pasada la primera hora punta Cavallo empezó a relinchar por primera vez. Al mismo tiempo daba saltitos desenfundados, como un niño que quiere imitar el galope; además soltaba pequeños bufidos, resoplidos, y su delgado bigote vibraba. Esas escenas eran difíciles de compaginar con el papel que Cavallo solía representar (su carácter extremadamente reservado). «Romacavalli», vociferaba Rimbaud a través del Klausner y los estimulaba: «*Avanti, avanti, dilettanti!*» Ed admiraba la manera en que Rimbaud daba vueltas con los brazos abiertos, como si anduviera de puntillas; cómo atendía a la caja con una mano, clasificaba recibos, descifraba algo, inmóvil durante unos segundos, en uno de los diminutos vales y al mismo tiempo (con un brazo que se alargaba más y más) cogía de la barra la gran bandeja de cervezas y refrescos, como si dispusiera de una fuerza telescópica; todo eso sin perder de vista la distribución de la comida y al tiempo que hacía un gesto imperceptible a Chris, que pasaba arrastrando los pies y moviéndose con torpeza.

«Fama, ¿cuándo llegarás?»

Cuando la hora punta llegaba a su apogeo, Rimbaud empezaba a soltar citas, citas de contenido escatológico o pornográfico, que estaban en perfecta contradicción con su elegante apariencia y que expresaban un odio, para Ed imposible de concretar, un inmenso desprecio, desprecio hacia todo en la vida y hacia la vida misma, pero que jamás las podría haber dicho con esa intención, pensaba Ed. También el sonido eufórico, combativo en el fondo, de su voz, hablaba un lenguaje distinto. Ed entendía los chistes obscenos de Rimbaud como expresión de la difícil síntesis de filósofo y camarero que cada día llevaba a cabo, de la mejor manera y con el mayor orgullo posible, el miembro de la tripulación que sin duda poseía más conocimientos literarios. A veces Rimbaud empezaba a hablar de pronto en francés; «*mon plongeur, mon ami*», y cuando de camino al fregadero pasaba corriendo junto a la puerta de Krombach, lo denostaba a voces: «*Chef du*

personnel: une catastrophe!» Después de su actuación en la terraza, el director permanecía invisible.

Ed se arrancaba del cuerpo sus pensamientos y sentimientos bregando y sudando. Trabajaba hasta lograr la base estable de un verdadero agotamiento, y durante esas horas se sentía limpio, liberado de sí mismo y de su infortunio; no era ni más ni menos que un friegaplatos que, medianamente, mantenía la posición en medio del caos.

La primera vez, Ed creyó que Kruso explicaba algo, que añadía nuevas instrucciones a las que había que prestar atención. Su oído se había acostumbrado al eco del fregadero, sin embargo sólo entendía palabras sueltas que se repetían; eran las palabras «hombre» y «mar».

«¿Qué?», vociferó Ed en medio del fragor de la hora punta, quizá con demasiada fuerza, porque al momento Kruso dejó de mover las manos; el agua azotó las paredes de la pila.

«Pasando por cañaverales, pasando por pantanos, el bote avanza hacia el mar.»

Parecía tratarse de una especie de fórmula mágica, porque de golpe todo se volvió silencioso, enmudeció hasta la radio de la cocina. La cabeza de Kruso seguía agachada, y Ed concluyó que la conversación había terminado ya antes de empezar. Metió las manos en su pila para agarrar un plato cuando arrancó el coro:

«Pasando por cañaverales, pasando por pantanos, el bote avanza hacia el mar. Avanza, con la luna que avanza, el bote hacia el mar...»

Ed notó a su espalda a Rimbaud y a Cavallo, que cantaban y jadeaban agobiados por la carga. Con los brazos extendidos, cargados de platos sucios, parecían comparsas en una pieza de teatro del absurdo. Luego, detrás de ellos en la penumbra, Karola, con su voz profunda y maravillosamente armoniosa:

«Así acompañan al mar el bote, la luna y el hombre...»

La voz de Kruso era sólo un susurro; tanto más potentes los bajos, que eran las voces de Mike el Cocinero y de Rolf:

«¡Por qué avanzan la luna y el hombre, los dos juntos tan derechos al mar, tan derechos al mar!»

Antes de que Ed hubiese comprendido la escena, los platos de los camareros se hundieron con estrépito en su pila; Chris pasó como una flecha junto a todos los demás, berreó «¡Tan derechos al mar!» y abrazó a Kruso, que permaneció casi inmóvil, lo que en el fondo no daba impresión de rechazo ni de falta de naturalidad. Tan sólo resultaba adecuado a la dignidad del poema que habían recitado juntos, por lo visto una especie de himno del Klausner, «nuestro himno sagrado», como Kruso explicó varias veces después.

Al igual que los corazones anudados o el relincho de Cavallo, el coro sobre el hombre y el mar era parte del ritual de la hora punta y de su delirio, era su punto culminante. Durante los minutos siguientes, Mike el Cocinero berreaba desde la cocina su «*finito*», el final del servicio *à la carte*. Al momento se recogían las cartas, a algunos clientes muy frustrados había que arrancarles literalmente de la mano las pálidas copias azules. Sólo podían pedirse aún dos o tres platos, que solían ser solianka, escalopes en salsa y rulada. El encargado de decir a voz en grito el contenido de la carta de emergencia era Chris, el camarero preferido por los clientes por su carácter jovial y sociable. El mejor del equipo, decía Rimbaud con voz meliflua frunciendo los labios; a Rimbaud y Cavallo les gustaba burlarse de Chris, que había llegado hacía un año a la isla procedente de Magdeburgo y de una vida anterior en la que ejercía de electricista; de *eléctrico*, como se expresaba él.

Después de que Chris hubiera cojeado de un lado a otro dos horas como un derviche (en la nuca

la pesada y oscilante mata de pelo negro, untuoso y rizado), salía del edificio y se quedaba parado como un mensajero real sobre la escalera de la terraza. Esperaba hasta que se hiciera el silencio y todos los ojos estuvieran dirigidos a él. Entonces gritaba «Solianka», y quien quería tomar solianka aprendía a decir «aquí» en voz alta y clara y a levantarse al mismo tiempo, «para que yo tenga una idea precisa», como lo justificaba Chris de modo lógico y comprensible. Cuando salía para servir los platos, ocurría algo semejante. Muchas veces, Chris llevaba en los brazos seis o siete platos cuando irrumpía en la terraza y gritaba «escalopes» y los que los habían pedido se levantaban y gritaban «aquí», a menudo con voz innecesariamente alta, en la esperanza de estar entre los primeros a quienes servía la comida. Algunos exageraban y gritaban «¡Aquí, señor!» y se cuadraban con un taconazo, tras lo cual Chris, que en un único y fluctuante movimiento iba deslizándose sobre las mesas un plato tras otro o una fuente tras otra, vociferaba a su vez algo así como «¡Haga veinte flexiones!» o «¡Rompan filas para flexión y salto!» mientras echaba la cabeza para atrás y sus facciones oscilaban entre el menosprecio y la demencia. Por supuesto, todo era sólo un juego.

Sin embargo, el saludo militar tenía de vez en cuando trazas de seriedad, como si de Chris emanara cierto poder superior o como si así él hubiera despertado algo que muchos clientes apenas podían refrenar. Había clientes que se echaban al suelo a hacer las flexiones o que extendían los brazos abruptamente y espantaban con triples saltos a los pájaros que, escondidos en los matorrales vecinos, buscaban sobras de comida. Algunos clientes no conocían límites (como lo habría expresado la madre de Ed); era evidente que no les sentaban bien las vacaciones, o era cosa de toda su frustrada existencia. A Chris eso le daba igual. Al final de la hora punta los dejaba entregados a su destino. A la una y media se cerraba la cocina, a las dos en punto se cerraba a cal y canto la puerta de la terraza.

Rimbaud y Cavallo se despojaban de sus chaquetas y camisas, se inclinaban sobre las pilas de fregar y sacaban las manos llenas de agua fría que se echaban en los sobacos. Cuando Ed, superada la hora punta, salía a la rampa, para insuflar aire puro en sus pulmones irritados por las emanaciones del fregadero, se sentía como cubierto de una costra, como un fósil cuya petrificación aún no había concluido. Mientras la piel de la cara se le ponía tiesa como cuero viejo, la de las manos se deshacía y desflecaba formando jirones blanquecinos en torno a las yemas de los dedos. Sentía que se tambaleaba, un ligero mareo producido por el detergente con consistencia de jarabe, que apenas formaba espuma pero que despedía unos vapores corrosivos que le revolvían el estómago.

Durante el almuerzo colectivo en la mesa del descanso, a Ed le resultaba difícil separar la imagen del correoso filete de cerdo que había en su plato de los que había visto antes, despedazados, masticados, escupidos, pisoteados o nadando en el agua jabonosa de su pila. En el fondo le bastaba con su cebolla diaria, no necesitaba más. Estaba cansado y ya no quería moverse, sólo tumbarse, estirarse, dormir, pero perseveraba en su paseo hasta el mar.

Antes de marcharse, Ed se quedaba un poco con los otros sentado a la mesa del patio, en algún momento comía algo y fumaba, había empezado a fumar otra vez, todos fumaban y apenas se hablaba. Reinaba la misma grave satisfacción que tan bien le había venido en aquel entonces, en la construcción, en los años antes de empezar con los estudios universitarios para extraviarse en la historia de la lengua, en sus laberínticas construcciones de sintaxis, morfología, ortografía y lexicología, todo aquel *carrusel de los idiotas*, como llamaban los estudiantes, llenos de aversión y de respeto, al examen final de aquellas asignaturas del primer curso; era para ellos como el

Physikum, el temido examen preclínico de los médicos, pero constaba de frases de Musil o de Kleist, que llevaban a la desesperación o al fracaso a no pocos.

Ed saboreaba aquella satisfacción; era como un sentimiento del honor; durante aquellos momentos, todos estaban unidos en su orgullo. Un orgullo sincero, que tal vez provenía no tanto de la clase de trabajo (trabajo de esclavos) como de haber llevado a cabo algo, en el fondo, irrealizable, sí, de haber resistido a una tempestad. Nada les daba tan claramente una sensación de comunidad como las horas punta de la temporada alta con sus tumultos y sus insoportables exigencias. Formaban parte de una tripulación que defendería su navío hasta el final, eso era seguro, empleando toda su habilidad, todo su coraje gastronómico y las artes de que disponían por sus orígenes académicos o artísticos. Al lograr lo imposible en aquella intensa y caótica acción, cumplían por lo visto el código de honor que Kruso había mencionado, el código que unía a los esekás. Mediante una locura especial, una esencia de hostelería y poesía, mantenían su Arca a flote, día tras día. Y salvaban a la oscilante isla.

EL BATRACIO

A las tres en punto Ed regresó de la playa por la escalera del acantilado. Durante la subida, el sudor le salía por todos los poros, su cuerpo estaba recalentado por el sol, no había sombra en la costa. Como siempre, dio un pequeño rodeo a través del bosque para, en la medida de lo posible, pasar sin ser visto junto a la terraza ocupada ya por los primeros clientes que tomaban café y tarta.

«¿Para qué, para qué, para qué estás aquí si no?», murmuraba para sí mismo, mientras, sentado en el suelo resbaladizo del fregadero, dejaba que le corriera por la cabeza y la espalda el agua maravillosamente fría. Tenía los ojos clavados en la fila de recipientes, su silueta se reflejaba en el acero de la pila en la que aún estaban en remojo los cubiertos: sólo entonces vio los pies. Los pies y las piernas, que sobresalían inmóviles bajo la pila como las extremidades de un muerto. Siguiendo la inclinación del suelo, el agua con la que Ed se refrescaba corría directa e inexorablemente hacia allí. Asustado, Ed se disculpó, es decir, tartamudeó algo en dirección a los pies, los pies de Kruso, como entretanto creía haber reconocido.

Los desagües de las pilas terminaban, con el ancho de una mano, en las baldosas, el agua se precipitaba en caída libre por los agujeros del desagüe provistos de rejilla. Para no chapotear durante el trabajo en un caldo maloliente de agua de fregar, era inevitable arrancar de vez en cuando del enrejado el cenagal, en continuo aumento, de restos de comida; Kruso lo llamaba «arrancar las malas hierbas», un trabajo que gozaba de aún menos aceptación que «hacer el romano». Ed no comprendía por qué Kruso estaba tumbado tan silenciosamente debajo de la pila. A lo mejor todavía no se había percatado de su presencia y por eso aún había la posibilidad de marcharse sigilosamente, pensaba Ed, cuando se produjo un ruido enorme. Al momento siguiente el hombre de las piernas estaba delante de él, desnudo también, un bosquimano, fuerte y brillante de humedad pringosa. En la mano derecha llevaba su machete, un gran cuchillo de cocina. Con la izquierda alzaba en el aire la rejilla del desagüe, de la que colgaba una masa viscosa de un metro de longitud. Por el brazo corría un hilo de sangre; un hedor nauseabundo invadió la habitación.

«Es ya bastante antiguo, pueden ser cuatro meses, por eso se necesita un poco de paciencia», explicó Kruso observando la ristra viscosa como si fuera un ser vivo al que ya llevaba tiempo dando caza. Ese ser se estrechaba hacia abajo y terminaba en un fino riachuelo gris. Kruso se

comportaba, cómo diría Ed, belicosamente. Era un guerrero, un cazador prehistórico, de angulosa figura, impresionante altura y espeso vello.

«Estás sangrando», dijo Ed, aliviado por haber encontrado algo que decir.

Kruso tiró el cuchillo, un fino chapoteo y a Ed le saltó agua a la cara. El utensilio de caza rodó contra la masa de aluminio de los cubiertos que cubría el fondo de la pila, centelleando como un tesoro que nadie en este mundo estaba dispuesto a desenterrar. Luego extendió el brazo ensangrentado por encima de la pila y miró a Ed a los ojos. Era una mirada de explorador, una mirada de otros tiempos, de tiempos pasados cuando todavía se vivía entre indios en tienda de campaña o cuando, como miembro de una banda, se planeaban ataques por sorpresa, en el mayor secreto, una mirada de quien confía en el otro.

No era un corte profundo. Mientras Ed lavaba cuidadosamente el brazo y le quitaba la sangre de la piel y de los cabellos, el goteo de la ristra viscosa se le metía entre los dedos de los pies, pero él no se movía. Ed estaba fascinado por la naturalidad con la que Kruso recurría a él. En cierto modo le resultaba agradable, más de lo que él podía entender. No tenía nada que ver con su desnudez y por supuesto tampoco con el hecho de estar viendo su sexo. Más bien con lo que Kruso por lo visto le creía capaz de hacer, con aquello para lo que podía *necesitarlo*.

Aquel bicho parecido a una larga trenza debía de ser pesado; había un ligero temblor en el brazo en alto de Kruso; el brazo de Kruso temblaba. Semejaba un batracio o su enorme larva anfibia que pronto se habría transformado en un sapo de enormes dimensiones, para hacer saltar la reja con su dorso viscoso y morderles en las pantorrillas mientras trabajaban.

«La pala está a la entrada del sótano», dijo Kruso. Esta vez su voz era demasiado cercana, la frase había sido sólo un soplo, de forma que Ed tuvo que componer otra vez las palabras y recordarlas una por una.

«La pala», repetía Kruso enseñando su amplia dentadura, como si se esforzara en articular con más claridad. Pero no sonaba distinto que si hubiera dicho «café» o «platito». Kruso no era un salvaje, era lo contrario de un salvaje, desnudo en el fregadero, con un animal desconocido colgando del gancho. Kruso era paciente.

«En la entrada del sótano», repitió Ed, y se anudó rápidamente uno de los paños de secar en torno a las caderas.

Enterraron al batracio en un lugar apartado, pero todavía dentro del terreno que Kruso llamaba su bancal de hierbas medicinales. Kruso, envuelto en una de las viejas sábanas romanas de color rosa, dijo que era el mejor sitio de setas del mundo, «cuatro variedades y ocho hierbas distintas». Luego empezó con sus enseñanzas. Cómo se saca al batracio de la reja con un hacha. Cómo se golpea la reja incesantemente contra el árbol (era un árbol preciso, Ed lo reconoció por las lesiones de la corteza) hasta que los restos enredados en ella han saltado por completo, etcétera.

Por primera vez Ed percibió una especie de acento dialectal en el discurso de Kruso. Era una especie de acento suabo, en parte, en el fondo una mezcla arcaica de diferentes acentos. Raras veces hablaba así, sólo cuando no prestaba atención.

Ed hacía lo que podía. Al cavar, el paño de secar le resbaló de las caderas. Dirigió el paño, que le colgaba de la pierna extendida, a un lado, a la hierba del bosque, y siguió trabajando sin interrupción. Él mismo no sabía por qué tenía que ser así. Sentía su desnudez, pero en ese momento era importante otra cosa. Sólo con los pies era doloroso y casi imposible meter en la tierra arenosa la hoja de una pala. Ed intentó servirse de los talones y hacer presión con pequeños pisotones, él sabía cómo se utilizaba una pala. Kruso, que arrancaba raíces y apartaba la arena con las manos, también sería consciente de la dificultad de la tarea. Pero ahora sólo se trataba de

hacer lo que había que hacer. Y al hacerlo no mostrar ningún punto de flaqueza. Su pene estaba a pleno sol, su testículo imitaba a su ridícula manera el movimiento de cavar.

Al final, Kruso levantó el batracio y lo metió en el hoyo. Sólo entonces se dio cuenta Ed: un sinnúmero de pelos largos, aparentemente humanos, parecían vetear a aquel ser viscoso y gris; de modo semejante al tejido de conductos sanguíneos que se ve en la superficie de un órgano recién puesto al descubierto. Había pelos rubios que brillaban radiantes al sol de la tarde, pero también pelos rojizos y negros. Ed vaciló como si le hubieran pedido que enterrase algo vivo, vivaz (como decía su madre), pero Kruso dijo «pala» y Ed cubrió el batracio de tierra arenosa.

Siguió un momento de silencio en el que aumentó el fragor de las olas. Primero despacio, después a la velocidad del rayo, con un ruido ensordecedor, un avión a reacción gris pasó en vuelo rasante sobre el Dornbusch. «Aquí se cierra el círculo de la libertad», anunció Kruso como si quisiera pronunciar una oración fúnebre, su voz envuelta en el fragor. «Nosotros retrotraemos el metabolismo de hombre y naturaleza a las raíces de una comunidad anterior.» En su túnica romana de color rosa se parecía al Klausner primigenio de la foto que había en el rincón del desayuno, sólo faltaban el gato y el asno. Pero allí estaba Ed al fin y al cabo, que se agachaba para, a toda prisa y en lo posible discretamente, recoger su delantal del suelo.

Mientras regresaban al Klausner, Kruso hablaba de una gran tumba de piedra que había en el Dornbusch, y de lugares donde se hacía fuego, de tres mil años de antigüedad, pero todavía reconocibles, arriba sobre el monte Swanti, el monte sagrado, trono de un gran señor... Sin esfuerzo adaptaba su paso a la medida de la túnica romana, su modo de andar tenía la dignidad de un tribuno, mientras que Ed se veía obligado a recolocar una y otra vez su paño de cocina: sus caderas, simplemente, no ofrecían ningún punto de sujeción.

«El agujero negro», explicó Kruso y descendió por una escalera exterior situada junto a la fachada con remate de frontón del Klausner. Al principio, Ed lo perdió de vista, luego se encendió una bombilla, cuyo casquillo de porcelana se hallaba metido entre dos estufas de convección en hierro fundido. El cristal de la lámpara estaba cubierto de polvo de carbón, su cono de luz iluminaba un montón de briquetas rotas. «No hay interruptor junto a la puerta, hay que ir primero a oscuras hasta aquí, hasta delante de la estufa.» Sonó una risita, pero quizá Ed se equivocaba. Todavía le resonaba en los oídos el estruendo del MiG; sintió un estremecimiento.

Frente a las estufas había una serie de armarios medio rotos, de diferente tamaño. «Nuestros decomisos», explicó Kruso, «y aquí, el archivo.» Presentó a Ed unos pantalones de pata de gallo, de tela fina y con una cinta de tela que hacía de cinturón, como los de Rolf el mudo y Mike el Cocinero. Ed habría preferido no probarse los pantalones delante de Kruso, pero ahora lo hizo. Si poseía una cualidad era ésta: sabía percibir lo que se esperaba de él; advertía cómo estaba constituido el mundo de los otros. Tenía momentos de gran lucidez, sabía *comprender*, y, si quería, sabía comportarse en consonancia con ello. Quizá fuera eso un pequeño sucedáneo de un determinado rasgo de carácter que le faltaba, de algo que acercaba a los hombres entre sí, que unía a unos con otros.

El primer par era muy grande, y también el segundo y el tercero, Ed parecía un enano con los pantalones de un payaso. Las etapas eran probarse y vestirse: Viernes recibía su piel de cabra. Después de haber encontrado el pantalón adecuado, Kruso le colocó sobre los hombros una larga chaqueta blanca de cocinero. Ed notó la mirada de Kruso, mirada de satisfacción.

«Quiero pedirte una cosa.»

Las prendas olían a humedad y los bordes estaban ennegrecidos por el humo. Ed no estaba

seguro de si quería ponérselas, al mismo tiempo notaba que era un galardón: por fidelidad en el servicio, ¿o cómo llamarlo? Debajo de la chaqueta tenía la carne de gallina.

«Es muy importante para nuestra tarea aquí. Se trata de si podrías encargarte de una de las calderas. Nuestro conserje se olvida demasiadas veces de encenderla a primera hora de la mañana, a las seis. Sabes lo difícil que es fregar con agua fría, en realidad es imposible...»

Mientras Kruso le hablaba de las calderas y de cómo estaba instalado el agujero negro, Ed veía al conserje del instituto de filología germánica en su cenador del jardín, el suelo lleno de botellas, y veía al conserje del Hotel de la Estación, sentado en su sótano y grabando números en los tacos de madera, y veía a Ebeling, el conserje del Klausner (hasta entonces, no se había topado con él), borracho en la cama, en su casa de la isla donde vivía con su madre. Y durante un momento se vio a sí mismo; como en la clase de deporte, todos los conserjes del mundo formaban según la altura, y él era el último de la fila, y sobre su cabeza ponía «6 de la mañana».

En el transcurso de los días siguientes, el sótano se convirtió en su madriguera, su escondrijo, lleno de paz y de soledad. En un rincón en el que se apilaba antiguo mobiliario de la sala común, había encontrado una mesa diminuta y un taburete de bar. Había sacado las cosas al aire libre, rascado el moho, y dejado todo al sol durante dos días para que se secara. Para la mesa había sitio suficiente debajo de la ventana, una desventaja era su desagradable olor (a moho y carbón). Ed cortó las patas del taburete; pese a ello, el tablero de la mesa aún estaba muy bajo.

Una vez encendido el fuego (la leña tenía que arder bien antes de que él pudiera meter el carbón húmedo), Ed lo inspeccionaba todo. Uno de los armarios estaba lleno de pastillitas de jabón, jabón de hotel, envueltas en un papel, blanco en otro tiempo, donde con fino color cobre estaba escrito «Palasthotel». Luego el armario de acero con clasificadores y libros de contabilidad. Detrás del armario de acero, medio oxidado pero imposible de mover, había un nicho. A través de un resquicio del grosor de un brazo se veían trastos viejos, aparatos de gimnasia antediluvianos, arpilleras mohosas y una bañera de cinc. «Alexander Ettenburg llamaba a esta bañera su crematorio», había explicado Kruso, como si eso también fuera relevante para el trabajo de Ed. «Antes había también una urna de cenizas. Aquel primer Klausner lo preparó todo. Era un hombre con sentido de la naturaleza, muy adelantado a su tiempo. Fue quien dio nombre a todos estos lugares, el barranco Svantovit, el monte Flagge, la peña Zeppelin. Al final, el viejo no deseaba sino que lo enterraran en la isla, pero arrojaron sus cenizas al mar. Los isleños no quieren gente extraña en su tierra, y eso sigue siendo así en la actualidad, salvo unas pocas excepciones: celebridades como Hauptmann o cadáveres de ahogados sin nombre.»

Al final de su recorrido, Ed encendía la vela del sótano. En un rincón tapado por cubiertas de plástico colgadas allí había un pozo pequeño, cuadrado, al que se bajaba por una escalera de madera. Ed colocaba la vela en el suelo y empezaba a quitar las babosas de las paredes. Se asombraba de la fuerza con la que se adherían al hormigón liso ennegrecido por el moho. Todas las mañanas había allí nuevos ejemplares, negros y pardos, no había explicación para eso. Quitaba babosas hasta que la mano le rebosaba, entonces subía y echaba la masa informe en el fuego.

Ed descubrió que el pozo había sido en su origen una ducha y aprovechó el tiempo que pasaba en el sótano para reacondicionarlo: rascó el cieno antiguo del desagüe y quitó a golpes la cal de la alcachofa de la ducha. Al principio el agua era herrumbrosa y maloliente, pero al cabo de un rato mejoró su calidad. La grifería chirriaba y crujía lastimosamente, pero funcionaba. Por un momento Ed estaba metido en el agua hasta las rodillas, después un medidor de la altura del agua ponía en

marcha la bomba. Cuando ya había encendido bien la estufa y el agua de la caldera se había calentado lo suficiente, podía ducharse: un lujo sin igual. Después de la cebolla, era la segunda cosa completamente suya.

En el fuego brillaban las babosas. Se incorporaban una vez más, en todo su tamaño, como recién nacidas, antes de atrofiarse de golpe, con un silbido, como si saliera aire. «A saber de dónde vendrán continuamente», susurró Ed hablando con la caldera. Durante un ratito se oía aquel pitido que salía de las brasas; luego empezaba a poner briquetas, cuidadosamente, una por una.

VIOLA

28 DE JUNIO

Rimbaud me ha enseñado hoy un libro y me ha leído un poco. Se llama El teatro de la crueldad, un libro de Occidente. Cada semana hay un libro en el nido, a veces incluso más de uno. Seguro que provienen del traficante de libros. Ahora tengo permiso para utilizar el nido yo solo, cuando tenga tiempo. Aquí todos son una comunidad.

Todos los días, a las doce, Ed se comía la cebolla. Junto con su silencio, el ritual de la cebolla (como si esa coordenada hubiera faltado aún) daba la imagen de un tipo moderadamente original, del que no había que tener mayor recelo y, sí, cuya admisión no podía haber sido una equivocación. En cierto modo, su cebolla estableció su posición en el Klausner. Pronto se consideró a Ed una especie de polo de serenidad entre los camareros galopantes y recitadores, el colérico vendedor de helados con el martilleo de su contenedor de helados y, en la barra, Rick, que con anécdotas y sabias sentencias administraba un servicio de bebidas impregnado de filosofía práctica. En la pila de Ed, en cambio, reinaba la concentración y la sensatez. Ya por eso era obvia su cercanía a Kruso, un Viernes al lado de Robinson, y nadie tenía que extrañarse demasiado de que se los viera juntos a los dos cada vez con más frecuencia. Aunque en general sólo se trataba de la diaria instrucción de Ed, el nuevo friegaplatos y fogonero. Ed miraba asombrado los cambios y una vez más se extrañaba de que le estuviera ocurriendo todo eso a él. De vez en cuando emergía aquella confusa felicidad que se negaba a entrar en contacto directo con él, y a veces, cuando menos lo esperaba, veía de pronto allí delante a G.: él no tenía influencia alguna en ello.

¿Por qué le agradaba tanto hablar poco?

No se lo había propuesto, pero Ed comprendió al cabo que el silencio era el componente íntimo de su huida: entretanto le había dado ese nombre. Tenía que quedarse consigo mismo, pero sabía también que ahora no debía quedarse solo... Interiormente lo había formulado al revés, por equivocación, y sin embargo eso era exactamente lo que pensaba: quiero ocupar en el mundo un lugar que me mantenga aislado de todo. Más tarde había caminado por la playa y pronunciado esa frase mirando al mar, como una petición, pero las olas eran muy altas, el mar demasiado fragoroso y el viento volvió a meterle las palabras en la boca.

Su actitud reservada le ayudaba a evitar síntomas de debilidad o de falta de experiencia. Decía «hola» o «sí» y «exacto». «Exacto» podía emplearse para todo. «Exacto» era la mejor respuesta cuando alguien se permitía gastarle una broma o intentaba burlarse de él, lo que al principio ocurría bastante a menudo y después cada vez menos. Todo lo que le ocurría a Ed quedaba simplemente duplicado con «exacto» y, con esa duplicación, despojado de su importancia. De esa manera, todo podía ser aceptado o rechazado rápidamente. Él no necesitaba ninguna defensa,

ninguna trinchera. Todo lo que llegaba hasta él en ese mundo ajeno no era más que *eso exactamente*. «Exacto» era la descripción más breve y mejor de la isla. La isla «Exacto» estaba situada en medio de su silencio, inexpugnable.

En algún momento, Ed la había descubierto desde el fregadero: una radio, que Mike el Cocinero llamaba «mi Viola». Se trataba de un receptor de válvulas de la marca Violetta, una caja de madera oscura sobre una repisa de una altura inalcanzable más arriba de los frigoríficos, directamente debajo del techo de la cocina; por lo visto ya no era posible desconectarla. La repisa estaba hecha de toscas escuadras metálicas y parecía más sólida que los cimientos del Klausner. El revestimiento de la caja del altavoz tenía una costra de grasa de tiempos remotos, a través de la cual oscilaba con intermitencia la luz verde de la pequeña lente del ojo mágico. Como una fina línea de maquillaje en los párpados de una anciana, brillaba encima la plata de su nombre: Viola guiñaba un ojo a Ed. Parpadeaba a sus espaldas cuando él se inclinaba sobre la pila. A menudo también desaparecía por completo en la niebla. En los ecos superpuestos provenientes de la cocina era irritante que su voz no pudiera localizarse y pareciera salir directamente de la fantasmagórica nube ondulante que subía de los fogones. Viola, eso contaba Mike el Cocinero, había pertenecido a su antecesor, que se había ahogado cuando se bañaba de noche, en el verano de 1985. La emisora seguía conectada y la radio encendida cuando poco después Rolf y él se hicieron cargo de la cocina del Klausner. En opinión de Mike el Cocinero, eso era todo lo que había que contar al respecto.

A Ed le inquietaba la idea de que la radio hubiera sobrevivido a su dueño... sin enmudecer. En cierto modo se la podía considerar la voz del antiguo cocinero ahogado, una voz que desde hacía años fluía sin pausa sobre las ollas y sartenes del Klausner y cubría sus manjares con su emisión interminable. Durante un absurdo momento aquello le pareció un acto de resistencia, quizá una alusión a una injusticia cometida mucho tiempo atrás, como una mano que sale una y otra vez de la tumba, fantaseaba Ed mientras el corrosivo vapor del detergente le subía a la cabeza y él pasaba un plato tras otro por la pila de piedra de los cacharros más sucios. Se esforzaba por mantener el ritmo, no quería ser más lento que Kruso.

Faltaban los botones giratorios, y las teclas de marfil, que semejaban una especie de dentadura saliente, estaban destrozadas. Mutilada de tal suerte, Viola sólo sintonizaba Radio Alemania, pero ésta con una obstinación como la que se dice de los mutilados de guerra, que aun heridos de gravedad siguen y siguen luchando. Lo que Viola hacía de sus emisiones, con su recepción fluctuante, su enmudecimiento súbito o su zumbido gruñón, con su rascar, gorgotear y toser (eran horribles sus ruidos bronquiales), pasó a ser una especie de sonido básico del Klausner. Su emisión interminable era como la respiración de la casa, precaria pero constante, comparable al fragor de las olas y en el fondo, ignorada... «Sólo hace ruido», como decía Mike el Cocinero.

En el fregadero no oían mucho de Viola, a menudo sólo un suave zumbido con sonidos armónicos. La señal horaria era el sonido más claro. Las doce. Con el último sonido, Ed sacaba las manos del agua. Empujaba la puerta basculante de la cocina y por el resquicio pedía su cebolla. En algún momento, Rolf el mudo pasó a prepararle un plato y colocarlo sobre el poyo que había a la derecha de la puerta, de forma que Ed sólo tenía que extender la mano y cogerlo: una cebolla grande y brillante, cortada en dos mitades, y una rebanada de pan de trigo y centeno. Ed se quedaba un momento allí con la espalda apoyada contra un batiente de la puerta y antes de dar las gracias vociferando en dirección a la cocina (su mirada buscaba a Rolf o a Mike el Cocinero en la niebla de la cocina), llegaban hasta él algunas frases de Viola. Ed se sentía atraído por la

monotonía de sus relatos, que retornaban cada media hora y cuyos contenidos no variaban apenas. Al final, el tiempo, los niveles del agua, las velocidades del viento. Había mensajes de búsqueda y de llamadas a viajeros, y un aviso de tempestad tampoco necesitaba especial insistencia. «El ministro federal de Economía Haussmann ha advertido que no hay que seguir reduciendo el horario de trabajo. Hay que aliviar a la población de la República Federal de la carga de los vuelos rasantes. Oigan ahora las noticias en detalle.»

Para hacer ver a Kruso que la cebolla no suponía una interrupción de su trabajo, Ed se la comía directamente junto a la pila, como una manzana a la que de vez en cuando daba un bocado. Al principio, Ed se lavaba la mano antes de cada mordisco, pero ahora que poco a poco formaba una unidad con el fregadero y con sus esencias tóxicas, ya no se tomaba ese trabajo.

Aparte de Viola, de las unidades de refrigeración, de la cafetera eléctrica y de un aparato para pelar patatas cuyo manejo sólo entendía el conserje, raras veces presente, en el Klausner no había más maquinaria, salvo el teléfono gris de Krombach. Pero al menos había ventanas que se podían abrir un poco, y cuando era posible, puertas abiertas de par en par. El viento soplaba desde el mar hasta la puerta delantera, limpiaba la sala general y la cocina y salía por la puerta de atrás del fregadero. De esa manera, Ed y Kruso estaban envueltos durante horas en una corriente cálida y grasienta, un vaho compuesto de tabaco, humo, olor a humanidad y vapores alcohólicos, que sofocaba y quitaba el aliento. «Nos estamos ahumando», maldecía Kruso, «cuando lleguen los salvajes, nos olerán primero a nosotros. Hemos de tomar precauciones, lavarnos bien por la noche. Lavarnos, cuidarnos, ponernos crema. Y estar siempre vigilantes. Ampliar la caverna, ensanchar los escondites. Es peor esperar una desgracia que sufrirla, Ed.» El eco del fregadero deformaba sus palabras, por lo que Ed quizá las entendiera mal. No sonaba como si Kruso estuviera bromeando, en el fondo nunca bromeaba, menos aún cuando empezaba a hablar de la legendaria historia de su tocayo.

Antes de finalizar la jornada, el vendedor de helados le lanzaba sus cubos vacíos entre las piernas.

«¡Que quede perfecto, amigo!»

«Exacto.»

«Es lo que quiero decir: *exacto*.»

«Exacto.»

«Y no te pongas impertinente, cebolla.»

Los cubos tenían un olor repugnante. Pegada en el fondo estaba la fría habla gangosa de René. Ed lo restregaba bien. La suficiencia capitalina de René (también era de Berlín) resultaba a la vez estúpida e intimidante. Provenía del modo de hablar, algo que parecía inatacable y que no existía en el habla de Turingia ni de Sajonia. Su camisa blanca, como recién planchada; siempre tiene ese buen olor, pensó Ed. René llevaba vaqueros auténticos y un peine de mango marrón en el bolsillo trasero. Era un peine de plástico con un mango ancho, ligeramente curvo. A veces, en medio de la conversación o también sentado a la mesa del desayuno, lo sacaba y se peinaba el ondulado cabello.

Ed secaba los cubos cuidadosamente y los volvía a poner bajo el portillo de los helados. Luego se escabullía a su habitación. Había averiguado enseguida que existía un pasillo que llevaba directamente del comedor a la escalera ascendente; no era preciso dar la vuelta a todo el edificio. Al fondo del pequeño corredor que había entre el comedor y la escalera apenas se veía esa

segunda puerta, aunque casi siempre estaba abierta y, como un canal de ruidos, unía la cocina, la sala general y el comedor con el piso superior.

El camino exterior respondía a una antigua norma que Krombach seguía transmitiendo siempre que contrataba nuevos empleados. Todo ello era debido a las quejas de funcionarios de más categoría que pasaban allí las vacaciones y que habían quedado horrorizados de la gente sucia e impresentable que aparecía de pronto junto a sus mesas, para ensuciar con una nube de sudor, hollín y alcohol su romántico veraneo a la luz de las velas. Krombach era sólo arrendatario y no quería líos con la llamada empresa madre; en general, el director cuidaba de que su equipo no entrara en un contacto demasiado estrecho con quienes pasaban allí sus vacaciones pagadas, con los acreditados representantes de la clase obrera.

La *buena soledad*, de la que se hablaba de vez en cuando, con voz sosegada en lo posible y con palabras que ocultaban que en realidad no se sabía si existía de verdad, la disfrutaba Ed por la noche, solo en su cuarto. Escuchaba los jirones de melodías que Viola dejaba escapar hacia arriba. Dormitaba frente al fragor de las olas o contemplaba la oscuridad que se cernía sobre el agua y miraba al caballo peludo. Reinaba una tranquilidad absoluta. Podía mirar al animal directamente a los ojos.

Era como si en esas primeras tardes que pasó en el patio del Klausner hubiera empezado a pensar, con un caballo ante los ojos y una cebolla en la mano. Pensamientos que, como bien sabía, habían empezado a germinar en él mismo. Un pensar más allá de su capacidad de retención y en algún lugar muy detrás, muy debajo de sus reservas. Los húmedos ollares, suaves como terciopelo, los ruidos de la respiración, el silencio de la mirada. Ed tenía veinticuatro años. Había perdido a G. Por primera vez en la vida podía sentir cómo empezaba su pensar. Cuando se pasaba la palma de la mano por la cara, olía los manjares de los menús del día. Su piel estaba grasienta y brillaba.

EN EL ENDDORN

Se levantó un ligero viento. Pequeñas y lánguidas olas del Báltico, muy seguidas, un mar de poco aliento. Sobre su cabeza pasaban como flechas las golondrinas de la orilla, en todas direcciones, como si quisieran ahuyentarlo. Ed estaba tumbado en la playa, boca arriba, ensimismado contemplando las cavernas del tamaño de un puño de las que estaba plagada la escarpada costa septentrional. Se encontraban muy arriba, justo bajo el borde del acantilado, en diez, doce o quince pisos unos encima de otros, y a Ed le recordaban los habitáculos labrados en la roca de los indios del desierto que él había visto en películas del Oeste o de aventuras. A intervalos, los pájaros se hundían en sus cavernas, luego volvían a salir como flechas.

«Un gigantesco reloj de cuco, mi viejo», susurró Ed, «¿no oyes el tictac en el barro? Con sus picos abiertos atrapan los mosquitos como si fueran segundos. Durante el vuelo digieren el tiempo y lo convierten en una papilla, y luego, en casa, lo vomitan todo y con ello llenan los picos de sus diminutos diablillos: cebados sólo con papilla del tiempo se aprende a volar, tunante, ¿lo sabías?»

A Ed le encantaba fantasear, aunque su zorro estuviera fuera del alcance del oído. Al fin y al cabo era su primer día libre, el primer día de descanso del Klausner desde su llegada, y él se había propuesto dar la vuelta a la mitad norte de la isla.

Los días de descanso: sobre eso no había habido ningún género de instrucción ni de

explicación; ¿y además para qué? De todos modos nadie pensaba en él, nadie quería nada de él. Para Ed eran una meta parcial, un triunfo callado. «Has llegado hasta aquí», susurró mirando al cielo lleno de golondrinas, y se puso en camino.

Como una ballena varada que metía desvalida el hocico en las olas e intentaba desesperada retornar al agua, así quedaba separada del mar la tierra alta del Dornbusch: un animal grande que se desmenuza poco a poco. Incesantemente arrancaba la marea viva bloques gigantescos de su cuerpo del periodo glacial, piedra arenisca, pizarra y granito de Uppsala, donde se podía leer cuál fue su primitiva tierra de origen y los diez mil años transcurridos desde su llegada. Su cuerpo escandinavo se desflecaba y poco a poco el cadáver lograba regresar al mar. La corriente arrojaba otra vez por el noreste marga y arcilla, y la isla empezaba a redondearse. El llamado Bessin, cuya forma siempre llevaba a comparar el contorno de la isla con un caballito de mar (y a cobrarle así aún más cariño), se había hinchado en las últimas décadas, al caballito de mar le salieron más bocas, su cabeza empezó a adquirir monstruosas dimensiones.

Al cabo de sólo medio kilómetro el camino estaba bloqueado. Un tramo de la costa escarpada acababa de desgajarse y de caer al mar. Sosteniendo el hatillo con sus cosas en alto sobre la cabeza, Ed bordeó despacio el desprendimiento de tierra. El suelo era pedregoso, apenas podía mantenerse derecho. El agua le llegaba hasta más arriba del vientre. En un momento dado pensó que había oído reír a alguien, pero como si procediera del agua. Al parecer no había turistas en esa parte de la isla. Sólo un hombre, quizá más joven que Ed, que tomaba el sol. Estaba desnudo y tumbado, medio escondido, en una de las pequeñas calas. Cuando Ed volvió la cabeza para mirarlo, ya se estaba poniendo el cinturón sobre la guerrera. Sacó de un nicho su ametralladora y saludó a Ed.

Una fina grava acolchada con algas cubría la playa. Las piedras más grandes estaban junto al agua, calaveras con pelos de algas cepilladas por las olas, cuidadosa e interminablemente. Había enormes fracturas, gigantescos trozos de tierra, y profundas hendiduras en la costa. Había lenguas glaciares pequeñas y recientes, de finísimo lógamo, en las que era posible hundirse hasta la rodilla. Cuando se daba el primer paso eran como goma bajo el pie, luego, de pronto, cedían y envolvían el tobillo: arcilla más profunda, pegajosa. Una vez hundido en ella no había nada más agradable que caminar así y notar cómo el fino barro presionaba entre los dedos de los pies... A trechos, fango y arcilla habían formado brillantes terrazas, pequeñas tablas perfectamente lisas y como tensas e intocables. Había enormes piedras agujereadas y amapolas dispersas sobre el barro. El agua de la orilla era de color turquesa, más adentro, gris, el sol subía y el horizonte se iba haciendo más nítido. Descubrir que alguien le miraba desde el borde del acantilado cincuenta, sesenta metros más arriba era una sensación desagradable para Ed. Entonces bajaba la vista y trataba de caminar más deprisa, cosa difícil entre las piedras.

Donde la costa alta se allanaba, tropezó con los restos del búnker del que Kruso hablaba a menudo. Entre dos planchas de hormigón arrancadas de su anclaje había una fisura que llegaba hasta lo más hondo y por la que bramaba el oleaje; olía a excrementos. Detrás del búnker empezaban los castillos de arena de los veraneantes, cuidadosamente contruidos y con inscripciones hechas con piedrecitas negras: fecha de llegada, fecha de partida, algún nombre, Köhler, Müller, Schmidt. Algunos estaban rematados por tejados de madera flotante y en algunos ondeaba una bandera. A Ed le parecían trincheras o centros de mando; un momento después le recordaban tartas de cumpleaños habitables, guarnecidas con toda clase de objetos, latas, zapatos, basura traída por las olas. Los centinelas que vigilaban las puertas de esas tartas llevaban delantales, delantales para asar a la parrilla, suponía Ed, y fuera de eso iban desnudos. Por lo

demás, en el norte de la isla toda la gente parecía estar desnuda, por lo que Ed cambió de ruta en dirección este. De pronto descubrió su mirador a lo lejos. Aunque no habían transcurrido más de tres semanas, le emocionó reconocer el lugar donde pasara su primera noche; «donde llegué a puerto», murmuró Ed para sus adentros.

La reserva ornitológica estaba cubierta de tupidos matorrales, pero había una especie de sendero que llevaba a la lengua de tierra. Se adentró en él, se apartó y penetró en una completa ausencia. Si oía algún ruido, Ed daba simplemente un paso hacia un lado y se agachaba. No estaba asustado, no tenía miedo. Comprobó que, cuando se ponía en cuclillas, el verdor cubría su campo visual. El verdor se movía y decía «hierba», tan suavemente como si le acariciara la bóveda interior de la cabeza.

«Que esto es nuestra selva y esto nuestro escondite en la selva, es algo que nunca entenderéis los de fuera», murmuró Ed. Otra vez había puesto una buena astilla en la hoguera de su soliloquio. Pensó: lugares en los que nunca ha estado nadie, sólo yo. Inclinado, escuchó el duro latido de su corazón y sintió el viejo y ansioso deseo del escondite. Y comprendió que ese deseo había aumentado y que entretanto era aún mayor que en la infancia.

Cuando se levantó, una bandada de pájaros cruzó los aires como una exhalación y durante un momento Ed no fue de este mundo.

En el patio del Enddorn, uno de los pocos edificios del pueblecito de Grieben, Ed pidió café y tarta. Estaba sentado fuera, a la sombra de un sauce, en una de las pocas y desvencijadas sillas, dispersas sin orden ni concierto por el jardín. Como si de alguna manera fuese reconocible que él era ahora también un trabajador estacional, le atendieron con más amabilidad y sobre todo con más rapidez que a los turistas del día que había también en su mesa. Y hasta esos turistas mostraron respeto. Su cafeterita estaba llena hasta el borde, de forma que dio casi para tres tazas. Una vez salió el dueño a la puerta y le gritó algo a la camarera, luego le hizo a él un breve gesto de saludo. ¡El dueño! Durante un segundo, Ed fue consciente de que faltaba el requisito inexpresado. Sin embargo, no cabía duda: ahora él formaba parte de la isla, se le notaba. Era un eseká en día de descanso.

El Enddorn, que era una embarcación más pequeña que el Klausner, tenía una extensión a modo de barraca. Cuando se abrió una vez la puerta, pasó una oleada de aire viciado por entre las mesas. Ed distinguió una cama de hierro, el suelo lleno de sacos de dormir y de lonas. Fue sólo un momento después cuando Ed se dio cuenta de que era Kruso quien había salido del edificio anejo del Enddorn. Llevaba una camisa blanquísima, la melena negra le caía sobre los hombros y brillaba como la de un indio. Ed quiso llamarlo, se levantó de un salto, alzó el brazo pero no logró decir una palabra.

Ese andar erguido de Kruso, no atlético pero con fuerza, como si le impulsara hacia delante un desequilibrio dinámico, tal vez algún golpe que hubiera hecho impacto en su centro y lo hubiera desplazado, pensó Ed, y ahora tratase de equilibrarlo haciendo avanzar rápidamente las piernas, con las caderas rígidas, y sin levantar apenas los pies del suelo... De pronto Ed lamentó que se hubiera marchado sin más, sin mirar en torno suyo. Era absurdo y tuvo que reconocerse a sí mismo que se trataba de algo *más*. Kruso tocaba en él algo de lo que él carecía, algo que echaba de menos, una antigua insuficiencia, amarga, un deseo vehemente de..., no lo sabía, no tenía nombre. Al principio le resultó desagradable cómo Krusowitsch lo ponía a su servicio, directamente, sin disimulos y con toda franqueza, aunque mucho de lo que dijo no quedó claro. Pero al fin y al cabo era asunto de Ed comprender cómo estaban las cosas en la isla, poco a poco. Pese a la deplorable situación en el fregadero, que Rimbaud comparaba con la situación de los condenados a galeras,

él disfrutaba trabajando junto a Kruso; disfrutaba con su proximidad, por inabordable que le pareciera aquel hombre. El trabajo era algo que llevaban a cabo en común, había en ello una especie de familiaridad que no era comparable con nada. Kruso le había dado tareas, había aportado claridad a los días de Ed y la sensación irrecusable de que para él también había una posibilidad de elevarse por encima de su difusa y embrollada existencia.

La camarera del Enddorn no quería propina. En lugar de eso quiso saber si tenía intención de ir al final de la tarde a la playa de los camareros.

«Sí, a lo mejor», replicó Ed, quien oía por primera vez la expresión *playa de los camareros*. La camarera casi le sacaba dos cabezas y era de constitución fuerte; Ed se quedó asombrado de su rostro redondo como si no hubiera mirado desde hacía largo tiempo rostro alguno. Cuando se levantó, ella dio de pronto un paso hacia él y puso la mejilla junto a la suya. «Entre nosotros, no nos pagamos nada, sólo para que lo sepas para la próxima vez», susurraron sus labios, y le rozaron la oreja. No era un abrazo, pero Ed había notado claramente su suave piel y su calor.

Delante de la colina que sobresalía en el paisaje como una cabeza, había unos caballos petrificados. Con su cuarto trasero al viento esperaban a que la madre tierra entrara en ellos para fecundarlos. El *bodden* brillaba al sol de la tarde, y el puerto estaba silencioso. No había turistas. Sólo un chiquillo ante el panel con el horario del ferry. Durante un rato repitió para sí mismo las llegadas y salidas de los barcos, luego se dio media vuelta y los vociferó en dirección al agua. Lo hizo con una especie de desesperación y de fervor, como si los barcos, sin él, no pudieran enfilarse el puerto. Como si los barcos pudieran olvidar la isla. El niño llevaba una chaqueta de marinero y una especie de gorra de visera y se movía de una manera rara. Ahora caminaba tan cerca del borde del muelle que Ed tuvo que mirar para otro lado.

En la vitrina de la casa de Gerhart Hauptmann había expuesto uno de sus poemas. Al lado una acuarela de Ivo Hauptmann. El oleaje era más fuerte que por la mañana. Varias mariposas planeaban sobre las piedras como si les resultara difícil encontrar un lugar para posarse. «¿Dónde te has metido, viejo?», murmuraba Ed entre dientes, mientras buscaba el delta con la vista. Tenía miedo de no volver a encontrar a su amigo.

Pegados entre las algas había nidos de bichos diminutos. Arañas de color marfil y pseudoavispa. Ed vio huir hordas de pulgas de la arena, como cucarachas blancas, brillantes de humedad. Llegaban con fuerza finas tormentas de arena, se las veía venir desde lejos. Volaban como paños de seda al sol, justo por encima de la playa.

La cueva estaba intacta. Su zorro parecía que, de alguna manera, seguía estando alerta. Su piel no presentaba deterioro alguno, sólo había perdido brillo y en la cabeza tenía un color gris, al menos en las sienes, si se podía decir eso de un zorro. En conjunto, el animal estaba algo reducido, el tronco un poco hundido, pero «por lo demás exactamente igual», murmuró Ed en la fisura de la costa.

«¿Qué te habías creído?», replicó el zorro. «El aire fresco salino, todo este barro frío a mi alrededor, esta vida solitaria en libertad, el silencio, y sobre todo, el fragor es lo que me sienta bien, puro bálsamo es el fragor, tú ya me entiendes. Pero esta humedad siniestra se me mete en los huesos, además las aguas residuales, el desagüe del Klausner, esa porquería se filtra a diario hasta aquí...»

«Ay, viejo», murmuró Ed.

El zorro guardó silencio. Mientras Ed seguía por el delta, sentía una pequeña y sorprendente

satisfacción. Se sujetó el pelo en la nuca y bebió del manantial. Sabía a lejía. La repetición le dio seguridad; la sensación de tomar posesión de un lugar, su primer lugar propio.

«Lo vas a conseguir, viejo», murmuró Ed, «una cosa tras otra; sólo así funciona, ¿entiendes?»

De noche, en su cuarto, oía los gritos de gaviotas que primero volaban hacia tierra y luego mar adentro: los gritos no tenían un ritmo preciso, los pájaros volaban como perros nerviosos que por algún motivo se habían puesto a ladrar y sólo se tranquilizaban poco a poco. Ed se acercó a la ventana. El aire estaba lleno de jadeo de perros. Sacó su agenda Hermès para escribir sus cinco líneas del diario pero en la cabeza le zumbaban sin cesar sus reservas, y no le venían a la mente palabras propias. Se echó en la cama y prestó atención al silencio que iba ocupando cada vez espacios mayores. Ya antes de que empezara el rumor de medianoche del Klausner, Ed ya se había sumergido en su sueño.

LOS NAUFRAGOS I

No había ninguna luz encendida en el pasillo. Tras el desvío a la habitación de Kruso empezaba el buen olor de Monika, exactamente como Ed se imaginaba el perfume de las naranjas. Hasta entonces, él sólo se había topado con la pequeña invisible una vez. Pero, al fin y al cabo, también había comido naranjas una sola vez en su vida, de niño, en 1971, cuando durante varias semanas de pronto hubo un surtido de *frutas meridionales*, debido a los cambios en el poder, «por el cambio político», como le explicó entonces su padre. Desde entonces ya no hubo más cambios políticos y entretanto había pasado sencillamente demasiado tiempo para acordarse realmente del olor de las naranjas.

La puerta de Monika al final del pasillo era la única con timbre. Su botón tenía un brillo naranja, y el hilo de luz en el botón temblaba ligeramente, parecía estar vivo, pero encerrado (e implorando ayuda), por lo que a Ed le resultaba difícil mirar a otro sitio. Respiró hondo y absorbió el aroma del cambio político. Trató de imaginarse cómo habían llegado a juntarse René y Monika y lo que los unía. ¿Sexo? ¿Qué otra cosa iba a ser? René era una fiera en la cama. Lo cual le hacía ser arrogante, gritón y malvado.

«¡Sí, adelante!» La puerta estaba sólo entornada.

Kruso estaba junto a la ventana abierta y se inclinaba sobre un complicado varillaje de metal, una especie de trípode hecho con acero oxidado, estriado y soldado. Sujeto arriba había unos desgastados prismáticos. Ed se detuvo pero Kruso le hizo señal de que entrara.

Aquella tarde, Ed vio por primera vez la habitación de Alexander Krusowitsch. No era mucho más grande que la suya, pero daba a la parte delantera, a la terraza. Desde allí era posible contemplar toda la zona: los primeros peldaños de la escalera de la costa escarpada, la mitad del barranco Svantovit con el sendero que llevaba al cuartel y sobre todo ello el mar, que se redondeaba como una bóveda en el horizonte, «liso como el paladar de un perro», pensó Ed o le susurraron sus reservas. El soporte de los prismáticos estaba justo detrás de las cortinas, que llegaban hasta el suelo y se movían ligeramente con el viento. Eran las mismas cortinas de gruesas mallas, semejantes a redes de pesca, que también colgaban en la sala general y en el comedor, y de ellas parecía salir, en efecto, un olor a mar, un olor a peces y a algas.

«¿Reconoces el lugar?» Kruso se echó con precaución a un lado y empujó a Ed delante del trípode. Ed vio algas, un trecho de la playa, unas olas, blandas y silenciosas. Luego descubrió el delta y la depresión del terreno en la que había bebido al llegar.

«Bueno, bueno, ahora lo tienes.» Kruso rió, pero brevemente, la risa se cortó, por lo que quizá sólo había sido un suspiro. Para no tener que mirarlo en ese momento (Ed estaba confuso ¿y qué habría podido decir?) seguía mirando por la lente. «Muévete un poco», dijo Kruso en voz baja y tocó a Ed en la cabeza, con suavidad pero con fuerza en las puntas de los dedos, como hacen los peluqueros que, sin palabras, quieren llevar la cabeza a una determinada posición. Al mismo tiempo giró los anteojos lentamente hacia la derecha. Raíces, hierbas silvestres, pinos, luego emergió alambre de espino, una alambrada doble, borrosa, luego más nítida. Ed vio una estructura gris de metal, una torre de metal, sobre la plataforma una cabina, al lado un foco reflector, antenas y un radar. Un soldado que apoyaba los codos en la baranda de la plataforma y que, también con prismáticos, miraba hacia el mar abierto. Llevaba uniforme de campaña. A la derecha de la torre había una doble cureña, cubierta con una lona. A los pies de la torre se reconocían los contornos de un búnker recién cubierto de alquitrán, detrás dos barracas y un garaje, delante del cual había aparcados un Multicar y una motocicleta. Al lado tres perreras, en fila. Ed se ajustó ahora directamente sobre la nariz la posición de las lentes. Movié un poco la cabeza, para preguntar, pero Kruso lo colocó de nuevo en posición. Ed sentía su aliento en la nuca. Un hombre entró en la banda de arena, limpiamente rastrillada, que había entre las alambradas; al momento dos perros corrieron hacia él, de sus ladridos no se oía nada, sólo el fragor del oleaje, el oleaje bramaba enseñando los dientes.

«Allí... hay alguien...», susurró Ed, y retrocedió. El sudor le cubría la frente y sintió el antiguo escozor bajo los párpados. En la penumbra de la habitación no se distinguía nada con claridad. Entre las dos ventanas había una cómoda, y sobre ella, dispersos, unos libros abiertos; entremedias, dibujos, mapas, papel escrito. Un puesto de mando. Sin prisas, Kruso se inclinó sobre el trípode.

«Ése es Vosskamp. Después de la cena el capitán de fragata juega con los perros mensajeros. Él es el comandante de la isla. El guardián de nuestro destino, si quieres, y aunque no quieras. Y allí llega el sargento mayor. Con una botella. Bueno es saberlo, bueno para nuestra velada, Ed.» Kruso acarició los desgastados prismáticos como si eso tranquilizara a los perros. Ed se quitó disimuladamente unas lágrimas de la cara, los prismáticos le fatigaban los ojos.

«Lo que tiene tres patas se tiene en pie», dijo Kruso, estaba orgulloso de su trípode. Señaló las dos ruedecillas estriadas que había entre los cristales y que estaban marcadas con distintos colores.» Éstos son los puntos de nitidez que necesito. Blanco para la compañía de observación con su torre de vigilancia y el radar, rojo para el barranco Svantovit, azul para las patrulleras y para todo lo demás que pasa por ahí delante. Reconoce el movimiento, reconoce lo que llega y reconoce lo que desaparece. Reconoce las señales luminosas en la noche. Atención, agilidad, pero sobre todo aislamiento; ésas son las tres cosas que importan, Ed.»

Entretanto se iba llenando la terraza, aunque el Klausner había cerrado. Kruso abrió un poquito la cortina cuidando de no tocar el trípode. Bajo las duras puntas del varillaje estriado, se había perdido en parte el color del suelo. Ed percibió ese detalle como a la fuerza, al mismo tiempo no quería ver nada, ni saber nada. Como si el solo hecho de ver lo que veía hiciera de él un traidor. No cumplo la condición tácita, esa frase y el golpeteo de la sangre en la cabeza. Todo eso estaba fuera de su mundo, a años luz de distancia. Por otra parte: ¿qué era su mundo? El Klausner le había aceptado, él había encontrado trabajo y alojamiento. Y se sentía seguro en presencia de Kruso; lo extraño de sus asuntos no tenía que ser para él una carga, al contrario, él no tenía nada que ver con aquello.

Durante un rato observaron a los clientes que Kruso llamaba *nuestros sin techo*, pero por lo

general sólo *los náufragos*. A diferencia de Krombach, él empleaba esa palabra con un afecto y un respeto latentes, su mirada era atenta (de indio), y toda su apariencia expresaba cariño y solicitud. Kruso señaló alguna que otra mesa, las mesas que no estaban techadas y los pesebres con sus bancos de madera abarrotados y explicó a Ed lo que estaba viendo allí: pasotas, aventureros, solicitantes de permiso de salida; veía a amantes, a renegados, a gente que de algún modo había fracasado y a «fugitivos en ciernes», los que más le preocupaban. Tenía categorías, de las que resultaba, así lo entendió Ed, una determinada jerarquía, niveles de urgencia.

«Ninguno de ellos formaba ya parte realmente del país, el país se les ha escapado bajo los pies, ¿lo entiendes, Ed?»

A algunos de los náufragos los llamaba por su nombre; o bien había estado ya con ellos en la playa de los camareros, en los fuegos de campamento o en otros encuentros de los esekás, o bien le habían hablado de los recién llegados. De vez en cuando se interrumpía, como si le tocara a Ed hacer alguna propuesta, preguntar por algún nombre.

Durante todo ese tiempo estuvieron escondidos junto a la ventana, detrás de los visillos para los peces. No tenía importancia que los brazos de ambos se rozaran algunas veces. Ed notaba el vello de Kruso en su piel, un contacto tan imperceptible que podía considerarse no-contacto, mientras Kruso señalaba una y otra vez al jardín y se preguntaba quién necesitaría con más premura «nuestra ayuda», como él decía. Al mismo tiempo seguía mucho tiempo con el brazo extendido, como si no se tratara de una indicación; no señalaba, apuntaba.

«Los náufragos son como niños», explicó Kruso. «Cada tarde, después de la salida del último vapor, se quedan en la playa, como si allí hubiera algo que al terminar el día los cogiera en brazos y les cantara una nana. Hasta poco antes de la puesta del sol creen en ello, como los grillos creen en el sol perpetuo. A esa hora empiezan con sus controles los guardianes de la playa. Al comienzo del crepúsculo se añaden los voluntarios, isleños que por dinero o por lo que sea recorren las dunas y controlan los sillones de la playa. Hasta iluminan con sus linternas el interior de los sillones cerrados con llave como si alguien pudiera haberse metido por la rejilla de mimbre. Sí, claro, muchos de ellos son delgados, realmente delgadísimos...»

Kruso sonrió y respiró hondo.

Ed comprendió el significado de su visita; se trataba de una nueva lección, semejante a la que recibió en el fregadero o en el entierro del batracio, pero esta vez era una lección decisiva, un paso adelante del que ya no podía retroceder.

«Hasta la primera patrulla, que entra en acción contra los violadores de fronteras –así al menos lo llaman ellos, desde su punto de vista es la frontera la violentada–, aún queda algo de tiempo. Hay listillos que se adentran en el bosque, pero nadie puede mantenerse allí mucho tiempo. Los búnkeres de la playa se controlan con regularidad. Los más expertos en dormir en la clandestinidad se entierran en la arena, por debajo del acantilado, con un pañuelo sobre la cara y una caña en la boca para respirar. Si vas a pasear alguna vez por allí de noche, estaría bien que pensaras en eso... Sí, cierto, algunos encuentran compañía en la playa de los camareros, pero una gran parte del gentío, la mayor parte diría yo, vienen por el camino enlosado, por el camino de Capri, a lo largo de la costa escarpada, hasta aquí, hasta el Dornbusch.»

Ed sabía que se solía dar a la isla el nombre de la Capri del Norte, pero era la primera vez que oía la expresión «camino de Capri». En silencio, Kruso hizo un ademán que lo abarcaba todo: los caminos, la costa alta, el mar y ellos junto a la ventana, en la habitación de Kruso, detrás de las cortinas.

«No saben qué hacer. Primero ese deseo vehemente, que aquí se vuelve aún mayor, y luego

están ahí sentados y no son capaces de avanzar ni de retroceder.»

«Quizá no sólo por eso», replicó Ed, «muchos tienen únicamente curiosidad, querían conocer por fin esta isla, simplemente viajeros en un país muy pequeño.»

«Son peregrinos por los trayectos más largos de la vida, Ed.»

«¿Y qué pasa después? ¿Se quedan sentados ahí?»

«¿Dónde si no? Hay una terraza panorámica, se ve hasta muy lejos; en un día claro, hasta la otra orilla. Nadie puede prohibirte ver, nadie puede prohibirte tener un deseo muy fuerte, menos aún en la puesta de sol.»

Ed escuchaba la voz de Kruso, que entretanto había pasado a ser un susurro apenas perceptible. Un tenue reflejo de un rojo profundo llenaba la habitación, y ambos se retiraron un poco de las cortinas. Era curioso cómo esa imponente bola de fuego al final semejaba más bien una moneda aplastada, una moneda incandescente, que se deshacía poco a poco porque esa noche ya había sido ingresada en caja, le ronroneaba a Ed por la cabeza, pero al final lo había comprendido: siguiendo un acuerdo tácito de no hacer nada, la terraza del Klausner era una especie de reserva, una última zona de refugio en el límite extremo del país: pagado con cerveza rubia de Stralsund. La cerveza de Stralsund era ese insípido brebaje que los mensajeros del cuartel, protegidos por la oscuridad, llevaban a través de las dunas en su vajilla de aluminio y a veces también en sus cascos de acero. Ed había visto algunas veces a los soldados cuando, en grupos de dos o de tres y totalmente uniformados, subían apresuradamente los escalones de entrada a la sala general y seguían a Rick por un tramo de escaleras que había detrás de la barra y llevaba al sótano. No tenía una imagen concreta de ellos en la cabeza, sólo una especie de imagen térmica que captaba la humildad y afabilidad de su aspecto. Llegaban sin hacer ruido y permanecían allí como si fueran translúcidos, en cualquier caso sin contornos claros, eran maestros del camuflaje. Llamaba la atención que, a pesar del cinturón, las botas y una ametralladora al hombro, se esforzaban por moverse con la indolencia de los turistas, como si con aquel andar flemático pudiesen liberarse de su aspecto marcial. Kruso los llamaba «los guerreros de la isla» y hacía hincapié en las buenas relaciones del matrimonio de la barra con diversos soldados, «una relación como entre padres e hijos adoptivos, lo que sin embargo no cambia nada. Cuando llegue la patrulla de medianoche tienen que haber desaparecido todos los que están aquí, han de ser simplemente invisibles. Desde la fuga del año pasado no dan cuartel. De eso es de lo que nos ocupamos, Ed.»

Había desaparecido el sol. En la terraza se encendieron las farolas de hierro forjado. Sobre el horizonte planeaba un puntal de un negro intenso, como un continente ficticio que ardía por sus bordes. O una briqueta, que ya estaba bien encendida, pensó Ed, ahora se podía cerrar la estufa...

Kruso le tocó en el hombro.

«Ya sabes», dijo Kruso, «es tu primera asignación. Es decir, eliges tú mismo.»

«¿Que elijo yo?»

«Eliges tus propios náufragos.»

RECITAR A TRAKL

Todo tiene sus límites, pensó Ed. Unos límites hasta los que estaba permitido no ver las cosas, unos límites que no podían traspasarse.

Dos escalones, luego el pasillo central entre las mesas y pesebres bajando por la terraza. Con

tres copas y una botella bien fría de vino blanco, Kruso salió al aire libre y Ed le siguió. Su boca estaba seca. Tenía sed.

Kruso caminó pausadamente hacia una de las abarrotadas mesas. El saludo fue muy cordial. Como si estuvieran esperándolos o los conocieran de antes. Se apresuraron a hacerles sitio. En general, todos parecían estar vinculados de algún modo, formar parte de una familia que veía la prueba de su íntima afinidad sobre todo en el hecho de estar allí, de haber conseguido llegar *hasta allí*. Como si la frontera decisiva ya estuviese traspasada, de un modo no justificado por la geografía. Se encendieron velas y se descorcharon botellas, fue cundiendo una alegre y radiante expectativa que en algún momento también contagió a Ed.

Algunos de los esekás que fueron llegando poco a poco a la terraza venían de muy lejos, como dedujo Ed de las conversaciones. Aparecían como emisarios, como representantes de los tres lugares de la isla y de sus hospedajes, llamados Hitthim, Dornbusch, Inselbar, Wieseneck, Haus am Hügel, Heiderose, Norderende, Süderende, Enddorn, etcétera, pero también llegaban socorristas, anilladores de aves o personal auxiliar del cine de la isla, esekás de toda índole. Ninguno de los que pertenecían a esa casta tan dispersa dejó de acercarse a la mesa que ocupaban ellos.

En todos los casos parecía habitual rozarse las mejillas, el saludo infantil. Ninguno se limitaba a insinuar ese movimiento ni a girar la cabeza a un lado, por lo que los esekás (sobre todo si eran de diferente altura) se veían obligados a estirar el cuello, a empujarse como para dar un beso que en el último instante, sin embargo, no se daba. Ed veía que Kruso aprovechaba esa cercanía para decir algo, un susurro, apenas una palabra, una frase. A veces una mirada recaía sobre Ed, que aunque empezó a sentir cierto orgullo, a la larga se descorazonó con ese escrutinio. Algunos de los esekás ponían bebidas o un paquete de comida sobre la mesa de ellos, acompañado de saludos y de buenos deseos. De acuerdo con las instrucciones casi invisibles de Kruso, el paquete pasaba por las mesas donde sus ocupantes lo abrían ansiosos y agradecidos y consumían al momento su contenido. Tienen hambre, por qué tienen tanta hambre, elucubraba Ed, claro, es el aire de aquí arriba, y probablemente tampoco tienen dinero, probablemente no tienen nada. A él mismo apenas le quedaban reservas, quizá veinte, quizá treinta marcos, pero el dinero no tenía ahora la menor importancia. Había encontrado una habitación, un cobijo en la isla: el milagro seguía surtiendo efecto, y pasara lo que pasase, había que brindar por ello.

Su mirada se dirigió al mar, trataba de quedar fija en una de las luces que pasaban a cámara lenta... No lo conseguía. Ed respiraba el dulzor de los cuerpos calientes de sol que tenía al lado, ¿pero qué iba a resultar de todo aquello? Los náufragos estaban apiñados unos con otros, las mesas abarrotadas; los brazos desnudos, las piernas desnudas, la piel del rostro tirante por el exceso de agua y viento y aquel sabor a sal en los labios: era una máscara agradable, además el pelo en tupidos mechones que acariciaban la nuca. Se tocaban unos a otros, inevitablemente, era lo natural... Sí, algo en ese sentido, pero Ed ya no estaba acostumbrado a que lo tocaran (desde entonces), trataba de imaginárselo, contenía entonces el aliento, llenaba la copa, seguía respirando. Trajeron más vino y más cerveza, bebida y comida, todo pertenecía a todos cuando ya se había logrado llegar hasta allí, a la terraza sobre el mar, al jardín del Klausner, a la mesa de los elegidos.

Algunos, medio en broma medio desafiantes, echaron mano a la botella que Kruso había colocado sobre la mesa; Ed reconoció ahora la etiqueta. Era Lindenblatt, un vino húngaro, que en el Klausner estaba reservado exclusivamente para la tripulación, presente en su totalidad, pero repartida por distintas mesas. Los camareros se habían quitado los trajes negros (al fin y al cabo

era día de descanso) y de paisano parecían más bajos, como encogidos y poco familiares o como alguien a quien uno había conocido antes, tiempo atrás. A la derecha de la entrada había una mesa ruidosa y obscena, presidida por el vendedor de helados. Lamentablemente estaba también allí la pequeña Monika. Parecía triste y poco a poco se volvió invisible. En la mesa de Rimbaud, a la izquierda de ellos, los libros pasaban de mano en mano, con tanto cuidado como si pudieran romperse tocándolos de modo inadecuado. No abrían realmente un libro, sólo curioseaban un poco en ellos al pasar las hojas, o palpaban las páginas con los dedos que antes se limpiaban y secaban en las camisas. Había uno que olía la encuadernación, con los ojos cerrados. Aquellos lectores causaban una impresión un poco ridícula, y Ed tampoco quería verlos, él sólo veía reservas que le amenazaban; en algún rincón de su nebulosa cabeza acechaba, insaciable, la fuerza de la memoria. Pero después de tomarse dos copas rápidamente ya se sentía atraído hacia ellos, hacia los lectores, porque aquellos lectores resplandecían. Rimbaud recitaba algo, con voz profunda, Cavallo ayudaba, luego discutieron los dos, pero una vez más su discusión parecía pura diversión. Rimbaud decía cosas ingeniosas, casi en verso, las frases cortadas, un extraño staccato, perfecto, sin faltas, aunque bebía mucho y sin interrupción. Le vibraban los bigotes, giraba despectivamente la cabeza, hablaba hacia un lado, escupía en la arena y enseñaba los dientes. Por un momento se parecía al hombre del libro, a la foto que había enseñado a Kruso, por encima de la pila, en el fregadero; los cristales ovales de sus gafas relampagueaban. Cavallo, cuya actuación era mucho más moderada, dijo: «Oh, quizá dentro de, digamos, quince años estarás...» El resto desapareció en el barullo. A Ed le gustaba la nariz de Cavallo, ligeramente aplastada por delante, era alto y, de los tres camareros del Klausner, con el que había tenido menos contacto. Cavallo había escrito una tesis doctoral que «fue rechazada, más que rechazada», «tema equivocado, contenido equivocado, probablemente todo equivocado», había comentado Kruso, y había explicado también el nombre latino: «Una curiosa afición a los caballos antiguos, quiero decir a la Antigüedad, ese chico *ama* la Antigüedad clásica y en especial los antiguos caballos de la antigua Roma, para resumir.» Ed opinaba que el propio Cavallo parecía un romano, con su perfil enérgicamente recortado, la frente alta, el cabello castaño, suavemente ondulado y su total inaccesibilidad; para Cavallo, Ed era aire.

En comparación con Rimbaud, Kruso daba más bien una impresión de timidez, casi de apocamiento. Había cruzado las piernas y se recostaba en su asiento, en la medida en que eso era posible en las sillas del jardín, cuya pintura blanca daba a la terraza un toque colonial. Ed observó que Kruso no pestañeaba jamás. En lugar de eso cerraba los ojos durante un segundo, como si escuchara una melodía. Cuando volvía a abrirlos, su párpado izquierdo se quedaba un momento a medio camino, antes de retornar asimismo a su posición inicial. Un detalle mágico que pertenecía al cuadro general de su superioridad. Sin duda alguna quien allí mandaba era él.

Ed bebía deprisa. ¿Cómo iba a continuar aquello? Uno podía emborracharse y olvidar al náufrago, podía ahogarse en vino a sí mismo y también al náufrago. Los náufragos parecían inocentes (olían a inocencia), eran como despojos del mar, madera limpiamente pulida y dorada por el sol. Ed pensó en Vosskamp, con los perros mensajeros, y comprendió lo que Kruso había opinado en el monólogo que sostuvo junto a los prismáticos, «... como si supieran que la isla y el mar tienen buenas intenciones con ellos y que están dispuestos a hacer una travesía, adondequiera que sea...». A lo mejor ya estaba borracho. Pero reconoció que tenían encanto, y también humildad, una disposición que todo lo abarcaba y que causaba bochorno, casi escándalo. Ed comprendía que él no pertenecía ni a ellos, los náufragos, ni al honorable gremio de los esekás. Pero ahora podía poner término a eso, sin duda aquella velada parecía hecha a propósito para ese

fin..., con su ayuda, pensó Ed y dirigió la mirada a Kruso, quien escanciaba vino blanco y hablaba en voz baja, con la cabeza baja..., frases que nadie comprende, le gorgoteaba a Ed en la garganta de modo inaudible.

Sí, él tenía dudas. Todo aquello era demasiado fantástico, poco serio, y él estaba demasiado nervioso. Por supuesto, podía marcharse otra vez de la isla. ¿O no? La terraza sobre la costa escarpada se convertía en una especie de cubierta de barco. La nave se apartaba despacio de la costa, navegaba despacio mar adentro, empezaba el viaje... En su mesa había cuatro mujeres y dos hombres. Contemplaban a Ed. Bueno. Él los miró a su vez. La mujer de pelo corto y con los brazos al aire, la mujer que tenía las manos delgadas y finas abiertas sobre la mesa (como si quisiera acariciarla o tranquilizarla), luego la mujer de enfrente, con el pie... ¿entre las piernas de él? No, imposible. Luego el hombre con rostro de Jesucristo y larga melena. Luego el otro hombre, San Pedro quizá, pero ahora parecía más bien el doctor Z. Luego las mujeres que estaban más lejos, mujeres mayores y más jóvenes, hombres mayores y más jóvenes, engalanados con bisutería de confección propia, con collares de perlas de madera y de macramé. Ed vio pulseras, cintas en torno a la frente tejidas con paja o ante, vio piedras agujereadas. Algunas mujeres llevaban amplios vestidos estampados en batik y otras los camisones de sus bisabuelas, conforme a la moda que imperaba desde hacía algún tiempo; vestiditos de fino algodón hasta la rodilla, y sobre los pechos que respiraban, encajes de Plauen teñidos de modo rudimentario en color lila, rojo vino o azul... Alguien hablaba con él, Kruso; fue ahora cuando lo notó Ed.

«Míralos bien, Ed. A ése o a ésa...»

Ed bajó la cabeza. Quería marcharse.

«Lo sé, Ed. Dentro de una o dos horas piensan en ello, entonces se sienten lo bastante fuertes. Y siempre hay alguno dispuesto a todo. Que le encuentre o no el foco reflector, es igual. No lo conseguirá, sólo tragará mucha, muchísima agua salada, en algún punto por ahí, en alta mar, muy lejos, y después será el final, y nadie estará allí, llega el último momento y está completamente solo: ¿qué ofensa, Ed, qué maldita ofensa es ésa, abandonado por todo y por todos?»

Ed estaba borracho. Notaba el abandono. Las conversaciones formaban una melodía, un ruido que subía y bajaba, limpiamente encajado en el fragor del mar. A lo mejor también era posible recostarse sin más, hundirse, desaparecer en el crepúsculo. Por el portillo entreabierto de los helados se oía música, un sonido metálico que parecía venir directamente de los cubos de hielo restregados y detestados por Ed, una canción de fascinante melancolía, una casete de Mike el Cocinero tal vez, era su radiocasete Stern, y había demasiado ruido en la terraza para entender nada. Alguien pasaba la mano por encima de la mesa con su juguete y murmuraba al mismo tiempo, primera marcha, segunda marcha, tercera, pensó Ed, pero era sólo Kruso hablando una vez más junto a su oído, empujando hacia él una copa, con un ademán interminable, tan despacio como el barco en el horizonte, la luz pau-sa-da, pau-sa-da, tarareó Ed al ritmo de la música. Aquel gesto con la copa era perfectamente ridículo, pero nadie reía, ahora todo iba en serio, se tomaban en serio lo de la copa y se lo tomaban en serio a él, y le miraban.

«¿Qué opinas, Ed? ¿Qué has elegido?», susurró Kruso, en voz tan baja que en la mesa seguro que nadie pudo oírlo, y Ed tampoco.

Agarró la copa, la levantó como si quisiera sopesar su contenido, luego la empujó hacia atrás. Al mismo tiempo tarareaba algo, y el automóvil se convirtió en un pequeño y renqueante tranvía rojo, sin cambio de marchas, sin frenos, sólo con manivela para la entrada de la corriente, y él era el conductor, estaba borracho... ¡pero era el conductor! En la larga recta anterior al recodo donde daba la vuelta empezó a preguntar. Primero en voz baja, luego en voz alta.

«¿Dónde está el... el... el, el, el...?»

Quería decir el freno, pero había olvidado la palabra, y por eso tenía que gritar.

«¿Dónde está ese ras-ras, ese ras-ras del que hay que tirar varias veces con fuerza, ¡maldita sea!?»

Su brazo derecho remaba en el aire, y el izquierdo quería quitar la corriente con la manivela, cortar y ras-ras, ras-ras... Ed se levantó de un salto, la copa cayó al suelo, el corazón dejó de latirle.

Luego silencio.

Parada final.

Todo el mundo abajo.

Mucha gente otra vez.

Ed veía ahora con claridad.

Casi habría llegado tarde. El doctor Z. ya estaba allí, y el seminario acababa de empezar. Sin atascarse una sola vez, recitó el poema de Georg Trakl «Los malditos», luego el poema «Salmo. Segunda versión». Luego el poema «Sonja», que siempre le había gustado mucho, y luego «En camino», un largo poema otra vez, pero la atención de todos probaba que era correcto haberlo incluido en ese punto de su recitación. Sin duda, podía saltarse algunos versos de vez en cuando, no le gustaba, pero al final quería también «Oh el vivir» y «La noche azul»...

Durante su recitación, Ed estaba de pie, como una estatua de piedra. Hablaba muy alto. Temblaba. Llegaba más gente, probablemente de las aulas contiguas, todos tenían la vista clavada en él. En medio de «Oh el vivir», el doctor Z., que ahora era Kruso, le cogió por el brazo. Hizo levantar a Ed de la mesa y lo llevó por la terraza, luego por el Klausner en penumbra, hasta el fregadero. Sin más ceremonias le metió la cabeza en la pila de lo más sucio. Ed se echó para atrás, quería evitarlo, pero Kruso tenía fuerza, su mano cerrada era inexorable. Ed pensó «tragar» y «abandonado de todo y de todos». El agua era como hielo sobre la cabeza.

Luego aquello terminó.

Kruso abrazó a Ed y dijo algo como «Gracias, amigo» y «Yo lo sabía». Lo empujó a la cocina por la puerta batiente, lo hizo sentar en un taburete debajo de la radio y empezó a buscar algún medicamento. Ed tenía frío. Viola tocaba a Haydn, un concierto, y Kruso hablaba con Ed. Ed comprendió que Kruso se refería a los poemas, tal vez una crítica de su recitación, pero no entendía si habría debido dejarlo o continuar recitando. «El cese de la señal horaria ha coincidido exactamente con las once en punto», dijo Viola, y durante un momento reinó un perfecto silencio.

En la habitación los golpeó el sofocante calor del día. Ed se hundió en la cama y cerró los ojos. Kruso había insistido en llevarlo también «a casa», pero ahora, cosa extraña, no se marchaba. Seguía de pie en la oscuridad y no se movía, después se sentó en el borde de la cama y sacó de debajo de la camisa una bolsita de ante. Rebuscó con cuidado en ella, tardó un poco en sacar lo que quería, luego se lo puso en la mano a Ed. Era una fotografía en una funda de plástico. Ed quiso sujetar el regalo ante su vista, pero Kruso puso rapidísimamente la mano encima, y así permanecieron un rato, una mano sobre otra.

«Es sólo para que puedas dormir ahora. Te la presto. Se queda aquí. Tendrá cuidado de ti, se ocupará de ti. Mírala mañana.»

La pequeña funda de plástico se calentó y se puso pegajosa entre sus manos desgastadas de fregar, o quizá ya se había calentado antes en la bolsa de Kruso, en el pecho de Kruso.

«Creo que aún tienes cosas que hacer..., ahí fuera», susurró Ed.

«Así que sólo para que puedas dormir», repitió Kruso, y colocó la foto sobre la mesa de noche.

Lindenblatt: antes de sumergirse en el sueño, Ed vio que Kruso pasaba varias veces el índice extendido sobre la etiqueta húmeda de la botella, donde estaba reproducido un paisaje húngaro, algo de la *Puszta*, algo de maleza, dos jinetes haciendo guardia.

Era un gesto cariñoso. Dónde señalaba el dedo mientras se refrescaba en el rocío de la botella: no lo sé, pensó Ed, no lo sé. De verdad, no tengo la menor idea. Lo único importante es que uno entienda los signos. Y luego qué.

EL GRIAL

Cuando Ed regresó de la playa, había a los pies de su cama un papel escrito a máquina: el despido, le atravesó como un rayo la cabeza, *finito*.

Era uno de los antiguos pliegos con membrete del Klausner, de los años treinta o cuarenta, que estaban apilados en el Agujero Negro, en el llamado archivo. «Hotel Zum Klausner. Monte y bosque. El número uno de la isla», leyó Ed; debajo, en historiados caracteres, se enumeraban algunos servicios, como «personal de la casa espera en el muelle» o «barco-correo diario». Debajo de unos árboles deformados por el viento, exageradamente estilizados, había tres palabras en letras mayúsculas: ALEXANDER DIMITRIJEWITSCH KRUSOWITSCH.

A Ed le resultó muy raro tener ante la vista el nombre completo, como si se tratara de otra persona mantenida en secreto por Kruso. Lo mismo que ocurría con el nombre, se acababa olvidando también que era «hijo de un ruso», como recalca de vez en cuando Mäcki, el cochero. «Tú también debes de ser ruso, ¿no?» había sido la pregunta después de haberle visto pelar cebollas varios días seguidos. Fue el comienzo de su primera y única conversación. Llevado de un súbito deseo de comunicación, causado por el aguardiente, Mäcki se quejaba del «ruso alemán» («pero qué cosas no habrá»), también del «desdichado ruso» y de su «hermana nadadora» («ésa nada sin parar, te digo»), un interminable galimatías. Y de pronto no era a Ed a quien hablaba sino a su caballo-oso, que le miraba tranquilo y lleno de comprensión. «Cierra el pico, viejo gruñón.»

Debajo del nombre, sin espacio intermedio y sin título, empezaba el poema: es decir, eso dedujo Ed, el «Poema de Kruso». Cada verso estaba como esparcido, cambiado de posición hacia la derecha o la izquierda, y, en el borde superior de las mayúsculas, las palabras estaban teñidas de rojo. Ed miraba fijamente el rojo, y el zumbido de la cabeza aumentó. No quería leer más poemas. Ed se había liberado de esa droga, al menos podía decir eso al cabo de veintiún días, serenos y despejados, ejerciendo de friegaplatos en la isla de Hiddensee.

Echó una ojeada al primer verso y lo supo al momento: él había recitado a Trakl. El día de la asignación había declamado a Trakl; se había puesto en ridículo. Ed se derrumbó poco a poco sobre el taburete de delante de su mesa que todavía despedía el desagradable olor del Agujero Negro. Hasta ese instante, la excitación había dejado en suspenso su memoria. De golpe, lo veía todo ante él: Kruso hablando, él bebiendo, la aparición del doctor Z.: Ed había fallado. Había recitado a Trakl. Con ello había eludido a los naufragos, a su figura necesitada de cariño y de ayuda, a su olor a sol y a madera flotante. Ed se agarró el sexo y lo apretó; fue una explosión.

Desde el Primero de Mayo de hacía más de un año no había tocado a nadie, ni siquiera había pensado en eso, estaba prohibido. Eso deshonoraba el cuerpo mutilado, hería a la malherida, tocaba sus heridas, y justamente allí penetraba él, y él sabía, como es natural, qué locura era eso, pero era imposible, sencillamente imposible...

Oscurecía ya cuando Kruso entró en su habitación, con cuidado pero sin vacilar realmente. Llamó equivocadamente a abrir la puerta, como si no necesitara su permiso, y Ed tampoco lo entendió así. Estaba sentado ante su mesa maloliente, apoyado con rigidez en el tablero demasiado bajo, donde también se encontraba la foto, al lado la agenda Hermès (preparada para recibir el apunte del día) y la poesía, iluminada por el cono de luz de la lámpara. Un rápido movimiento de dos o tres pasos y Kruso estaba sentado en su cama.

«Has trabajado.»

«Sólo he leído un poco.»

«Tú has trabajado y yo... otra vez he hecho las cosas mal.»

«Yo no diría eso», replicó Ed y colocó la mano junto al poema. Kruso guardó silencio, lo que desconcertó a Ed. Clavó la vista en los retorcidos árboles del mimbrote y en su intento, representado con exageración, de resistir a un viento huracanado que parecía soplar con fuerza desde el comienzo de las líneas.

El poema trataba de un general que se marchó, que hubo de abandonar a su familia en medio de una comida, probablemente un convite funerario. Al salir, la hebilla de su cinturón chocó contra una copa semivacia; el poema intentaba imitar el movimiento del general al levantarse de la mesa. En el lenguaje de Kruso, la copa era grande, una especie de santo Grial, si Ed lo entendía bien, y la hebilla del cinturón, correa metálica militar. El contacto del correa hizo vibrar el Grial y lo llenó de una música de despedida. Cada verso se dejaba llevar por esa música y era así, en cierto modo, su *perfecta expresión*. En lo demás la poesía le pareció a Ed artificial y anticuada, le molestaba su estilo grandilocuente, las palabras arcaizantes; estaba desagradablemente impresionado y desde el primer momento tuvo un sentimiento de rechazo. Lo formalmente perfecto tenía algo de grotesco, de ridículo, era de algún modo magnífico, pero malogrado. Hacia el final, el tema eran los dos hijos del general que quedaban allí, hermano y hermana, sin duda en íntima unión. Al final la imagen de la hermana se cernía como un icono sobre la escena. Sin duda el poema recordaba lo inexorable del poder (y así lo leerían: crítico con el sistema, peligroso, prohibido), pero al mismo tiempo estaba impregnado de una extraña melancolía que, en el sentir de Ed, expresaba lo contrario: una intensa nostalgia del general.

«Te envidio, Edgar, por la tranquilidad que tienes aquí, mientras que yo...»

Kruso se recostó y cruzó las piernas como si quisiera esperar con más comodidad al final de su frase. Su cuerpo grande y delgado, sus rasgos nítidos, de indio. Por el raballo del ojo Ed observaba el rostro de Kruso, en cualquier caso lo intentaba. Su pensar y su sentir estaban ocupados por la proximidad de Kruso hasta tal punto que no conseguía percibirlo de un modo real. El rey del Klausner (y quizá de toda la isla) le había puesto sobre la cama un poema propio, escrito a máquina.

Kruso respiró hondo y, de un modo tan prolijo que ya resultaba increíble, empezó a disculparse por no haber permanecido también en su cuarto. Sobre todo, para «terminar por fin el libro». En lugar de eso «había vagabundado una vez más como un estúpido». Entonces empezó a describir la vida nocturna de la isla, insustanciales anécdotas sobre fuegos de campamento prohibidos, sobre malas guitarras, sexo en las dunas con menores de edad que veraneaban con sus padres («demasiado protegidas, ya me entiendes») y sobre las diversas rivalidades amorosas entre esekás y turistas: una prosa singularmente tosca, que no casaba con el lenguaje, arcaizante pero selecto, casi aristocrático, del poema que Ed tenía allí delante, sobre la mesa.

La «animada vida de la isla» era la expresión que empleaba Kruso, en un tono de desprecio trabajosamente reprimido. Del «exagerado aire juvenil entrado en años de quienes trabajaban

como suplentes y temporeros» y su «estúpida verborrea sobre el mar y la dicha» pasó a su «ingenuidad e incapacidad para pensar ni un palmo por delante de sus narices». Clavó la vista en la puerta, como si un momento después quisiera lanzarse a la noche, a la playa, para llamar a capítulo a algunos «de esos cándidos», como los llamaba.

Perplejo, Ed tomó en la mano el poema y empezó a hacer varias breves preguntas cautelosas relativas al papel y a la máquina. Preguntas normales entre hombres habituados a servirse de la máquina de escribir. Kruso despertó de su diatriba y pidió disculpas por la cinta de máquina, que usaba sólo obligado por la necesidad («las cintas escasean, sabes...»), por eso determinadas letras llevaban «gorros ensangrentados». Ed describió a Kruso una técnica –complicada, eso había que admitirlo–, con la que era posible planchar las cintas estrechas de las máquinas de escribir portátiles y darles un ancho mayor. Kruso asintió. Se enumeraron mutuamente varias revistas apropiadas «para textos de esta índole», así lo había formulado Ed, periódicos del llamado *samizdat*, que desde hacía años surgían como hongos en las grandes ciudades.

«Quiero esperar un poco. Primero, terminar el libro», dijo Kruso. Al final quedaba claro que hasta entonces no había considerado en serio dar nada a la imprenta, y..., sí, que Ed, en efecto, era el primero al que revelaba algo de todo aquello.

«Lo que *primero* me ha llamado la atención...»

Ed estaba emocionado por la confianza que Kruso tenía en él, y aún no sabía en qué dirección iba realmente su comentario. Le pasaron por la cabeza varias frases huecas que se decían en los seminarios, las memeces sobre la extraordinaria musicalidad, el sonido único del Grial, etcétera.

«Me gustaría leerlo», le interrumpió Kruso.

Asió la hoja con ambas manos, cuidadosa y atentamente, como si fuese aún de un peso indeterminado. Irguió la espalda, cuadró los hombros, exactamente igual que si se dispusiera a llevar a cabo uno de sus trabajos del Klausner, con una concentración aparentemente absoluta, que expresaba un aprecio de las cosas y parecía apropiada para que un precario friegaplatos como Ed concibiera el mundo como una tarea concreta.

En voz baja y monótona, arrastrando un poco las palabras y al mismo tiempo acentuando de modo exagerado determinadas sílabas, leyó verso tras verso. Recitaba el poema con aquel extraño acento que Ed percibiera por última vez en el entierro del batracio. Al final de cada verso había una larga pausa, en el fondo demasiado larga, en la que no se oía más que el ruido del lejano oleaje, con tanta nitidez que Ed podía distinguir olas aisladas que chocaban contra la orilla, y también Kruso prestaba atención al oleaje al final del verso. Luego volvía a empezar pero sin acometer realmente la lectura; se veía que todo había quedado en suspenso, sostenido por la tensión de su torso ancho y veloso y fijado por la punta un poco saliente de su mentón.

Tres estrofas más adelante, Ed estaba fascinado por el hechizo de la recitación. La misma fuerza ejemplar que emanaba de la persona de Kruso cuando limpiaba los desagües o transportaba brazadas de madera flotante a la pila de la leña, atacaba y transformaba el poema, y al final era lo único posible: sí, el poema *cuadraba*. Cuadraba totalmente con la persona de Kruso, es decir, estaba dicho con *sus palabras*, tenía el *sonido propio*. Era el único poema posible.

El rechazo de Ed había quedado como borrado por el viento, sus reticencias, ridículas; era una sensación de perfecto alivio. Al momento sintió el deseo de dar a su vez algo de sí mismo. Empezó a hablar, pero se quedó parado de inmediato y enmudeció, mientras que Kruso estaba a su lado, meditabundo; su párpado derecho medio caído. Ed empezó otra vez, inseguro echó mano de

su agenda, que resultaba grotesca ya por su tamaño, inseguro sacó la funda con la foto, y finalmente, a su mutismo se le escapó la pregunta.

«¿Es tu hermana la de la foto?»

El párpado de Kruso volvió a su posición inicial. Miró fijamente la foto. La foto: en el primer momento, Ed había creído estar mirando a los ojos a G. Pero sólo se trataba de una semejanza en la mirada y en la actitud con la que la delgada muchacha, vestida con una elegancia grotesca, miraba al fotógrafo con la cabeza de rizos rubios inclinada ligeramente a un lado, y la sonrisa detenida en las comisuras de la boca. La funda de plástico estaba desgastada y el rostro que había debajo parecía envuelto en niebla. Ed distinguió las cejas horizontales, las mejillas aplanadas de Kruso, las mejillas de Kruso...

«¿Cómo se te ha ocurrido eso?»

«Por el poema; pensé que se trataba *de ella*... De ella y de ti, quizá, es decir... Es estupendo, de verdad, Losch.»

Por primera vez se había dirigido a Kruso por su diminutivo familiar, fue algo espontáneo.

Como Kruso no respondía, Ed tartamudeó algo como «Pero eso, por ejemplo, no lo sé aún...», y soltó una risa forzada. Kruso levantó la cabeza y, sin detener la mirada en él, contempló la noche, las piernas de ambos casi se rozaban. Ed estaba todo el tiempo sentado en el taburete delante de su mesa, a medio metro más de altura que su preciado visitante. Hablaba directamente a la pared, hablaba con los insectos aplastados en ella.

Se levantó viento, y un débil retumbar como de cañones lejanos se abrió paso sobre el acantilado. Kruso se levantó de un salto, y antes de que Ed lo comprendiera, le había agarrado por los hombros y lo inclinaba hacia atrás por encima de la mesa y por la ventana abierta: sí, había fallado, fallado completamente, y por tanto no quedaba otra posibilidad...

Kruso se había levantado, en efecto, y se había inclinado por la ventana, casi se inclinaba por encima de Ed, que tuvo que echarse a un lado para que Kruso no estuviera echado sobre él.

El olor de sus axilas: dulzón, como fermentado. Como vieja corteza de pino, reseca por el sol.

«Una patrullera.»

El rostro de Kruso estaba rígido y casi blanco a la luz de la lámpara.

«Sobresale mucho del agua.»

Como si tal hecho significara algo, Kruso agarró el poema y fue hacia la puerta.

«Gracias por lo de ayer, Ed, me refiero a tu recitación. Quería preguntarte si podrías prestarme el libro.»

Como si alguien hubiera hablado en sueños.

«El libro... por desgracia no lo tengo aquí.»

«De verdad me alegraría mucho si pudieras escribirme algo de eso, es decir: quiero pedirte que lo hagas. ¿Quizá esos tres o cuatro poemas de ayer?»

Y diciendo eso, Kruso salió de su cuarto, casi sin moverse. Las últimas palabras habían borrado su figura.

«De acuerdo, Losch», murmuró Ed.

Era poco antes de medianoche. En el pasillo había empezado el ir y venir. Ed seguía con la foto en la mano.

KAMIKAZE

7 DE JULIO

Mi trabajo marcha bien, si se exceptúa a René. Rimbaud nos ha puesto más libros en el nido. ¡Y Cavallo ha hablado conmigo sobre Roma! Como si él hubiera estado allí. Gracias a Losch yo ya no tengo que ir a las asignaciones. Me ha presentado a uno de los guerreros de la isla, salía en ese momento del Agujero Negro, con el casco de acero lleno de cerveza. Kruso lo llama el «buen soldado». Era el que estaba desnudo en la playa. Lo reconocí al momento, pero por supuesto no dije nada. Rick asegura haber visto una luna verde desde la barra. Ahora le ayudo muchas veces con los barriles del sótano. Es el único que sabe manejar el taladrador y abrir la espita. Me gusta estar allí abajo. A las 8 controlo la temperatura de la caldera (80 grados es lo ideal), y hacia las 11 vuelvo a reponer. Ayer olas gigantescas.

Como Ed no escribía con regularidad, algunos apuntes los redactaba ocupando el espacio de varios días. Sin duda, el conjunto era sucinto como el acta de una sesión, pero eso era lo que él quería. Un escrito sumario sobre su llegada y sobre cómo poco a poco se había convertido en parte de la tripulación. ¿Y ahora? Sobre cómo lograba –iba a lograr– tener un amigo.

Con la enorme agenda bajo el brazo y un jabón nuevo envuelto en su toalla, Ed guardaba el equilibrio sobre las piedras, a lo largo de la playa. Desde hacía varios días iba a ver a su zorro cada tarde libre. Sí, claro, eso era... Una fría ola remojó su pie derecho y le cortó el hilo de sus pensamientos. Ed se echó a reír. Quizá era la primera vez desde que estaba en la isla... O quizá la primera vez *desde entonces*. Había alcanzado una disposición de ánimo en la que esa división del mundo, basada en distinciones como «vivo/sin vida» o «dotado de habla/mudo», perdía su sentido. Algo se convierte en ser a través de la proximidad. El nuevo amigo entra en la habitación como a través de un espejo. Ed no sabía exactamente lo que podía hacer con esa frase, pensar le resultaba difícil tan cerca del mar. Uno perdía sus fronteras y renunciaba. Renunciar, confiarse a otro, pensó Ed: uno se abre y pasa a formar parte de ello.

Comoquiera que fuese, era su zorro.

Llegado a la madriguera del zorro, lo primero fue lavarse y quitarse de la piel la grasa del Klausner. En un punto en el que había arena entre las piedras, se metió en el agua, el borde frío le rodeó los pies: el mejor momento. Luego permaneció de pie metido hasta las rodillas en las olas, que avanzaban perezosas por la cala. Se enjabonó, se zambulló y nadó un trecho mar adentro. Había colgado sus cosas en las ramas de un árbol arrancado de raíz que había caído por el acantilado. Toda la ensenada estaba cubierta de esos esqueletos. Con sus extrañas contorsiones prestaban a la playa la atmósfera de un campo de batalla abandonado. Algunos ya habían llegado al agua, pelados y relucientes como esqueletos en el desierto. Muchos seguían echando hojas, sus raíces colgaban al aire, y pese a ello lograban mantener de algún modo su existencia vegetal, no en su totalidad, pero en algunas de sus ramas. Ed miraba asombrado ese combate.

«¡Buenas tardes, viejo!»

Una vez que se había tumbado en la arena y se secaba al sol, empezó la conversación. Primero trataban de cosas sencillas, de platos rotos, de extraños clientes, de apariciones extáticas de Rimbaud en el fregadero. Luego, de las charlas de Kruso, del poema de Kruso. Luego, de René. Su zorro le aconsejaba prudencia. Estúpido, pero peligroso. Ed le dio la razón. Abrió su agenda y la apoyó en una piedra.

«Bueno, mi viejo. ¿Dónde te has metido?»

Un zumbido húmedo voló hasta su cara. Ed se tambaleó hacia atrás, escupió, un insecto verde dorado que con la rapidez del rayo aplastó en la arena. Sin vacilar se acercó de nuevo a la madriguera. Con varios rápidos movimientos de mano liberó la piel de su compañero. Entretanto

ya se había puesto completamente gris y el cuerpo estaba como aplanado, como si quisiera desaparecer en el barro. Los ojos estaban vacíos en la piel deshinchada, pero las orejas aún estaban levantadas y el oído enmarcado por una corona de finos flecos blancos.

«Bueno, viejo, viejo diablillo», repitió Ed apretando los labios. Luego habló muy deprisa, casi atropelladamente: «Sabes, primero viene el tranvía, pero no quiero empezar siempre con el tranvía, al fin y al cabo yo no estaba presente, nunca habré estado presente, allí en la parada, pero alguien dice que ellos gritaron durante un buen rato cuidado, atención, cuidado, lo que sea, qué van a gritar a través de las vías, y otro dice que estaba tendida debajo del vagón, hasta el vientre, entiendes, hasta el vientre, las piernas desnudas sobresaliendo, ya hacía mucho calor a principios de mayo, pero sin ninguna herida, ni siquiera se le había subido la falda corta que llevaba, las piernas desnudas, pero otro dice que alguien se la bajó, viejo diablillo, le bajó la falda, y luego estaba tumbada allí sin más como quien está reparando el coche...»

Era suficiente. Las reservas zumbaban, Trakl entró en escena, su figura campesina, su rostro grande e infantil. Ed cayó hacia atrás, en la arena, agarró la agenda y escribió. Los versos, uno tras otro, martilleaban al salir del compendio fragoroso de su cabeza, metáforas que se encastraban como barricadas, caballos de Frisia y versos que, cual ejército invasor, marchaban por el desierto de su trauma, pura guerra. Por la noche, en la habitación, pasaba sus garabatos a limpio, a mano sobre papel cuadriculado. Por la mañana, antes de bajar a la caldera, metía las hojas por debajo de la puerta de Kruso.

Era una especie de kamikaze. Él tenía algo indigno y se avergonzaba de eso. Apilaba cuidadosamente briquetas en el fuego. Es lo único que me ha pedido, pensaba Ed, lo único que puedo hacer *yo por él*. Prestaba oídos al estallido de las astillas, la humedad se evaporaba con un silbido.

Kruso llegó hacia las diez y se marchó a más tardar media hora antes de medianoche. No llevaba reloj, pero era siempre esa hora. Nada podía inducirle a quedarse más tiempo. Cogió su poema y dio las buenas noches a Ed.

«Tu mesa es muy baja.»

«Creo que el taburete es muy alto.»

«Que duermas bien, Ed.»

«Buenas noches, Losch.»

Mejilla con mejilla. El saludo habitual.

Cuando tenía tres años, Ed creía que besar significaba rozarse con las mejillas. Quizá fuese ése su primer recuerdo: el olor a tabaco de su padre. La chaqueta de punto negra y amarilla, que era enorme. Apretaba la mejilla contra la de su padre, trepaba del brazo de su padre por el hombro hasta esa mejilla. Era la meta, el lugar del más entrañable cariño.

UNA ESPECIE DE PEQUEÑO CENADOR

Silencioso cual fantasma, Kruso avanzaba como flotando delante de él. A Ed le costaba un esfuerzo seguirle el paso. Su camino llevaba a través de un terreno pantanoso a una boscosidad de gran altura y de plateado brillo, que las indicaciones del camino calificaban de reserva ornitológica. Aquellas aves que batiendo frenéticamente las alas bajaban en picado asustaban a Ed; percibía el ruido con demasiada claridad, como si sus frágiles esqueletos se quebraran entre

las ramas. Le habría gustado aconsejar a los pájaros que volaran más despacio, porque no había nadie por allí que quisiera hacerles nada malo, «realmente nadie», susurró Ed, tras lo cual Kruso volvió por primera vez la cabeza para mirarlo.

Después de todo lo que había pasado, habría sido impensable no aceptar la invitación de Losch (Losch, él pensaba ahora en él como *Losch*) a su cabaña de verano, a la que a veces llamaba «especie de pequeño cenador» o también «nuestro puesto exterior». Ed veía en ello otra prueba de confianza y un premio por el esfuerzo que hacía delante de la cueva de su zorro.

Kruso llevaba una camiseta negra con las mangas cortadas y un macuto de cazador a la espalda. Ed llevaba una camisa de manga corta a cuadros y por primera vez su pantalón claro de hilo. El pantalón, a decir verdad, era muy ancho y ondeaba con fuerza en torno a las piernas. Le recordaba los pantalones de los marineros del *Bounty*, los pantalones de Wolf Larsen y de Van Weyden por ejemplo.

De hecho, se tropezaban continuamente en la maleza con cadáveres de pájaros y con toda clase de plumajes, que colgaban como sueltos y muy dispersos en las ramas. Era evidente que las aves habían perdido la vida luchando. Encontraron un pico, sin cabeza, y patas mordidas, que estaban separadas en el suelo y como perdidas, como si esperasen a continuar andando. «El zorro Reinecke, la pequeña fiera. Las agarra en pleno sueño, cuando la cabeza todavía está debajo del ala», explicó Kruso. «Pero hace unas semanas que ha desaparecido, retoños quizá, pequeños y jóvenes ladrones furtivos.» Con un solo movimiento de su navaja, Kruso cortó el pie del cadáver, sacó de la pata el anillo y lo puso a la luz. «¡Esto es mercancía de primera, Ed, de lo mejor!»

El camino de arena se convirtió en una jungla. Había ortigas que llegaban hasta la cara, espinos amarillos cubrían con una bóveda el sendero, después saúcos y cañaverales. Las cañas parecían suaves, pero pinchaban y a menudo se clavaban en los brazos. Sin comentarios, Kruso saltó una alambrada de espino que cerraba el paso. Como a una voz de mando se desembarazó del macuto, se apoyó en el suelo sobre las manos y avanzó cuerpo a tierra hasta meterse en un espeso matorral.

El matorral estaba hueco por dentro y acolchado con juncos que despedían un olor a podrido. Por un momento Ed tuvo ante la vista las madrigueras excavadas en la tierra de su infancia, las madrigueras de Charlottenburg en las que hacían fuego con cerillas robadas y casi se ahogaban con el humo. «El puesto exterior en el fondo está pensado para una sola persona», explicó Kruso. Ambos tenían la piel impregnada de los vapores del Klausner. Ahumados, pensó Ed, estamos ahumados... Ed pensaba en las palabras de Kruso, y pensaba también con el sonido de su voz, si eso era posible. Lo cierto es que estaban tumbados muy pegados el uno al otro. Debido a las espinas del ramaje que los rodeaba, apenas podían separarse.

Por un hueco entre la maleza podían abarcar con la vista una amplia zona de la playa. Kruso contempló largo tiempo la superficie del agua, lisa como un espejo; durante todo ese tiempo, su comportamiento había sido casi militar, por lo que Ed prefería evitar romper el silencio. Cuando seguía a Kruso, la pregunta *¿Por qué?* ni siquiera se le ocurría. Nadie de los que pertenecían realmente a la isla necesitaba un porqué.

De un cajón escondido en los juncos, Kruso sacó un pequeño recipiente de comida cerrado con abrazaderas de metal. Metió la mano y le pasó dos rebanadas de pan, una tajada de escalope y... una cebolla. Por un momento miró a Ed a los ojos, luego le metió entre el pan dos hojas de una hierba. Todo estaba frío y asombrosamente reciente. Mientras comían, Ed sintió gran satisfacción y tranquilidad. Losch apartó unas ramas y le enseñó con orgullo una pequeña lámpara de petróleo. Luego metió el brazo en la maleza y sacó un estuche que, además de plumas y trocitos de ámbar, contenía varios pendientes de confección propia... y una tijera de uñas.

«Con la mano izquierda nunca he podido, por mucho que lo he intentado, simplemente no soy capaz.» Indeciso, Ed asió la mano que Losch le tendía, luego un dedo tras otro.

«Antes lo hacía mi madre, después mi hermana.»

Las amplias medias lunas blanqueadas por el agua de fregar cayeron entre los juncos. Ed pensaba en G., otra vez eran los pequeños y descuidados esparadrapos alrededor de sus uñas y las yemas de los dedos que sobresalían como seres diminutos, cegados por la vida, tan preciosos que él quería besarlos.

Contemplaron el mar durante una hora o más, sin decir palabra. Ed lo interpretó como un test, como una prueba. Y sí, tenía esa paz, absolutamente. Era apto en todos los aspectos. Medio se preguntó por qué Losch guardaba su tijera de las uñas en aquel apartado bosquecillo. Seguramente posee varias tijeras, pensó Ed, en cada puesto exterior dispone de una. Poco a poco atardecía en el pequeño cenador.

Entretanto, los hombres del billar con las gafas fotosensibles habían estirado la piel del camello hasta tal punto que ya no se podía distinguir el final del campo de juego; la cabeza del animal tenía que estar en alguna parte, probablemente debajo del campo. De algún modo el camello se había transformado de nuevo en el desierto del que había venido. Sobre las dunas soplaba el viento. Ed oyó el sonido y despertó.

En voz muy baja pero directamente en su oído, Losch había empezado a hablar, por lo que en un primer momento Ed fue víctima de una ilusión: durante un breve instante había creído que la voz de Kruso salía de él mismo.

«En tiempos pasados, cuando cerraron el monasterio», murmuraba Kruso, «a muchos de los monjes les resultó imposible abandonar la isla. No se trataba para ellos de un asunto de fe o de confesión religiosa, muchos se convirtieron incluso. Se trataba de la libertad que siempre fue inherente a las cosas de aquí, que siempre estaba en el aire, el viejo secreto de la isla. La libertad nos atrae, Ed, y ella se busca sus ayudantes. En el fondo aquellos monjes no tenían opción, una paradoja, pero eso ocurre con la libertad. Iban de casa en casa, como monjes mendicantes, necesitados de limosnas y de un techo sobre la cabeza. Primero se trata siempre sólo de eso: un plato de sopa, un sitio donde dormir, un poco de agua para lavarse quizá. Esos monjes estaban dispuestos a renunciar a su lugar en la orden, eran automarginados, náufragos, gentes sin techo: estaban dispuestos a renunciar a todo aquello sólo para estar *aquí*, ¿comprendes?»

«De niño tuve un árbol de la verdad», replicó Ed ladeando un poco la cabeza. En el acaloramiento de su discurso, la lengua de Kruso había rozado el lóbulo de la oreja de Ed, sin darse cuenta.

«Esta maleza, quiero decir, tu cabaña de verano, este puesto de guardia exterior, me trae eso a la memoria, quizá sólo por las hojas, por el rumor del follaje.» Ed se paró un momento, el lóbulo de la oreja se le enfrió.

«Era un árbol con un mirador arriba, para cazadores, en medio de un calvero. Años atrás había habido un incendio en el bosque y así se había formado el calvero. Si te asomabas mucho por la ventana de nuestro piso podías ver el fuego, luego durante días, humo, del que finalmente surgió el árbol solitario; sobrevivió como de milagro. El bosque está al otro lado del valle del Elster, en la falda de un monte que se alza junto al río. En las vacaciones, mi amigo Hagen –sí, sí, se llamaba así de verdad, era su nombre, sencillamente–, bueno, pues Hagen llegó en algún momento a nuestra clase, tenía que repetir curso, ya no sé por qué, en cualquier caso durante ese año se convirtió en mi mejor amigo. En aquel entonces yo tenía siempre un mejor amigo, es decir,

ninguno más. Primero Torsten Schnöckel, luego Thomas Schmalz, luego Hagen Jenktner y luego Steffen Eismann...»

A Ed le sorprendía lo fácil que le resultaba hablar de esas cosas delante de Kruso. Pensó en cuánto tiempo llevaba sin tener un mejor amigo, alguien que le hubiera ofrecido su ayuda y en el que hubiera podido buscar refugio después de lo que pasó.

«Así que en las vacaciones de verano vagabundeábamos a menudo por el bosque, y en algún momento tropezamos con aquel calvero y con el árbol. Y, claro, trepamos a lo alto, y arriba, cuando haraganeábamos y mirábamos a lo lejos, ocurrió algo con nosotros, tal vez debido a lo apartado de aquella zona completamente quemada o porque el árbol se había vuelto inmortal en el fuego y el rumor de sus hojas pudo hacer algo con nosotros, quién sabe. Así pues, alrededor todo estaba carbonizado y, comoquiera que fuese, de pronto empezamos a contarnos *la verdad*. No tengo idea de quién empezó. Yo confesé a Hagen mi amor por Heike; desde el primer curso adoraba a Heike Burgold, pero nunca había osado decírselo a nadie, menos aún a ella misma. Ella nunca lo supo, tampoco posteriormente, o sea, nunca. Hagen a su vez me habló de sus fantasías, así, sin más, quiero decir que yo tenía trece años y él catorce, y él hablaba sobre sexo sin reírse. Siempre he considerado a mis mejores amigos más fuertes que yo, siempre he estado dispuesto a aprender de ellos, pero aquello era superior a todo. Hagen tenía un calendario con artistas en su cuarto, con auténticas fotografías en color. Una de las fotos presentaba a Claudia Cardinale en *Hasta que llegó su hora*. Hagen me describió cómo eran, con todo detalle, sus cabellos, su nariz, sus orejas, el arranque de sus pechos, pero sobre todo sus labios, que estaban ligeramente abiertos, sus dientes increíblemente blancos, y luego se agarró, pero más como si tuviera que sujetarse en algún sitio mientras decía algo como...»

Kruso le tapó la boca a Ed con una mano y al hacerlo le apretó dolorosamente la nariz. Dos soldados venían por la playa. Uno metió la mano en un matorral de espino amarillo y sacó un auricular telefónico de entre las ramas. En un primer momento Ed creyó que el soldado hablaba por teléfono con la maleza.

«Sin novedad», susurró Kruso. Los soldados se sentaron y fumaron. Las bocas de las armas sobresalían por encima de los hombros, finamente perfiladas por la última luz del día.

Al cabo de un ratito, Kruso empezó a moverse, con cautela. Que al mismo tiempo había sacado una botella del macuto, Ed lo había visto o percibido en la oscuridad. Pero el salto, el tomar impulso, el brillo entre las ramas: ¿cómo podía haber visto *eso* él?

Los soldados se movieron como electrizados de un lado a otro, uno se arrancó el arma del hombro.

«¡Alto! ¿Quién anda ahí?»

Su grito había sido más bien un graznido, un sonido angustioso y asustado.

«¡Alto ahí o disparo!»

«¡Disparo!»

Ahora era un grito de furia. Furia por el estruendo de una granada de vidrio, furia por el susto, por el miedo tal vez. El soldado avanzaba a paso rápido hacia la maleza donde estaban ellos y apuntaba con el arma, antes de que el otro le diera alcance y se la quitará de un tirón.

«Un recluta, un imberbe, un puto principiante», dijo Kruso con voz apagada, todavía sin aliento, sin embargo su voz sonó tranquila, como si comentara un experimento.

«¡Heiko, por Dios, Heiko!», repetía sin cesar el segundo soldado, al tiempo que acariciaba la ametralladora de su compañero, que ahora le apuntaba a él directamente. Empezando por el cañón, fue tanteando a través de la mano izquierda hasta la mano derecha y al mismo tiempo torció

despacio el arma hacia un lado. Con un movimiento cuidadoso, casi cariñoso, levantó finalmente el dedo del gatillo.

«¡Por Dios, Heiko!»

El mar era ahora una lona que crujía levemente. Un poco de claro de luna perfilaba lo ocurrido, todo sin música, sólo con el suave balanceo del mar. Esporádicamente, el chillido estridente de un pájaro cruzaba la noche.

«Qué fácil es hacerles perder los nervios», susurró Kruso, «qué condenadamente fácil. Todo el sistema consta exclusivamente de hombres, Ed. Quiero decir que esos de ahí somos *nosotros*, pero antes, nosotros *antes de* la libertad, ¿entiendes?»

Una pesadilla, pensó Ed. Le dolía la cabeza y notaba un sabor metálico en la boca. El soldado llamado Heiko seguía allí, como petrificado a medio camino del bosquecillo donde estaban ellos. El otro le puso el arma sobre el hombro y le agarró con ambas manos por el cuello. Heiko. Luego bajó a paso rápido por la pedregosa costa. Al cabo de unos segundos el soldado salió de su inmovilidad y empezó a trotar, con un paso indeciso, como si tuviera los pies atados, su casco de acero chocaba contra el correaje. Durante un rato siguieron oyendo el sonido sordo, metálico.

EL MAPA DE LA VERDAD

9 DE JULIO

Batida con Kruso y otros esekás, sin armas, sólo con cazuelas y estacas. Después ha habido luciopercas para todos, asadas en la playa, con ajo y salsa de espinos amarillo. El pez aún vivía. Hay que meterle el dedo en los ojos para que no muerda, dice Mike el Cocinero. Rimbaud y el matrimonio de la barra entonaron cantos guerreros, por el monte, por la estepa avanzaba... Rick con sus historias. Dice que la gente como Gerhart Hauptmann ha abusado de la isla. Karola ha curado la quemadura de sol de Cavallo con requesón. Es la curandera de aquí, una guapa bruja herbolaria. Todos los días nos trae una infusión recién hecha al fregadero, y ayer estaba de pronto detrás de mí. Luego el hielo y las puntas de sus dedos, junto a la columna vertebral, para arriba y para abajo: una especie de masaje con cubitos de hielo, bueno contra mis dolores de espalda; ¡era fantástico! Desde que hace tanto calor, tenemos aún más cucarachas en la casa. Cada mañana liquido a cuatro o cinco, a veces más.

En la playa de los camareros se juntaban con otros esekás: Tille, Spurtefix, Sylke, muy alta y con la piel cubierta de pecas, Antilopé, la novia de Rimbaud, o Santiago, del Inselbar, con quien Kruso parecía tener una buena amistad. Por lo general estaban todos desnudos. Ed lo había notado ya en el entierro del batracio: una proximidad casi fraternal nacida de esa desnudez natural que no tenía un motivo concreto. Algo que Ed nunca había experimentado, una familiaridad especial que así los hombres llegaban a tener entre ellos, cierta intimidad desenvuelta: una intimidad entre colegas, si es que existía eso. Como si la desnudez fuera en realidad un sello, una especie de recompensa, pensó Ed, por la vergüenza superada en común; en cualquier caso, no una desvergüenza. La vergüenza quedaba intacta, en lo más interior de la alianza, y así se podía entender el saludo de los esekás (juntar las mejillas) mucho mejor. Fue lo primero que Ed entendió realmente sobre la casta insular y sobre la solidaridad de sus círculos dispersos por toda la isla.

Al final de su correría Kruso había propuesto hacer una rápida visita al Schwedenhagen, «a mi

casa», como dijo en tono despectivo. Hasta entonces, Ed no había pensado que también para Kruso tenía que haber otro hogar distinto del Klausner.

De la carretera con placas de blindaje salía una senda en dirección al *bodden*. En una de las morrenas había un edificio claro, de dos plantas, casi completamente oculto por álamos. La colina, la casa y los árboles, desde lejos parecidos a los cipreses, recordaban a Ed paisajes meridionales de las pinacotecas.

Instituto de Radiación: el letrero colgaba torcido detrás de la alambrada de tela metálica que había junto a la entrada; apenas tenía color, sólo quedaban las letras, o alguien se había tomado el trabajo de dibujarlas otra vez. Kruso pasó junto a la gran puerta de entrada. A los pocos metros se apoyó en el suelo sobre las manos, a su manera semimilitar y avanzó así por debajo del vallado. Llegaron delante de un edificio alto y estrecho de ladrillo, cuya mitad inferior estaba recubierta, como para protegerlo, por un montículo de tierra cubierto de hierba. Con su puerta de acero y el letrero con la calavera, recordaba los antiguos transformadores, sólo faltaban los cables.

«Es la torre», explicó Kruso.

No había ventanas, pero por todas partes colgaban mantas que tapaban algo y que despedían un olor seco y dulzón a lana vieja. Pasos de Kruso por una escalerilla metálica, después reinó el silencio. Ed respiraba polvo y sus pituitarias se hincharon. Despacio se abrió camino por el laberinto de lana, pero no encontró la subida. «¡No es tan fácil!», gritó Kruso desde arriba, parecía que eso le alegraba mucho.

La habitación escondida en la torre recordaba la habitación de un adolescente. La bombilla desnuda que colgaba del techo de un cable iluminaba débilmente un puzle de fotos, textos y dibujos, entremedias un póster del Che Guevara y el prospecto polvoriento de una camioneta Volvo marrón metalizado. Todas las fotos estaban salpicadas de pequeñas manchas negras, como si padecieran alguna enfermedad; Ed tuvo la impresión de que se ahogaba. Kruso sacó varias piedras de la pared y la habitación quedó inundada de aire fresco salino. Al mismo tiempo, algo se movía en el rincón de enfrente, donde había una cama y un armario. Probablemente un gato, pensó Ed. Esparcidos por el suelo había sacos de dormir y prendas de vestir.

A la derecha de la apertura al exterior, semejante a una aspillera, colgaba un gran dibujo infantil. El grueso papel, quizá el reverso de un papel pintado, estaba abarquillado y sujeto a la pared con pequeñas chinchetas clavadas en las juntas. Kruso tiró del cable de la bombilla y lo puso delante del dibujo, sujetándolo en un alambre que colgaba del techo.

El dibujo constaba de tres capas de color superpuestas. Aguadas inexpresivas e insípidas que al momento recordaron a Ed las aburridas cajas de pinturas de su época escolar, aquellos colores ya medio petrificados que había que remover largo tiempo trabajosamente hasta que se perdían los nervios y se aplastaba una y otra vez el pincel (siempre había pocos pinceles, a menudo sólo uno con el que se podía trabajar de verdad) contra las piedras redondas y multicolores que recibían el nombre de paletas, con lo que la herramienta artística solía quedar inutilizada. A lo largo de toda la infancia una lucha con malos materiales, con sustancias rancias, una lucha renegando y protestando y sin embargo en perfecta inocencia. En aquella edad temprana, a Ed nunca se le habría ocurrido pensar que lo malo no era él, que el problema no era él. ¿Quién, si no, iba a tener la culpa de toda aquella desdicha?

«Éste es el único mapa verdadero de nuestro mundo, Ed, el *mapa de la verdad*, como tú lo llamarías seguramente.»

Kruso lo miró. Hizo una pausa significativa y dio a Ed, que todo el tiempo había permanecido inmóvil en la habitación, la oportunidad de contemplar más de cerca el papel. Estaba lleno de

manchas de agua y de cercos, quizá una puesta de sol estilizada, pensó Ed, una especie de expresionismo a lo Hiddensee. Sobre la superficie negra había otra de color rojo y sobre ésta una amarilla, amarilla-roja-negra, y sólo entonces reconoció Ed la imagen de la bandera invertida. Un leve crujido: Kruso tenía una botella en las manos. Muy despacio y casi de manera solemne desenroscó el tapón. Ed reconoció la marca barata que, por su etiqueta azul, llamaban Blauer Würger.

Además de los tres colores había líneas, líneas muy finas, que en parte coincidían exactamente con las manchas de humedad, y pronto descubrió Ed las fronteras del país: el contorno de Rügen, de Usedom, el Darss y muy fina, casi invisible, la delicada figura de su propia isla, el caballito de mar con la boca aleteante. Con la húmeda cabeza girada hacia levante, el animalito se mantenía derecho, mitad en negro, mitad en rojo. Ahora resultaba fácil encontrar arriba, en amarillo, los contornos de los reinos de Dinamarca y de Suecia. El rojo que había entre las costas del sur y las del norte estaba cubierto de un fino entramado de rayas que remitían a conexiones geométricas apenas reconocibles: líneas continuas y discontinuas que se entrecruzaban con delirante desorden. El conjunto era semejante a los modelos para labores de punto o a los patrones de corte y confección que Ed había visto una vez de niño en la mesa del cuarto de su tía. Al principio aquello era imposible de entender: cómo era posible que su tía tuviera algo que ver con dibujos así, tan en clave y como si fueran proyectos secretos...

Kruso se aclaró la garganta. Ed tuvo que respirar hondo para separar su mirada del mapa. Sentía la botella en el brazo, estaba fría y quería cogerla como obedeciendo a un gesto automático entre compañeros de bebida, pero Kruso la mantenía agarrada y le miró a los ojos.

«Ahora, escúchame bien, Ed.»

Con aquella expresión de sagrada gravedad que acompañaba todas sus enseñanzas, le apretó a Ed la botella contra el pecho y señaló la cama que estaba junto a la pared. El Würger disolvió la sensación de polvo que tenía Ed en la boca, y por alguna razón también podía reconocer ahora desde la cama las líneas de la bandera.

Kruso miró el mapa, luego a Ed. Luego se acercó de nuevo a él y le quitó la botella.

«En esta isla», Kruso señaló Hiddensee, asintió un par de veces y sacudió al mismo tiempo la cabeza, lo que produjo una especie de giro de su cabeza, «quiero decir, en este país», recorrió la zona ennegrecida por su dibujo con el fondo de la botella, que dejó oír al mismo tiempo un claro y alegre gorgoteo, «no hay ni un solo mapa real. En este país, amigo mío, no sólo se desplazan continuamente ríos, calles y montes, hasta que nadie sabe ya dónde está su casa, no, también se mueven las costas, hacia delante y hacia atrás, vagan como olas...»

«¡Nada de reproches!», vociferó Kruso levantando la botella. «Los he tenido a todos aquí, a topógrafos, agrimensores, incluso cartógrafos, personas todas ellas con acceso a secretos de estado..., los he tenido aquí, entre los náufragos y los parias... He leído sus informes, Ed, informes que te ponen los pelos de punta.» Tomó un trago y se pasó el dorso de la mano por los labios.

«Es la distancia la que nunca es correcta, la extensión falsificada del mar, distancia falsificada, horizonte falso. De costa a costa», Kruso señaló con el cuello de la botella primero la zona negra y luego la amarilla y se saltó la extensión en rojo del mar, «¡no hay nunca una distancia *tan grande!* Si esos mapas fueran correctos, querido Ed, jamás en tu vida habrías visto Møn desde tu bonita habitación de la buhardilla, la silenciosa roca cretácea del otro lado, el brillo blanco como la inocencia cuando estás sentado en tu cama por la mañana y te preguntas qué estás haciendo aquí, qué te ocurre en el fondo aquí, por qué has venido a parar aquí...»

«Nada de por qué», protestó Ed, pero ahora Kruso le alargaba la botella con expresión de pura

bondad.

«Este mapa, amigo, es verdadero, tan cierto como el evangelio, amén.»

Ed bebió y devolvió la botella.

«Møn, los acantilados de Møn, Gedser...» Kruso se perdía en el recuento de lugares que sólo estaban marcados como crucecitas o números diminutos.

«¿Pero qué pasa con las líneas?» Ed trataba de ignorar la ofensa. En la playa de los camareros ya había oído muchos de los relatos más extraños. Un hombre de Plauen, cabeza de distrito, había puesto delante de la puerta de su casa una bandera auténtica con el símbolo del martillo, el compás y la corona de espigas, por lo que lo sacaron de la isla y lo metieron en prisión, durante años, al parecer... ¿Pero qué era un felpudo frente al mapa de la verdad?

«¿Qué significan esas líneas, Losch? ¿Esa especie de plantilla en rojo que hay entre las costas?», repitió Ed.

«Son los trayectos de los muertos.»

La respuesta de Kruso llegó como de muy lejos. Estaba ensimismado en su dibujo.

«Son sus trayectos por el mar.»

Kruso apretó la mano contra el papel, en un punto que ya estaba desgastado y rajado, como si quisiera tapar allí una herida.

«Primero, todavía nadan. O reman un poco. O están metidos en diminutas máquinas de inmersión, o están colgados de motores que los arrastran a través del oleaje. Pero no lo consiguen. En algún momento entra agua en el carburador, o ellos se mueren de frío, o no les bastan las fuerzas... A muchos los arroja el mar sobre alguna playa del otro lado. A muchos los sacan del agua con los peces. Los pescadores transmiten los muertos por radio desde el mar y conversan sobre ellos en sus tabernas: Otro más que lo ha intentado, bueno, a tu salud, etcétera...»

Llegaban ruidos de abajo. Kruso salió de su rigidez y tomó un buen trago de Würger.

«Aquí los pescadores conocen las corrientes. Las conocen muy bien. Saben cuánto tiempo puede tardar un muerto en llegar.»

Kruso recorrió despacio una de las líneas discontinuas. «Ellos saben cuánto tiempo se queda bajo el agua y cuándo lo saca el mar otra vez a la superficie y qué aspecto tiene entonces y cómo te mira con sus ojos putrefactos...» Ahora parecía nervioso e inclinó la cabeza en dirección a la espillera.

«Pero nadie, repito, nadie sabe allá enfrente quiénes son los muertos. Dicen que yacen sobre hielo, sobre el hielo bueno y frío del reino esperando a que alguien llegue a liberarlos. Pero nadie llegará, nadie, nunca.»

En el patio el ruido había aumentado, y Kruso empezó a meter otra vez las piedras en la pared.

«¿Cómo sabes tú todo eso?»

«Los muertos me lo susurran al oído. Los muertos nos esperan, Ed; ¿qué dices a eso?»

«Yo no tenía la menor idea, es decir...»

«Lo que yo quería decir con esto, Ed: es el camino equivocado. Completamente equivocado. O dicho de otro modo: los mapas no mienten *lo suficiente*. Empezando con ese maldito y esperanzador azul claro de los atlas escolares, ese condenado y engañoso azul cielo, cualquier cabeza infantil se entenece al verlo. ¿Por qué no imprimen los mares en negro, como los ojos de los muertos, o en rojo, como la sangre?» Señalaba su propio mapa.

«¿Por qué no silenciar por completo a Suecia, por ejemplo? Bastaría con distribuir hábilmente las páginas. ¿Y Dinamarca, Escandinavia, todo ese absurdo resto del mundo? Claro, Møn es un problema, pero sólo porque lo vemos, ¿entiendes, Ed?»

Sin duda Kruso estaba borracho. Sin apuntar con precisión le arrojó a Ed, sobre las rodillas, el Würger, la granada de vidrio.

«Olvida esto, Ed, me oyes, olvídalo... Pero no olvides una cosa: la libertad existe. Está aquí, en la isla. Porque esta isla existe, ¿no?»

Kruso miraba a Ed a la cara con feroz determinación, y Ed asintió, obediente.

«Y tú también percibiste su reclamo, ¿no? Sí, ella llama, maldita sea, llama como una maldita sirena... Y todos oyen algo. Liberarse del trabajo. Del marido. De las obligaciones. Del estado. Del pasado, ¿verdad, Ed? Suena como una promesa, y todos vienen, y aquí comienza nuestra tarea, la seriedad de nuestra causa. Es decir: tres días, y ya están iniciados. Conseguimos tres o cuatro días para todos, para cada uno de ellos, y conseguimos así una gran comunidad, la congregación de los iniciados. Y eso es sólo el comienzo. Tres días aquí, y pueden volver a tierra firme, nadie tiene que huir, Ed. Nadie tiene que morir ahogado. Porque entonces lo tienen: en la cabeza, en el corazón, donde sea...»

Kruso agitaba el brazo en el aire y, medio vuelto hacia el mapa, señalaba diversas partes de su cuerpo.

«La medida de la libertad.»

Ed se sobresaltó. La última frase no procedía de Kruso. Junto a él, en la cama, estaba el gato y le miraba. Su cabeza era enorme y redonda, y sus zarpas tan anchas como los pies de un niño.

Había oscurecido y llovía a cántaros. Junto a la valla del instituto esperaba Santiago. Kruso le riñó en voz baja. Ed se mantuvo apartado. El estado de su amigo le preocupaba. Algo se volvía del revés; por primera vez se sintió responsable.

Había querido decirlo todo el tiempo: Te estás metiendo en un lío de mil demonios, Losch.

Y tú, ¿qué querrás hacer con tu vida, Ed? ¿A qué estarías dispuesto?

Sólo ahora echó de ver a los náufragos, agachados debajo del terraplén, inmóviles, chorreando humedad, como liebres listas para saltar. Era un grupo pequeño, dos hombres, dos mujeres, que, agradecidos y sin hacer preguntas, seguían todas las instrucciones de Kruso. Uno tras otro se deslizaron por debajo de la valla y desaparecieron en la oscuridad.

«Yo no se lo tengo en cuenta», explicó Santiago.

«¿Qué?», preguntó Ed.

«Los dos se criaron aquí, él y su hermana, la que se ahogó.» Santiago tocó la tela metálica húmeda como si fuera una joya. Los dos pasaron aquí su infancia, en la colina de Rommstedt.

ALOJAMIENTOS CLANDESTINOS

La organización de Kruso: ¿o cómo habría que llamarlo? Socorristas, porteros, camareros, encargados del mostrador, anilladores de pájaros, cocineros segundos, friegaplatos, pinches de cocina: todos parecían estar vinculados unos a otros. La determinación de vivir en la isla (al menos, de *veranear*, como lo llamaba Cavallo) bastaba para saber lo más importante de los otros, y formaba una especie de vínculo invisible: quien estaba allí había abandonado el país sin traspasar sus fronteras.

El hecho de que apoyaran a Krusowitsch no significaba, en principio, más que cualquiera de sus alegres ocurrencias: como bañarse desnudo en la playa de los camareros, el fuego de medianoche

(aunque estaba prohibido) o las discotecas de Dornbusch, en las que por 2,75 marcos (no mucho más que una hora de salario) se podía patear el suelo de acá para allá una noche entera entre dos barras, una enfrente de otra. Las barras recibían el nombre de quienes estaban a cargo de ellas. En la llamada punta dulce del Dornbusch (la barra de Heinz) se servían continuamente licores verdes, pardos y rojos, en la punta agria de la sala (la barra de Heiner) fluían el vino, el vodka y el Würger, además del licor de Stralsund y de vez en cuando un brebaje de espinos amarillo, receta de la casa «a base de Würger», como ellos decían. Ya sólo esa «oposición de las barras» (una expresión de Rimbaud) organizada por los esekás cinco noches por semana contenía un concepto de significado político. La barra de Heinz era dulce, la de Heiner era agria, eso estaba claro, y la vida se desarrollaba entre las barras de Heinz y de Heiner. Heinz o Heiner: nadie habría descubierto allí una contradicción irresoluble, en su isla no había antagonismos, y mucho menos aún antagonismos irreconciliables: de dulce a agrio, de agrio a dulce, así fluctuaba la noche más allá de la sala del Dornbusch, por los prados y las dunas hasta la playa, por el mar hasta el horizonte, hasta la frontera, invisible en las tinieblas.

Diez por ciento de tierra, noventa por ciento de cielo: estar allí, en la isla, ya era suficiente. En especial para el orgullo de todos ellos. La isla ennoblecía su existencia. Esa belleza, que era sencillamente indescriptible y que producía su efecto. La magia de su creación. La tierra firme, en cambio, sólo constituía una especie de telón de fondo, que se borraba despacio y moría en el perpetuo fragor del mar; ¿qué era, comparado con eso, *el Estado*? Cada puesta de sol eliminaba su rígida imagen, cada ola borraba de la superficie de la conciencia el deprimente contorno de esa hacha de mano desgastada. Ellos eran los jinetes del caballito de mar de los morros desflecados, ellos bailaban y se burlaban del hacha, cuando se movían entre agrio y dulce.

Los esekás no tenían ningún interés especial en llevar a los náufragos o a los sin techo, como los llamaba Kruso, a territorios de nueva libertad. Pero captaban la voluntad de Kruso, su fuerza. Él tenía un aura de singularidad que entusiasmaba. Eran sobre todo su seriedad y su determinación lo que marcaba la diferencia. Sus palabras carecían por completo de cinismo o de ironía, y lo que él planteaba venía a encarnar lo contrario de ese antiguo hábito insular que consistía en atacar las cosas más o menos por el lado frívolo. En secreto (y sin que ellos quisieran admitirlo) la vida que llevaban en la isla carecía de esa sustancia, carecía de una misión, de una idea, de algo por encima del dulce-agrio de cada día.

Sin embargo, Kruso no actuaba como caudillo, si bien organizaba acciones, planeaba, reunía, establecía —y mantenía— vínculos entre los grupos de esekás dispersos por la isla. A ellos pertenecían ante todo los grupos integrados en establecimientos precisos, como el grupo en torno al Inselbar, algunos de los cuales dormían en la Casa Wollner, junto al museo de la isla. Kruso mantenía con ellos las mejores relaciones, con hombres como Santiago, Tille, Peter, Indio, Spurfefix, o mujeres como Janina, Sylke y Antilopé. Luego había también otros esekás que se consideraban pertenecientes a diversos fuegos de campamento en los que por la noche se hacían parrilladas, se bebía y se proclamaba con regularidad la «República Libre de Hiddensee», entre ellos por ejemplo el Fuego de Enddorn, con A. K., Ines, Torsten, Christine y Jule. Había además un grupo de esekás de más edad, que habían solicitado salir del país; ellos formaban de vez en cuando una camarilla aparte junto al mostrador de Heiner. Se habían separado y estaban concentrados, demasiado quizá, en su estado de espera, aunque Ed tenía no pocas veces la impresión de que se habían olvidado de la espera misma, como si, desde hacía tiempo, su vida estuviese ya fuera, no sólo fuera del país, sino también fuera del tiempo, cuyo transcurso calculable había perdido validez debido a la isla y a su magia. Como si el estado de espera se

hubiese condensado en una suerte de más allá paradisíaco. Una forma de autoinmunización, dictaminaba Kruso, que también aspiraba a contrarrestar, al menos en parte, el efecto de libertad de la isla, cosa que él afirmaba no desaprobaba en absoluto, al contrario. En tales circunstancias ocurría que la concesión de un permiso de salida era como un mazazo para algunos de ellos. En la isla estaban ya lejos, a la deriva, y de pronto había que emerger y remar de vuelta al transcurso oficial del tiempo; a menudo sólo quedaban para ello pocos días.

Más abiertos se mostraban los grupos de esekás muy jóvenes, que al cumplir dieciocho años habían decidido pasar su vida en la isla y sólo en la isla, entre ellos los punkis. Como no se los podía exhibir en público, nunca lograban pertenecer al *service* y casi siempre iban a parar al fregadero, donde llevaban a cabo cosas extraordinarias. Los punkis, en efecto, pasaban por ser los mejores friegaplatos de la isla. Eran legendarias su capacidad de trabajo y su fiabilidad. «Trabajan como demonios», explicaba Kruso. Ata en el Norderende o Dirty en el Hitthim eran nombres que todos conocían y respetaban. Además había una alianza entre punkis y melendados que mejoraba su posición y ofrecía cierta protección cuando hacía falta. «La apariencia exterior de la gente me da igual, con tal de que trabajen», proclamaba la jefa del Inselbar.

«Hiddensee es también un paraíso para los gays», observaba Kruso en voz baja, lo decía junto a la barra de Heinz, que era propiamente la barra de Heinz y Uli, el extremo dulce del Dornbusch, donde Losch y últimamente también Ed tomaban sus bebidas a muy buen precio: sin duda alguna Heinz y Uli los tomaban por una pareja, lo que no parecía molestar especialmente a Kruso. El Dornbusch (y no sólo los gays de allí) eran los contrincantes principales del Klausner en el torneo de fútbol anual, cuyo organizador no era otro que Kruso. El torneo pasaba por ser el punto culminante del Día de la Isla, una fiesta de los esekás para toda la isla y que también contaba con el apoyo de nativos y de hosteleros como Willi Schmietendorf, el patrón del Dornbusch, que regalaba al vencedor un barril de cerveza, mientras que Krombach dejaba el asunto totalmente en manos de su primer friegaplatos, Alexander Krusowitsch.

A través de Kruso surgió una red de contactos y de acciones que agradaba a los esekás, porque subrayaba su singularidad y les creaba una conciencia de su excepcionalidad, de esa forma especial, difícil de entender, de una ilegalidad legal en un país que los había vomitado y declarado inservibles o del que, simplemente, ellos pensaban que ya no formaban parte. En el caso de los esekás, Rimbaud había empleado el concepto de la emigración interior, aunque cada uno tenía que trabajar duro todos los días para mantener su derecho a seguir en ella.

Para la mayoría de los esekás, los discursos de Rimbaud eran algo ajeno y exótico, pero en cambio sentían respeto por Kruso. Era el hombre de la armadura dorada; siguiéndole, le daban protección y algunas cosas que él les pedía o exigía, nada que les resultara realmente difícil. De su *Filosofía de la libertad*, casi nadie se formaba una idea. No se sentían en la resistencia y casi ninguno habría pensado que participaban en una conspiración. Lo interesante para ellos era la empresa como tal (la aureola de lo prohibido) y sobre todo las bacanales de la asignación, aquel beber sin freno en la terraza del Klausner y, sobre todo, los visitantes desconocidos que acudían allí, noche tras noche: su exotismo, su encanto y su buen olor, extrañamente reforzado por el curioso nombre que les había dado Kruso: náufragos.

Al principio sólo se trataba de las noches, del acomodo de los náufragos durante al menos tres o cuatro días en los llamados alojamientos clandestinos. Una meta ambiciosa, ya que su número aumentaba continuamente, una peregrinación que no tenía parangón en todo el país y que, atraída por el reclamo de la isla, desorientada y despreocupada, avanzaba por las morrenas y recorría las

playas buscando un lugar donde dormir, sin vale de alojamiento ni permiso de residencia..., y en zona fronteriza.

En algún momento venía a añadirse la «sopa perpetua». «Es que necesitan algo caliente en la panza, al menos una vez al día», era la sencilla explicación de Kruso. Los «trozos buenos» que Ed recogía a diario de los platos en el fregadero, se cortaban en trozos pequeñísimos y, mezclados con las hierbas procuradoras de libertad y a las setas del «seto sagrado», abonadas con la viscosidad de los desagües («el batracio es nutritivo y lleno de vitaminas») iban a parar a una caldera de hierro fundido para la que siempre había un fogón reservado en los dominios de Mike el Cocinero. Ed había visto muchas veces que dos náufragos entregaban la caldera con la sopa, o con lo que quedaba de ella, en la rampa, donde Kruso la tomaba a su cargo, daba breves instrucciones y luego, sin fregarla, volvía a ponerla sobre el fogón. La llama perpetua, la sopa perpetua. Para Kruso eso significaba una especie de ciclo biológico, un sistema cerrado de abastecimiento... e iluminación. Y todo eso, decía él, era «sólo el comienzo».

En el camino hacia la libertad, que le explicaba a Ed cada vez con más frecuencia y detalladamente, los tres o cuatro días de estancia en la isla eran esencia y condición indispensable. Venía después el *Programa de asistencia*. En esencia se limitaba a tres elementos: la sopa, el lavado y el trabajo, que tenía lugar –de manera voluntaria, evidentemente– en la playa o en las mesas-pesebre de la terraza del Klausner, sobre todo por las mañanas.

Al principio, Ed sólo asociaba un vago recuerdo con el lavado: un picor en los ojos y una túnica romana que cruzaba por la noche el patio como un espectro. El trabajo consistía por lo general en la fabricación de bisutería que se vendía con asombrosa facilidad entre los veraneantes. Se trataba sobre todo de pendientes (veinte marcos el par), hechos con las anillas de aves migratorias muertas, recogidas en la reserva ornitológica. «A veces se encuentra un pájaro realmente viejo. Quiero decir, un pájaro muerto que lleva aún las anillas de antes, anillas de Heligoland o anillas de Radolfzell o anillas del observatorio ornitológico de Rossitten, piezas de enorme valor...» Pero Kruso adquiriría un número mucho mayor de anillas directamente en la central de anillamiento de la isla, que Ed había conocido durante una de sus correrías. Los anilladores de allí los saludaban como a viejos socios comerciales. A ellos les compraba no sólo el material básico inoxidable para su manufactura clandestina, sino que también alquilaba raros instrumentos, tenazas finas, con formas especiales que recordaban el instrumental de un dentista. Y como si ése fuera el objeto de su visita, pedía que le explicaran detalladamente el trabajo con las aves, incluida la confección de los llamados informes de anillamiento. Discutía largo tiempo con los anilladores sobre especies de aves cuyos nombres Ed ni siquiera conocía. «Cien mil anillas al año, es sencillamente inconcebible», le decía a voz en grito a Ed, quien sentía náuseas por los cientos de pájaros que batían las alas en las jaulas de alrededor. «Demasiadas anillas, por eso ya no investigan», explicó Kruso al salir de la central ornitológica. «Hormonas que desarrollan el instinto migratorio: ése era en tiempos su tema, ¿te lo imaginas, Ed? ¿Sólo un instante? Sobre eso tendríamos que saber realmente algo. En lugar de ello hoy escriben informes. ¡Un informe sobre cada pájaro!» El alambre que había de atravesar el lóbulo de la oreja procedía de otra fuente. «Alambre dental», susurraba Kruso, como si hablara del tesoro de Hiddensee.

Los beneficios de esa pequeña pero lucrativa manufactura iban a parar exclusivamente a la «caja de los esekás» y servían sobre todo para financiar bebidas durante las noches de asignación. La caja estaba bajo la custodia de Kruso. El reparto de los peregrinos en los alojamientos de emergencia, que tenía lugar con regularidad y era indiscutiblemente el punto central y decisivo de la organización, semejava una fiesta en la que nada debía faltar. Ed se torturaba pensando que

justamente en una de esas solemnes veladas él había recitado a Trakl. Se había sustraído a la organización. Él trabajaba bien, eso seguro; superaba aquel infierno diario de ollas y platos, y sin embargo no cumplía la condición previa, ni expresa ni tácita, para ser un miembro integral del Klausner.

A pesar de ello, Kruso lo había elegido a él.

El alojamiento de todos los náufragos era sin duda una tarea difícil, imposible en el fondo. Kruso, que actuaba como jefe aposentador, distinguía entre alojamientos permanentes y alojamientos al aire libre; éstos eran lugares especiales, llamados «lugares consagrados» al pie de las morrenas. Pero ante todo estaban las habitaciones de los esekás: un número no despreciable de alojamientos para dormir repartidos por toda la isla. El restante sistema de los refugios de emergencia y su distribución, ampliamente ramificada, era tan multiforme que Ed se quedaba asombrado cada vez. Era una expresión del talento estratégico de Kruso, de una predisposición que le permitía considerar sus escondrijos como un sistema de bases militares y, partiendo de eso, desarrollar su logística. Durante las correrías de ambos, Kruso puso a Ed al corriente de los alojamientos clandestinos y de sus pormenores:

– Los establos para ovejas de la antigua cooperativa agraria Amistad entre los Pueblos, que después pasó a ser la granja propiedad del pueblo Ummanz, al pie del Dornbusch; capacidad: 10-12 náufragos.

– El establo del asno del director de escena Walter Felsenstein, por debajo de su chalet, un edificio pequeño pero de gran solidez, con desván y con sitio para dormir tres personas, por encima del asno.

– La torre (la habitación que tenía Kruso de niño en el recinto del Instituto de Radiación); capacidad: 5-7 náufragos.

– La balandra de los pescadores Schluck, Schlieker, Kollwitz, Krüger, Gau y Augstein; los cargueros *Johanna* y *Esperanza* en los puertos de Kloster y Vitte; capacidad total: 10-15 náufragos.

– El gran cobertizo de la familia Weidner en Grieben, que estaba dividido en varios compartimentos: para bicicletas, para carros y para un coche de caballos que no se utilizaba y que podía servir de catre; capacidad: hasta 8 náufragos.

– La barraca clandestina de ladrillos, detrás de la antigua finca rústica, más arriba de la Orilla de los Suecos, rodeada de un trozo de bosque totalmente echado a perder, lleno de basura; una angosta subida detrás del puerto llevaba por unos escalones hasta allá arriba, había que abandonar ese camino y seguir un poco a través de monte bajo muy espeso. Primero se topaba uno con el oxidado esqueleto de una máquina trilladora o de elaboración de madera, gigantesca en tiempos, luego, a mano izquierda, el refugio; esa barraca de piedra pasaba por ser la central de los esekás, servía, según lo expresaba Kruso, para diversos fines sobre los que no dejó caer más que un par de alusiones; capacidad: 10 náufragos, en caso de necesidad, más.

– La cama del escritor Gerhart Hauptmann; trepando por la valla, en la parte posterior de la finca, se entraba en el jardín y se bajaba agachado por la pequeña pendiente hasta la casa, donde había una ventana particular que siempre estaba entornada. De eso se ocupaba el eseká encargado de la vigilancia del museo, responsable también de que la cama del escritor volviera a su estado anterior, adecuado para ser exhibido a los visitantes del museo; capacidad: 2 (delgados) náufragos.

– La diminuta casita de ladrillo, junto al camino que había detrás de la casa de Hauptmann; formaba parte de la estación biológica y era tan pequeña que sólo se podía pasar allí la noche de

pie, «adecuada para dos que duermen apoyados el uno en el otro». «No es tan horrible», dijo Kruso en tono apaciguador cuando percibió la mirada de asombro de Ed.

– La carpa del cine que había en el bosquecillo, siempre y cuando el operador no hubiese alojado también a durmientes clandestinos.

– El cobertizo de las herramientas, en el campo de deportes de Vitte, a sólo doscientos metros de la antigua casa redonda de Asta Nielsen. Capacidad: 4 náufragos.

– La caverna de piedra, junto al camino de Kloster a Vitte, un refugio dificultoso, poco accesible, pero extraordinariamente seguro, situado entre bloques de granito apilados en enormes montones y detrás del llamado paseo, una duna afianzada con piedras y rociada de alquitrán. Capacidad: 3 náufragos.

– La cabaña de madera del enterrador, un alojamiento apreciado por los náufragos. Clavada en la puerta había una placa en la que ponía: OFICINA. Junto a la puerta se veía una carretilla volcada, sin rueda, y un tajo; en un cajón había herramientas de albañil, una paleta recién engrasada, un martillo a dos manos, un cincel puntiagudo y uno plano, «... el antiguo utensilio / De los padres. / Eso agita el pecho del forastero...» había salido de pronto de las reservas de Ed. Las estrechas tumbas, con las lápidas desgastadas y torcidas por el viento, se prolongaban hasta la roca de granito de Gerhart Hauptmann. Colgaba de ellas la hierba de la última vez que la habían cortado de forma que ahora parecían estar cubiertas de pelo, como un pequeño rebaño de animales enfermos. Al pasar, Kruso tocó una de las lápidas peludas. Cuando Ed volvió en otra ocasión al cementerio, consiguió descifrar la mitad de la inscripción: «... GOBERNADOR DE ESTA ISLA descansa aquí desde el año 1800 y vive en esferas bienaventuradas.» El enterrador de Kloster era uno de los pocos esekás con un contrato para todo el año. Su cabaña estaba en el borde extremo del recinto, no lejos de la tumba del marinero desconocido, enteramente cubierta de coníferas pardas. Había además una piedra diminuta de color claro con letras metálicas, detrás de la cual Kruso tenía escondida la llave de la cabaña. «No puede ser malo para los náufragos arrodillarse al menos una vez en este lugar, aunque sólo sea para sacar las llave.» Capacidad: 3-4 náufragos.

– La antigua caseta del transformador en la linde del bosque, entre el faro y el Klausner, semejaba la cabina de un guarda o de un aduanero a la entrada de la zona interior del Dornbusch, donde había un terreno de manantiales rodeado de antiguos sauces y de cañaverales, por el que Ed se sintió atraído de inmediato. En la pared posterior del transformador había madera amontonada, debajo estaba el escondite de la llave, con la que, tras varios intentos en un sentido y en otro, se podía abrir el potente candado. Dormir en el transformador era demasiado peligroso, explicó Kruso, por eso lo utilizaban como una especie de archivo, el lugar donde guardaban lonas, mantas y sacos de dormir, que eran de urgente necesidad para pasar la noche al sereno. Uno de los lugares dedicados a ello estaba muy cerca. «Pasar aquí la noche es de ensueño, deberías intentarlo al menos una vez», murmuró Kruso como si ya estuviesen rodeados de tinieblas. Para dormir, aquel lugar daba la impresión, en efecto, de pertenecer al mundo de la fantasía: por un lado el faro justo enfrente, por otro lado, la vista del *bodden* y de las luces de Rügen. Yacías como escondido en una depresión del terreno que no se veía desde el cuartel.

– El llamado taller de lámparas; una barraca de ladrillo recocado, rodeada de altas cañas, en la finca del guardián del faro, que, rodeada de castaños enormes y siempre frágiles, se hallaba cerca de los acantilados y sólo doscientos metros por debajo del faro. Primero una empalizada, fácil de saltar, luego una puerta que se podía sacar de los goznes. En el taller estaban almacenadas las lámparas de recambio del guardián del faro. Bombillas tan grandes como cabezas de niños con

filamentos de carbón del grosor de un dedo y al lado una serie de reflectores fuera de uso, «en los que más vale no reflejarse cuando se es náufrago», a no ser que «la isla haya penetrado ya lo bastante hondo...». «Vacaciones y olvidar la desgracia», murmuró Ed para sí mismo, pero Kruso lo había entendido. «No, nada de vacaciones.» Su párpado derecho empezó a temblar, su voz se endureció. «Esto es Hiddensee, Ed, ¿comprendes? *Hidden*, escondido. La isla es el escondite, la isla es el lugar donde vuelven a encontrarse a sí mismos, donde uno retorna a sí mismo, es decir, a la naturaleza, a la voz del corazón, como dice Rousseau. Nadie tiene que huir, nadie tiene que morir ahogado. La isla es la experiencia. Una experiencia que les permite retornar, como iluminados. Una experiencia que hace posible seguir viviendo hasta el día en que la cantidad se transforma en calidad, en que el grado de libertad en los corazones supera de golpe la falta de libertad de las condiciones de vida, ese momento... Será un gran palpitar, un único y atronador latido del corazón.» Kruso colocó la mano sobre una de las grandes lámparas NARVA. No hay que extrañarse si empieza a brillar, pensó Ed; capacidad: 4 náufragos.

Cuando Ed volvió al día siguiente a su habitación había debajo de cada pata de su mesa un ladrillo brillante y reciente. La altura era buena, la madera le refrescaba los antebrazos. Cogió su agenda Hermès y escribió.

LA RUTA DE LOS DÍAS DE DESCANSO

«No tienes que hacerlo», había susurrado la voz, «sólo si quieres.» Sólo cuando permaneció inmóvil notó Ed el suave movimiento que hasta entonces le había envuelto tan bien como su propio sueño. El primer sol entraba en la habitación; en la pared, sobre la cama, por todas partes, las sombras fugaces de las golondrinas que de vez en cuando descendían en picado.

«Soy C.»

Ed escuchaba.

Sentía la piel, los huesos salientes de un omóplato, una boca, no lejos de su oído. Olía algo ajeno, olía bien, y él lo abrazó.

No tienes que hacerlo.

Mientras que Ed, siguiendo un orden de cosas imaginario y no establecido por él, penetraba de nuevo en ella, vio con claridad que esa vez no estaba soñando.

Ed oyó el rumor de los pinos, del oleaje, muy abajo, debajo de ellos. En la última prolongación de su columna vertebral vibraba el deseo.

«Pero, quiero decir, si te has dormido, entonces...»

«No tienes que disculparte.»

Era su propia voz, no cabía duda. Su voz, su corazón, que latía vertiginosamente, su respiración, su sudor. La chica yacía a su lado, la cabeza ante el pecho de él, el rostro invisible. Tenía un lunar, arriba, justo en el lóbulo de la oreja, como un grumo.

«¿No me viste en la mesa de Kruso?», susurró con la veneración usual entre los náufragos cuando pronunciaban el nombre de Kruso.

«¿La mesa de Kruso?»

«No tienes que disimular. De verdad que estoy encantada de haber sido elegida.»

«¿Elegida?»

«Hay gente que ya se informa sobre eso en el vapor, todos hablan de ello.» Le aseguró que lo consideraba muy imprudente. Al hablar se movió un poco, y Ed sintió en el muslo el hueso de su cadera.

Pero yo soy amigo de Losch, quiso replicar Ed; él no lo había dicho nunca. Se volvió despacio hacia un lado, y ahora la reconoció. Era la chica que había dormido en su mesa, la cabeza sobre los brazos, cabello corto y revuelto. Era increíble que durmiera en medio del trajín de la asignación. Sólo por eso la había mirado Ed varias veces.

«No creo que hayamos estado sentados a la misma mesa.»

«Lo siento, me quedé dormida. Una noche en la playa, otra en el bosque, creo que simplemente no podía más.»

«Si estabas dormida, entonces cómo...» Ed enmudeció. Su sexo sobre el cálido vientre. Quería permanecer así para siempre. Toda la vida. La chica le sonrió, y Ed vio que estaba contenta de haber hallado cobijo.

No tienes que hacerlo.

Sólo esa frase, completa y pronunciada en la realidad. Una oferta. Honrada y amistosa.

En general, la ruta de Kruso por la isla estaba determinada por los días de descanso de los establecimientos hoteleros. Tenía encuentros con camareros, conserjes y barmans, con quienes se sentaba en un rincón de la sala vacía, muchas veces también en la cocina, mientras Ed le esperaba delante, en la barra, y disfrutaba del silencio. Nunca tenía que pagar en tales ocasiones y, aunque era día de descanso, le servían sin más. A algunos de los esekás los conocía ya Ed de las noches de la asignación a las que últimamente había vuelto a asistir, pero sólo para echar una mano a Kruso. Ayudaba sirviendo bebidas y repartiendo provisiones, y vigilaba la sopa perpetua que había que remover de vez en cuando. En el transcurso de la tarde cada náufrago podía contar con un plato bien lleno.

Como si fuera un amistoso tabú, nunca se mencionó su debacle con Trakl, aunque los esekás no pocas veces intentaron trabar conversación. Para sus adentros Ed admiraba su energía vital, su jovialidad y sus rostros francos. Respiraban de otro modo, pensaba Ed, tardan más en tomar aliento y en expulsarlo, como si el mar les hubiera ensanchado los pulmones y liberado la mente. Cada uno de sus movimientos causaba la impresión de que estaban ocupados con algo fundamental; su propia vida era fundamental, independiente, llena de asuntos interesantes propios, y aunque Ed había sentido más de una vez el deseo de pertenecer a esa esfera, aquellos ojos que brillaban por el reflejo del mar y por toda aquella claridad de la isla seguían siendo para él tan ajenos y lejanos que nunca consiguió realmente participar en una conversación. Otro impedimento era que nadie preguntara de dónde era uno ni qué había hecho antes, en tierra firme. Cuando Ed contaba que era (propia)mente) estudiante, se apagaba el brillo del mar en los ojos. Como si uno hubiera sido siempre camarero o friegaplatos y no hubiera querido ser otra cosa en la vida. Casi nadie hablaba sobre las razones que le habían llevado hasta allí; a lo mejor no era una norma; simplemente no interesaba lo suficiente.

Lo que más le gustaba a Ed era sentarse en la veranda del hotel del puerto. En el último rincón de ese pórtico, que parecía constar sólo de varios desvencijados marcos de ventanas, había un sofá de piel, grande y deslucido, como si hubiera quedado allí de una época desaparecida hacía mucho tiempo. Casi invisible en su rincón, Ed tenía desde allí un buen panorama del puerto, de los vapores que llegaban, de las oleadas de visitantes y del muchacho loco que recorría el muelle de

un extremo a otro y daba órdenes a voz en grito como si supiera exactamente lo que era importante en aquella temporada.

No había nada mejor que estar sentado allí, solo, y por encima de las mesas limpias y vacías, soñar mirando al exterior. No había nada más delicioso que, recostado, alargar el brazo y pasar la mano abierta, agrietada de fregar, por el cuero frío y liso. No había nada más agradable que llevarse una copa muy despacio a la boca, respirar en su interior, sentir en el rostro la propia respiración.

Se imaginaba cómo ella debió de haber estado en algún momento, de pie, en la habitación de él. Cómo se había desvestido en silencio y había vacilado un momento, quizá sintiendo frío. Su cuerpo esbelto, la inseguridad, el tanteo. La ventana abierta, como siempre. Ninguna luz procedente del mar, sólo el ir y venir del fragor, que presentaba una propuesta, un plan secreto para todas las noches siguientes.

Hasta el plato favorito de Ed (un huevo frito con patatas rehogadas) era ya conocido entre los esekás. Por su proximidad a Kruso había logrado cierta notoriedad en la isla: Edgar Bendler, el compañero de Kruso. No le importaba nada que Losch no le dejara estar a su lado en las conversaciones, por ejemplo en los preparativos para el Día de la Isla, que estaba previsto para el primero de agosto y que parecía ser una fuente de problemas. La amabilidad con la que servían a Ed estaba marcada por esa ligera degradación, Ed lo notaba. Lo consideraban un instrumento de Kruso (bueno, sí, eso era de respetar) pero ridículo, en cierto modo, por su fidelidad, y timorato en su apariencia general: Ed, la cebolla, el silencioso, que permanecía mudo en su rincón, incapaz de mantener una conversación sensata, y que miraba fijamente por la ventana, como si allí fuera hubiese algo distinto del estúpido ir y venir de los turistas del día, centenares de los cuales bajaban el picaporte del restaurante, con más o menos fuerza y desesperados por la desgracia de haber arribado a la isla en el día de descanso del restaurante del puerto; no, no, a Ed eso que él llamaba en su fuero interno la prudencia de Kruso le agradaba sobremanera. Si es que era prudencia y no simplemente bondad y el intento de que un amigo por cuya mente los versos desfilaban como en la guerra, quedara apartado de todo lo relativo al negocio cotidiano de un GOBERNADOR DE ESTA ISLA, en resumen, el intento de reservarlo para otra cosa, para lo propio y verdadero...

En ocasiones Ed se entregaba a esas fantasías. No soy como el niño en su escondite, pensaba Ed, encerrado y en completo silencio, pero cada vez que bajan el picaporte el corazón late más fuerte, cada vez que bajan el picaporte el niño se considera más prohibido.

Llegaban voces de la cocina, luego el ruido de un objeto metálico que patinaba por el piso de piedra. Ed escuchaba como lo hacía siempre, de modo inconsciente, sin intenciones y en absoluto dispuesto a renunciar a su cápsula de ausencia. Una vez más tenía delante el rostro de C., las delgadas cejas enarcadas, la frente clara y brillante y su mirada atenta y curiosa cuando tomó a Ed en la boca sin dejar de mirarlo.

¡Kruso!

Kruso vociferaba. Ed sólo le había oído gritar tan fuera de sí en la batida de la playa. Hubo un estruendo, algo avanzaba con furia y la puerta basculante de la cocina se abrió de golpe. Alguien estaba recibiendo empellones, caía al suelo, se arrodillaba y lloraba, trataba de reprimir los sollozos: era René, el vendedor de helados. Detrás de él había dos esekás del Hitthim, con los brazos muy abiertos como si se tratara de cortar el camino de vuelta al establo a un animal al que llevaban al matadero. Al cabo de un rato, René alzó el rostro y Ed vio que reía, que apenas podía contenerse.

«Todo por esa golfa, todo este...»

Uno de los esekás dio una patada en la espalda a René y éste se tragó la palabra. No había sido un puntapié demasiado fuerte, pero Ed se sobresaltó, por lo que René fijó su atención en él. Se dio media vuelta, enseñó los dientes y se acercó a él caminando pesadamente como un perro. Ed clavó los ojos en él. Despacio fue retirando de la piel del sofá la mano con la que acababa de intentar tantear su deseo.

«¡El perrito, el perrito también está aquí!»

René empezó a hacer un ruido y pasaron unos segundos hasta que Ed comprendió que era un ladrido. Luego dio un salto y huyó hacia fuera. «El perrito, el perrito...» Una vez más oyó Ed el ladrido, luego el barman cerró con llave la puerta y todos se marcharon.

«Perdona, Ed. ¿Has tomado ya tus patatas rehogadas?» Losch puso despacio su mano grande y cálida sobre la cabeza de Ed, como si quisiera acariciarlo, pero era sólo el gesto que iba unido a su pregunta, y al momento Ed había olvidado por qué le había pedido disculpas su amigo.

Primero Kruso se había puesto de rodillas entre los setos, poniendo la mano (con cautela) en uno de los montículos de la madriguera de un topo. Luego empezó la instrucción. Ed estaba agachado a su lado y sentía un ligero tirón en la región lumbar. Vio que Kruso pasaba la mano varias veces por la tierra, primero con suavidad, como un pecho que uno toca como distraído, sin pensarlo, sólo por su inconcebible lisura y blandura; luego aún más delicadamente, como cuando el niño alisa por última vez su castillo de arena construido con mucho esfuerzo; pero que luego, casi sin solución de continuidad, metía la mano en el montículo y lo horadaba con fuerza.

«Los hoyos, se trata de los hoyos. Primero despejas los hoyos. Luego metes las botellas, con los cuellos hacia el noroeste.»

Sólo ahora notó Ed que el sol tenía en el cielo un color naranja, como una luna extraña, aunque apenas había caído la tarde. La pequeña cicatriz que tenía más arriba del ojo le zumbaba, oía muy lejos el ruido de los cascos de su caballo peludo, el aullido del motor diésel de una patrullera allá en el mar, y podía entender frases sueltas que decían en las mesas que había tras las paredes de las casas de tejado de cañas. Como si él fuera por primera vez parte de este mundo. Las cosas brillaban alrededor con sus delirantes colores, y en algún momento, trastornado por tanta belleza, Ed puso el oído sobre la tierra y escuchó el sonido...

Todo había cambiado de la noche a la mañana.

Desde Hitthim habían traído las botellas vacías en grandes macutos manchados de humedad. Su olor recordaba a Ed antiguos días de maniobras, la goma de su máscara antigás pegajosa de sudor rancio, cuando había olvidado ponerla a secar después de la maniobra.

Cada paso había sido un ligero tintineo. Macuto con macuto, en esa formación gemela Ed se sentía con cierto derecho a pensar que los saludos de los nativos con quienes se cruzaban por el camino también iban dirigidos a él, y a veces correspondía con una inclinación de cabeza aunque sabía que aquello no iba por él: *todavía no*, pensó Ed, y por un momento sintió el chisporroteo de una inconcebible fraternidad.

La euforia de Ed se transmitió a su relación con Kruso, por lo que le pareció bien, de momento, no hablarle de C. a su amigo. También para no poner en peligro su delicada posición en las asignaciones. Y en su fuero interno podía esperar que el error en la distribución de los naufragos (qué otra cosa podía ser, si no) no fuera descubierto durante una o dos noches más, o una al menos: una sola noche, pensó Ed. ¡Oh, maravilloso naufragio!

Sí, estaba orgulloso de Kruso, y al mismo tiempo lo temía, y lo cierto es que ambas cosas iban

juntas. La incondicionalidad de Kruso le daba miedo, su quimera de la resistencia, la «organización»; una locura sin igual, además su tenebrosidad, su fanática determinación. Pero pesaba mucho más el modo franco y directo en que Losch le había acogido, su entusiasta honradez y el respeto que profesaba a Ed, justamente allí donde radicaba su mayor debilidad, su propia locura: mi propia desgracia, le pasó a Ed por la cabeza, y ese pensamiento casi le alegró. Justo en el momento en que eso se hizo evidente para todo el mundo, Losch se había puesto de su lado, con suavidad, casi con cariño. Ed no tenía ni idea de quién era Kruso, pero a veces le resultaba tan familiar como su propia alma.

En el Wieseneck había un tercer macuto preparado para ellos, que Losch alzó sin más a la altura del vientre. Y delante del Inselbar brillaba al sol una carretilla metálica de dos ruedas, llena de botellas. Era exclusivamente Blauer Würger, la marca que Ed había conocido en la torre, ante el «mapa de la verdad». La ventana que daba a la sala del restaurante era baja, arrancaba a la altura de la rodilla, y ofrecía una visión directa de la zona detrás de la barra. Kruso se acercó, y un hombre se asomó al exterior. Juntaron las mejillas y así permanecieron un rato, luego el hombre asió la mano de Kruso y la apretó contra su pecho. Ed se apresuró a agarrar la lanza de la carretilla; empujó el vehículo a través de un hoyo que había en el camino de arena, la carga chirrió; como un grito.

«Santiago», explicó Kruso mientras caminaban saliendo del lugar.

«Lo sé», respondió Ed.

Cavar, la tierra fría y nueva. Sólo con tocarla Ed se ponía rígido. Que él pudiera tener esas sensaciones... Había restos, diminutos coágulos, por lo que Kruso se llevaba de vez en cuando la botella a la boca antes de enterrarla. «Es lo bien que oyen, ese oído tan sensible, lo que los vuelve locos. Es el único método, el único lenguaje que comprenden.»

Los cuellos de botella que brillaban al sol parecían recién plantados, todo el jardín parecía estar en fiesta, como engalanado, resplandeciente de colas de cristal.

Un silbido sutil, incesante.

Al cabo de un rato, Ed lo oyó. Como un niño enloquecido, Kruso saltaba entre los montículos y corregía la posición de los cuellos de las botellas, mientras el viento soplabla con más fuerza y tornaba más cavernosos y amenazadores los pitidos, semejantes a la bocina de un barco en la niebla. Cuando el viento hacía girar algo, surgía un canto fantástico, una música de sirenas. Como hipnotizado, con las manos en la tierra húmeda, moviendo, con un leve pero incesante tanteo, los dedos ligeramente doblados, Ed miraba fijamente a su compañero, que seguía saltando de un lado a otro lleno de excitación, que gesticulando impetuosamente ajustaba su instrumento, y de pronto, como un milagro, se echaba a reír. Kruso reía y saltaba, saltaba y reía.

«¡Largo de aquí, bicharracos, fuera, hola!»

«¡Fuera, largo!», repitió Ed como un eco alzando las manos al aire.

Como explicó Kruso, el órgano en la tierra para ahuyentar a los topes había sido idea de su abuelo, hombre de ciencia y autor de inventos mucho más importantes... Era la primera vez que Kruso mencionaba a su familia. Añadió que ya entonces empleaban casi exclusivamente Blauer Würger; la forma de las botellas parecía pensada para ese fin, eso también lo había averiguado su abuelo: “pitarse uno”, como se dice, ¿comprendes, Ed?».

Una anciana bajita y de pelo blanco avanzaba tanteando el vallado. Con la mano izquierda agarraba los tablones de la valla, al mismo tiempo levantaba ligeramente la cabeza como si buscara el sol: o la luna, pensó Ed.

«Eso pita», farfulló la vieja, «eso le pita al topo en la cabeza.»

Losch se acercó a ella a toda prisa y dejó que le acariciara. La bolsa que le colgaba del cuello descansaba, torcida, sobre la cabeza de ella, como un sombrero de ante. La llamaba Mete, señora Mete. Mientras llevaba a la anciana por el jardín, le hizo una seña a Ed, y éste empezó a recoger varios Würger. La señora Mete llevaba puestas unas enormes gafas de plástico, de un marrón claro, y, aunque hacía mucho calor, una chaqueta de punto. Kruso le susurró algo al oído y ella asintió.

Al final habían enterrado más de cincuenta botellas en el jardín que había junto a la rectoría de Kloster y que constaba sólo de varios setos, de árboles frutales y de una cabaña con el suelo de madera cubierto de sacos de dormir. Cuando se marcharon con su carretilla traqueteante, la señora Mete alzó otra vez la cabeza y saludó a la nada con la mano.

«Eso pita, hijo mío, eso pita.»

En el puerto, en un pequeño terreno cubierto de césped medio seco que servía de aparcamiento, Kruso puso boca abajo la carretilla y la depositó en la fila. A decir verdad, no era una fila sino un revoltillo, sin ningún orden, de casi treinta o cuarenta de esos abollados vehículos de hojalata, que llevaban letreros en su parte inferior. Cada carretilla tenía un nombre, a cuyo orden sucesivo Ed dio automáticamente un ritmo (uno de sus mecanismos mnemotécnicos para acumular reservas), de forma que al momento tuvo delante en forma de poema todo el texto de nombres en escritura esmaltada negra, azul o roja:

Dornbusch, Hauptmann, Wieseneck

Enddorn, Weidner, Witt

Schluck, Mann, Schlieker

Putbrese, Blume, Gau

Kollwitz, Meding, NVA

Holstein, Kasten, Striesow

Pflugbeil, Rommstedt, Felsenstein

Bastaban pocos cambios, y entre algunos de los versos, ensamblados sólo según puntos de vista métricos, asomaba la semántica: Mann-Schluck-NVA o Blume-Kasten-Kollwitz, etcétera. Kruso contemplaba el oxidado montón de carretillas volcadas como si abarcara con la vista un imperio. En el muelle estaba el muchacho demente que vociferaba desesperado hacia el mar. El último barco había partido.

«Me gustaría quedarme también en invierno», dijo Ed.

«Eso no es tan fácil», respondió Kruso.

«Creo que lo conseguiré.»

«Lo conseguirás, Ed.»

Losch lo abrazó, en medio del puerto, y Ed le dejó hacer de buen grado, como siempre. Incluso si en ese momento hubieran estado desnudos (¿por qué pensaba eso?), no le habría importado.

«Lo sabía, Ed. Lo sabía.»

Había barrido el cuarto, también debajo de la cama, y metido otra vela en su piedra agujereada. No quería leer, tampoco pensar. Estaba sentado junto a la ventana abierta con la vista fija en el fragor. Su mano derecha agarraba el taburete. De esa manera lo vivió la primera vez. Tuvo que respirar hondo varias veces, y por un momento los ojos se le llenaron de lágrimas. A media noche, Viola. «Para terminar el día, el himno nacional.» Los ruidos de la escalera se habían apagado, su puerta había quedado cerrada con llave.

En algún momento oyó el silbido. Su mirada se posó en la foto que había sobre la mesa, en el

rostro como pulido, y durante mucho tiempo no pudo apartarla de él. Un silbar y gemir, que subía hasta el Dornbusch. El viento soplabá sobre el Würger, los topos bajaron del barco y la isla tomó rumbo a través de la bruma de aquel deseo suyo, insatisfecho e infinito.

TRES OSOS

17 DE JULIO

Ahora debería preguntar si me asignaron a C. por equivocación. Tengo que hacer el esfuerzo. Chris me ha ayudado en el fregadero, así sin más, y Cavallo me ha puesto un libro en el nido (Carlo Emilio Gadda), ahora me llama Edgardo. Losch prepara el Día de la Isla. Quiere una gran fiesta que reúna a todos, esekás, isleños, náufragos, suena casi como una manifestación. El calor es aplastante, la isla parece una nave de los muertos, no hay viento, no hay olas pero sí muchas más cucarachas. Con 2 zapatos, esta mañana he aplastado 8, ayer, 9.

Ed retrocedió unos pasos y durante un rato bajó la mirada hacia la playa.

Nadie.

No quería que le sorprendieran y de ningún modo quería llamar la atención sobre la cueva. Extendió en la arena la toalla en la que estaba escondida su agenda y se acercó de nuevo a la pared del acantilado, pero más bien como si le interesaran los estratos en la arcilla, la escritura de la era glacial.

«Ha sido... completamente incomparable, ¿comprendes?»

«Como ganar el premio gordo sin haber jugado a la lotería.»

«Sí, sí.» El sol le quemaba la nuca.

«¿Será ésa la solución?»

«Esta mañana he podido ver a G., sí, verla de verdad, sin... Sin las escenas horribles, sólo como siempre, desayunando, jugando al ajedrez, volviendo a casa. Cómo camina, se da la vuelta y corre hacia mí, a toda velocidad. Ella tenía esa manera de acometerme, sabes, es que le gustaba, y yo me pegaba un susto cada vez. He podido oír su risa.»

Primero el zumbido, luego el tranvía.

Ed abrió la agenda; la luz del sol se reflejaba con tanta intensidad en el papel que hubo de cerrar los ojos.

Kruso llegó por la noche. En su interior Ed formulaba la pregunta con la mayor neutralidad posible. El deseo le tergiversaba las palabras en la cabeza, en lugar de fallar, *follar*, era repugnante.

«Creo que... nunca te he dado claramente las gracias por esto.» Tenía la fotografía en la mano.

Kruso sacudió la cabeza en silencio. Sirvió vino, había traído Lindenblatt y vasos, la botella ya semivacía. Ed pensó en entregarle el nuevo poema, pero aún no lo había pasado a limpio.

«¿Por qué no hablas nunca de tu hermana, Losch?»

«¿Por qué yo?»

La respuesta era bien extraña.

Al poco rato, Kruso se levantó y se marchó.

«Losch...»

A su manera militar, Kruso se dio media vuelta en la puerta y retrocedió un paso a la habitación

en penumbra. Durante un momento permaneció allí de pie, con varias hojas muy dobladas en la mano. Ed reconoció el papel cuadriculado.

Tres estrofas, después Ed lo había comprendido: no era Trakl, era Kruso. El estilo de Kruso, que hacía de Trakl algo propio, *palabras propias, pensamientos propios*, una inmensa transformación.

Su amigo no pasó de «Las cejas blancas de Sonja». La hoja había empezado a temblar en sus manos y todavía antes de la «nieve que humedece sus mejillas» estalló en lágrimas, sin freno. Lloraba, sollozaba como un desesperado.

«¡Losch!»

Kruso seguía en pie, sacudía con fuerza la cabeza, la goma de la coleta se desprendió y su larga melena le cayó sobre la cara. El gran Kruso, el pobre Kruso, estaba de pie en medio de la habitación de Ed y respiraba con dificultad. Con su voz, sólo con su voz, su compañero había transformado ese mundo de la memoria, que tenía ocupada la cabeza de Ed como el zumbido de oídos, en tristeza infinita, densas reservas en profundo duelo, exclusivamente suyo.

«Gracias, gracias de todos modos por ello.» Seguía con la hoja entre las manos.

Ed trató de echarle un brazo en torno al cuello, pero era tan grande e inasible que desistió y se quedó ante él, sin saber qué hacer.

«No hemos vivido siempre aquí», empezó Kruso. Poco a poco recobraba la calma pero hablaba en voz tan baja que Ed tenía que inclinarse hacia delante para estar algo más cerca de la voz que podía significarlo todo.

«Cuando nos trajeron aquí, yo tenía seis años. Mi hermana, diez. Una hermana de mi madre se había casado con un físico alemán, un hombre importante. Se habían conocido en Moscú, todavía durante la guerra, tú has visto su instituto, el Instituto de Radiación...»

Kruso fue perdiendo la rigidez y ambos se sentaron en la cama de Ed. «Cuando mi padre nos entregó a ellos, no sabíamos aún que iba a ser para siempre, o sea, que iban a terminar siendo unos padres de acogida... Rommstedt, mi tío, radiografiaba todo y a todos en su instituto, también a mi hermana y a mí, sobre todo a nosotros, creo. Éramos agradablemente pequeños y nos ajustábamos bien a sus aparatos. Cuando investigaba sirviéndose de nosotros, era muy feliz, casi cariñoso. Nos acariciaba continuamente la cabeza, pero sólo para que nos quedásemos quietos. Siempre tuve la impresión de que con su mano deshacía mis pensamientos.

»El tiempo anterior a Hiddensee queda muy lejos, como un continente olvidado en otro siglo anterior, en el que yo ya estaba por casualidad en el mundo, en un mundo completamente distinto. Pasaba mucho tiempo sentado ante la chimenea. Siempre veo primero esa chimenea, en el despacho de mi padre, donde había una alfombra de piel de camello, ése era mi sitio preferido. Hace tiempo cabalgué mucho en ese camello, en el lago de Aral, decía mi padre a sus visitantes, que entonces me miraban a mí y me saludaban, así que yo también cabalgaba. Yo era un gran general tártaro, tan grande como él, montado en un camello, por la estepa. A menudo venía a la oficina gente que hablaba alemán, algunos me echaban una mirada de desconfianza, en medio de la frase, como si yo pudiera traicionar sus crudos e incomprensibles secretos. Yo cabalgaba y miraba la chimenea, pues allí estaba el campo y las grandes distancias; tenía cinco años y ante mí tenía toda la estepa, ¿comprendes, Ed?» Seguía teniendo en las manos, desdoblada, la hoja con el poema de Trakl, como si allí estuviera escrita su historia.

«La chimenea estaba pintada de azul cielo: eso era la estepa. Por dentro era negra, eso era la noche, a través de la cual teníamos que luchar y avanzar mis tropas y yo. Siempre tinieblas y siempre fuego enemigo. Una cosa que recuerdo muy bien: en la repisa se había desconchado un

trozo del azul cielo, y el sitio de la rotura brillaba como el hielo, hielo y nieve, siempre hacía frío en la estepa. Detrás de mí en el mismo camello iba sentada mi hermana, se llama..., bueno, ya lo sabes, se llama Sonja.» El poema quería empezar a temblar de nuevo en sus manos, pero él estiró la hoja y ésta recobró la lisura.

«Mientras cabalgábamos por la estepa, mi padre, el general, se cayó del caballo; no sé si había alcanzado ese grado por entonces si es que lo alcanzó alguna vez, pero para todos nosotros él era *el general*, llevaba esas charreteras tan anchas, sabes que las charreteras rusas son casi tan anchas como los hombros. Así que en ocasiones, en medio de la conversación, corría a la ventana y vociferaba algo en dirección al patio de armas, a los soldados. Hacían instrucción todos los días, sobre todo el domingo, y casi siempre había algo que no le gustaba. Creo que aquello era realmente difícil. Tenían que desfilar formando figuras según las líneas, los círculos y cuadrados marcados sobre el asfalto, parecía un baile. En realidad no podías ver mucho porque habían levantado la chimenea de la cámara de calderas justo delante de la ventana de su despacho, a propósito quizá. Pero él lo oía. Doscientas botas, al compás. Toda la casa vibraba, el parquet en el que yo estaba sentado vibraba. Cuando algo no era correcto, yo lo notaba primero en él, en su rostro, cómo se iba poniendo tenso. Lo aguantaba un momento, pero luego explotaba. La verdad es que yo, fuera de aquello, nunca lo vi así, no tenía un carácter colérico, tal vez para él fuese lo mismo que cuando alguien desafina con el violín en medio de una gran sinfonía.

»En cualquier caso, el ruido de las botas, como el fragor del mar, siempre estaba allí. Y las canciones. Los soldados del cuerpo de guardia estaban aposentados al otro lado de la plaza, prácticamente detrás de nuestra casa. Todo el sector se hallaba rodeado de pequeñas torres vigía de madera y de un muro rematado por alambre de espino, tendido sin orden ni concierto; se llamaba *poblado ruso n.º 7*. De niño yo reflexionaba mucho sobre ese número imaginándome también los otros seis poblados rusos. Eran exactamente iguales que el nuestro, con grandes villas, patio de armas, campo de tiro, casas para vivir, almacenes de patatas, almacenes de carbón, prisión y campo de juegos, y con un niño como yo en un camello delante de la chimenea, siete valientes Budionnis en siete poblados rusos de Alemania, eso era ya casi un ejército, y yo era, como es natural, su capitán...» Kruso miraba el poema como si contemplara un dibujo. Al cabo de un rato, lo puso a un lado.

«Se decía que en nuestra casa había vivido antes un príncipe prusiano, creo que sólo por eso mi padre había querido precisamente esa casa para su comandancia. Él no era el comandante mayor, sino su representante, le llamaban el *Zampolit*, aún hoy no sé lo que significa. A veces hablaba del príncipe Oskar, ya el nombre sonaba como imaginario, pero él, el gran Zampolit, afirmaba con toda seriedad que le habría gustado conocer al tal Oskar, «el último mohicano entre los Hohenzollern», como declaraba a menudo, lo que a mí, de niño, me parecía bastante raro, quizá también porque no comprendía esas palabras. Él, de todos modos, sabía algo de historia y también mencionaba otros nombres de gente que había vivido en nuestro poblado n.º 7; Hindenburg, Oppen y Oskar estaban siempre entre ellos. Creo que le habría gustado enseñarle a Oskar que su hermoso huerto se había convertido en un gran patio de armas, o qué bonito había quedado todo pintado de azul cielo y de verde rusia, o que por orden suya habían instalado una sauna en el sótano de Oskar, o también nuestra pocilga, pues en aquel entonces aún teníamos nuestro propio cerdo, que vivía en un cobertizo, en el balcón... Yo creo que al final todo se explicaba porque mi padre no odiaba realmente a los alemanes; podía comprenderlos: quiero decir *comprenderlos* realmente.

»Como mis padres hablaban los dos alemán, los únicos seguramente en todo el Ejército Rojo, se encargaban a menudo de las gestiones con la administración, probablemente en ello consistía la

tarea propiamente dicha del general. Creo que en su oficina había de verdad gente del servicio secreto que tras seis u ocho años de ruso en la escuela no sabían formar ni una sola frase aceptable. A mi padre eso lo irritaba muchísimo, aunque también le gustase lucirse con su alemán. Su madre era alemana del Volga, como la mía; su padre, ruso. Cuando había problemas, cuando algo resultaba difícil, se dirigían a él. Él tenía que mediar, que explicar, que disculparse también. En nombre del comandante o en nombre del ejército o incluso en nombre de todas las repúblicas soviéticas, según la gravedad del caso. Continuamente pasaba algo, un muerto en el bosque, un desertor, o alguien a quien, por equivocación, habían matado de un tiro, o a golpes, o habían violado, desvalijado o arrollado con un tanque, continuamente ocurrían cosas así; claro, yo apenas podía comprenderlo de niño, pero todo lo que hablaban allí, en el despacho del general, lo instalaba enseguida en mi chimenea, en la inmensidad de la estepa, y por eso más tarde saqué de allí algunas cosas y llegué a ciertas conclusiones. En la chimenea todo sigue existiendo, Ed, toda la historia, la chimenea de la verdad, como tú la llamarías quizá.

»Muchos trataban de evitar el beso fraterno, pero mi padre no lo permitía. Yo veía cómo apretaba los labios contra sus mejillas, y con ello, de alguna manera, ya habían perdido. Les extraía al momento todo el valor de que se habían armado penosamente para entrar en el poblado ruso n.º 7. Al final quedaba el procesamiento dentro del ejército. Cuando la visita se había marchado, todo podía resolverse muy deprisa. Si el culpable estaba con nosotros, en el poblado, mi padre mandaba ir a buscarlo enseguida. Fuera el mar de botas desfilando y dentro mi padre diciendo “Tres años en Sajalín” o “Diez años en Omsk”. Yo no lo vi nunca, las condenas se dictaban en la sala del jardín de Oskar, era la habitación contigua. Pero debió de ocurrir más o menos así.»

Kruso vació su copa de un trago.

«Una marcha a caballo por la estepa, con todos los problemas: sólo un verdadero general podía aguantar eso. Un general como el hombre que era mi padre y probablemente hoy sigue siéndolo, aunque...» Kruso enmudeció. «Podía permanecer muy tranquilo, sólo a veces... A veces yo tenía miedo, no de él propiamente, más bien de la garganta negra que llevaba por la chimenea arriba. Cuando me inclinaba un poco hacia delante, podía verla. El general vociferaba y yo me inclinaba un poco dentro de la chimenea y un poco más, hasta que sentía la corriente de aire en la cara y la inmensa boca negra se abría con su olor agrio. A veces soñaba con un futuro en el que yo reinaría allí, delante de la chimenea, con un libro escrito por mí; cuatrocientas páginas llenas de órdenes, y yo las leo en voz alta, más bien en tono suave y moderado, como una novela, y la sala está llena de Budiommis, llena de jinetes buenos y resueltos.»

Kruso se levantó y echó el resto del vino en la copa de Ed. Ed sintió una gratitud limpia, cálida.

«Creo que su alemán del Volga hacía a mi padre hasta cierto punto imprescindible, y por eso nunca nos trasladaron, como solía ocurrir con los oficiales al cabo de tres o cuatro años. Todos se marchaban, nosotros nos quedábamos. Una anomalía alemana en el gran cuerpo del Ejército Rojo, de algún modo fuera de la nomenclatura. A mi madre le habría gustado mucho volver. Echaba de menos su circo y a su familia, nunca se sintió a gusto en el poblado ruso n.º 7.» Kruso tragó saliva, pero se tranquilizó y dobló lentamente el poema de Trakl, como si hubiera terminado definitivamente de contar esa parte de la historia.

«Mis padres siempre hablaron con nosotros los dos idiomas, alemán y ruso, a veces incluso el kazajo. Era un poco según las habitaciones. En la cocina por ejemplo se hablaba ruso, por lo que todavía hoy pienso que Mike el Cocinero tendría que ser ruso, pero luego ahí está Viola con su interminable emisora alemana...»

Guardó silencio y pareció reflexionar.

«Sería bueno que alguna vez pudiéramos desconectar a Viola. Trae demasiado desasosiego, demasiada insensatez a esta casa. Todo ese chismorreo de tierra firme que no tiene nada, absolutamente nada que ver con los que estamos aquí arriba, con nosotros y con nuestra vida...»

«Sería una pena», replicó Ed cautelosamente. «Al fin y al cabo Violetta, quiero decir Viola, es la habitante más antigua del Klausner, y lleva el nombre de una mujer que... Bueno, ya sabes, como en *Crimen y castigo*.»

Kruso miró a Ed durante unos segundos como si no existiera. Luego continuó con su relato.

«Cuando mi padre conoció a mi madre, ella era equilibrista en un circo de Karaganda, allí había muchos alemanes-rusos, antiguos alemanes del Volga. Era un circo permanente, en el centro de la ciudad, con un gran edificio. Ella nos enseñó fotos. Una foto donde estaba ella con un vestido claro y resplandeciente, parecía jovencísima, como una niña, una niña del circo. Mi madre era muy popular en el ejército. Actuó ante todos los regimientos; Mascha, Manjetschka, la mascotita, la equilibrista, un arte que todo soldado del victorioso ejército soviético tenía que haber visto al menos una vez en su vida, etcétera, ya sabes que los rusos aman el circo. Me enseñó algunas cosas, pequeños trucos de prestidigitación, aunque yo era demasiado pequeño y demasiado torpe. En cambio Sonja lo aprendió todo enseguida.

Después de nacer yo, mi madre estuvo muy enferma y durante algún tiempo no actuó en público. Ya no quería ir de gira, no quería seguir actuando, simplemente; así me lo contó más tarde Sonja. Sin embargo, volvió a empezar. Estoy seguro de que el general, quiero decir, el hombre que ante nosotros se daba aires de padre, la convenció. Era bueno para él, para su propio prestigio en la tropa. Como no en todos los regimientos había aquellas salas altas, muchas veces sus actuaciones tenían lugar al aire libre, en patios de armas cubiertos de arena o con los delgados colchones de los catres de los soldados. Como red de seguridad tendían redes de camuflaje entre los mástiles de las farolas del patio de armas, que siempre estaban encendidas, siempre y en todas partes. Igual que en los festejos o en los desfiles, los oficiales se sentaban en las tribunas, a los soldados les permitían colocarse alrededor, una compañía tras otra...» La voz de Kruso había cambiado; ahora hablaba de su *mamá*.

»Aprovechaban las actuaciones de mamá para distribuir galardones a oficiales y soldados, a veces también castigos. El oficial golpeaba en el rostro al soldado con la palma de la mano, derecha, izquierda, pero no más que eso. Una vez, no recuerdo dónde, también llamaron a mamá. Al parecer, ella se quedó muy sorprendida y, claro, también asustada, y avanzó a pequeños pasitos, con sus zapatos blancos de ballet, por los colchones de los soldados que despedían un olor bastante desagradable. Parecía que viniera de otra galaxia. Le concedieron una insignia de gran valor en el ejército soviético, una condecoración militar. Nuestro padre y general le impuso personalmente la insignia, todavía recuerdo lo difícil que le resultó meter el imperdible por el vestido de escamas plateadas, y que yo tenía miedo por ella. Comoquiera que fuese, lo consiguió por fin y le hizo el saludo militar, a su propia mujer pequeñita en atuendo gimnástico plateado, pero después también la besó, tras lo cual la gorra del uniforme le quedó torcida sobre la cabeza durante toda la representación. La gorra torcida, la sonrisa embarazosa de su marido y los miles de soldados alrededor, la alegría en aquellos rostros infantiles: yo creo que por eso hacía ella todo aquello...

»Yo siempre estaba delante, en primera fila. El comandante me daba caramelos, chocolate Mischka en papel azul y blanco. Sobre el papel había un pequeño dibujo, tres ositos pequeños y la osa madre. A veces había helado también. Muchas veces me entraban náuseas por el olor a ajo de

los uniformes. Quizá fuese también mi miedo. Para mí no era tan fácil de comprender por qué mamá tenía que subir una y otra vez hasta allá arriba, a aquella soga alta, por qué se exponía continuamente a aquel peligro, ante mis ojos. Yo no podía permitirme pensar que mamá podría caerse, porque entonces se caería, eso seguro.

»La mejor opción era pensar que *nunca* se caería, y tener sólo ese pensamiento, de modo ininterrumpido, no pensar en otra cosa; pero eso era agotador y nunca conseguía pensar eso hasta el final. El mal siempre se metía por alguna parte, el pensamiento malo, prohibido, que había de ser eliminado con grandes cañones y con monstruos aliados, para lo que yo me imaginaba todo un ejército y armas que no podían existir, de lo grandes que eran, pero el mal siempre encontraba un escondrijo en mi cabeza.

»La segunda mejor opción era distraerse. Alisar el papel del caramelo, perpetuamente, con la uña. Yo trataba simplemente de no prestar mucha atención a mamá, pero no funcionaba. Sólo funcionaba cuando yo prácticamente rompía por completo el contacto con ella, cuando retiraba todos los sentimientos y a mí mismo, o sea, sólo mi uña y el papel de Mischka y fuera de eso nada de nada.

»Cuando yo tenía seis años, sufrió una caída, un día después de mi cumpleaños. Oí un ruido sordo. Era el impacto de la caída. Un choque sordo, como de un saco. De pronto estaba delante de mí, en el suelo. Una pierna había girado hacia la derecha, como si ya no fuera parte de ella o como si alguien la hubiera acercado así a su cuerpo. Uno de sus trucos mágicos. La cabeza estaba metida entre dos colchones como si quisiera marcharse, arrastrarse fuera, desaparecer...

»Como es natural, no comprendí nada. Era un circo. Y no me quedó más remedio que reír; yo reía. Estaba atrapado en la segunda mejor opción, sin contacto real con mamá, ¿entiendes, Ed?»

Como si fuera el papel de un caramelo alisado largo tiempo, Kruso guardó la hoja con el poema de Trakl, cuidadosamente doblada, en el bolsillo del pantalón, y, como si se encontrara aún atrapado en la segunda mejor opción, miró largo tiempo por la ventana.

«Varios oficiales se levantaron precipitadamente y se inclinaron sobre ella. En algún momento alguien me dijo que me levantara. *Wstan, moj maltschik*, me dijo en voz muy baja. Mi mano estaba húmeda y en el regazo se había formado un charco pringoso, el helado derretido. Era el 3 de junio de 1967. Yo tenía seis años. Seis años y un día.

»Desde principios de los años setenta, a los muertos del ejército soviético los repatriaban en avión. Mi madre fue una de las últimas que se quedó aquí. Estoy seguro de que eso no le habría parecido bien, al fin y al cabo ella siempre quiso volver a su tierra. En el ataúd abierto, la llevaron por el poblado, subieron por la Úlitsa Tsentrálnaya y bajaron hasta la puerta metálica, pasaron dos veces junto a nuestra casa y llegaron al monumento de los oficiales de la policía secreta caídos en la guerra. Delante desfilaba un sargento con la insignia de mamá sobre un pequeño almohadón. Desfilaba marcando el paso de la oca, con tal fuerza que los tacones restallaban en la calle; por lo demás el silencio era completo. Yo estaba en la escalera delante de la puerta, no me permitían avanzar más. Pese a ello vi que llevaba un vestido rojo. A las personas mayores las entierran de rojo, a los niños de blanco, así me lo explicó mi hermana, ella estuvo todo el tiempo a mi lado.

»Delante de la puerta del cementerio besaron a mamá y luego otra vez junto a la tumba, así lo hacían. Junto a la tumba hubo saludos militares, como para un alto oficial, lo que sin duda alguna iba contra el reglamento. Desde la puerta del cementerio, una pequeña orquesta tocó “Fieles camaradas”. No hubo cantos. Mi padre ordenó disparar salvas de honor, salvas sin fin. La gente la quería, y yo también la quería, pero no pude besarla. Creo que nadie me lo tuvo en cuenta, fuera

de mí mismo, yo sentía vergüenza. En lugar de reír traté de llorar, pero no lo conseguía, simplemente, no podía escapar de la opción número dos. Mi hermana ejecutó pequeños juegos de manos junto a la tumba, todo lo que había aprendido de mamá, sin temblar. Desde entonces supe que ella iba a ser mi guía durante el resto de mi vida: no es que yo pudiera pensar entonces en algo como el resto de mi vida, pero lo sentía, lo sentía de modo inequívoco. De todos modos no podíamos imaginarnos cómo íbamos a seguir viviendo sin mamá.

»Luego llegaron las consecuencias. El general seguramente estaba enemistado con demasiada gente. Averiguaron que nunca se había dado ningún permiso oficial para las exhibiciones de la equilibrista de altura, como la llamaban. Además, el circo había tenido efectos perjudiciales para la moral y el espíritu de combate. Así lo decretaron. A mi padre lo trasladaron a Rusia, pero como lo necesitaban, o por yo qué sé qué razones, volvió pronto, algo muy raro. Nadie sabe lo que hace exactamente, ni dónde, nosotros llevamos mucho tiempo sin saber de él. Pero eso da igual, Ed, perfectamente igual. Cuando pienso hoy en mamá, veo siempre la imagen con los tres osos. Están jugando sobre el tronco de un árbol. Uno ya bastante arriba, el valiente que yo quería ser. Debajo, el miedoso, que no avanza, y abajo del todo el tercero, que se mantiene aparte y no hace nada, que sólo sueña mirando el bosque. Y en primer plano la osa madre, que abre la boca y aúlla como un lobo. Por qué aullará así, me preguntaba yo siempre.»

LABIOS

Ed volvió a un lado la cabeza porque así era mejor aún. La chica no le había visto. Él yacía como muerto en el agua, con los brazos extendidos, llevado por el agua. Notaba las piedras en el cuerpo, la arena, los restos de ladrillos molidos. El mar le rodeaba, liso y perezoso, el mar que le acunaba; era el momento de dejarlo todo.

La chica jugaba con las olas, se lanzaba al agua, no a lo loco, más bien con cuidado, se levantaba perezosamente y volvía dando traspiés, pero sólo para tomar otra vez carrerilla. Cuando se cansó de aquello, se sentó al borde de las olas, a pocos metros de Ed. Quizá no lo había visto a él, el animal acechante, la madera flotante en el suave oleaje. Ed veía que ella disfrutaba cuando el agua jugaba alrededor de sus pies; la espuma le pasaba por entre las piernas y le mojaba el bañador. Metía las manos en la arena que había delante de ella y giraba despacio de un lado a otro. Luego se quedó quieta. Miraba fijamente el horizonte, como si hubiera allí algo, pero no se veía ni Møn ni ningún barco. Ed comprendió que en ese momento estaba orinando. Por un momento distinguió el surco fino y humeante en la arena, y vio cómo el movimiento de las olas lo borraba y lo deshacía todo. Volvió a meter el rostro en el agua; esperó, pero la chica no se marchaba.

En algún momento no le quedó otro remedio a Ed. Se volvió a un lado para que la chica no pudiera ver la erección. Como si tuviera que recordar trabajosamente lo que se llamaba dar pasos, andar, caminó playa arriba. Durante su estancia había adelgazado; por el trabajo en la isla, su cuerpo parecía más tenso, delgado, musculoso, y como casi todos los esekás él también tenía una piel uniformemente bronceada, que brillaba como el bronce cuando él salía del vapor grasiento del fregadero al exterior. Ahora ya no llevaba una cinta en la frente. Siguiendo el ejemplo de Losch, se ataba la media melena en la nuca formando una pequeña coleta. Antes no lo había hecho nunca porque no quería parecer una chica. Utilizaba la goma que su amigo había perdido en su cuarto.

El descanso de mediodía aún no había acabado, pero Kruso ya estaba junto a su pila de fregar. Sacó las manos del agua y agarró uno de los paños.

«Lo siento, Ed. No tendría que haber ocurrido. Los esekás que se encargan de la distribución... A menudo están simplemente borrachos.»

Ed tardó un momento en comprender que Kruso hablaba de C.

«A veces resulta simplemente demasiado. No puedo controlarlo siempre todo y muchas veces hay problemas, justo en la coordinación de asignación libre y central...»

«¿Está aún en la isla?»

«¿Quién?»

«C., la náufraga.»

Kruso no apartaba los ojos de Ed.

«Yo lo sabía, Ed, yo...»

Dio un paso, quizá quería abrazar a su pupilo, pero Ed se había vuelto rápidamente hacia la pila de lo más sucio y había agarrado una sartén.

«No se trata de eso, quiero decir...»

«¿De qué entonces, Ed?»

«Nada.»

«Se trata sólo *de eso*. De nuestra causa, Ed, por la que aquí» hizo un amplio gesto con los brazos, «luchamos todos.»

Ed asintió. Por un momento le llenó de asombro aquella apropiación indebida. Además, el súbito retorno de la expresión asignación central en aquel lugar tan alejado de las oficinas de la vivienda... Pero primero tuvo que respirar, cobrar aliento. Aspiró los vapores del agua de fregar, aquel caldo tornasolado en el que se movían sus manos, un cocimiento lleno de fibras y grumos, una derretida papilla de restos orgánicos; estaba sin duda a punto de perder el conocimiento: C. aún estaba allí.

Entró silenciosamente en el cuarto y se metió sin más en la cama de él. Olía a recién lavada, el pelo estaba húmedo.

«No quiero molestarte.»

«No me molestas.» Le habría gustado acostarse al momento a su lado.

«¿Dónde te has duchado?»

«¿No lo sabes?»

Ed se obligó a quedarse un rato sentado a la mesa. Leyó unos versos, estiró los brazos hacia la ventana, respiró hondo y trató de comprobar si se movía la luz del horizonte. Con C. había entrado aire limpio y salado.

Se levantó, atravesó la habitación, volvió y enderezó uno de los ladrillos que había debajo de su mesa. Una deliciosa alegría previa lo inundaba. Volvió a sentarse en su sitio y escribió una frase en la agenda. Era una frase sucia, como no había escrito nunca, ni siquiera en la pubertad, en la que expresiones como «follar» y «echar un polvo» apenas se concebían y quedaban al otro lado, con las expresiones de un mundo más oscuro y soez. Si acaso hablaban de «acostarse», esa palabra más cálida y suave, probablemente más usual en Turingia. «Bueno, ¿te has acostado con ella?», la pregunta tenía algo suave, infantil, mientras que follar había de tener lugar con dureza, sin rodeos y de modo tajante. Ed recordaba discusiones en las que debatían sobre la diferencia entre «fulana» y «puta», cuando tenían apenas catorce años. Un grupo numeroso afirmaba que las fulanas, por definición, siempre exigían un pago. Quedó sin aclarar si entonces, por ejemplo, aún

sería posible llamar fulana a una puta. En realidad, no, opinaba su amigo Hagen. Según su teoría se podía suponer que las putas siempre lo hacían gratis. Ed tenía sus dudas. De todos modos tenía que haber putas en alguna parte del mundo, aunque no parecía muy verosímil, mujeres que lo hacían sin más, con todos y sin cobrar nada; eso lindaba con el milagro. En aquel entonces, Ed había observado a cada mujer de su entorno. A las madres de sus amigos, a vecinas y profesoras, a las vendedoras del supermercado. ¿Qué signos lo indicaban, y, sobre todo, qué señales había que enviarles para inducir las a hacerlo con uno? Porque, de todos los enigmas, éste era el mayor, y en el fondo aún seguía siéndolo.

«¿Qué estás escribiendo?», susurró C.

«Nada. Sólo he de terminar algo rápidamente.» Tuvo conciencia de que se estaba haciendo el intelectual delante de ella, y de pronto se sintió abochornado.

«¿Dónde tienes tus cosas?»

«En el bosque, debajo de una lona.»

«Aquí hay bastante sitio.»

«Tenemos todas nuestras cosas allí, se quedarán allí todo el tiempo que logremos permanecer en la isla.»

Ed se dio cuenta de qué poco sabía en realidad del gran proyecto de Kruso.

«¿Te encuentras bien, quiero decir, qué te parece... esto?»

«Estupendo», dijo en voz baja. Sonrió con fatiga y se dio la vuelta hacia la pared. Las líneas sombreadas de sus omóplatos, del brazo y las caderas, todo eso le pareció a Ed de una exquisitez indescriptible. En silencio se despojó de su ropa y se apretó contra ella.

«¿Y la sientes, esa libertad?»

Durante los días siguientes, Kruso amplió el ámbito de sus confianzas. Si estaban solos en el fregadero, su murmullo podía aumentar, por lo que Ed se volvió más prudente en sus movimientos, para hacer menos ruido, lo que era casi imposible en aquel caos. La voz profunda y monótona de Kruso parecía quedarse en las palabras, era como si hablara para sí mismo, a la pila, al agua sucia y pringosa, y no propiamente a Ed. Los platos, el cepillo, las cacerolas, la túnica romana, todo el entorno se transformaba: el fregado se convertía en *expresión*, expresión de algo distinto que había de ser tratado cuidadosamente. Durante mucho tiempo Ed no estaba seguro de si Kruso esperaba alguna reacción suya, de si su presencia tenía alguna relevancia o de si eran más importantes los platos que había en la pila o el agua de fregar.

Ed recibía una respuesta sólo de modo indirecto. El hecho de que Kruso le recitara sus poesías en el fregadero, la tripulación del Klausner lo entendía como un síntoma. Edgar, *le nouveau plongeur* (Rimbaud), había sido aceptado definitivamente. A partir de ahora, Rimbaud incluía a Ed entre sus oyentes cuando irrumpía en el fregadero con nuevos libros y nuevas ideas. A menudo empezaba con una cita de lo más sencilla y pegadiza, que había escrito como «lema del día» en la pizarra, junto con los platos del día. Siempre había clientes, sobre todo los turistas del día, que, con su desquiciado ajeteo o con total desconocimiento, pedían el lema. «Por favor, dos Panta rhei» o «Queremos Dios ha muerto...». Antes de que pudiesen explicar que su comanda era el resultado de un cruce de cables —probablemente condicionado por las vacaciones— por el que querían disculparse entre risas (aunque no se podía negar la afinidad con un plato que en su tierra, en Sajonia, se llamaba «Abuela muerta»), llamaban a Rimbaud, quien, con toda seriedad y sin la menor suficiencia, empezaba a soltar una breve conferencia sobre «Panta rhei» o «Dios ha muerto», se disculpaba de paso de que «Panta rhei» o «Dios ha muerto» no figurase aún en la

carta, no, todavía no, más tarde quizá sí, sí, bajo el comunismo, seguro, sólo las utopías, como todos sabían, se convertían raras veces en realidad: así terminaba Rimbaud su pequeño excursus y recomendaba rollitos de col.

No pocas veces, al hablar, agitaba sobre las cabezas de los asombrados clientes un resguardo de caja, como si éste contuviera sus notas más importantes, pero nunca miraba el papel, con él se limitaba a dirigir al aire frase tras frase por encima de las mesas, y era más probable que para hablar sólo necesitara un trozo de papel entre las puntas de los dedos, una antigua costumbre de la época en que enseñaba filosofía en la Universidad de Leipzig, a orillas del Pleisse.

«Fama, ¿cuándo llegarás?»

Sin esperar respuesta, Rimbaud clavaba el recibo en el pinchapapeles que había junto a la caja y repetía la frase otra vez por debajo de sus mostachos, pero ya no como pregunta sino como pequeña melodía:

«Fama, cuándo llegarás, llegarás, llegarás...»

Desde su última visita a la cabaña de las abejas, el comerciante de libros le ponía en el nido libros del autor Antonin Artaud, «favorito de esta temporada», murmuraba Kruso en el vapor del agua limpia que, casi hirviendo, caía con amplio chorro en la pila. Los libros llevaban títulos como *Para terminar con el Juicio de Dios* o *Van Gogh, el suicidado de la sociedad*. Ed hubo de admitir que las lecturas que hacía Rimbaud de Artaud le desconcertaban, y comprendió cuán poco sabía él en realidad en cuestiones de poesía, a pesar de sus reservas. «Allí donde huele a mierda / huele a vida.» En el fondo, eso era convincente. Sólo que Ed, hasta entonces, no había considerado imaginable que algo como la «Aspiración a la fecalidad» fuera posible... como poesía. «Hay en la vida / algo muy seductor para / el hombre / y ese algo es, con razón / LA CACA.» En francés seguro que sonaba muy distinto. Era igual lo que uno pensara al respecto: siempre se podía aprender algo de Rimbaud.

Pero más que los textos a Ed le impresionaron las fotografías del autor que ofrecía el apéndice (de un fotógrafo llamado Georges Pastier): él nunca había visto a un hombre sin labios. Artaud era un hombre sin labios. Su mentón sobresalía, su nariz sobresalía, y en lugar de una boca sólo había una depresión, surcada a todo lo largo y casi hasta las orejas por un pliegue, más bien una raya que insinuaba la posibilidad de una boca. Si el autor Antonin Artaud tenía labios, debían de estar por dentro, es decir, él había hablado con labios interiores. Hasta entonces Ed sólo recordaba haber visto una fisonomía comparable, aunque no en esa forma definitiva, en fotos del famoso autor Heiner Müller, muy valorado por los esekás que leían libros, quien al parecer había dicho – Rimbaud lo citaba continuamente–: «¡Artaud, el lenguaje del tormento!» Lo cual, por otra parte, convenció de inmediato a Ed. Y en el fondo habría sido el privilegio de Rimbaud dar enseguida la explicación de tal afinidad y remitir a la relación entre labios y literatura; en lugar de eso citó una vez más a Müller: «Los textos de Artaud, leídos sobre los escombros de Europa, llegarán a ser clásicos.»

¿Tendría algún sentido, por ejemplo, una literatura de autores de labios delgados o sin labios? La pregunta de Ed irritó a Rimbaud. Y Ed le dio la razón. Su objeción era primitiva y expresión de pura altanería. Sí, Ed estaba animadísimo, incluso con una euforia elemental, porque era el hombre que había poseído a C. Y C. tenía labios, labios sin fin.

LA TRANSFORMACIÓN

20 de julio. «... de pronto empieza a susurrar, se levanta, canta y hace varios torpes movimientos de baile, además ese brillo en sus ojos. O cuando va al baño, en plena noche, sale a tientas al pasillo, y extiende los brazos en el aire y chasquea los largos dedos, chic, chac, chic, como pasos en el aire... Creo que no lo hace por mí, no lo hace para que yo lo vea. A veces estábamos muy en silencio y... ¿Cómo decirlo? Creo que no tiene nada que ver conmigo y quizá tampoco con nosotros, sólo con ella.»

«Muy posible, Ed.»

«Yo nunca he estado alegre de esa manera.»

«Tú estás alegre de un modo distinto.»

«Desde G., nunca, viejo diablillo.»

«Has encontrado a Kruso. Me has encontrado a mí. No estás completamente solo en el mundo.»

«Hay algo que no te he dicho.»

«Ed, por favor, sabes que yo estoy aquí tranquilamente, en esta agradable madriguera junto al mar, y que poco a poco me uno a las mareas. Y tú vienes a verme y hablas conmigo, bueno, es lo mejor que podía pasarme; Dios mío, bueno, a un zorro *en mi situación...*»

«Fue en nuestra primera mañana. C. como una aparición en mi cama. Como si fuera un producto de mi imaginación. Cuando se alisa el pelo por detrás de la oreja y mira al mar, a lo lejos... Perfectamente dueña de sí misma, ¿entiendes? Dice que no hace nada con el pelo, ni peinado ni nada así, sólo los pelos como flecos que corta ella misma, probablemente con su navaja de bolsillo. Así que mira por la ventana, y su rostro tiene ese brillo prenavideño, y todo brilla con ella, el horizonte, los pinos, todo. Y de pronto me pregunta si yo lo prefiero *así*.» Ed enrojeció.

«Estabas dormido cuando entró en tu cuarto, ¿no? Todo fue un sueño, y todo lo que hiciste fue...»

«Un sueño. Sin embargo yo pensaba que *por eso* ella no volvería.»

«Entiendo.»

«Sí, tú entiendes.»

«Hasta cierto punto ella ha sido la primera.»

«Sí, maldita sea.»

«Así que pensarás en ella, cuando venga todo lo que aún vendrá, amigo mío. Ella es tu debut, es la confirmación y el álbum correspondiente en el que más tarde irás reuniendo tus fotos.»

«Todo esto no tiene nada que ver con G.»

«No, Ed, absolutamente nada.»

«Todo lo que hubo con ella permanece...»

«Intacto.»

«Ayer estuvimos en la playa. C. dibujaba. Siempre lleva consigo un pequeño bloc de dibujo y su navajita con la que saca punta a su lápiz: tiene que estar siempre perfectamente afilado por lo que siempre está sacándole punta...»

«Cuéntamelo, Ed.»

«En un determinado momento, C. quería ir al cine de la isla. Cada tarde dan allí *Lütt Matten y la concha blanca*, al final de la tarde, *Que uno lleve la carga del otro* y en la función de noche *Hasta que la muerte os separe*.»

«Vivimos en tiempos bíblicos.»

«Y la primera plaga ya ha llegado. Toda una compañía de fumigadores opera en el Klausner. Sólo por eso puedo estar ahora aquí, contigo.»

«Gracias a las cucarachas.»

«Cuando C. y yo volvimos del cine, ya habían evacuado el terreno. Algunos durmieron en los lugares consagrados, algunos también en el distribuidor de Kruso. A nosotros, simplemente, no nos había llegado la noticia. No habían acordonado la zona, todo parecía igual que siempre. Quizá también nos quedamos ciegos por el calor.»

«A quién vas a decírselo, Ed.»

Sólo ahora notó Ed la inquietud con la que le miraba su zorro. En el fondo de las pequeñas y huesudas cuencas de los ojos había una especie de papilla de sémola que se revolvía a sí misma.

«Ay, viejo diablillo, ay, maldita sea, discúlpame, por favor...» Ed corrió al agua y sacó un puñado de arena de entre las piedras de la orilla.

«Hombrecillo de la arena, querido hombrecillo de la arena...»

«¡Le pido perdón, señor zorro!», trató de bromear Ed, mientras con mucho cuidado dejaba caer la arena en las cuencas de los ojos, primero en la izquierda, luego en la derecha. Su amigo suspiró aliviado.

«Cuarenta grados al sol, y yo había cerrado mi ventana por el temporal contra el que Viola prevenía constantemente. Hora tras hora llegaba algo sobre tormentas por el noroeste y refugiados en las embajadas, pero nadie prestaba realmente atención. Como si estuviéramos *más allá de las noticias*, y creo que así es, viejo diablillo, no somos de este mundo, en serio. En mi habitación habría al final entre cincuenta y sesenta grados. Ya en la escalera oí una especie de crujido, como de seda, o como si alguien estuviera desempaquetando en secreto un regalo. Dije aún algo sobre airear, abrir ventanas, aire fresco, el corazón lleno de alegre expectativa. Así que enciendo la luz y...»

«¿Qué?»

«Algo que no concibes, sólo porque lo estás viendo. Primero la explosión, silenciosa, sin centro. Sólo ves que ese marrón grasiento ondea en todas direcciones, que todo fluye, la pared como una ola, diría yo, y ves que choca en las esquinas y se congestiona, una espuma brillante y pululante, que cruje de algún modo..., sabes que no tengo miedo de las cucarachas. Y creo que C. tampoco tenía. Sin embargo los dos gritamos, los dos, como desesperados. Yo empecé entonces a golpear, con el brazo delante de la cara, como en la guerra. Sentía mucha rabia, rabia auténtica, y de pronto me encontré con mi gran agenda en la mano. Golpeé sin más, sin parar, el sudor me corría por todas partes y cuando miré...»

«¿Qué, Ed?»

«No sé si puedo...»

«Sí puedes, Ed, sí puedes.»

«Más vale que no.»

«Haz como los novelistas. Cuando tienen que liberarse de algo, utilizan simplemente a otra persona; él, tú, ella.»

«¿Porque todo eso los angustia demasiado?»

«No exactamente.»

«Liberarse de ello.»

«Entonces, ¿qué ve nuestro amigo?»

«Se da media vuelta y ve que C. también da golpes a diestro y siniestro. Para ello utiliza sus sandalias de hippie. Con cada uno de sus torpes golpes suelta un pequeño y compacto grito de guerra, con esa fuerza en la voz, como las tenistas al hacer el saque; suena siempre un poco desesperado, por otra parte es la más pura expresión de su voluntad, ¿comprendes?»

«¿Y qué más?»

«Y entonces comenzó nuestra, humm, quiero decir, la caza de los dos en común. Daban golpes en todas direcciones, prácticamente se abrieron camino a golpazos. Ella un pequeño pang-pang, él un gran zas-zas, calibre grande y pequeño, casi como música, como si fueran Bonnie y Clyde. Y de pronto ella empezó a reír. Tumbada en la cama me miraba y reía... Perdona, otra vez he dicho yo, no consigo cambiarlo. Si digo yo, ¿a lo mejor podrías entender él?»

«Yo es otro.»

«Rimbaud dice que eso sólo es cierto en francés. Y sólo para una época anterior, cuando aún se sabía lo que era Otro.»

«¿En francés?»

«Sí, pequeño y podrido vidente, de eso se trata.»

«Me lo imaginaba.»

«La risa le salió como una explosión. Estaba tumbada en la cama, agitaba los brazos y se golpeaba el trasero con los talones, todo su cuerpo subía y bajaba, y le temblaban los hombros, es decir, reía y gritaba al mismo tiempo, gritaba “¡Sí, síii!” y “¡Qué locura!” y “Uyyy!” y luego empezó el hipo. Un hipo brutal. Un hipo como nunca has visto otro igual.»

Los hombros de Ed también temblaban ahora.

«Probablemente era el shock. En algún momento ya sólo jadeaba. Los ojos se volvían cada vez más grandes, parecía un payaso, las cejas muy altas, y poco a poco empecé a preocuparme.»

«No me extraña, Ed.»

«Sabes que tengo experiencia con las cucarachas. De cuando el servicio militar. Dieciocho meses con esos bicharracos en el cuarto. Entraban por los tubos de la calefacción, directamente de la fábrica de Leuna al cuartel. Las tías eran realmente gordísimas, probablemente mutantes, fortalecidas por la química, a través de generaciones. Pero al cabo de unas semanas yo sabía cómo se comportaban, las conocía, casi diría que sabía cómo *pensaban*. Sé, por ejemplo, que sus pequeños y complicados cuerpos reaccionan a la presión atmosférica, quiero decir, a cambios mínimos. Nada más levantar yo la agenda, ellas lo saben. Cuando paso una sola hoja, lo notan en sus escondrijos, y estoy seguro de que registran cada palabra que escribo, palabra por palabra, transpuestas en finísimas secuencias. En cierto sentido eran como lectoras. No sólo conocían al dedillo mi chocolate o la ropa sucia de mi armario, conocían también mis cartas a casa y también mis eufóricos intentos de componer poemas, palabra por palabra...»

«Has matado a golpes a tus lectores.»

«El secreto es el siguiente: no golpear en el sitio en que están ellas. No, has de golpear siempre directamente contra sus vías de fuga. Y C. lo comprendió cuando me vio persiguiéndolas. Y cuando comprendí, como ella había comprendido, mi experiencia, mi seguridad, de pronto ya no sentí asco, al contrario, era una embriaguez. A través de C. nos habíamos convertido de algún modo en aliados, los bicharracos y yo, perseguidor y perseguido, la vieja comunidad de destino.»

Ed tomó aliento. En los ojos de su zorro apreció... algo parecido al interés, pensó Ed.

«Claro, esto no se puede comparar con las tres o cuatro cucarachas que había en mi taquilla del ejército. Siempre estaban allí, aunque ya hacía tiempo que yo no guardaba nada comestible en el compartimento para las cosas de comer. A veces pensaba que eran siempre las mismas, y me ponía un poco sentimental, un efecto del encierro. Sin embargo, yo ya las había matado a centenares. Prácticamente formaba parte de los ejercicios matinales. Antes de salir de permiso, todos teníamos que acudir otra vez al patio de armas. Dos pasos adelante, abrir la bolsa y sacudir la ropa. “¡Sacudir, sacudir bien, cernícalos!”, ése era el suboficial, el sargento Zwaika, un tío hinchado como una bola. No sabía casi hablar y ni casi ver con los ojos, todo le pasaba prensado

por la nariz. Creo que aquello era idea suya. No había ninguna instrucción de servicio al respecto ni nada parecido. “Porque no queremos que la mujer tenga un soponcio”, antes de cada permiso esa frase, farfullada por la nariz. Probablemente lo hacía con buena intención.»

«Ahora estás escabulléndote.»

«Con el hipo se retiene el aire, se levanta el brazo y cosas así. Pero C. sólo tenía ese temblor brusco y no le salía el menor sonido. Por eso era un caso de emergencia, diría yo.»

«¿Un caso de emergencia?»

«Sí, como si quisiera agarrar la primera ancla de salvación que tuviera a mano.»

Su zorro suspiró suavemente.

«Yo dije: alguien está pensando *mucho* en ti. Bueno, yo no sabía para nada qué hacer.

»“Sí... ckk”, dijo ella, y tiró de mí hacia la cama. En torno a mis pies un ruido como de mil orugas comiendo, pero poco a poco bajó la marea, y poco a poco se hizo el silencio, y en algún momento sólo estaba allí C., su ligero chasquido, realmente apenas perceptible, sólo eso, nada más. Todo era suave a mi alrededor, blando como el terciopelo, y de pronto no sé..., de pronto me resultó posible. De pronto pude mirarla a los ojos mientras lo hacía.»

Ed guardó silencio.

El mar había empezado de nuevo a respirar, con su oscuro fondo y los suaves sobretonos. Ahora hacía casi frío. Ed miró a C. Su mano sobre la cabeza de ella. Sus ojos, su frente alta, sudorosa, un poco ovalada y sus cabellos con los que no hacía nada, nada sino acariciar los muslos de él, nada sino conectarlo a su circuito eléctrico. Las puntas de algunos cabellos se le quedaron pegadas a la polla y se encargaron del resto. Un ligero mareo, como si ella lo hubiera levantado, muy suavemente, más allá de la frontera.

«Esos bichos, Ed...»

«Creo que fue el único modo, bueno, en aquel momento...»

«... te han transformado, ¿verdad?»

LA ENERGÍA DE KRUSO

Kruso y Ed se habían encontrado a través de la intimidad generada por los poemas, y esa comunidad se consolidaba día tras día. Kruso colaboraba ahora en la limpieza del fregadero al término de la jornada, y a menudo se encargaba incluso de arrastrar fuera el contenedor con los restos de comida, todas esas tareas que le habían caído encima a Ed por ser el último incorporado al servicio. Si Kruso rociaba el suelo del fregadero, Ed saltaba como un derviche de un lado a otro con el cepillo de fregar en las manos. Ed, de un modo que sólo él dominaba, perseguía el chorro de agua que caía con fuerza y en ondulados movimientos sobre las baldosas: era una suerte de baile, un prelude de la noche. Al final, Ed secaba el suelo con la bayeta; Losch enrollaba el tubo de goma. Siguiendo una inspiración súbita Kruso puso el pie sobre la cabeza de Ed, pero sin apretar. Ed le agarró el pie para que apretara.

En conjunto era más que familiaridad y más que confianza. En el fondo era una extrañeza común la que constituía la base de su amistad. Que a los dos les fuese imposible hablar de lo que más les oprimía el corazón parecía unirlos más estrictamente que cualquier confesión. Esas palabras no existían, simplemente, y comprender significaba no engañarse al respecto. De todos modos ya nada tenía remedio. Aquello en que consistía su desdicha (y que determinaba su proceder) estaba mejor guardado en un poema. Se habían recitado mutuamente «Sonja» de Trakl, y Losch le había regalado la foto con su desgastada funda, aquella hermosa sonrisa en la que Ed también reconoció a G. Con demasiada frecuencia había cogido la foto y se había tocado al mismo tiempo. Cuando hundía la mirada en los ojos de la joven, su historia y la de Kruso se entrelazaban. «No estás completamente solo en el mundo», murmuraba Ed y besaba la deslucida funda de la foto. Al momento se avergonzaba y notaba que los sentimientos le abandonaban. No debía de haber amado tanto a G. si ya no era capaz de recordar con precisión su rostro. En cambio podía volver a pensar en ella sin el tranvía. La veía sentada en su butaca. Hablaba con él. Su boca se movía pero él no podía oírla. Estaba seria, y lo que quería decirle parecía ser importante. En medio de la frase y sin apartar la vista de él, echó la mano hacia atrás y frotó una hoja de su geranio limonero. La habitación se llenó de olor a limones, y el corazón de Ed empezó a contraerse. Estaba de pie en el frío fondo de un pozo, rodeado de paredes de contenidos muertos, lápidas inmensas que, totalmente cubiertas de inscripciones, habían consumido y transformado su dolor: a distancia.

Por la ventana sucia Ed vio que Kruso inspeccionaba otra vez el contenedor de sobras de comida y que de vez en cuando metía la mano en él. Aunque (o porque) apenas dormía desde que C. se alojaba en su habitación, y aunque (o porque) en ese momento tenía lágrimas en los ojos y podía acometerle la tristeza, se sentía protegido en el fregadero. Contempló lo que los lavados habían dejado al borde de la pila. Varias gomas de coleta, unas sales de baño a base de aceite de pino, el papel que envolvía una pastillita de jabón del Palasthotel. Las manoplas colgadas en la cuerda tendida entre las repisas de las cazuelas aún estaban húmedas; Ed tuvo que hacer un gran esfuerzo para no caer en la tentación de hundir la cara en una de ellas.

Cuando Ed subió de la ducha, había sobre su cama uno de los antiguos pliegos con membrete del Klausner. Poco a poco había ido conociendo los poemas que Kruso, como a él le gustaba repetir, quería reunir por fin en un volumen. «¡No hay nada mejor que componer un volumen!» Al principio, Ed encontraba con toda regularidad un poema a los pies de la cama, después sobre su

almohada, exactamente en el hueco que dejaba allí su cabeza dormida: en lugar de mi cabeza, pensó Ed.

Ya mientras se duchaba lo veía: el papel amarillento, los versos corridos hacia la derecha o hacia la izquierda y la letra con gorritos ensangrentados. Veía cómo Kruso entraba en su cuarto. Ed se imaginaba una especie de respetuoso saludo; como si su amigo hiciera una inclinación al depositar allí la poesía: hasta dejaba ir su imaginación, mientras el agua le corría por las orejas y su cuerpo se entregaba sin reservas a la dicha de estar donde estaba.

Se divisaba Møn. Ed se probó las gafas de Speiche que aún estaban sobre el lavabo; no habría sabido explicar por qué. Fregó las copas y las secó y frotó con el paño de cocina. Por primera vez distinguió la fina línea blanca del oleaje delante de las rocas cretáceas, y el bosque de la costa, una banda oscura, a cincuenta kilómetros de distancia.

«Ah, Speiche», exclamó Kruso. De pronto estaba en la habitación. Llevaba su vino blanco. Se lo dio a probar a Ed, tomó él un trago y succionó las mejillas hacia dentro: su párpado estaba inmóvil, a media altura. Se pasó la mano por la cara, como si ya tuviera sueño, pero era sólo el comienzo de su discurso.

«Tú trabajas en el fregadero. Lo dices todo cien veces mirando a la pila, todas las veces necesarias hasta que está bien. En realidad querrías hundirte del todo allí, sumergirte, pero entretanto te resulta suficiente el pequeño movimiento circular de tus manos en el agua. Está además lo amortiguado, lo apenas audible, los ruidos de debajo del agua. El balanceo a derecha e izquierda cuando un plato va cayendo hasta el fondo, cuando se hunde como un barco. De ahí viene la posición de tus versos. O el ruido sordo cuando algo se va al fondo deprisa, pilas enteras. Todo eso lo puedes salvar, limpiar, sacar, secar: cada ruido es una caverna, es un lenguaje, Ed. Tú entiendes esto, porque vives en el ruido. Y sólo desde él preguntas, o sea: has de decirlo todo cien veces, en el propio oído. Puedes olvidar lo que significan las palabras. Llamémoslo: romper el triángulo semiótico. Al principio es casi insoportable; el tintineo de los vasos, de las tazas, el entrechocar de los platos, el rechinar de los cubiertos, luego el calor insoportable, el bochorno, la suciedad, la grasa, el mareo y las náuseas... Pura pérdida, eso es lo que te parece. Pero nada está perdido de verdad y nadie, Ed, *nadie*. Sigues hablando bajito para ti mismo, con tu voz, cuando estás hablando golpeas con tu voz. Cientos de veces, en el propio oído. Y en algún momento puedes oírlo...»

El tono inocente de Losch. Delante del mapa de la verdad apenas había sonado distinto: bíblico, cantarín. Ed empezó a entender de qué podría tratarse, en lo más íntimo de sus reservas. La poesía era resistencia. Y un camino de salvación. Una inmensa posibilidad. Kruso le enseñó libros. A la colección de veinte títulos, todo lo más, le daba el nombre de «biblioteca». Entre ellos autores como Lev Shestov y Gennadi Vorsterberg, de quienes Ed nunca había oído hablar, y otros como Babeuf, Bloch, Castaneda.

«El pensar vuelve ridículas las cosas, Ed. Todo se convierte en anécdota. Nunca penetramos en el interior de la poesía. También son ridículos los surrealistas, porque tratan de eludir el problema técnicamente, por no hablar de los dadaístas, que lo hacen todo trizas y luego están a la espera de que venga alguien y asegure que todo aquello tenía su razón de ser. Pero lo que nosotros necesitamos es nuestra voz, ella es la música, ella escucha el mundo en las palabras. Lo que necesitamos es nuestra voz y un espacio lleno de ausencia: un lugar donde se gana tiempo.» La gran mano abierta de Kruso señalaba al suelo de la habitación: el suelo se abrió, varias paredes se separaron y Ed vio el fregadero. Veía a dos poetas, uno al lado del otro, ante sus pilas de

fregar. Un gran poeta, que en el futuro se relacionaría con las mejores editoriales del mundo, y otro, vestido con una túnica romana y con algunos cubiertos de aluminio en la mano, con los que realmente sabía escribir y tomaba continuamente apuntes, al lado del grande.

Ed disfrutaba con la confianza de Kruso, quien a ratos se olvidaba de él cuando hablaba, pero eso no le importaba, él habría podido escuchar horas y horas. Su voz bañaba al mundo en otra luz. En sustancia todo era entereza, ni más ni menos una complicada forma de la existencia, al mismo tiempo la única posible. El modo de ser de Kruso era entereza, y Kruso era todo eso: una rara mezcla de severidad, casi castidad y autodominio por un lado, y por el otro lado, determinación, fanatismo casi y una tendencia a lo fantástico y prohibido. Un casto fanatismo, si eso era posible, una mezcla admirable de inocencia e incondicionalidad con la que Losch seguramente se había ganado también a los esekás. Además, su profunda seriedad, una aureola silenciosa y vibrante, o, cómo llamarlo: la energía de Kruso.

Todo podía ser valioso, todo podía ser importante. Como si sólo se tratara de oír, de ver, de vivir, y además, a partir de ahora. Por doquier se escondía la posibilidad de un verso, de una palabra adecuada. Hasta el trabajo en el fregadero y su monotonía adquirirían una importancia perfectamente nueva. La madera flotante, la estufa, el cobertizo del cerdo, los más triviales aspectos de la hostelería, todo podía participar de la poesía. La propia voz, el propio sonido: era una luz, un faro luminoso, por el cual Ed determinaba desde ahora su posición. La palabra «conquistar» le pasó rápidamente por la cabeza.

Por un instante se preguntó si Kruso estaba presente en los lavados. Se preguntó si los había visto a todos, si los había tocado a todos, si los lavaba con sus hábiles manos y si para ello usaba las manoplas. Veía a C. agachada en la pila de él, en la pila para lo más sucio. Veía su espalda larga e impecable, la fila interminable de las vértebras. Veía las rodillas blancas y afiladas delante del pecho, las manos apoyadas en el fondo de la pila. Y veía a Kruso, que iba de pila en pila y repartía pastillitas nuevas de jabón del Palasthotel.

EL CONCIERTO

Junto al búnker no había nadie. Ed había querido ir solo para despejarse la cabeza pero ya a los pocos pasos declamaba ante las olas que tenía a sus pies. «Es el otoño que te partirá el corazón» o también «Don't cry for me Argentina», letras de canciones de moda, de las cintas magnetofónicas de sus padres.

Al principio, su padre había intentado recortar las monsergas de Jauch o de Gottschalk; la estúpida costumbre de los locutores de radio de hablar cuando las canciones ya estaban en marcha: a su padre eso le hacía sufrir y nada podía aliviar ese sufrimiento. Se arrodillaba delante de la cinta, con un dedo sobre el «play» y otro, agarrotado hacía tiempo, sobre la tecla, de intenso color rojo, para grabar. Tenía el torso inclinado hasta el interior del estante con el magnetofón, y el universo de encima estaba retorcido por la tensión de sus dos dedos índices. Había que apretar ambas teclas, exactamente en el mismo instante, hasta lo hondo de su valiosísimo Tesla B 56 (más tarde, B 100), pero Jauch seguía entremetiéndose un poquito. «¡Cierra el pico!», rugía su padre; le parecía que aquella verborrea eran puras ganas de fastidiar. Luego, por fin, un fino chasquido, la cinta se ponía en marcha con su típica demora, por lo que no pocas veces se perdía un segundo más: «... cry for me Argentina».

Ya no había acceso, sólo una hendidura por la que Ed llegó a un pequeño espacio intermedio

abarroto de excrementos y de papeles de periódico. Ya antes de salir de allí, oyó la voz. Era Cavallo, que estaba arriba, en el acantilado. Ed se preguntó si le habría seguido, pero rechazó ese pensamiento. Cavallo le condujo a campo traviesa por la pradera, al vertedero de basuras que estaba tan lleno de gaviotas que apenas se distinguían sus figuras. Cuando se metieron por la entrada de coches en la hondonada, los pájaros se alzaron perezosamente y con ellos un repugnante olor a putrefacción, intenso y sofocante, que cortaba la respiración.

Entretanto, Ed oía un rumor de fondo, así como una especie de canto, sin voz, más bien un graznido, parecido a las gaviotas y a sus infames chillidos.

«Tienen hasta permiso del municipio para tocar», explicó Cavallo. Delante de ellos, a través de un pasillo por entre las morrenas, que a Ed le recordaban tumbas de reyes celtas, brillaba el mar. El sol había cambiado de posición y empezaba el espectáculo diario de su puesta.

Gentes diversas, que Ed apenas conocía, los saludaron efusivamente, mejilla contra mejilla. Luego también la mejilla de Kruso.

«¿Dónde has estado?»

«¿Por qué?»

«¿Por qué llegáis tan tarde?»

Ed quiso bromear sobre su absoluta falta de orientación, pero Kruso le interrumpió al momento.

«No vuelvas a hacerlo, por favor, Ed.»

La velada fue un perfecto caos a base de diversos números del programa, de bebidas y de un nervioso saltar de acá para allá. En el centro había una orquesta de cuatro músicos; la guitarra y el órgano eléctrico funcionaban con una batería de coche fuera de uso. El órgano eléctrico estaba colocado sobre una maleta vieja de tapas duras, delante de la cual se había arrodillado un chico delgado y pálido que parecía ausente mirando al vacío a través de sus gruesas y enormes gafas. En la hierba de las dunas relucían las botellas: Stralsunder, Stierblut, Würger, también Kali y Kiwi, en la medida en que Ed sabía distinguir todo aquello. La batería estaba medio enterrada en la arena y una carretilla de hojalata había sido transformada en tambor de pie. Ed reconoció la grabadora Stern de Mike el Cocinero; la utilizaban como amplificador de la guitarra. No lejos de la orquesta había un fuego que algunos de los esekás alimentaban con leña, con tanto celo y tan a conciencia como si en eso consistiera la tarea más importante que se les pudiera asignar en esta vida.

Ed sentía aversión y un barrunto de desprecio. Deseaba regresar a su cuarto. Allí quería esperar, nada más que esperar, esperar a C. Quizá esta vez dormirían fuera, entre las morrenas, una o dos noches, hasta que el veneno de los fumigadores... Cavallo le puso a Ed en la mano una botella de Stierblut.

El cantante del grupo había empezado a pronunciar una conferencia complicada, enigmática. Arrastraba formando círculos una carretilla de mano de Hiddensee, a la que llamaba la «máquina». Al mismo tiempo la empujaba varias veces, como un ariete, contra el pequeño grupo de esekás reunidos alrededor, que gritando se apartaban de un salto y reían. De vez en cuando, alguno (al que había embestido con más puntería) caía en la carretilla, pero al momento saltaba fuera. «La máquina, la máquina, está aliada con el dios del mar...», salmodiaba el cantante, a él el asunto le parecía más serio. Llevaba un desgastado pantalón marrón, tenía el torso desnudo excepto por un pañuelo al cuello y una cinta de refuerzo en la muñeca izquierda. Ed casi no le entendía. Casi siempre parecía tratarse de un cóctel que alguien había de mezclar para él. «Mézlalo con arte, para que me lleve a otra parte», era más bien un canturrear y chillar, sin ritmo ni melodía. Ed estaba de pie en la penumbra más allá de la periferia de luz rojo-amarilla que

oscilaba sobre los bailarines, como si fueran parte del fuego. Olía a sudor. Ed olía las cucarachas. Había vuelto el bochorno, y los bailarines se despojaron de la ropa.

Cuando la orquesta enmudeció y los punkis y los esekás amantes del blues hubieron terminado su vocerío y su cansino aplauso, se puso tímidamente en el centro un hombre de aspecto asiático. Colocó prolijamente una casete en la grabadora de Mike el Cocinero y empezó a bailar. «Danzas de los jemerés», le murmuró al oído Cavallo, que había regresado a su lado. «Escenas de la danza de las apsarás», completó un eseká que estaba detrás de Ed y le soltaba su respiración en la nuca, «de Cam-boo-ya, *capito?*»

Como todos, el camboyano estaba descalzo, y al igual que hacían los bluseros sacudía su larga y rizada melena negra, pero el efecto que producía era menos desesperado. Su baile era un baile de orgullo y de sensualidad. Todavía en medio del baile Kruso se acercó y quiso abrazar al bailarín, quien perdió entonces por un momento el equilibrio y tropezó, yendo a meterse directamente en el grupo jadeante de los esekás, que atraparon su pequeño y delgado cuerpo y lo alzaron un momento en el aire, como a un vencedor. Aplausos entusiastas, también de Ed. Los dientes grandes y blancos del pequeño camboyano brillaban sobre sus cabezas. Hasta que Kruso hizo una señal y empezó a leer, con ritmos lentos y con toda la inconcebible tensión que habitaba su cuerpo vigoroso de anchos hombros. El libro tenía por título *La noche de plomo*; era la misma oscuridad plomiza que caía en esos minutos sobre el lugar de la reunión.

La voz de Kruso, el timbre de voz de Kruso.

La hipnosis aún duraba cuando él ya había cerrado hacía tiempo el libro. El mar murmuraba cauteloso y suave: «Tú puedes adoptar mi voz.» Un verso como del más allá. Del murmullo creció una semilla y al momento surgieron orden y disciplina. El corazón de Ed hacía circular la sangre, sus ojos brillaban; entró en el estadio de la promesa.

Kruso sacó del bolsillo un puñadito de papeles que puso en la mano a Ed. «El programa para el Día de la Isla.» No necesitó apenas alzar la voz, tanto era el silencio que reinaba ahora. Y como si eso hubiera sido siempre su tarea, Ed repartió entre los esekás las pequeñas hojas manuscritas.

«¿Qué más nos va a pasar, a quién han profetizado?», graznaba el cantante, y otra vez empezó la orquesta. La canción parecía ser conocida. «El bau-tizo, el bau-tizo, el bau-uuu-tii-zo!», gritaba la gente, primero algunas voces, luego en coro, por lo que el cantante empujó el carrito de hojalata (la máquina) al centro de la explanada:

«Juventud adelante, juventud a la cabeza
ábrete sola el camino,
ni fuerza ni ejercicio, la propia voluntad
gué tu vida desde ahora-aaaa...»

Ed tuvo un escalofrío. Pasó un rato hasta que alguien estuvo preparado. Ed vio que una chica trataba de retenerlo, pero el que graznaba en pantalón tirolés puso al momento la mano sobre el hombro de la víctima (Ed lo consideraba víctima) y con ello selló su suerte.

«Juventud adelante, juventud adelante,
mira libre a la luz,
que nadie te rompa...»

La orquesta empezó a tocar un ritmo martilleante y furioso. La víctima, que sólo llevaba puesto un bañador, se dejó atar a la máquina por los ayudantes, con los brazos doblados hacia atrás. Las piernas, cruzadas, se las ataron a la lanza con una correa. Al final, un eseká que estaba allí todo el tiempo de guardia, como una especie de ayudante, y que sólo llevaba puesto un delantal (como un azteca o un obrero de la Antigüedad, había anudado con fuerza el paño por entre las piernas, y

tirando del sexo hacia arriba lo había aplastado y convertido en algo informe), le metió en la boca un tubo en cuyo extremo brillaba un pequeño embudo rojo de hojalata. Sin soltarlo, se movía despacio en círculo.

«Una limosna, por favor, una limosnita, por favor», murmuraba, tras lo cual los circunstantes inclinaban los cuellos de sus botellas, él metía también cada vez un trago de champán. «Despacio, despacio, amigos», advertía el del delantal; después de cada limosna alzaba el embudo en el aire como una especie de señal de victoria.

Entretanto, cuatro esekás levantaban la carretilla con el hombre y la dejaban caer, en un ritmo rápido, como medido. A pesar del suelo de arena, el carro, con sus grandes ruedas y los delgados neumáticos de bicicleta, saltaba por el aire después de cada rebote. La novia de la víctima gemía y reía alternativamente, parecía estar bebida. Entretanto, Ed había reconocido al hombre, era friegaplatos en el Norderende, aquel eseká que en su primer día de la isla le había susurrado a sus espaldas, como un código secreto, la palabra «Crusoe».

La máquina no siguió mucho tiempo en funcionamiento. En una gran procesión bajaron al friegaplatos a la orilla. Ed sintió un nudo en el estómago.

Metieron la carretilla en el mar, tan lejos como por lo visto exigía la ceremonia: algazara, crestas de espuma, el cuerpo del friegaplatos ya estaba húmedo y con un brillo oscuro cuando el vehículo tropezó contra una piedra y volcó.

Con cada nueva ola, la cabeza del hombre quedaba sumergida; los esekás que habían estado en la lanza del carro apenas podían contener la risa. El friegaplatos parecía reír asimismo, a voz en cuello, o gritaba pidiendo socorro; en el fragor del oleaje no se podía distinguir. En su alborozo, el del delantal empezó a volcar el resto del champán en la espuma, «Juventud adelante, juventud adelaante...».

En dos o tres zancadas, en cualquier caso mucho antes de que Ed o cualquier otro pudiera entender lo que ocurría, Kruso había cruzado la playa. Con la palma de la mano golpeó con tal fuerza en la cara al del delantal que éste cayó al suelo en el acto y quedó ridículamente tendido. Luego agarró la carreta, pero el armazón ya estaba hundido en la arena. Varios esekás que se reían un momento antes acudieron en su ayuda; agarraron con fuerza las ataduras y correas que colgaban a los lados. «Na-die, na-die...», rugió Kruso y fijó así el ritmo.

«Seguro que no habías imaginado tu vida en la isla, ¿verdad?»

«Han cambiado muchas cosas», replicó Ed.

Probablemente Kruso ya lo había reconocido por el modo de andar. O simplemente estaba seguro de que tenía que ser Ed quien le seguía a pasos apresurados. Durante un rato caminaron en silencio uno junto al otro. Su valeroso amigo parecía muy tranquilo. Tenía el libro en la mano, y Ed se preguntaba dónde podía haber estado todo el tiempo.

Una niebla fina y salada les saltó al rostro; sobre las piedras de la orilla brillaba la luz de la luna. A Ed le daban vueltas en la cabeza varias frases, de pronto él tenía *una buena sensación*. Pero ya antes de poder hablar sobre C. (y quizá también sobre G.), Kruso empezó con su explicación.

«Ellos lo llaman golpetazo. Cuando la máquina choca contra el suelo, esa mezcla explota: aguardiente y champán; sube directamente a la cabeza, es como un chute hacia otro mundo. No se necesita demasiado alcohol para ello, el efecto se debe a la física, no a la química, ¿comprendes, Ed?»

«Mi fuerte nunca ha sido la física», replicó Ed, avergonzado por la intimidad de su deseo de

hablar con Kruso.

«Antes lo llamaban el servicio religioso. Lo hacen una vez por semana. De un modo u otro, la cosa acaba siempre en el agua. Para ellos se trata del mar, que veneran, que adoran, etcétera. Primitivo, pero comprensible. Su antiguo cantante aún buscaba en el golpetazo procesos de conexiones, circuitos de conexión en la cabeza, programaciones en el cerebro para ampliar la conciencia y cosas así, pero se marchó el año pasado. Desde entonces, la cosa ha degenerado. Incluso el árbol budista...»

«¿El árbol budista?»

«Sí. Un árbol con cien brazos, ramas para ser exacto. Un árbol incomparable, grandioso. Algunos dicen que es un árbol fantástico y soñado. Está en el camino de Capri, directamente en la costa. Lo utilizan para el ritual de iniciación. Luego se sientan allá en lo alto, beben y esperan a ver quién cae primero. A casi todos los cogen al caer, no pasa nada. Dicen que el árbol trae la felicidad a todo el que la necesita. Pero yo no te lo aconsejaría, de verdad. No lo necesitas, ellos te conocen ya, y te aceptan.»

Los desvelos de Kruso. Ed estaba emocionado.

«Han cambiado muchas cosas», empezó de nuevo.

«Tienes razón. Cada vez nos ocupamos menos de nuestros poemas, ¿verdad?»

«¡Lo más sagrado que tenemos!»

La respuesta de Ed había llegado demasiado deprisa. Una mezcla asombrosa de rechazo y afecto.

«Sé por qué estás aquí, Ed.»

Ed guardó silencio. Luego su mirada se nubló, simplemente estaba agotado. Las noches sin dormir le habían puesto la sensibilidad a flor de piel; pero el viento secaba los ojos, y las palabras empezaron a fluir casi por sí solas.

«La foto de tu hermana, Losch. Me recuerda a G., mi novia, que fue arrollada por un tranvía hace un año. Sé que es absurdo pero a veces tengo la sensación de que hemos perdido a la misma persona.»

Kruso se quedó rígido, en la medida en que eso era posible en una playa llena de piedras.

«Tú no eres un náufrago, Ed.»

«¿No?»

«No. Dos noches antes de tu llegada soñé que venías. Te vi venir. Como ya está escrito: que ya era el momento de procurarme un sirviente y al mismo tiempo a él un amigo útil.»

Kruso volvió el rostro al viento y puso una mano sobre el hombro de Ed. Se rió suavemente pero quizá Ed había oído mal y había sido un suspiro o nada en absoluto.

«Sólo es Defoe, Ed, no tengas miedo. Para Robinson, Viernes es el guía, en cualquier caso, así lo sueña. Un guía que le ayuda a bajar de su isla, de su desdicha. En el sueño, Viernes es quien le indica qué lugares ha de evitar para no ser devorado, adónde puede aventurarse y adónde no, o cómo puede conseguir alimentos...»

«Pero la historia se desarrolla de otra manera. El libro cuenta cómo Crusoe salva a Viernes, cuenta completamente lo contrario.»

«¿Estás seguro?»

«¿Quizá me viste en el puerto cuando llegué?»

«No, Ed, sólo lo soñé. Al principio tenía dudas, claro. Pero los poemas lo confirmaron todo.»

Ed se esforzaba por caminar de manera que la mano de su amigo no resbalara de su hombro. Pensaba que era imposible mirar abajo, a la playa, desde una ventana del Klausner. Lo había

comprobado sólo unos días antes. Hasta entonces, él debía de haber estado ciego. Y debía de haber fantaseado cuando el día de la asignación había visto la playa y el cuartel con los prismáticos de Kruso, bajo la mano de Kruso.

Su amigo caminaba por el lado de la costa, lo que le hacía parecer aún más alto. Con un simple giro Ed habría podido apoyar la cabeza en el pecho de Kruso. Notó que también Kruso intentaba mantener su paso, lo que era difícil caminando por aquella playa en declive. Los zapatos de Ed (de Speiche, para ser exacto; los estaba utilizando desde hacía unos días) llevaban ya tiempo empapados porque en lugar de sortear los bordes de las olas que subían suavemente, atravesaba algunas de ellas sin más rodeos.

Kruso le miró.

O miraba, más allá de él, las luces de la patrullera que en aquel momento los adelantaba.

O miraba los diminutos puntos luminosos más allá aún, en el canal de navegación de los barcos de alta mar y de los ferrys suecos, que pasaban tan lentos como los años. Ed sintió que la mano se agarraba sobre su hombro. Volvió la cabeza y en ese mismo instante tuvo los labios de Kruso en el rostro.

MARÉN EL DUENDE

... en silencio, tan en silencio como si sólo la casa escuchara el murmullo que entonan los pinos y prolonga el oleaje, un murmullo suave, moderado, continuado temáticamente y variado por las pilas de piedra y ampliado por las de acero, que bajo el chorro del agua resonaban como tambores con su oscuro fragor, ese ruido doméstico que sumía a Ed en una sensación de bienestar y deleite, porque era *como antaño en casa*; el agua que caía con fuerza en la bañera y el zumbido del calentador, oído desde su cuarto o desde la sala de estar, el viernes a las seis de la tarde, en hondo rumor.

Pero eso no era el día de baño de su infancia, la mejor tarde de la semana, era simplemente aquella noche. Anunciado por los tambores del fregado, a los que seguían los pasos en la escalera, raras veces un susurro, sólo un silencioso y sutil cierre de puertas, cada cual conocía su camino, y eso era uno de los enigmas para Ed. Sólo después, poco a poco, volvía a surgir Viola, el «Concierto de la tarde», después la voz del locutor que por la noche era de otra naturaleza que durante el día, ya que ahora tenía que luchar contra el sueño y la oscuridad, para lo cual el hombre que leía las noticias recalca determinadas palabras y otras casi ni las pronunciaba, entremedias largas pausas y los ruidos del papel al pasar las hojas, hacia delante y hacia atrás, como si el locutor luchara desesperado por la frase siguiente o la estuviera eligiendo en ese momento; sí, está solo por la noche, solo con su voz, pensaba Ed. Pensaba en C., y pensaba *yo quiero*, y sabía cómo lo haría y también qué más después, y después y después.

Volvió a acercarse a la puerta y aguzó el oído.

A las noticias seguía la «Radio nocturna». Un nuevo informe sobre refugiados en Hungría, huidas diarias por la frontera, determinadas palabras se repetían constantemente, o eran sólo las que más hacían patentes las oscilaciones de Viola: embajada, enviado especial, condiciones higiénicas. Ed encendió una vela, apagó de un soplo la llama y profirió una maldición: sus labios habían tocado la cerilla. «Una corriente de aire frío procedente del noroeste entrará en Alemania. El anticiclón sobre el Atlántico oriental favorecerá perturbaciones importantes que traerán tiempo

inestable durante los próximos días.» Ed sintió náuseas. Viola amaba el informe del tiempo, la única contribución que pescaba en el éter frase por frase.

Se abrió la puerta, ruido ajeno y suave. A la parpadeante luz de la vela, el remate del techo de su cuarto se deslizaba hacia abajo, pero siempre volvía a deslizarse desde arriba más pared sucia, primero despacio, luego más deprisa. Rápidamente Ed puso su mano sobre el interruptor de la lámpara.

«¿Quién eres tú?»

«Soy Marén.»

Era baja; tenía el pelo corto y rizado y el rostro de un duende.

«Marén, te has equivocado de puerta.»

«No lo creo.» Miraba al suelo, pero luego, a través de Ed o por encima de él, a la ventana, como si supiera que ése era el momento más difícil.

«¿Dónde está C.?», preguntó Ed.

Ese duende era sólo imaginación, y él esperaba que C. apareciera aún o que de pronto saliera de su pequeñísima figura.

El rostro de la chica se iluminó. «Sí, a primera hora de la tarde todavía estaba en el bosque, pero a última hora no vino a tomar la sopa. Llevaba ya tiempo alojada con nosotros, creo que más que nadie, seguramente se habrá agotado su estancia.»

Deslizándose como en un sueño, Marén se cambió a su cama. Como si obrara en conformidad con una ley superior que Ed también recordaría tarde o temprano. Con la misma rapidez y prudencia empezó a quitarse el vestido, evitando mirarle a él.

«Y tú eres Edgar, ¿verdad?»

Ed caminaba. Lo notaba en los brazos, en el pecho, por toda la piel: algo estaba a punto de explotar. El deseo estaba ahora fuera, y él avanzaba directamente por el terreno lastimado y brillante de ese deseo, tan lastimado y sensible que le causaba dolor todo lo que tocaba y todo lo que no tocaba. El monte bajo le golpeaba el rostro. Ramaje que se rompía bajo sus pies, el bosque olía a podrido.

Estaba muy oscuro, pero podía sentir el sueño de que llenaba la vaguada. Se acercó más y reconoció los contornos de los que dormían, la vislumbre de una lona de plástico, sacos de dormir, ruidos de respiración, un estremecimiento en el sueño. Enterrados vivos, pensó Ed, y de pronto le asaltó la imagen de la fosa común. Como si lo empujaran, Ed dio un paso más, y entonces alguien le agarró por detrás y lo arrojó al suelo. Ed sintió el sabor de Kruso. La crema de Kruso, la mano de Kruso en su rostro.

En la hondonada, el cono de luz de una diminuta linterna brilló un momento y se apagó. Ed gimió silenciosamente y Kruso le destapó la boca.

«¿Dónde está C.?»

«¿Pensabas que podía quedarse para siempre?»

«Sólo quiero saber dónde está.»

«No seas infantil, Ed.»

«¡Y ese duende, que se largue de mi cuarto!»

«¿De tu cuarto? ¿Quién te crees que eres? Es una habitación del Klausner, uno de sus más preciosos camarotes, no lo olvides. C. ha tenido cinco días, más que nadie aquí, no parece que te hayas dado cuenta. ¿Quién crees que lo ha hecho posible?»

«Yo quiero...»

«Sí, Ed, tú quieres. Y desde luego he de decir que estábamos sorprendidos después de todo lo que habíamos entendido que pensabas. Ninguna asignación a Edgar, así rezaba la orden.»

«Uno elige su propio naufrago, eso dijiste.»

«Sí, Ed. *La primera vez.*»

Kruso señaló la fosa de los durmientes. «La asignación necesita criterios, necesita justicia y disciplina, si no, no tiene razón de ser, ¿entiendes? La libertad y el orden se entrecruzan y entremezclan una y otra vez en nuestro camino. No olvides cómo se te acogió a ti. Encontraste aquí tu guarida. Durante demasiado tiempo has pensado sólo en ti mismo.»

Ed tenía un nudo en la garganta. Quiso lanzarse contra Kruso y al punto se avergonzó de ello. Casi no podía respirar. Había perdido a su mejor amigo: de un segundo a otro. Ahora sólo era alguien cuya presencia toleraban. Menos que eso.

«Por supuesto, eres libre de marcharte cuando quieras. No puedo impedirte.»

A juicio de su amigo, Ed había fallado; sin embargo, él lo había hecho siempre todo, había sido un buen compañero, el mejor. Era como si Kruso se lo hubiera arrebatado todo, con una sola frase.»

«Tú me soñaste.»

«Y ahora eres una parte del Klausner; ¿no es eso un sueño?»

En el patio todo estaba en silencio. No había luz en el fregadero, sólo el pequeño tubo lila de neón en la repisa de la barra del bar. Estaban sentados a la mesa de los camareros, bajo la ventana. Kruso echaba kirsch-whisky en una taza de café. Había puesto un brazo en torno a los hombros de Ed y le había llevado despacio, como a un herido, al Klausner. Ed temblaba y los dientes le castañeteaban contra la porcelana. Como si su cuerpo reaccionara en ese momento a la pérdida. La demencia aún llameaba en sus ojos pero la furia se había disipado. Respiraba a pequeñas sacudidas dentro de su taza. Como si sólo se hubiera tratado de encontrar a Losch. Sólo eso. No a C. Y tampoco a G.

«Tendrías que haberte quedado en tu cuarto.»

La voz de Losch sonaba preocupada.

«Te gusta estar allí, de todos nosotros eres el que pasa más tiempo en su cuarto, y eso puede seguir así.»

Dentro del kirsch-whisky hacía calor y se estaba bien. Como si el kirsch-whisky lo hubiera bebido a él. Cuando levantó la cabeza descubrió varios pies desnudos y delgados debajo de la mesa vecina. Alguien duerme tumbado ahí, pensó Ed. Todos necesitan tan sólo un sitio donde dormir, un acomodo, un albergue donde...

«¿Está C. en un sitio seguro?»

«Está bien, Ed. Ha tenido el tiempo que necesitaba.»

«¿Volverá?» El grupo frigorífico saltó de golpe e hizo tintinear las copas de la barra. Las cafeteritas de acero brillaban en la penumbra como recién bruñidas. Ed sabía que por dentro eran marrones y con una costra, algunas casi negras.

«En realidad no se ha marchado. Ahora es una de nosotros. Los iluminados están todos vinculados entre sí, cada mujer, cada hombre.»

Ed respiró hondo y empujó su taza al centro de la mesa. No había entendido bien. Estaba olvidando lo que significaban las palabras. Vivía ahora en una cueva de cavernoso sonido. Allí se hablaba bajito, para uno mismo, con la propia voz. Allí era infinitamente agradable oír el sonido de esas palabras, sentir la fuerza y la energía de Kruso.

«Ellos practican la libertad, Ed. No hay nada que nadie tenga que hacer, nada que *tú* tengas que hacer...»

«¿No piensan, es decir...»

«Aprenden, Ed. Para muchos no es fácil. Muchos están desconcertados y sorprendidos. Eso es normal. Con la libertad descubren de pronto tantas cosas, todos sus deseos soterrados, a menudo de una sola vez.»

El fragor continuaba a través de la noche. Ed estaba incluido en él. El fragor lo reducía al tamaño de un helado, mientras que lo de fuera aumentaba sin cesar. Un día, en el fondo de una de las cafeteritas de acero Ed había descubierto un signo grabado. Se trataba del signo más prohibido del mundo. Distráido en su trabajo, había golpeado varias veces con el cepillo el recipiente de acero y de pronto apareció el legado, brillante bajo la costra. Ed comprendió enseguida la responsabilidad que pesaba sobre ellos, sobre los friegaplatos. Era casi insoportable.

La chica nueva movió el brazo, y Ed se despertó. «Las dos y cuatro minutos. No hay noticias de tráfico.» Seguía el fragor a través de la noche. Ed estaba en él. El fragor lo reducía al tamaño de un helado, mientras que fuera...

LOS NAUFRAGOS II

No hubo ninguna señal, ninguna contraseña. Poco antes de medianoche entraron sin más en su cuarto. Estaban en tinieblas, nadie encendió la luz, Viola emitía el himno nacional.

Nadie que encendiera la luz, como si ésa fuera la condición. Cierta protección, tal vez, una norma de Kruso. Sus contornos se volvían confusos y se mezclaban con las cosas, y así aún estaban presentes de día, en la mesa, en la cama, en el suelo: poco a poco su habitación adoptó la forma del naufragio. Un naufragio extraño y familiar, naufragio de todo un país.

Nadie que hubiera de buscar largo tiempo a tientas el interruptor de la luz, nadie que tuviera que humillarse. Muchos querían devolver algo, había dicho Kruso, pero no había nada que alguien tuviese obligación de hacer, y él no tenía que hacer nada.

Y así era.

Todo ocurría como por sí mismo, sin rostro.

Monika, la pequeña invisible, le había llevado enseguida otra manta al cuarto en la que Ed se envolvía cuando oportunamente se instalaba en el suelo para ganar distancia.

Pero también entre los durmientes clandestinos había quienes no querían en absoluto acercarse demasiado a él y por tanto no osaban ocupar la cama vacía. Silenciosos y sin decir una sola palabra, o sea como fantasmas, cerraban la puerta y se tumbaban en el entarimado.

Así que algunas noches nadie dormía en la cama y en cambio en el suelo se apiñaban varios cuerpos, el suelo sucio en el que aún había montoncitos secos de cucarachas muertas, ordenados de modo tan escrupuloso y casi planificado como si un enterrador las hubiera reunido cuidadosamente. Sin tener plena conciencia, Ed reflexionaba sobre qué animales comerían cucarachas. Probablemente sus crujientes cuerpos contenían todas las vitaminas imaginables, oligoelementos, preciosas sustancias que, correctamente dosificadas, casi podían dar la inmortalidad o al menos conferir una sensibilidad tal que mediante ellas fuera posible leer, no sólo con los ojos, sino también con la piel, por ejemplo cuando la oscuridad fuera completa.

Cuando Edgar se despertaba (casi siempre era un despertar sobresaltado, chorreando sudor, acompañado de una erección, tan dura que dolía; a veces trataba de acariciarse como se

tranquiliza a un niño tocándolo, pero sólo encontraba una estaca carente de comprensión que se elevaba en el aire y había empezado a llevar una vida propia, sin Ed y muy alejada de su esfuerzo por –cómo llamarlo– mantener la dignidad), oía la respiración, respiración propia y ajena, en un acechante movimiento circular, una conversación de aire, hasta que él comprendía el ritmo y se adaptaba a él y podía hundirse de nuevo en el sueño, sumirse en sueños dementes.

No todas las singularidades se las tragaba la oscuridad. Algunos náufragos irradiaban una gran seguridad y confianza en sí mismos. Eran orgullosos, sin amargura, todavía llenos de sueños y de proyectos (un efecto importante de la isla). Muchos hablaban en voz baja con Ed, cuchicheaban a través de las tinieblas del cuarto, decían sus nombres, daban informaciones de buen grado y se mostraban agradecidos. Nunca conoció a ninguno que sólo quisiera sondearle, lo que sin duda se debía a la selección que había hecho Kruso, a su prudencia y a sus *criterios*, de los que hasta entonces Ed no había podido formarse una idea concreta. En algunos, por otra parte, parecía ser un naufragio desganado, que no se distinguía gran cosa de su aburrimiento perpetuo; era como si cumplieran un deber (de ser feliz tal vez), como si persiguieran una imagen soñada de la que habían oído hablar en vinculación con la fama que tenía la isla en todo el país, pero nada tenía importancia para ellos. Con ellos era como si una calma chicha penetrara en el cuarto. Era gente sarcástica, nada más. Otros le parecían a Ed como existencias malogradas, con movimientos lentos e inhibidos por el presentimiento del próximo fracaso. Algunos permanecían de pie largo tiempo, en la oscuridad de la puerta, y no se movían. Como animales medrosos y asustadizos que habían alcanzado el escondrijo pero que no se fiaban realmente de él. Como si tuvieran que conservar un miedo difícil, pensaba Ed.

Cuando se hacía el dormido a veces sentía de pronto una gran compasión. Veía su propia fuga, su búsqueda de un lugar donde dormir; en la respiración de los durmientes clandestinos podía leer sus propios pensamientos desesperados. Algunos hablaban en sueños, con la cara hacia la pared, de pronto hablaban fuerte, inculpaban a alguien con dos o tres palabras y volvían a guardar silencio. Algunos lloraban, contenían la respiración largo tiempo y tragaban saliva para no sollozar. Nunca sabía Ed si tenían los ojos abiertos, si le miraban en la oscuridad... Sí, sí, él había tenido más suerte, y ahora casi se avergonzaba de ello, y éstos eran los momentos en los que no le parecía equivocado rodear con sus cálidos brazos a esas figuras nocturnas.

Desde hacía tiempo no necesitaba despertador, la hora de encender la caldera la llevaba grabada aunque por la noche se perdía la noción del tiempo. Así el picaporte y bajaba a tuestas: escalera de servicio, patio, los peldaños medio desmoronados, y sólo allí, delante de la estufa, en el Agujero Negro, respiraba hondo, muy hondo, y se ponía la ropa.

Ed se quedaba ahora hasta muy tarde en la playa, para contar en la madriguera de su zorro algunas de las cosas que le pasaban por la noche: para desahogarse, como suele decirse. Antes de la puesta de sol daba paseos nerviosos y apresurados por las colinas y el bosque de la zona alta. Durante horas vagaba en todas direcciones bajo el brazo luminoso del faro y esperaba no toparse con nadie.

No eran los náufragos, no: él era el que se humillaba. Sentía asco y tenía lágrimas en los ojos. Cogió la foto de Sonja para acordarse de G. (como desde tiempo atrás hacía a menudo), pero lo que sentía era puro deseo. De pronto le pareció que G. se le escapaba del todo otra vez. Lo comparó con el olor de un manjar del que se veía privado desde hacía tiempo, y él estaba hambriento, muerto de hambre, o más aún: era adicción lo que tenía. Su abstinencia sufrió una

transformación, incluso su dolor estaba impregnado de placer. Era una especie de sufrimiento en cuya cara posterior un alborozo inconcebible entonaba sus cantos obscenos y ansiosos.

A las diez de la noche la ronda en bicicleta. El traqueteo inacabable (como un aplauso artificial y sarcástico) con el que los dos soldados bajaban en bici, por el camino de losas de hormigón, hasta el pueblo. El ruido de su conversación en el viento, el suave fulgor de las ametralladoras a la última luz del día. Por ese camino la pareja de guardias cruzaría toda la isla, hasta Hassenort, una punta de la playa que penetraba en el mar y sobre la que habían construido una torre de vigilancia, dotada de la mejor técnica: eso decía Kruso. Prismáticos que permitían distinguir en la playa cada pelo del pubis... y cada prófugo a tres millas de distancia. También había una ametralladora ligera y «munición que basta para todos nosotros», en palabras de Kruso.

Ed apretó los omóplatos contra la base del faro. Las luces de Rügen, tan cercanas que parecía posible llegar hasta allí dando unos pocos pasos por el agua, llamar a la ventana y decir: estoy aquí. Sintió el viejo anhelo de un techo, de una cueva para su en cierto modo incomprensible desamparo. De isla en isla, seguir y seguir... Ed espiaba la voz que había dicho eso y quería preguntar si eso se refería a toda la vida.

En la espalda, la piedra calentada por el sol. Primero fue un escalofrío, podía sentir las raíces del pelo. Luego una presión suave, sólo agradable; empezó debajo de los párpados y desde allí avanzó hasta la médula.

Estaba en él, allí estaba.

GRIT

Todos hacen como si tal cosa, pensó Ed. Abría las piernas para quedar más abajo. Tenía que inclinarse mucho hacia delante, apoyarse y doblar su miembro hacia abajo, para que se formara un ángulo, con el que no disparase más allá del urinario, del Klausner, al espacio infinito.

Era un reflejo, primitivo y potente. Una especie de canibalismo, pensó Ed. Desde la desaparición de C. (C., la libre de angustias, la danzarina y alegre, el número uno de su lista) estaba inmerso en la corriente del deseo. Había expresiones para ello: «Follar el cerebro y sacarlo de la cabeza», por ejemplo, uno de los raros letreros debajo de la imagen, encima de él el dibujo grabado en la pintura al aceite, verde grisácea, de la cisterna del váter. Un confuso revoltijo, y encima de él una polla que reía abiertamente, cubierta de pigmentos desprendidos. Quién sabe de qué temporada, pensó Ed, y recordó las fotos. Pensó en la tripulación del 68 en el momento de la fotografía, todos los hombres y mujeres con el cuello de una botella en los labios; todos hacían como si tal cosa.

Era doloroso.

Parecían minusválidos.

Levantó la cabeza (todo lo que pudo) y observó el dibujo. A lo mejor lo había hecho Rimbaud. «Sacar el cerebro de la cabeza», quizá era incluso una cita de Artaud. El miembro risueño, que veía allí delante, parecía más vivo que la estaca que él tenía entre las piernas; era de rasgos sarcásticos y Ed sintió la vieja inferioridad. Como si C. fuera sólo un fantasma y la risa nunca hubiera estado a su lado. Como si todavía estuviera sentado en el árbol de la verdad, en medio de una parcela de bosque quemada, un calvero carbonizado, un chaval de catorce años que habla en voz baja, al oído de su amigo Hagen, de «acostarse» (los labios de Claudia Cardinale y Hagen, que dice: «A mí con eso enseguida se me pone tiesa», y Ed, que replica en voz baja: «Sí, uno

querría acostarse con ella al momento», a lo mejor lo había dicho en aquel momento por primera vez, (por primera vez había hablado con alguien en serio *sobre eso*), usando esa palabra cálida, suave, probablemente turingia, mientras que «follar» y «echar un polvo» seguían siendo inasequibles, estaban al otro lado, con las expresiones de un mundo sin disfraz, despiadado, un mundo en el que se iba al grano, como suele decirse, y con el que él probablemente nunca podría competir.

El ruido fragoroso, a su espalda, del agua de la cisterna (sin vergüenza, sin fin) y el camino de vuelta por el pasillo. La puerta de Kruso, la puerta de Mike el Cocinero, la puerta de su vecino Cavallo, del que raras veces, casi nunca, oía algo.

Ed abrió cautelosamente su cuarto. Una corriente de aire y al mismo tiempo un movimiento en la habitación.

«Me llamo Grit.»

El olor del Palasthotel. Ed podía oler la humedad de su pelo, y con el pelo húmedo avanzó a tientas hacia él y tendió la mano, tal como ella lo había aprendido de una vez para siempre. Ed tuvo que buscar la mano y cuando la encontró, era muy pequeña, más pequeña que el olor de Grit.

«Hola.»

En voz muy baja Grit explicó que ahora iba a tumbarse en el suelo, cosa que no permitió Ed. Ella estaba excitada, daba la impresión de que tenía miedo y empezó a hablar de inmediato.

«Gracias por haberme acogido, es decir, Kruso, es decir, Kruso dice que aquí todos somos... compañeros de destino, pero yo estoy por primera vez en la isla y...»

«Hola. Me llamo Edgar.»

«Lo sé. Kruso me ha dicho tu nombre, y me lo ha descrito todo muy bien, cómo llegar al fregadero, qué pila, qué habitación...»

Conversaron.

Su cuchicheo era como un murmullo proveniente de un rincón, desconocido aún, de su cuarto. Consideraban también que las noches eran una posibilidad de *cerciorarse*; eso ya lo había comprendido Ed por lo que los náufragos le daban a entender, entre susurros, en voz baja, a menudo con medias palabras apenas inteligibles. Sus experiencias del día, su preparación en la playa y el efecto incomparable, decisivo, de la isla: exactamente como Kruso se lo había dicho antes a ellos.

Sí, Kruso era su amigo, dijo él.

Sí, sí, un amigo de verdad, un amigo íntimo. Amigo y maestro.

Rieron un poco. Ed hablaba así por primera vez. Podía expresar su admiración, sin trabas, sin sonrojo. Admitía su veneración. En Grit encontró un eco. O él era el eco. Grit le tomaba más en serio de lo que él se había tomado nunca: como friegaplatos del Klausner. En Grit comprendió Ed su papel; era un miembro de la legendaria Arca de Kruso que había acogido a Grit. Para Grit Ed era una prueba, un ejemplo en el que todo el que quisiera podía saber qué *apariencia* tenía la libertad.

Grit contó lo que el maestro les había explicado en la playa. Para Ed era como si no hubiera visto ya desde hacía tiempo a su amigo, y como si ahora, con Grit, hubiera regresado a su cuarto, a su sitio de costumbre, a la cabecera de la cama...

«Dice que nosotros, quiero decir, que los que estamos aquí» (le tocó en el pecho y quizá también a sí misma en algún sitio), «formamos la célula más pequeña. Que ésta era la primera y a veces también la única posibilidad, al menos para el comienzo, la posibilidad de una comunidad inmediata, que aparece en lugar de la deformada situación general. Dice que la libertad está

siempre presente, en nosotros, como una herencia profunda. Dice que hoy en día es muy difícil aceptar esa herencia. Y que en el fondo es casi pedir demasiado. Pero que aquí en la isla eso es posible, aquí a orillas del mar, y que quien no tiene miedo siente el hondo latido de la isla...»

Seguía hablando.

Él le había pedido que lo hiciera.

Nadie encendió la luz.

Los iluminados no necesitan luz. Sólo los tenebrosos.

¿No podría repetir lo que había dicho? Lo hizo sin vacilar como si no fuera más que otra preciosa ocasión de recibir doctrina.

Y de pronto todo coincidía. Ed empezó a comprender a Losch. Primero los hombros, luego las caderas. La apartó un poco a un lado, suavemente, luego con fuerza y decisión. Estaba tumbada ahora boca abajo. Él la tenía cogida por la cintura, como un jarrón. Esperaba y escuchaba. Cerró los ojos y la cubrió con su cuerpo. Ella seguía hablando, mientras él estaba dentro de ella. Era como si él repitiera lo que decía, con esa entonación, con esas palabras.

«Otra vez, por favor, o-tra-vez...»

«Sí», susurró Grit, «sí».

Cuando Grit, desconocida e inconcebiblemente familiar, sólo dejaba oír la respiración acompasada del sueño (había cruzado los brazos delante del pecho), Ed bajó a tientas al sótano y ocupó su sitio delante de la caldera. Desenroscó despacio la tapa de la estufa y contempló los residuos. Escoria, tierra, costras de ceniza en complicadas formas geométricas. En medio un montoncito lleno de clavos o clavijas, en parte forjados a mano, quemados con la madera flotante, restos de barcos que habían querido navegar Dios sabe adónde y que al final habían ido a tropezar con una guerra o un temporal... El fuego le calentaba el rostro. Se le cerraban los ojos, la estufa abierta le calentaba hasta el fondo de las cuencas de los ojos. Durante un momento de meridiana claridad que nunca retornaría le pareció que conocía todos los destinos del país. Su número era limitado, cinco o seis tipos de destino, el suyo propio entre ellos.

DOSTOIEVSKI

Cuando Ed regresó del mar al fregadero, le cantaban los oídos. Era como una sirenita, directamente en la cabeza, pero mantuvo la calma y reanudó su trabajo; hizo a su vez varios ruidos con platos y cubiertos, y al cabo de un rato aquello dejó de sonar.

Más aún que las sartenes Ed odiaba los grandes cucharones para sopa. No habría podido decir por qué, pero se había convertido en una enemistad declarada. Los lanzaba despectivamente en la pila y metía el puño en su aburrida concavidad, deprisa, con excesivo apresuramiento y sin mirar lo que hacía. En general era sólo una cuestión de tiempo que el cucharón, aprovechando toda su alevosía (y la ley del equilibrio), consiguiera darle en la cara con el mango de aluminio, larguísimo y rematado por aquel feo gancho. Como un reptil prehistórico, declarado extinto siglos atrás, el cucharón salía de repente del agua cubierta con una fina capa de espuma grasienta y le disparaba a los ojos un caldo corrosivo. Maldiciendo a ciegas, Ed daba manotazos en el aire... y al mismo tiempo le llegaba el golpe.

«¡Cerdo estúpido!», rugía Ed. Era una ofensa inconcebible.

A menudo, las caras exteriores de los cucharones estaban ennegrecidas, como si los hubieran

metido directamente en el fuego para preparar alguna cocción, alguno de los mágicos venenos de Kruso, tal vez para la sopa sagrada..., «maldito chamán», mascullaba Ed y restregaba el aluminio.

Entretanto hacía ya más calor y el aire del fregadero era más pesado y sofocante. De la pila en la que removía las manos subía un vapor corrosivo, el detergente le abrasaba las mucosas. «Maldito chamán, malditas apariciones nocturnas...»

Ed tenía miedo de perder el conocimiento en la niebla de aquellos vapores. Desde que su habitación figuraba en la lista de distribución de Kruso estaba aturdido por el agotamiento. «Cacharros, cucharón, chamán...», repetía su cerebro, Ed maldecía a media voz, todo hervía y le corroía, se volvía exigente, se enfurecía, un conflicto previsible desde hacía tiempo: «Qué hierbas malditas, Losch, y además, para qué esta sopa repugnante, para qué estos fantasmas romanos en el fregadero...» Bajo la influencia del detergente y marcado por la huella del feo ganchito (el maldito cucharón le había puesto su sello), anunció a Kruso que él estaba acabado, y además, *definitivamente*. Sin la menor conciencia de sus actos clavaba la mirada en la pila. Un plato rodó al suelo, y por un momento vio a C., como una especie de vajilla: redonda, brillante, veía su frente y la espuma de él encima, algo húmedo y de color claro que se le metía en el pelo y en los ojos y que él tenía que limpiarle.

Terminado el trabajo, podían pasar horas hasta que se le pasaba el mareo.

Ed se preguntaba cómo lo hacían los demás, Chris o Cavallo, cómo conseguían estar sentados tranquilamente a la mesa del desayuno mientras que él, taciturno y con los ojos hundidos, miraba su tostada con mermelada y trataba de pescar al vuelo una mirada de Kruso. Ed tenía que hacer un gran esfuerzo para resistir la tentación de poner la cabeza sobre la mesa del personal. En el fondo sólo podía haber una explicación: ellos dormían. Hacía tiempo que estaban acostumbrados al *sistema* de Kruso. Sin contar a Rolf, Ed era el más joven del Klausner, no un novato ya, pero sí un principiante, y en todos los sentidos. Sus experiencias sexuales eran limitadas, y..., sí, más bien superficiales, como hubo de admitir. C. había sido la excepción, un comienzo, una caída.

A la larga, Ed no se quedó solo con su agotamiento. La temporada alta exigía su tributo. En las carreras precipitadas del mediodía, ahora, cada vez con más frecuencia, se producían choques en el estrecho corredor que unía la sala del restaurante con el fregadero. Platos que acababan hechos trizas, salsas que se derramaban, filetes y ruladas por el suelo. Además, maldiciones, empujones, incluso luchas a brazo partido, y al final la pura algarada. Entonces era el matrimonio de la barra el que iba y venía como el padre y la madre y tenía que calmar los ánimos. Consolando y exigiendo al mismo tiempo hablaban persuasivamente a Chris o a Cavallo y, como si se tratara de una modalidad de la hipnosis, agitaban las copitas con los líquidos multicolores y de elevada concentración. En la marea viva de la hora punta, la función de asistencia de la barra era indispensable, y día tras día cobraba más importancia.

Tradicionalmente, cada camarero tenía su propio vaso. Esos recipientes de cristal que llevaban la bonita denominación de «vasos para después del trabajo», estaban en un cajón especial del mostrador en el que Rick había escrito «Privado» con bolígrafo azul sobre cinta adhesiva blanca que recibía el nombre de «cinta de carne de gallina». En el caso de Rimbaud era un vaso de fondo grueso que tenía dentro una burbuja de aire; en el caso de Cavallo, una especie de pequeño cáliz de vidrio prensado pero limpiamente tallado; y en el de Chris, la copia de una copa de medio litro con forma de bota con la inscripción «Buena suerte en Sulzbach-Rosenberg», el regalo de un

turista de Baviera: por el entusiasmo personal con que le había atendido un alemán del Este, así lo proclamó solemnemente aquel hombre. Lo exótico de aquello aún saltaba a la vista. Rarísimas veces, en efecto, llegaban a la isla algunos despistados germano-occidentales; desde su punto de vista, aquella isla oriental parecía estar tan alejada como lo estaba el oeste para los esekás, o sea, inmensamente lejos. Tal vez eso se debía a que nadie reaccionaba realmente a las noticias de Viola, en las que desde días atrás se hablaba de gente que huía hacia el oeste. Esas informaciones parecían carecer de verdadera importancia (y eran apenas dignas de crédito), en comparación con la historia de la copa con forma de bota de «Buena suerte en Sulzbach-Rosenberg».

Conforme avanzaba la temporada se hacía cada vez más ineludible beber algo antes del final de la jornada, y ya a finales de julio no era nada raro tomar aguardiente en el desayuno. Ed había observado que Rimbaud pedía a Rick que le preparase por la mañana su bebida en una taza de café, una dosis de aguardiente de trigo y de Pfeffi (licor de menta), que Rimbaud llamaba «menta de los prados». Rick consideraba su deber *tener en reserva* (era su expresión) en cantidad suficiente las bebidas favoritas de la tripulación, por lo que Lindenblatt (Debroer Lindenblatt), por ejemplo, y licor de manzana (la bebida de Mona) sólo se servían a la tripulación: «es artículo de asignación especial», explicaba Rick. El consumo se apuntaba y se deducía cada mes del salario; a menudo el sueldo y el consumo estaban equilibrados. Mike el Cocinero bebía una mezcla de kiwi (kirsch-whisky) y aguardiente de trigo, de vez en cuando también champán de la Unión Soviética con zumo de piña de lata. René y Cavallo bebían kiwi con Lica (licor de café), el vendedor de helados también a veces Rosenthaler Kadarka, vino importado de Bulgaria, muy codiciado por su dulzura extrema. Ed bebía Lica puro o WurzelPeter, un aguardiente de hierbas que él conocía de su época del servicio militar y que no era fácil de conseguir, pero Rick había acogido con indulgencia su elección. Karola bebía Gotano (un vermut) o ponche de cerveza, su especialidad propia. Un brebaje a base de frutas diversas, aguardiente de vino, vino y cerveza, que ella mezclaba en cubos de diez litros y dejaba reposar en la bodega. El ponche de cerveza tenía mucha demanda. Junto a la cerveza efervescente, que Rick llamaba «de Potsdam», era una de las especialidades legendarias del Klausner y se volvía a preparar cada tres días. Krombach bebía Goldkrone, un brandy que Rick convertía en uno de los que *dejaban ciego*. A Chris se le veía a menudo con Lihue (licor de huevo) en la taza de chocolate. Rolf bebía vodka con cola, una mezcla que en los salones de baile acababa de ponerse de moda. Y todos bebían Stralsunder, la cerveza era floja pero apagaba la sed.

Pese a todas las dificultades, la cocina descollaba como una roca en el oleaje. Mike el Cocinero era un rey, y cuando el rey vociferaba en medio de su sudor, no podía haber titubeos. Nadie cuestionaba el primado de la cocina ni la suave autoridad de la barra. Sin embargo, siempre había momentos en los que no sólo René sino también Cavallo o Rimbaud se comportaban con superioridad e insolencia; quien nunca lo hacía era Chris. Emergía de pronto a la superficie una jerarquía proveniente de antiguos tiempos, según la cual un friegaplatos estaba abajo del todo, por supuesto millas por debajo de la cocina y de la barra, pero también sobre todo por debajo de los camareros, aunque ninguno de ellos fuera en realidad camarero ni friegaplatos, sino profesor de filosofía, doctor en sociología, poeta que escribía buenos poemas, artista de la vida en una costa escarpada o, como en el caso de Ed, estudiante de filología germánica.

¿Pero realmente seguía siéndolo? No.

¿Y realmente quería seguir siéndolo? No.

¿Y consideraba posible volver alguna vez a esa antigua forma de existencia?

Sin respuesta.

Y los otros, ¿qué eran?

¿Se habían marginado o los habían marginado? Al mismo tiempo en la legalidad y en la ilegalidad, fuera de la llamada producción (el maquinao centro neurálgico de la sociedad), sin ser héroes del trabajo estaban atosigados de trabajo (¿no sonaba gastrónomo casi como cosmódromo, como espacio infinito, como tierra y hombre?), por tanto no inútiles, no parasitarios en absoluto, sólo ya totalmente al otro lado, lejísimos, parecidos a los cosmonautas de los cosmódromos y todos entregados a la nebulosa galaxia de una vida liberada que se reflejaba en sus ojos brillantes, como se reflejaba la imagen de la tierra en los cascos de los héroes de la navegación espacial cuando abandonaban la nave nodriza para dar «un paseo por el espacio», como decían los eufóricos reportajes... Sí, todos eran héroes, héroes de la temporada, héroes de esa vida, todos en común y cada uno por su cuenta, con la copa de después de la jornada en la mano: «¡Por la proscripción!», «¡Por los proscritos!», «¡Por la isla!», «¡Por Kruso!», «¡Por el mar, el mar infinito!» Rick llenaba una vez más los vasos, vasos de la promisión, vasos de la obstinación, y vasos de la terquedad.

Ed, en efecto, había oído hablar de esekás que, según decían, ya habían publicado en revistas y antologías (qué sonido mágico había en esas palabras), poetas de propia elección, escritores autores de sí mismos en cierto modo, que podían contar con la admiración general cuando llegaban al atardecer a la playa y hablaban de la posibilidad de nuevas obras, tan llenas de vida y tan grandes como si sólo pudieran ser creadas por el mismo mar, sólo por el mar y sólo en aquel lugar.

Ed iba más lento y cometía errores. Se le cayó de la mano una pila de platos, tras lo cual René empezó a tamborilear con la cuchara de servir helado, e imitó una especie de toque de atención. Kruso le ayudó al punto a recoger los pedazos rotos. «Es importante que los quitemos todos.» Ed veía los pies desnudos sobre las losas, *los pies que iban a llegar*, pensó Ed.

Su amigo trabajaba sin descanso, se dirigía a Ed con palabras y miradas; con toda facilidad, en apariencia, conseguía enlazar con los días de los poemas, de las correrías y de un paseo nocturno por la playa. Palabras y miradas, como si Kruso supiera de Ed por Grit, lo mismo que Ed sabía de Kruso por Grit, como si, por tanto, lo supiera todo de él, tan extraordinariamente suaves y pacientes eran sus ojos: no, Ed no estaba acabado, no definitivamente.

Balanceándose, el Klausner mantenía su rumbo.

Todo lo que acontecía, no sólo acontecía, cada catástrofe era un elemento necesario para el desarrollo total. Como si, a través de los choques, de las maldiciones y las citas («Por qué avanzan la luna y el hombre, los dos juntos tan derechos al mar»), se alcanzara la necesaria tensión para hacer que siguiera funcionando, a gran altura sobre el mar, la caótica maquinaria empresarial del hostel. Lo importante era no perder los estribos, como encarecía Rick, cuya sabiduría de bar era de extraordinaria importancia en esos días.

Una vez le dio un ataque a Rimbaud. Aunque lo intentó con desesperación, ya no consiguió desligarse de su recitación. Su mirada torcida y la contracción animal de sus labios causaban compasión.

«Fama, ¿cuándo llegarás?»

Llegó tarde el intento de meter la cabeza de su camarero más inteligente en el agua fría de la pila de los cubiertos. Declamando con fuerza y con autoridad, Rimbaud se liberó de la garra de Kruso y salió en tromba a la terraza, con el brazo lleno de platos que iba cogiendo en su veloz carrera hacia fuera, para arrojarlos a las mesas de los turistas desprevenidos y mortalmente

asustados. Al mismo tiempo enseñaba los dientes, grandes y blancos bajo los mostachos, se apoyaba en el respaldo de una de las sillas del jardín como si estuviera ante un gran auditorio, pero no habló a la masa de turistas, como siempre muy numerosos, sino que sólo le vociferó al oído al cliente que se había sentado precisamente allí, en aquella silla:

«No sé por qué...» (pausa, dientes, mostacho tembloroso),

«pero siempre me pareció...» (dientes hacia la multitud, dientes hacia el cuello),

«que él ya no vivía conmigo en la prisión» (mordisco).

O mordisco fallido, porque en ese momento Chris y Cavallo lo agarraron y se lo llevaron. Rimbaud se pasó varias veces los dientes por el bigote, como si quisiera arrancárselo. «Dostoievski», suspiró Cavallo, «ahora está con Dostoievski...»

Por la tarde, Ed casi había olvidado su odio a los cucharones. Con la vajilla del café todo fue más fácil y llevadero, y al término de la jornada bebió Lica con Cavallo. Había superado el trabajo. Se sentaron en el lugar de descanso en el patio y en silencio compartieron el bálsamo del ánimo satisfecho. En algún momento se unió a ellos Mike el Cocinero y colocó su cuerpo de ballena sobre el banco. Cavallo escanció, nadie hablaba, tampoco estaban unos enfrente de otros sino en fila, como escolares, súbitamente adultos, en sus pupitres, y contemplaban los pinos de la linde del bosque, que habían empezado a brillar a la luz del temprano sol poniente. No había nada mejor.

Al cabo de un rato, el amarillo de los pinos se volvió más oscuro y penetró más hondo, en las cortezas de los árboles, hasta que estuvo dentro de ellos y finalmente empezaron a brillar por sí mismos. Cavallo llenaba los vasos cuando llegó la pregunta:

¿Por qué la luz de los pinos es tan buena para nuestros ojos?

Los escolares súbitamente adultos reflexionaban sentados en su pupitre. Cavallo dio la respuesta.

Es el alma de los pinos, que brilla.

Está emparentada con nuestra propia alma, completó Ed, como puede verse en los cuadros de Bonnard, por ejemplo.

Según eso, el color del alma sería de un tono entre el amarillo y el marrón, pensó Mike el Cocinero, y dijo: «Tengo que poner a hervir patatas para mañana.»

El cocinero se levantó suspirando. Cavallo le dio unas palmaditas en el hombro.

OREJAS

29 DE JULIO

¿Los criterios de Kruso? Rimbaud dice: Todo es poesía y en eso Losch no se equivoca nunca, «a despecho de unas fuentes moralmente oscuras». Chris asegura que yo soy el único a quien le asignan casi únicamente mujeres. Con los hombres es distinto. Con Tille estuve incluso a orillas del mar, por las olas, fue maravilloso. Todo el cansancio, como si se lo llevara de un golpe el oleaje. Tille quiere estudiar fotografía o cine, pero no le dan plaza en ninguna universidad, no tiene perspectivas. Lo estudia todo por su cuenta, dibuja, lee, está lleno de energía. Ahorra para comprar un buen aparato del oeste. Me habría gustado enseñarle también el sótano.

El abeto de detrás del cobertizo rastrillaba la luz de las seis de la mañana en anchas estrías. Todo estaba en silencio. Desde que Ed se encargaba de la caldera, su jornada empezaba en el

montón de la madera, junto al tajo. Se apilaba varios leños en el brazo y los llevaba hasta el sótano. A veces veía al director que llegaba de la costa alta y se acercaba a pasos cortos al Klausner, como hipnotizado. Llevaba al hombro una toalla blanca, cuidadosamente doblada.

En el Agujero Negro Ed podía oír cómo Krombach arreglaba su despacho, cómo corría la silla, hacía la cama. En algún momento, el teclear de la máquina, escribiendo la carta del día: ragout fin, solianka, fricasé de pollo, bistec a la pimienta, escalope a la cazadora. Ed estaba sentado delante del hueco de la estufa y contemplaba el fuego. Su deseo sexual existía, pero como disuelto, ajeno y sólo con la finalidad de volverle loco. En algún momento el deseo se abrió camino, susurró algo así como «orejas, oh, esas orejas!», y de pronto nada podía excitarle más que unas orejas pequeñas y bien formadas. Era absurdo. Algunas orejas sonreían de continuo, y otras permanecían serias y resueltas. La expresión de una oreja podía estar en perfecta contradicción con la expresión del rostro, la expresión, por ejemplo, de los ojos. Por lo general, la oreja era mucho más sincera, llevaba menos disfraz. Y por lo general, las orejas parecían más inocentes que los rostros. La oreja de C., con el pequeño lunar en la parte de arriba, había sido superior a todo en ese aspecto. Al principio, cuando aún no se había acostumbrado a verlo, a veces pensaba «una migaja», con la mano ya preparada para quitársela. Al final, esa migaja lo contenía todo, lo expresaba todo. «Mi queridísima oreja, la más querida», susurraba su deseo, que añadía a la vez algunas escenas. Las orejas bonitas eran como sexos, o más: una abertura siempre visible. En el mundo, al parecer, había muy pocas orejas con pinta de delincentes.

La víspera, cuando volvía de la playa, Ed había visto un hombre con orejas violentas; mordía a un niño en el cuello. Pero un momento después se podía comprender todo el movimiento: el ligero subir y bajar de la cabeza y la lengua asombrosamente larga en el cuello de la camisa. El hombre estaba lamiendo al chiquillo. Luego le devolvió el helado, el goteante barquillo, que había mantenido alejado todo el tiempo con el brazo extendido. La rodilla doblada y el brazo extendido tenían de pronto algo de caballeresco; la delincuencia había desaparecido. Mi padre nunca me habría lamido, pensó Ed. Observaba el termómetro en la caldera. El crepitar del fuego después de encenderlo era como una corriente que le envolvía, le bañaba, le calmaba. Allí estaba su sitio, en el sótano, junto a la estufa. Allí podía estar solo, estar tranquilo con las cosas.

Le gustaba hacer un recorrido e inspeccionar los armarios. Los objetos requisados, la caja fuerte, la bañera de cinc del Klausner primitivo, con el letrero «Eremitage en Tannhausen». Desde arriba le llegaban los primeros ruidos de cocina, Mike el Cocinero empezaba a trabajar.

La transición a la bodega terminaba en una puerta de acero, no cerrada con llave. Detrás, seis grados Celsius y el zumbido del grupo frigorífico. Al comienzo de cada temporada llegaba al Dornbusch un camión lleno de bebidas alcohólicas; todo lo almacenable iba a parar a la bodega. En el suelo, detrás de la barra, había una trampilla y una escalera que llevaba abajo, a la bodega de las bebidas. Un problema de la barra era que en la humedad mohosa del sótano las etiquetas se desprendían de las botellas, se pudrían, se llenaban de moho, y con el tiempo adquirían un color pardo. Como también se pudría el cartón de los cajones de bebidas, había que coger cada botella una por una, con cuidado: Rick se lo había enseñado. Ahora Ed le echaba una mano muchas veces al barman. «¡Hormigón del Führer, indestructible!», exclamaba Rick, cuando bajaba por la resbaladiza escalera de hormigón; era una de sus anécdotas preferidas. El Klausner tenía que estar agradecido por la escalera azul, como él la llamaba (por la dureza del hormigón), a los soldados de la Marina, que al comienzo de la guerra habían estado acantonados en el hotel del bosque para llevar a cabo las instalaciones de la defensa antiaérea y sus búnkeres del norte, con sus canales subterráneos que por lo visto se extendían por toda la tierra alta.

«Sin duda alguna el mismo material, buen hormigón alemán para búnkeres.»

Desde principios del mes, en el Klausner se consumían diez barriles de cerveza diarios, mil litros. Ed lavaba los barriles, que despedían un olor infame. Rick clavaba el tirador, un instrumento de antes de la guerra, con conexión para el dióxido de carbono y un manómetro. Cuando clavaba con el martillo la barra en la boca del barril, Ed tenía que girar el tornillo con la junta de goma. De vez en cuando la cosa fallaba, y acababan nadando en cerveza o en limonada efervescente. Rick siempre mantenía la calma, soltaba sus tacos, pero con mucha tranquilidad. Para Ed, Rick era la persona más equilibrada de la isla. Rick decía que la isla le había ensanchado el alma. Beber le parecía algo bueno. Al fin y al cabo, el alcohol que ellos sacaban del barril, afirmaba, no era el alcohol de la tristeza sino de la felicidad. «El alma mete ruido y quiere más placidez», decía Rick.

La mirada soñadora de Rick y sus cejas delgadas y muy arqueadas, que en sus extremos formaban otra vez una pequeña curva hacia arriba, inspiraban confianza a todo el que entraba en la mágica atmósfera de la barra. Rick irradiaba bondad. Y sin embargo era un gigante y a primera vista muy alto, demasiado voluminoso para la barra. Pero tan pronto entraba en contacto con copas y bebidas, sus movimientos se volvían ágiles, casi felinos; daba gusto verlo trabajar, cualquier gesto era una caricia para su entorno. Por otra parte, llenaba casi por completo el sitio que había detrás de la barra, por lo que Karola, su mujer, a menudo tomaba posición delante para trabajar desde allí. Pero eso no parecía ser un problema para ella. También sabía tirar cerveza desde delante con sus delgados brazos y manejar las dos enormes cafeteras, las bombas de café, como las llamaba Rick. Cada bomba daba cuarenta cafeteritas, a la hora del café de la tarde se servían («se sacaban», decía Rick) de media trescientas cafeteritas, o sea, siete u ocho bombas diarias.

Rick tenía la sabiduría y Karola se ocupaba de las matemáticas. Tenía en la mente todos los precios. Con la cerveza (0,56 marcos), el aguardiente de trigo (1,56 marcos) o el refresco de barril (21 pfennigs el vaso), era fácil; pero la mujer de la barra sabía también lo que costaba cada uno de los infinitos vinos, los Murfatlars, los Cotnaris y Tokays, por no hablar de los innumerables aguardientes checos, polacos, rusos o de los vinos espumosos que se habían puesto de moda y tenían enorme aceptación entre los clientes. «Es que tiene la cabeza pequeña», decía Rick.

Karola era como Ed se imaginaba a la *berlinesa típica*: orgullosa, agresiva, sin pelos en la lengua. Tenía un pantalón y una chaqueta vaqueros blancos que se ponía a veces incluso en el trabajo. Cada uno de sus movimientos era enérgico, y en ella todo inspiraba respeto, incluso su melena pelirroja que durante el trabajo se recogía en un moño alto que oscilaba peligrosamente a cada paso pero nunca se deshacía. Karola le hacía a Krombach el balance final del día, y también era ella la que llevaba la cuenta de las deudas de la tripulación en el bar: nadie más habría sido capaz de hacerlo.

Desde el principio, el matrimonio de la barra había tratado muy bien a Ed, casi con afecto, como unos padres o, como mínimo, de una manera que él echaba de menos. Rick le había elegido para la bodega, él había pasado a ser el ayudante de Rick, en lugar de Rolf o René. Y Karola le llevaba cada día al fregadero té recién hecho, y de vez en cuando les daba a Kruso y a él, durante el trabajo, su masaje con cubitos de hielo. Utilizaba el hielo como una herramienta y hacía con él un movimiento largo y fluido, como si estuviera trinchanto. «Tú sigue trabajando, pequeño, haz como si yo no estuviera aquí, créeme, sólo eso relaja de verdad.»

Al igual que Krombach, el matrimonio de la barra vivía en una de las diminutas cabañas de madera que había en torno al Klausner. Rick los llamaba chalets. No tenían agua ni váter y muy

poco espacio. «¿Pero qué más se necesita?», preguntaba Rick, y empezaba uno de sus monólogos de barra. El estado de cosas en la isla, decía, había configurado con más *indulgencia* al hombre. «Como si alguien hubiera alargado el tiempo, Ed, hacia lo infinito.»

LA RAÍZ

Sus experiencias habían hecho comprender a Ed que no se libraría tan fácilmente del deseo despertado y atizado por C., pero luego, de pronto, aquello había pasado. Los náufragos murmuraban sus nombres en la oscuridad y unos segundos después él los había olvidado. Ni siquiera recordaba si habían hablado. A menudo sufría un ataque de sueño, casi como un síncope, y ya no se preguntaba cómo soportaría en la oscuridad la proximidad de este o de aquel cuerpo. El secreto estaba simplemente en dormir.

De esos días de sueño Ed resurgía como otra persona. Confiaba totalmente en la lista de distribución de Kruso mientras que a sus compañeros apenas los veía. Es más: se consolidó la idea que había concebido por primera vez con la náufraga llamada Grit, a saber, que todos esos durmientes clandestinos eran, tal como estaban seleccionados, enviados de Kruso, representantes suyos, y de esa manera una posibilidad de estar cerca de él. Podía oír los pensamientos de Kruso, hasta la melodía de sus palabras. Los mensajes que, en la persona de los náufragos, se colaban furtivamente en su habitación poco antes de medianoche, o las utopías convertidas en náufragos, se imaginaba Ed, era posible olerlos, escuchar sus voces, era posible (ahora que por fin guardaba silencio esa impertinente avidez suya) aprender de ellos cuando se habían tendido a su lado o directamente en el suelo o cuando se quedaban aún largo tiempo delante de la puerta y apenas se los distinguía en la oscuridad: tan diferentes son los temperamentos, pensaba Ed. Él ya conocía eso, estaba al día. Sin embargo, sus visitantes le parecían ahora distintos, estaban cambiados, sobre todo sin signos de fracaso o de hastío de la vida.

Cuando se callaban, él les pedía en voz baja que siguieran hablando un poco, que se lo contaran *todo*, toda la historia acerca de la gran libertad de Kruso. La mayoría entendían ese deseo de Ed. Era como uno de esos niños que quieren oír su cuento favorito (la historia de su héroe favorito) una vez y otra vez antes de dormirse. Muchos veían en ello un examen, una última prueba, un precio que habían de pagar por ese valioso alojamiento en la costa alta, un último detalle antes de dormir, lo que en el fondo no podía sorprenderlos después de los seminarios en la playa, la sopa, el lavado y las horas en el taller de bisutería.

Cuando empezaban a hablar, ya les parecía que su vida (con sus necesidades y conflictos) estaba a resguardo, debido al indescriptible efecto de la isla, eso decían muchos, al ruido del mar y su movimiento grande, interminable, al frescor del agua por la mañana y al viento que siempre soplaba directamente en la cabeza, a través de los ojos, y que liberaba los pensamientos. Volvían una y otra vez los relatos sobre el panorama de la isla desde la tierra alta, el llamado *gran panorama de la isla*, que con su inconcebible belleza les había abierto los ojos y traído a la conciencia el comienzo de un recuerdo, de un recuerdo de sí mismos. Y, en efecto, a menudo hablaban de aquel deseo, perfectamente infantil a decir verdad, de estrechar contra su pecho la silueta de la isla, tal como se extendía delante de ellos en su vulnerable figura: a la derecha y a la izquierda el mar, en medio, esa tenue y delicada faja de tierra...

Era raro encontrar un durmiente clandestino que no hablara de cómo, después de haber mirado largo tiempo la niebla en la que desaparecía la punta última y más meridional de la isla (pocas

veces se la podía ver; en realidad, nunca), había comprendido qué ajena y qué opresiva se había vuelto la vida para él hasta aquel día, perfectamente *cercada*, y qué desvalida, qué contradictoria y confusa estaba la propia existencia metida allí entre las cosas, semejante a un perro melancólico y borracho en su caseta: así susurraba uno en la oscuridad, tal vez con poco acierto. Pero Ed quería oír, oírlo todo, sentía el calor incomparable del relato en las tinieblas, sentía que el calor iba siendo mutuo según él escuchaba, sin moverse. Notaba que todos formaban una unidad. Que sin esfuerzo alguno estaban compenetrados con ese país, compenetrados desde hacía tiempo con un destino fatal que ya duraba una eternidad y seguiría durando una eternidad, y que sin embargo parecía tener preparada una promesa..., si había entusiasmo suficiente. En lo hondo de la perdición está la promisión, pensó Ed, una paradoja que sólo había encontrado leyendo algunos poemas que significaron para él más que nada en el mundo. Ahora podía pensarlo, las reservas guardaban silencio, el tranvía ya no estaba, ni tampoco ningún ras-ras del que había que tirar con fuerza. En cambio, asomos de vergüenza, de vergüenza y asco en todos los ámbitos. Pero al final también estaba muy cansado para eso.

Lo cierto es que no parecía haber un símil adecuado para el efecto que producía la isla, y muchos aseguraban que de todos modos no había palabras para expresarlo. Sólo podía decirse que en aquel lugar, o sea, en el *gran panorama de la isla*, habían empezado de pronto a sentir de nuevo las raíces sepultadas, como lo llamaba Kruso, la imagen a la que quieren ir todas las imágenes, «simplemente a casa», así lo formuló el que había hablado del perro borracho en su caseta. Con su amargo balance permaneció largo tiempo debajo de la puerta antes de tumbarse al lado de Ed y de sumirse al momento en el sueño, mientras Ed escuchaba aún. Oleaje y murmullo de los pinos.

Por diferentes y a veces extravagantes que fueran los relatos de esas figuras nocturnas y por diversa que fuera la manera de presentarlos, de pie o echados, con precipitación o medio dormidos, Ed podía oír, a través de la oscuridad, la voz de Kruso, un reflejo de sus palabras en las palabras de los náufragos y de los sin techo, que ahora casi le parecían púdicos, intocables; y a veces era como si Kruso le hablara directamente al oído, como si le acariciara con las singularidades de su acento, de las consonantes pronunciadas con suavidad y ligadas unas con otras...

«La isla es el primer paso, ¿comprendes, Ed? La isla es el lugar. Aquí la mayoría consigue ya al cabo de unas horas tocar la raíz. Ha crecido en nosotros desde tiempos pretéritos, no desde el nacimiento o justo en estos días, como muchos quieren creer, no, quiero decir desde tiempos inmemoriales. Si logramos tocar la raíz, lo sentimos: la libertad está ahí, en lo hondo de nosotros, habita ahí, tan en lo hondo como nuestro más íntimo yo. Ésa es la libertad de la que hablo. Es el pensar del yo íntimo, el pensar de nuestra individualidad en la historia. Nosotros no hemos de hacer otra cosa que despertar ese pensar. A menudo está prisionero e impotente. Existen numerosas formas de cautividad, Ed. Miedo, pesadillas, convulsión, apatía. Se añaden las escorias, siempre escoria que se posa sobre nosotros mientras vivimos. Una pesada sedimentación de ambición, poder, avaricia, posesión, escorias herrumbrosas, venenosas, cenicientas. Claro, a veces la raíz ya está podrida o seca. Son gente desesperada, siniestra, que ya se ha dado por vencida. Pero no es así entre los náufragos, Ed. Si no, no vendrían a la isla: ellos han *sentido* la raíz.»

Así hablaba Kruso.

Ed se acordó. Veía a Losch yendo de un lado a otro de la playa y hablando. Ed estaba tendido arriba, al borde del acantilado, y miraba al grupo que de pronto se había sentado allí en

semicírculo. Él estaba solo, en una de sus correrías. Había estado contemplando las olas y tratando de comprender el ritmo de un cormorán que se sumergía. Veinte segundos, doce segundos, veinte segundos. Se había quedado dormido y al despertarse de pronto, allí estaba el pequeño grupo de Kruso. Fabricaban bisutería, ensartaban anillas de pájaros y alabeaban alambre dental, pendientes, veinte marcos el par. En Utopía se trabajaba tres horas por la mañana, luego dos horas de descanso, para «estudios literarios», según Tomás Moro; Kruso le había leído el pasaje.

El viento refrescaba, el oleaje no dejaba oír las palabras. Una de las náufragas levantó el brazo, posiblemente Grit, que siempre lo quería saber todo. Ed no la reconocía por detrás. Kruso respondió algo y señaló mar adentro. El mar. Su increíble vastedad, su poderío. Y los propios y ridículos límites. Por eso la gente viene aquí, pensó Ed. Quieren ver el fin del mundo, tenerlo ante la vista, continuamente.

El cormorán había desaparecido. A la luz del sol poniente, Møn sobresalía en el mar, más alta y más verdadera de lo que Ed la había visto jamás. La línea de las olas, con suave vibración, separaba el agua de la tierra y de la escarpada costa cretácea que poco a poco pasaba del blanco al gris claro y en su forma parecía guardar afinidad con el acantilado sobre el que Ed estaba tendido. Møn es como un espejo, pensó Ed. Un espejo con el que se puede uno ver en el más allá, la imagen primigenia de la nostalgia. Poco a poco el sol tendía un puente dorado sobre el agua, de masivo oleaje color gris pizarra, que año tras año se iba incrustando vorazmente en la costa occidental de la tierra alta. En medio del puente parpadeaba la silueta rojo sangre de unas hogueras, el plano de un asentamiento urbano en el fondo del mar. Un brillo submarino y resplandecientes reflejos, como si la mítica Vineta pudiera perforar en cualquier momento la superficie del mar Báltico, emerger en el espacio como una tercera fuerza, un tercer lugar que terminaría con todos los reflejos de una vez para siempre.

«A veces es un trabajo penoso», peroraba Kruso, y no se refería al alambre dental ni a las anillas de pájaros. «Primero tenéis que... la raíz... A cada uno de vosotros... es decir...» El viento había girado otra vez.

Unos oceanógrafos acababan de descubrir hacía poco el poblado, justo entre las costas. «Imagínate que viven allá abajo. Se sientan a la mesa, van de paseo, son libres, todos son libres...» Pronunciar esa palabra le causaba satisfacción: a Losch, que sabía que aquel mar era una tumba.

El viento soplaba en dirección oeste. Ahora impelía las palabras hacia el agua, sobre el puente dorado. Ed veía que las grandes y pesadas corrientes confluían unas con otras, de pronto se tornaban visibles, como ríos de luz.

«Nadie tiene que huir, nunca...»

«Muchos sab...»

«La mitad del pa...»

«La libertad nos lleva...»

«... llama y a esos...»

«Un peregrinaje incomparable...»

«... comienza», murmuró Ed. Nunca quería dormirse antes de que los náufragos terminaran de hablar, pero esta vez ocurrió: se le cerraron los ojos. Volvió a dormirse con esa lasitud intensa y serena de la infancia, que permitía pasar suavemente de un cuento de hadas al sueño, del más acá al más allá, de una historia a la otra, sin umbrales, sin fronteras.

En el sueño Ed vio que la isla estaba a rebosar. Los puertos, los campos, la tierra alta y las playas: todo ocupado por una masa compacta y oscura de gente. Estaban apelotonados incluso

sobre los diques de estacas y sobre las piedras de la era glacial que sobresalían del agua a lo largo de la orilla. Semejaban grandes y perezosas aves marinas, pero sin plumas. Su piel estaba quemada por el sol. Su murmullo se oía incluso por la noche, se mezclaba con el oleaje y llegaba hasta su ventana. La playa estaba cubierta de excrementos y de algas podridas por las que asomaban pequeños peces muertos y otros desechos.

EL DÍA DE LA ISLA

«Éste es tu signo, Ed.»

Kruso había sacado un trozo cuadrado de papel de la bolsita que llevaba colgada al cuello. Con la palma de la mano se lo alargó por encima de la mesa.

El punto negro, pensó Ed.

Era el 6 de agosto, el día de descanso de todos los días de descanso. El día en que los ritmos desiguales de los locales públicos de la isla coincidían de tal modo que no habría absolutamente ningún establecimiento: una constelación que se repetía año tras año, con tanta seguridad y con tan poca frecuencia como un eclipse de sol, en plena temporada. Era el día de los esekás.

«Nuestros signos corresponden a las primitivas marcas de las casas de Hiddensee», empezó a decir Kruso en voz baja. «Son como unos caracteres propios, semejantes a las runas, con los que en tiempos antiguos se marcaban a fuego cosas y animales, incluso la tierra, los terrenos, sencillamente todo lo que se poseía.»

Sonrió y miró a Ed directamente a los ojos.

«Así era desde Hithin y Högin y desde el rey Hedin de Hedinsey...»

Mientras hacía referencia al papel determinante de la isla en las sagas nórdicas, Kruso sacaba un trocito tras otro de arrugado papel de estraza de la bolsita que llevaba colgada al cuello, «... los Edda, por tanto, pero también en el poema de Gudrun, donde los reyes...»

Por lo visto llevaba al cuello todo un alfabeto de runas, no sólo los ingresos del taller de bisutería. Al final eran quizá incluso más letras que billetes lo que hacía que abultara tanto la grasienta bolsita de cuero. Una conjetura que en cierto modo tranquilizó a Ed.

«La noche será larga», continuó Kruso. «Esta vez, por la fiesta, empezaremos con la asignación de alojamientos ya a primera hora de la tarde.» Su voz sonaba seria y preocupada, como siempre que hablaba de los naufragos. Krombach se levantó, saludó con un gesto al grupo y se retiró a su despacho.

«Acogida a las tres en punto. La sopa también a primera hora de la tarde, os lo ruego, asimismo el lavado, todos los lavabos con manopla y jabón. Los signos están en la arena, junto a la cabeza o a los pies; simplemente, abrid bien los ojos.»

Todo era razonable y absurdo al mismo tiempo. Y al parecer no había nadie que tuviera seriamente dudas. Sólo la expresión de René reflejaba un frío sarcasmo. Dado que eran una pareja estable, la pequeña invisible y él no tenían que alojar a nadie, tampoco el matrimonio de la barra ni probablemente Krombach.

«Bueno», dijo Kruso, y sacó como por encanto, de detrás del mostrador, un pastel de manzana recién hecho.

«¡De la señora Mete!»

«¡La señora Mete! Es más buena que el pan.»

Rick sirvió aguardiente. Karola cortó y repartió el bizcocho mientras Kruso echaba café en las

tazas, para lo cual tuvo que dar una vuelta completa a la mesa con la pesada y humeante cafetera de acero. Servía a cada persona de la mesa con la misma atención, y puso una mano sobre el hombro de Ed.

«Vamos a hacer la alineación, amigos.»

Al punto, todos hablaban. Chris gesticulaba, Rimbaud enseñaba los dientes. Mike el Cocinero dio un salto e hizo una demostración de varios chutes, con los que habría marcado, segurísimo, si... Casi vociferaba y lanzó al aire, como si fuera un lazo, su sábana para el sudor, «habría sido gol, ¡segurísimo!».

«Propongo que Ed se vaya al lado izquierdo, a la posición de Speiche», gritó Kruso. «Tú eres el medio izquierda, Ed, tú defiendes por detrás, avanzas cuando hay ataque y te ofreces.» En el tumulto general, la táctica de Kruso pasó completamente desapercibida.

Ed asintió de manera automática. Siempre había jugado de medio izquierda. Seguramente Kruso lo sabía. Al fin y al cabo, le había visto venir. Lo había soñado. Y tenía en su cuarto un telescopio con el que podía ver las cosas hasta muy lejos en el pasado... Ya jugara como defensa, centrocampista o delantero: siempre a la izquierda. Aunque no chutase con el pie izquierdo. A la izquierda sin saber jugar a la izquierda, pensó Ed, ni siquiera «para uso casero», como lo había formulado su padre en una ocasión. A lo largo de los años, eso siempre había despertado en Ed (a pesar de un balance general que se podía calificar de sólido) las mismas sensaciones poco claras de engaño y falsedad, sí, de estafa. Una especie de malestar que también le asaltaba y acosaba de vez en cuando allí en la isla y en especial cuando estaba con Kruso.

«No hay que chutar con la izquierda para jugar de medio izquierda», gritó Ed, con demasiado arrebató, en medio de la algarabía. Hacía tiempo la cosa no se limitaba a la alineación del equipo.

«Yo estoy detrás, pero luego me ofrezco. ¡Me ofrezco!»

Por un momento reinó el silencio en torno a la mesa. Ed se había levantado de un salto y había volcado su taza.

«Bien, Ed, muy bien», dijo Kruso. A René le temblaban los hombros.

A Ed le resultaba desagradable andar por entre todas esas runas. Blanda como era, la arena hacía que cada paso fuese dificultoso y torpe. Al cabo de un rato tuvo la irremisible sensación de que sus piernas eran más cortas y de que tenía que alzar la cabeza para no hundirse del todo. Algunos de los signos estaban ejecutados con sorprendente desidia, con conchas diminutas, casi invisibles, con guijarros negros o delgados palitos, algunos hasta con hierbas o algas. Pero sería importante colocarlos de manera clara e inequívoca, porque se parecen mucho, pensó Ed. La chica que tenía su runa estaba sentada muy hacia delante, al borde de las olas, con la mirada fija en el agua, como si la ayuda hubiera de venir por allí, una nave de siete velas...

Ed se dio cuenta de que ella sentía vergüenza. Sus pechos aún eran pequeños y blancos. Con dos dedos formaba bucles en su rubia melena, que le llegaba a los hombros. Vendrá un barco, pensó Ed.

Se llamaba Heike, y era la primera vez que Ed llevaba a una náufraga al Klausner. Tal vez sólo porque hasta entonces él había sido el único sin un signo propio. Mientras él todavía reflexionaba sobre cómo iba a seguir todo y con qué palabras lo explicaría, Heike se desvistió.

«¿Es ésta tu pila?»

«Sí.»

Era su pila.

«La pila de lo más sucio», completó Ed y se sonrojó al momento.

Sin titubeos, Heike se encaramó en el fregadero de piedra. Primero puso un pie sobre la mesa de acero un poco más baja donde se ponía la vajilla. Luego se acuclilló un momento, como si imitara a un pájaro grande y exótico, para, dando otro paso, meterse sin más en la pila. Ellos hace tiempo que lo saben todo, pensó Ed.

«¿Está bien el agua?», preguntó Ed como si fuera un peluquero. O un cura..., en su primer bautizo, le pasó absurdamente a Ed por la cabeza.

«Está bien», dijo la chica, «muy bien.»

Se había dado la vuelta y tenía la cabeza inclinada hacia delante, sin duda una invitación a que le enjabonara la espalda.

Ed se tranquilizó.

Vio la fila impecable de las vértebras, extraña e irreal, la piel blanca que la cubría. Cogió la manopla del borde de la pila y la pasó a todo lo largo, despacio, con cuidado, hacia arriba y hacia abajo, del cuello hasta muy abajo, y aún más abajo, pasando entre las dos mitades brillantes de espuma y tensas por la inclinación hasta el origen invisible de ese animal vertebrado, el punto de la máxima tentación, donde, medio ausente, llegó con la mano y se detuvo por un tiempo mínimo, imposible de medir.

«El pelo», murmuró Ed, «ahora el pelo.»

Si él sabía algo, era eso; ya en el entierro del batracio había visto los pelos...

Entretanto Chris había llegado al fregadero con su náufraga. Usaron la pila del lado de Kruso. Su presencia simplificó al momento el procedimiento: era el lavado un importante componente del programa, ni más ni menos. Y de pronto Ed supo lo que tenía que hacer. Él era un friegaplatos en su pila. Él fregaba, restregaba, enjuagaba. Heike, tan bajita que cabía fácilmente en su lavadero, inclinó obediente la cabeza hacia delante, y Ed levantó el tubo de goma, pero era corto. La muchacha tuvo que inclinarse más aún, colocar la cabeza directamente debajo del grifo y la frente sobre el fondo de piedra de la pila, como si rezara.

Chris trataba a su náufraga como a una paciente. Decía «bien, así está muy bien» y «sólo queda esto» y «enseguida terminamos». En el desarrollo correcto del ritual, desaparecía el menor asomo de vergüenza. Y la duplicación del asunto lo hacía todo casi normal. Chris se movía alrededor de la pila con sus pasos cortos y enérgicos, en el fondo igual que cuando estaba de camarero en la terraza. El agua dirigió los pelos de Heike al desagüe, donde a través del tubo de bajada se hundieron en lo profundo, hasta llegar al corrompido desagüe de rejilla donde el voraz batracio con su dentadura gris viscosa atraparía las enredadas puntas... De cada cabello un hongo, de cada lavado una sopa, bautismo y renacer, fantaseaba Ed mientras –con una seguridad casi de sonámbulo– levantaba de nuevo el tubo de goma para quitarle a Heike de la nuca un poco de espuma.

Los paños de secar estaban preparados.

Heike surgió de la pila como Afrodita. Ed le puso delante la túnica romana. El paño tieso hacía un ruido sordo, un ruido que inspiraba confianza. Y mientras la náufraga se envolvía en la gran sábana de tal vez cien años de antigüedad, y estaba en medio del fregadero como el resultado de un sueño largo y tenaz, Ed comprendió por fin: todos esos náufragos eran peregrinos, peregrinos en peregrinación al lugar de sus sueños, al último lugar de libertad dentro de las fronteras; eso exactamente había dicho Kruso. Y él era sólo un ayudante, una especie de pequeño colaborador en ese camino. Mano de obra auxiliar en el Klausner, parte de esa comunidad firmemente unida para la que regían leyes propias, un especial optimismo y tal vez esa única obligación.

Siete contra siete. De todos lados llegaban gritos de aliento, las buenas jugadas se premiaban con abundantes aplausos, los tambores de los jemes hacían un ruido sordo e interminable. Era el camboyano de la isla, sus rapidísimas manos, sabía tocar el tambor y bailar a la vez. Al final, Ed había participado en cuatro juegos del torneo. Jugaron en una selección común de las tripulaciones del Klausner y del Inselbar (su «familia», como decía Kruso), cada medio tiempo tenía diez minutos. Muchos partidos constaban de una sarta interminable de faltas y de inmediatas disculpas; faltas y declaraciones de compañerismo; faltas y abrazos, mejilla contra mejilla. Había jugadores que tras una patada brutal se quedaban allí largo tiempo, en medio del campo, inmersos en las muestras de afecto de costumbre. Las familias de Hitthim y Dornbusch tenían fama de ser buenos jugadores, pero se podía triunfar sobre ellas. Indio, del Inselbar, jugaba como líbero, Kruso era mediocampista, y Antilopé, la camarera del Inselbar, estaba de delantera. Ed se quedó sorprendido de la seguridad y el brío con que Mike el Cocinero saltaba velozmente de un poste a otro, pese a ser peso pesado. «Es un portero fantástico, un guardameta perfecto», comentaba Rimbaud, «eso precisamente lo hace tan terrible y desconcertante.»

Todo era de otra forma que por la noche. A la náufraga de Ed no se la tragó la oscuridad, siguió siendo totalmente visible. Su piel clara, su rostro, durante todo el torneo en la línea de toque. De vez en cuando vociferaba algo en dirección al juego. Ed olvidó que pocos días atrás había estado al límite de sus fuerzas. Rimbaud luchaba como una fiera y discutía cada jugada, por lo que continuamente había interrupciones, aunque realmente no insultaba a nadie. Indio, que se había recogido el pelo en una coleta, atravesaba a grandes zancadas el campo; parecía lento, casi indolente, debido a su cuerpo grande y anguloso que desfiguraba la verdadera situación, ya que en realidad era rápido, imparable. Avanzaba en diagonal, abría el juego, luego el pase a la delantera donde Santiago estaba al quite o Chris saltaba de un lado a otro como un derviche, ágil, astuto... Ed vio a Kruso que corría a su izquierda y que recibía un pase. No era tan rápido pero resultaba difícil quitarle el balón. Ed se acercó rápidamente y se ofreció.

«¡Losch!»

Los tambores retumbaban, y Ed sintió un viejo y casi olvidado orgullo. Se imaginaba a los jugadores favoritos de su infancia y los imitaba. Kotte, el luchador, el delantero centro al que no derribaban ni empellones ni zancadillas. Häfner, el técnico. Dörner, el líbero. Un día Kotte desapareció de pronto, en el cénit de su carrera. Sólo era visible en la letra pequeña del *Sportecho*. Ni fotos, ni reportajes, sólo su nombre como guardameta del equipo, repetido una y otra vez, Kotte, el prófugo en ciernes, desterrado a una isla de tercera división. Cómo podía seguir jugando, cómo le resultaba posible seguir marcando goles, se había preguntado Ed a menudo soñando con acercarse a él.

No sólo estaban los esekás, también se habían reunido en torno al campo de juego los lugareños, los turistas del día y los veraneantes. De algunos se decía que eran *famosos*, entre ellos de un hombre alto y delgado con gafas a quien llamaban Lippi y conocían por la televisión. Junto a él había otro hombre que a pesar del calor llevaba una chaqueta de cuero con charreteras trenzadas y al que sus fans saludaron entusiasmados gritando: «¡Hola, Quaster!» Pero las conversaciones giraban sobre todo en torno a determinados esekás, a su fabuloso trabajo en los fabulosos establecimientos de Vitte, de Kloster o Neuendorf. Suscitaban la mayor admiración esos héroes de la temporada, bronceados por el sol de la isla, y su vida de proscritos aparentemente sin ataduras. De ahí que sorprendiera aún más su solidaridad. En resumen, el torneo se convirtió en una fiesta en honor de los esekás, una fiesta de aceptación de su casta. En lugar de unos tipos

estrafalarios salidos de las heces del socialismo veían en ellos a los descendientes de las valerosas hordas del rey Hedin de Hedinsey, exactamente como Kruso debía de haberlo planeado.

Durante el partido final aparecieron hombres de uniforme. Algunos de ellos se concentraron detrás de la portería de Mike el Cocinero como si quisieran camuflarse sirviéndose de la vieja red de pescador tendida entre los postes. Algo ocurría, pero en el juego no era posible prestar más atención.

«¡Losch, Losch!»

Ed había avanzado, se ofrecía.

Me ofrezco, pensó Ed.

Su amigo alzó la cabeza y Ed vio furia en sus ojos.

Nada más acabar el partido empezaron a beber. De camino a la playa, Ed había oído varias veces el nombre de Willi Schmietendorf, pronunciado con gran respeto: Willi Schmietendorf, director del Dornbusch, que había regalado un barril. «¡Cerveza de Willi Schmietendorf!», era la charanga con la que se metieron en el agua, y eso sonaba como «¡Victoria en todos los frentes!». Sin duda se habían ganado a pulso la admiración, todos sin excepción, y Ed se sentía feliz de estar totalmente integrado en el grupo, quizá por primera vez. Todos juntos alzaron al aire las pesadas jarras que parecían constar de pequeños vidrios prensados, abombados y redondos, en los que se reflejaba el sol, y durante un momento hubo una luz dorada, como una aureola, sobre sus sudorosas cabezas. Si alguien recibiera el impacto de esa jarra en la cabeza moriría al instante. Ed no sabía de dónde le había venido tal pensamiento: muerto al instante.

La náufraga no se apartaba de su lado. Juntos subieron el terraplén, por el estrecho paseo alquitranado medio oculto por la arena de las dunas. Primero, Ed sintió el calor, como una caricia delicada e imprevista, una ola de calor en el rostro.

«¿Qué es eso?»

La fina voz de ella vibraba en el viento, y entonces Ed miró por fin al mar. Una larga fila de patrulleras y de torpederos grises cerraba el horizonte. A la media luz del atardecer, el conjunto semejaba un muro flotante, un limes de acero, alejado sólo unos cientos de metros de la costa. O habían adornado solemnemente los cañoneros, o las banderolas que llevaban formaban parte de su equipamiento, quizá una especie de ornamento bélico, pensó Ed; era un panorama grandioso y, en el fondo, irresistible.

Los soldados transportaban leña como hormigas. Una hoguera gigantesca penetró en el cielo del atardecer y dividió la playa. El olor a incendio se mezclaba con el olor a yodo que provenía del mar. A mano izquierda holgazaneaban grupitos sueltos, intimidados, de esekás, acuclillados entre los restos de sus castillos de arena acorazados con piedras agujereadas, maderas flotantes y con desechos. Algunos bebían cerveza, otros tomaban de las botellas traguitos de aguardiente. Una guerra de posiciones. A Ed le dolía ver cómo sacaban las cabezas, desvalidos, de las trincheras: desconcertados, intimidados, como niños olvidados en la playa, rodeados de un mundo que de pronto era extraño y hostil. Miraban alrededor buscando, como si esperasen a alguien que les explicara todo aquello. Que explicara lo que habían de pensar sobre las cosas que ocurrían allí, el día de su propia fiesta, en su propia playa. «¡A la mierda los soldados!» o «Arrojadles a la cara las jarras de cerveza!», improbable, seguro, pero ahora habría sido importante alguna regla de conducta, y si Kruso la hubiera dado, con esa seriedad tan propia de él, ¿quién sabe?

A la derecha del fuego, en las proximidades de un camión para el transporte de la tropa, de anchos neumáticos medio hundidos en la arena, había tres oficiales de la compañía de

observación. Fumaban, y parecía que no tuvieran mucho que ver con todo aquello. Ed reconoció a Vosskamp, el comandante de la isla, y a su sargento mayor. Estaba oscureciendo.

Fuera, en el muro gris, arrancaron los motores. Los tres barcos centrales consiguieron girar sincrónicamente sus cañones de a bordo, tres veces en el sentido contrario de las agujas de un reloj. Hubo varios intrépidos silbidos, y algunos abucheos desde los hoyos de la arena. También un único y solitario grito de júbilo como los que se conocían por las grabaciones de grandes conciertos de rock: un grito de alegría, convertido, en la grabación, en un segundo de enigmática eternidad. Quienquiera que fuese el que lo había soltado, se arrepintió al momento: dos de los tres cañones volvieron a girar, pero esta vez sólo noventa grados. Sus bocas oscuras y su pequeño y redondo silencio estaban dirigidos ahora contra la orilla. En la playa habían cesado los gritos.

¿Dónde estaba Kruso?

En la cubierta de la cañonera central apareció un marinero que mostró distintas banderas. Sus movimientos eran cortantes, una especie de breakdance. El faro de a bordo lo iluminaba. El hombre era muy bajo y en realidad sólo resultaba visible gracias a sus bruscos movimientos. Aunque ninguno de ellos entendía aquel baile, los esekás no apartaban la vista del enano de las banderas.

Había diversas formas y colores, un complicado juego de cruces y cuadrados multicolores. Quien quisiera podía ver en ello anuncios de cosas buenas y malas. El barco llevaba en la proa el nombre de *Vitte*. «Lo llaman el barco ahijado», murmuró alguien al lado de Ed, era Indio, del Inselbar, que debía de saberlo después de tantos años.

«Barco ahijado», repitió Ed en voz baja. Él también había encontrado padrino. Y hoy él era también una especie de padrino, o de padrino auxiliar. Primero el bautizo, luego el padrinzago. En el fondo aquí todo se basa en el padrinzago, pensó Ed. Releva a la amistad y es casi más fuerte que el amor. Le penetraba muy hondo la ofensa que tenía que suponer para Losch lo que estaba ocurriendo allí, en la playa.

Un soldado cuyo torso sobresalía por la escotilla del vehículo que transportaba a la tropa respondía a las banderas del marinero con banderas propias, que alguien, como una mano mágica, le iba entregando desde abajo velozmente. Abajo, en la cabina del conductor, tenía que haber alguien que sabía las respuestas por adelantado, alguien que sabía en qué orden ocurría todo. Una finísima niebla salada planeaba sobre la playa, y Ed se frotó los ojos.

Cuando hablaba el centauro, el enano del barco estiraba los brazos, y apretaba las manos en cruz contra los muslos del lado opuesto; entonces casi se volvía invisible. Sin duda todo aquel espectáculo de las banderas indicaba peligro, era amenazante, pero a Ed también le parecía complicado, banal, sin gracia y..., sí, curiosamente *íntimo*. Una extraña melancolía impregnaba la escena. Como si se fuera casualmente testigo de la última conversación que los últimos representantes de una especie en vías de extinción sostenían sobre el hundimiento de su mundo. Aunque en realidad sólo podía tratarse de si esa playa de los camareros con sus montículos, sus colillas y su condones, con sus castillos de arena y residuos de hogueras, sus mostradores hechos con cajas de pescado y escondrijos de aguardientes, y con ella naturalmente todos los esekás, todos esos pasotas inútiles y superfluos, no tenían que quedar reducidos a escombros..., a polvo y ceniza, le pasó a Ed por la cabeza.

Poco a poco los esekás recordaron que en el fondo eran tipos sin miedo, en cualquier caso comparados con la media de la gente. Uno tras otro se fueron acercando al fuego porque ya hacía frío en la playa. El gris de los barcos se esfumaba y los cañones parecían haber quedado completamente olvidados, o a ellos simplemente dejó de importarles. Del mismo modo que no

prestaban mucha atención a todo lo que les amenazaba. Una sabiduría primitiva pero impresionante en la que Ed reconoció en ese momento la secreta condición previa de su vida en libertad.

En efecto, cada vez iban llegando en mayor número y se acomodaban en torno a la hoguera. Algunos traían más leña con que alimentar el fuego. Con desenfado trababan conversación con los soldados y los ponían en un apuro con su inmensa oferta de alcohol. Parecía como si de ese modo explicaran por qué el punto de partida de su libertad era en el fondo inviolable; y en el reflejo de las llamas, ese mensaje empezaba a brillar.

Ed y su náufraga se habían sentado algo apartados, en la penumbra de la duna. Algunos soldados no podían evitar mirar las piernas de Heike, por lo que Ed la atrajo un momento hacia él: al fin y al cabo, él seguía teniendo la responsabilidad. De pronto le vino el deseo de ser otra vez su lavador. El conductor del camión que transportaba a los soldados también la observaba, aunque resultaba difícil asegurarlo, pues el fuego se reflejaba en el parabrisas; le arde la cara, pensó Ed.

Un guitarrista rubio con el pelo peinado hacia atrás, vendedor de helados en el Heiderose, se sentó junto a Heike y empezó a cantar «Blowin' in the Wind». Ed reflexionó sobre si tal vez todos los vendedores de helados eran odiosos. Rimbaud se acercó trayéndoles aguardiente. Ed quería preguntarle dónde podía estar Losch y qué estaba ocurriendo allí, *qué repugnante traición*, pero primero tenía que beber. Rimbaud contó imaginarias historias de regatas y desfile de flotas de años remotos («cuando yo era niño»), fiestas magníficas con discursos, desfiles, baile de la Marina y bandas de música de la guarnición –la expresión bandas de música de la guarnición le costaba trabajo, tal como la pronunciaba estaba compuesta de dos eructos, bdadmsica-dela-gggcion...

«Bueno, yo tengo hambre.» La náufraga se había levantado de un salto y le había cortado de golpe la palabra a Rimbaud ofreciéndose a buscar sopa. *Sopa contra sopa*, pensó Ed, y aunque la sopa de Kruso no causaba sino asco, sintió de nuevo la punzada de la traición. «Me ofrezco...» Como si en ese momento hubiera puesto sobre la mesa del personal la llave de la caja negra llamada Edgar o Ed: «Me ofrezco...»

Pero Losch había desaparecido.

A ambos lados de la caldera del guiso los soldados vigilaban el reparto de la comida. Al mirar a la náufraga se quedaron inmóviles como figuras de zinc. Aquellos talones que brillaban como luces traseras: removía los pies de una manera especial en la arena, lo que prestaba a sus caderas un incesante movimiento giratorio, mientras mantenía los brazos rígidos y casi solemnemente extendidos.

Está desfilando, pensó Ed, desfilando.

«Aquí, no, claro», continuó Rimbaud sin inmutarse, «pero sí en todos los puertos de cierta importancia: Rostock, Greifswald, Stralsund.» Empleó varias veces la expresión semana del Báltico, «incluida la visita de los torpederos, incluidas las banderas de todos los estados del mar Báltico, el hermoso amarillo azul sueco por doquier y el rojiblanco danés y debajo las grandes pancartas, como “El Báltico: un mar de la paz” o “La caballa: un pescado del entendimiento mudo” y otras así».

Rimbaud se había animado. Ed trataba de seguir aquel demencial discurso. «Blow-wo-wo-wo-woing in the wind...» En el cielo, un pez de nubes se tornó oscuro. Durante un momento tuvo que recostarse: respiraba con dificultad. Cuando cerraba los ojos veía la foto de Sonja, que en su imaginación se había convertido en el trasunto de G.: ya no se defendía contra eso. Sentía la

nostalgia. Nostalgia de los muertos, ahora lo llamaba así. La tristeza le formó un nudo en la garganta. Estaba borracho.

«La libertad de la que hablo», tintineaban desde lo hondo los platos que tenía al lado, y:

«Todas las calles terminan en negra descomposición» y: «¡Cuidado, desvío! ¡Retened los balones!»

Poco a poco se deshizo el pequeño silencio redondo. Ed se imaginó que los cañones se inclinaban mesuradamente en la oscuridad, que se levantaban y volvían a inclinarse.

Aplauso entusiasta.

LEYENDA DE ÁMBAR

Bailaba como una locomotora congelada en su vía. Sólo el torso estaba en movimiento; las piernas rígidas, ligeramente abiertas, los brazos doblados, izquierda, derecha, hacia delante y hacia atrás, como al andar. Sin movimiento alguno en las caderas, sin balanceo, sin giros, sólo de vez en cuando una súbita y totalmente imprevisible inclinación, más exactamente, el torso sin tomar impulso, se catapultaba hacia delante, a la nada, y al mismo tiempo la cabeza se movía en fuertes y prolongados giros, bamboleos, sacudidas, que era propiamente lo importante, porque bailar significaba mezclar aire y cabellos...

Era el estilo Walhalla, inventado y establecido en el Walhalla, el salón de baile más importante de su ciudad natal, donde tocaban las orquestas de blues: Gipsy, Sit, Fusion, Passat y la orquesta del percusionista que en medio de la canción se levantaba de un salto para lanzar su cabeza rapada contra el gong dorado que, como una inmensa aureola, planeaba sobre el escenario.

En algún momento, en los descansos de las orquestas, se filtraron en las salas los primeros DJ con sus ridículos hits, al principio todavía con timidez y metidos en algún nicho al pie del escenario, pero muy pronto en la ciudad sólo hubo discotecas, incluso el parquet del sagrado Walhalla estaba repleto de jovencitos danzantes, de catorce o quince años, que se movían en estúpidas coreografías en lugar de dar saltos como fieras enjauladas o agitar al menos en el aire las cabezas, lo que por otra parte habría sido absurdo, porque sus cabellos eran, en efecto, *cortos*. Y sus rostros no traslucían ese deseo intenso, ese anhelo borracho de vida que empujaba al parquet a los bailarines de blues, como una horda de derviches, no en parejas, no: todos ellos en unión, toda su tribu llenaba la sala con su melena... Y no, esos rostros de discoteca no dejaban ver sino maquillaje, ningún sentimiento, ningún ritmo que hiciera bailar las condiciones de vida, ninguna lucha, y utopía, cero. No formaban parte de aquella tribu *antes del tiempo*, antes de la sociedad y de su orden social, que estaba totalmente contaminado de banalidades, restricciones, reglas, que estaba contaminado de su agonía y que al final carecía de lo más importante: honradez, comunidad, amor tal vez... No, nada. Nada más que una nada recubierta de brillo, eso eran los rostros de discoteca.

Y de pronto ya eran viejos, los bluseros, que se daban el nombre de *clientes*, algunos de veintipocos años, como Ed. Veintipocos años y viejos. La discoteca había vencido a su tribu y los había desterrado a los pueblos, donde escaleras de madera llevaban a salas pequeñísimas, situadas sobre tabernas llenas de humo donde aún existían esas orquestas, donde aún se aplastaban las copas con la mano desnuda y un cliente sacaba los fragmentos de vidrio de las palmas de las manos a otro con la incomparable delicadeza prescrita para tal procedimiento. Trasladados por la tarde al pueblo por un decrepito autobús de línea de la marca Ikarus, tenían que volver a casa a

pie, largas caminatas por los campos, eso era su estepa, su pradera, también en el más frío invierno, de Trebnitz, Köstritz, Korbussen o Weida, dando traspiés durante horas, con los ojos vidriosos por las tinieblas oscuras como boca de lobo de Osterland, con nieve en el pelo y hielo en la barba. Los que eran demasiado débiles, caían al suelo y querían quedarse allí, pero no se lo permitían, ningún cliente dejaba abandonado a otro, ¡nunca!

Ed levantó la cabeza; en un momento de súbita clarividencia reconoció los trozos de espejo y entre ellos los contornos de África; los rostros se hundían en la confusión y volvían a surgir, una pintura de batalla. Varios esekás, sólo fugazmente, y delante de él el rostro blanquísimo de su náufraga con sus redondas mejillas y los párpados medio cerrados. Ella había hecho la extraña propuesta de buscar a Alexander Krusowitsch en el Hitthim, allí donde estaba planeada, para finalizar el día, una discoteca de los esekás. El viento marino nocturno les había refrescado las sienes, la caminata a través de la arena había sido fatigosa. Habían ido a parar a un rebaño silencioso de sillones de mimbre en la playa. A Ed le pesaba demasiado la cabeza para inclinarse en la sombría oscuridad de cada uno de esos seres enrejados, con su olor recién enfriado de piel sintética y aceite solar.

«¡Losch, maldita sea, Losch!»

Ella bailaba con giros pequeños y soñadores, con las manos extendidas, en la medida en que eso era posible, y balanceaba el torso. Pequeña gaviota, pensó Ed, porque él era ahora el bosque. Se le congelaban los brazos y también la nuca se le iba quedando rígida. Soy el bosque, pensó Ed, último puerto, primero lavar, luego comer, luego dormir, dormir, último puerto..., pero entonces el mar se desbordó, el mar celoso... Poco a poco Ed se fue quedando rígido, inmóvil; o se estaba volviendo loco o era ya parte de la leyenda. Respiraba con dificultad, las lágrimas brillaban como ámbar en sus ojos a la miserable luz del globo de discoteca de confección propia que giraba como el globo terráqueo que fuera en tiempos, en una vida anterior y mejor, sin trozos de espejo, en cambio llena de África, de Asia, del Ural y de situaciones de «Dígame los nombres de las zonas industriales de la Unión Soviética», sin fragmentos, en cambio llena de Ed el colegial, como cegado por el amarillo del desierto de los tristes mapas económicos, mientras señala Samara y Volgogrado, lleno de este, lleno de oeste, oh globo terrestre lleno de dolores (cristales rotos), oh pobre y desfigurado y maltratado mundo, oh mundo que giraba y giraba y le atormentaba con sus reflexiones equivocadas, pero ahora sólo estaba allí Ed.

Bosque lloroso.

Leyenda del ámbar.

Con gran esfuerzo levantó el brazo, tocó la gaviota y señaló la pared frontal de la sala.

Los buenos amigos se hacen sufrir mutuamente, pensó Ed, es una señal. Se puso de rodillas y abrazó la taza del retrete, salpicada de excrementos.

«Lo siento mucho», dijo en voz baja a su espalda la náufraga. Su voz lo contenía todo, sobre todo comprensión. Cosas que Ed nunca había dicho, que ni siquiera había pensado, desfilaban por su cerebro como líneas escritas a máquina, con gorritos ensangrentados, legiones enteras de *palabras propias*, los versos, transpuestos hacia la izquierda o la derecha, dándoles sombra árboles deformados por el viento, así pasaban por delante; y en algún sitio estaba allí escrito: Nos hemos besado, ¿entiendes?

«¿Estás mejor? Prefiero no quedarme tanto tiempo, quiero decir que esto es el retrete de los hombres», susurró Heike.

Sin mover la cabeza, Ed levantó el brazo y lo dejó caer de nuevo: Márchate.

La taza del váter apestaba. De sus profundidades emergía la imagen de un cliente de entonces, un *tío grande*, en lo cual estaban de acuerdo todos los amantes del blues, Steffen Eismann, su mejor amigo, su único amigo. Qué pasaría si llegara ahora, a esta horrible sala, para tenderle su mano ensangrentada, qué pasaría si... A Ed le brotó un sudor frío. Trató de retener la imagen y abrazó la taza con más fuerza aún. Detrás de él, un hombre meaba en la letrina recién alquitranada su chorro interminable, cuyo torrente debía de desembocar directamente en el puerto. La meada retumbaba en los oídos de Ed y por la taza del váter retumbaba la discoteca. Olía a orina y a mierda y quería ahuyentar a Steffen Eismann. Pero alrededor de la mesa todos miraban mientras Ed quitaba delicadamente un trocito de vidrio tras otro, el gran dorso de la mano de Steffen sobre el mantel frío y húmedo de cerveza; tras cada trocito una mirada a los ojos, se trataba del honor y de una chica quizá (llamada Kerstin o Andrea), se trataba de música y de la sensación de estar en el ritmo, en el ritmo de esa existencia propia, distinta, en ese mundo propio, distinto. «La libertad...», murmuró Ed a la taza del váter, «la libertad es siempre también...», no, eso no era correcto, «la libertad es distinta...», no. «La libertad del otro... ¿es la libertad?»

Era un desastre. No lograba decir *la frase*, la frase que allí probablemente sabían, que habían de saber todos, Luxemburgo, Londres, expulsar del país, salir del país, esa serie interminable de repudios y repudiados, el conserje de Halle con sus botellas, el hombre sin pelo en su armario, en una calle en pleno Berlín, y todos esos náufragos de aquí y todos los esekás, mis esekás, suspiró Ed, a quienes he tomado tanto cariño, Rolf, Rimbaud, Cavallo, el bondadoso Rick, la excelente Karola y Chris, su severo arlequín..., pero ¿él qué era? Ese pensamiento le atormentaba. ¿Qué o quién podía ser *él* en todo aquello?

«Yo me ofrezco. Llego por detrás y me ofrezco», susurró Ed en el espantoso hedor de la taza, y por fin le salió de golpe: un alarido largo que se inflamaba una y otra vez en lo más hondo de sus entrañas, Kru-soooo, Kruuu-soooo, tan cargado de anhelo y tan desesperado como un grito último, a solas en alta mar.

«¡Cerdo estúpido!»

Qué raro, esa súbita estrechez de la puerta de la sala, y sin embargo habían logrado pasar juntos por ella, Ed y el vendedor de helados, el vendedor de helados y Ed. Pero después Ed lo había dicho, a voz en grito y hasta más allá del puerto, de los barcos, del *bodden*:

«¡Cerdo estúpido!»

Al punto estuvo René a su lado. Sin más preámbulos había intentado tirarlo al suelo. Con la sorpresa, Ed casi quedó dominado por el miedo, un miedo que lo invadió como un alborozo: ¡sí, quería luchar, luchar a toda costa, quería vencer a ese cerdo estúpido!

Los primeros golpes: un gran alivio. Luego el dolor, agudo, primero debajo del ojo. Después de cada impacto, Ed tenía aquel rostro infantil, desprovisto de malicia, desvalido, pero sobre todo lleno de asombro. Algo se estaba haciendo añicos y debajo se asomaba al mundo el niño Edgar B.: ¿Por qué estoy aquí? ¿Y por qué estoy solo?

Lo que ocurrió después ya no era explicable. Sin más circunloquios, René le cogió por los pelos. Ya muy inclinado, casi arrastrado hasta el suelo, Ed intentó mantenerse en pie, intentó liberarse. Todo lo que Ed había creído acerca del mundo y de sí mismo dentro de él, lo negaba el puño de René en su pelo. Un segundo tras otro, golpes que le caían sin freno, imprevisibles. De la cuenca del ojo derecho le llegaba un dolor punzante al centro de la cabeza. Con un fuerte empujón, el vendedor de helado le puso de rodillas, pero Ed se enderezó...

Un momento de asombro.

Ed se agarró la cabeza, como si tuviera que examinarlo todo otra vez: ahí, la cabeza, aquí, el pelo. Mis pelos, pensó Ed. Sus pelos en la mano cerrada de René.

¿No querría el perrito lavarse un poco quizá? Los perritos entendían mucho de eso, de lavados y de todas esas monadas. ¿No sería eso lo mejor para el perrito? Ed oyó la pregunta, venía de lejos aunque René estaba justo delante de él y trataba de soltar el ensangrentado mechón de pelo.

Ahí, los pelos, aquí, la cabeza...

Más deprisa de lo que Ed pudo entender, el vendedor de helados le había agarrado y empujado por el terraplén que llevaba a la dársena. Temporada alta, pensó Ed estúpidamente, pero el agua estaba helada y la herida le escocía. Percibió sus propios contornos, él estaba encerrado en ese cuerpo. Consiguió dejar el muelle. Llegó hasta la primera balandra, avanzó tanteando los tablones. La madera, las algas, el musgo: sentía gratitud y en el mismo instante algo duro, una fuerza que quería empujarle hacia abajo, bajo el agua. Se hundió en el lodo, volvió a salir, tenía plomo en las piernas y respiraba con dificultad.

René estaba ahora arriba, arriba del todo, con una barra salvadora en las manos. Con cada golpe se volvía más hábil. Empujaba a Ed, como si fuera una bola de billar, por la dársena. Ed tragaba agua. Pasó flotando a su lado una escalerilla de mano oxidada. Empezó a vociferar, pero no le salió más que el débil gañido de unos pulmones exhaustos.

«El perrito, el gatito.»

Alguien reía en el muelle. El muchacho demente.

Antes de perder el conocimiento, Ed vio a su padre. Al subir a la superficie y respirar sintió una brisa fresca en la cara, el aire frío nocturno del *bodden*. Vio las sombras de los edificios del puerto, el bastión, el Hitthim, con estrías de humedad, desfigurado, algunas ventanas del hotel estaban iluminadas. Vio que un hombre se acercaba a la ventana. Ese hombre era su padre, no cabía duda. Su padre, que un momento después abriría la ventana y dando una única orden pondría fin a todo. Pero el hombre se limitó a correr la cortina y su sombra desapareció.

LA PRIMERA HABITACIÓN

La primera habitación. No tiene ventanas ni puertas, pero sí una abertura. Es un corredor y por ese corredor entra un poco de luz. Todo está allí antes de empezar a hablar, por lo que Ed no puede responder a la llamada de fuera. Ya es bien extraño que uno esté allí y lo llamen. Nadie habría podido decir para qué había sido ideada en su momento esa pequeña pieza sin ventanas, detrás del dormitorio. Despensa, cuarto de la limpieza, después trastero para una máquina de tejer, envuelta limpiamente en papel de estraza marrón. Es la parte posterior de la casa, la parte húmeda y mohosa, salitrosa, que da al riachuelo. Oye cómo corre el agua. Oye las pisadas de los animales que pacen en el declive a orillas del riachuelo. Oía todo eso sin saber que el riachuelo, la orilla del riachuelo y los animales existen. A veces, alguno se frota los flancos contra el entramado de madera, apoyado con su respiración en la pared. Su primer lugar. La primera habitación.

Los que le llaman desde fuera están encantados, en el fondo, de ese constante y profundísimo sueño y del silencio que emana de él. Es el único hijo posible, que sin embargo, lamentablemente, da trabajo. Todo lo que la vieja lleva a cabo, muy por encima de él, va acompañado de un bonito, suave y extraño sonido. Es un suspiro, su primer ruido. Todo ha de ir acompañado de suspiros. Hervir los pañales, ir a buscar la leche del ama en la enfermería del municipio, el largo camino a

la aldea vecina, ida y vuelta con la pequeña lechera de aluminio, paso a paso. El sordo plop o bup, cuando quita de la lechera la tapa negra de goma con la abreviatura E. B. escrita a tiza, y luego suspirar: desde lo más hondo del alma. Las cosas se cuentan y se ponen en su debido orden mediante suspiros, uno tras otro. Las horas se convierten en días a través de suspiros, y los días en semanas y años. Una honda y antiquísima queja se ha hecho cargo de él. Brilla sobre la cuna del pequeño Edgar, su rostro es una mancha clara en la luz eléctrica, que huele a viejo y a mohoso como la casa. «¡Edgar!»

Edgar: sí. Allí, en aquella pequeña pieza tiene que devenir él poco a poco, ha de acostumbrarse a ser él paso a paso: Edgar, Ede, Ed. Hasta que las palabras «máquina de tejer» hacen acto de presencia y penetran fríamente en su conciencia, aquello marrón y silencioso de la pared de enfrente es un caballito envuelto en telas. Su caballo, que habla con él en cuanto oscurece. En su envoltura se parecen: Ed en su cápsula debajo de la manta y el caballo en sus trapos. Sueño invernal. Es su único y mejor amigo, con convenios tácitos, que sólo son válidos entre los mejores amigos. Si, por ejemplo, por algún descuido no se despertara un día por la mañana, el caballo se roería con los dientes sanos y blancos el vendaje que lo mantiene atado. Tan pronto su fuerte y oscura cabeza de caballo estuviese libre de vendajes, iría a verlo a su cuna. Para ello sólo le haría falta darse la vuelta, con cuidado: así despierta a Ed, sólo con su respiración de caballo, y le insufla nueva vida.

«¡Edgar, Ed! Se ha movido, ¿no?»

Partiendo de suspiros y una respiración de caballo se puede desarrollar todo, un nombre, un lenguaje, una canción, una existencia propia quizá. Pero en algún momento regresa su madre del hospital y la suspiradora desaparece para siempre. Él sigue escuchando mucho tiempo... Nada. En lugar de ello, un hablar suave, alegre, un nuevo olor, una cara nueva y amor sin límites. No la conoce aún. Trata de sentirla. Un suspiro es su primera palabra. Su madre no le entiende.

«Edgar, ¿me oyes?»

Sí, pero los párpados le pesan demasiado. Es mejor dejarlos cerrados. La cápsula que lo ha acogido termina debajo de la manta, que es agradablemente blanda y lo protege hasta la barbilla. Pero hacia abajo parece que el espacio de que dispone es de gran extensión, a través de su cama y del entarimado hasta el sótano y luego hasta las profundidades, hasta la vena metálica, el metal de su tierra, que brilla y lo atrae hacia él suave y bondadosamente.

«Hola, Edgar, ¿me oye?»

«¡Uranio, pechblenda, isótopo 235! ¡Neurosis que se remonta a muy atrás!»

«¿Qué ha sido eso? ¿Lo ha entendido alguien?»

Habían hablado sus reservas.

Alguien lo sacude.

Alguien le pellizca en el brazo.

Debajo del agua, aún estoy debajo del agua, piensa Ed y quiere decirlo.

Tres santos salen de la niebla.

Krombach, un desconocido y el policía de la isla.

MANOS FRÍAS

No podía encontrar su cara. Cuando levantaba la mano para tocarla, tropezaba con algo desconocido. Una máscara quizá, pensó Ed. Lo intentó otra vez, pero al hacerlo volvió a dormirse.

Kruso se inclinó sobre él. Su grande y oscura cabeza de caballo. Sus dientes grandes y blancos. No pudo sentir el beso.

Lo siento.

Cuando se despertó, quiso sonreír, pero no fue capaz. Sus cejas se adelantaban, como un pequeño balcón. También su nariz sobresalía como una sombra en el cuarto. Veía la habitación como a través de un túnel. Al final del túnel: lavabo y armario. Pensó en Speiche: en algún momento vendrá a recogerlo todo, su cepillo de dientes, sus zapatos, jersey y gafas de trabajo. Quizá yo ya no esté aquí, pensó Ed.

A partir de ese momento siempre había alguien en su cuarto, una galería de visitas, interminable y como en un sueño: el policía de la isla, la médico de la isla, Krombach, Cavallo, Rimbaud, toda la tripulación y un hombre desconocido con gafas fotosensibles, que explicó que venía de la inspección de higiene del distrito. Y sobre todo Monika, Mona, el hada de la ropa blanca, cada día. De pronto ya no era invisible y la habitación de Ed estaba llena del perfume del cambio.

«Qué bien que ya estés despierto otra vez, Ed. Tienes que beber, beber mucho.»

Levantó una taza a la altura del túnel y le tocó los labios. Él respiró hondo, y el ruido submarino estaba allí otra vez, un desagradable esnorquelear en la cabeza.

«¿Dónde está Kruso?»

«Tienes que beber, Ed.»

«¿Qué ha pasado?»

«Ha desaparecido. Nos han interrogado a cada uno durante horas. Han puesto patas arriba su cuarto, pero mi padre...» Le miró a los ojos e hizo un gesto con la cabeza.

«¿Dónde puede estar ahora?»

«Los isleños dicen que unos hombres de paisano intentaron encerrarlo después de vuestro último partido, desde entonces no le ha visto nadie. Qué tontería la tuya, Ed, todo ese asunto. Perfectamente absurdo. Por cierto, René también ha desaparecido.»

Cuando Ed se despertó a medianoche, su puerta estaba entreabierta. Una fría corriente de aire en la frente. La cabeza le pesaba y costaba mucho esfuerzo levantarla. Poco a poco cayó en la cuenta de lo que Viola había dicho con su voz de los informativos. Otra vez había huido gente, hablaban de una auténtica ola de prófugos que había atravesado la valla y cruzado la frontera.

Ed trataba de imaginarse la valla, una y otra vez.

Veía a gente que corría. Veía alambradas viejas y oxidadas y una región semejante a una estepa. La valla seguía siendo un enigma. El enigma de la frontera húngara. De pronto era vieja, de pronto estaba abierta. Y nadie había disparado. ¿Cómo era eso posible?

«Son las 23.57. Para terminar el día, el himno nacional.»

El corazón de Ed empezó a latir furiosamente. Estaba hundido en un grandioso desamparo. De pronto le vino curiosamente a la memoria *Carne humana*, una película germano-occidental, si recordaba bien, que sin embargo había llegado a los cines. Ninguna otra representación de la huida se le había quedado más profundamente grabada. Una persona salta del edificio de su motel y huye al desierto, perseguido por un todoterreno. Los perseguidores son cazadores de hombres,

que quieren matarle y vender sus órganos. Ed había visto la película a los quince años, en el cine de su ciudad, que todavía se llamaba «Cinematógrafo». Esa palabra estaba escrita sobre un tablón, de la misma manera que ponía «Saloon» sobre la entrada de un bar del Oeste americano. El letrero estaba colgado sobre un camino enlosado que llevaba de la calle principal al patio trasero donde se hallaba la pequeña sala. No sabía cómo había llegado hasta allí la sala y con ella *Carne humana*, la película. Ed escuchaba a Haydn y veía correr a la gente, correr para salvar la vida.

Con una mano, la médico de la isla sostenía la radiografía con el brazo extendido contra el cristal de la ventana, con el lápiz en la otra rodeaba la órbita ocular derecha. La calavera de Ed miraba la habitación.

«Una pequeña esquirla, probablemente de hace tiempo. No sé con qué frecuencia le ocurre esto.»

«¿Qué?»

«Dejar que le den una paliza, que lo ahoguen, que lo maten a palos.»

Era delgada, el pelo oscuro muy tirante peinado hacia atrás y sujeto en una cola de caballo. Agitaba en el aire la radiografía, como si quisiera quitar con ímpetu de en medio a Ed. Estaba pálida y como consumida; la edad, indefinible.

«Tiene roto el hueso nasal. Al principio no era fácil de ver, por la hinchazón.»

Nunca me ha pasado, quiso replicar Ed, pero la médico hablaba de prisa, como si no tuviera tiempo que perder.

«Un transporte habría sido muy peligroso, porque yo no podía formarme un juicio sobre sus heridas de la cabeza.» Ahora estaba sentada en la cama y guardaba silencio, como si hubiera perdido el hilo durante un momento. «Además, esta noche hemos tenido vientos de fuerza ocho.»

«En el puerto todo estaba en calma», murmuró Ed, para probar que había prestado atención. Su voz sonaba extraña, y hablar le costaba un esfuerzo. Le dolía la mandíbula superior. La médico rodeó otra vez con su bolígrafo la cavidad ocular lastimada. La radiografía daba una luz gris a la habitación.

«En su caso hemos podido utilizar el aparato de la base de radiación. A decir verdad, un aparato que no pertenece a la sección médica, pero las radiografías son mejores que todo lo que...» Se ensimismó en la contemplación de la fotografía. El bolígrafo marcó una fina línea, para Ed apenas discernible, bajo la cuenca del ojo. Un pequeño desgarró, casi invisible, en el grande y liso golfo de México. Pensativa, le miró a él durante un momento, como si quisiera saber su opinión. Luego dejó que la radiografía navegara por la colcha de la cama.

«Guárdela bien, por favor. Dentro de unos días vendré a buscarle, creo que necesitamos hacer otra, señor Bendler.»

«Gracias, muchas gracias.» Ed consiguió fingir ese optimismo que se podía esperar de un buen paciente.

«Dé las gracias a sus amigos de aquí.» Con un movimiento de mano abarcó el Klausner y se marchó.

Ed alzó las rodillas hasta el pecho y metió entre los muslos las manos abiertas. Poco a poco lo fue comprendiendo. Las lágrimas le escocían en las mejillas. Tanteó con cautela su cabeza de golem; por la noche se volvía tan grande que tenía miedo de mover la cabeza en la almohada.

«¿Losch?»

Estaba oscuro. Ed había oído pasos. El suave crujido del cartón alquitranado, pasos por el

tejado del comedor hasta debajo de su ventana.

Losch.

Se encaramó a su mesa escritorio, donde estaba la gran agenda. Pisó las gafas de Speiche y tiró al suelo la cubeta arriñonada con el algodón que Monika utilizaba para secarle el rostro a Ed.

Durante un segundo, silencio.

Sólo la pesada respiración de su amigo sobre la mesita pequeña, su sudor, su hedor. Durante ese momento él era el íncubo que a la hora del sueño nocturno estaba sentado sobre todos los escritorios del orbe terrestre silbando suavemente la linda canción infernal, la propia música, todo el tiempo hasta que las palabras decidieron bajo sus garras que preferían morir a significar algo.

«¡Losch!»

«Más bajo, Ed, más bajo.»

«¿Qué ha pasado?», susurró Ed, «¿dónde has estado?»

«Eres mi único amigo, Ed.»

«Te he buscado por todas partes, pero en el Hitthim...»

«Lo sé, Ed, lo sé. ¿Dónde esta la foto?»

«Aquí.»

El íncubo planeó con cautela de la mesa a la cama. Cogió la agenda de Ed y pasó las hojas hasta que le cayó en las manos la foto de su hermana.

«¿La has visto?» Contemplaba la foto.

Ed se incorporó a medias. Estaba muy oscuro. El rostro, una mancha blanca, tan sólo un tenue esbozo de lo que había desaparecido. En las últimas semanas había empezado a comprenderlo. Había empezado a recordar. Sintió la desesperación y la pérdida. Cada vez era como si acabara de enterarse: un tranvía, la recta última, poco antes de la parada final...

«Claro, Losch. Cada día contemplo la foto. Sabes cuánto se parecen, Sonja y G.»

«No, quiero decir que si la has visto *allá fuera*, en el desfile, en uno de los barcos.»

Kruso hablaba con apresuramiento, y Ed no entendió la pregunta, probablemente había oído mal.

«¿Por qué has entrado por la ventana, Losch?»

«Sólo necesito un poco de descanso, nada más, una o dos semanas. He de reflexionar, Ed. Quiero intentar trasladar las asignaciones al norte. Un lugar de la playa que no sea visible desde la torre de observación. Hay que mejorar muchas cosas de todos modos. Los bancales de hierbas medicinales, la producción de setas, todo el conjunto, sobre todo un mejor sistema de distribución, y alojamientos nuevos, seguros, realmente buenos escondites.»

«Losch...»

«En invierno nos dedicamos al búnker, ya sabes, la comunicación subterránea desde el Klausner hasta las antiguas posiciones de la defensa antiaérea. Galerías, túnel, todo está simplemente cegado. Nosotros lo despejamos, tenemos tiempo. Tenemos provisiones, soledad, todo. De noviembre a abril, seis meses. Luego alojamos allí a medio país, ¿te imaginas, Ed? Los escondemos a todos. Hasta que no quede nadie ahí, a ese lado. Se sentarán por centenares, en torno a largas mesas, en bancos sólidos, bajo tierra, escondidos. ¡Hiddensee! Aquí en la isla habrá más gente libre que...»

«¡Losch!»

Permanecieron un rato en silencio. Sólo la respiración, sólo el olor a sudor.

«Siento no haber estado aquí.»

«¿Qué quieren de ti?»

«A mí, a ti, todo.»

Guardó silencio.

«¿Dónde está Heike? ¿Y qué pasa con René? ¿Está aquí, en el Klausner?»

«Ya no es de los nuestros.»

«¿Qué quieres decir, Losch?»

«No le des vueltas a ese asunto.»

«¿Quién me sacó del agua?»

«En esa parte del puerto haces pie, no es posible ahogarse, Ed.»

La mano de Kruso en su rostro. Como si quisiera cerrarle los ojos. Dolía, pero también era agradable. A lo mejor sólo lo he inventado, pensó Ed. A lo mejor todo eso ha sido sólo un sueño. Hablar fatiga.

«¿La viste allá fuera, en los barcos?»

Kruso le tocó con prudencia el cuero cabelludo, con prudencia le movió la oreja. Sus manos estaban frías. Él le había visto venir. Él lo sabía. Sabía que no hay nada mejor que unas manos frías sobre la piel.

«¿Por qué avanzan la luna y el hombre...»

«... los dos juntos tan derechos al mar?» CHAIKOVSKI

Toda la mañana hubo sol en la buhardilla. Había visto su luz en la cama y sentía su calor. Tan pronto amaneció, las golondrinas empezaron con sus vuelos. Vivían en una hilera de iglúes secos, apilados laboriosamente a lo largo de semanas sobre el trozo de viga que había encima de su ventana. No con mucha profesionalidad, le pareció a Ed, más bien como si no estuviesen habituadas a la estática de los inmuebles. A veces se desprendía un poco de barro y caía sobre el alféizar, sobre la mesa, la agenda.

A eso de las once empezó el fragor de los turistas. Voces sueltas, límpidas, y agudos gritos de entusiasmo, como hacen los niños cuando juegan. La risa de Karola, como una cesura, una pausa en aquella barahúnda. El «¡Solianka!» y «¡Escalopes!» de Chris: el Klausner al mediodía. Sólo a unos metros de distancia había cientos de personas que iban tranquilamente por la isla como por una buena vida. Personas que no habían hecho nada equivocado, al menos de un modo general. Llegaban por la mañana en barcos y por la tarde se marchaban. Almuerzo en el Klausner, café y tarta en el Enddorn, o a la inversa; siete horas de isla.

De momento él no podía ir a ninguna parte, eso estaba claro. Era un hombre-elefante, escondido, de horrible apariencia. Lo había hecho una vez y enseguida decidió no volver a mirarse en el espejo. Tenía que conservar la calma.

Esperaba que le trajeran la comida, esperaba al siguiente interrogatorio. Era o el policía de la isla o el inspector de higiene del distrito. Y quizá pasara otra vez por allí René, con un mechón de pelos en la mano. Lo siento de verdad, pero ya sabes... Ed se levantó y paseó por el cuarto. Se lo imaginaba. Él se limitaba a imaginárselo todo. De vez en cuando atisbaba por la ventana, pero con cuidado para que nadie le viera. Las gafas de Speiche estaban rotas. No la montura, sólo uno de los cristales.

Por la noche, el Klausner estaba tan silencioso como un barco en el fondo del mar. Ya no había naufragos; no había pasos por la escalera, ni agua que corría en el fregadero. Sólo se oía a Viola. Ed abrió un poco su puerta para entenderla mejor. Luego se sentó en su cama y soñó. No sabía si había querido dormir o ya estaba dormido.

El enigma de la frontera con Hungría se planteaba cada día. Unos cien diarios, eso decían; los números permanecían estables. Ed escuchaba y, mecánicamente, se llevaba las manos a la cabeza; estaba mudo de asombro.

Esta vez eran suaves colinas: Hungría, como en la etiqueta del Lindenblatt, la bebida de Kruso. La etiqueta mostraba colinas y maleza. Maleza en Hungría, detrás de la que se agachaban ahora los fugitivos antes de dar un salto y correr, correr como alma que lleva el diablo.

Kruso había desaparecido y también se echaba de menos al vendedor de helados. «Pienso que ustedes saben lo que eso significa», había dicho el policía de la isla. Ed cerró los ojos y, en efecto, se durmió al momento. Había aprendido a utilizar su cara hinchada como una máscara: aún estoy muy débil, muy cansado, no estoy en condiciones de hablar con nadie. El policía de la isla le tocó en el hombro, vacilante: «Señor Bendler.» Su interrogatorio, el tercero en dos días, aún no había concluido. «Señor Bendler, por último debo preguntarle una vez más qué heridas infligió usted, o podría haber infligido, al vendedor de helados René Salzlach aquella tarde en el puerto, cuando tuvieron esa *disputa*.» La pregunta no indignó a Ed. La tarde en cuestión quedaba muchos años atrás, en no sabía qué oscuridad, en el agua del puerto, que sabía a petróleo y a algas. Perplejo y agotado movió la cabeza en la almohada de un lado a otro; su rostro hablaba por él.

Al día siguiente estaba mejor, y por la tarde tuvo hambre, la primera vez desde la pelea. Pensaba en efecto en una pelea, como si todo aquello pudiese perder su falta de sentido, y pudiera interpretarse como resistencia o fidelidad o valentía. «Lo he hecho también por ti», murmuró Ed para sus adentros y trató de recobrar fuerzas.

Kruso había inventado el Día de la Isla, pero en el momento decisivo había desaparecido. Era infantil pensar así, injusto, estúpido tal vez, pero el desengaño lo llevaba muy dentro. Los esekás también le habían dejado en la estacada. Y por lo visto había cosas que Losch le ocultaba, quizá hasta desconfiaba de él. Durante un momento, Ed deseó que retornaran las veladas en común, lo esperanzador. Era más que mera desesperación. Algo se había —cómo debería llamarlo— hecho evidente. Como si él se hubiera acercado mucho a Losch en esas noches. Y como si Losch no lo hubiera percibido.

El fregadero estaba limpio y ordenado. Dejó la luz apagada. En la cocina le bastaba como guía el ojo mágico de Viola. No hizo ningún ruido, cogió dos rebanadas de pan y sus cebollas y se sentó en la silla, debajo del aparato de radio. Estaba muy lejos del mundo del que procedían las noticias. Su vida ya no se desarrollaba en el presente. Recordaba la radio portátil de su infancia, que en las excursiones familiares llevaba él en el regazo, sentado en el carretón de mano. Inexplicablemente empezó a temblar, de pena y felicidad al mismo tiempo, suponiendo que eso fuera posible. Probablemente sólo se debe a mi herida, pensó, un pequeño desgarró en el golfo de México. Masticaba cuidadosamente el pan y mordisqueaba su cebolla. En realidad ya no tenía dolores, sólo unos pequeños pinchazos en la mandíbula superior.

«Para terminar el día, el himno nacional».

Ed pensó en el inspector de higiene del distrito. Al principio había hablado sobre las condiciones de trabajo en el fregadero, desengañado y lleno de compasión, pero después sólo le había hecho preguntas sobre Kruso y su papel «en el colectivo del hogar de vacaciones del trabajador». Aunque hacía calor en el cuarto, tanto calor que Ed, como sin poder dominarse, había empezado a otear cucarachas, el inspector de higiene llevaba puesta una chaqueta de cuero guarnecida de muchos bolsillos prácticos. Esa chaqueta producía un ligero sonido de roce cuando se movía en el asiento o levantaba el brazo para quitarse de la frente el pelo liso y oscuro. Poco a

poco sus gafas fotosensibles se volvieron más claras. Al final, Ed pudo ver los ojos: un azul pálido, opaco.

No, seguro, ese hombre no era un paria, tenía su puesto en la sociedad, era una parte integral de la situación aceptada por la gran mayoría, y sin embargo emanaba soledad. Era una soledad aplanada, sin desbatar, sin los numerosos y fascinantes detalles que Ed había admirado por ejemplo en el conserje del instituto de filología germánica o en cierto modo también en Krombach o Rimbaud, aunque su vida estaba instalada en circunstancias completamente distintas, sí, en un mundo distinto, casi opuesto. ¿Había tal vez, muy en lo hondo, un micelio invisible de inutilidad en el que todos estaban radicados, del que todos procedían y se reproducían? Un enraizamiento que llegaba hasta muy hondo, muy lejos, sí, hasta el otro lado de la historia donde imperaba el continuo del vacío, esa nada fuerte y tentadora de la que Ed se había separado trabajosamente antes de emprender el viaje.

No había saltado.

A más tardar cuando el hombre explicó de pasada que en los papeles de Ed –empleó, en efecto, la expresión «expediente profesional», aunque Ed era sólo mano de obra para la temporada, un friegaplatos, fregón, *plongeur*, sin la menor ambición de ascender a pinche de cocina y ni siquiera de trabajar en la barra, en cualquier caso nunca había reflexionado sobre una *perspectiva como gastrónomo* (cosmódromo), al fin y al cabo había estado ocupado con cosas y circunstancias muy distintas–, en resumen: cuando el hombre de las gafas fotosensibles empezó a decir que en su expediente profesional... no había ni una cédula de identidad para la isla ni un certificado de sanidad, pero que todo eso *como problema tenía solución*, ya no podía haber más dudas acerca de quién había tomado asiento al pie de su cama.

«Por tanto, señor Bendler, hábleme un poco por ejemplo sobre su estupenda amistad con el señor Krusowitsch, de la que en la isla, créame usted, ya se cuentan muchas cosas.» Redondeó su boca ancha y fea como para dar un beso, y Ed enrojeció.

Se recuperó poco a poco. Las tumefacciones fueron disminuyendo, las heridas cicatrizaron, pero aún se sentía débil y dejaba raras veces el cuarto. Dormía mucho de día y pasaba las tardes con Viola, debajo de la radio. Lo que más le gustaba oír eran los avisos para quienes estaban de viaje. Una noche, Cavallo entró en la cocina y le saludó con un gesto como si no le hubiera imaginado en ningún otro lugar.

«¿Emisora enemiga?»

«Como siempre.»

Mientras Viola tocaba a Chaikovski, Cavallo untaba rebanadas de pan, hervía huevos y lavaba manzanas. Una vez más Ed admiró su figura delgada y reservada, admiró su habilidad, su seguridad y agilidad en el manejo del cuchillo, como una composición de Chaikovski. Al final, lo metió todo en una pequeña caja de cartón.

«¡Bueno, pues adiós!»

«Mucha hambre.»

«Infinita. ¿Y tú, Edgardo? Te quedas aquí metido con Viola, pero no te enteras de mucho, ¿no?»

«Exacto.»

Ed sabía que Cavallo no tenía razón, que de todos modos no tenía razón. Cavallo se acercó a Ed y lo abrazó, sentado aún, porque hasta entonces el friegaplatos que estaba debajo de la radio no había comprendido que se trataba de una verdadera despedida.

Ed acabó de escuchar el concierto. Vladimir Horowitz al piano. Luego el avance del programa,

luego el himno, luego las noticias de las doce y un mensaje personal urgente: «Se ruega al señor Dorgelow, que en la actualidad está viajando probablemente por la zona de Hamburgo en un escarabajo verde Volkswagen, matrícula HH PN 365, que llame urgentemente a su casa.» Mientras Ed se dormía oía la voz de Monika en el pasillo.

DE VIAJE POR LA ZONA DESEO

«Van a intentarlo a través de Hungría», explicaba Karola; su voz sonaba llena de respeto.

Sobre una bandeja traía dos botellas de Lindenblatt, ya descorchadas, y varias copas. Ed se enteró de que Monika no había estado *nunca realmente* casada con René, por lo que, por el lado oficial, no se la podía retener. Ed lo ponía en duda. Excepto Krombach y Mike el Cocinero, que estaba recibiendo un suministro tardío en el puerto, todos se habían reunido en su cuarto. Como si su cuarto de enfermo fuese el lugar apropiado para beber en honor de esa despedida, que había resultado tan breve y tan poco solemne.

Algunos estaban sentados en la cama de Ed, otros en el suelo. Rolf, que guardaba silencio y miraba por la ventana, estaba sentado en el taburete, junto a la mesa. Él también, pensó Ed, todos esperan. Se ruega a Alexander Krusowitsch, de viaje por la zona deseo en un grande y brillante mensaje, matrícula oficial desconocida, que se ponga en contacto con su familia de inmediato. Repito...

Dos semanas después de aquel vacío indefinible que siguió al Día de la Isla, al día de los esekás, día de descanso entre todos los días de descanso, todo ocurrió muy deprisa. Por la mañana temprano, Cavallo y Monika habían abandonado la isla, con el primer ferry. Justamente Monika... ¿Cómo podía marcharse cuando aún seguían sin saber el paradero de René? Un fino y absurdo punto incandescente de celos vibraba en el pecho de Ed. No Chaikovski sino Mona, la pequeña invisible, había dictado el número de bocadillos.

Conforme a una especie de última voluntad, fijada por Cavallo con bolígrafo en papel de facturas, Rimbaud repartió los libros de su amigo. A Ed le tocó un folleto con la historia de la estación zoológica de Nápoles. La tapa mostraba una villa del golfo de Nápoles, con canales que directamente desde el agua llegaban hasta las bóvedas subterráneas del edificio: como ideado por Julio Verne. Además un tratado sobre *Fausto en Italia*, de Paola del Zoppo y el *Viaje a Italia* de Goethe. Ed abrió el libro y encontró al momento un subrayado: «Caballos antiguos. Esos espléndidos animales están aquí como ovejas que han perdido a su pastor.»

Hacia las nueve, Mike el Cocinero entró en la habitación y al instante la llenó. Fue un momento extraño y chocante que se le quedó grabado a Ed para siempre. Se enteraron de que habían detenido a Kruso. Detenido y trasladado a Rostock para interrogarlo, como dijeron. Paso ilegal de frontera, resistencia a órganos armados, sospecha de formar grupos hostiles al Estado: de pronto había todo género de cosas. Lo habían atrapado en una cueva escondida en la maleza, en Bessiner Haken, en la reserva ornitológica. El loco del puerto había hablado de esposas. Habían llevado a Kruso esposado por el pueblo. Casi se había producido un motín delante del Inselbar, no sólo los esekás, también tertulianos habituales del local; todos habían salido en tromba a la calle, y la señora Mete se había tumbado en la calle como si estuviera muerta, y ese espectáculo ya había sido definitivamente demasiado *para todos*. «¡En cualquier caso, llevaron a Kruso sin esposas al puerto, y sin esposas subió al barco!», exclamó Mike el Cocinero como si estuviera proclamando una victoria.

Ed contempló la etiqueta del Lindenblatt. Estaba manchada de humedad. Veía los dedos de Kruso, cómo pasaban suavemente por encima indicando algo, dando alguna señal, para él, para su vida.

A la mañana siguiente llegó Krombach a la habitación. Olía a Exlepäng. Tenía la cara pálida, pero brillante, recién untada de crema. Ed esperaba un pequeño discurso. Su despido tal vez. El director apoyó las manos abiertas sobre la mesa de Ed y durante un rato contempló el mar.

«Las golondrinas, ¿no?»

«Sí, desde que están las crías...»

«No son muy resistentes, esos nidos de pájaros.»

Krombach respiró hondo, quitó de la mesa unos trocitos de barro y cerró la ventana. Sólo entonces comprendió Ed que Krombach acababa de perder a su hija o que, en cualquier caso, no volvería a verla durante mucho tiempo, tal vez nunca.

«Tú conoces a Alioscha. Es muy amigo tuyo.»

Ed guardó silencio.

«Era un pobre chico cuando empezó aquí. Ha evolucionado bien, asombrosamente bien. Los que llegaron después no saben apenas nada de él, de su historia y de lo que ocurrió entonces. Pero a ti te lo ha enseñado todo, los escondrijos, los mapas de la verdad y hasta sus poemas, por lo que sé.» Se volvió hacia la cama y miró a Ed a los ojos.

«Me refiero a sus propios poemas, mecanografiados en nuestra vieja máquina del Klausner.»

ROMMSTEDT

Ed estuvo a punto de caer por la escalera de la costa escarpada. Con unas cuantas brasas en las tenazas del carbón, había separado un trozo de la cortina de la ducha y envuelto en él la carpeta. Encendió la linterna y escuchó. Se propuso que de allí en adelante lo haría todo con mucha calma, *paso a paso*. Nunca había entendido esa expresión como un consejo, sólo como una locución corriente: paso a paso. Hasta la patrulla de medianoche habría tiempo suficiente.

Sobre el agua aún había luz. Una franja de color claro, casi blanca, rodeada de oscuridad.

«Ya es tarde.»

«Perdona, es quizá la última vez.»

«Quizá sí, quizá no. Cuando tienes problemas, vienes a verme, ¿verdad?»

«He tenido mala suerte, mi viejo, simplemente mala suerte», murmuró Ed tanteando la cueva. Su zorro se había convertido en un trozo de cuero duro e hirsuto. Apartó el cadáver con cuidado y empezó a cavar un hoyo de suficiente tamaño.

Una semana antes del Día de la Isla, Losch había escondido la carpeta con los poemas en el sótano, por prudencia, como él dijo. Eran cuarenta, quizá cincuenta poemas: el *libro* de Kruso.

Ed aplanó con cuidado la tierra y volvió a poner el cadáver en su sitio. Otra vez la linterna. Su zorro ya sólo era la suela de una bota.

«Oye, héroe, ¿y el mapa?»

Ed contempló la caverna.

«¿Qué son unos cuantos poemas en comparación con el mapa, el mapa de la verdad?»

Ed tardó casi una hora en llegar hasta la base de radiación. Aún no le bastaban las fuerzas para

emprender esa marcha, pero le gustaba estar fuera, moverse, caminar al aire libre, con el aire frío de la noche en la cara. Tuvo que volver a la costa alta y bajar entre las colinas al *bodden*. La herida de debajo del ojo empezó a palpar, pero ya no tenía miedo de que lo descubrieran. Ahora obedecía a reglas más antiguas, a esa primera y en el fondo infantil idea de la amistad y de lo que contenía cuando era auténtica y única.

La puerta de entrada al viejo transformador, al que Kruso llamaba torre, no estaba cerrada con llave. Ed se esforzó por quitarse de la cara las mantas colgantes, y finalmente encontró la subida. Varios cajones estaban abiertos. El mapa había desaparecido.

«¡Demasiado tarde, demasiado tarde!»

Ed estuvo a punto de caer de rodillas.

«No tenga miedo, joven, yo me limito a estar sentado aquí.»

Con la mano extendida, la figura del sillón se protegía contra el rayo luminoso de Ed.

«Por favor...»

El desconocido tenía en el regazo un gato, cuya cabeza era tan grande y pesada como la de un niño. El gato de Kruso. Sus garras anchas y planas se aferraban a las rodillas del hombre.

«Suspiraba usted mucho cuando lo vi la última vez; ¿cómo tiene la cara?»

«Bien», respondió Ed mecánicamente, no le salieron más palabras. Poco a poco sus ojos se habituaban a la oscuridad. Comprendió que quien estaba sentado frente a él era el profesor Rommstedt, el padre de acogida de Kruso y director de la base de radiación.

«Le he hecho unas radiografías, como quizá sepa usted.»

Ed trató de concentrarse. El profesor le tendió la mano a Ed. Al instante, Ed se acercó a él. El hombre era alto, incluso sentado. El gato abrió la boca.

«La foto, es decir la radiografía, parece que ha salido muy bien, dice la médico de la isla.» El profesor guardó silencio en su sillón, y la frase medio tartamuda resonó hasta que resultó evidente su banalidad.

«La radiografía, sí..., la radiografía es seguramente lo menos importante ahora. Pero dejemos eso. Me alegra que haya venido. Me alegra que Aloscha tenga un verdadero amigo en la isla.»

Ed quería replicar algo, pero Rommstedt lo rechazó con un gesto. Le pidió que encendiera la vela que había sobre el escritorio de Kruso.

«Sí, ya han estado aquí; llegaron antes que yo incluso. ¿Pero qué puede significar eso? Probablemente están siempre, lo saben todo, lo ven todo, quién sabe. La primera vez vinieron tras la muerte de Sonja, o, digamos más bien, tras su desaparición. Aloscha tenía nueve años. Entonces nos apretaron las clavijas a todos nosotros, incluso a Aloscha, que estaba completamente trastornado. Durante mucho tiempo no pronunció una sola palabra.»

El profesor enmudeció. Quizá estaba bajo el efecto del shock. Parecía haber esperado a Ed o a alguien. Llevaba una cazadora negra y un pantalón de pana marrón abombado por las rodillas. Parecía que hubiera estado trabajando en el jardín. Ed no podía distinguir su rostro, sólo el pelo corto y gris plata.

«Aquel verano los dos tenían su propio castillo de arena, abajo, en lo que es ahora la playa de los camareros, con inscripciones hechas con guijarros, guijarros blancos, negros, de silicio o basalto, una especie de mosaico con el que estaban atareados días y días, una verdadera obra de arte. Contenía sus fechas de nacimiento y sus nombres, Sonja y Aloscha: Aloscha, por Alexander, así lo llamaba su madre.»

«La acróbata.»

«Estaban en la playa. Y Aloscha vio cómo su hermana se iba al agua, pero nada más. “Tú

espera aquí y no te muevas”, eso le dijo. Que él la esperase allí, junto al castillo de arena. Eso fue todo. Más tarde nos lo contó una vez entre lágrimas. Esperó pero ella no regresó. Y en el fondo todavía sigue haciéndolo, no se va de aquí, la espera. No sé si usted comprende lo que quiero decir.» Rommstedt se inclinó hacia delante y Ed vio finas mechadas de pelos grises que le asomaban al profesor por las orejas; como si el oído extendiera sus antenas en la oscuridad.

«Losch no ha hablado nunca de eso.»

«Lo sé. Losch es por Aloscha, ¿no? Losch y Ed, esos dos.»

Ed se preguntó si Kruso había hablado de él, si le había mencionado alguna vez cuando hablaba. Ed como Eh, tan sólo una palabra de relleno.

«Tras la muerte de la madre, mi cuñado puso a los niños bajo nuestra custodia. Eran inseparables. Pero en el fondo era más aún. Estaban hechos el uno para el otro, toda su difícil historia, su desgracia los había destinado el uno al otro. No podían vivir el uno sin el otro.»

Ed se apoyó en el escritorio de Kruso, en el que había varios libros. Por los bordes llenos de polvo se notaba que faltaban más de la mitad de los títulos. Entre los que quedaban reconoció *Lütt Matten y la concha blanca*, de Benno Pludra. Además de Camus, el volumen marrón de Reclam con *La peste*. Nada prohibido, ningún libro germano-occidental.

«Lo extraño fue», continuó el profesor, «que el día de su desaparición dos o tres grises patrullaban en el mar, no lejos de la orilla, en cualquier caso más cerca de lo habitual, asombrosamente cerca, como contaba más tarde la gente de la isla. En realidad, nadie se preocupa por los barcos. Están por allí a diario, en el fondo son invisibles. Con el tiempo, uno apenas percibe la frontera.»

En la torre reinaba el silencio. La vela temblaba, y la butaca del profesor se alejaba despacio, a la deriva, a la nada.

«Nos costó trabajo sacar a Aloscha de su castillo de arena. Estaba allí como enraizado y con la mirada fija en el mar, temblaba como una liebre. Por la noche volvió a la playa, al mismo sitio. En el mar seguían anclados los grises con sus luces. Lloraba y tuvimos que llevárnoslo. Se defendía con manos y pies y no nos quedó más remedio que sujetárselos. Así lo sentamos en nuestro carro y lo llevamos a casa, a través de media isla. Lloró durante todo el camino; creo que no hubo nadie en toda la isla que no nos viera en aquella ocasión.»

«¿Quiénes son los grises?», preguntó Ed.

«Las patrulleras. Compañía de fronteras. Pensaba que estaba enterado. En cualquier caso, desde entonces, Aloscha llevaba una especie de cuaderno de bitácora. Hasta que volvieron y lo confiscaron todo, no comprendimos lo que en realidad estaba haciendo con eso, pero no se me habría ocurrido ni en sueños leer su diario. No hablaba apenas con nosotros, menos aún con su padre, el general, cuando venía a vernos. Creo que lo odiaba, pero también nos odiaba a nosotros, desde que nos lo llevamos de la playa como un bulto. Pero disculpe, por favor, como es natural no puedo saber lo que Aloscha, quiero decir, Losch, ha contado ya... de esas cosas. Quiero decir, de su hermana.»

«Tengo una foto, es...»

«¡Una foto de Sonja!», le interrumpió el profesor. «Eso está muy bien, muy bien. Estupendo.» Estaba sorprendido y trataba de ocultarlo.

«Comoquiera que sea. Durante siete años ha estado anotando cada uno de sus movimientos, vigilancia de la costa, cañoneras, dragaminas, cada maniobra. Tipo, año, curso del barco y siempre, si había luces en los barcos, qué luces, qué colores. Varias veces nos preguntaron por qué había puesto además un círculo en torno a cada luz verde. Hasta el final no lograron

explicárselo. Hoy estoy seguro de que él veía allí una señal: Sonja, que le mandaba señales. Él creía en la luz verde.»

Ed pensó en la pregunta de Losch. Si él había visto a Sonja, «allá fuera».

«Lo condenaron, claro. Sospechoso de paso ilegal de frontera, de huida de la República, de alta traición, como les apeteciera llamarlo; ese año había cumplido los diecisiete. Uno dijo que habíamos criado una familia de violadores de frontera. Desde su punto de vista somos nosotros quienes infligimos la herida, en la piel de la patria, en su cuerpo delicado. Como mala sangre, una herida tumefacta que de pronto se abre y quiere soltar todo el pus.»

Ed se preguntó si debía contar al profesor lo del inspector de higiene del distrito, pero el gato sacudió despacio la cabeza. Era una negativa continua y extrañamente agradable, que cautivó por completo a Ed. Pensó en Matthew. Sus heridas zumbaban y le habría gustado sumirse inmediatamente en el sueño.

«He hecho varios descubrimientos en el campo de la física de la radiación, como quizá sepa usted o quizá incluso sienta usted, si me permite decirlo así. Tras la detención de nuestro hijo acogido aquello se acabó. Se suspendieron todos los experimentos y a mis colaboradores los trasladaron a Berlín. Los aparatos siguen aquí, bien cuidados. Muy de vez en cuando hay un caso como el suyo, entonces conecto mi central eléctrica, y sí, usted ha sido un paciente especial, señor Bendler, un gran suspirador ante el Señor, si me lo permite.»

Rommstedt rió bajito.

En la amargura del profesor se había percibido un tono negro como la pez, y Ed se propuso prestar atención a eso.

«¿Qué ocurrió con los diarios?»

La pregunta resultó estúpida y superflua.

«Aloscha fue a parar al correccional, a Torgelow. En realidad, una cárcel, en la época nazi metían allí a los desertores. A los seis meses lo pusieron en libertad, relativamente pronto. No todos tienen un padre general. Nosotros también hicimos algo, pero eso no viene al caso. Dijeron que tenía que acreditarse en la producción socialista, etcétera. Él mismo, cosa curiosa, propuso el Klausner. Ya de niño había estado allá arriba muchas veces, los empleados estacionales le querían mucho. De vez en cuando ayudaba a recoger vasos y a limpiar las mesas, entonces ellos le daban un poco de helado o algún refresco. Pasaba allí mucho tiempo, él era su mascota, y la mayoría de ellos conocían su historia. Claro, allí ya no queda nadie de aquella época. Buena gente; se dispersaron a los cuatro vientos. Qué se le va a hacer. Así que le ofrecieron formarle en el ramo de la hostelería. Pero Aloscha lo rechazó, quería estar en el fregadero, nada más, como obrero no cualificado. Al final estaban de acuerdo. Creo que lo vieron como una especie de penitencia, el Klausner como campo de trabajo, el fregadero como tratamiento especial, como trabajo de castigo, de modo transitorio. Algo que le quitara las chifladuras del cuerpo, una buena condición previa para llegar a ser alguien más tarde, un acreditado miembro de la sociedad. “Pongo la mano por mi producto”, algo en esa dirección. Una idea absurda, vista desde la perspectiva actual. Pero entonces aquí las cosas aún eran distintas, el país era distinto, la isla era distinta. No había una sociedad más allá de la sociedad, había mano de obra estacional, vale, pero no esa casta y todo su cuento y sus pamplinas, muchas cosas son simplemente de mal gusto, ¿verdad?»

«Yo casi no he participado hasta ahora.»

«¿No ha pasado ninguna noche en el árbol budista?»

«Losch opina que eso no es indispensable.»

«¿Que no es indispensable, estupendo! Desde hace diez años, ese joven inteligente está en el

fregadero, con la cabeza turbia, las manos reblandecidas y sin producir nada: no indispensable, ¿verdad?»

El gato se frotó la cabeza grande y redonda entre los muslos del profesor. Esta vez era un gesto de asentimiento, un asentimiento hipnótico.

«En el invierno lo declaro oficialmente conserje de la base de radiación. Absurdo, si se tiene en cuenta que desde su regreso de Torgelow se niega a entrar en el edificio principal. Se instaló entonces en esta construcción de ladrillo, el antiguo transformador, ya antes de nuestra época era el almacén provisional de los desechos del laboratorio; él lo llama la torre. En invierno hace un frío glacial aquí, pero eso no le molesta a Aloscha, es su fortaleza. Está sentado ante el telescopio, escribe, forja no sé qué planes.»

«Hay personas que aseguran haber visto a Sonja ese mismo día, en la calle, en el pueblo.»

«En la isla se habla mucho, joven amigo. Sobre la desaparición de Sonja corren veinte rumores distintos, y cada largo invierno viene a añadirse uno más. No olvide que, entretanto, Aloscha es muy conocido aquí, quizá el hombre más conocido de la isla. De pronto, después de Torgelow, hablaba con toda clase de personas. Tiene que haber traído algo de allí, algo que le estimula desde entonces. Con nosotros sólo habla cuando necesita sitios para dormir en el edificio principal, alojamientos clandestinos para esos pobres diablitos que llegan a la isla sin nada de nada, sólo consigo mismos y con deseos de distancia, de lejanías en el equipaje; cada año vienen más... En fin. Y, sí, él sólo quiere hacer algo bueno, seguro. ¡Pero todos se aprovechan de él, todos! Sin embargo, intenta ganar a cada uno de esos esekás, de esos borrachines, para...»

«... la organización, para salvar e ilustrar a los náufragos, y...»

«Bueno, éstos son sus conceptos: gentes sin techo, náufragos, los lugares sagrados, todo eso. Aloscha ya jugaba a los piratas y los náufragos de niño, incesantemente. Quizá, discúlpeme se lo ruego, quizá no sería malo que usted prestara algo más de atención, que fuera algo más preciso en sus observaciones y algo más prudente en sus conclusiones.»

«Yo siempre he apoyado a Losch, he estado a su lado, es decir...»

«Sí, lo sé; me ha malinterpretado. Sin duda alguna ha sido bueno para Aloscha que usted... le haya apoyado. Estoy completamente convencido de que ve en usted un compañero, sobre todo – cómo le diría – en su desesperación. Si en aquel entonces llevaba su diario con tal obsesión, pero en el fondo tan trastornado, más tarde acometió con la misma dedicación y la misma ceguera lo que él ha dado en llamar después, eso me han dicho, la *Alianza de los iniciados*. Una especie de clandestinidad para amontonar libertad interior, una comunidad espiritual, algo en esa dirección; sin violación de fronteras, sin huidas, sin que se ahogue nadie. No una pequeña ilusión, más bien un completo delirio, que a mí me pone muy triste, como tal vez pueda comprender.»

«Se equivoca.»

«Aloscha es un chico lleno de ardientes deseos. ¿Lo es usted también, Edgar?»

«¡Losch ayuda!» El ardiente sentido de la justicia de Ed.

«Su desesperación, su obstinación, todo eso fue una vez deseo; simplemente, su deseo es demasiado grande.»

«¡Losch se ocupa de todos! Eso es lo que hace. Es valiente y está lleno de... Me acogió a mí, y no sólo a mí; me ha enseñado muchas cosas. No todo se comprende al momento, claro, y a veces yo era muy débil o, simplemente, muy timorato y...»

«Y ahora es usted su amigo. Ahora quiere ayudarle. Eso es comprensible y admirable, y sólo por eso hablo con usted, sólo por eso le cuento esta historia, en lugar de echarle de la casa, de

denunciarle o», acarició delicadamente la enorme cabeza del gato, «de lanzarle al cuello a este bebé.»

El profesor sonrió y durante un instante Ed vio una hilera de dientes con un cerco negro. Contaminados por la radiactividad, pensó Ed.

«Hemos de tener confianza, esperar lo mejor. Sólo quería ponerle al corriente, prevenirle un poco tal vez. El mapa ha desaparecido, como ve. Y Aloscha tampoco volverá en mucho tiempo, si es que vuelve. ¿Qué le parecería si hiciéramos un pequeño recorrido por la base?»

LA ANTIGUA VIDA

18 de agosto. Durante un rato se quedó así de pie y contempló la bolsa de Speiche. (Detenido.) Luego cerró con llave el armario, se sentó en su cama y sacó de debajo su propia bolsa. (No volverá en mucho tiempo, si es que vuelve.) El bolsillo lateral con cremallera donde guardaba su agenda Hermès: desde hacía semanas no apuntaba nada, su diario se había ido apagando. (Torgelow.)

Durante un rato estuvo hojeándolo. Líneas azules, días vacíos. El papel basto, que dejaba una sensación áspera en la boca. SS para salida del sol, PS para puesta del sol. Y las antiguas citas. 23 de abril: consulta al profesor W. sobre el examen de romanticismo; tema inicial: Novalis, 1) *La Enciclopedia*, intento de una nueva definición del mundo y de su saber, 2) «El significado de la ilusión para la historia de nuestra voluntad», 3) «Europa y la cristiandad». 8 de enero: una película sobre Max Ernst en el Cineclub 66. Lo que se le había quedado grabado eran las escenas de la construcción de casas en el desierto, sol y madera, la casa propia, tal como la proyectó y construyó el pintor, y así se forjó una guarida para trabajar, muy lejos de todo, sin ningún estorbo. Cada seis semanas un galerista de Nueva York, que iba a ver si entretanto había terminado algo. 3 de mayo: Defensa de la tesis de Knut Mewes, un viejo amigo de G. Estuvo con ellos en la Wolfstrasse, un hombre grueso de ojos grandes y abundante barba, familiar, erudito experto en Wieland. 2 de febrero: carbón. 14 de marzo: veterinario. 25 de agosto: Yatra. ¿Una película? ¿Música india? En cualquier caso algo que él había apuntado y planeado meses atrás. Como el viaje al bungalow de sus padres (para trabajar, posiblemente), apunte del 30 de junio, que pasó hace tiempo. Él había anotado los horarios de trenes, de Halle a Zeitz, de Zeitz a Meuselwitz, el autobús de Meuselwitz a Kayna, si hacía falta, a pie, no estaba lejos.

Y así sucesivamente.

Era como si hojeara la agenda de un muerto. Luego otra vez como si su antigua vida aún estuviera presente: una sensación rara. Se había escapado silenciosamente de la vida prevista para él. Ahora le parecía extraña, pero todavía destinada a él. Se preguntó si le estaba esperando allí, en la habitación con las dos deslucidas butacas, la cómoda y el geranio limonero.

Solitaria y retrasada, pensó Ed. La antigua vida, apoyada en la estufa. Allí estaba, completamente sola, sola con ella misma. Qué ofensa.

Siguió pasando hojas y empezó a contar: sesenta y ocho días desde que llegó a la isla. Sesenta y ocho días. No años. Aunque eran años, sin ninguna duda.

Él no pensaba *así*, pero en algún momento empezó a contar los días que faltaban para matricularse en el semestre siguiente. Echó cuentas. Hasta finales del anterior sólo había faltado tres semanas, no más. Había podido estar enfermo. Claro, no se había dado de baja por

enfermedad. Pero su especial situación, su estado de labilidad, algún certificado médico quizá, problemas psíquicos.

Había empezado a pensar en G.

Podía pensar otra vez en ella, sin Trakl ni nada de eso. Veía su puño cerrado para escribir y el animalito risueño (parecido a un ratón) que dibujaba, con curvas y puntos, en la firma cuando le dejaba una nota. «Ven al Corso después de la manifestación, estoy deseando verte.» Debajo el ratón. Era el Primero de Mayo, día de fiesta y de lucha de la clase obrera, la hermosa tarde libre después de la marcha y su tradición: primero el Café Corso, luego el bar llamado Gosenschänke.

He tenido problemas psíquicos, formuló Ed. Sonaba auténtico.

Pensó de pronto en Krombach.

¿Tenía buena salud, realmente buena salud?

Luego su mentira.

Estaba fingiendo. Había querido desaparecer, en el fondo desaparecer sin ayuda de nadie. ¿Imposible en un país en el que seguramente todos los lugares estaban de algún modo conectados, la universidad, la central de informaciones, el departamento de higiene del distrito? ¡Pero no el Klausner, pensó Ed, ni el Arca! Sacudió la cabeza, pero la cabeza aún le pesaba mucho, y al hacerlo sintió que se mareaba.

EL SONIDO PROPIO

SS 4.49 horas. Cuando se puso en camino aún era de noche. Atravesó el bosque y entró en el camino de losas de hormigón. A través de las blandas suelas de sus zapatos de ante percibía los signos. Era como si estuviera otra vez sobre los pies de su padre y su padre anduviera, el antiguo juego del domingo por la tarde, cuando él había superado los *ejercicios*. Empezaban después de desayunar, hacia las nueve. Hacia las diez, las primeras lágrimas. Ed perdía la capacidad de sumar dos y dos. Luego, lo peor: la decisión de su padre de explicarle otra vez, *desde el principio*, desde el principio del todo, la asignatura de matemáticas. «¿Qué quieres hacer en el futuro sin los fundamentos, sin lo que es la base de todo?» Lo que venía después era impaciencia, arrebatos de cólera, un zumbido en la cabeza. La mirada de reojo al reloj de la sala. En algún momento se acabaría aquello. Luego se acababa. Su padre lo levantaba de la silla, lo apretaba contra su pecho y lo ponía sobre los pies calzados con las pantuflas. Caminaban a grandes pasos (Ed tenía a su padre abrazado por la cintura) por la alfombra naranja hasta el balcón y volvían hasta la puerta del dormitorio, varias veces, a grandes pasos contra la propia marcha interior. Con cada paso había que renunciar al propio sentido de la dirección, anclado en lo hondo del cuerpo: resistencia, renuncia, alivio, en cada paso, y un exultar...; al fin y al cabo era un juego... *Dejarse ir*, pensó Ed.

Nadie parecía haber tenido en cuenta que él podría abandonar la isla.

Lo cierto es que ni el policía de la isla ni el inspector de higiene del distrito le habían dicho nada que le obligara a quedarse, cualquier cosa de la que hubiera que deducir que estaba bajo arresto. Para ellos, él era un sospechoso. Y estaba enfermo. Y formaba parte del Klausner, prácticamente para siempre. Había algo que les daba seguridad. Tal vez su rostro. Pero las heridas estaban sanando, aunque lo habían dejado marcado, eso se veía. Como si yo no tuviera vida propia, pensó Ed.

Cuando caminaba aplanando el pie y haciendo más fuerza podía percibir lo que estaba grabado en las losas. En algunos casos, Ed entendía que eso indicaba la calidad del hormigón, en otros era semejante a un jeroglífico, inscripciones de pirámides egipcias, aztecas, sumerias tal vez. «Nos liberan de todo peso. Si das en ellas de pleno, te eximen, alma y corazón, del peso de su existencia», había dicho Kruso y había caminado más deprisa. Su andar sobre los signos con las caderas tensas. El cuadrado rígido, en su centro los genitales de Kruso. Ed pensó esa palabra y la tenía ante la vista, en el centro del movimiento. Iba cuesta abajo, pasando junto al gran panorama de la isla. Era una carrera, sin esfuerzo, un salto fácil, con cada paso saltando dos o tres placas, de signo en signo. Cada impacto de la suela en el pavimento hacía saltar algo en Ed. Al cabo de cincuenta metros estaba liberado de la sensación de molestia: dos hombres adultos que corrían cuesta abajo como niños. «¡Venga, venga!», gritaba Kruso y tomaba más velocidad. Ed notaba la elasticidad. La carrera que ganaba espacio. Ante él, la isla, en toda su longitud, y él, que tomaba impulso para volar. Un subir y bajar del mundo, arriba, abajo, su médula espinal se derretía y empezaba a fluir, una sensación de omnipotencia. Penetraba en él por detrás y lo llenaba por completo. Exultaba. Saltaba y exultaba, no podía evitarlo. «¡Adelante, adelante!», gritaba Kruso, la tierra y el mar eran una unidad. Ed aspiraba el aire marino, el olor de la isla. Corría por el aire, como ocurre en los sueños.

Quince minutos hasta el puerto. En cualquier caso había que contar con que vigilaran los barcos. Primero se escondió detrás de las ruinas de la letrina del puerto, una barraca claveteada de tiempos remotos. Metió su bolsa entre la maleza y se sentó encima. Él era ahora el centro de la derrota, él y nadie más.

Pronto empezó a clarear y llegaron los primeros pasajeros. Sólo los nativos utilizaban el ferry de la madrugada, gente que trabajaba en tierra firme o que hacía allí la compra. Se saludaban, conocían al capitán. Ed envidiaba a los isleños por su escueto contacto, que apenas constaba de palabras, sólo de gestos. Una breve inclinación de cabeza, una locución ininteligible, expresión de su defensa contra el sinnúmero de forasteros y su parloteante invasión, esa cacofonía, radicalmente ajena al norte, que inundaba la isla cada verano. Un límite incluso para los esekás con sus veleidosos comentarios sobre la isla, sobre el mar y la vida. Incluso en los barcos atestados de gente se reconocía al momento a los nativos. Eran personas completamente indiferentes a la barahúnda de alrededor, como si hubieran obturado definitivamente su existencia, sí, como si estuvieran vacunados y fueran inmunes para siempre a esas criaturas espantosas llamadas excursionistas. Los mundos no se mezclaban. Sólo alguien como Kruso se movía en las dos esferas... Detenido, pensó Ed. No volverá en mucho tiempo, si es que vuelve. Torgelow.

Arrastraron hasta el barco la escalerilla, que constaba de tablas de madera y un tubo de hierro como pasamanos. Ed se incorporó trabajosamente; la correa de su bolso de viaje se le clavaba en el hombro, y entonces los descubrió. El matrimonio de la barra. Con una carretilla llena de equipaje. Vaciló un momento, algo le pareció raro en su actitud, como si trataran de no ser ellos; ¿y quizá no lo eran? Ed vaciló. Volvió a meter su bolsa entre la maleza y dio un rodeo: de vuelta al camino en dirección al puerto.

El matrimonio de la barra. Dos segundos llenos de alegría. Como cuando uno encuentra sin esperarlo a un conocido y, con la sorpresa, lo saluda más efusivamente de lo habitual. Al cabo de un instante, el rostro de Karola se volvió inaccesible; Rick miraba intensamente concentrado en dirección al ferry.

Ed había explicado a toda prisa que sólo quería buscar en el puerto una de las carretillas del Klausner para transportar el pan. Entonces su mirada recayó en la carreta con el equipaje y con el letrero, esmaltado en rojo, «Zum Klausner», y su embuste, también como esmaltado en rojo, estaba allí a la vista.

«Bueno, espera», dijo Karola deprisa y empezó a descargar el equipaje, a su enérgica manera.

«No, por favor, hay otras, otras carretillas allí detrás, en el aparcamiento de las carretillas», se apresuró a asegurar Ed; se le agolpó la sangre en la cabeza, pero luego, qué iba a hacer, ayudó a descargar. Y al final, como si sólo hubiera aparecido allí para eso, ayudó también a colocar las cosas en la proa del ferry. El miedo a la separación entre el muelle y el costado del barco, el miedo a la pasarela de embarque. El momento de confiarse mutuamente la verdad había pasado. No se habló de punto de destino. ¿Una de las embajadas o el enigma de la frontera con Hungría? No hubo preguntas.

El equipaje: eso era *todo*. En una bolsa tintineaban botellas, de otra sobresalía una lámpara de mesilla de noche con conchas y trocitos de nácar pegados. Algo grande, imprevisible, se había desplazado. Y seguía desplazándose, de modo incesante, continuo, como si estuvieran sobre enormes témpanos que arrastra la corriente (una sensación honda, infantil), y cuando el matrimonio de la barra hubo cruzado la pasarela de embarque y los motores arrancaron y el acero del casco del barco empezó a vibrar, ya estaban muy lejos de él, más lejos que en continentes distintos.

La sirena del barco silbó, y el loco del puerto apareció en escena; dirigía la salida del ferry. La popa del barco se separó despacio del borde del muelle y se deslizó un trecho en la dársena. El chico giraba el brazo derecho en el aire como un molino de viento, y el tronco daba la vuelta para tomar rumbo. Con un seco bramido el vapor cogió velocidad. Ed respiró el diésel, su veneno azul-negro que corroía las mucosas.

Los labios de Karola seguían apretados como si hubiera decidido no pronunciar una palabra más. Ni sobre el Klausner ni sobre su comunidad firmemente unida, para la que el matrimonio de la barra eran como padres. Quizá seguramente desconfiaba de él. Qué iba a pensar sobre su súbita aparición en el puerto. Que iba a por pan, aunque todas las mañanas a esas horas estaba en el sótano encendiendo la estufa. A por pan, aunque Kasten el panadero nunca tenía preparado el pan antes de las ocho... Sólo entonces vio Ed las lágrimas, y finalmente la boca de Karola se abrió. El motor diésel lanzó un aullido y a él sólo le llegó el movimiento de los labios.

Ed clavó los ojos en ella, levantó el brazo, incrédulo, vacilante. Por error, había ido a parar al lado equivocado de la despedida.

«Cuándo sino ahora, Ed.»

¿Había dicho ella eso?

Sí, seguro, eso había dicho.

¿O quizá otra cosa?

«Cuánto nos apena, Ed» o «Cuídate mucho, Ed» o «Cuando tú quieras, Ed».

Cuídate mucho. Al decirlo había hecho un gesto, en dirección a Ed, como si quisiera acariciarlo, y luego como si quisiera acariciar al Dornbusch, a la tierra alta y, finalmente, a la isla entera. Acariciar con la mayor ternura posible a esa distancia. Rick y ella aún se quedaron un rato en la borda, luego desaparecieron.

Ed no podía creer aún que se marchaban. Menos aún soportaba lo que habían pensado de él. Traición por todos lados. La idea de la barra sin el matrimonio de la barra.

Pasaban manadas de excursionistas. Salida del segundo y del tercer ferry, sin Ed. Mäcki el cochero y su caballo peludo, que le dirigió una mirada interrogante. El muchacho loco con la boca abierta. Estaba sentado en una silla de plástico en el borde del muelle, había cruzado las piernas y girado el torso hacia un lado, como si de pronto hubiera sentido náuseas. Pero sólo le importaba el viento: inclinaba la cabeza para facilitar que el viento le soplara en la boca, gruñía y bramaba al viento y soltaba gritos de gaviota o de bebé, largos y persistentes. Al pasar, Ed se dio cuenta de que ya no era un chaval, un niño, desde hacía mucho tiempo. Tenía cara de viejo.

Como su perplejidad no disminuía, siguió haciendo como que iba a buscar pan. Sacó su bolsa de la maleza y la arrojó a la carretilla. Se acordó demasiado tarde de la botella: Blauer Würger, intacta. Desenroscó el tapón y prestó oídos al fino crujido. Bebió y oyó el silbido: contra la luna del oeste.

La puerta de entrada al Hitthim estaba revestida de un tablero contrachapado. Se preguntó si se había roto *en la lucha*. Y cómo René y él habían recorrido el largo camino desde allí hasta la dársena; no se acordaba. Miró alrededor, como si aún pudiera haber huellas. Como si el vendedor de helados pudiese salir de detrás del castaño que había a medio camino entre Hitthim y la dársena, el único árbol de los alrededores. Lo siento, pero ya sabes... Un mechón de pelos en la mano.

Detrás de la barra del Inselbar, Ed reconoció la silueta de Santiago; miró al suelo, rodeó un hoyo en la arena y pasó de largo. En la vitrina de la casa de Gerhart Hauptmann aún había luz,

aunque el sol ya estaba muy alto en el cielo. En lugar de los versos de Hauptmann, detrás del cristal había un anuncio de una lectura pública del escritor Rainer Kirsch; era la presentación de su último libro. El azul de la acuarela de Ivo Hauptmann había palidecido, las chinchetas se habían cubierto de orín. Por alguna razón Ed se sintió cercano al pintor Ivo Hauptmann, quizá sólo porque había logrado ser un hijo.

Ed dejó la carretilla junto al camino y recorrió un trecho de la playa de los camareros en dirección norte; a esa hora estaba totalmente vacía. Saltó la alambrada que separaba la playa de la duna que protegía contra la pleamar. A los pocos metros se tumbó y se durmió. Volvió a ver la mano que le había bendecido, en el primer desayuno. Luego la mano de Losch en su hombro.

Cuando se despertó, el sol le daba en la cara; notaba cómo le curaban las heridas. Sacó la botella de la bolsa, bebió y volvió a dormirse. Soñó el sueño del camello, el sueño con el que se había puesto en camino. Cuando se despertó por segunda vez, vio el Klausner, el Arca. Faltaban René, Cavallo, Monika, Karola, Rick, Kruso y él, más de la mitad de la tripulación. Bebió, se comió la cebolla que había metido en su equipaje para la travesía, además de dos rebanadas de pan de trigo y centeno. Curvadas por el viento, las puntas de la arenaria trazaban en la arena, como a compás, círculos geoméricamente perfectos. Además el oleaje, el fragor suave e incesante en el que el pensamiento de Ed se había envuelto como en un capullo cálido y protector.

Entonces lo oyó. Por primera vez. El sonido habitaba en medio de él. Un sonido propio, igual que un destino propio. Él sólo tenía que seguirlo: dos semanas hasta el final de las vacaciones, cuatro semanas hasta el final de la temporada alta, pensó Ed, y volvió a cerrar los ojos, pero sólo unos instantes.

LA SANGRE VIENE MÁS TARDE

El denominado camino de Capri discurría cerca del borde que se desgajaba. El espesor de los árboles y de la maleza que lo rodeaban era tan grande que raras veces permitía ver el mar. Ed aspiró el olor del bosque, que formaba una delicada y vagamente asiática combinación con el ruido del mar. Delante de los escalones de raíces de pinos se habían amontonado largas alfombras de agujas de abetos que le llevaban de vuelta, un paso tras otro, pasos blandos, elásticos, como si andar fuera puro placer y el camino a casa ya estuviera preparado hacía tiempo: Sí, ya voy, estaré ahí, en el fregadero y junto a la caldera, friegaplatos y encargado de la caldera, y si me doy prisa, llegaré a tiempo para hacerme parcialmente cargo de la barra, los refrescos por ejemplo, el agua mineral. Rimbaud y Chris tendrían que encargarse de otra parte; Rolf quizá del café. El portillo de los helados permanecería cerrado: no sería una pérdida.

Apenas notaba el peso de su bolsa. El horizonte era blanco, como borroso. En primer plano la silueta de una patrullera; cuanto más claramente se destacaba entre la niebla, tanto más improbable le parecía a Ed lo que había querido hacer esa mañana. La condición previa que no había que expresar: ahora la cumplía. El Klausner era su único hogar.

Recordó cómo de niño, por la tarde después del colegio, se marchaba solo por el bosque hasta el lindero. Nunca había reflexionado sobre ello: su camino siempre terminaba en el pequeño declive cubierto de musgo con vistas a los campos de cultivo en los que se mecía suavemente o permanecía inmóvil el fin del mundo. En algún momento llegaba la hora en que tenía que regresar a casa.

Recogió varias hojas grandes, tiró del pantalón hasta debajo de las rodillas y se acuclilló en una de las zanjas. Recordaban cráteres abiertos por las bombas. Las partes inferiores de las hojas tenían una especie de pelusa blanca que en el ano resultaba sorprendentemente áspera. Tenía que ser prudente porque esos chismes verdes se rompían con facilidad. Siguió acuclillado un rato, como petrificado. Un viento cálido que venía del mar jugueteaba entre sus piernas y se le puso la carne de gallina.

«¡Termino enseguida!»

Ed se asustó, luego reconoció la voz. Era el buen soldado. Estaba agachado allí, a sólo treinta o cuarenta metros delante de él, y trataba de encender un fuego. Mientras partía ramitas pequeñas y soplaba en una llama aún invisible para Ed, hablaba en voz alta para sí mismo. Como si se tratara de la siguiente escena de un teatro de sombras, avanzó al escenario una segunda figura que hasta entonces había quedado escondida detrás de uno de los elevados y oscuros troncos de hayas. Al punto la silueta cobró nitidez. No había duda: era Kruso.

O no. Demasiado Blauer Würger, pensó Ed, y siguió acuclillado. La luz del sol poniente proyectaba sombras en el bosque, imágenes deseadas y voces. Ed trató de concentrarse en su pantalón: pantalón, cinturón, camisa. Una alegría que todo lo anegaba había empezado a palpitar en él y hacía que le temblaran las manos. No podía evitarlo.

En la siguiente escena, la silueta de Kruso se amalgamaba con la del buen soldado. Ed estaba ahora como cegado por los rayos del sol que, procedentes del mar, atravesaban el monte bajo. Oyó una risa, casi una risa reprimida, y luego cómo la figura de Kruso explicaba algo, a su manera seria. Al hacerlo señalaba el tronco de un árbol, y ahora Ed reconoció también el árbol. Era el árbol budista, árbol de los numerosos brazos y botellas, árbol de la bebida que nunca se agota, como lo llamaban los esekás, el árbol encantado.

Su abrazo fue largo, fuerte y lleno de significado. El buen soldado sacó varias botellas de debajo de las raíces. Brindaron, bebieron, chocaron los vasos otra vez. Reían como ladrones que habían dado un golpe completamente increíble.

La alegría de Ed era perfecta y al instante eclipsó todas las derrotas: la pérdida de su habitación por las asignaciones, la pérdida de C. por el reglamento, todas las noches insomnes, las heridas de la cara. Estaba aliviado como un niño que reconoce de pronto que todos sus miedos y temores habían sido infundados. Había perdido a un amigo, había abandonado la isla, y ahora, de golpe, lo recobraba todo.

«¿Cómo estás, Losch?»

«Bien, Ed, estoy realmente bien.»

«Pero te han...»

Con un solo movimiento de mano, Kruso barrió la pregunta. Bebieron y rieron. ¡Reían! Ed pensaba en las esposas, en interrogatorios, una celda en Rostock o Torgelow, en torturas tal vez...

Volvieron a abrazarse. Hablarían después, seguro.

Ed podía leer algunas cosas en la mejilla grande y cálida de Kruso, y en su pecho, en el latido de su corazón, en el que palpitaba su amistad y una voluntad indomable. Recordó a Rommstedt, la base de radiación, pero aquel momento superaba cualquier duda. Juntaron las mejillas.

«Oh-oh-oh», murmuró el buen soldado. Con gesto misterioso sacó una hoja de afeitar de su cinturón; es decir, después Ed ya no sabía con exactitud de dónde había salido de pronto esa hoja mala, embotada, cubierta de una costra de jabón viejo.

Siguieron a Kruso varios pasos en dirección a la costa. La bola de fuego se hundía, Capri, el

sol rojo, en pocos minutos se lo tragaría el mar.

Primero la pregunta de en qué lugar querían cortarse. Tenía que ser un *buen* lugar, como explicó Kruso. Con «cortar», Ed pensó primero en el pulso, luego en las partes interiores, blandas y blancas, de sus brazos, con el delta verdiazul por debajo de la piel. Apenas sentía miedo, probablemente estaba borracho. Como un artesano que examina una pieza de trabajo, Kruso palpaba su brazo moreno y veloso. Encontró un sitio aceptable sobre la muñeca, «siempre visible, una cicatriz para toda la vida, más preciosa que el oro»: Kruso podía decir esa clase de cosas sin caer en el ridículo.

Y por supuesto empezó él, con fuerza y sin vacilar. Para sorpresa de Ed, el soldado cogió a continuación la hoja de afeitar. Kruso le animaba, lo que no incomodó ni ofendió a Ed como podría haber ocurrido, ya que el soldado ahora estaba de pronto al mismo nivel que ellos, que los compañeros, al mismo nivel de su fabuloso reencuentro (el regreso de su amigo, que había coincidido con su propia marcha atrás: qué bien haber dejado la bolsa en la zanja), una reunificación llena de felicidad, sobre la que podía asentarse todo lo que llegara... Sí, era una victoria. Y cuanto más reflexionaba Ed sobre ello, menos comprendía por qué de buenas a primeras había que permitir al buen soldado ser el tercero en esa fraternidad.

«Hermanos, al sol, a la libertad», apremió Kruso; luego un murmullo ininteligible. Había entonado, en efecto, la canción, en voz baja, casi inaudible. Hermanos, arriba, a la luz. El corazón de Ed comprendió la alusión. Era preciso abrirse, permanecer juntos, *dejarse ir*. Y el soldado, eso era seguro, no era uno de esos tipos siniestros. Kruso sabía lo que hacía.

La hoja estaba pringosa por la sangre del buen soldado. Ed estaba sorprendido por la facilidad con que se doblaba y lo difícil que era mantenerla entre el pulgar y el índice. No tenía experiencia con las hojas de afeitar. Su padre se afeitaba en seco y, cuando él cumplió quince años, le había dado su vieja afeitadora eléctrica Bebo Sher.

Un primer intento: nada de sangre.

Así que Ed lo intentó otra vez, crispado como un niño que quiere escribir a toda costa, pero el utensilio con que ha de hacerlo le resulta completamente exótico. Se le escurría y no daba con el corte anterior. En ese momento era del todo superflua la idea de lo bien que él sabía, por lo general, trazar una línea a pulso: «¡Como si hubieras utilizado el tiralíneas, Edgar!», exclamaba su madre a menudo, elogiándole, pero en la piel era distinto. La piel cedía, la piel se evadía.

Lo que recordaba más tarde: que le habría gustado expresar sus fútiles pensamientos. Y a lo mejor hasta lo había hecho con su miedo de hacer demasiada fuerza y así, por ejemplo, lesionar algún importante conducto vascular. Durante un instante a Ed le asaltó la absurda idea de que podría estar *seco* por dentro o de que, simplemente, en él no fluía bastante humor de la fraternidad que ahora tenía que sacar a la luz y presentar. Seguramente tenía que ver con su tensión baja. Ya desde muy niño lo habían acostumbrado a tomar café, no sólo en las celebraciones familiares, sino también en días de diario, café y bizcochos, cada tarde, con los padres después del trabajo, «¡café-café!»: la flamante alusión a la exquisitez del amargo brebaje que para él había que rebajar con agua o leche, «la sangre viene después...».

«La sangre viene después», susurró Kruso, tranquilizándolo y en tono solícito al ver cómo iba y venía Ed con la hoja sobre la piel, angustiado y nervioso en su esfuerzo por ahondar por fin el corte que ya había hecho.

Como si comparasen relojes, Kruso y el buen soldado tenían doblados sus brazos ensangrentados. El buen soldado tiraba de algo que había en los bordes de su corte, a Kruso le goteaba la sangre en la arena; ponía el pie encima y removía, como si pisoteara un cigarrillo.

De pronto, sangre.

Saltó por todos sus rasguños y cortes, en todas direcciones, era un rebotar en toda regla. Con auténtica saña, Ed pasó otra vez la pegajosa hoja por la carne, absurdamente: aquella sangre era agradable.

El sol desapareció, el mar se tornó oscuro y compacto. Los contornos de los árboles eran ya evidentes. Se oía con fuerza el eco del oleaje, y mucho más fuerte allá arriba donde ellos estaban. La isla era como un animal varado. Su respiración mientras dormía o poco antes de morir, aspirar, espirar, aspirar, espirar... Ed veía un gran estetoscopio, de brillante cromo, que penetraba en la piel gris y arrugada y desaparecía en ella; luego el corazón que palpitaba con un latido sordo: doc-tor, doc-tor, doc-tor, Da-the...³ Ridículo todo aquello en comparación con ellos allí arriba, con sus brazos que sangraban limpiamente. Ridícula toda la historia de su infancia, tan ridícula como las palabras violador de frontera, tan ridícula como el mundo en comparación. Un largo e interminable bramido del oleaje, y ellos apretaron los brazos unos contra otros, con los puños cerrados. Ed sintió que le bajaba un hilo caliente de sangre por el codo, y ése fue el momento: poco a poco, salió de su capullo, por un túnel de suspiros, se estiró, se desprendió... y ganó dos hermanos.

PAN

Con los alojamientos clandestinos ya no se pudo continuar. Los náufragos caminaban por la playa como ovejas sin pastor. Su peregrinaje disminuía poco a poco, sin embargo aún aparecían a diario caras nuevas, para seguir la senda ya trazada de la libertad. Siempre había algunos que habían oído hablar de establos de burros, de habitaciones de camareros o de cabañas de enterradores y de una terraza panorámica sobre el mar con bebidas y una sopa caliente cada día. Algunos se quedaban varias noches en la playa. En algún momento daban con ellos, y, sospechosos de querer huir de la república, se los escoltaba sin más al barco siguiente, no sin la amenaza de que «las autoridades competentes se dirigirían a ellos» y de que «pronto, muy pronto, tendrían noticias tuyas».

Entre los esekás había decaído el ambiente. Vivían retraídos, desconfiados, parcos en gestos de amistad. Una parte de la casta ya había dejado Hiddensee, en dirección sur, como decían. Mucho más no hablaban entre ellos sobre ese tema, como si aquello infringiera un tabú, algo semejante a una grave ofensa como la que sufren los amantes cuando su relación se extingue de pronto. El hecho de que apenas se hablara de los *nuevos acontecimientos*, que Viola ya mencionaba continuamente y habían pasado a ocupar el primer o segundo lugar de los informativos, Ed lo consideró al principio una medida general de prudencia. Sólo poco a poco empezó a comprender que se trataba sobre todo de mantener una ventaja basada totalmente en la isla y en lo insular, un sentimiento de seguridad y de autoconciencia, misteriosamente vinculado a la isla y casi transmitido por herencia: eran isleños y seguirían siendo isleños. Se trataba de defender ese raro enclave, sí, ese enclave único en su género, contra las impugnaciones del resto del mundo con sus errores y extravíos, sus amenazas y seducciones, con todas sus pretensiones e impertinencias, con su hambre infinita de islas...

Sin más contemplaciones, Kruso se había hecho cargo de la barra. Chris y Rimbaud hacían todo lo que podían en el servicio de comedor. Ed se ocupaba prácticamente solo de lavar los platos,

tenía la fuerza y el optimismo necesarios. Desde su regreso trabajaba casi sin descanso. Después del trabajo se sentaba un rato en su sitio debajo de la radio para descansar allí un poco y mordisquear su cebolla. Sobre todo los informes sobre algo que llamaban pícnic, un pícnic paneuropeo, como decían, en el que más de seiscientos refugiados habían cruzado la frontera de Austria, encajaban perfectamente con la imagen que Ed se había formado de esas regiones del sur, con su floresta, sus viñedos y una alambrada al parecer llena de agujeros. Una huida mortal se había convertido en un pícnic; llegaban con manteles, cestas, salami húngaro quizá; aparecía Pan y tocaba melodías europeas... Con el agotamiento de la jornada, Ed recaía en ese extraño sueño en el que un telón de acero se transformaba primero en una valla en mal estado y luego en cañaverales apaciblemente rumorosos.

Durante el día no se mencionaban los acontecimientos. Sólo Rimbaud, a quien la ausencia de Cavallo disgustaba profundamente (cosa que jamás habría admitido), dejaba caer alguna que otra observación, cáusticos y chistosos comentarios, afirmaciones relativas a la situación, como frases hechas, pero el final de esas frases vibraba. Ya hacía tiempo que no ponía libros en el nido, y en algún momento había dejado de introducir lemas filosóficos en la minuta. En lugar de eso empezó a monologar sobre política, con preferencia sobre políticos occidentales. Sonaba como si recitara un poema cínico, sí, como si Antonin Artaud hubiera resucitado para vaciar su sarcasmo fecal sobre todos y cada uno.

Le agradaba insultar a los clientes. Comentaba su apariencia, los platos que pedían, sus —en su opinión— más que insuficientes facultades intelectuales y lingüísticas. «¡Cada cual según sus facultades!», vociferaba por encima de las mesas cuando salía a la terraza con una gran bandeja redonda llena de jarras de cerveza. Venía a añadirse su gesto autoritario. Como un general en la víspera del último combate.

El pelo de Rimbaud encaneció en esos días. Sus mostachos estaban pegajosos, sus ojos muy abiertos y brillantes cuando clavaba en el pinchapapeles junto a la caja registradora el recibo, pero sin levantar apenas la cabeza. «Fama, cuándo llegarás...» Se transformaba gradualmente en un fantasma. Cuando bajaba a la carrera la pista en dirección al fregadero y depositaba con estruendo los platos, parecía como si tuviera que vomitar.

Como tantas veces en los últimos días, era perceptible la ausencia del matrimonio de la barra; el té mágico de Karola, el hielo, las frías yemas de sus dedos en la espalda. Y Rick, que nunca tuvo reparo en pedir disculpas a los clientes por sus camareros, todo sin hacer reproches a los compañeros. Sólo buenas palabras y una amonestación paternal, con la que el viejo barman alineaba sobre el laminado de la barra las copas del personal y vertía en ellas, hasta los bordes, la dulce y pegajosa sustancia del consuelo.

27 de agosto. Krombach atravesaba el patio cargado de pilas de sábanas, el rostro apretado contra la ropa. El final del buen olor, pensó Ed. El director se había hecho cargo del trabajo de su hija y lo llevaba a cabo como un servicio religioso conmemorativo. Krombach también ponía ahora él mismo las mesas del comedor; cesta del pan, cubiertos, el convoy con el envase naranja para la mostaza en el centro. Como un ayudante en su primer día iba y venía delante de la barra. Rellenaba los saleros y los pimenteros y removía la mostaza de los recipientes, en cuyo centro se habían formado pequeños hoyos de agua mientras que los bordes estaban solidificados en marrón oscuro.

«¡Buenos días, señor Bendler!»

Ed se dio media vuelta, una taza de sopa chocó contra la piedra de la pila. El inspector de

higiene alzó las manos y esbozó su sonrisa fotosensible. Tenía que haberse deslizado por la rampa en el fregadero. Ed trató de concentrarse en su trabajo. El comisario se acuclilló con ímpetu y removió un rato en los desagües. Tal vez los vapores del fregadero le habían borrado la memoria. De pronto se levantó de un salto, agarró a Ed por el brazo y le puso en conocimiento de que «acabado el servicio» había de presentarse en la central de informaciones.

Kruso estaba reanudando sus excursiones. Ed no entendía cómo podía atreverse a seguir con aquellos itinerarios. La primera ruta de los días de descanso después de su regreso semejó una marcha triunfal. Casi en todas partes le saludaron afectuosamente, a veces incluso con gran júbilo, bebidas, comidas, pequeños regalos. En el Dornbusch, una botella entera de licor de menta. En el Inselbar, Santiago preparó una comida para él. Sin embargo, al final faltó disposición para renovar los antiguos acuerdos. Buscaban evasivas, volvían a llenar los vasos, contaban anécdotas de la isla. Siempre que su antiguo empresario hacía un intento (de manera indirecta, prudente, más decorosa), encontraban pretextos, excusas, en ocasiones incluso un simple silencio. En su desengaño, Kruso empleó pronto fórmulas como «absolutamente necesario» y «la situación exige». Cuanto más hablaba, más inexpresivos se volvían los semblantes de los esekás.

Kruso hacía largos recorridos. Al término de la jornada, caminaba hasta las zonas relativamente apartadas de la isla donde le conocían menos, pero tampoco allí encontró nuevos aliados. La vieja disposición entusiástica, asociada de un modo natural con los ideales de libertad, la forma más consumada del patriotismo insular, de pronto ya no existía. Desde el punto de vista de Kruso era una recaída en la apatía típica de la temporada, una suerte de enfermedad, una infección, el conjunto recordaba una epidemia.

La sospecha que había desencadenado el rápido regreso de Kruso era seria. Su fama de héroe (detenido y con esposas) se había resquebrajado y corrían rumores:

«¿No es ruso?»

«Pero si habla alemán.»

«¿Y el acento? ¿Esas palabras tan raras?»

«Una especie de acento turingio a lo mejor.»

«Él no es de allí.»

«Pero de aquí tampoco, ¿no?»

En los días que habrían sido días de asignación, Kruso estaba en la terraza del Klausner y bebía. Llegaban varios esekás y traían disculpas de otros. Durante el trabajo, Kruso hablaba ahora sobre todo con Rimbaud, de vez en cuando iba al despacho de Krombach. Por la noche estaba en el cuarto de Ed, cuyos garabatos (siete cortes) del hermanamiento sellado con sangre se habían inflamado en el agua de fregar. Pero de eso ni siquiera valía la pena hablar, no en presencia de Losch, cuando éste iba a verlo a su cuarto, casi como antes.

Ed habría querido hacer preguntas pero era Kruso quien le dirigía miradas interrogantes. Como si fuera Ed quien debía expresar algo, nombrar algo, una fatalidad, una herida invisible. Por lo general le pedía a Ed que recitara a Trakl, sobre todo los versos en los que salía la hermana. De éstos había muchos, veinte o treinta poemas quizá, o más. Kruso ya no recitaba cosas suyas. Explicó que *ya no era lo bastante puro* para ello, lo que quiera que eso significase. Decía también otras cosas extrañas, sólo sobre su detención no soltaba prenda. Ed decidió no apremiarle. Únicamente le pedía con insistencia que recitara a Trakl, hasta que su amigo lo intentó por fin.

Llegó hasta cuatro versos, luego se interrumpió. Durante un rato lo intentó sin hablar, sólo dando forma a los labios, luego lo dejó. El rostro se vació, perdió toda expresión. De pronto las mejillas eran muy grandes y con la consistencia de las de un niño de pecho. El lugar de la más honda ternura. Durante unos segundos, Ed vio a su amigo con otros ojos, pero no pudo soportarlo más tiempo. Leyó en voz baja el poema. Puso lo mejor de su parte, se esforzó, y a los pocos versos notó que le era posible encontrar el tono. El corazón le latía más fuerte, en su voz vibraba el nervio, el ritmo; bastaba para curar la herida invisible con versos, versos de duelo y nostalgia que todo lo superaban.

Bebieron Lindenblatt. Hablaron de aves migratorias y de anillas de pájaros, cuando Kruso le aseguró de pronto que él no había estado en lo de René. Que no había estado en qué, preguntó Ed, y Kruso explicó que él y algunos otros se habían limitado a ayudarlo, en el fondo demasiado tarde, claro, y que él aún lo lamentaba mucho. Pero que ahora Ed estaba mucho mejor, después del tratamiento en la base de radiación. Qué tratamiento, quiso preguntar Ed, pero eso no era importante. Una radiografía, varias quizá, qué más daba. Se sentía seguro en presencia de su amigo. El mejor amigo único. Y ahora, incluso hermano.

LA MÁQUINA

«¿Cómo estás?», preguntó Ed.

Aquella suela de bota tenía un rostro huesudo, a trozos un poco de piel. A esa nueva y sarcástica máscara no se la podía integrar en ninguna especie. Pero aún era su zorro, las vacías cuencas de los ojos estaban llenas de atención.

«¿Cuándo me enterrarás, Ed?»

«Quiero leerte algo, escucha.»

Ed sacó con mucho cuidado un papel del bolsillo del pantalón y empezó a leer:

Pueden preguntarme y yo les diré abiertamente lo que sé y lo que pienso, sin embargo quiero seguir teniendo la misma sinceridad también con otros, pero eso no me será posible si colaboro con ustedes...

«¿Qué te parece?»

«Espantoso.»

Una doble existencia me resulta imposible; todo lo que observo y pienso he de poder decirselo abiertamente a los interesados, ya la sola idea me ha producido angustia.

«¿Y esto?»

«Malo, Ed. ¿A qué viene eso de la angustia? ¿Crees que alguno de éstos se interesa por tus angustias? Preséntalo más bien como auténtica debilidad tuya. Eres un charlatán. Un mal carácter. No puedes guardarte nada para ti, tienes que soltarlo todo, ya por tu manera de ser eres completamente inadecuado, etcétera. Eso lo admites. Además, de algún modo, eres un moralista en la causa de la verdad. Simplemente, eres incapaz de mentirle a nadie, aunque quisieras, ¿comprendes? Así te haces responsable, te muestras vigilante y con conciencia de clase, al prevenir contra ti mismo.»

Después de Vitte, Ed caminó por la playa. Sentía las inclusiones del miedo antiguo, miedos momificados, medio fosilizados, miedos inmortales, dispuestos a resucitar. Habían empezado a comunicar su posición, su estado, sus títulos y nombres infantiles, como «El perro de Helmut» o

«Quedarse ciego durante el sueño» o «Maligno y devorador hombre de la arena», etcétera; luego también los menos profundos, que se llamaban «Examen dentro de diez días» o «Pista de obstáculos» y «Alerta de combate». Además, lenguas que no se hablan desde hace mucho tiempo hibernan en alguna parte, muy honda, del cuerpo (el ruso, por ejemplo); palabras que tampoco se emplean desde hace siglos, sentimientos que no se querían volver a tener, también siguen metidos de esa manera, en lo hondo de uno mismo, pensó Ed.

Una puerta lateral del Hotel Zur Ostsee, de la Federación Alemana de Sindicatos Libres, estaba abierta. Una habitación revestida de madera oscura, poca iluminación, los manteles blancos como pequeñas velas de barco, semiperdidas en la sala. Un camarero que ordenaba cubiertos, inclinado sobre un cofre revestido también de madera, con compartimentos para cuchillos, tenedores, cucharas. Ed miró al suelo y pasó silenciosamente a su lado. Continuó andando en esa actitud. Baldosas negras y blancas de piedra en la entrada del vestíbulo, sugerencia de frescor y de una vida mejor.

La puerta de la oficina central de informaciones. Ed vaciló un momento, luego entró. La mujer sentada ante el escritorio levantó la cabeza y dibujó una amplia sonrisa.

«Vaya enseguida derecho al fondo, por favor.»

Debía de estar familiarizada con el modo en que solía desenvolverse todo aquello, por lo que Ed interpretó su extraña jovialidad como un dudoso, tal vez desesperado intento de sustraerse a su papel.

La puerta de la habitación del fondo sólo estaba entornada, el inspector de higiene le salió al encuentro. A medio camino alzó los brazos al aire como un policía de tráfico durante su trabajo y por primera vez dijo su nombre al presentarse: «Rebhuhn; tome asiento por favor.» Su mano derecha señalaba una silla que por lo visto estaba destinada a Ed, la izquierda indicaba su propio asiento. Se sentaron uno enfrente del otro, dos lados de una mesa brillante y larga en torno a la cual había otras diez o doce sillas.

«¿Cómo está usted, señor Bendler?»

Durante un momento, Ed tuvo que pensar en qué reprimido y silencioso había sido en los últimos tiempos el desayuno del personal. Las cabeceras como siempre: Mike el Cocinero y Krombach, como cabezas de puente. Uno de ellos con su sudor, el otro en una nube de Exlepäng y crema facial. En el lado de Ed ya sólo quedaban Rolf y él, separados por varias sillas, ya que seguía manteniéndose el orden de los asientos. A su izquierda faltaba el matrimonio de la barra, a su derecha faltaba René. Se habían *apartado* de él, y él tenía la culpa... A veces le agobiaba esa idea.

«¿Señor Bendler?»

El inspector llevaba puesta la chaqueta de cuero negro con muchos prácticos bolsillos. Las gafas fotosensibles brillaban en un suave marrón claro. En la silla a la cabecera de la mesa había un delgado maletín, como presidiendo el encuentro.

Ed se apartó la melena de la cara, sus heridas habían sanado. No supo qué responder.

«Ese tratamiento tan bueno del profesor Rommstedt, ¿no? ¿Habló usted mucho tiempo con él? ¿Qué opina de él? Antes tuvimos allí algunos problemas, lo cual siempre es una lástima: siendo un tan excelente científico, no sé si me entiende. ¡Necesitamos la ciencia! Más que nunca. Necesitamos mano, corazón y cerebro. Habrá usted oído hablar sin duda de nuestro microprocesador, 32-bit! ¡Al socialismo no lo detienen en su carrera ni el buey ni el asno!»

«Yo estaba aún inconsciente durante el... tratamiento. Y lo que yo quería decir...»

«Claro. Le faltaba la conciencia, señor Bendler. Pero ya va siendo hora de que despierte. Por

cierto, ¿cómo está su amigo tras haber regresado felizmente a casa?»

Ed miró por la ventana. Un patio fangoso con huellas anchas y profundas como si algún tractor hubiera pasado sobre él largo tiempo. En medio del círculo de barro había un vehículo viejo fuera de uso, al lado la moto verde del policía de la isla, con el casco colgado del manillar. El mar estaba, como mucho, a cien metros de distancia pero no podía oírlo.

«¿Cómo se las arreglan ahora allá arriba, en el Klausner? ¿Y qué más hacen, por ejemplo, al finalizar la jornada? ¿Se dedican otra vez a la poesía? ¿O dibujan mapas? Material didáctico ilustrativo para náufragos y personas sin techo, como los llama su amigo, tan solícito y cariñoso él, con su alma eslava. ¿No es así, señor Bendler? Venga, hable con franqueza y desahóguese.»

Rebhuhn. Una extraña elección, si el apellido era inventado, pensó Ed.⁴ Se preguntó si en el maletín habría un magnetófono que grabara la autocrítica que había preparado con ayuda de su zorro. Otra vez se representó la B 56, el magnetófono checo que tenía su padre en el armario estantería, las pequeñas palancas para bobinar y la tecla de grabar, en rojo fuego. «Don't cry for me, Argentina»; Ed había rebobinado a menudo ese título y...

«Quiero decírselo de algún modo, hasta cierto punto sólo entre nosotros. Si su amigo no fuera eslavo hasta los tuétanos –¿o cómo debo denominarlo, señor Bendler?–, hace tiempo que no se movería por aquí con esa libertad; eso lo tiene usted claro, ¿no? O llamémoslo jurisdicción soviética. Un padre en el poblado ruso de Potsdam: ¡ahí es nada! ¡Un general! Pero eso lo sabe usted hace tiempo. Nosotros, sin embargo, tenemos aquí el enojo, el trabajo, a nosotros siempre nos queda lo peor, como si esto fuera Sajalín o la isla de Santa Elena. Pero no sólo a nosotros, también a ustedes, al profesor, al Klausner, a todos los que él atrae a su círculo, y es precisamente esto, señor Bendler, lo que por lo visto no sabe usted, qué peligro...»

Primero la voz del DJ, su diligencia artificial, que no detenía ni el apacible primer compás, suave y ondulante, de la canción y que por tanto contaminaba para siempre los primeros compases. Pero Ed ya estaba tumbado en la alfombra, con los brazos abiertos, esperando la voz extraterrestre de una cantante llamada Julie Covington. Él tenía catorce años y en realidad detestaba todo lo que podía recibir el nombre de canción moderna. Pero ahora él estaba tendido allí, sobre la alfombra, y pronto empezaron a fluir las lágrimas.

«Alexander Krusowitsch es mi hermano.»

No era exactamente lo que había querido decir.

No era exactamente lo que había preparado.

Pero era su frase. Una frase bastante buena.

Seguía mirando por la ventana.

Por encima de la huella del tractor en el patio giraba ya su segunda frase buena:

«¿No somos todos eslavos, hasta el Elba, señor Rebhuhn?»

Un momento después ya no sabía si había dicho eslavos o esclavos.

El inspector de higiene clavó los ojos en él, luego miró su bloc de notas, como si tuviera que desviar violentamente la vista de la nauseabunda figura de Ed. Un pequeño y sucio empleado estacional, veleidoso, lábil, difícil de evaluar. Ha colgado los estudios, pese a las buenas perspectivas, y hasta ahora no ha aprendido otra cosa en la vida que unos cuantos poemas llenos de versos sombríos e incestuosos.

Salieron de la central de informaciones, pero no habían terminado. Rebhuhn iba delante. La idea de que lo vieran con él le resultaba insoportable. Dos ciclistas, paseantes, turistas en sus paseos vespertinos, después de la cena, que en las residencias de vacaciones a menudo había que

tomar a las seis de la tarde. Entraron en una casa, casi enfrente de la central de informaciones. Un pequeño y oscuro pasillo al final del cual una escalera llevaba al sótano. Primero una sala, de techo bajo e iluminada por tubos de neón, que con sus bancos y sillas semejava un aula escolar. Olía a desinfectante, quizá fuera también raticida. Ed percibió una ligera vibración, luego oyó el zumbido. El comisario aparecía ante la clase y sacaba una vara de debajo del pupitre del profesor. Como si fuera un jugador de billar, aseguró la punta del palo esmaltada en rojo, le dio la vuelta en la mano y se la llevó delante de la boca como si quisiera besarla. Finalmente redondeó los labios y soplando apartó un imaginario resto de tiza o de polvo del esmalte, que entonces empezó a brillar o a ponerse al rojo vivo, pero era sólo un reflejo de la luz de neón. Cada uno de sus movimientos causaba una impresión de naturalidad y seguridad, no como antes, en la central de informaciones. Sólo ahora parecía Rebhuhn entrar en el juego. Se sentó a medias sobre la mesa, su actitud era indolente y superior. El puño de su palo daba ligeros golpecitos, como con impaciencia, contra el metal. Ed se había quedado parado a la entrada del aula; un colegial a la espera del castigo. La pizarra estaba tan limpia como si nunca hubieran escrito en ella.

Ed se arrepintió de haber acudido. Habría podido negarse. (¿Habría podido?) Habría podido olvidarlo, por equivocación, pero tuvo miedo y pensó que debía zanjar por fin ese asunto. Necesitaba dar ese paso para probar que él no despreciaba al comisario (aunque en realidad lo despreciaba) y, al dispensarle ese mínimo de respeto (le consolaba, pensó Ed, le consolaba y le hacía olvidar lo pérfido y feo de su aparición) el camino quedaría libre para la retirada, para declarar su completa incapacidad para conspirar. En cambio, una negativa desde el principio habría sido imposible, inaceptable. Primero era preciso respetar la *cita*, luego había que sacar la cabeza (con cuidado, despacio) de la soga. Pero ahora había reaparecido el miedo. Miedo, puro miedo, más allá de todos los pensamientos.

El inspector se acercó a él, con pequeños y rítmicos golpes dobles, primero contra los bancos, luego contra la pared. Se abrió una puerta invisible hasta entonces; Sésamo se abrió. Todo es rutina, pensó Ed, la rutina habitual. Lo extraño era solamente que le ocurriera a *él*, ahora, en aquel momento.

El zumbido aumentó, adquirió volumen, los asaltó un hedor que cortaba la respiración, entraron en la sala de máquinas. A la derecha de Ed estaba Rebhuhn, que saludó al maquinista. La máquina era un soporte de acero en el centro de la sala con una estructura superior informe, de brillo lechoso. Tenía cabeza pero no rostro. En cualquier caso ni labios ni orejas, sólo dientes. Tenía pelos, pegajosos de arena y algas, restos de miembros en todas las direcciones, translúcidos y grises o verdes como musgo cubierto de plástico, un pie hinchado. Algo semejante a un pie. No era la máquina la que zumbaba, ella no zumbaba...

Ed retrocedió, buscaba la salida, pero el maquinista se lo impidió y en lugar de eso le apretó contra el pecho un cubo esmaltado en blanco. Primero Ed creyó que el hombre quería volcarle el cubo sobre la cabeza, pero lo que en realidad quería era pasarle el asa por la cabeza. Parecía ser un asa especialmente ancha, eso estaba claro, el cubo parecía estar hecho con una forma especial para un caso así. Sin embargo, quedaron pegados algunos cabellos, se los había arrancado. El inspector de higiene empezó su conferencia sobre la máquina antes de que Ed hubiera acabado de vomitar.

«Este cuerpo ha estado en el agua tres o por lo menos dos semanas... Señor Bendler, ¿oye lo que le digo?»

Ed escupió.

«Bueno, vale, de acuerdo. ¿Puede usted confirmar, señor Bendler, que este muerto», su puntero

giró sobre la máquina, «es el desaparecido René Salzlach, vendedor de helados en la residencia de vacaciones Zum Klausner, en Kloster, Hiddensee?»

Su pregunta sonaba forzada, casi aburrida, como si todo eso en el fondo careciera ya de interés. La máquina. Una masa de jalea podrida.

El comisario trató de comportarse pedagógicamente, con explicaciones sobre el estado del muerto y miradas a Ed, como si tuviera que comprobar si estaba atento.

«René Salzlach es un caso típico, el típico violador de frontera, diría yo. Su más importante atributo: esa gente tiende a sobrevalorarse, ése es su carácter, ¿no es cierto, señor Bendler? Por eso infravaloran la distancia, el frío, el mar. Y entonces *nosotros* tenemos que salvarlos, pero, claro, no podemos llegar a todas partes ni siempre a tiempo.»

En los oídos de Ed retumbaba el zumbido del grupo electrógeno (que resultó ser un grupo frigorífico). Abrazó el cubo y lo apretó con fuerza contra las costillas. Ahora era el camello, el camello de sus sueños, con un comedero en torno al cuello. La punta roja del palo de billar giraba, luego describió varias curvas como si escribiera algo en el aire. Los restos lechosos de René formaban ahora una superficie de vidrio o de hielo, sobre la que rodaban las bolas, de allá para acá, y una tras otra fueron desapareciendo en los oscuros y corrompidos orificios de la máquina, silenciosamente.

«¿Pero de dónde, nos preguntamos, provienen estas heridas, señor Bendler?» Al momento se paró la escritura, y la punta roja descendió hasta aquella masa gris lechosa. De las náuseas, Ed tenía lágrimas en los ojos; todo le daba vueltas. Temblaba de frío.

«Este hematoma, por ejemplo. Sin duda la víctima se lo hizo antes de meterse en el agua. Para el no entendido eso puede ser difícil de reconocer, incluso para mí, lo admito, pero tenemos expertos, señor Bendler, tenemos laboratorios, barcos, buzos, tenemos 32-bit, si entiende lo que quiero decir.»

Primero el roce, luego la fina estría que, como una telaraña, unía el puntero con la máquina. Ed sintió que iba a perder el conocimiento. Se le aflojaron las rodillas. Quiso agacharse hasta el suelo, pero el maquinista se le acercó por detrás y lo mantuvo derecho. El asa de su cubo hacía un ruido largo y rechinante.

«Y bien, señor Bendler, ¿qué opina? A lo mejor no se acuerda, no con detalle en cualquier caso. No se preocupe, a todos les pasa lo mismo. Al principio. Pero luego empiezas a hablar con ellos y descubres que tienen mucho que contar.»

Sobre una mesita de acero con ruedas que acercaron como un carrito de comedor, estaban los papeles que Ed había de firmar. Eran cuatro o cinco hojas. Cuando se inclinó hacia delante, el cubo rechinó.

ÉXODO

El 5 de septiembre, Mike el Cocinero no se presentó a desayunar. Llegó Krombach, carraspeó y leyó una carta de despedida, garrapateada con un lápiz grueso y grandes caracteres de imprenta en un trozo de papel. La carta trataba de una mujer y un hijo que vivían en las montañas de Rügen, la mujer y el hijo de Mike el Cocinero. Trataba de un viaje común, de la posibilidad de un nuevo comienzo después de tantos años, etcétera. Al final venía una frase con el giro «en estos difíciles tiempos», y al mismo tiempo pedía perdón «a todos». Hasta entonces Ed no había oído hablar nunca de una familia. Veía ante él a Mike el Cocinero, a quien le salía el sudor por todos los poros

mientras escribía trabajosamente, como una de sus listas de encargos, la carta de despedida «A la tripulación».

«Como sabéis, Mike el Cocinero era la fiabilidad en persona.» Krombach había iniciado un pequeño discurso necrológico, pero se interrumpió y se limitó a indicar que «en las circunstancias actuales» sería prácticamente imposible dar con un nuevo cocinero.

«¿Y para qué?», murmuró Kruso; estaba sentado muy erguido, derecho, como siempre. Las manos descansaban a la derecha y a la izquierda del plato, como si tuviera que tranquilizar a la mesa.

«Rolf, ¿tú qué piensas?» Kruso esperó hasta que el pinche de cocina lo mirase.

«Primero: el menú. Desde hoy, breve y sencillo. Sólo lo que tú sabes, cosas claras y pequeñas. Segundo: en las horas punta, tú, Werner, podrías ayudar de vez en cuando en la cocina.»

Krombach guardaba silencio. De Viola venían noticias, ininteligibles, luego información relativa al tráfico, luego «En nuestra meditación matinal escucharemos al pastor de Darmstadt, señor Thomä.» Era la primera vez que Kruso asumía abiertamente el mando.

Al terminar el periodo de vacaciones, la afluencia de visitantes había disminuido, sobre todo el número de turistas de un día. El horario de los ferrys cambió. Trabajaban duro, y con mucho esfuerzo consiguieron mantener el Klausner a flote. Ed disfrutaba sintiéndose agotado por la noche. El dulce descanso y ninguna cuestión de más importancia que la de una última copa para quedarse un rato fuera, en la terraza, amodorrado. Refrescaba enseguida y a medianoche la luna derramaba su luz sobre las copas de los pinos.

Del mismo modo que uno quiere olvidar las pesadillas cuando son demasiado sangrientas, Ed olvidó el sueño del camello putrefacto. En realidad era algo más simple que lo que recibe el nombre de olvidar. Era más bien como si se cercenara algo con un sable y cayera en cualquier sitio, en la oscuridad de la celda: presente aún, pero invisible. Lo que quedaba era la sensación de una unión aún más íntima con Losch y el sentimiento de culpa, que iba confusamente en aumento, en relación con René. Pese a que él no había dicho nada, corría el rumor de que lo habían encontrado y lo habían sacado del agua en una red de pescar, en varios trozos, según decían. Circulaban también otras versiones. Si Ed estaba en las proximidades, las conversaciones tenían lugar como en sordina, las conjeturas se exponían en voz más baja y en tono de pregunta. La gente estaba dispuesta a tolerar su participación, inmediata en cierto sentido, en esa muerte, que había sido la baja más definitiva de esos días.

Los platos pequeños y sencillos tenían aceptación, y Rolf libraba su solitario combate en la cocina. La reducción de la carta se había aceptado, como también se aceptaba todo, en el fondo no sólo se aceptaba sino que se recibía como una prueba de buena suerte: el refresco rojo no sabía a nada, pero estaba servido en la isla; el café aguado sabía estupendamente porque probaba que habían conseguido llegar *hasta allí*, hasta esa terraza sobre el mar, el panorama más placentero del país, un día que nunca olvidarían.

Por otra parte parecía que los visitantes de la temporada tardía se tragaban el contenido de sus tazas y vasos cada vez con más rapidez, como si quisieran llevar rápidamente a término aquel extraño verano. En la barra se acumulaban las comandas, Kruso maldecía, por lo que Ed en algún momento dejaba el fregadero y corría en ayuda de su amigo. Era su lucha diaria, en la que Ed notaba la profundidad de su unión, las escasas palabras, los toques casuales (como caricias insólitas), un entendimiento casi ciego cuando probaban en común que el Klausner no se hundía.

19 de septiembre. Habían pasado dos semanas desde la marcha de Mike el Cocinero cuando Rimbaud no apareció en el desayuno. Rolf sirvió café y se ofreció para ir a la cabaña de las abejas y despertar al compañero que la víspera probablemente se había «dormido con la botella». Kruso movió la cabeza en dirección a la puerta, pero miró al mismo tiempo en dirección a Ed, como si allí estuviera su hombre encargado de tales cosas.

Un ruido desesperado, que llenó todo el calvero; parecía venir de la tierra y no de las colmenas. La reina ha muerto, pensó Ed, sin saber por qué. Llamó a Rimbaud. Abrió despacio la puerta, y un olor dulzón le azotó el rostro. La cama estaba revuelta, olía a restos de comida, a sueño. Como si sólo hubiera ido para eso, Ed se dirigió a la estantería, y sólo entonces se dio cuenta. En cada estante había celdillas de panal rotas de las que goteaba miel sobre los libros. La pequeña biblioteca de Rimbaud (no más de doscientos volúmenes) semejava un bloque blando, del que fluía oro, y en él un ser vivo, viscoso, orgánico, envoltura exterior de un embrión fantástico. El néctar fluía constantemente, sin disminuir, como si las celdillas tuvieran ilimitadas reservas o como si, entretanto, ya manara directamente de los libros. Los libros parecían estar contentos, como pensativos o soñadores, bajo aquel dulce fluir, turbio y meándrico. «Un consuelo», murmuró Ed, porque la miel parecía consolar a los libros, es más, la miel y los libros formaban una unidad, libros y miel, una ambrosía única. Pero eso engañaba, claro. En realidad, los libros estaban tan tristes como la miel derramada. A partir de ahora, así pensaban los libros, no habrá ya camareros que nos lleven al fregadero para leer en alta voz a los friegaplatos, y ya no habrá friegaplatos que sepan replicarnos con poemas, es decir, ya no habrá nunca más en este mundo poemas de friegaplatos, y por tanto tampoco esperanza de libros suyos, y así el círculo se habrá roto. «No, aún no, aún queda algo de tiempo», susurró Ed, «os lo prometo.»

La biblioteca de miel. Ed no habría podido decir cuánto tiempo estuvo sumido en su lento transcurrir, en aquel suavísimo perecer. Como no quería regresar aún, se sentó ante la mesita de debajo de la ventana en la que había un lápiz y varias runas, quizá del Día de la Isla o por asignaciones de un tiempo anterior. Su pie tropezó contra un cubo de carbón que no era de ninguna utilidad en la colmena, dado que no había estufa. Sacó varias hojas arrugadas del cubo y las alisó. En la mayoría de ellas sólo había una única línea, una especie de título, fuera de eso, nada. «Porque aquí no tenemos una ciudad permanente, sino que buscamos la ciudad futura. Hebreos 13, 14.» Ed reconoció la frase, era el lema del depósito de cadáveres del cementerio de la isla. En otra hoja encontró un breve tratado sobre las abejas. Debajo, un dibujo de un hombre con aspecto de abeja, cuyo pecho estaba cubierto de finos pelillos; su rostro de abeja denotaba amargura o al menos irritación. Dos de sus extremidades terminaban en pies que él apretaba delante del sexo (o del lugar en el que había que suponer el sexo). Parecía que estaba frotando las suelas de los pies una con otra. Se le habría podido tomar por un Buda, posiblemente una alusión al culto bacántico de los esekás en torno al árbol budista, pero de los dedos de los pies le salían finas garras, curvadas en forma de garfio, y la barba terminaba en un tridente: sin duda alguna el ser más extraño que Ed había visto en su vida.

En silencio colocó la hoja con el texto sobre las abejas y el dibujo junto al plato de Krombach (no fue intencionado: era el antiguo respeto al director), pero Krombach, sin mirar, pasó la hoja a Chris, que la tendió hacia la cabecera de la mesa donde estaba Kruso. Kruso dio las gracias, con extraña formalidad, como alguien que ha de obligarse a sí mismo a pensar en su dignidad. Con cuidado levantó el papel hasta la luz, le echó una mirada y volvió a dejarlo. Masticaba con la cabeza gacha, tragó, volvió a coger la hoja y empezó a leer:

«Los animales sexuales de la abeja mielera...», Kruso tragó saliva y comenzó de nuevo. «Los

animales sexuados de la abeja mielera –reina y zánganos– recorren grandes distancias para aparearse. Una reina se aparea con varios zánganos durante el vuelo. Para poder llevar a cabo un apareamiento de animales que poseen cualidades perfectamente admirables, hay que encontrar lugares cuyas características impidan que lleguen volando zánganos indeseados, islas, por ejemplo. Metas preferidas para la cría son las razas llenas de diligencia, de mansedumbre y con escasa tendencia a formar enjambres: son las propiedades de la *Apis mellifera carnica*, la raza de Hiddensee.»

El frigorífico de la barra se puso en marcha y ahogó el ruido del viento en los pinos. Se anunciaban las primeras borrascas de otoño.

«Este mensaje», explicó Kruso, «prueba que Rimbaud, tarde o temprano, volverá.»

Era muy tarde para mencionar que el mensaje provenía del cubo del carbón. Al mismo tiempo, Ed tuvo que preguntarse por qué había alisado tan cuidadosamente el papel y había traído una petición que estaba en la cabaña de las abejas.

«Algunos nos dejan ahora», dijo Kruso en voz baja. Se levantó y su rostro desapareció en la oscuridad que había más arriba de la lámpara de la sala. «Entre ellos no pocos que habríamos necesitado, que necesitamos urgentemente aquí.» Apoyó las manos sobre la mesa, y sus grandes y vulnerables mejillas retornaron a la luz.

«Volverán algunos, muchos incluso. Han vuelto la espalda a la isla, sí, pero pronto comprenderán que incluso con moneda extranjera...»

Incluso en el discurso de Kruso, la palabra brillaba como una pieza de oro en la oscuridad, brillaba y tintineaba clandestinamente, y *olía* bien, moneda extranjera, dinero del oeste, qué sonido tan pleno, puro; en cambio el dinero del este eran desperdicios para los cerdos, eran cubiertos de aluminio...

Como si Kruso hubiera adivinado ese pensamiento, se interrumpió y bajó la vista hacia Ed. «Sólo los espejismos de la libertad tienen un precio. Pero la libertad misma es impagable. Y consta principalmente de deberes, maldita sea, no de privilegios.» Había abandonado su «estilo de lo que apenas puede decirse con palabras».

«Formulémoslo mejor así: los que nos abandonan niegan la responsabilidad que tienen con este lugar, piensan sólo en sí mismos. Y ahora vosotros sois los que lo sostenéis todo, vosotros con vuestro trabajo, cada uno en su puesto...»

«Vale, vale, está bien», murmuró Chris, y echó aguardiente en su taza de café. Rolf miraba al suelo y estaba pálido, había separado su silla de la mesa.

«... y muy en especial en favor de los naufragos y los sin techo, que seguirán viniendo aún durante mucho, mucho tiempo, arrojados a esta costa por un mar lleno de peligros, un mar en el que uno puede ahogarse sin morir.»

Por un momento Ed tuvo la sensación de que debía dar el pésame a Kruso. Por alguna razón sintió compasión y enseguida se avergonzó de ello. Al fin y al cabo era su hermano el que allí hablaba, lleno de apasionamiento, ¿y no tenía razón en el sentido más profundo? Sin embargo parecía que estaba sobre un gran témpano de hielo al que el mar llevaba cada vez más lejos mientras él les enumeraba *los medios para la libertad* (el Klausner, la isla, el mar) y *los medios para la esclavitud* (moneda extranjera).

«Ahora sólo querría decir lo siguiente: nuestras hierbas prosperan. Las setas crecen, la sopa se está cocinando, las habitaciones están preparadas: disponemos de un buen número de lugares para dormir, en el fondo más de los que hemos tenido nunca, ¿no es cierto, Werner? Y pronto quedará

libre toda la hospedería. Y así deberíamos verlo. Todo se calmará. El otoño está al llegar, tenemos por delante el invierno, y vosotros estáis dispuestos, y por eso quiero daros las gracias.»

Algo se había puesto en marcha. Se desplazaban continentes. Entre cinco sería prácticamente imposible seguir gestionando el Klausner. La mención del invierno agobió a Ed. Navidad, regalos, frío, cierto gran pesar, una gran tristeza. Como si hubiera tenido que tomar medidas previas y ahora fuese demasiado tarde. El témpano de Kruso estaba ya muy lejos, por lo que ellos no podían comprenderle. Sólo su silueta en el horizonte, el pálido brillo de sus mejillas, la boca que se abría y se cerraba.

Una vez más echó Chris aguardiente de trigo en sus tazas de desayuno, aguardiente y kirsch-whisky, mitad y mitad, como le gustaba a Mike el Cocinero.

«¿Por qué avanzan la luna y el hombre...

los dos juntos tan derechos al mar?»

Faltaban algunas voces. Se levantaron y bebieron. Ed conocía la mejilla de Losch (grande, blanda, sin afeitado), pero ahora la sensación de sus abrazos era distinta a la de entonces, cuando sólo se trataba de una foto y de unos poemas y de alguien a quien se echaba de menos, más que a nada en el mundo.

Comenzaron los días de la tripulación de emergencia. Por la mañana Kruso quitó de la mesa del personal las sillas no ocupadas y las repartió por la sala. En opinión de Ed, los que se habían marchado seguían allí, sentados en diferentes mesas, como parias, aunque eran ellos quienes habían decidido dejar el barco (en palabras de Krombach).

Ellos mantenían la posición. Chris en el servicio de mesa, Rolf en la cocina, Ed en el fregadero, Kruso en la barra y Krombach aplacando a los residentes en el hogar de vacaciones. Seguía realizando los miércoles la denominada velada de la casa, en la que contaba historias de la isla y hacía hablar a sus corazones grises. Sin mirar, con los brazos por encima de la cabeza, anudaba un corazón tras otro y los echaba en el regazo de las veraneantes. Esas tardes, revivía. Ed aún lo veía después en la terraza con algunos clientes, oía sus voces, sus risas, como si vinieran de lejos, una risa de un tiempo ya remoto. Al final sólo quedaba en su mesa una veraneante bajita y rechoncha con una rebeca de radiante blanco que abrazaba a Krombach como si ella fuese su último sostén. La cabeza semicalva de Krombach despedía fosforescencia a la luz de los faroles de la terraza, quizá por el Exlepång, pensó Ed. Tuvo que pensar en aquel nadador, que en su huida nadó más de veinte kilómetros en dirección noroeste y que a medianoche se había abrazado a una boya cuya lámpara de gas daba suficiente calor para salvarle de la muerte por congelación. Cavallo le había contado esa historia y le había dicho también cómo se llamaba aquel hombre, Mittelbauer o Mitbauer. Por la mañana, cuando Mittelbauer quería seguir nadando, para atacar los kilómetros que le quedaban, pasó un gran ferry de Lübeck llamado *Nordland*. Desde la borda (a colosal altura sobre él) el capitán del *Nordland* preguntó al prófugo si le llevaba un trecho.

«¿Qué crees que respondió el nadador, Ed?»

«¿Qué?»

«Por qué no. Dijo: Por qué no.»

La respuesta del nadador le había gustado mucho a Ed. «Por qué no» era un elegante «sí» que evidentemente había considerado los posibles motivos para un «no». Por qué no. Las historias de huidas de Cavallo tenían un tono distinto de las de Kruso, las suyas eran buenas historias, satisfactorias.

Ed miró otra vez a la terraza y comprendió que a Krombach ya no le pasaría por delante

ninguna embarcación. La rebeca blanca era la estación final. La última boya.

La víspera de los días de descanso, Ed estaba totalmente agotado. Otra vez había sido preciso echar una mano en la barra, por lo que no había podido fregar una parte de los platos hasta acabar la jornada; «eliminar toda esta basura», así lo definía Rick. Los restos de comida de los platos estaban fosilizados y los bordes de café como marcados a hierro en las tazas. Inmediatamente después del trabajo se echó en su cama. Las sábanas húmedas, con costras de suciedad, despedían un olor repugnante; desde la despedida de Mona nadie había cambiado la ropa de cama. Le zumbaba la cabeza y tenía el fragor en los oídos. Salió de su habitación y bajó la escalera del Klausner, hacía días que no había estado a orillas del mar.

Durante el camino de vuelta tuvo un mareo. «Octubre, y la última pera de agua / para caer tiene el peso.» Con el agotamiento retornaban sus reservas, de modo extraordinariamente suave y, cómo lo diría él, *con íntima comprensión*. Ya no le ocupaban por completo. Al subir la escalera pensó que perdía el equilibrio y se caía de espaldas al mar. Ed sentía una agradable pesantez en la cabeza y una súbita y tentadora debilidad, llena de relampagueantes restos de su antigua tendencia a dejarse caer, superada hacía mucho tiempo. Miró alrededor. Sobre el agua había una copa de plata que con el pie llegaba hasta la orilla. Una columna negra sostenía a la luna.

Dando un amplio rodeo al Klausner, Ed entró desde el patio en el fregadero. Dejó apagada la luz de la cocina, para orientarse le bastaba con Viola, que emitía un concierto de Haendel. Cogió una cebolla de la nevera y rascó los restos de la sartén de las patatas hasta formar un pequeño y pringoso montoncito. Luego se sentó en la silla debajo de la radio. Y así, con la sartén en el regazo, apoyado en la nevera, se quedó dormido por fin.

RADIO ALEMANIA

26 de septiembre. *Faltan siete minutos para la medianoche*. Como si fuera un cuento infantil, Viola presentaba el programa del día siguiente. El bajo suave del narrador primero sólo rechinaba un poco, pero después se oía cómo avanzaba rozando el fondo de las cosas. Cada palabra le parecía igualmente valiosa, cada frase la pronunciaba con labios entumecidos y al mismo tiempo paternalmente suaves. Ed escuchaba y dejaba que aquella voz fuera penetrando en su interior. Soñaba con la época en que era un niño e intentaba establecer contacto con los extraterrestres. En aquel entonces tenía la radio portátil delante de él, sobre la mesa escritorio, en su cuarto. Había conectado la onda corta y explorado el éter milímetro a milímetro, buscando con la ruedecita blanca entre los dedos, hasta que sonaba su señal. *Hasta aquí el avance del programa. Radio Alemania. Para terminar el día, el himno nacional. A las doce en punto les ofreceremos las informaciones*. De vez en cuando enmudecía la radiotransmisión de los extraterrestres, lo que él interpretaba como una exhortación: «Hola, hola, estoy aquí, volved por favor. Vivo en la tierra, en Gera-Langenberg, Charlottenburgweg 24, República Democrática Alemana, ¿podéis oírme? Volved, por favor. Cambio.»

El himno nacional era de indecible belleza, y como para celebrarlo hacía llegar lo que estaba prohibido, el texto antiguo, enfermo de nostalgia, de «Deutschland über alles», Alemania sobre todo; música y texto parecían inseparables. Pensó la palabra: inseparable. El doctor Z. había hablado sobre ella en su seminario. Cómo el poeta August Heinrich Hoffmann von Fallersleben estaba en aquel entonces en una isla, inglesa en otro tiempo, y desde allí, en el alto norte (enfermo

de nostalgia), había contemplado su país dividido. *Son las doce en punto. Radio Alemania: informaciones. En la Unión Soviética, la perestroika, según las palabras de Gorbachov, jefe del Estado y del Partido, no puede ser considerada por más tiempo una revolución desde arriba. Prometer soluciones sencillas para enormes problemas sería engañar al pueblo. La disciplina, añade, es más necesaria que nunca.* No fue fácil desprender los botones automáticos, pero en algún momento Ed consiguió liberar la pequeña caja de madera del transistor de su rígida funda de cuero. Así podía susurrarle mejor al receptor: «Hola, hola, ¿dónde estáis? ¿Cuándo venís? Cambio.» Su boca tocaba la cubierta metálica del altavoz y dejó una huella húmeda. Sentía un cosquilleo en los labios; los extraterrestres habían empezado otra vez a enviar mensajes...

Ed se quedó dormido y se perdió las noticias, el informe del tiempo, la situación del tráfico y una gran parte del *Tiempo del Rock*, en el que tocaban música de Jimi Hendrix. Medio dormido oyó «Hey Joe» en una grabación en directo: las guitarras iban acompañadas de una especie de chillidos como de corneas, gaviotas o sierras de motor. «Hola, hola, ¿cómo se llama vuestro planeta? En caso de que necesitéis algún ser humano, yo estoy por las noches completamente solo en mi cuarto. Cambio.» Ya antes de establecer contacto había abierto la ventana a los extraterrestres, aunque ya era noviembre y le daba el aire frío en la nuca mientras que él apretaba alternativamente el oído y la boca contra el frío metal que recubría el altavoz. Lo más extraño en esa radiotransmisión era la propia voz. Su murmullo entre los labios, el susurro, el zumbido bajo la tapa del cráneo, el rumor entre los ojos, y sobre todo: lo extraño de su sonido. Como si muy en lo profundo, en el fondo de su propia voz, se moviera un ser desconocido, todopoderoso, algo a lo que sólo mediante un continuo e incesante susurro podía impedirle que se evadiera. Era el ruido de la muerte; así lo llamó más tarde.

Se le pasaron durmiendo las noticias de la una, el informe del tiempo, un aviso del servicio meteorológico marino de Hamburgo y un mensaje personal urgente del ADAC. Se le pasó durmiendo la segunda hora de la emisión *Tiempo de Rock*, en la que tocaban folk, entre otros, la cantante Melanie con el título «Some people say go away, some people say stay». Luego una especie de sintonía, siete tonos agudos, suaves como las melodías de una caja de música con la que se duerme a los niños. Se le pasó durmiendo el concierto nocturno de la cadena pública ARD y la frase, pronunciada por una voz baja, como con ceguera nocturna, *saludamos también a todos los radioyentes de las emisoras conectadas con nosotros.*

Los extraterrestres habían enmudecido, por lo que Ed empezó a sacudir la cromada antena telescópica. Como eso tampoco servía, se levantó y con la radio sobre el hombro caminó de un lado a otro de la habitación: «¡Hola, hola, ya no os oigo, contactad por favor! Cambio.» Se había subido a la mesa, con los brazos abiertos agitaba el aparato en el aire. No podía ser cosa de las pilas. «¿Dónde estáis? ¿Qué ha pasado? ¡Hola, enviad alguna señal, por favor! ¡Cambio!»

Ed se despertó y bebió un sorbo del licor de café que se había llevado a su sitio debajo de la radio. Luego estuvo dormido durante el concierto operístico, empezando con el preludeo «Amanecer sobre el Moscova» de Modest Músorgski, luego un madrigal de Monteverdi para ocho voces. Poco antes de las cinco sonaron otra vez los siete tonos de la curiosa caja de música. Era la sintonía de la emisora. O los extraterrestres, tres veces seguidas. En un semisueño, la revista de prensa. De vez en cuando, música folclórica irlandesa. La cota de nieve había bajado hasta los mil quinientos metros. *Las personas que quieren marcharse ya no creen a los dirigentes.*

El 7 de octubre Krombach anunció su renuncia. Fue un discurso breve, de carácter más bien organizativo, una suerte de informe final. El director había hecho los preparativos durante toda la tarde. Había ocupado la cocina y corría de un lado a otro por el patio. Aunque era la fiesta nacional, Mäcki el cochero trajo una anguila del puerto, varios vinos escogidos y dos cajas de cerveza Staropramen, que habían llegado a la isla con el remolcador. En cada caja faltaban varias botellas.

El coche de Mäcki se quedó en el patio hasta el final de la tarde. Ed bajó y saludó a su caballo peludo, que le pareció que provenía de tiempos remotos. Tocó con las yemas de los dedos el pelaje liso que el animal tenía entre los ojos, y el animal alzó entonces de golpe la cabeza. Ed se quedó allí un rato y esperó a tener pensamientos propios. En lugar de eso, empezó a llover y regresó a la casa. Ya iba haciendo frío; la calefacción de su cuarto no funcionaba.

A la hora acordada sólo eran tres a la mesa. En algún momento, Krombach levantó las manos, y empezaron a cenar. Rolf y Chris habían insinuado que preferían ir al Hitthim, al «Baile de la República» de cada año, cosa que Ed silenció, por consideración a Krombach. La anguila era buena, en la medida en que él podía juzgar. Había además patatas, caviar ruso y después algunos quesos que él no conocía. Kruso llenaba de vino los vasos, bebían deprisa y a largos tragos.

El último grupo de veraneantes de empresa, explicó Krombach, lo había cancelado, anulado por así decirlo, debido a la repentina falta de personal. Acto seguido, la dirección de la empresa propiedad del pueblo Fábrica Metalúrgica y de Semiproductos de Niederschöneweide le había relevado de su puesto con efecto inmediato y abierto una inspección. La directora de hostelería, añadió Krombach, rebosaba indignación al teléfono. «Criminal» había sido la menor de sus acusaciones; aparte de eso había expresado su convicción (la había expresado casi a gritos, explicó Krombach pasándose las puntas de los dedos por su lustrosa cabeza) de que él siempre había sido un estafador, una persona de doble contabilidad, del comercio en especie y del alojamiento ilegal, en resumen, un saboteador del socialismo, por lo que todo aquello no era de extrañar, no era de extrañar en absoluto, no era de extrañar para nadie, etcétera. Al final, la directora de hostelería le había preguntado cómo iba a justificar él eso ante los siete trabajadores y sus familias, en total veinticuatro honrados ciudadanos, que habían esperado años, por no decir decenas de años, para recibir esa plaza vacacional, que habían trabajado duramente años o decenas de años y que se habían hecho merecedores de una recompensa; ¿o tal vez tenía él preparadas –y ésa había sido su última pregunta– en el bolsillo del chaleco unas cuantas islas más?

El bolsillo del chaleco era muy adecuado, pensó Ed, estaba seguro de que Krombach llevaba antes chalecos, durante sus tiempos de palacio...

«¿Otras islas!», la voz de Kruso estaba a punto de quebrarse.

«¿Qué respondiste, Werner?»

«Nada. Ahora estoy citado en Berlín. Además la directora de hostelería ha anunciado una comisión de control en compañía de fuerzas del orden, seguramente ya están en camino.» Se escanció más vino y alzó su copa. Le temblaba la mano, pero no parecía importarle. No se avergonzaba.

«Bueno. Sólo quiero decir que no tengo, en efecto, la menor intención de justificarme ante esos siete...», respiró hondo, «esos siete *trabajadores*, ante esos», buscaba una palabra que al menos de momento fuese lo bastante grande como para acoger su amargura, «esos siete samuráis, empresa propiedad del pueblo, de Schweineöde.» Schweineöde era la palabra de Krombach para

Schöneweide,⁵ cuando había bebido y echaba pestes contra la empresa central de Berlín. Él siempre había sido únicamente arrendatario, arrendatario del sueño de poseer el Klausner, el Arca, un día, en otro tiempo, en una vida futura. «Y no veo tampoco por qué no había de decíroslo punto por punto a todo el grupo..., por así decirlo.» Hizo un amplio movimiento con la mano, como si aún estuvieran todos en la mesa, toda su tripulación, la comunidad firmemente unida. «Al contrario que algunos otros, que aquí, no sé cómo explicarlo, han abandonado el barco sin decir esta boca es mía, ¿verdad?»

Vació su copa de un trago. Se hizo un breve silencio, Krombach respiraba con dificultad, luego eructó. Y un momento después empezó a cantar. Primero en voz muy baja, más bien tarareando.

«Allá en el muelle, donde está el viejo faro...»

En algún momento cantaban todos.

El mantel cegaba a Ed. Le entraron náuseas al ver los restos de comida. Guiñó los ojos y vio que al director de la residencia de vacaciones le corrían las lágrimas por las mejillas.

«Allá en el muelle al ancho mar miraban, allá en el muelle los corazones penaban, allá en el muelle ...»

Al final, Krombach estaba completamente borracho. Al igual que Kruso, que, como petrificado, ocupaba la silla al otro extremo de la mesa. A veinte millas marítimas de distancia. Y también Ed, que se movía, subiendo y bajando, en las aguas navegables del acontecer y que se esforzaba por entender el sentido de las cosas, pero no llegaba a captar su significado.

EL OTOÑO, EL OTOÑO

Aún amanecía cuando Ed bajó al Agujero Negro para encender la estufa, y apenas había más claridad cuando volvió a subir. Del restaurante le vino al encuentro una balsa llena de pequeñas llamas. Se pasó la mano por los ojos, para ahuyentar al camello que iba a aparecer en cualquier momento, pero no era su sueño. En medio de la mesa del personal había una tarta con velas. El bizcocho parecía desarticulado, las velas eran muy grandes. En el pastel roto las velas parecían cartuchos de dinamita que fueran a explotar en cualquier momento.

«Treinta y cinco, amigo mío, no necesitas contarlas. ¡Aquí nadie necesita comprobar el número!»

Ed vio que acababan de poner la mesa para todos. Platos, tazas, copas y cubiertos para doce personas. Vio la foto de Sonja, como una callada ofrenda, una pequeña tumba a la cabecera de la mesa. Era el sitio del desayuno, preparado cariñosamente por los padres a la espera de la hija que en cualquier momento saldría de su cuarto al salón, soñolienta y felizmente convencida de encontrarse en el centro de un mundo cálido y lleno de bondad. A la izquierda y a la derecha de la foto había un decimotercer cubierto: cuchillo y tenedor rodeado de velas. Ed descubrió el brillo en la frente de Sonja: era *su* foto. Kruso extendió la mano hacia él, pero no lo alcanzó y en lugar de eso agitó las manos impaciente en el aire; la dinamita empezó a tremolar.

«Tienes que soplar, Ed.»

«Sopla quien cumple años.» Lo había dicho deprisa y sin reflexionar. Quizá sólo porque era su foto, su propia pequeña muerta.

«¡Sopla de una vez!»

«Es que no me corresponde, Losch.»

«Bueno. Venga, Sir Edgar... La persona que cumple años no está aquí, está... en alguna parte, de

viaje por ahí fuera, ¡por ahí en alguna parte!», su brazo señalaba al mar abierto. «Por eso no puede venir hoy, ¿comprendes? ¿Te basta con eso? Las mejillas de Kruso estaban grises, como vaciadas en plomo.

«Para ser exactos, ésta es la decimonovena vez que falta a su cumpleaños. Y, para ser exactos, desde hoy es mayor que su madre; bastante curioso, ¿no?»

«Perdona, Losch.»

Ed tenía una idea, pero también estaba preocupado.

«Hagámoslo juntos, Losch, quiero decir, nosotros dos por ser... sus hermanos.»

Kruso le miró y dijo algo en ruso, pero sin esforzarse por articular; más bien escuchaba. Ed se preguntó cómo había logrado llevar platos y vasos a la mesa, sin que nada se rompiera, y colocar las velas. El rostro de Losch no tenía expresión, pero luego, como si hubiera comprendido, se le contrajeron lentamente las comisuras de los labios.

«Nosotros dos ambos.»

Ed bajó la cabeza.

«Por lo demás ya no hay nadie aquí», balbució Kruso, «todos se han marchado, Ed, todos todos..., aunque hay champán para desayunar, champán de la Unión Soviética con kirschwhisky.» Echó aguardiente en su copa de champán semillena. Ed aún esperaba que Krombach saliera de su antro o que apareciera Mike el Cocinero, con un papel de encargos, manchado de sudor, en la mano: lo deseaba.

«¡Por Sonja, Solnyschka, Sofija, por Sonja Valentina Krusowitsch, treinta y cinco años! Cumpleaños feliz, cumpleaños..., maldita sea, Ed, ¿te imaginas que yo haya cantado *eso*, yo, Ed, su hermanito pequeño?»

«Por Sonja», respondió Ed y levantó su copa. Pensaba en G. En el día en que encontró a Matthew, aún ciego y con el pelaje pegajoso.

El movimiento de sus cabezas hacia la mesa, violento de pronto, hambriento, con los labios fruncidos, como si ambos trataran de besar al mismo tiempo la foto. Ed casi perdió la contención; sopló, escupió, aspiró humo.

«Tú te quedas, hermanito, ¿verdad? Tú te quedas aquí conmigo.»

La cabeza de Kruso describió varias rápidas curvas que querían explicar por qué eso era absolutamente necesario.

Por primera vez, Ed llevaba puesto el jersey de Speiche. Lo sacudió, lo palpó y apretó la cara contra la lana. Olía a tabaco, y durante un momento sintió algo semejante a la gratitud.

«Cerrado por inventario.» Cuando regresó del mar (un mar furioso y rugiente, ante el que uno querría desmayarse o al menos caer de rodillas), descubrió el letrero en la puerta. En el restaurante olía a humo.

«Happy Birthday, pequeña.»

El rostro lleno de salpicaduras de cera.

Durante unos instantes estuvo indeciso. Luego cogió la foto y se la llevó otra vez a su cuarto. Avanzó despacio por el pasillo y abrió todas las puertas. Ya no había nadie.

Kruso yacía sobre el mostrador de la barra y dormía. Su mano derecha colgaba dentro de la pila de fregar y tenía agarrada una copa. Ed la separó de los dedos y puso en sitio seco la mano reblandecida.

Su amigo había volcado con el codo varias copas limpias, una estaba rota. Como seguía

dormido, Ed lo tapó con manteles y le puso debajo de la cabeza un trapo seco. Por un momento, la mejilla de Kruso descansó en su mano.

Empezó con los cristales rotos. Luego despejó la mesa del personal, por si acaso también la barra, un movimiento conllevaba el otro. Sin vacilar arrojó los restos de la tarta a la basura. En la cocina imperaba el caos. Bajó al sótano a vigilar el fuego. Dirigió unas palabras a las brasas, luego llevó la ceniza al cubo de las cenizas. Había puesto un trapo encima del cajón de las cenizas para que el viento no las dispersara; otra vez pensó al hacerlo en su padre, pero ahora él era el responsable. Apiló las sartenes sucias en el fregadero y dejó correr el agua sobre ellas. Esperó hasta que estuvo seguro de que en ese momento no había visitantes en la terraza (de vez en cuando oía voces, gritos, sacudidas en el picaporte), luego salió y borró de la pizarra la lista de platos. De pronto no soportaba la idea de *aquella oferta*. De todos modos había demasiadas falsas esperanzas en el mundo. «Pero esas falsas esperanzas también están justificadas, más que justificadas, y por eso no son falsas, ni auténticas ni falsas probablemente, eso tienes que admitirlo, que admitirlo sin más», susurró Ed y se relajó. Había empezado su soliloquio. Examinó las provisiones que había en el frigorífico; el trabajo hizo que guardara silencio. Llevo ya mucho tiempo sin mi caballo peludo, pensó Ed, entonces vio la cabeza del caballo delante de él, y mirando el contorno de la cabeza empezó a pensar, indeciso y todavía con poca precisión, pero notaba claramente que era él el que pensaba. Era él.

«Tenemos dos portillos, Ed. El de las bebidas y el de la venta de helados, el llamado portillo de los helados. Es decir, lo cerramos todo: terraza, puerta, restaurante, y por delante abrimos los portillos. Esto es la guerra, Ed, el Klausner en plena tempestad, con rumbo difícil, con *pequeña tripulación*.» Señaló a Ed y a sí mismo, asintió con la cabeza como si estuviera de acuerdo consigo mismo y con todo aquello, y finalmente hizo un gesto impreciso para indicar que no excluía la ayuda, pero que no era imprescindible. No había vuelto en sí hasta avanzada la tarde. Se había lavado, afeitado y puesto ropa limpia de cocina. El pantalón de pata de gallo le quedaba corto, apenas le llegaba a los tobillos. Ed estaba sentado en la cocina bajo la radio y le escuchaba, con una cebolla en el plato y dos rebanadas de pan. Había creído que Kruso trataría de convencerlo, que le pediría ayuda. Pero sólo ahora comprendió que consideraba lo más natural que se quedara, que los dos continuaran allí.

«Sabes que Rick siempre llamaba tapas a los portillos y desde ahora yo también los llamaré así, lo cual no tiene nada que ver con él. Quiero proponerte que llamemos desde ahora tapas a los portillos. ¿Te parece bien?»

«¿Si me parece bien qué?»

«No me escuchas.»

«Sí, sí, hablas de los portillos.»

«De llamar tapas a los portillos, a partir de este mismo momento.»

«Vale, Losch.»

«O sea: dos hombres, dos tapas. Es decir, si todo marcha muy bien. Pero con más frecuencia será: *un hombre, dos tapas*, de una a otra, ir y volver, ¿entiendes, Ed? Y el otro está aquí detrás preparando la munición: grandes salchichas, hamburguesas y así, cositas de poca monta. Siempre con mucho pan, mucha mostaza, eso calma los ánimos. El suministro, directamente a la tapa de los helados o, como hemos dicho, al despacho de comida. En cualquier caso, tenemos que andar un poco, Ed, tú o yo, pero no nos importa, ¿verdad? Directamente detrás de la tapa de las bebidas

está la barra con las bebidas y la máquina de café. Ahí no hay que caminar, no hay problemas. Ahí se saca siempre todo lo que tenemos que se pueda beber.»

Casi a diario y muchas veces ya al mediodía, Vosskamp llegaba a la terraza con algunos de sus soldados. No era un verdadero control. Pedía café, le añadía mucho azúcar y lo removía un buen rato. Apoyaba un brazo en el pequeño tablero que había delante del portillo de las bebidas, hacía algunas observaciones sobre el tiempo y preguntaba por Krombach. El capitán de fragata se comportaba como un vecino de siempre, como el oficial de un navío amigo, en el fondo, que estaba anclado a sólo cien metros más al norte, en la misma costa. Para el director, Kruso inventó un viaje oficial a la empresa central, a Berlín. Una vez más Ed admiró a su compañero, su capacidad para dominarse y el modo que tenía de dar información, de buen grado en apariencia, pese a la intervención de Vosskamp el Día de la Isla. Tal vez eso tenía que ver con la detención de Kruso (de la que no hablaba) o con la presencia del buen soldado, que, con los otros de la patrulla de Vosskamp, estaba sentado en la terraza y, nervioso, miraba todo el tiempo hacia ellos. El *tercer hermano*.

Habían convertido el Klausner en una fortaleza, eso saltaba a la vista. Todas las ventanas y puertas estaban cerradas a cal y canto, las cortinas corridas, todo herméticamente cerrado, a excepción de dos portillos, «dos tapas», susurró Ed, «y desde ellas se dispara».

Al cabo de unos días, el capitán de fragata pidió hacer una inspección. Mostrando cierto pesar, recorrió las habitaciones vacías, ignoró la suciedad que se había propagado por suelos y mesas, y finalmente atravesó con sus botas relucientes la cocina, donde tendió la mano a Ed, a quien no le quedó otro remedio que asirla. Habló con Kruso de un modo suave, amable, como si se tratara de una defunción que afectaba a los dos, si bien no en la misma medida.

La noche siguiente, Kruso explicó a su amigo por qué tenían que seguir en guardia y por qué sería importante seguir resistiendo, justamente ahora, pues al parecer los guardias de fronteras se encontraban en estado de alerta y no se podían excluir reacciones desmesuradas. Por primera vez se refirió a Viola y a sus noticias sobre tierra firme, sobre ciudades como Leipzig, Plauen y Dresde. «Damos una señal a través de las tapas.»

Hasta bien entrada la noche siguieron juntos en la barra y luego, envueltos en colchas guateadas, salieron a la terraza. El tiempo había cambiado. Durante varias noches sonó la sirena de la niebla. El foco reflector parecía girar más deprisa, y el pino de Navidad se movía con su ramaje rígido como si quisiera expresar una desesperación contenida en él. A cada ruido, Losch levantaba la mano y escudriñaba la oscuridad. Empezó a hablar. De su hermana y de los tiempos que pasaron juntos en la base de radiación, de sus juegos, sus escondrijos. Qué enorme les parecía el edificio, qué infinitamente largos y complicados los pasillos, que no tenían ventanas, sólo vidrieras opalinas, detrás de las cuales la luz estaba encendida día y noche, y qué misteriosas aquellas máquinas capaces de penetrar con sus rayos en sus cabezas, por lo que él creyó durante mucho tiempo que su padre de acogida sabía leer los pensamientos. «Yo estaba seguro de que sólo por eso quería que fuéramos una vez por semana a verle al laboratorio. Tenía miedo de esa cita, por mis malos pensamientos, y trataba de esconderme. Entonces descubrí la torre. Estaba llena de desechos, miles de radiografías en cajones de madera, un ejército de calaveras; en algún momento lo quemaron todo. Nuestras propias radiografías estaban en los pasillos que conducían al laboratorio, creo que les tenía especial cariño. Yo no veía en ellas sino calaveras sobre las que planeaba una regla como una aureola; los marcajes milimétricos brillaban en blanco. Cuando

estaba delante de esas fotos, tenía miedo de mí mismo. Quiero decir, miedo de lo que había, invisible, dentro de mí.»

Kruso siguió explicando que la terraza del Klausner podía seguir funcionando como un asilo. Habló de los que *regresarían*, que no serían pocos tan pronto se dieran cuenta de lo ilusorio del mundo del consumo. «Ellos aún pueden darse cuenta, Ed. Pero muchos que nacieron allí y que nunca tuvieron otra cosa ya no perciben su propia desdicha. El mundo del entretenimiento, los coches, las casas propias, las cocinas empotradas, ¿por qué no? Pero para ellos es su cuerpo, la prolongación natural de éste, el lugar de su pensar y sentir. Su alma está aprisionada en el salpicadero de un coche, tiene sordera de alta fidelidad, o se ha evaporado en una cocina de Bosch. Son incapaces de sentir su desdicha. No oyen qué cinismo contiene la palabra *consumidor*: ¡ya sólo la palabra! Su sonido animal, lleno de cencerros y de rebaños llevados por las colinas del bienestar, pastando, rumiando; consumir, digerir, y vuelta a consumir; comer y cagar, ésa es la vida del consumidor. Y todo está organizado para eso, desde el nacimiento hasta la muerte del consumidor. La protección del consumidor funciona como una valla, es el cercado del pastizal. La central del consumidor registra cada movimiento en el rebaño y calcula la consumición media, no en kilómetros, como en los motores, sino en años, en decenas de años. ¿A cuánto asciende el consumo, por ejemplo, en el total de una vida? ¿Y cuánto tarda en consumirse un consumidor? Ya la misma palabra, Ed, esa palabra de ojos de vaca sería suficiente prueba..., si aún se tuvieran oídos.»

Guardaron silencio un rato y escucharon la sirena de la niebla que sonaba cada veinte segundos, buu-buu-buu y pausa. «Tenemos por delante una importante temporada tardía. Creo que pronto empezaremos con la asignación de alojamientos.» A Ed le entristecía no poder estar de acuerdo, y evitó llevarle la contraria. Su misión era quedarse al lado de su compañero, cuidar de él, protegerlo, si fuese necesario, de él mismo. Al mismo tiempo disfrutaba con la idea de que nadie más, sólo *ellos dos*, mantenían aquella posición: dos íntimos amigos que regentaban ellos solos el Klausner y así, como si fueran héroes, conseguían algo, en el fondo imposible, con su propio trabajo.

Kruso tenía puestas grandes esperanzas en la fecha de la siguiente asignación, aunque de momento no había nada que asignar. Se trataría más bien del contacto, del mantenimiento de la «organización», de la «familia», o de aquello que una vez tuvo ese nombre. Bebía más aún que en el verano, y pronto sus palabras perdieron contornos. Varias veces seguidas llamó a las dos tapas del Klausner «válvulas del corazón de la libertad».

Ed pelaba cebollas, como en sus primeros días, cebollas y patatas. Había pasado revista a las existencias del sótano y de la cámara frigorífica y había hecho un inventario. Siguiendo el ejemplo de Mike el Cocinero, confeccionó una lista de la compra y elaboró un menú de emergencia: huevo revuelto, hamburguesas, salchicha, a elegir con pan o con patatas rehogadas. Él era ahora el dispensero del Klausner. Era cocinero, pinche y friegaplatos al mismo tiempo, el alma de una cocina enorme, comparada con otras, y eso, pese a todos los reveses, le llenaba de cierto orgullo. Nada demostraba más a las claras los progresos que había hecho desde que empezó. Antes de que se mezclara la duda o la tristeza en la formulación de esa idea, mordió con fuerza la cebolla: Robinson sueña con Viernes y Viernes aparece. Kruso no se había equivocado cuando apostó por él, cuando confió en él, cuando vio en él algo que hasta entonces él no había sido. Había acertado con su sueño.

En esos días hubo muchos ingresos en la cuenta corriente de los supuestos tácitos: sus deudas

estaban más que saldadas. La sensación de estar mintiendo o de lo que para Ed había sido causa de una constante opresión (que le causaba agobio) cuando estaba con Losch o en el círculo de los esekás, o sea de quienes se habían señalado por su *rebeldía*, había desaparecido. Además: él no se marchaba, él no hacía lo que todos hacían.

Entre las reservas del sótano había varios cientos de latas herrumbrosas con peras que debían de proceder de alguno de los años anteriores; la etiqueta estaba podrida. Ed limpió las latas y las subió a la cocina. Propuso a Losch vender las peras como compota. También podía ofrecerse como «postre» el bizcocho del refrigerador, que estaba preparado para la última remesa de veraneantes oficiales (los siete samuráis y sus familias). Describió con el tenedor el tamaño de los trozos en los que pensaba dividir la torta, una gelatina de frutas que parecía goma: pequeños bocados, «a treinta o cuarenta pfennigs la pieza». Kruso, que iba incesantemente de una tapa a otra para servir al mismo tiempo bebida y comida, miró el cuchillo, luego abrazó a Ed.

«*U meniá brat i sestrá!*»⁶

A paso de marcha, regresó a los portillos. Sí, ahora eran realmente como hermanos.

El día de la tradicional asignación sólo aparecieron cinco esekás, a los que Ed conocía de pasada. Ni náufragos ni gentes sin techo. Nadie traía paquetes con donativos, y enseguida se hizo evidente que los esekás no querían sino beber y ver la puesta de sol. Aunque Ed servía bien, se quejaron de que ya no ofrecía las bebidas especiales de la costa escarpada que había habido a finales del verano. Kruso regresó a la barra y preparó los cócteles. Ed estaba indignado pero su amigo le hizo una seña. Con los vasos en la mano, el pequeño grupo se dirigió a la costa escarpada, al punto más alto, visible desde el cuartel, cosa que a ninguno pareció importarle.

Bebieron y contemplaron el mar. En el borde movedizo, el viento era tan fuerte que les cortaba la risa en la boca, por lo que parecían alelados, haciendo gestos mudos con labios y dientes, mientras que los vasos se convertían en hielo en sus manos. La luz baja del sol sacaba del mar, como un milagro, los acantilados cretáceos de Møn. La isla de la nostalgia parecía, en efecto, haber crecido o haberse acercado más en las últimas semanas. Quizá eso tenía que ver con el hecho de que el sol ya se ponía mucho más a la izquierda, mucho más al sur que en verano y en otoño la luz era completamente distinta. Es sobre todo el aire frío, pensó Ed; es más diáfano y el viento limpia el horizonte.

Desde poniente se formaban estrías de borrasca sobre las aguas, a través del oleaje que avanzaba incesantemente y que, si se daba crédito a los que entendían del mar, engullirían, a ritmo lento pero seguro, un trozo tras otro, el Dornbusch con el faro, el cuartel y el Klausner. Ya pocos minutos después de la puesta de sol, el mar no era sino una masa oscura y eterna. Sobre la columna del faro que tenían a su espalda la tormenta silbaba su monótona cantilena. Las nubes avanzaban, como un gris grande y claro, y densas como los gases de escape de una gigantesca factoría química: «Bunabuna», murmuró Ed pensando en los buneses y en los espantosos gases que expulsaba su gigantesco acorazado situado a las puertas de la ciudad de la que había huido.

Se apartó un paso del acantilado y de repente todo estaba en calma, como si ya no hubiera viento ni nada más en el mundo. Una vez más veía a G. agachada delante del agujero del sótano e intentando atraer con un plato de leche al gato diminuto que se había caído del tejado: «¡Matthew!» Tal vez era también Sonja la que tenía en el pensamiento. Al momento sintió calor. «Es el otoño, que te parte el corazón...» Sus reservas memorísticas aparecían otra vez, pero se le había olvidado el nombre del autor, y también el resto del poema estaba envuelto en la niebla.

El otoño, que... ¿El otoño? Había empezado a olvidar. BUENAS NOCHES

Por la noche, el silencio se congelaba en las habitaciones vacías. Fuera susurraban los árboles, o el mar o el tiempo, pero ellos estaban dentro, protegidos, fuera del tiempo. Kruso bebía; tenía los ojos clavados en la sala y se restregaba las manos como si tuviera que quitarse algo, pero sin conseguirlo. Luego se detenía y estiraba los dedos; era como si tuviese un calambre. De vez en cuando pasaba a la cocina para poner en orden algunas cosas. O iba al fregadero y cogía la botella de la legendaria crema. Desde que sus manos no estaban metidas cada día durante horas en el agua de fregar, eran como cuero viejo, cuarteado bajo el sol, semejante a un guante quebradizo y mohoso. Un guante del que no era posible desembarazarse por más que uno lo deseara ansiosamente.

A veces se comportaban como extraños.

Los intentos que hacía Ed de trabar conversación sonaban a huero y fracasaban. Retirarse no era fácil desde que vivían solos en el Klausner. De pronto, cada retirada expresaba algo. En las tardes que pasaban largo tiempo juntos, Ed se sentía perplejo. Pero lo olvidaban bebiendo y al final, cuando Kruso se metía detrás de la barra para fregar las copas, la tabla de cortar y el cuchillo (ya no quedaba nada sin recoger), estaban lo bastante bebidos para no sentir la separación de la noche como artificial o no natural. Pese a ello resultaba raro que Kruso le deseara ceremoniosamente «buenas noches» y añadiera «Que duermas bien», como hacen los padres, a lo que Ed, al punto, replicaba algo idéntico, por lo que en ese momento se convertían en niños, niños en pijama de rayas. Su ropa de trabajo, que ya era desde hacía tiempo demasiado ligera para el otoño y, tiesa de suciedad, se bamboleaba en torno a las articulaciones, recordaba esos pijamas, ropa carcelaria o pijamas.

Por un momento estuvieron con las mejillas juntas, sin afeitar, sucios, medio asilvestrados. Ed sentía un tenue resto de dolor bajo el ojo: el pequeño desgarro en el golfo de México. Kruso se inclinó sobre él, porque él era el más alto, el hermano mayor. Era indiscutible que se trataban con mucha prudencia y miramientos, no sólo en aquel instante. Quizá también porque sabían que aún tenían por delante todo el otoño y todo el invierno. Una noche Ed preguntó a su amigo en el momento de la despedida (ya estaban arriba, en el corredor, delante de sus cuartos) si no iba a buscar el manuscrito de los poemas al escondrijo. Kruso se limitó a negar con la cabeza y cerró en silencio su puerta, de forma que Ed no pudo saber con seguridad si realmente había entendido la frase: siempre quedaba algo sin aclarar entre ellos.

Por la noche, Edgar sintió un temblor. En el sueño el Klausner caía al mar, lento, mesurado, con todos los portillos bien cerrados, como un crucero de combate que efectúa su botadura. Del tejado sobresalía el mostrador, el puente. Ed veía que Kruso se movía allí de un lado a otro, agitando sus prismáticos y dando órdenes a voz en grito. El barco aceleraba la marcha. Ya no tuvo más dudas: pura alegría, indescriptible.

VIOLENCIA, NO

14 de octubre. Habían empezado las vacaciones de otoño. Otra vez barcos llenos de visitantes de un día, aunque eran menos los que hacían el esfuerzo de subir hasta el Dornbusch. La mayoría de los turistas de la temporada tardía se limitaban a dar un paseo por la zona llana, del *bodden* al mar y otra vez de vuelta, y como en ese camino no había nada mejor que hacer, recorrían el museo de la isla, y luego la casa de Hauptmann, llevándose recuerdos confusos de una obra teatral llamada *Los tejedores* o sin otra cosa en la cabeza que el rumor del mar. Ed recordaba los relatos

de Kruso sobre encuentros ilegales que los esekás de los primeros años organizaban en el despacho de Hauptmann, a medianoche y en una oscuridad casi completa, ya que la casa era fácil de ver desde la calle. Contó que Rimbaud había hablado allí sobre su homónimo, una conferencia con el título *Ofelia o la poesía de los cadáveres de ahogados*, una hora entera sin el menor apunte, sin borrador.

«Tenías que haber visto cómo los esekás estaban pendientes de sus labios. Todos esos cadáveres, Ed, era como si se deslizaran por allí delante en las tinieblas, era algo precioso, como vivo o en cualquier caso de carácter sagrado; el despacho de Hauptmann, un acuario lleno de cadáveres y él, ante el pupitre de Hauptmann, que, oscuro como un arrecife, sobresalía del agua; fue la primera vez que deseé haber sido estudiante, estudiante con el doctor Rimbaud en Leipzig del Pleisse.»

Pese a la pereza general seguía habiendo bastantes caminantes para formar delante de los portillos del Klausner una cola aceptable, al menos a mediodía. Kruso iba y venía entre las tapas, las válvulas del corazón de la libertad que siempre estaban un poco demasiado separadas para que siguiera funcionando sin interrupciones un gran organismo como el Klausner. Ed suministraba sus comidas cuando se la pedían a gritos. Para acelerar el proceso, las colocaba, al alcance de la mano, sobre una mesita trinchante en el cuarto trasero del portillo de los helados; había sido idea suya. Al mismo tiempo era el encargado de la cafetera, y a veces hasta conseguía ayudar a servir bebidas, lo que a su compañero (compañero de lucha, pensaba Ed) no siempre le agradaba.

El servicio de vacaciones funcionaba aunque estaban como prisioneros detrás de las tapas, ante las que habían de agacharse para echar una ojeada al exterior, cosa para la que apenas quedaba tiempo. Por lo general sólo oían la voz, y los clientes quedaban cortados por el pecho. De vez en cuando el sol se abría camino, lo que animaba a los turistas. «Si esto funciona, te digo que se acabó lo de largarse.» El hombre había hablado de los que huían y de algo que podía impedir esas fugas o que quizá hasta podría hacerlos regresar, como Kruso había dicho antes. Circulaba por doquier la palabra «diálogo», se trataba de la capacidad de diálogo, lo que Ed entendía como una especie de exhortación. Se inclinó hacia la tapa, empujó hacia fuera la cerveza y miró a la cara al hombre, que le saludó con la cabeza, pero después se dio media vuelta para tomar asiento en una de las sillas de la terraza. Nadie ha limpiado las sillas, pensó Ed y se propuso hacerlo él, aquella tarde..., «si funciona», murmuró Ed.

Se dio cuenta de que Kruso servía bebidas gratis a determinadas voces o que sólo cobraba cantidades simbólicas, gente, sin duda, que él consideraba náufragos, pero que en realidad eran sólo parásitos que abusaban del altruismo de su amigo. A intervalos surgía a partir de ahí un pequeño grupo de seguidores que holgazaneaban en la terraza pero que pronto empezaban a formular pretensiones y mostraban su descontento «con el servicio». Unos días después, todos habían desaparecido.

La semana de vacaciones consumía sus energías. El hambre y la sed infinitas de los visitantes y sus comentarios, un descontento general, una excitación que se contagiaba y que, a través de los portillos, pasaba al Klausner. El último día de vacaciones, en plena hora punta, Kruso perdió de pronto los nervios. Abandonó su puesto, empezó a vociferar y salió disparado al exterior. Por la puerta delantera abierta entraron clientes.

Ed se dio cuenta cuando un desconocido apareció a su lado, en la cocina, y echó mano de una de sus hamburguesas. Automáticamente, Ed giró con la rapidez del rayo en torno a su eje y casi le clavó el cuchillo al hombre, que gritó histérico: «¡Violencia, no!» Después a Ed le costó

muchísimo hacer salir del bar a la gente, que miraba llena de asombro el suelo sembrado de restos de comida y de otras inmundicias. Los clientes parecían mucho más seguros de sí mismos que en el verano, se diría que estaban llenos de obstinación y no se dejaban intimidar. Aunque las mesas del cuarto trasero de los portillos estaban llenas de vasos y de pilas de platos sucios, algunos de ellos habían tomado asiento y levantado la mano para pedir algo o para tomar la palabra. De hecho, todo aquello semejaba una asamblea espontánea en la que se iban a hacer reclamaciones y dirigir críticas que ya llevaban demasiado tiempo sin salir a la luz, pero *ése* era el lugar y el momento. Comentarios confusos sobre embajadas y trenes de refugiados llenaban la habitación; algunos habían empezado a servirse en la barra. La voz de Ed, que pronto ya era estridente: Ed daba órdenes, amenazaba y gesticulaba con los brazos abiertos, en la mano seguía sosteniendo el cuchillo, que de vez en cuando agitaba en el aire, como un machete en la floresta. Notaba cómo iba superándose a sí mismo. Cuando aún pisaba el umbral hacia el exterior, con la puerta en la mano, un hombre mayor se volvió hacia Ed y se enfrentó con él. Al hacerlo se hallaba tan cerca de Ed que fue imposible esquivar su protesta en palabras y saliva: «Tú lo mejor es que te largues enseguida, chaval; aquí *todos* deberían largarse de una vez, esto es una mierda de prisión...»

El agotamiento de Ed era total, pero le agobiaba aún más la sensación de haber sufrido una ofensa. Se lavó la cara en la barra. En algún momento de la tarde apareció Kruso, sin dar explicaciones y sin una palabra de agradecimiento. Tenía en la mano una gran jarra de cerveza (tipo vidrio abombado) que lanzó sin más contra Viola, que enmudeció al momento. La jarra no cayó al suelo porque se rompió el revestimiento marrón de la radio, cubierto de una costra de grasa, y Viola lo embebió todo. Se produjo un nefasto silencio.

Aunque la terraza ya llevaba días con pocos clientes y el servicio del bar habría podido perder intensidad, Kruso corría de un portillo a otro. Andaba con los mismos pasos rígidos, como martilleando el entarimado, que ya empleaba a veces Cavallo para intimidar a sus clientes. En realidad eran una especie de pasos de desfile. Como si se tratara de la plancha más importante de su barco, Kruso fregaba la repisa que había delante de la tapa de las bebidas. Luego sacaba brillo a unas cuantas copas del mostrador, las fregaba de nuevo y volvía a sacarles brillo. Después otra vez se le veía en la tapa de los helados, vestido con la bata blanca y llena de manchas que René llevaba puesta al final. Con la cuchara de servir helado daba golpecitos contra la pared del viejo recipiente de aluminio que había debajo de la tapa, un cubo estrecho y gastado que desde hacía mucho tiempo no contenía helado y del que salía un olor a moho que aumentaba con el golpeteo.

Ed tenía que hacer en la cocina. Un trabajo de días en los que depuraría el caos de cazuelas, vajilla, cubiertos y restos de comida, todo lo que forzosamente había quedado sin hacer. El trabajo le venía bien. Y también los ruidos, de alguna manera. En cualquier caso era mejor la vaga actividad fuera, en las tapas, que el silencio de Viola. Últimamente él pensaba a menudo así: He seguido el camino equivocado. Mi vida tomó un derrotero equivocado cuando dejé la construcción y mi brigada y solicité una plaza en la universidad. Ha sido el Klausner, ha sido este trabajo lo que me ha hecho volver... Levantó con fuerza en el aire una marmita de acero y golpeó firmemente contra el fondo hasta que se desprendió un trozo semicilíndrico de carbón y cayó en la pila vacía. Una luna negra, brillante como la plata, que se había consumido pegada al suelo de la marmita. Ed aplastó el astro con el dedo índice y lo convirtió en trocitos de carbón que volvió a juntar hasta formar una *ese* y una *i*: SÍ.

LA CINTA NEGRA

René había vuelto. Ed se despertó y oyó la voz, clarísima, su habla nasal y arrogante, «qué desea, señorita», y antes de que Ed comprendiera, vio al vendedor de helados contando chistes (chistes políticos) y riendo él mismo por ellos, y vio cómo, al reír, las bolas de billar salían disparadas de los oscuros y pútridos agujeros, una tras otra, para caer en el cubo o directamente en el cacillo del helado, «son quince pfennigs».

Ed bajó silenciosamente la escalera. Todas las luces estaban encendidas. Tomó el camino a través de la cocina y del fregadero; delante de la puerta batiente que daba paso al salón se detuvo y miró por la abertura que había entre los batientes: vio a Kruso quitándose apresuradamente la bata del helado, y riendo al mismo tiempo. Luego cambió de expresión, se puso serio. Se acercó deprisa a la caja registradora y levantó la cabeza. «Fama, ¿cuándo llegarás?» Luego se puso el dedo índice sobre el labio superior como si tuviese que reflexionar y gritó algo en dirección a la mesa de ajedrez: «¡d5 a d6!» El juego estaba dispuesto. Kruso volvió a reír (la risa femenina de René le había encantado, aunque sin duda alguna en aquel momento él interpretaba a Rimbaud) y estirando los dos índices martilleaba alguna suma fantástica en la caja, de quince o veinte cifras, como si escribiera a máquina, uno de sus poemas mágicos quizá, y en efecto, por un momento se quedó convertido en una figura de cera de sí mismo: por lo visto no era fácil ser Kruso. Rápidamente retrocedió medio paso detrás de la caja y dejó oír un pequeño relincho. Galopó al mostrador, se hizo un cóctel de kirsch-kali y se sentó ante la mesa del ajedrez, en el lado de Cavallo. «*Perché questo silenzio?*», murmuró en voz baja el intérprete de Cavallo, que movió su figura y bebió. Un segundo más tarde, Kruso se levantó solemnemente e hizo sobre la mesa del ajedrez un gesto protector con la mano que parecía una bendición o que podía significar algo como «¡Mucha suerte!» o «¡Seguid siendo siempre amigos!». En la realidad ninguno de ellos había hecho nunca nada parecido, y por eso era seguramente un gesto del narrador en la pieza teatral de Kruso sobre el Klausner antiguo. El narrador se movía también más despacio que las figuras, necesitaba mucho más tiempo. Como a cámara lenta, iba de espaldas hasta la barra, se daba media vuelta y acariciaba el grifo de cerveza: alguna transición, tal vez una torpe intercalación. «El barril está otra vez vacío, ts-ts-ts.» Kruso había intentado pronunciar la frase odiada por todos con la voz blanda y tranquila de Rick, pero él ya no estaba tranquilo, más bien descontento, algo no marchaba. La caricia pasó a ser algo más fuerte, era como si ordeñara, pero el grifo seguía estando seco. Rick-Kruso golpeó la mesa con la palma de la mano, las copas tintinearón. Malhumorado, se inclinó, abrió la trampilla que daba paso al sótano y desapareció, bajando por la pesada escalera de hormigón (¡búnker del Führer!). Pronto se oyó desde arriba una discusión y a alguien que renegaba suavemente: este sótano asqueroso, esta humedad, este barro en el que uno puede resbalar en cualquier momento y romperse la crisma y luego: «¡Maldita sea, asqueroso!» Se trataba probablemente de taladrar el barril con las dificultades de siempre. Sólo Rick era capaz de hacerlo pero necesitaba un ayudante, alguien que apretara con fuerza el tornillo en el agujero del barril mientras él golpeaba el punzón y por eso ahora Rick-Kruso llamaba a Ed. Ed-Kruso le respondía: «¡Ya voy, voy ahora mismo!» Ed-Ed estaba allí y apenas respiraba. Durante unos segundos esperó aún a que apareciera él mismo, luego se retiró silenciosamente a su cuarto.

Durante el día reinó un silencio diáfano, casi invernal. Por la noche el capullo del Dornbusch envolvió el Klausner con su fragor ensordecedor. Una barra de luz del foco reflector barrió el

suelo del comedor. Una habitación que ahora parecía estar fuera de su radio de acción y ya no era accesible. Tampoco se sentaban en la mesa del personal (ni siquiera en el desayuno) sino en la mesa del ajedrez, delante de la barra, con vistas a la terraza. Por la tarde, Lindenblatt y por la noche Kiwi, Kali o Pffeffi, a veces mezclado con aguardiente de trigo o con Blauer Würger. Comían jamón ahumado, cortado en taquitos, tenían en abundancia en el almacén. Antes, a Ed no le gustaba mucho el jamón, ahora lo masticaba despacio y con medida, como un campesino al término de la jornada. Con las comidas eran flexibles; no había reglas, si se exceptuaba la cebolla de Ed. Kruso fabricó un nuevo escurreplatos con alambres viejos, para la próxima temporada, como él subrayaba, y en esos momentos desaparecía de su voz la amargura. Lijaba el alambre hasta dejarlo brillante y lo barnizaba todo con un resto de pintura que había en el sótano. Algo de pintura saltaba a la mesa, pero eso no parecía importarle. Barniz azul, que también habían utilizado para el balancín del parquecito infantil y para las estructuras de metal de los pesebres de la terraza. Ed fue a la cocina e hizo café; charlaron sobre todo lo divino y humano.

Ed habló a su amigo de sus primeras y únicas vacaciones familiares en el Báltico, en Göhren, en la isla de Rügen, en el verano de 1973. Habían estado los tres en un pequeño hotel de la Federación Alemana de Sindicatos Libres, en el centro del lugar: padre, madre, hijo. Él durmió en una cama plegable arrimada a la pared debajo de la ventana. Ed recogió conchas, que guardó en un bote de plástico bien cerrado y que escondió debajo de la cama, donde empezaron a oler mal.

Una mañana, cuando llegaron al comedor para desayunar, descubrió la tela negra en el marco del retrato colgado sobre el bufet del desayuno. Ed no sabía qué podía significar la cinta negra en la fotografía del de la perilla, como llamaban sus padres al presidente del Consejo de Estado, pero algo le decía (él tenía ocho años) que sería mejor no hablar en voz alta de ello. Esperó a que todos tomaran asiento con sus panecillos y sus quesitos, y entonces se levantó otra vez, dio la vuelta en torno a la mesa hasta su padre y se lo dijo al oído en un susurro: la cinta negra. La reacción de su padre a aquel pequeño descubrimiento fue tan desproporcionada que la escena se le quedó grabada para siempre. En lugar de ir con ellos a la playa, el padre de Ed se quedó todo el día en el cuarto escuchando la radio. Toda la noche siguiente también estuvo escuchando la radio, puesta muy baja; había metido el pequeño transistor a medias bajo su almohada, por lo que todo le llegaba a Ed con muy poca claridad. Un interminable murmullo sobre la ascensión del de la perilla al poder y sobre su final. Se trataba sobre todo de lo *interalemán*, de lo que Ed aquella noche pudo formarse una idea por primera vez en su vida; por en medio de las relaciones interalemanas discurría una línea sangrienta, trazada como con escalpelo –eso afirmaba uno de los comentaristas– a través de lugares, casas, familias; un impedimento mortal, insuperable.

Ed miró a Kruso y trató de dirigirle una especie de mirada fraternal. Entre ellos también había una frontera. Cuando contaban algo, era mejor. Contar ayudaba a Ed a desembarazarse de sus congojas, de sus angustias. «En caso de necesidad, siempre tenemos varios carros blindados en estado de alerta.» Eso lo había dicho el de la perilla, con una voz fina, curiosamente aguda, casi chillona, una frase que la radio transmitía una y otra vez. Parecía haber sido su frase más importante, en cualquier caso era la que Ed guardaba en la memoria desde aquella noche en la cama plegable, y así se lo contó a Losch. Recordó además que en aquella época aún no sabía nadar y que al contemplar el mar (lo veía por primera vez) le asaltó un miedo profundo. Kruso asintió con la cabeza y le miró a los ojos. Robinson y Viernes. Otra vez reunidos.

Su mesa estaba tan cerca de la barra que, para volver a llenar los vasos, Kruso sólo tenía que girar hacia un lado y asir la botella allí dispuesta. Pasaban muchas horas refregando y remendando, como decía su compañero. Limpiaban los desagües, que apenas estaban sucios,

cortaban leña para hacer fuego, reparaban la empalizada que rodeaba al Klausner y trataban de lavar su ropa en las pilas de piedra del fregadero. No habían sabido poner en marcha la lavadora de Monika. Primero lo intentó Kruso, luego Ed. Era una WM 66, que Ed conocía por su propia casa, el modelo más generalizado en el país. De niño siempre pensó que WM venía de *Weltmeisterschaft*, Campeonato Mundial; estaba convencido de que habían dado ese nombre a la lavadora por el campeonato mundial de fútbol de 1966. Como tantas otras cosas, Ed no había reflexionado sobre eso, y en cierto modo seguía siendo aquel niño distraído e impresionable que creía que el mundo se parecía a los propios sueños.

De las habitaciones abandonadas del Klausner, sólo los dos cuartos de Mona tenían cierto confort. A veces Ed se echaba en su cama y apretaba la cabeza contra la almohada. Mientras inhalaba el olor de la ropa de cama, pensaba en C. Luego dejó de pensar en C. y pensaba en G. Ed trató de recordar el sexo con G. Se avergonzaba de lo poco que aún tenía presente. Dos o tres escenas, no más. Quizá no fuera importante. Se trataba sólo del modo en que el duelo se instalaba en él. Y en último término era importante para él no mezclar nada. Su deseo era sólo uno. Varias escenas de aquellas noches le pasaron rápidamente por la cabeza. Marén, Grit, Tille, las historias de los naufragos en la oscuridad. A veces estaban aún allí cuando se despertaba de golpe por las noches y tenía que masturbarse dos o tres veces seguidas para poder dormirse otra vez. En el último momento era siempre C. Su risa, su hipo, las cejas tan altas. C., tal como le había mirado.

Los días se filtraban en el mar. La delegación de la empresa central, anunciada por Krombach, se hacía esperar. Ninguno de ellos contestaba al teléfono. Después de que una vez sonara todo el día, Kruso se metió en el antro de Krombach y arrancó el enchufe de la pared. Ed ya no creía que la directora de hostelería fuera a presentarse. Cualquiera podía barruntar que aquél no era momento para delegaciones y comisiones de control. Incluso Vöskamp llevaba varios días sin aparecer. Todo encajaba con las noticias de Viola y su comentario sobre el *cierre de todas las fronteras* antes de que la jarra de cerveza la alcanzara de pleno. Poco después Kruso vio confirmadas sus tesis en la última noticia de Viola: lo importante que sería aguantar, resistir, formar una base de apoyo para todo lo que ahora iba a ocurrir indefectiblemente. Ed pensó en sus padres, que estaban en Gera; había empezado a preocuparse. Ellos debían de creer que él seguía en Polonia, en las Vacaciones Universitarias Internacionales, separado de ellos por una de las fronteras que de pronto estaba cerrada.

Para las compras Ed usaba ahora la bicicleta, ya no necesitaba la carretilla. Sólo una mochila para el pan, la leche, algunas cosas sin importancia; todo lo demás lo tenían en el almacén. Disfrutaba el camino por el bosque y la bajada por el camino enlosado que le sacudía a uno los huesos del cuerpo y descalcificaba el cerebro (teoría de Rick). La víspera, Ed había visto a su compañero en el pueblo y cambió de camino al momento. Era como si no pudiera encontrarse con Kruso fuera del Klausner. Como si entonces tuvieran que hablar inevitablemente de algo que lo cuestionaba todo. La verdad era también que se avergonzaba de haberlo visto: tal como estaba allí, entre las carretillas de hojalata, ausente, charlando, con la cabeza baja, como un pastor en medio de su rebaño. Kruso había adelgazado, pero su rostro era perfectamente liso, casi infantil. Las canas del remolino que le caía sobre la frente parecían multiplicarse a diario.

A la vuelta de la compra, Ed fue a la cocina y vació la mochila. Del fregadero salía una voz que le sonaba familiar (la suya propia). Puso las cosas en la nevera, y al poco rato ya no sabía si había oído realmente todo aquello o sólo lo había soñado. Fue a la sala del restaurante para recoger

varias copitas de aguardiente sucias. En realidad todo estaba hecho y no había nada más que hacer, pero Ed se quedó en la barra y empezó a quitar del estante superior y a fregar a fondo las copas y vasos no utilizados desde hacía tiempo.

Nosotros dos, ambos, tarareó Ed: quería reflexionar, pensar en los próximos pasos, en su responsabilidad sobre Kruso y el restaurante, pero su cabeza estaba vacía. Primero las despedidas, luego la dotación de emergencia, luego «dos hombres, dos tapas». Miró afuera, a la terraza vacía y se enmarcó a sí mismo, dirigiendo la mirada, a la inversa, a la barra a través de la ventana. *Tú espera aquí y no te muevas*. Las palabras de Sonja, antes de nadar mar adentro y de transformarse en una luz verde.

Al cabo de un rato oyó ruido de cacharros en la cocina y algo parecido a la respiración de Mike el Cocinero, y, como en respuesta, Ed hizo tintinear un poco sus copas: Kruso-Mike el Cocinero y Ed-Ed. Juntos imitaban al Klausner, última esperanza de todos los que buscaban la libertad en aquel país, sí, ahora representaban toda la vida de antes, allí arriba en la costa, adonde ya nadie iba aquel otoño. Ed pasaba una copa tras otra por el agua, mientras Kruso ya estaba detrás e inclinaba la cabeza sobre él como si pudiera oler sus pensamientos.

«¿Estás preparado, Ed?» Ed se asustó. Estuvo a punto de dejar caer la copa.

«¿Preparado?»

«¡Para la asignación de esta noche!»

ÚLTIMA ASIGNACIÓN

A primera hora de la tarde ya era de noche. Ed miraba hacia fuera, pero no distinguía nada y encendió la luz de la terraza. Kruso levantó la mano como deslumbrado, quizá también le enviaba un saludo. A primera vista parecía que tenía la cabeza llena de cables. Con la lluvia, la larga melena había formado extraños y gruesos puntales que parecían sostener la cabeza muy erguida. La mitad superior de la cabeza brillaba como si fuera de oro bajo la luz de las farolas metálicas que custodiaban la terraza del local.

«Da la impresión de que hoy ya no va a venir nadie.»

Ed tenía conciencia de su deber, pero también de que había de tener cuidado. Su amigo parecía inaccesible. Cercano e inaccesible. Durante un mínimo momento (demasiado breve para comprender realmente las cosas), Ed se dio cuenta de que siempre tenía que haber sido así. Kruso era como él, y sólo así pudieron juntarse, de esa manera, cercanos pero cada uno en su propia esfera, prisioneros en las cápsulas de su existencia solitaria y caótica, para la que una extraña constelación del destino o un cosmódromo que todo lo dominaba había trazado órbitas paralelas.

Había tres copas sobre la mesa, ya medio llenas de agua de lluvia. Kruso estaba sentado muy derecho, un santo, pensó Ed, que ya lo veía en su lugar permanente en la eternidad. Con la mano derecha tenía asida la botella, la izquierda descansaba en el regazo, y, sobre todo ello, la lluvia, tan fina que no se la sentía caer, pero el aire estaba empapado, una lluvia fría, que a la luz de las farolas se convertía en una niebla espesa.

«Quizá será mejor entrar ahora, ¿no?»

«Sí, espérame dentro, Ed.»

«Desde la mesa del ajedrez también veremos la terraza.»

«Si aún no ha venido nadie, es que no vendrá nadie.»

«Estamos a principios de noviembre, Losch.»

«Tú no conoces el otoño. No has estado nunca aquí en otoño. Las asignaciones son distintas en el otoño. El otoño es distinto.»

«Podemos dejar la luz encendida. Ponemos el radiocasete de Mike el Cocinero en el portillo de los helados. Se oirá en toda la isla.»

Poco a poco, Ed se fue haciendo a su nuevo papel. Él tenía que ser ahora el responsable. Durante un momento tuvo la necesidad de estrechar contra su pecho la gran cabeza húmeda de Kruso y mecerla como a un niño que se ha hecho daño, mecerla hasta que se consolara, hasta que se le cerrasen los ojos, *si no se cura hoy se curará mañana*.

«Sí, Ed, sí. Sólo un momento. Ve tú por delante y yo te sigo enseguida, para estar más seguros.»

Ed comprendió que no conseguiría nada más. Se acordó de un paraguas que había dejado olvidado un cliente, pero eso parecía impensable. Un paraguas era absurdo. Al cabo de un rato salió otra vez a la lluvia y, con cuidado y sin decir palabra, le colocó a Kruso su parka sobre los hombros. Era como si completara una valiosa imagen, es más, tal vez consistiera en eso su verdadera tarea al lado de Kruso.

La capa transformó al instante a aquel hombre empapado de lluvia que estaba en la terraza en una especie de general abandonado, en un jefe del ejército sin ejército. Un héroe que empezaba a tener frío. Aunque Ed estaba muy preocupado (una preocupación que aumentaba constantemente desde el día en que Mona y Cavallo los dejaron y comenzó el éxodo), en aquel momento sintió una suerte de contento o de satisfacción. Todo lo que hacía ocurría por el bien de esta historia, como si él fuera el único encargado de que pudiera ser contada algún día.

Cuando Rebhuhn levantó la cabeza, la luz del sol del desierto empezaba a fluir en la montura de sus gafas, una opalescencia en todos los colores del arcoíris. Los beduinos arrastraron su camello hasta un primitivo y herrumbroso armazón de metal; Rebhuhn era el capitán del equipo. La misión del capitán consistía sobre todo en cortar el cuello del camello que dos o tres jugadores habían metido lo más hondo y lo más tenso posible entre los soportes del armazón. Cortarlo era un arte y pasaba por ser un privilegio. Rebhuhn lo explicaba todo: el cuchillo así, la piel así, luego el corte, con la rapidez del rayo. Se trataba en esencia de provocar en el cuerpo del camello una tensión convulsiva, una contracción, explicaba Rebhuhn, dura y lo bastante continua para formar una superficie firme y plana. Rebhuhn se inclinó bajo el armazón, los beduinos se pusieron de rodillas. Todos llevaban tacos de billar.

CUENTO DE LA VIDA

Por la mañana, Kruso había desaparecido. Llevado por un sentimiento de culpa, Ed recorrió el Dornbusch, pero regresó una y otra vez al Klausner, con la esperanza de encontrar allí a su compañero. Como iba a la carrera, al pasar, una rama retrocedió con fuerza y le dio en la cara; le acometió una furia infinita que al punto se transformó en una sensación de desvalimiento.

El lugar consagrado para dormir estaba cubierto de hojas y los contornos de la hondonada apenas se reconocían. Debajo yacían las momias en sus sacos de dormir, naufragos, olvidados buscadores de la libertad, durmientes clandestinos que dormían el sueño eterno, enterrados en el follaje... Ed sintió una náusea ante tal pensamiento, y siguió caminando a toda prisa.

La biblioteca de miel estaba casi totalmente destruida. Toda la lectura se había convertido en un hervidero, de brillo marrón, de hormigas, cochinillas y cucarachas. Sólo algunos volúmenes en

tela se mantenían derechos, como podridos y deformados. Una pared de celdillas carbonizadas. Una inmensa casita de muñecas arrasada. Durante un rato, Ed observó las idas y venidas, apresuradas y aparentemente sin orden ni concierto, de los nuevos lectores incrustados en una orgía de miel y celulosa. Se acercó más y reconoció los restos de algunos títulos de Anton Kuh y Peter Altenberg, *Fechsung*, *Nachfechsung* y *Märchen des Lebens*. Colgaba una única página, como si quisiera darle la mano. Artaud había quedado limpiamente roído.

Ed acabó tranquilizándose; no estaba completamente solo en el mundo. Cogió la bicicleta y bajó al pueblo. Dejó sin cerrar el Klausner, lo que no importaba, ahora se tenía una percepción distinta de todo. Sobre la entrada de la rectoría colgaba un cartel con las palabras «La Reforma continúa». Ed se detuvo y leyó el anuncio que había en la vitrina de la parroquia. En una «Carta abierta», los isleños exigían un «Proceso de renovación». Los firmantes de la carta protestaban contra el abandono, la acumulación de basura y la edificación incontrolada que deterioraba la isla.

Santiago abrazó a Ed, juntando las mejillas. En un rincón del Inselbar habían instalado un viejo televisor en blanco y negro. «Quieren beber, pero ahora también quieren ver las manifestaciones.» También había una nueva lavadora en el sótano, que calentaba el agua para fregar, por lo que Santiago ya no tenía que encender la caldera; parecía extraordinariamente feliz por eso. Cuando Ed preguntó por Kruso, el eseká se quedó sorprendido. Se llevó las manos a las mejillas como si hubiera ocurrido algo muy malo. Era el gesto de las niñas de doradas trenzas cuando se enteraban de que el dragón había matado a su amado o lo había transformado en un animal.

Ed recorrió los alojamientos clandestinos. El sendero que llevaba a la cabaña de verano era imposible de encontrar, había desaparecido, cubierto de espino amarillo. Algunos escondrijos parecían devastados. A la entrada de la cueva de piedra entre Vitte y Kloster había restos de comida, latas de conserva vacías y papeles de periódico. El olor a excrementos llegaba hasta el camino. La puerta del pequeño refugio de piedra que había detrás de la casa de Hauptmann (podían dormir dos personas) había sido forzada. Delante del llamado cuartel general, en el segmento de bosque más arriba del puerto, había dos bicicletas. Ed tuvo un rayo de esperanza, pero la barraca estaba vacía. Todo lo que pudo reconocer a través de la ventana sucia fue un par de desgastados sillones y, colgado de la pared, un tosco mapa de la isla, dibujado con pintura o alquitrán y con el contorno salpicado de cruces, como si se tratara de una isla de los muertos. Ed se dio cuenta de que las cruces marcaban la situación de los alojamientos clandestinos. Su número era muy superior al que Ed suponía o al que Kruso le había confiado. En el bosque reinaba una humedad desagradable, fría. Los restos de la grande e indefinible máquina, semejantes al esqueleto de un saurio, estaban entre los árboles, visibles desde lejos. La basura había desaparecido debajo del follaje; olía a invierno.

Al final, Ed recorrió una vez más la playa, en dirección sur. En algún momento ya sólo miraba a lo lejos, con el frío fragor del oleaje en los oídos. El mar era la promesa. Cualquier otro paisaje le parecía a Ed recargado, mutilado, encanecido por el dominio. Siempre había tenido la impresión de que el mar quería decirle algo, de que contenía algo sumamente importante para él, una solución para su vida. Había una plenitud del fragor, eso era aquella respiración ondeante, incesante y abarcadora de todo. No había ningún cuerpo, ningún envase lo bastante grande para ese ser hecho de aliento, ese gigante neumático; al contrario, él mismo lo contenía todo, alentaba su pensamiento o lo paralizaba, lo adormecía y bañaba sus sueños y les daba una forma que era inaprehensible.

Tú espera aquí y no te muevas.

Tú espera aquí.

Era el lugar en el que Sonja había abandonado a su hermano. Ed lo comprendió y no pudo moverse, ni un centímetro. El lugar de la despedida tomó posesión de él.

Querida Sonja.

Queridísima G.

La perdió en ese momento. El dolor, la desesperación, la autocompasión. Inmenso, indomable duelo. Edgar, Ede, Ed, a quien le había pasado todo eso: ahora podía ser él. La noticia le había llegado.

Querido Losch.

La torre de observación detrás de Vitte se divisaba en la niebla; probablemente los del servicio de fronteras ya lo estaban observando. En realidad era inimaginable salir nadando desde allí, lanzarse al agua. El lugar apenas podía haber cambiado desde entonces. Una playa como otra cualquiera, visible desde todas partes; varios espigones, dunas, la vista del promontorio del Dornbusch, al norte. «Era una estupenda nadadora, Ed», había dicho Kruso.

Ed pensó en el Día de la Isla. El lugar en el que él se hallaba ahora, casi congelado, estaba a sólo cien metros del escenario del desfile. Era el sitio del hermano pequeño que siguió con la vista a su hermana mayor –durante unos segundos– y luego continuó con sus juegos.

Tú espera aquí y no te muevas.

¿A qué iba a esperar él todo el rato? Primero a su hermana, que nadaba mar adentro, mientras él removía una y otra vez la arena caliente con su concha de plástico, todo el rato. Luego miró al agua. Sólo veía su cabeza, suponiendo que fuera ella, muy pequeña, como una boya, alguien que nadaba entre las olas. Luego se levantó y se acercó a la orilla. Se quedó así, inmóvil, apretando la concha contra el pecho. ¿Había que llamar, que gritar lo más alto posible? ¿O justamente ahora, mientras esperaba todo el rato, era mejor no hacerlo?

Ed se lo imaginó: Sonja, que nadaba mar adentro, luego el muro que formaban las patrulleras, luego una hélice de barco, quizá, o un disparo. O Sonja, que nadaba arrastrada por una moto acuática: en pleno día eso era absurdo. Más bien Sonja, que caminaba por la playa y subía hasta el Dornbusch y allí se quedaba escondida, esperando la caída de la noche, junto al bote neumático, entre los espinos. Todo el mundo sabía que el punto más adecuado de la costa para huir por el mar estaba situado en el ángulo muerto de los radares con los que los hombres de Vosskamp vigilaban el mar: un MR-10, le había explicado Kruso dibujando en la arena el radio de detección del aparato.

En algún momento, Ed logró ponerse otra vez en movimiento. Si uno se acercaba al agua, se podía oír que dentro de aquel aliento reinaba una gran agitación. Había aquel hálito hondo, pesado, atronador y agresivo; pero debajo había un sonido mucho más agudo, semejante a un jadeo, a un resuello, como si al mar le faltara aire, como si él también casi se ahogara... Eran los suspiros infantiles de los muertos. Ed no podía evitar pensar así. Veía a René en la mesa de billar, al aparato René, a esa máquina maloliente a la que faltaban partes, pies, piernas, que precisamente allí, en el fondo del mar, flotaban de un lado para otro, estaban siendo removidas, revolcadas, preparadas. Y veía a Sonja paseando sobre las olas, completamente incólume y con una esmeralda verde en la frente, la princesa anfibia. Y veía a Kruso, su hermano, desenredando bajo el agua las redes de los pescadores de Vitte y explicando la libertad a los peces que estaban en la red; de la boca le salían burbujas, y su larga melena negra parecía flotar en jalea, y nadie pudo evitar que Ed rompiera a llorar.

Tú espera aquí.

Y no te muevas.

La verja de la entrada estaba abierta. Delante de las barracas de piedra arenisca, más abajo de la base de radiación, había un torno de banco; estaba soldado a un carril de acero y llevaba una caja de acero en la boca. La pintura verde metálica de la chapa había saltado, la tapa sobresalía en el aire. A primera vista parecía como si el torno esperase a su amo, que lo alabaría y lo liberaría de su presa. En el suelo de escoria brillaban monedas, papel disperso cubría el camino: gráficos, apuntes, actas de experimentos quizá. Ed cogió uno de los legajos, empapados de lluvia; todo estaba redactado en lengua rusa. Descubrió un carnet con el emblema de las dos letras J y P, transformadas en antorcha: *Jungpioniere*, Jóvenes Pioneros. Abrió el documento y vio a Kruso de niño. Un anorak oscuro con capucha de puntos claros, un pañuelo al cuello, principios de ojeras por encima de las grandes mejillas y una mirada huidiza, casi miedosa. Al lado, el sello de la escuela de la isla y los diez mandamientos de los Jóvenes Pioneros. Era el retrato de un niño que sabía que nunca podría cumplir esos mandamientos. Ed nunca había pensado que Kruso, tras el traslado del poblado ruso n.º 7 a la isla, debió de estudiar en Hiddensee, un niño ruso en una escuela alemana. Sin madre y de pronto también sin hermana. Todo lo había perdido, y él quedaba como de sobra en un lugar que no era su casa. Se oyó un suave redoble de tambor; venía del tejado de chapa de una farola; empezó de nuevo a llover. Ed tenía miedo por Kruso. Apretó el carnet contra el pecho (el jersey de Speiche) para secarlo provisionalmente. La puerta del viejo transformador estaba abierta, pero la torre, vacía. El laberinto de mantas de lana había desaparecido y el piso inferior era perfectamente visible. Por todas partes había barriles herrumbrosos, sujetos a las paredes con cintas de acero, como cautivos medievales. Ed llamó a Kruso. No hubo respuesta. Durante un absurdo momento tuvo la idea de que su compañero podía estar encerrado en uno de los barriles: Jonás de camino hacia el mar. Examinó los barriles. El marcado estaba oxidado en su mayor parte, sólo abetos o calaveras, además, restos negros y rojos de escritura. «Cogedme y echadme al mar.»

Al cabo de un rato, Rommstedt abrió la puerta pero no pasó del umbral. Al principio no pareció reconocer a Ed, pero sonrió y a partir de ese momento no dejó de sonreír. Había muy poca luz en el pasillo, y por un instante Ed creyó oír ruidos: allí había alguien, no cabía duda. Con frases apresuradas, Ed trató de resumir lo que había que decir sobre la desaparición de su amigo, partiendo de la desaparición de los otros, *de todos los otros*, más exactamente, excepto él. Al hablar medio se volvió hacia el torno de banco como si tuviera que remitir asimismo a esa etapa de su búsqueda. Rommstedt también contempló el torno de banco, pero más bien como si estuviera avistando una masa de agua grande y borrascosa. Luego pidió a Ed que esperara un momento, y cerró la puerta. Un poco después volvió a abrirla y le invitó a entrar en la base.

Miró con interés a Ed, por lo que éste repitió su pregunta sobre Kruso. El aire del pasillo olía a rancio, a restos de comida y a sudor seco: olía a la soledad de Rommstedt. Durante un momento, Ed se planteó ligeramente la cuestión de si Rommstedt no sería también un paria, semejante al conserje de Halle, culto, con grado universitario, pero fuera de combate y desesperado por ello, más que desesperado.

Como en su última visita al Schwedenhagen, Ed se sintió receptivo con ese lugar. Estaba cansado y las rodillas se le doblaban. «¿Sabe usted por casualidad dónde está Kruso...?» El profesor le acarició el pelo. «¿Cómo se encuentra, señor Bendler? Todo ha cicatrizado estupendamente, ¿no?» Ed necesitaba sentarse. Tenía que descansar, aunque sólo fuera un momento. Con un amplio ademán que se prolongaba ilimitadamente en la profundidad de la base, Rommstedt acercó una silla: un seco y cantarín raspado del linóleo, que iba al encuentro de Ed

por los solitarios pasillos del lugar. Al mismo tiempo giró la planta del edificio, un corrimiento de todas las habitaciones dentro de la base, acompañado de un zumbido eléctrico... Claro, está construido para eso, discurrió Ed, lento y soñoliento, por lo que no le extrañó demasiado que la silla, que le llegó contra la espalda y se le metió en las corvas, estuviera en medio del laboratorio, justo delante de los grandes discos grabadores de color gris plomo. Ahora pudo oír que eran esos discos los que producían el zumbido. No es otra cosa, pensó Ed, como si con eso hubiera comprendido lo más importante. Una vez más formuló su pregunta sobre Kruso, su hermano, pero sólo mentalmente, ya que Rommstedt había empezado a hablar.

Enumeró, como títulos de honor, los nombres que había recibido hasta el momento su instituto. «Instituto de Radiología, Instituto de Fuentes de Radiación, Instituto Heinrich Hertz, Instituto Central de Física Electrónica.» Sin duda el gran incendio de 1970 había sido una cesura, unido a la pérdida de la propia torre de observación. Pero en el lenguaje corriente el lugar seguía llamándose Instituto de Radiación. «Empezando con nuestros éxitos en la lucha contra la tuberculosis ósea infantil, después con la investigación lumínica, la creación de la lámpara de ahorro de energía...» Era un discurso sobre la historia de su departamento, solemne, orgullosa, un discurso sobre los experimentos iniciados décadas atrás (bajo su dirección), «y todo eso, imagínese, sólo con material propio; al fin y al cabo, lo mismo que todas las grandes familias de investigadores, basta pensar en Becquerel, en Curie o en Röntgen». Experimentos, como subrayaba Rommstedt, que pronto podrían reanudarse, al menos así lo veía él, «porque nosotros somos el pueblo, joven, y nos quedamos aquí, en esta isla, verdad, ¡porque aquí somos el pueblo!».

Acarició a Ed otra vez, pero más bien como si examinara la curva superior de su cabeza.

«¿De modo que le ha acogido a usted? ¿Con todos los derechos y deberes?» El profesor estaba tocando las cicatrices de la hermandad de sangre. Hablaba despacio y con toda calma.

«Y ahora usted es ya casi como Aloscha, tan valeroso, tan obsesionado, y, sí, tan lleno de nostalgia, ¿verdad? ¿Cómo llamaría usted a eso último que... que los separa a los dos? ¿Que usted no posee aún?» El profesor se había puesto una mano bajo la barbilla y con un giro colocaba la cabeza en posición.

«Qué solo, qué abandonado puede uno sentirse, ¿verdad?» El zumbido cambiaba.

«Por supuesto, joven, su especial capacidad receptiva, digamos su *sensibilidad*, no se me ha escapado. Tampoco su capacidad de percepción, su fácil excitabilidad, digamos, su atalaje espiritual básico. Es la radiación lo que le relaja, ¿verdad? Lo que evoca en usted el pasado: pueblecitos dormidos, puertas que se abren suspirando...»

El zumbido aumentaba.

Ed se vio en un monte de arena, el mundo era de arena, idiomas murmurados rodaban al exterior y también querían casas, puentes y calles, idiomas murmurados...

Vio cómo salía por la mañana, de niño, al monte de arena que había delante del granero del patio de atrás y cómo se quedaba sentado allí. El día entero, sentado y construyendo casas, puentes y calles, hasta que al atardecer llegaban las personas mayores y admiraban su castillo de arena, que era enorme y disponía de todo lo que mantenía unido al mundo en lo más íntimo: una bonita canica de cristal, brillante y multicolor, y las espirales de una vía larga y sin tacha.

El crepúsculo ya había caído a medias. La aprobación de los mayores era como bálsamo, y además sus cabezas, grandes y oscuras bajo las rutas de vuelo de las golondrinas.

EL ÚLTIMO ESEKÁ

Ed no había cerrado con llave ni la puerta delantera ni la escalera de servicio, por si Kruso quería entrar. La luz de la terraza estaba encendida. También había un poco de luz en el campo de juegos. El tubo de acero del balancín se elevaba en el primer crepúsculo como un cañón antes de la batalla.

Algo se movía en la casa.

Ed permaneció un rato junto a la ventana en silencio, escuchando. El ataque llegaría por el oeste, por el mar, a través de la costa escarpada, siempre donde nadie lo esperaba. Mientras decidía vestirse y encender un fuego, Ed no comprendía apenas cómo había podido dormir aquella noche.

Primero, el tajo. Segundo, la caldera. Tercero, café.

Tomó el mando.

La leña se encendió con rapidez y ardía bien. Eran los leños finos, cuidadosamente preparados por Kruso. Ed contempló las llamas y se calentó la cara. Pensaba en su época del servicio militar, en el campamento de invierno, cuando dormía en la tienda de la tropa con la estufa de hierro en el centro. Doce catres con estructura de hierro y once soldados que dormían. Trató de verlo así. Él estaba de servicio y el resto de la tropa dormía. El mar estaba congelado. La tierra estaba helada. Con el pico habían cavado la letrina, los golpes todavía vibraban en sus brazos. Cuando te tocaba el servicio de estufa no podías dormirte. Él llevaba puesto su uniforme de invierno. Oía a los jabalíes fuera, detrás de la tienda. Fijó la vista en el reflejo de las brasas en la arena, delante de la estufa. Luego se durmió. No. Estaba de servicio, maldita sea, tenía que hacer un esfuerzo. El brillo de las brasas en la arena tenía que estar siempre allí.

Fue a la cocina a buscar pan, mantequilla, mermelada y una cebolla. Oyó un ruido.

Permaneció de pie junto al fogón y escuchó.

El mar.

Sólo otra clase de silencio.

Se puso varias cucharadas de café en la taza y vertió encima agua hirviendo. Ya de niño, tras los ruidos que hacía él mismo, oía otros ruidos, gritos suaves, voces, pequeños cantos gregorianos; debían de formar parte de las cosas que aprovechaban la oportunidad para comunicarse entre ellas. Había también sarcasmos y como una risa rápidamente reprimida. Durante algún tiempo cabía la posibilidad de cubrirlo todo con el ruido más fuerte que uno hacía, pero en algún momento había que dejarlo y la atenta escucha empezaba de nuevo.

Habría sido más fácil desayunar directamente en la cocina, pero se lo llevó todo a la sala y tomó asiento en la mesa del personal. Mi sitio, pensó Ed. Su primer desayuno en aquella mesa parecía datar de décadas atrás. Junto a su plato había un talonario de recibos. La piel de entre sus dedos estaba tan estragada que apenas sentía el lápiz en la mano. Quería escribir una lista, cosas que había que liquidar enseguida, pero no le venía nada a la memoria. Le pasaban algunas palabras por la cabeza, y como había querido escribir, empezó a escribir: llenó tres, cuatro hojas.

Masticaba despacio y contemplaba las fotos de las tripulaciones antiguas. Sus rostros traslucían inconfundiblemente la solidaridad. Los más antiguos estaban colgados muy arriba, en la penumbra, faltaban algunos años. Muchos debían de haber muerto entretanto, y entonces eran rostros de muertos los que le miraban desde arriba. La mirada de un muerto es siempre un poco reprobadora: ¿quién había dicho eso? Sin duda algún inteligente camarero, o no, un buen barman, uno como Rick.

Ed imaginó una foto con él y Losch, bronceados por el sol, con los brazos desnudos y brillantes. Reían y el pie de la foto decía: Robinson y Viernes jugando al ajedrez, 1990.

«Después de un tiempo aquí arriba ya sabes cómo se camina sobre las aguas, pequeño.» Había hablado uno de los muertos, desde la penumbra casi a la altura del techo de la sala; tripulación de 1932. El hombre llevaba puesta una camisa blanca y unas gafas negras redondas, no se distinguía mucho más de él; se parecía a Fernando Pessoa.

Otra vez el ruido. Algo recorría la casa, pero no dando pasos. Como si el Klausner hubiera despertado, un rumor en las paredes, un golpeteo lejano y sordo, en lo profundo de la piedra. «Entonces lo descubrieron», murmuró Ed, «detrás de la hostería del bosque, del llamado hotel del bosque, en lo alto del acantilado; lo que allí estaba oculto no era sino un ser prehistórico, en cuyo cuerpo estaba encerrado un friegaplatos por el resto de su vida...».

«Levántate, ve a Nínive...» El hombre parecido a Pessoa había empezado a hablar de nuevo.

Ed se levantó. Se puso en cuclillas y ladeó la cabeza, se arrodilló en las esquinas, contuvo la respiración y escuchó. En el fondo, eso estaba en todas partes. Para hacer una prueba pegó el oído al hierro colado de la caja, luego a la barra; la refrigeración del barril estaba parada. Corrió por la casa apresuradamente pero no estaba ni arriba ni abajo, se movía, no estaba en ninguna parte.

De modo que a sentarse. Concentración.

Su mirada se posó en el talonario de recibos. ¿Era él quien había escrito eso?

Sí.

No.

La cebolla.

Cogió el cuchillito puntiagudo y empezó a pelar, con la muñeca rígida. Necesito una escalerilla, pensó Ed. Quería hacer el intento de reparar a Viola, pero no lograba anotar la palabra «escalerilla».

Era una suerte de vibración, un sordo tableteo, luego era un suspiro, quizá una risita, pero muy suave y cambiando de sitio.

Ed apartó sus cosas del desayuno y pegó el oído a la mesa, con los brazos muy abiertos. Trató de mantener la calma; por su aspecto, parecía que acabaran de pegarle un tiro. Pie de la foto: «El último eseká». Lo que oía era el fragor, el fragor de siempre. Estaba siempre allí, en él y en las cosas. Y oía el suave crujido de sus cabellos. La madera estaba fría en contacto con su oído. Oía su sangre, los latidos, y eso le tranquilizó: es sólo tu viejo y fragoso corazón, pensó Ed. A lo mejor, el Klausner y yo nos hemos convertido en una misma cosa de la noche a la mañana, *por arte de birlibirloque*. Casi se habría echado a reír.

Ahora tenía que moverse un poco. Llevó los platos al fregadero y trató de recordar lo que Kruso había dicho sobre el acto de escribir. «En realidad querías hundirte del todo allí, sumergirte, pero entretanto te resulta suficiente el pequeño movimiento circular de tus manos en el agua...» Removió el agua, ya estaba agradablemente templada (buena caldera). Miró cómo caía el chorro sobre su plato y sintió no pocas ganas de poner el oído sobre el borde húmedo de la pila. Se preguntó fugazmente lo que había visto: lo que quizá había visto a su espalda, junto a los estantes.

Demasiado tarde.

AMOR

A partir de entonces, sólo detalles sueltos. La furia con que algo cayó sobre él por la espalda, directamente de la pared. El peso y la respiración en la nuca. El rodar por el suelo y la fuerza animal que trataba de embutir su cabeza en el desagüe.

Ed respiraba trabajosamente. Soltó un «No, no», luego «Ay-ayyy, ayyyy» y un lastimero «Por favor». En medio de esa súplica, su boca se hundió en la mucosidad fibrosa que había sobre la rejilla del desagüe. Escupió y tragó algo: jabón y putrefacción.

No cabía duda: la fiera de la pared era Kruso. Jadeaba y tenía ronca la voz. De la pila por encima de ellos, el agua se precipitaba sobre la cabeza de Ed y lo hacía todo ininteligible. Una y otra vez le lanzaba contra la nuca la palabra «traición», además el nombre de Rommstedt y «¡lo has contado todo, lo has contado todo!». Pero su palabra fundamental era «traición». Traición a Sonja, traición al Klausner, y «a mi madre, a mi madre...». Se paró en ese punto y empezó a hablar en ruso. Su cuerpo despedía el calor de la fiebre, su respiración olía a enfermo.

«¡Losch!» Un farfuleo burbujeante.

Sólo entonces se dio cuenta: un dolor punzante en la mano. El *cuchillito puntiagudo*. Enjuagar otra vez, terminar de fregar; ¿había pensado él eso o en la poética del fregado? Daba igual. Al caer al suelo, en aquel instante medio soñado y luego ya incomprensible, el puño se había cerrado en torno a la hoja de la navaja, él se había agarrado, de un modo insensato, al cuchillito puntiagudo.

Kruso estaba ahora arrodillado sobre su espalda, tartamudeaba, se repetía, más allá de él y de la cascada de agua. Abajo del todo, las costillas de Ed sobre la piedra; iban a romperse. La base de radiación, el inspector de higiene...: la traición estaba por doquier. Hacía ya un rato que Ed no entendía nada de lo que decía Kruso, la rejilla del desagüe se le clavaba en la cara y la deformaba en una mueca; desaparecido por el desagüe: esa frase lo arrastraba a lo profundo, desaparecido por el desagüe, por el agujero del agua sucia, al reino del batracio, arrastrado por el desagüe como pura inmundicia, como basura, salsa grasienta, y ahora le tocaba a él... Su amigo se llamaba mucosa gris, gris, mucosa fibrosa que impedía que el hierro cubierto de orín se incrustara en sus labios. Tenía también otros amigos, restos de sus reservas, por ejemplo, valerosos aliados que querían—sí, como siempre— *decirle algo al oído*. Un consejo, una idea, en el último segundo aún.

«Y suave mete la mano en la boca
de la muerta. Sonja sonrío dulce y bella...»

Un sordo gong, y Kruso parecía flotar.

Ed movió el pesado cuerpo hacia un lado; se encorvaba, le faltaba el aire; el agua caía en tromba, Ed puso la cara en el chorro y vomitó en la pila; trató de enjuagarse la boca, expulsarlo todo, se atragantó y vomitó de nuevo.

Kruso estaba tendido en el suelo, parecía que acabaran de abatirlo; tenía los brazos abiertos como si el fregadero del Klausner fuera su última estación. Tenía sangre pegada al pelo, aunque no mucha, y parecía estar ya coagulándose. El cuchillito puntiagudo había abierto su camisa a la altura de la cadera, pero sólo había arañado la piel de debajo. Estaba herido en el costado, pero no era nada serio, sólo la sorpresa, el súbito dolor: Kruso se había erguido de pronto y se había dado un golpe en la cabeza contra la pila de acero, más exactamente, contra el soporte herrumbroso de ángulos metálicos en el que descansaban las pilas...

Es el punto donde se ha golpeado la cabeza, pensó Ed, es un punto delicado.

Se desplomó en el suelo, no se tenía en pie, tuvo que esperar; el corazón le latía con fuerza. Fue

más tarde cuando Ed se preguntó cómo había podido sacar el cuchillito puntiagudo que tenía en el puño, mientras el brazo derecho caía hacia atrás sin apuntar.

El hombre que yacía en el suelo estaba empapado. Daba impresión de placidez, estaba descansando. Una fina vibración recorría el cuerpo, y Ed le tocó con cautela la frente. Estaba ardiendo. No halló ninguna sensación en la que él pudiera confiar, sólo más miedo y pánico. Y el automatismo de la preocupación, que le serviría de apoyo, por una experiencia que no había vivido. Y en ella todo era desengaño, sólo el desengaño le era familiar. Y de nuevo la preocupación, una preocupación auténtica, la preocupación de la amistad, y otra vez el desengaño, amargo y oscuro, y la rabia, y, en lo más íntimo, el desamparo. Toda esa locura que ya no era posible comprender.

Tardó una eternidad en transportar a Kruso hasta la madriguera de Krombach y tuvo que hacer uso de toda la fuerza que aún le quedaba. Con varias túnicas romanas Ed había confeccionado una especie de dispositivo para arrastrar. El cuerpo húmedo se le escurría continuamente y golpeaba el suelo. «Perdona, te lo ruego, perdona...» Ed temblaba de fatiga. Todo lo que hacía le producía náuseas y tenía la urgente necesidad de vomitar.

El aspecto del cuartito parecía indicar que Krombach había querido dejar la impresión de persona cuidadosa. Olía a Exlepäng. Ed volvió al fregadero y se enjuagó otra vez la boca. Tenía la lengua hinchada y pegada al paladar. Recogió del suelo el cuchillito puntiagudo y lo lavó. Como algo insignificante y accesorio, le pasó por la mente la idea de que estaba borrando huellas.

Kruso estaba tendido sobre la mesa escritorio de Krombach como un gran botín. Por debajo de la preocupación se abría paso, cada vez más, la ofensa, silenciosa y fría. La brutalidad del rechazo. Ed colocó el cuchillo en el pecho de Kruso y respiró hondo.

Recordaba escenas de una película, él estaba también ahora en una película. Era el personaje principal, el último mohicano. Del mismo modo que la ofensa había infligido una honda herida en la carne del mohicano, decía el narrador mientras se veía avanzar por el desierto, entre elevadas cimas rocosas, a un jinete solitario, tenía que existir, en su reverso, algo grande. Y ahora tenía que ponerse de manifiesto, ahora o nunca, de forma abierta y vulnerable, al menos en ese momento: su amor.

Ed clavó el cuchillo en la camisa de Kruso.

¿O cómo llamaría usted a esto último...?

Trozo tras otro, liberó el cuerpo de Kruso de la camisa húmeda.

El pene de Kruso estaba hinchado, pero no completamente erecto. Ed trató de empujar el cuerpo y ponerlo en el elevado colchón, pero parecía una tarea imposible. En un nuevo intento, Ed se metió entre la pared inclinada y la cama; desde allí se podía hacer palanca. El primer paso era apoyar en la cama a Kruso por la parte superior del cuerpo y tener cuidado de que no se derrumbara hacia delante o hacia un lado, cosa que resultó difícil de conseguir; en algún momento no le quedó más solución que agarrarlo por la melena y mantenerlo derecho mientras él se movía en torno a la cama para encontrar la posición de hacer palanca. Mientras lo arrastraba y tiraba de él, Kruso se despertó. Al punto puso los brazos en torno al cuello de Ed.

«Un hombre, dos tapas, Ed, a veces es así.»

Ed intentó liberar cuidadosamente la cabeza del abrazo, y lo consiguió. Dio la vuelta a la cama y elevó hasta el lecho las piernas, largas y vellosas, pesadas como troncos de árboles.

«O sólo una, una tapa es suficiente, Ed.»

Ed cogió la colcha del suelo y cubrió a Kruso hasta debajo de la barbilla. Trataba de ponerlo lo

más cómodo posible.

«¿Edgar?»

«Basta con una, Losch, como acabas de decir. Pero ahora has de descansar.»

«¿Por qué avanzan la luna y el hombre...

los dos juntos tan derechos al mar?»

Al final lo dijeron los dos. Como si ésa fuera su pregunta.

Kruso le tendió otra vez una mano. Ed dirigió la mirada al cuchillito puntiagudo que estaba sobre la mesa. Luego, la mano volvió a caer sobre la colcha, y su compañero se durmió.

«Perdona, te lo ruego, perdona.»

Durante un rato confuso e impreciso, Ed permaneció sentado ante la mesa de Krombach y dejó que las olas del shock pasaran sobre él. Lo que hizo después fue legítima defensa: preparó *un platito*. Un platito, como lo llamaba y lo preparaba su madre, cuando él era todavía un niño, solo y desventurado, un niño único en su cuarto de niño único, agobiado por excesivos deberes escolares y por la vida en general.

«Voy a hacerte un platito, Losch.»

Lavó una manzana, luego cogió el pequeño y puntiagudo cuchillo y la cortó en trozos alargados que colocó sobre un platito pequeño de manera que formaran un sol. Al mismo tiempo murmuraba incesantemente su «Perdona, te lo ruego, perdona». Quiso comer él un trozo de manzana pero no consiguió meterse nada en la boca; unas lágrimas le resbalaron por las mejillas.

Corrió al fregadero para enjuagarse de nuevo la boca. Se inclinó sobre la pila y se lavó la cara; le dolía la señal que había dejado la rejilla del desagüe. Ahora tenía que obrar con sensatez.

Su mirada se posó en el portillo abierto del montaplatos, en el charco que había en el suelo. ¡El montacargas! El montacargas que nunca se había utilizado, que desde hacía años era sólo una concavidad en la pared, un lugar para el té de Karola en la hora punta y para algunos moldes de bizcochos. ¿Cuánto tiempo había estado embutido allí Kruso, acurrucado en aquel hexaedro, y por qué arte de encantamiento había logrado subir y bajar allí metido?

Kruso dormía. Ed corrió con cuidado la silla de Krombach hasta la cabecera de la cama y puso allí el platito.

«Te he preparado un platito», murmuró Ed.

Un platito significaba apoyo y consuelo, sin ahondar demasiado en la desventura del otro.

«¿Te hago *otro* platito?»

Fue a su cuarto y sacó de la agenda la foto de Sonja. La foto despedía calor al tacto, tanto como la frente de Kruso, pero eso se debía a él, al corte de la mano, que ahora le escocía un poco. La navaja no había traspasado apenas la piel seca y estropeada de lavar platos, y tampoco había sangrado apenas, sólo había salido un poco de líquido acuoso y amarillento. Quizá quien fregaba platos acababa sin sangre en las manos, sólo con agua jabonosa, jabón líquido.

Colocó la foto en la silla de manera que Kruso la viera al despertarse. Tenía la sensación de ser un niño que acaricia a un pájaro casi muerto al que él mismo ha hecho caer del nido de una pedrada.

Sólo ahora se acordó del teléfono.

Se había comportado como si Kruso fuera propiedad suya. Como si sólo él fuera competente. Debido a alguna monstruosa deformación, el mundo sólo constaba ya de Kruso y de él, de ellos dos. De nuevo sintió náuseas.

Como no pudo descifrar enseguida el número, arrancó la hoja de la deslucida funda de plástico. La médico de la isla estaba en cuarto lugar en la lista de Krombach, un número de tres cifras. El cajetín del teléfono estaba medio roto, pero pudo sujetar la clavija. Ed apretó el oído contra el auricular. Durante un rato escuchó como aturdido el cambio entre un tono breve y uno largo, de larga duración. Como si alguien tuviese que contestar a la llamada sin que él hubiera marcado.

LOS QUE NOS HEMOS QUEDADO

La alfombra, la estantería de elementos combinados: como si hubiera entrado en la sala de estar de sus padres. Montañas de piel sintética de brillo opaco: *el tresillo*. Como grandes animales en un establo pequeño. Ed tomó aliento, respiraba con dificultad. En la casa parecía hacer aún más frío que fuera.

A primera vista lo que faltaba eran los aparatos electrónicos. Televisor, aparatos estereofónicos, bafles: los contornos oscuros de su ausencia sobre el brillante chapado de madera. Detrás, las heridas, los cables rotos, sierra de calar, suponía Ed, o taladradora. Para ser la casa de un médico, se había llevado a cabo de forma asombrosamente primitiva, muy lejos en cualquier caso del trabajo minucioso que su padre aplicaba durante horas a tales tareas.

La casa se encontraba exactamente en el lugar en el que la isla ya se había partido e inundado una vez, hacía mucho tiempo. Las habitaciones particulares estaban en la parte de atrás, la consulta daba a la calle. No había sillas en la sala de espera. Sólo en las paredes los sitios rozados donde terminaban los respaldos de las sillas, y más arriba, las manchas de reflejos grises, brillantes de grasa, en los lugares donde las cabezas de los enfermos se habían apoyado, cansadas, a lo largo de los años. Ese esperar, largo y enervante, de consuelo y muerte, antes de poder marcharse por fin a casa.

En la sala de consulta, los armarios estaban abiertos, los medicamentos y los alimentos en polvo por el suelo, derramados como nieve alrededor de un abollado platillo de hojalata de una báscula para bebés. El armario beige de metal con las fichas de los pacientes estaba medio arrancado de la pared; la historia clínica de la isla. Un reloj de pared que funcionaba con pilas estaba sobre la mesa, como olvidado, dejado allí como por descuido. Al lado varias jeringuillas vacías, un maletín médico y guantes de goma. El segundero del reloj eléctrico hacía un clic suave, pero no avanzaba.

Ed no había necesitado más de diez minutos para llegar a la consulta en bicicleta; bajó como un rayo por el Dornbusch, por el camino de las baldosas, luego por el camino de hormigón detrás de la duna, con viento en contra en el frío de noviembre. La puerta de la casa estaba abierta, el marco de la puerta hecho astillas a nivel de la cerradura.

En el tablero para las pruebas de visión alguien había pintarrajeado con bolígrafo ¡CURANDEROS! y ¡MIERDA DE PAÍS! Al lado, el riel con la regla de medir. La corredera estaba arriba del todo, como si al final hubieran medido a un gigante. Ed se veía a sí mismo en la pared: la madera sobre la cabeza, mientras apretaba con fuerza la columna vertebral y tensaba las plantas de los pies. «¡Uno setenta y cuatro!» A decir verdad, el resultado llegaba siempre muy deprisa, como si no se hubiera hecho con mucho cuidado. Medir y medir son dos cosas distintas, decía siempre su padre. Por lo general era uno setenta y cuatro, a veces sólo uno setenta y tres y una única vez uno setenta y cinco, y así figuró finalmente en su documento de identidad, en la rúbrica altura media. Cuando tomaban nota de sus datos había de dar uno mismo la altura y el

color de los ojos: nadie le miraba a uno a los ojos en la oficina de expedición de la policía y nadie medía su altura. Eso sorprendió mucho a Ed, y por primera vez concibió la sospecha de que había *posibles fallos en el sistema*.

Ed se defendía contra aquella denominación, pero le daba vueltas en la cabeza: desesperación silenciosa. Veía las palabras, eran inservibles. Todo lo que ponía nombre a un sentimiento era inservible; lo humano en general era inservible, el material era malo. Altura media y ojos castaños, éstos eran los hechos. Por otra parte, a la luz eran entre grises y verdes, como los de su madre. En la penumbra, castaños, como los de su padre; Ed se dejó caer en la silla destinada al paciente. Delante de él un armario de acero color crema y su rostro en el espejo de la vitrina; una mirada como si estuviera en su casa; meterse allí sin más, en ese armario, y echarse a dormir.

«No, no sé cómo son de graves las heridas.»

«Tiene mucha fiebre, creo.»

«Casi dos días, completamente empapado.»

«Creo que se ha dado un golpe desafortunado.»

«Sí, pero en realidad sólo un poco, no mucho.»

«Sí, pero no mucho tiempo, luego se despertó.»

«Sí, creo que sí. En cualquier caso, él sabía dónde estaba.»

«...»

«No, nada especial. Sólo que ha subido y bajado en ascensor, en nuestro viejo montacargas, tal vez durante la noche entera.»

«...»

«¿Con mucha precisión? Un círculo castaño en torno a un centro verdigrís, diría yo; soy una mezcla de padre y madre, ¿comprende?»

«¡¿Hola, señor Bendler!?»

Alguien le había llamado por su nombre. Ed se acercó a la ventana y vio que el inspector de higiene del distrito subía despacio la calle. Llevaba puesta la chaqueta de los múltiples y prácticos bolsillos. La ventana de la sala de consulta estaba justo al lado de la puerta que había sido forzada y que ahora se reflejaba en los cristales de sus gafas fotosensibles. Rebhuhn carraspeó suavemente. Un sonido vital que no iba dirigido a nadie, y de pronto Ed tuvo la sensación de estar muy próximo, algo que quería absorberle la fuerza de los huesos.

«Lo más valioso ya ha desaparecido, señor Bendler», exclamó el inspector a media voz por la ranura de la puerta; tenía que haber observado la llegada de Ed. Quizá nos estén viendo siempre, constantemente, pensó Ed, y todas las excusas son superfluas, y lo mismo todos los informes.

«Busco a la médico, a la doctora...»

«Justo lo que yo pensaba, señor Bendler. ¿O creía usted que yo le tomaba *a usted* por uno de esos saqueadores? Por desgracia no podemos impedirlo. Ya son demasiados, casi siempre los vecinos más cercanos. Son más rápidos que nosotros, eso es todo. Cuando nuestros ciudadanos ven por la calle a sus conciudadanos con maletas y bolsas, ya tienen en la mano la palanca. Pero lo cierto es que los bienes de los prófugos pertenecen al Estado al que ellos vuelven la espalda, decreto número 2, ¿entiende usted, señor Bendler? Por tanto, quiero pedirle que salga de ahí, tengo que sellar la puerta.»

Era curioso que el inspector no entrara en la casa. Y extraño que le pidiera algo, que formulara una petición, no una amenaza ni un ultimátum. Durante un momento, Ed creyó que René estaba situado detrás de Rebhuhn, sin pies, sobre sus muñones corrompidos, tambaleándose despacio.

«¿Me ha comprendido, señor Bendler?»

Ed guardó silencio, estaba desconcertado. Había dejado una nota a Kruso, junto al platito, bajo la foto, en la silla, junto a la cama... Sintió que se mareaba. Retrocedió un paso en la sala de consulta. Era como el niño que, escondido donde nadie lo encuentra, nota que se va alejando cada vez más del mundo.

«Por cierto, me alegra saber que el Klausner sigue funcionando», continuó Rebhuhn. Hablaba ahora por la puerta entreabierta, metía la cabeza a medias en el pasillo. «Hay personas en este país que cumplen con su trabajo, con su lugar en la sociedad; no lo echan todo por la borda, a eso lo llamo yo tener sentido de la responsabilidad, señor Bendler.» Había gritado esa frase como en un túnel, claramente inseguro de que parte llegaría a su destinatario.

Ed seguía callado.

«Esa médico, en cambio, la médico de la isla, como la llaman, se ha quitado de en medio: ¿esto por lo que se refiere al juramento hipocrático! Pero en fin, las heridas de usted están cicatrizadas, muy bien cicatrizadas, ¿no es verdad, señor Bendler?»

Ed recordó una noticia de Viola de los días antes de quedarse muda. Un buen médico no abandona a sus pacientes, eso era una imperdonable falta de elemental humanidad, etcétera: además la voz del ministro de Sanidad y luego el comentario de Viola, que él había olvidado, asimismo el título de la emisión, quizá fuera el *Diario antes de medianoche* o *Día a día* o *Europa hoy*.

«Desde hace unos días la frontera con nuestros amigos checoslovacos está abierta de nuevo, una gran prueba de confianza. Pero eso ya lo sabe usted, claro. Ahora se pueden marchar todos, a partir de ahora, *todos*: ¿no es increíble? ¿Me oye usted, señor Bendler?»

Poco a poco, Ed empezaba a comprender la situación del inspector. ¿Pero qué le impedía entrar en la consulta?

«Por eso me alegra», gritaba Rebhuhn, «me alegra ver que sigue usted aquí. Usted y Krusowitsch, nuestro amigo. Usted cultiva la poesía, lo sabemos, y quizá tenga que ver con eso, ¿quién sabe? No se puede excluir, ¿verdad? No pocos han creado sus obras aquí, en la isla, grandes nombres, sabe Dios, sólo menciono a Lummitsch, Cibulka, Pludra y, naturalmente, a Gerhart Hauptmann y a Joachim Ringelnatz, genios de épocas pasadas, representantes del humanismo burgués. ¿Ha pensado alguna vez en publicar algo, señor Bendler? Candidato a la Asociación de Escritores: ¿qué opinaría de eso? Ahora tenemos que mantenernos unidos quienes trabajamos ante las máquinas de escribir, los maquinistas de la escritura.»

Rebhuhn se metió cautelosamente por la puerta y, dejando atrás la sala de consulta, se dirigió al cuarto de estar, que, al menos para Ed o para una buena parte de su confuso estado de conciencia, seguía siendo su casa, la sala de estar de sus padres: ese oscuro brillo del chapado, la alfombra entre amarilla y marrón, el paso diario de la aspiradora en torno a la estufa, la pequeña galaxia de quemaduras, cubiertas por una bandeja de estufa añadida después: de golpe todo parecía carente de valor.

«¿En cambio su otro colega, aquel vendedor de helados, fue tonto, muy tonto! Primero esa estúpida pelea, y luego, simplemente, no pudo esperar, y su huida...»

«¿Qué huida?», estalló Ed. Casi había gritado, de todos modos había guardado silencio demasiado tiempo. Su pregunta fue a dar, a través del pasillo, contra la espalda del inspector, quien hizo un brusco movimiento, como si estuviera herido y levantó las manos. Quizá fuera ese gesto y lo exagerado, lo histérico que había en él; de pronto Ed sintió odio, un odio que parecía acumulado para ese instante.

«¿Qué huida?», repitió Ed, moviéndose lentamente en dirección al inspector.

«Oh, perdone, son los nervios, sólo los nervios.»

El inspector también avanzó un paso hacia él.

«Porque lo que le quería...» Trató de asir a Ed por el codo, «... estoy autorizado para comunicarle que se ha encontrado un bote neumático, abajo, en la zona de Gellen. La habitual violación de frontera, diría yo, el bote era también muy malo... En la proa había pegado un envase de leche con cosas personales, algo de dinero, diplomas, ningún documento de identidad, pero la foto..., su compañera, tengo entendido...» Hizo una pausa. «Todo ha sido confiscado, señor Bendler, y la sospecha que algún tiempo recayó sobre usted...»

«Oiga usted, Rebhuhn. Mi... colega, Alexander Krusowitsch, está enfermo. Necesita ayuda urgente, ayuda inmediata, un médico, un... Está herido.»

La palabra «herido»: era como si hubiera escupido algo de la mezcla de jabón y descomposición que guarnecía su cavidad bucal como una piel y le impedía hablar libremente. Tenía la sensación de proferir sólo sonidos animales.

Rebhuhn se apartó como desengañado. Con una semipirueta se hundió en una de las butacas de piel sintética y suspiró de modo perceptible. Una ráfaga de viento soplabla contra las esquinas de la casa, la borrasca pasaba sin trabas por la estrecha isla, como si hubiera que limpiarla una vez más antes de su hundimiento. Detrás del tresillo se ahuecaban las cortinas, pesadas como cortinajes de teatro; Ed sintió viento en la cara y descubrió que una de las ventanas estaba rota.

«¡Oh, ah! Nuestro amigo está enfermo.» El inspector colocó las puntas de los dedos unas contra otras y formó un pequeño tejado de dos aguas.

«Su amigo, no», resonó pesadamente en la boca de fieltro de Ed. Su mano izquierda tocó espontáneamente el garabato de cicatrices en el brazo derecho, por un instante sintió el contorno candente de su cuerpo.

«No viene al caso, señor Bendler, que lo haya sido una vez o que lo siga siendo o que sea o vuelva a ser algún día nuestro amigo, como yo creo: los que nos hemos quedado aquí tenemos que ayudarnos mutuamente, ¿comprende? Los que aún siguen aquí, *compris?*»

El inspector de higiene del distrito cruzó las piernas como si quisiera anclar para siempre su permanencia allí. Una ráfaga de viento, la ventana rota, un gran trozo de cristal que se hizo añicos contra el suelo. Sin solución de continuidad, Ed se precipitó contra Rebhuhn y le lanzó a la cara su fétido aliento:

«¡Mi amigo, mi amigo, mi hermano!»

El inspector dobló un codo sobre la frente, el otro brazo lo agitaba, sin una meta concreta, contra Ed, que hundía con fuerza la cabeza del otro en la piel sintética. Las gafas fotosensibles se escurrieron. Un gran insecto que pierde los ojos, pensó Ed; una ligera presión y caerán al suelo. Durante un momento vio el chato perfil del inspector; sólo insinuaciones de boca y nariz, un rostro como una gigantesca y desgastada yema de dedo, amarilla y gris, semejante a la tierra arenosa en la que Kruso y él habían enterrado las botellas el día del deseo, con la luna por el oeste...

«¡Mi amigo!», vociferó Ed una vez más, porque se sentía a gusto dando voces. Se le había rasgado el fieltro de la boca, y por fin podía oírse y oír que era cierto lo que gritaba, mientras el inspector se hacía un ovillo con los brazos y las piernas encogidos, reducido al tamaño de su ridículo apellido.

La tormenta había amainado y caía una fina lluvia. Delante de él, el inspector. En fila india, bajaron los cien metros de distancia hasta la central de policía. No había nadie en la calle, el

lugar parecía desierto. Incluso el modo de andar del inspector tenía algo como de desamparo: pasos menudos, entrecortados, como si sus pies hubieran estado encadenados durante años.

En la oficina, Rebhuhn recobró poco a poco la presencia de ánimo. Sobre su escritorio aterrizaron varios clasificadores, por los que pasó la mano varias veces; había que calibrar o que recontar algo en el aire. «Ayudaremos a su amigo. Ayudamos siempre que podemos, por supuesto...» El balbuceo semejaba un conjuro que le permitía reprimir su miedo, y Ed comprendió que aquella figura temblorosa sentada ante el escritorio hablaba en serio, que esta vez Rebhuhn no estaba fingiendo.

«He de pedirle que no se extrañe ahora, señor Bendler», empezó Rebhuhn, «ayudaremos a su amigo, *podemos* ayudar.»

Aún de pie, marcó el número. Ed clavó la vista en el dedo doblado que varias veces no acertaba con el disco de marcar. «Por favor, no se extrañe, es el camino más corto...» En aquel momento se estableció la conexión. El inspector se puso firme, al momento la voz era segura y recia, después siguió hablando en ruso. Hablaba en secuencias cortas, monótonas, como si informara de algo que tal vez ya se esperaba. Una única pregunta, que recibió asimismo una respuesta breve y aislada. Cada una de sus palabras testimoniaban respeto y la disposición a subordinarse incondicionalmente.

Ed sólo entendió dos o tres giros; tantos años de clase y su vocabulario no había aumentado apenas. Rebhuhn dictaba grados de latitud y longitud, como quizá era habitual entre militares cuando indicaban la situación de un lugar, luego la dirección postal del Klausner. Ed la oía por primera vez. Incluso la dirección la había pronunciado Rebhuhn con acento ruso. Al final se vio obligado a repetir nombre y apellido y grado de servicio; deletreó despacio y con claridad, pero sonaba inexpresivo, carente de valor, como el último intento de ser alguien.

LA MISIÓN DEL ESTE

Kruso dormía. Era una especie de sueño de cuento. Ed tocó la gran mejilla sin afeitarse, la acarició con el dedo doblado, como un padre que se inclina otra vez por la noche sobre la cama de su hijo. Puso el dorso de la mano sobre la frente, luego los labios, porque la sensación del dorso de la mano podía engañar. Desde aquella mañana habían pasado cien años.

Ed permaneció un rato muy encima del rostro de Kruso, y por alguna razón cerró los ojos. Veía a Rimbaud en la caja y a Karola en la barra; incluso su predecesor, Speiche, estaba otra vez sentado con ellos a la mesa y preguntaba sucesivamente por su bolsa, sus gafas, su cepillo de dientes. La irrealidad había alcanzado tales proporciones que era posible llevar puesto el jersey de Speiche y cogerlo al mismo tiempo del armario y entregarlo, tan solemnemente como si se tratara de su informe final, de la confesión de una culpa, apenas commensurable aún, que él había contraído en su calidad de sucesor. «Perdóname, te lo ruego, querido Speiche, yo...»

No consiguió hacerse café y vertió agua hirviendo sobre licor de café. Descorrió la cortina y miró hacia fuera, a la terraza, como si en cualquier momento pudiera llegar allí la ayuda, un helicóptero tal vez. O un nuevo MiG ruso, un avión de despegue vertical que no necesitaba pista de aterrizaje, sólo coordenadas de latitud y de longitud. Trató de beber y se quemó los labios.

Subió al piso de arriba y empezó a preparar una bolsa para la clínica. Hacía frío en el cuarto de Losch, había olvidado encender la caldera. Los utensilios de afeitarse estaban limpiamente

alineados. Cogió alguna ropa del armario, allí también reinaba el orden. Pequeños montones, apilados en negras pirámides de algodón, y en lo alto varios calcetines. Listo para ser utilizado. No había pijama ni albornoz: los necesitaría. (La jefa de enfermeras protestaría al momento: «¿No hay pijama? Entonces, esto.» Una camisa corta, abierta por detrás, con la espalda y las nalgas al descubierto.) Ed metió la mayor parte de sus ingresos en un sobre y lo puso en el fondo de la bolsa. Al poco tiempo, lo sacó otra vez y anotó en él su dirección de tierra firme: Wolfstrasse 18, 4020 Halle del Saale. No sabía por qué, pero lo hizo. «Mi carpeta está en lugar seguro, Ed, ¿no?» Sólo ahora recordó los poemas. En los últimos días, Kruso había hablado de ellos; se los había confiado. «Y lo dejamos así, Ed, hasta que aquí haya vuelto la calma. Entonces prepararé el volumen.» Cuarenta minutos para ir y volver a la cueva del zorro; pero qué ocurriría si justo en ese momento llegara la ayuda, y también si Losch se despertara y lo necesitara. No había sitio en su cabeza para reflexionar más tiempo sobre ello.

Llevó la bolsa al despacho y la puso a los pies de la cama. Cuando le resultó insoportable la impresión de que algo quedaba así definitivamente sellado y cobraba una importancia excesiva, Ed la quitó de allí y la puso sobre la silla de Kruso en la mesa del personal. Su desvalimiento era palpable.

Como Kruso tenía frío, Ed encendió el radiador portátil y lo metió debajo de la cama. «Una cosa tras otra», susurró Ed, y buscó en el cobertizo una estrujada pelota hinchable de Nivea, que limpió y llenó de agua caliente. Trató de no observarse al hacerlo; trató de verlo por el lado *práctico*. Por un momento, Ed se daba cuenta de lo fantasmagórico que era todo. Veía la tripulación de un barco fantasma, varado en la costa de una isla fantasma; naufragos, isleños y esekás: todo era fantasmagórico.

Cuando quiso meterle a Kruso bajo las piernas la pelota semillena, vio que su amigo, enfebrecido, apretaba algo contra el vientre, debajo de la manta. Era la foto, era Sonja.

«Vale, vale», murmuró Ed, «le has echado mano, ¿no?»

Tuvo una idea.

El Exlepäng de Krombach. Cogió del armario una botella nueva, y el folleto informativo le cayó en la mano.

Nunca es demasiado tarde, pero tampoco nunca demasiado pronto... Cuidado y alimentación, como todo suelo que ha de producir frutos... refresca y rejuvenece... El nombre de Exlepäng es garantía de calidad y eficiencia durante mucho más de medio siglo. Ed hizo cuentas: 2039. Mucho más: ¿2050? Eso ponía allí, pero no era eso lo que querían decir, no, seguro que no.

Le sacó a Kruso la foto de los dedos, con lo que la arrugó aún más. Se echó en la mano un poco del elixir y frotó con él el pecho velloso de su compañero. «Sólo un momento, Losch, sólo un momento, ella volverá enseguida contigo, te cuidará, va a volver, eso lo sabemos. Está ahí, en la silla, ahí está esperándote.» Ed notó el calor debajo de la mano. Kruso respiraba más deprisa, había calor en la piel, surgió una tos, como una avalancha de guijarros...

Asustado, Ed se separó de Kruso. Todo podía ser equivocado. Todo podía producir el efecto contrario. Cogió la foto de la silla y volvió a ponerla sobre el vientre de Kruso.

Sólo entonces se dio cuenta: el vacío encima del armario. Los corazones grises de Krombach ya no estaban. Ya no latían.

Kruso estaba ahora despierto, pero abría pocas veces los ojos. Ed preparó una papilla con pan blanco, leche y un poco de zumo de espino amarillo. El espino amarillo era bueno para todo, afirmaban los isleños. Añadió azúcar y dos analgésicos que había encontrado, junto a un frasco de

tintura de yodo y varias compresas grisáceas, en el botiquín de urgencias de Krombach. Obedeciendo a una inspiración, Ed añadió también a la papilla varias hojitas de las hierbas secas de Kruso, que su compañero había calificado solemnemente de «última cosecha de la temporada».

Como cuando se da de comer a un bebé, Ed tocó primero con la cuchara el labio superior, y, en efecto, como si ese reflejo durara toda la vida, Kruso abrió la boca, pero poco. Ed quitó algo de papilla y, con el dorso de la cuchara, trató de meter la comida más al fondo de la boca, lo que consiguió al final. Kruso tragó, abrió los ojos y enseguida empezó a hablar.

«La misión del este, Ed, me refiero a todo el este, desde las yurtas de Kazajistán, desde la carpa de circo de mi madre, en Karaganda, sabes, desde allí hasta aquí, hasta esta isla, esta Arca...», se atragantó y escupió, parecía que la papilla le sentaba bien, «... será mostrarle al oeste un camino. Un camino hacia la libertad, ¿comprendes, Ed? Ésa será *nuestra* misión, y la misión de todo el este. A ellos, que han llegado tan lejos con sus autovías, su maquinaria electrónica, y sus parlamentos, mostrarles el camino de la libertad, ese lado perdido de su... de su existencia.» Se atragantó de nuevo, luego un ataque de tos, como si un gigante invisible le hubiera agarrado por los hombros, para agitarlo a fondo durante un buen rato.

«Ssst, chiss», hizo Ed, pero enmudeció al punto cuando notó la mirada penetrante de Kruso.

«Es nuestra misión, Ed. Proteger las raíces contra las escorias que vienen ahora, en avalanchas de olor inconcebiblemente agradable; escorias inconcebiblemente atractivas, suaves, de hermosa apariencia, ¿entiendes, Ed?»

En su perplejidad, Ed trataba de seguir dándole de comer, pero Kruso ya no tragaba. Sólo apretó un poco los labios uno contra otro y expulsó así una parte de la papilla.

«La libertad nos atrae. Ella reconoce a sus ayudantes. Y a ti también te ha reconocido. ¡Te ha reconocido, Ed!»

Ed frotó la barba de dos días lo mejor que pudo y le quitó el lodo amarillento y le limpió el pecho. Esta vez, el lavado ya a mediodía, le pasó a Ed por la cabeza, absurdamente. Empezó a dar ánimos a su amigo.

«También tenemos que comer, Losch. Es decir, para tener más fuerza contra las escorias, es decir, quién si no iba a saber cómo...»

Como Ed a la larga no tenía mucho que decir en ese sentido (aunque como tantas otras veces sentía el hondo deseo de opinar como su compañero, de estar de acuerdo con él pese a la distancia que seguía habiendo entre ellos), empezó a recitarle a Trakl. Pero había olvidado algunas estrofas e incluso textos completos. No importaba. Murmuró versos y rimas de otras regiones, el compendio, ya desgastado, de sus reservas memorísticas, murmuraba todo ello entre dientes como si nunca hubiera sido otra cosa que una única y agradable melodía, puesta en un solo y desesperado tono: el tono propio. También los versos de Kruso formaban parte de ello, y luego también pasajes de los que hasta entonces él ni siquiera sabía que existían. Una especie de poema propio; como si él hubiera empezado a escribir.

Su cuchara tocó la boca de Kruso, y Sésamo se abrió.

«Bien, Losch, muy bien», murmuró Ed, «lo conseguiremos.»

De camino al fregadero, Ed se sintió fortalecido y casi satisfecho. Limpió la taza de lo que quedaba de la papilla y la llenó de agua; metió en la taza la mano no herida y sintió el chorro de agua. Hermanito, qué haces, ¿estás dormido o despierto? Se dio dos o tres veces la vuelta en dirección a la puerta abierta del montacargas en el que aún había un charco. Cuando regresó al cuartito, Kruso parecía haber vuelto completamente en sí. La cabeza reposaba torcida en la

almohada, el ojo izquierdo empezó a temblar. Cuando abrió otra vez los ojos, el párpado quedó inmóvil durante dos segundos, a medio camino.

«¿Estás herido, Ed?» Asió la mano dañada de Ed.

La fiebre le brillaba como una máscara sobre el rostro. No había el menor rastro del odio con el que unas horas antes había querido meter la cabeza de Ed en el desagüe.

«Esto es tuyo, Ed.» Le tendió la foto; estaba arrugada y con manchas de sudor y de Exlepäng.

«No, Losch, te lo pido por favor, tú has de tenerla *contigo*, es decir...»

«Quédate otra vez con ella. Cuidará de ti. Digamos que hasta la próxima asignación.»

La foto ya no era más que un fragmento. Un valioso fragmento mientras pudiera reconocerse en él la suave sonrisa. Nuestra propia pequeña muerta, pensó Ed.

«Dejémosla simplemente aquí, junto a la cama, o sea, para nosotros dos.»

La expresión del rostro de Kruso cambió. Ed alargó rápidamente la mano, pero Kruso ya no soltó la foto; la retuvo con fuerza y le miró a los ojos.

«Está en alguna parte, allá por el mar, Ed. Puedes utilizar mis prismáticos. Te orientas por las luces. Piensa en la luz verde. Y si alguna vez yo no estuviera aquí por algún tiempo, entonces... te ocupas tú. Prométemelo. ¡Prométemelo, ahora!»

Como si en ese momento se interrumpiera el circuito eléctrico, Kruso cerró los ojos y enmudeció.

«Lo prometo», murmuró Ed.

Puso la foto de nuevo sobre la silla. Las manchas de cera, el sudor, el rostro partido. Le dolía.

Algún ser humano, algún tipo de ayuda. Ed echó una mirada al reloj. Empezó a maldecirse en voz baja. ¿Qué posibilidades había? ¿Médicos entre los turistas? Desde principios de noviembre la isla parecía estar desierta. Sí, sin duda había algún médico retirado, cortando rebanadas de pan de centeno y escuchando satisfecho el fragor del mar. La ridícula policlínica de Vosskamp no serviría más que el botiquín de urgencia de Krombach, y el hospital de Bergen estaba demasiado lejos.

Sacó del escritorio de Krombach el listín de teléfonos.

Ed no tenía costumbre de hablar por teléfono. En su casa no tuvieron nunca teléfono. Hablar a un aparato, sin una persona enfrente, no le parecía natural; tenía algo artificial, casi morboso. Ed se acordó de su primera conversación telefónica, de niño, en el supermercado del pueblo. La mujer del supermercado le puso el auricular pegado al oído, por encima del mostrador de los botes de caramelos. La voz de su madre fue como una sacudida eléctrica, la sentía en el oído pero no estaba allí. No logró decir una sola palabra, aunque en la tienda todos le animaban a hablar; ni una sola palabra.

La sucia portada amarilla del listín (edición de 1986) estaba cubierta de líneas punteadas, el intento de una representación geométrica de conversaciones telefónicas, como era fácil reconocer. Una figura imaginaria, en cuyo punto de empalme había pequeños teléfonos, como arañas en la red. Un animal grande, que exteriormente parecía un disco de marcar, ya se había enredado allí. Todo quedaba superado por el monolito, volcado hacia atrás, de un auricular negro como la pez, que como un raro ídolo o dios tenía medio abrazada la red telefónica y estaba a punto de precipitarse en el vacío y arrastrarlo todo consigo.

En la primera página había una lista de «señales de aviso». Alarma atómica, alarma aérea, alarma química y cese de alarma. Luego una página con reglas a las que Ed echó una ojeada rápida, luego los «Consejos para el usuario». «Por el interés general y para facilitar la accesibilidad: ¡SEA BREVE!» estaba impreso en negrita. Ed marcó el número del servicio de

emergencias médicas. Sonó una voz que se presentó como «Información». Era curioso pero tal vez pasaban todos los servicios a través de la información. Había ruido de fondo y empezó a funcionar como un mecanismo, un contador. Pero era algo distinto lo que irritaba a Ed. Apretó el auricular gris contra el oído, sudaba.

«Me llamo Edgar Bendler, y trabajo en el restaurante para empresas Zum Klausner, humm.. en Hiddensee, distrito de Rostock, departamento de Rügen.» Habló muy alto y deletreó la dirección.

«¿Sí, diga?», respondió el hombre, y en ese momento Ed lo supo.

«¿Rebhuhn?»

«Perdone, no le entiendo. Por favor, diga lo que le ocurre.»

«¡Rebhuhn, canalla!»

«Diga, ¿quién es?»

Un clic y sonó la señal de ocupado que atronaba el oído de Ed. El brazo de Kruso atravesó sin fuerzas el aire y se desplomó. «Los traidores están ahora en todas partes, incluso al teléfono. Lo oyen todo, esos hombres siniestros. El mar también es un maldito traidor, Ed, ¿lo sabías? ¡Ola, ola, muchas horas!»

Aparentemente sin orden ni concierto, Kruso enumeraba lugares que llamaba «lugares de las raíces»: Plauen, Gotha, Pécs, Brno, Cracovia, Kursk, Pavlodar, Karaganda...

Fuera oscurecía.

Ed encendió la luz y arrancó de la caja el enchufe del radiador portátil. Fue a buscar un vaso de agua y se lo dio a beber a Kruso.

«El agua es la más traicionera, Ed. Me refiero al agua profunda, ¿lo sabías?»

Volvió a toser. Su estado empeoraba. Tenía unas manchas extrañas en la piel y ojeras que se prolongaban hasta la zona de las mejillas, con sus cercos oscuros.

«Qué lástima, qué lástima, cebollas viejas», murmuraba Kruso.

El camino hasta la barra parecía de pronto lejano, y el ruido sordo de sus pasos sobre el entarimado ya no le bastaba a Ed para infundirle la menor confianza. Las habitaciones se desprendían lentamente, la temporada había acabado.

«Ed. ¿Ed? El Dornbusch está ardiendo.»

Ed siguió sentado un rato ante el escritorio, luego se metió en la cama con Kruso. Su compañero se había dado la vuelta y apretaba la frente contra la pared. Gemía y suspiraba hasta que se quedó dormido de puro agotamiento. Hacia medianoche un nuevo ataque de escalofríos. Temblando, Kruso tartamudeaba cosas casi ininteligibles sobre su madre, la equilibrista, y los tres osos en su papel de chocolate Mischka. Aparecía el poblado ruso n.º 7 y alguien a quien Kruso llamaba «maestro de fuentes», el maestro de fuentes del palacio de Sanssouci.

«El germen de la verdadera libertad, Ed, florece en la no libertad.»

Hablaba con voz cada vez más baja. Al final, todo era imperceptible, una respiración entrecortada.

Ed intentó firmemente infundir algo de calor a su compañero, pero los escalofríos eran demasiado intensos. A veces Kruso parecía querer rechazarlo, quitárselo de encima. Entonces Ed lo sujetaba con más fuerza y susurraba el poema. «La noche vuelve al viejo jardín; vida de Sonja, silencio azul. Vuelos migratorios de aves silvestres...»

En cierto momento se tranquilizó. Sólo el sordo tamborileo de su frente contra la pared, como si no pudiera dejar de telegrafiar su SOS a los cimientos del Klausner.

Ed decidió que por la mañana llevaría a Losch al puerto en la carretilla para coger el primer barco. Desde allí, irían a Stralsund, luego al hospital. Quizá hasta sería posible arrastrar la

carretilla al despacho, colocarla directamente al lado de la cama. Lo conseguiré, pensó Ed. Puso los labios sobre la espalda bañada en sudor de Kruso. Luego el oído. Luego otra vez los labios. Durante un segundo, el olor a galletas de Navidad. Algo con canela. A Ed le temblaban los hombros, luego le vino de golpe. Sin exhalar un sonido, dejó correr libremente las lágrimas.

RECOGIDA

La mesa del personal estaba rodeada de maletas y bolsas de viaje, que discutían a gritos, sobre todo lo divino y humano y sobre los nuevos puntos de destino. Todos estaban muy excitados, porque nadie sabía realmente lo que le esperaba allá lejos, en Møn, en Hawái, en Shanghái. Incluso la desgastada bolsa de piel sintética de Ed tomó la palabra. Hasta que la Muerte entró en la sala y todos enmudecieron.

«No es la Muerte», susurró la maleta de tapa rígida de Krombach, «es sólo... el barquero.»

Sólo el barquero, soñó Ed.

Se acercaba a él una estrella, una estrella que venía de lo oscuro.

Hasta que Ed comprendió lo que ocurría, todo se desarrolló al ritmo de una respiración acelerada. La gran silueta junto a la cama. Un abrigo que se abría. Un broche de cinturón con la estrella soviética. Un golpe contra el cristal de la mesa y el cristal se transformó: un Grial de leve sonido, lleno de música de despedida.

«Hemos esperado toda la noche; estoy contento de que usted... hemos esperado y...»

A la luz de la lámpara del escritorio Ed sólo pudo reconocer al principio con precisión la mitad inferior de la figura alta. Un coloso de cabeza gris, un abrigo que llegaba hasta la rodilla y que, a la manera de los altos mandos, llevaba echado sobre los hombros. Medio cegado, Ed fijó la vista en las charreteras anchas y sin perfil. Las mangas vacías y la cinta roja y brillante en el borde del abrigo, no cabía duda: un general. Seguía tendido, como paralizado, bajo la manta. Durante el sueño, Kruso se había dado la vuelta y su brazo derecho rodeaba los hombros de Ed: como si quisiera retenerlo o protegerlo.

Otro soldado con uniforme de marinero entró en el cuarto y, sin vacilar, levantó la manta. El abrazo de Kruso fue más fuerte pero no sirvió de nada. Sin más contemplaciones, el marinero sacó a Ed de la cama. Luego empezó a examinar a Kruso, que respiraba con dificultad pero ya no parecía tener frío.

Como si Ed perteneciera ahora a la tropa, se puso firme junto a la cama y trató de dar parte por segunda vez: «Hemos esperado toda la noche, el teléfono no tenía línea...» En ese momento sufrió un ataque de vergüenza. Su compañero, desnudo, y él, semidesnudo, un pobre hombre con las manos en la costura de los pantalones, si hubiera llevado pantalones.

El general también parecía perplejo. Agarró el frasco que había sobre la mesa y leyó la etiqueta.

«¿Ex-le-päng?»

Su voz: un retumbo profundo.

«Sesenta por ciento de alcohol», balbució Ed, aliviado por aquella oportunidad.

«He dado friegas con eso a Losch..., es decir, a Alexander, estaba tiritando, está... herido.»

Ed señaló a Kruso y tocó el sitio de su propia nuca. El general, distraído, hundió el frasco

semilleno en el bolsillo de su abrigo. Inclinandose a medias, Ed señaló el ejército de frascos de reserva que había en el armario, pero el gran hombre no reparó en su oferta, o no quiso verla.

Toda su actuación daba una impresión de solemnidad, no era la de un destacamento de urgencia. Para ordenar bastaban los ojos. Una pequeña correa marrón le cruzaba el pecho, del hombro derecho a la cadera izquierda, donde Ed suponía que estaba el arma.

Kruso lanzó un quejido, y el soldado dio una señal. Había abierto un acceso a la vena y conectado un gotero, que ahora meneaba de un lado a otro por encima del lecho, como si eso fuera parte del tratamiento. Asustado, Ed retrocedió, pero el general, que había dado un paso rápido en dirección a él, se limitó a coger la foto de la silla. El fragmento de foto.

El rostro del general. Ed reconoció las grandes y vulnerables mejillas de Kruso, su interminable superficie, gris y seca, estepa kazaja, en ella un camello, sobre éste Sonja y Kruso, los hermanos, de camino al lago de Aral. Pero nunca llegaron allí, porque con cada paso que daban retrocedía un poco la orilla del lago.

¿Qué ocurrió entonces?, preguntó Ed.

La pregunta era demasiado grande para el despachito de Krombach. Aunque sólo fue planteada mentalmente, inundó al momento el cuarto, por lo que el general se alejó al instante. Había dejado allí la foto. El sanitario, que había logrado sujetar la infusión a un tirador del buró, le siguió.

En la sala del restaurante había aún más soldados. Marineros soviéticos. Estaban sentados cansinamente en torno a diferentes mesas, como si llevaran tiempo esperando lo que habían pedido. Cuando apareció el general, se levantaron de un salto despidiendo una nube de olor agrio. Al recibir la orden empezaron a cortar las patas de la mesa del personal. El sanitario recolectaba manteles. Al hacerlo tenía cuidado de que no cayera al suelo ningún cenicero. Asestaban los golpes a la mesa apuntando bien, casi cuidadosamente, por lo que Ed entendió que no se trataba de una represalia ni del comienzo de una campaña vindicativa.

8 de noviembre, salida del sol 7.09 horas, puesta de sol 16.18 horas. Así se podría leer en la agenda Hermès, pero Ed ya no utilizaba desde hacía tiempo su diario provisional, y aquel día tampoco salió realmente el sol. Como últimos clientes olvidados de un otoño interminable, el capitán de fragata y dos de sus soldados estaban sentados en la terraza. Cuando apareció el general, Vosskamp se levantó de un salto y se cuadró. Uno de los soldados no logró levantar el arma sobre el hombro por lo que la detuvo justo delante del pecho y se quedó rígido en esa posición. El general dio un ligero toque a la visera de su gorra y gritó algo en ruso por encima de los veladores de la terraza. «*Pletchom ka pletchú*»,⁷ vociferó en respuesta el capitán de fragata, lo que hizo enmudecer al instante a los pocos pájaros que se interesaban por aquella mañana. Vosskamp se cuadró una vez más, en dirección a la espalda del general, pero ya mirando a Edgar. Ed percibió incompreensión pero también bondad. La mirada de un padre horrorizado.

Pletchom ka pletchú.

El sanitario había atado a Kruso con manteles al tablero de la mesa del personal. Su estampado de grandes flores estaba plagado de comida seca y manchas de cerveza; entremedias, con un cerco negro, los agujeros producidos por brasa de cigarrillos. Por un momento, Ed pensó que eran orificios de balas.

Ahora era el general quien sostenía el gotero (la vida) en el aire, mientras bajaban la escalera en dirección al mar. Con gestos de su mano libre, dirigía a los camilleros que caminaban despacio y acompasadamente, como es usual en el entierro de un *muerto querido*. El sanitario iba varios metros por delante para ir anunciando los numerosos escalones inseguros o inexistentes de la

escalera del Klausner. Y al final, Ed, como un niño inútil, que va detrás de la procesión sin saber lo que realmente ocurre. Aun así, él llevaba la bolsa, la bolsa para el hospital. Aun así, él entendía esa bolsa. Dado que sólo contenía cuatro cosas, no era tan pesada. Hasta entonces, nadie había preguntado por ella.

Como un faraón en su último viaje, Kruso se balanceaba entre los soldados, con los pies por delante. Determinados tramos de la escalera obligaban a los portadores a inclinar muchísimo la mesa del personal, como si quisieran presentar otra vez la víctima al mar o el mar a la víctima, todo aquel horizonte hasta Dinamarca, que oscilaba invisible en la niebla, o el agua del Báltico, que, apática y con la frialdad de noviembre, reposaba tras los matorrales de espino que proliferaban, altos como un hombre, en la escalera de la costa escarpada. Hasta le pareció a Ed por un momento que presentaban al mar Báltico un santo, un mártir, cuyo cuerpo entregarían enseguida a las olas, para aplacar las tempestades, para confundir a las patrulleras y finalmente: como signo de la libertad y como prueba de que ya era posible alcanzarla aquí, en este lado, y no había que esperar a Møn, Hawái o lo que fuere: sí, había que sacrificar a Kruso, sacrificarlo por el futuro de la isla...

Ed no sabía cómo se le había metido en la cabeza esa idea repugnante y absurda. Se tocó la frente. Quizá había inhalado demasiado Exlepäng por la noche, había olido demasiado tiempo la nuca de Kruso, quizá se había vuelto loco, simplemente.

«¡Losch!»

Los soldados seguían presentando a Kruso al mar Báltico.

El último de su especie, el último representante vivo, ¡cuidado, cuidado!, les susurraba ahora la locura a los escalones, donde con hermosa regularidad emergían los pies de Ed, pies y escalones, en número infinito, pero no, claro que no, él los había contado, los había contado más de una vez, en los descansos del mediodía, antes de la temporada alta, sudoroso, jadeante, doscientas noventa y cuatro veces cuidado, decía el susurro en la cabeza de Ed.

En el último tramo de la escalera, el tramo que colgaba en el aire sobre la playa, el herido estuvo a punto de escurrírsele de las manos a los soldados. Ed pudo ver temblar los músculos soviéticos, la tensión bajo los uniformes, la mano del general extrañamente contorsionada, su abrigo bamboleante, durante un momento semejaba un titiritero grande y divertido de cuyos hilos colgaba bailando la mesa del personal y con ella toda la historia de esa temporada interminable, acompañada del baile de cuatro jóvenes lacayos en sus disfraces de marineros, kazajos quizá, sí, los kazajos serían adecuados, pensó Ed.

Vio que los ojos de Kruso estaban abiertos; su cara grande, lisa y blanca, con ojos de incredulidad; era un rostro juvenil y sin embargo, plomizo, un rostro infantil con mirada de cementerio, era... el rostro de Georg Trakl. Sólo Ed y su demencia podían pensar así.

En un primer momento no había ningún barco a la vista, sólo el acorazado, gigantesco en la niebla, por lo que Ed creyó al principio que los soldados harían avanzar por el mar a Kruso con el tablero de la mesa, hasta llegar al oscuro casco de barco en el que estaba escrito el número 141. Él nunca había visto un barco tan grande tan cerca de la costa. Por la proa sobresalía mucho, en cambio la popa apenas parecía estar por encima del agua. Entremedias dos cabezas ciclópeas de las que salían varios cañones, largos y delgados como jabalinas. Luego vio la lancha auxiliar. Estaba anclada a sólo cien metros al norte, en el sitio donde se bañaba Ed y por donde se podía llegar a la parte profunda por un camino relativamente libre de piedras.

Sin reflexionar, Ed había puesto un pie sobre la proa. Si alguien tenía una estrecha relación con Kruso, ése era él. Primero las asustadas miradas de los kazajos (los odió en ese momento), luego, la mano del general sobre su hombro. No para expresar elogio, ni consuelo.

Ed únicamente percibió en imágenes sueltas lo que ocurrió en ese momento. El gotero suspendido en el aire. La canoa metálica. El traspaso de la infusión. El ruido sordo, cavernoso, del tablero de la mesa del personal al caer sobre los bancos de los remeros. El sanitario que, sin palabras, le quitaba de la mano la bolsa. Los brillantes zapatos del general en la arena, medio hundidos en ella. Una ola y los bordes oscuros y húmedos de las perneras de sus pantalones. Los bordes húmedos de sus perneras soviéticas: en esa imagen se detuvo la historia; contenía toda la historia.

La mano del general lo había dejado clavado en la playa. Aún la sentía cuando la lancha auxiliar alcanzó a la nave nodriza y el motor diésel lanzó un aullido y el acorazado o lo que quiera que representara aquella fortaleza acuática empezó a tomar velocidad. El cuerpo le pesaba. Para dar alguna expresión a su inmovilidad, Ed bajó la mirada. Piedras, algas, pelos podridos. La pesantez le venía ahora de todas partes, y el martilleo del motor diésel tampoco disminuía, no acababa.

Luego el disparo.

El joven chalado del puerto, con la boca abierta y el brazo en alto, luego el disparo. Mäcki el cochero en el establo, con una botella y el caballo peludo, luego el disparo. El matrimonio de la barra, con sus maletas y bolsas entre los matorrales, en medio del enigma de la frontera, luego el disparo. ¿Chris? ¿Rolf? ¿Speiche? El disparo. ¿Mike el Cocinero con su familia? ¿Y Rimbaud en alguna parte, ni leyendo ni escribiendo? Luego el disparo. Mona y Cavallo camino del sur: Roma, Nápoles, la estación marítima: luego el disparo.

Como si estuviera herido, Ed se echó al suelo y metió con fuerza el rostro en la arena. Por unos segundos se calmaron las olas, el paisaje quedó como herido por el trueno. El general también se había vuelto loco. La trayectoria del proyectil debía de haber pasado por encima de él, muy por encima del acantilado, del país: todo el espacio hermético, totalmente lleno de aquella resonancia. Todo el corrompido espacio habitado por ellos.

Otro disparo y su eco en la bahía.

Luego un disparo tras otro, en respetuosa sucesión. Como si los cañones imitaran el latido, que se apagaba, de un gigante. Entremedias un suave silbido, como de aviones de caza que volaban muy alto, casi en el espacio cósmico. Pero no había impactos; no había explosiones.

Con cada trueno, el cielo se elevaba un poco. Penetraba aire. Un éter de pureza y frescor embriagadores. Ed paladeó la arena; se le quedaron pegadas a la cara unas hebras de algas, y sintió que su corazón convulso quería relajarse. Veintiún truenos. Quizá estaba perdiendo la razón. Capituló por fin, rió por lo bajo en la arena: ¡Bienvenido, bienvenido!

Naufragio: ¡bienvenido! Dos tapas: ¡bienvenidas! Fregadero: ¡bienvenido!

¡Bienvenido, bienvenido!

Había comprendido. Era la señal.

Todo aquello podía irse a pique.

RESURRECCIÓN

9 de noviembre. Servía en la sala, no a través de las tapas, las tapas permanecieron cerradas a cal y canto. Lo había ordenado todo de un modo provisional, tenía la caldera encendida y había preparado café. Lo hacía todo muy despacio, paso a paso, concentrado en cada movimiento. Preparó una solianka provisional, y pan de centeno y trigo. Había partes de su cuerpo que tenían dificultad en salir de la rigidez del shock y volver a funcionar con normalidad, por lo que se movía un poco esparrancado y tieso entre la barra y las mesas. Había algo que caminaba *en él*, que utilizaba sus ojos y sus oídos en todo lo que él hacía, algo que ahora había que tratar bien y con mucho cuidado.

En su primer día aparecieron siete clientes. Silenciosos, callados amantes de la isla, tipos solitarios que se calentaban las manos con la taza de café y que miraban a la terraza a través de la cortina de gruesa malla, mientras Ed fregaba sus tazas y vasos o permanecía inmóvil junto a la barra dejando correr el agua. Le agradaba el suave fluir, así como el subir y bajar, los silbidos de la pequeña cascada en el rebosadero. Si alguien le dirigía alguna vez la palabra, Ed respondía «¡Exacto!» o «¿Por qué no?», como si él también estuviera en medio de la vida. Hubo incluso un momento en el que lo olvidó todo y se imaginó que él mismo regentaba un restaurante; la comisión de control de Berlín-Schweineöde tal vez no apareciera nunca...

Su última cliente fue una joven que preguntó por Kruso, de la manera en que todavía unas semanas antes los náufragos preguntaban a docenas por el rey de la isla. Era bajita y tenía una larga melena castaña, húmeda de lluvia. Durante dos segundos, Ed la vio en su propio cuarto, el cabello en su almohada. Luego le indicó con rudeza que ya había finalizado la temporada. Noviembre: el final de *toda* temporada, como subrayó, lo cual era superfluo.

También habían sido superfluos los malos modos con la mujer bajita. Él no se llamaba Rimbaud. Su dolor, su duelo: toda su pérdida. Sintió vergüenza. Pensó en la última náufraga que había estado en su cuarto, una mujer llamada B., que en las noches anteriores al Día de la Isla, al día del desfile, al día del principio del fin, había dormido junto a él. Tenía por lo menos cuarenta años, tal vez fuera incluso algo mayor. Apenas hubo una frase con la que B. no expulsara humo: fumaba, simplemente, sin interrupción. Dijo que no quería seguir siendo la muchacha para todo, que por otro lado también era bueno ser la muchacha para todo. Hablaba y citaba a Losch: «Personas sin esperanza y valiosas. Iluminados y sombríos.» Tenía algo desdeñoso en su persona y ahora estaba desdeñándolo todo. Ed durmió en el suelo; B. en la cama. Ella dormía, se despertaba, hablaba, fumaba y volvía a dormirse. En algún momento, Ed tuvo la impresión de sentir el sabor de la boca llena de humo de B. Incluso en la oscuridad podía reconocer su delgada nariz de gancho y la nuca larga y recta, casi sin solución de continuidad con la región occipital, como si ésta no existiera, sólo la nuca larga e interminable que susurraba sin cesar: pon ahí la mano, inténtalo, coloca ahí la palma de la mano. B. se reía de Kruso. Le llamaba «majestad, príncipe y señor de toda la isla». Le llamaba también traperero y comparaba la asignación con el último tranvía a casa, pero sin que nadie pudiera decir con más precisión dónde o qué era eso en el fondo: a casa. ¿La pensión Libertad? ¿Casa de huéspedes para almas extraviadas? Soltaba todo eso sin parar, como una cotorra, a la vez que expulsaba humo. Para ella todo era un juego, un pequeño intermedio. Decía que no tenía la intención de fabricar bisutería para nadie y se negó a tomar la sopa sagrada. Dijo: «Yo no me tomo mi sopa», y se echó a reír. Ella tenía sus propios métodos para embriagarse, decía, sin alquimia, y además la sopa sagrada olía a estiércol. Eso ofendió a Ed, aunque hubo de admitir que la sopa no olía bien. Ed consideró a B. una desesperada. Doce años casada. Desde hacía tres meses, separada. La iniciativa había sido de ella, dijo. El día de la separación no había podido dormir, de excitación y alegría. Seguían

entendiéndose bien, añadió, de vez en cuando se veían. Ed estaba ya completamente tieso de puro sueño, *tieso*. Doce años. Su marido era celoso, pero ya tenía otra cosa entre manos. Como bailaba de modo tan extático, muchas veces la habían tomado por loca, dijo, sobre todo en las celebraciones navideñas de la empresa. Pero ella no estaba loca, en absoluto, lo único era que ya no podía más. Y ahora ya no imaginaba otra cosa. *Aquí* ella no había perdido nada. *Aquí* sólo quedaba aquella isla. El último lugar.

Por la noche, Ed echó el cerrojo a todas las puertas exteriores y corrió las cortinas. Con el lápiz graso de Mike el Cocinero, puso un letrero en un trozo de papel y lo fijó detrás del cristal de la tapa de las bebidas: CERRADO POR FALTA DE PERSONAL. Bloqueó la subida a la escalera de servicio con la tabla de planchar de Monika.

Ya no había nadie.

Fue a su habitación, recogió sus cosas y lo llevó todo abajo, al despacho de Krombach, donde quería dormir a partir de ese día, en una nube de Exlepäng, en el corazón del Klausner. Bloqueó la puerta batiente que daba paso a la cocina y dejó abierta la puerta del despacho; así, por la noche también tenía una vista ininterrumpida de varios metros.

Te vi venir. Habían sido las palabras de Kruso, por la noche, en la playa, tras el bautizo de los esekás, poco antes del beso; él sólo había sido soñado, sólo era el sueño de otro. Un Viernes como el que Crusoe viera en sueños, en su vehemente deseo.

La cama olía a sudor. Se encogió y clavó los ojos en la oscuridad. A él lo habían soñado. Pero ahora se habían llevado al soñador y por tanto Ed ya no podía existir realmente.

A la mañana siguiente lo despertaron voces. Cuando él entró en la sala del restaurante, enmudecieron, pero en el desayuno estaban allí otra vez. Las voces venían de las fotos de las antiguas tripulaciones. No era nada que le infundiera miedo. Ni amenazas, ni groserías, sólo consejos sencillos y bienintencionados, como: «¡No hagas bobadas, pequeño!» (desde arriba del todo a la derecha, el año apenas se distinguía, quizá 1930), o «¡Más vale que te largues de aquí, renacuajo! (1977) u «¡Ocúpate de arreglar a Viola, ¿vale?!» (1984). Sonaba como si lo hubiera dicho el cocinero muerto a quien Viola perteneciera en tiempos. Un coloso de blanco y limpio uniforme que en la foto estaba a la izquierda del todo y que entonces no sabía aún que pronto moriría ahogado. Pero a esas alturas ya lo sabía todo, pensó Ed, había visto las tripulaciones posteriores a él, y ahora veía a Ed, el último de los del 89, que no se ocupaba de su aparato de radio.

Ed se untó una rebanada de pan; habían congelado muchas. Los tiempos de los panecillos se habían terminado. Para untar, hundió el cuchillo en un bloque de cinco kilos de mermelada mixta, que daría de sí para tres o cuatro inviernos. Su problema no eran los víveres, la manutención estaba asegurada. Podía mantener esa posición a perpetuidad. Mantener su promesa.

Entretanto ocupaba de nuevo su antiguo asiento. Había colocado otra mesa en el sitio de la mesa del personal y también había traído las sillas. Doce sillas: tripulación de una persona. Una habitación llena de ausencia.

Llevó los platos al fregadero y murmuró unos versos en la pila. «Mi buen Kruso. Mi querido Losch.»

Pensó en la lista de las cosas que había que liquidar. Los kazajos habían robado el talonario de recibos. No, estaba en el alféizar de la ventana, a su espalda; al lado, su bolígrafo y el cenicero, vacío y limpio. Buena gente, esos kazajos. Leyó la lista pero no era una lista. Ni tampoco era suya.

Pero era su letra. Leyó. Tres hojas del talonario de recibos, redactadas en el estilo de Kruso, pero no de Kruso. Leyó.

Regresó al fregadero y abrió el grifo. Buscó platos, cubiertos y vasos y empezó a mover las manos sobre el fondo de la pila. «Tan bueno. Tan querido.»

Al cabo de un rato se secó las manos en la túnica romana y fue a su cuarto a buscar la agenda. Contempló la cuadrícula azul pálido de las páginas de apuntes. El libro estaba colocado en diagonal, mitad en el sitio de Krombach, mitad en el sitio de Monika. Él lo fue moviendo en una y otra dirección, una vez hacia Cavallo, una vez hacia Mike el Cocinero y finalmente hacia él.

Mirad, un regalo de G.

Hojeó hacia atrás y pasó la palma de la mano por los apuntes antiguos, los acarició. Acarició a G. Ahora podía pensar con toda normalidad en ella. Podía notar la huella del bolígrafo en las yemas de los dedos, podía ver cómo la letra se había grabado en el tosco papel madera. Ella se había marchado, y él tomaba esa palabra al pie de la letra: «marchar». Veía sus pasos cortos y rápidos, cruzando la vía. Arrancó del talonario de recibos las tres hojas escritas y las escondió cuidadosamente entre las páginas. «Puedes adoptar mi tono.»

No había nadie. Se levantó y se puso su chaqueta de Thälmann; la llevaba por primera vez desde su llegada, hacía el frío suficiente. Se aseguró de que no había nadie al otro lado de la puerta ni en el patio, ningún caminante que no estuviera dispuesto a respetar su letrero de cerrado. Ahora semejava un ermitaño lleno de recelo. Un fuerte viento le golpeó en la cara. Vaciló, luego tomó el sendero que llevaba a la escalera de la costa escarpada.

Le vino bien andar. El fragor aumentaba conforme iba descendiendo, el oleaje bramaba, y algo había empezado a lanzar aullidos, primero suaves, luego más fuertes, un silbido que crecía y decrecía como si los disparos del general hubieran entrado en órbita. Las botellas de Kruso, pensó Ed. Eso pita, eso le pita al topo en la cabeza.

En algún momento ya no pudo pensar, sólo caminar. Se apretó las sienes, como si tuviera que recordar algo o como si saludara al mar de esa manera antigua, ya poco usual. El fragor interminable: eso penetraba sin más en él y quería borrarle la memoria. «A lo largo del gran mar caminamos, hasta la puesta del sol esperamos...» Padre, madre, y Ed niño en el medio; sus rostros claros y luminosos y su andar acompasado por la arena de Göhren en la isla de Rügen: el único recuerdo que emergía para prestarle ayuda.

De pronto se acabó el caminar. La playa había desaparecido. En su lugar, una montaña de barro, una gigantesca avalancha que había penetrado hasta el mar. La orilla había quedado interrumpida en un espacio de más de cien metros. Varios bloques erráticos, de la altura de un hombre, sobresalían como cabezas de gigantes enterrados; entremedias, matorrales y árboles descuajados. Ed percibió el delta delante de sus pies. No se podía distinguir, ni remotamente, dónde estaba enterrado su zorro.

Viejo tunante.

Viejo amigo.

Ed vio que su zorro protegía la carpeta con su duro pellejo y oyó lo que al mismo tiempo le susurraban los poemas, suavemente, muy hondo bajo la tierra. Comprendía cada palabra y la repetía, y pronto su discurso fue mucho más allá de los finales de los versos, al fragor del mar. Declamaba ahora en alta voz, frente al oleaje, se llenó de entusiasmo y estuvo a punto de despeñarse; enmudeció asustado y comprendió: lo menos, lo único que ahora quedaba por hacer:
Por Losch. Por Kruso.

Tres días después, el 12 de noviembre por la tarde, su agenda estaba repleta, densamente escrita, cada serie de cuadrículas, una línea. No había dormido, había trabajado día y noche. A veces ante la mesa del personal, pero más a menudo en el fregadero, ante la pila de lo más sucio o ante la pila para los cubiertos, alternando siempre, a veces en su puesto, a veces en el puesto de Kruso. «En realidad querías hundirte del todo allí, sumergirte, pero entretanto te resulta suficiente el pequeño movimiento circular de tus manos en el agua... Una pérdida total, eso te parece. Pero nada se pierde realmente ni nadie, Ed, nadie. Simplemente sigues hablando en voz baja para ti solo, con tu voz, sondeas las palabras con tu voz. Cien veces, en el propio oído. Y en algún momento lo oyes.»

Al final, Ed había vuelto a fregar todo el contingente de cubiertos, utensilios de cocina, vasos, copas y platos. Tenía las manos deshechas, los dedos era los del cadáver de un ahogado. «Aún he de preparar el volumen. No hay nada más hermoso que reunir un volumen, ¿sabes, Ed?»

Bajó por la trampilla de detrás de la barra y subió un montón de pliegos con membrete del Klausner. Sacó del armario la máquina Torpedo de Krombach y empezó. Pasó la noche sentado ante la máquina. Determinadas letras tenían gorritos ensangrentados. Por la mañana había terminado el trabajo. Quizá no palabra por palabra y no cada verso pero Ed podía oír que era *correcto*, oía el tono. «Nosotros dos, ambos», murmuró Ed.

La escritura le había dejado vacío. Una sensación de que no había nada más que hacer en la vida. Sin más preámbulo se metió en la cama y durmió profundamente, sin sueños.

Por la noche lo despertaron ladridos. Uno de los perros de Vosskamp. Ladraba mecánicamente, sin descanso. Tal vez haya un zorro en la cerca de seguridad, pensó Ed, o jabalíes. Tal vez sólo hayan quedado aquí los animales, los animales y yo. Curiosamente, ese pensamiento lo tranquilizó. Se acurrucó y quiso volver a conciliar el sueño, pero llamaron a la puerta.

La comisión de control.

Ed permaneció inmóvil un rato, en estado de alerta y oyendo caer la lluvia. No había nadie.

Luego llamaron otra vez.

Ed encendió la luz exterior y miró por la cortina lo que pasaba fuera. Delante de la puerta estaba el buen soldado. Llevaba su uniforme de calle y no portaba armas.

«Que te vaya bien, Ed, te deseo todo lo mejor», dijo el buen soldado.

«¿Qué ocurre?», preguntó Ed.

«Sólo por si mañana ya no estás aquí, te digo que te vaya bien. Así pues, que te vaya bien.»

Ed no supo qué responder y puso la palma de la mano sobre la puerta.

«Que te vaya bien», murmuró finalmente, y «lo siento», sin saber por qué. El buen soldado se dio media vuelta y desapareció en la noche. Ed lo siguió con la vista. Tomó el atajo, el pequeño sendero por el barranco Svantovit, que llevaba directamente al cuartel.

«Que te vaya bien.»

Se quedó un rato más en la puerta escuchando.

Luego se dirigió al fregadero y cogió el frasco de la crema. Se le desprendía la piel de las yemas de los dedos y dos de los lechos de las uñas se le habían inflamado, pequeñísimos bultos rojizos. Quizá he sido demasiado generoso con la crema, pensó Ed. Se frotó entre los dedos la untura gelatinosa y dio unas cuantas palmadas. Al punto se hizo evidente el silencio, por lo que dar palmadas empezó a resultarle molesto. El silencio exigía silencio, así era «y así ha sido siempre», murmuró Ed. Por otra parte, batir palmas era agradable. Le calentaba las manos, en los dedos vibraba la sangre, batir palmas infundía ánimos. Y por eso siguió batiendo palmas mientras

deambulaba sin meta por las tinieblas del Klausner; como un maldito fantasma, pensó Ed, que hace ruido con sus cadenas. Batía palmas y veía a Ettenburg, el Klausner primigenio, cuyas cenizas habían sido arrojadas al mar, Ettenburg, el aparecido. Pasaba por la costa escarpada en su hábito de monje; de vez en cuando metía desesperado un pie en la arena, se quebraba un gran trozo de tierra y caía al mar. Era su venganza; poco a poco también la isla desaparecería en el mar.

Ed subió a su cuarto por la escalera de servicio. El viento había refrescado el ambiente, la cortina de Kruso se movía. Trató de meter las destrozadas puntas de los dedos en las gruesas mallas, pero la cortina tampoco encontraba la calma. La noche de la última asignación, Ed se había deslizado en la habitación de Kruso y había mirado hacia abajo, a la terraza. La parka que había puesto a Kruso sobre los hombros se había convertido con la lluvia en un espejo por el que de vez en cuando pasaba una sacudida, un estremecimiento, una especie de tartamudeo con la espalda, un tartamudeo frío, húmedo, solitario. Ed había sentido dolor al verlo, pero después se quedó dormido en la cama. Sin embargo, sólo había querido descansar un momento, sólo secarse las manos, aplicarse crema en las manos...

Poco a poco empezó de nuevo a batir palmas. Tuvo cuidado de no acercarse tanto a la ventana esta vez.

No había nadie.

No había nadie.

Cuando bajó otra vez, su mirada fue a posarse sobre el manuscrito. El *volumen* de Kruso. Su libro. Ed le sonrió mientras atravesaba la sala. De alguna manera el manuscrito había reemplazado a la antigua tripulación, ocupaba el puesto de aquella completa ausencia, de toda aquella vida anterior, aunque, mirándolo bien, no era sino un pequeño montón de papeles, letras con gorritos ensangrentados, cuidadosamente apilados. De pronto, Ed tenía un pasado.

La puerta del cuartel no tenía echado el cerrojo. El campo de entrenamiento de los perros estaba vacío. Ni centinelas ni perros, sólo olor a perro, olor a perrera y a carne podrida. En la barraca de guardia estaba encendida la luz pero tampoco había nadie. Vacilante, Ed entró en la explanada. En los garajes había un silencio sepulcral. Un camión Robur, una cocina de campaña, una moto militar y las bicicletas de la patrulla. Al lado, cubos de carbón y sacos de carbón, como dispuestos para su descubrimiento por una civilización posterior.

Y entonces lo oyó.

Venía de la tierra, de la morrena al pie de la torre de vigilancia. Ed rodeó el montículo, que tenía casi forma de cono, y encontró una entrada cubierta con redes de camuflaje. Dos puertas llenas de palancas de acero y con el cerrojo sin echar, y una tercera, cerrada con llave y con una ventanita cuadrada a la altura de los ojos.

«Allá en el muelle al ancho mar miraban, allá en el muelle los corazones penaban...»

Como un mueble bar o un taller casero de bricolaje, el búnker estaba revestido de madera hasta el techo: tablas delgadas, finamente pulimentadas y con una capa gruesa de barniz, que en los costados de la habitación se convertían en bancos rústicos y en la cara frontal, en un mostrador con techo aparte semejante al de un parador de montaña. En la estantería del mostrador, Ed descubrió la pantalla de reflejos verdes de un televisor; estaba apagado. *Cola-Bar*, ponía, grabado en la madera con letras caligráficas, arriba del mostrador. Al lado, jarras de cerveza hechas con pinzas de la ropa y una serie de trabajos de marquetería: decorativos arcos de los Montes Metálicos, con motivos de Navidad, abetos y animales, todo ello envuelto en una espesa niebla de humo de cigarrillos.

«Allá en el muelle...»

Sólo dos segundos, pero Ed ya había descubierto a Vosskamp, el quepis desplazado más atrás de la oreja, a su lado el buen soldado, todo el equipo de la compañía de observación reunido en el búnker de recreo, con los brazos enlazados, y en el suelo los perros mensajeros, como agotados.

«Allá en el muelle Annegret por la noche espera...»

Veinte soldados, calculó Ed, y cien botellas; Vosskamp dirigía. Un suboficial se había derrumbado hacia un lado y dormía sobre uno de los bancos rústicos, con el brazo doblado bajo la cabeza. Parecían celebrar algún triunfo; como si se hubiera terminado una guerra.

Uno de los perros empezó a ladrar.

Entre los árboles retorcidos por el viento hubo un rayo, una luz mágica. «Qué será-será / qué grande es el mar», se oía en la morrena del búnker. Alguien había abierto la puerta. Ladridos que se acercaban cuando Ed superó el miedo y agarró la escalerilla de hierro.

La torre de vigilancia estaba ocupada día y noche, eso le había explicado Losch, pero el foco reflector estaba apagado y no había nadie junto a los prismáticos de largo alcance. Cada paso plantaba un oscuro retumbo en la construcción, que parecía oscilar suavemente.

Ya a mitad de camino Ed vio el resplandor. Pero no eran las luces de las fragatas, ni las luces de las patrulleras. Donde de ordinario todo estaba negro, resplandecían las luces en todos los colores: rojo, amarillo, azul y, sí: verde, verde, verde, luz verde por doquier...

«¡Los muertos!», murmuró Ed; probablemente estaba perdiendo la razón.

Los muertos habían resucitado; en su cabeza no había lugar para otro pensamiento, después de todo lo que había ocurrido. «Ved las señales», murmuró Ed; toda la bahía estaba llena de ellos, resucitados, regresados de lo hondo, de su huida, de donde habían estado esperando todo aquel tiempo la llegada de ese día: el mar soltaba a sus muertos.

«Ahoi», susurró Ed, luego cantó con los otros.

«¡Aló-ahé, aló-ahé!»

Kruso tenía razón. No se había perdido ninguno. Ninguno había desaparecido para siempre.

«¡Ahoi, querida Sonja! ¡Aló-ahé, pequeña G.!»

No era de extrañar que fuese una fiesta. No era de extrañar que cantaran en el búnker. «¡No es de extrañar!», exultaba Ed: sí, exultaba y al mismo tiempo sentía que se mareaba. Asíó con fuerza el antepecho, abrazó al foco reflector. Lloraba y por fin lo había comprendido: no era de extrañar.

No recordaba lo que ocurrió entonces. No sabía bien cómo recobró el conocimiento, cómo coronó la escalerilla. Se encontró de nuevo en el suelo, ya en la puerta. Uno de los perros saltó hacia él. Ed levantó un brazo y sin un solo ladrido el animal volvió a la oscuridad; como si nunca hubiera existido realmente.

Cayó al suelo, se levantó, siguió corriendo. Arrastró hasta la cocina la primera mesa que tuvo a mano, puso una silla sobre el tablero y sacó de la radio el vidrio abombado.

La radio despedía un olor a moho. Bastaba con reintegrar a su antigua posición una de las válvulas plateadas. Viola recobró el sentido: funcionaba.

«Las ocho en punto. Radio Alemania, boletín informativo.»

Como el actor de un complicado cabaret político, Ed estaba ahora sentado allí en lo alto. En la cocina del Klausner, en el reino de Mike el Cocinero. Una solitaria y cómica figura, pero fiel y valiente también, tal vez.

Durante un rato Ed no supo si había entendido bien. Pero la voz de Viola le era familiar, y le

ayudó a calmar la respiración.

Todas las fronteras estaban abiertas. Abiertas desde hacía días.

Epílogo

SECCIÓN DE DESAPARECIDOS

(INFORME DE EDGAR)

Me enteré de la muerte de Kruso en el verano de 1993, el 28 de agosto. A la mañana siguiente viajé en dirección a Potsdam, al cementerio ruso de la carretera federal 2, para buscar la tumba de su madre, que había sido equilibrista en el Ejército Rojo. Desde hacía algún tiempo yo no vivía lejos de allí, a pocos minutos en coche. A pie media hora por el bosque.

El cementerio está sobre un promontorio, entre pinos que son como columnas entre las tumbas y a todo dan sombra y protección. Sin embargo, ese lugar ha experimentado cambios en los últimos años; incluso 1993 queda muy lejos en el pasado. En aquel entonces, cuando pasó lo de Kruso, yo no tenía la menor influencia en la marcha de las cosas. Para mí es importante repetir esto, sólo esto. Todas las circunstancias se consideran aclaradas, y por difícil que me resulte poner término a esto, no pertenecen a este informe.

Yo no tenía ningún punto de referencia, así que recorrí todo el recinto. Delante, junto a la carretera, yacían los oficiales, detrás los soldados, luego el sector de tumbas de niños y al fondo, junto a la cerca, las tumbas de las mujeres. Muchas lápidas estaban rotas, los trozos por el suelo y cubiertos de agujas de pino. En el centro del cementerio había un jardincillo de honor donde hacía guardia una especie de Golem, un soldado del Ejército Rojo en hierro forjado, de cuatro o cinco metros de altura, con casco y ametralladora. Toda su impávida figura se concentraba en la entrada principal para poner de rodillas con su mirada de hierro forjado a todo el que quisiera entrar sin respeto en ese lugar.

Sobre las tumbas infantiles había muchos juguetes, coches de plástico, muñecas de goma y ositos de peluche, recostados en las lápidas y con las patas cubiertas de musgo. A los soldados que habían muerto juntos también los habían enterrado juntos, según se decía en las inscripciones: hasta el final seguían perteneciendo al mismo pelotón. A menudo se trataba de aviones que se habían estrellado y entonces, encima de los nombres, estaba grabada la silueta del tipo de avión (bombardero, MiG, avión de transporte). En algunas lápidas había rostros, pequeñas fotografías ovales bajo cristal y enmarcadas en acero fino. Otros sólo tenían nombre, sin fecha de nacimiento ni de fallecimiento: los desertores fusilados, según supe después. Cuanto más me alejaba del Golem, más blando y espeso se volvía el musgo que cubría las tumbas. Había muchos soldados que murieron muy jóvenes, sobre todo en los años 1958 y 1959; yo no comprendía la razón. Más extraño aún era el gran número de niños. En una de las tumbas había clavado un molinillo, en otra un tenedorcito de plástico. Encontré la tumba de la equilibrista en las proximidades de unos montones de raíces y tierra, en los que hacían compost con las coronas y flores.

Me quedé un rato allí. Tengo un recuerdo preciso de aquel momento. El día era caluroso. Los pinos se pelaban al sol y hacían como un crujido, pequeños trozos parduzcos de corteza caían en remolino al suelo, transparentes como piel a la luz, y me imaginé cómo Sonja llevaba a cabo sus juegos de manos delante de la tumba abierta. Luego un cañonazo contra la bóveda de pinos y Kruso niño, que ni podía llorar ni despedirse. Sin confesármelo a mí mismo, yo había creído (o temido) que encontraría el nombre de Sonja en la piedra, bajo el nombre de su madre. Sonja Valentina Krusowitsch, hermana de Kruso.

«Y si alguna vez yo no estuviera aquí por algún tiempo, entonces te ocupas tú. Prométemelo», había dicho Kruso. Era como si su muerte hubiera hecho entrar en vigor definitivamente mi promesa, y tal vez sólo por eso fui a tropezar con el libro (todo es azar). Unos días después, en una de mis innumerables correrías por los estantes de la biblioteca municipal, leí el título: *Por el Báltico a la libertad*, la tapa de color verde mar con el subtítulo *Dramáticos relatos de huidas*. El libro estaba en el estante de «Nuevas adquisiciones», no lejos de la entrada; en el fondo era imposible no verlo. En el epílogo había una entrevista: «Los naufragos de Klintholm, por Erik Jensen, capitán del puerto». Cogí el libro y me retiré detrás de los portaperiódicos, donde, equipado con butacas de suave cuero marrón, habían instalado un rincón de lectura en el que varios jubilados y desempleados pasaban el día.

La conversación con el capitán del puerto versaba sobre refugiados de Alemania Oriental que habían llegado a Møn. Versaba sobre lanchas rotas y botes plegables hechos trizas, sin tripulantes. Y sobre los muertos que el mar había arrojado a tierra ante los ojos de Klintholm, «ante la puerta de su casa», como allí decía, o que los pescadores daneses, en el transcurso de los años, habían sacado del agua en sus redes de arrastre. En ninguna parte tantos como entre Rügen y Møn, dijo el capitán.

«Nosotros los traíamos aquí a tierra y los entregábamos al Instituto de Medicina Forense de Copenhague.»

«Un familiar que busca a un desaparecido que huyó de la RDA ¿podría averiguar hoy aún lo que ocurrió?»

«Si sabe aproximadamente cuándo huyó y tiene sus señas personales o incluso una foto, quizá sea posible. Las señas personales de los muertos están en el Retsmedicinsk Institut, Universidad de Copenhague, Rigshospitalet, Blegdamsvej 9, Copenhague.»

Cambié algo de dinero y me compré un mapa de carreteras en el que marqué con bolígrafo mi itinerario. El 7 de septiembre viajé en ferry de Rostock a Gedser, Dinamarca, y desde allí continué a Copenhague, al Rigshospitalet. Ya el precio de la travesía era superior a mi presupuesto. El país, la ciudad, todo ello era nuevo para mí, y había momentos en los que tenía la sensación de encontrarme en una suerte de expedición, en un viaje de descubrimiento, en un examen quizá, pero esto tampoco pertenece a mi informe.

El edificio principal del hospital era un inmueble gris moderno de unos veinte pisos en cristal y acero. La mujer de la información no me entendió al principio: mi inglés era malo. Cambió sin más al alemán y me explicó lo más fundamental, dónde estaba el departamento de medicina forense y las horas de visita. Su amabilidad me infundió ánimos pero el instituto ya había cerrado.

Me metí con el coche en una calle que pasaba directamente por delante del edificio de medicina forense, el Frederik V's Vej, un barrio tranquilo. Justo al lado había un parque en el que jugaban al fútbol. El complejo del Rijshospitalet parecía ser enorme, una especie de Manhattan-Hospital, rodeado de superficies desnudas que simbolizaban el Hudson. Di una vuelta por el parque y fotografié una bicicleta a la que habían atado un cajón grande y negro como si fuera un rickshaw. Me permití una taza de café y en algún momento empecé a tranquilizarme. Me quedé sentado una hora o más en un banco cercano al campo de fútbol y apunté las horas de consulta, el nombre de la calle, del barrio, etcétera. Mi propósito era proceder con todo cuidado, no quería que se me escapara nada. Lo prometido es deuda: esa frase infantil. O no, era más bien una frase de los padres, meta de una determinada educación que más tarde sólo puede citarse con ironía, por razones sobre las que no necesitaba reflexionar, ya que estaba seguro y mi objetivo era claro. Me

comí despacio y meticulosamente el último bocadillo de mis provisiones y retorné al coche a fin de prepararlo para dormir en él.

Unos tres años largos antes, mis padres me habían dado su coche viejo, un Shiguli del año 1971, que como yo sabía por mis años de infancia era muy apropiado para dormir, porque los respaldos de los asientos delanteros, una vez echados para atrás, quedaban al mismo nivel que los asientos traseros; en aquel entonces aún no había reposacabezas ni asientos deportivos de una sola pieza, al menos en los coches de Togliatti; así llamaban los rusos a su ciudad de fábricas de automóviles, por el comunista italiano Palmiro Togliatti. Además construían con licencia italiana, «siguiendo el modelo Fiat 124, coche del año de 1966»; mi padre había mencionado innumerables veces todas esas cosas cuando viajábamos en el Shiguli, tantas veces que, ahora que aquel valioso coche me pertenecía y yo iba al volante, seguían dándome vueltas en la cabeza como si fueran un elemento necesario de aquel coche, imprescindible como las ruedas o la palanca de cambios. Lo que a mí me gustaba de verdad era la piel sintética de color marrón, de una deliciosa suavidad, con pespunte formando tiras, con su olor a infancia, a viajar y a dormir tumbado sobre el asiento trasero con las puntas de los pies en una puerta y la cabeza en la otra.

Pero mi informe tampoco trata de eso. Yo estaba agotado y habría podido hundirme al momento en el sueño, pero quería esperar, al menos hasta que cayera la noche. Di otra vuelta por el Rigshospitalet. Ante las unidades de hospitalizados había estanques de forma alargada con pequeños y nerviosos surtidores. Sobre la entrada al edificio de medicina forense se leía «Teilum-Bygningen», la mujer de la información también había dicho «Teilum». Para mí era el Museo de los Ahogados. La expresión se me había ocurrido mientras leía la entrevista con el viejo capitán del puerto y desde entonces no se me había ido de la cabeza.

El «Teilum» no tenía apariencia de museo ni tampoco de depósito de cadáveres. Era un edificio moderno de cinco plantas, la fachada de hormigón de grava, asimismo los maceteros que había a la izquierda y a la derecha de la entrada y en los que diminutos arbolillos de Ginkgo luchaban por sobrevivir. A través de las puertas vidrieras de las entradas delantera y trasera se podía ver el vestíbulo y los pasillos exteriores. En los corredores de generosas dimensiones se habían instalado zonas de descanso, separadas por biombos y amuebladas con butacas modernas en azul celeste, verde y rojo, y no era posible ni imaginar que allí se hubiera sentado alguien alguna vez. Escaleras de caracol de color amarillo limón llevaban hacia abajo, a las profundidades donde debían de yacer los muertos.

Cuando separé la frente del cristal y di un paso atrás para fotografiar el «Teilum», cuya desesperada variedad de colores me infundía un respeto difícil de denominar (¿era quizá posible tratar a la muerte de un modo hasta cierto punto más moderno, más optimista?), se acercó a mí un hombre en bicicleta. Sin bajarse me preguntó algo, probablemente qué buscaba yo allí. Llevaba puesto un uniforme gris de vigilante que recordaba el traje de un mecánico. Él también era gris, cabello gris, rostro gris. Respondí en inglés. Expliqué que era un escritor alemán que estaba haciendo indagaciones para un libro sobre los muertos, «*about the bodies, who came her in former times*», tartamudeé, tras lo cual el vigilante me dejó en paz al momento y me deseó mucho éxito. Muy inclinado hacia delante y con considerable velocidad reanudó la marcha; debía de ser una especie de bicicleta de carreras. De pronto tuve conciencia de que ya había pasado varias veces a mi lado mientras yo trataba de explorar más detalladamente el Museo de los Ahogados.

Me metí en el Shiguli y enseguida me dormí. Sobre mí el murmullo de los árboles de Fælledparken (el nombre, en la libreta de apuntes). A la mañana siguiente me asee lo mejor que

pude. Agua de la botella, lavado de dientes protegido por la tapa levantada del maletero. Me cambié de camisa y traté de alisarla. Luego fui al parque, pero el quiosco del café estaba cerrado.

En el coche encontré una manzana. Consideré si para mi propósito podía ser ventajoso mantener la leyenda del escritor, en cualquier caso parecía causar mejor efecto. Había preparado una carpeta con la foto de Sonja acompañada de un texto en inglés que aclaraba por qué yo tenía derecho a ser considerado un familiar. Y había reunido las señas personales de Sonja (en la medida en que yo las conocía), también la fecha probable de su huida, de su probable huida. Abrí una vez más la carpeta, pero no podía concentrarme y me limité a quitar cuidadosamente del arrugado rostro de Sonja varias salpicaduras de cera.

«¡Sopla, por Dios!»

«¡Tienes que soplar, Ed!»

Trataba de prepararme para lo que viniera. Por mi cabeza pasaban zombis y trozos de cadáveres. Vi a Sonja muerta en una cámara frigorífica, «en el buen hielo del reino»..., perfectamente absurdo, sí, y de pronto me pareció no menos absurdo haber llegado a aquel lugar, ingenuo e ignorante como era. Pero no sin motivo, eso sí. Sí, yo me *ocuparía*, y como es natural esperaba *no* encontrar a Sonja.

Durante un rato deambulé por los pasillos de la planta baja, auditorio 1, auditorio 2, las puertas estaban abiertas, en el aire flotaba un olor dulzón. Las oficinas estaban arriba. Allí había una especie de zona de espera, con guardarropa y recepción, y en ella dos secretarias, una joven y otra de más edad.

Empecé a soltar mis frases aprendidas de memoria (qué malo mi inglés). Ya antes de que yo pudiera abrir la carpeta, la más joven echó mano del teléfono.

«¿Doctor Sørensen?»

El doctor Sørensen hablaba alemán, lo que le agradecí al momento. En su departamento se hacían unas tres mil autopsias al año, dijo; por supuesto que podía haber habido también refugiados alemanes ahogados, recogidos en las costas de Selandia, Lolland o Falster, él recordaba lejanamente algunos casos, pero por desgracia, añadió, sólo la policía poseía la documentación... Sørensen llevaba una camisa blanca con un cuello grande y picudo. Al hablar inclinaba la cabeza ligeramente hacia un lado e hizo varias veces gestos de asentimiento como para indicar que «las cosas son como son».

Durante algún tiempo me sentí difusamente aliviado. Me confortaba que los daneses, que parecían hablar todos alemán, me hubieran recibido y tratado amablemente, pese a mi ropa arrugada y mi apariencia de trasnochador, de alguien que inspira poca confianza, pero al fin y al cabo era el primer alemán del este que iba al «Teilum» y se interesaba por los cadáveres de sus compatriotas, como observó Sørensen, «Compatriotas... ¿se podía decir eso aún hoy, señor Bendler? Más bien no, ¿verdad?»

He de admitir que Sørensen no me dejó indiferente. Sus maneras ágiles, su rostro bronceado por el sol; hoy quizá sería distinta mi sensación, pero en aquel entonces Sørensen era una persona de un mundo distinto, de una vida distinta (mejor), a años luz del mundo del que yo procedía. Casi me daba vergüenza la foto llena de manchas, pero finalmente la saqué de mi carpeta y se la puse sobre la mesa, como una última petición; al hacerlo, me sentía un pobre paria. Sørensen echó una breve mirada a la foto (como a un malentendido), pero no la tocó, por lo que volví a cogerla, con apresuramiento y confusión.

Sin embargo, he de decir que el trato fue muy correcto y que él mostró deseos de ayudarme,

incluida la oferta de una visita del «Teilum». Tal vez porque les resultaba difícil dejarme marchar con las manos vacías (dado el largo camino recorrido), quizá también porque yo era del este y con mi humilde actitud causaba la impresión de interesarme en el fondo *por todo*.

Allí se hablaba de la muerte con algo más de naturalidad, explicaba Sørensen mientras me llevaba por las salas. Yo llevaba ahora una bata blanca y caminaba detrás de él.

Me ha quedado un único recuerdo realmente preciso; y concierne al instrumental de la autopsia, probablemente porque me resultó familiar: cuchillo, cuchara, cazo. Los órganos se cogían en paquetes, primero el corazón y el pulmón, luego el estómago, los intestinos y el hígado y al final, los riñones, la vejiga y los órganos sexuales. Todo se lavaba y se pesaba por separado, y por lo general se tomaban también muestras. «Esos pequeños recipientes de plástico, por ejemplo, están preparados para las pruebas judiciales. De pronto yo tenía en la mano uno de esos vasitos. Contenía un polvo blanco. «Fluoruro sódico», explicó Sørensen, «eso detiene la descomposición.» Cogió el vasito. Con conciencia del deber saqué mi agenda, lo que indujo al forense a entrar en pormenores por «mi interés especial», como dijo. Los cadáveres de ahogados eran cadáveres corrompidos y tenían ya cierto olor, en el fondo insoportable. Está uno sentado en el coche camino de su casa, eso dijo, hay caravana, y de pronto: el olor. Está en la piel, en el pelo, en todas partes, simplemente. Uno prefería los cadáveres recientes, claro. Sørensen se rió y se disculpó al momento. Todo eso carecía de importancia, al fin y al cabo. La curiosidad era lo más importante, añadió, una cierta y quizá exagerada curiosidad; esa curiosidad no había que perderla nunca.

Al despedirse, el doctor Sørensen cambió unas palabras con las secretarias. Sin duda yo parecía alterado, en cualquier caso, la de más edad me acompañó a la salida. Delante del ascensor, se acercó más a mí y lo dijo: Si quería llorar una muerte, o sea, si buscaba el lugar adecuado para ello, el lugar para despedirme de mi novia (así se expresó), entonces debía ir al cementerio municipal, a la Tumba de los Desconocidos. Y me puso un papel en la mano: Bispebjerg Kirkegård, Frederiksborgvej 125, Nørrebro.

No sé mucho más sobre el resto del día. Medio inconsciente seguí por el camino trillado de los turistas y en algún momento aterricé en el puerto. Desperté al quedarme asombrado de qué pequeña era en efecto la Sirenita (*Den lille Havfrue*). En mi guía de la ciudad leí que en 1964 le habían cercenado la cabeza y en 1984 el brazo derecho, pero no había cicatrices, no se veía ninguna huella. Parecía indescriptiblemente triste: compasiva y merecedora de toda compasión. Fue el momento en que decidí ir a Bispebjerg, lo recuerdo. Por el camino traté de imaginarme a la sirenita sin cabeza y sin brazo; no se había convertido en espuma, ni en un espíritu del aire, no, su cuerpo putrefacto yacía entre las piedras, recién arribado, pero nadie tomó ninguna medida. Sólo unos turistas que hacían fotos. Luego la policía, los forenses, la autopsia, el expediente. En cualquier caso tenía un nombre, cualquier danés la habría reconocido, incluso sin cabeza.

Lo característico de Bispebjerg Kirkegård era que se podía recorrer en coche. Había un óvalo grande y bien asfaltado, parecido a un campo de carreras, y algunas calles laterales pequeñas. Todos los caminos eran calzadas, bordeados de álamos o abetos. Aparqué primero junto al crematorio y me orienté en un plano general. Alrededor del campo de carreras se situaban por orden las distintas secciones, señalizadas como salidas de autopistas: salida sueca, rusa, musulmana, católica, y al otro extremo del recinto, detrás de la curva del sur, el Tyske Grave, los muertos alemanes. Me monté en el Shiguli y conduje hasta allí, unos tres kilómetros.

El Tyske Grave era un terreno con tres cruces de piedra, tres encinas y una gran placa

conmemorativa de bronce. Sobre una serie de placas más pequeñas estaban consignados los muertos, ordenados alfabéticamente, con fecha de nacimiento y de fallecimiento. La lista terminaba remitiendo a «diecisiete refugiados alemanes desconocidos».

No recuerdo lo que sentí en aquel momento. Sé que me resultaba difícil dormir en el cementerio aunque me encontraba seguro en el Shiguli. Y sé que a medianoche salí del coche y me dirigí a la lápida. En la oscuridad todo parecía distinto, más cálido. Coloqué en la hierba la foto arrugada y esperé. Todo estaba silencioso, no corría viento entre los árboles, ningún ruido. Ninguna señal. Pensé en Kruso, en Sonja y por tanto también en G. Cumplía una promesa, como si me la hubiera hecho a mí mismo.

«¿Entonces no me abandonarás, Sonja?»

«No, no, nunca jamás. Te seguiré.»

Veinte años escasos más tarde vi que un hombre señalaba a un prado grande y vacío y decía: «Aquí hay muertos enterrados por todas partes.» Era una película de Radio Alemania del Norte sobre las evasiones por el Báltico. Yo había trabajado hasta poco antes de medianoche y encendido después el televisor. Había tomado vino, media botella. Todo es azar. Sólo había querido amodorrarme, caerme de sueño, como decía mi madre, y no había ningún método mejor.

El objetivo de la cámara se movía despacio (en duelo) sobre el prado y se detuvo finalmente (con recogimiento) entre las ramas de una gran haya que hacía allí la guardia de honor. Prado y árboles, nada más. El cementerio se llamaba Bispebjerg Kirkegård, pero el lugar no se parecía en absoluto al cementerio en el que yo había estado dos décadas antes, una tarde y una noche, para *despedirme*, como había propuesto la secretaria del departamento de medicina forense. El joven danés que estaba ante la cámara llevaba puesto un abrigo semilargo, su pelo era rubio y le llegaba a los hombros. Detrás de él, sólo césped y de vez en cuando, a cierta distancia, pequeñas islas de flores multicolores.

Lo prometido. No era que yo hubiera estado junto a la tumba equivocada y que tal vez me hubieran tomado el pelo. No tenía que ver con mi indignación, no: yo había sido negligente. Me había contentado demasiado pronto y en el fondo, con nada.

Durante las siguientes semanas leí todo lo que tuve al alcance sobre el tema. No encontré demasiado. Dos libros con cuidadosas indagaciones y análisis, algunos artículos, una exposición itinerante. Una estadística consignaba casi 5.600 personas que habían huido, 913 de ellas con éxito, 4.522 detenciones y por lo menos 174 víctimas mortales desde 1961, arrojadas a tierra entre Fehmarn, Rügen y Dinamarca. Las fugas más llamativas las habían filmado; no era cine de máxima calidad pero sí buenos documentales para las cadenas regionales de televisión: dos surfistas que en una tempestad de noviembre habían logrado pasar de Hiddensee a Møn (con planchas de surf de confección propia). Dos médicos jóvenes en un bote neumático, recogido por una balandra danesa. Un hombre que en veinticuatro horas había nadado cuarenta y ocho kilómetros, de Kühlungsborn a Fehmarn, con cinco tabletas de chocolate a modo de provisiones. Las huidas se convertían en historias de huidas y los fugitivos, en héroes, personas que lo habían arriesgado todo y habían sobrevivido. «Lo hemos conseguido», o «Hemos alcanzado nuestra meta»: una y otra vez esas frases, casi como un conjuro.

También hablaban de numerosos intentos de fuga fracasados, pero sobre los muertos sin nombre no encontré nada, en ningún sitio. Ni el lugar donde los encontraron, ni la tumba, sólo la vaga alusión a un entierro en Copenhague. Curiosamente aparecía de vez en cuando el número 15, 15

víctimas desconocidas, como decían, arrojadas a las costas de Dinamarca. Me pregunté de dónde habían podido sacar ese número. Aunque la cifra de casos desconocidos de la que se hablaba a menudo era probablemente, a juicio de la gente, mucho más elevada, esos muertos tenían que haber sido identificados como alemanes del este. Alguien tenía que haberlos visto y haber comprobado que «vienen *de allá*». «Cuando nuestros pescadores recogían la red de arrastre entre Møn y Rügen, a veces había cadáveres entre los peces. Me acuerdo de doce muertos. Los trajimos aquí, a tierra, y los entregamos al Instituto de Medicina Forense de Copenhague.»

Eso era sin duda una simplificación de las cosas, una limitación a lo esencial, como corresponde a un viejo capitán de puerto, que no menciona a la policía, a los forenses, al fiscal y a todo el aparato tanatocrático. Los cuerpos tenían que haber llegado a algún sitio. Tenía que haber documentación, informes de autopsia y una tumba localizable. No un museo tal vez, pero algo.

Primero escribí al Instituto de Medicina Forense de la Universidad de Copenhague, *Retspatologisk Afdeling*, el multicolor depósito de cadáveres. La respuesta llegó enseguida. Los hechos que yo mencionaba en mi carta, decía, eran «trágicos e interesantes», pero lamentablemente ellos no estaban en condiciones de ayudarme. Todas las autopsias se hacían por encargo de la policía, y sólo ésta disponía de los informes correspondientes. En consecuencia, me remitían a la policía del Sur de Selandia y Lolland-Falster, Parkvej 50, Næstved. La carta estaba firmada por el profesor Hans Petter Hougen, el médico forense oficial, no por Sørensen, quien tal vez estaba ya jubilado. Con la ayuda de una amiga de habla danesa formulé una demanda lo más precisa posible, y de nuevo llegó la respuesta enseguida. En su ámbito de competencia, decía, no se hallaba consignado en actas ninguno de los casos descritos por mí, explicaba Allan Lappenborg, de la secretaría de la policía del Sur de Selandia y Lolland-Falster, un territorio que abarca dos tercios de la costa meridional de Dinamarca. Su respuesta iba acompañada del informe del archivero Kurt Hansen Løi, que escribía: «He pedido información a compañeros de más edad que estaban empleados aquí durante el periodo en cuestión. Por lo visto, la policía no se ocupó de esos asuntos y es de suponer que tampoco se tuvo noticia de un caso de fallecimiento. Eso confirma la información del capitán del puerto según la cual los casos mortales van a parar al instituto forense. En cualquier caso, el archivo de la policía de Vordingborg no contiene casos de fallecimiento de la época de la RDA.» Aunque la información del archivero de la policía del distrito era más que sorprendente, decidí no dirigirme otra vez al profesor Hougen. En lugar de eso escribí a distintas entidades, en el fondo a ciegas, llevado sólo de la suposición (de la esperanza) de que entre esas direcciones encontraría a alguien que supiera dónde estaban los muertos desconocidos de un país desaparecido, al menos de los quince consignados por doquier en las listas de víctimas.

Escribí a la iglesia alemana de San Pedro en Copenhague, a la CARD, la comunidad de intereses de antiguos refugiados de la RDA, a la oficina de documentos de la Stasi de Rostock y al Museo del Muro de Berlín (Comunidad de Trabajo 13 de Agosto, Casa en el Checkpoint Charlie), asimismo a los encargados de diversas páginas web que remitían a los refugiados muertos, algunos dieron la cifra de quince, sin fecha, sin año, sólo esa definitiva desaparición. Sin poder evitarlo, yo había empezado a reflexionar sobre su *existencia*, como si eso fuera posible. Tenía ante la vista cuadros de Géricault, es decir, yo pensaba sobre los muertos como sobre personas vivas, como si en sus restos aún siguiera habiendo deseo y necesidad, soledad y desesperación.

«Los muertos nos esperan, Ed, ¿lo sabías?»

«Pero nadie llegará, nadie, nunca.»

En su conjunto, el resultado fue decepcionante. Nadie sabía nada realmente, y las contradicciones se acumulaban. Los encargados de las páginas web no respondieron a las preguntas que yo había escrito laboriosamente en las casillas del «contacto», que eran más bien propias de un trabajo escolar. El pastor de la comunidad alemana de Copenhague era nuevo en el cargo y prometió consultar a los presbíteros del consistorio. «Si quiere saber dónde están enterrados los muertos, debería contactar con la vigilancia costera danesa», escribió la CARD. El doctor Volker Höffer, del Centro de Documentación de la Stasi, delegación de Rostock, ofreció su apoyo. Pero añadía que sobre los quince muertos desconocidos no podía decir nada preciso; que esa cifra, quince, seguramente estaba basada en las declaraciones de expertos del Ministerio del Interior danés, sección «Defensa». Y lamentablemente él no tenía contacto con ellos. Del Museo del Muro, un mail de Alexandra Hildebrandt: actualmente su departamento también estaba haciendo indagaciones para saber los nombres de las víctimas mortales enterradas en Bispebjerg. «Por lo que hemos averiguado, en nuestra iglesia de San Pedro no hay nada relativo a los refugiados de la RDA», escribía Wulf D. Wätjen, miembro del Consistorio de San Pedro. De parte de CARD me escribía el doctor Wolfgang Mayer aconsejándome que me dirigiera a la embajada alemana en Copenhague, sección consular.

¿Guardia costera, consulado o ministerio?

La respuesta de la embajada alemana llegó a través de Olaf Iversen, colaborador del departamento exterior: «Hoy he estado en la administración del cementerio de Bispebjerg. Lamentablemente no han podido darme ningún dato sobre los refugiados anónimos de la RDA.» Iversen había estado en la oficina del cementerio ya al día siguiente de mi demanda. Y una vez más me escribía el miembro del consistorio de San Pedro: también él había preguntado en el Bispebjerg Kirkegård y no había ninguna documentación sobre esos entierros, ninguna anotación en el registro de muertos. Una cosa parecía clara: no sólo yo, también el joven danés de la película se había equivocado; los muertos desconocidos no yacían en Bispebjerg, ni bajo las placas de bronce de las tumbas de caídos en la guerra ni en el apacible prado vecino.

El secretario de la embajada propuso contactar con Jesper Clemmensen, un periodista de la televisión danesa que había escrito sobre las fugas por el Báltico y ya había filmado algunos documentales al respecto. Dos horas más tarde llegó su información: «Jesper C. nos ha contestado que habla bien alemán y que se alegraría si usted se dirigiera directamente a él.» Debo este contacto decisivo a la generosidad sin reservas de Iversen.

Yo quería que Jesper Clemmensen me tuviera por una persona seria, no por un loco obsesionado por una idea fija. Pero ese peligro rondaba por doquier mientras yo, sin el respaldo de una institución o de una misión oficial, telefonara y enviara mails a medio mundo para *preguntar por los muertos*. Por eso yo tampoco hablaba de Sonja ni de Kruso, lo formulaba más bien de un modo general: un asunto que casi se explicaba por sí solo y parecía más que justificado. Tenía preparadas las frases correspondientes, grabadas como en placas conmemorativas: devolver su identidad a las víctimas, romper el anonimato de las estadísticas, sacar del olvido su triste destino, etcétera. Todo eso tenía ya suficiente peso y no podía ser una mentira. (Tú sólo estás buscando a Sonja, y en el fondo sólo buscas a G., porque no consigues superar aquello y nunca lo conseguirás: ¡qué va a ser una *promesa!*) (Añoranza de los muertos, así lo definiste una vez, ¿verdad?)

No sé decir si Jesper dio crédito a mis explicaciones. Más bien no, y pese a ello (o precisamente debido a ello) tuve una gran suerte con él, no podía haber encontrado a nadie mejor. Él vivía allí, conocía «a alguna gente», tenía contactos y sabía a quién tenía que llamar por teléfono. Sabía cómo se investiga. Hablaba de «fuentes» («mi fuente ha dicho») y de «valiosas informaciones» cuando yo, con la mejor voluntad, era incapaz de ver el menor progreso. No me gusta mucho hablar por teléfono, pero con Jesper era fácil. Pasaron dos meses durante los cuales roturó el paisaje de la policía y de los archivos de su país, incluido el departamento de medicina forense de la oficina del forense y el Archivo del Reich. Hasta la tarde del 23 de septiembre, en la que me llamó y dijo que ahora sabía dónde se encontraba el Museo de los Ahogados. La cuestión era únicamente si me dejarían entrar sin tener un contrato de investigación y sin poder identificarme como familiar.

«Los muertos nos esperan, Ed, ¿qué dices a eso?», había dicho Kruso.

«Los cadáveres no los sueltan», había dicho Kruso.

A primera hora de la mañana aterrizó mi avión en Copenhague. Desde la estación sólo había tres minutos a pie hasta el hotel. Un gran espacio vacío en la explanada de la estación permitía mirar al túnel que pasaba por debajo y cuyas vías estaban orientadas al norte. En el asfalto había varias bicicletas, alguien las había arrojado al vacío (lanzado por la borda). El lecho de las vías estaba lleno de basura y, comparado con el entorno de la explanada, ofrecía un aspecto de irritante abandono. Como si abajo, en lo profundo, apenas circularan ya trenes, o como si esos rieles llevaran a una Dinamarca distinta, subterránea, a la que en realidad ya nadie quería viajar.

Nuestro encuentro era por la tarde, la cita la había fijado Jesper con su fuente. Hacía frío y había en el aire una lluvia fina, casi invisible. En la plaza del Ayuntamiento hacían música unos indios. Al jefe de la tribu le llegaba el tocado de plumas hasta los pies; llevaba unos guantes rojos y una chaqueta de forro polar. Durante un rato traté de dejarme llevar, pero al final me faltó la paciencia. Doblé una esquina y encontré una calle lateral en la que era posible caminar libremente. Pronto fui a parar a una plaza. Entré al azar en un restaurante que se llamaba Café Scandi. El bufet del almuerzo costaba sesenta y nueve coronas. El Scandi era pasable pero había algo raro allí. El techo estaba cubierto de cintas metálicas onduladas en las que se reflejaba todo lo que ocurría debajo. En las mesas ardían velas inextinguibles, como luces de situación, en pesados vasos de rojo vino. Yo estaba sentado junto a una ventana, y podía ver la calle. Las nubes estaban muy bajas y la oscuridad era excesiva para esa hora. Mi luz de posición empezó a temblar, algún viento de algún sitio, y cuando me di la vuelta, lo supe: a mi espalda se había abierto el hueco de un montaplatos. Me senté al otro lado de la mesa y fijé la vista en las dos puertecitas. El camarero las cerró de golpe antes de enviar abajo el ascensor. En un letrero sobre el hueco leí las palabras *Persontransport forbudt*.⁸

Pensé en mi último día de la isla. Cómo saqué el agua negra de la calefacción del Klausner y eché el cerrojo a las ventanas. Cómo cerré el gas del surtidor de cervezas, quité el CO₂ del punzón y lo limpié de nuevo. Cuando salí y cerré la puerta se oía dentro a Viola, Radio Alemania. No era como si yo hubiese dejado atrás a alguien. Era más radical, más definitivo.

La dirección de nuestro punto de encuentro era Politortvet 14, 1780 Copenhague V, el edificio principal de *Rigspolitiet*, la policía nacional, llamada también Politigården, al suroeste del centro de la ciudad. Como entré en la plaza por el extremo opuesto, tuve que rodear todo el edificio.

El Politigården era una fortaleza, un castillo de cuatro pisos, construido en forma de cuña truncada, un complejo antiguo, impresionante por su tamaño y su luminosidad. Nunca había visto nada parecido y mi primer pensamiento fue: ¿por qué precisamente aquí? Casi al mismo tiempo se apoderó de mí una especie de humildad y de solemnidad; me temblaban las rodillas.

Como para defenderme, cambié de acera. Sobre la calle colgaban varias herrumbrosas lámparas cónicas, no había árboles y, cosa extraña, no había apenas tráfico, y era inconcebible que fuera *allí* donde yacían, allí, en lo hondo, en algún sótano, en los cimientos del poder sobre los que estaba construido ese edificio, esa nave espacial de hormigón que podía tragarse todo lo terrenal si quisiera, eso estaba claro, hasta los muertos, hasta la muerte... Eso, o algo parecido, era lo que me pasaba por la cabeza.

«Tengo su número», me había escrito Jesper en su último mail. La fuente de Jesper trabajaba en el laboratorio criminalístico de la policía danesa y era «uno de los tres que llevaban esos casos», como él subrayó, «uno de los tres» que tenían que saberlo, que estaban enterados de esas cosas, «uno de los tres» de la «sección de desaparecidos». Después de tantas idas y venidas, la información decisiva era que había que buscar en la *sección de desaparecidos*.

Jesper me había explicado por teléfono cómo estaba organizado el archivo: la sección de desaparecidos no abarcaba sólo a personas que alguien echaba en falta, sino también a todos los muertos anónimos. Aunque se supiera o, como el capitán del puerto de Møn, se pudiera suponer con gran seguridad, debido a su conocimiento de las corrientes marítimas y de las circunstancias correspondientes, que los restos humanos encontrados en playas o en redes de pescadores eran de gente huida de Alemania Oriental, nunca habría habido una lista separada, ni ningún dato más sobre su procedencia, ninguna rúbrica especial: la RDA no había existido nunca en la organización de ese archivo, en los libros donde se consignaba todo, en las piezas de las pruebas judiciales ni en las listas de muertos. La fecha del hallazgo y el lugar del hallazgo en suelo danés, éstos eran los puntos de referencia conforme a los que se ordenaba el conjunto. En cierto modo, pues, los muertos se hundían de nuevo en el océano de los sin identificar, los desaparecidos, los desconocidos: sección de desaparecidos.

Por todo lo que hasta entonces había averiguado y registrado en mis apuntes de Copenhague (tras una breve búsqueda había reaparecido el bloc de notas de mi primer viaje, y ahora yo lo continuaba con un poco más de detenimiento y, cómo lo diría, en cierto modo también con más responsabilidad que en aquel entonces, veinte años antes), era una triple desaparición.

Primero: la partida. Por consideración, el que huía no había dicho nada a nadie. Tampoco deja nada, ninguna carta de despedida, ninguna señal, sí deja el documento nacional de identidad y la cartera, todo para proteger a sus familiares, es decir, para que no fueran imputados por complicidad, por ayudarle a huir, posiblemente. Se trata de preservar al padre, a la madre, a la hermana o al hermano de interminables interrogatorios, de trabas y penas de cárcel. Una característica de la primera desaparición es también que el fugitivo elimine todas las etiquetas de su ropa: Malimo, Modedruck, etcétera, indicios que podrían delatar su procedencia del este, caso de que los lobos grises (las lanchas patrulleras de la Marina de la RDA) le capturasen en plena alta mar. Unas horas después se echa de menos a ese fugitivo, es un desaparecido. No pocas veces ha podido borrar hábilmente sus huellas: no se sospecha de él, quizá hasta el día de hoy. La llamada cifra de casos desconocidos: nadie investigará nunca a fondo cuántos de esos «desaparecidos» eran personas que habían huido del país.

Luego la segunda desaparición. El sumergirse en el mar, la tentativa de fuga. La alta mar, el frío, un calambre, sólo agua y olas y no haberle dicho nada a nadie. Así pues, no hay consuelo y no hay

nadie, únicamente la soledad absoluta, «¿qué ofensa, qué condenada ofensa es ésta?». Luego las fases del morir ahogado (asfixiado); se distinguen cinco estadios: Fase 1. La lucha del fugitivo antes de hundirse, reacciones de pánico, movimientos violentos, la cabeza todavía por encima del agua (fase de inspiración). 2. La fase de la apnea. El fugitivo se hunde y contiene la respiración. Fase 3. Acumulación de CO₂ en la sangre, lo que le obliga a volver a coger aire, debido a un máximo estímulo respiratorio. Fase 4. Se traga agua, que se mezcla en los conductos respiratorios con aire y con mucosidad de los bronquios para formar una sustancia blanca, espesa, de finas burbujas (fase de disnea). Cierre de la epiglotis, poco movimiento, relativa calma. Sólo después, debido a la falta de oxígeno en el cerebro, empiezan las convulsiones del ahogo, es decir: de nuevo fuertísimos movimientos, ruptura de la musculatura respiratoria, lucha por la supervivencia; el fugitivo pierde el conocimiento. Fase 5. Muerte. El muerto en el fondo del mar. Su metabolismo ha colapsado, su circulación se ha desmoronado, el corazón ha dejado de latir.

A la segunda desaparición pertenece también el trayecto bajo el agua que el fugitivo muerto recorre primero a cuatro patas. Su cadáver se mueve como un perro cansado, husmeante, sobre el fondo del mar, con la cabeza agachada sobre el fondo: la frente, las rodillas, las manos rozan el fondo, escoriaciones hasta los huesos, los huesos quedan pulidos. Las extremidades cuelgan como la quilla de un barco. Se mueve durante algún tiempo por allí abajo con las corrientes frías. Luego descomposición, gases putrefactos, emerger a la superficie, disolución: túneles que forman las anguilas al devorarlo, animales que roen, grandes y pequeños seres vivos, una continua disgregación. No pocos cadáveres son y pasan a ser parte de las mareas, parte del Báltico, «Mar de la paz», estación final. Algunos son arrastrados a la orilla. O a la orilla detestada o a la deseada.

Luego la tercera desaparición.

Jesper me esperaba bajo las arcadas, un pórtico en la parte sur de la fortaleza. Apenas nos habíamos saludado cuando apareció su fuente y nos llevó a un piso más arriba, al portero. La fuente era esbelta, sorprendentemente joven y tenía cierto aire de ordenanza aunque pertenecía sin duda a los estratos superiores. Mientras yo escribía mi nombre y dirección en un libro y recibía a cambio una tarjetita de plástico, Jesper hacía preguntas a su fuente. Bromeaban, aunque parecía que estaban más bien desconcertados, en la medida en que yo podía apreciarlo sin entender una palabra. El portero, en su cabina de vidrio de seguridad en tonalidades marrones, también dijo algo que no comprendí, tras lo cual Jesper se acercó a mí y prendió la tarjetita en el bolsillo de mi camisa. Sólo entonces pude observarlo bien; tenía la cabeza recién rasurada, y algo me impresionó en su aspecto: lo ostensible de su cabeza, que correspondía a lo ostensible de su ser (como si se llevaran los cabellos sólo como camuflaje o mistificación), en cualquier caso lo percibí así en aquel momento. Vestía una parka verde militar abrochada hasta la barbilla, la capucha le llegaba hasta la nuca, como los cuellos de los nobles de tiempos pasados. Me imaginé que extendía la mano y le acariciaba la cabeza: Gracias, Jesper.

Mi tarjeta tenía el número 14, y Jesper explicó que al final yo tenía que devolverla y consignar mi salida en el libro del portero. Añadió que no debía preocuparme, que confiara simplemente en la marcha de las cosas. Sólo entonces comprendí que él no vendría conmigo. Durante un momento sentí que me fallaban las fuerzas. La fuente me tocó el brazo, y mi mirada se posó en el letrero que llevaba en el pecho: un nombre del que no puedo acordarme, debajo la designación *Konsulent*.

Para mi sorpresa, el Konsulent no me llevó a la fortaleza sino a otro edificio que estaba casi

enfrente y que pertenecía al complejo de los edificios de la policía en esa plaza. Era una construcción en ladrillo de cinco pisos que recordaba el estilo hanseático. Por el túnel de la entrada para coches llegamos a un patio interior y allí a una puerta estrecha y blanca como la nieve. El patio causaba una impresión extrañamente civil. Vi ropa colgada de los balcones y una decoración de luces en una de las ventanas.

El Konsulent marcó un código y me dijo algo en inglés. Yo emití un sonido ininteligible que denotaba curiosidad y la puerta se abrió. Por una escalera estrecha y retorcida bajamos a lo hondo. Luego una puerta antiincendios que no estaba cerrada con llave. En el suelo había pequeños escalones, aristas de acero con las que había que tener cuidado, marcadas en negro y amarillo, como en una fábrica. Por el techo pasaban los tubos del aire acondicionado; yo oía el sordo zumbido del grupo electrógeno, y no pude menos que pensar en la máquina de Rebhuhn. Miedo.

La sala era muy grande, como una nave de fábrica. A cierta distancia sobresalía entre los estantes una pequeña cabina que recordaba un camarote de balandra y estaba muy iluminada. Durante un rato caminamos en silencio entre las estanterías y me tranquilicé. Estuches negros con cifras de años marcadas en ellos; sólido cartón. A manera de cajones, cada una de esas cajas tenía en la parte delantera un tirador metálico o un lazo gris; había dos o tres en cada pila, y de nuevo sentí deseos de extender la mano. El Konsulent miró alrededor y empezó a llamar.

Llegado al camarote de balandra, dobló la esquina, se metió sin más preámbulos en la penumbra de la nave y desapareció. Como salido de la nada estaba delante de mí un hombre que se presentó al momento con su apellido y me pidió que le siguiera. Llevaba puesta una bata marrón de tela fina en cuyo bolsillo del pecho había un estuche de gafas y un voltímetro, un instrumento que me era familiar por la colección de herramientas de mi padre.

No barruntaba en absoluto de dónde podía haber salido tan de súbito Henri Madsen (Henri o Hendrik, Madsen o Mattson, yo estaba demasiado nervioso para entenderlo todo con detalle); quizá había estado todo el tiempo entre las estanterías, quizá había estado allí en la oscuridad esperando nuestra llegada.

Primero una pequeña escalera de madera con barandilla. La cabina de balandra era mucho más espaciosa de lo que yo había supuesto. Por debajo del frente de ventanas había una larga mesa escritorio, parecida a un banco de trabajo, en realidad era un banco de trabajo. Dos lámparas de trabajo y una pantalla de ordenador. Cosa curiosa, también había allí herramientas, herramientas buenas y limpias, diversas tenazas, llaves inglesas, una taladradora, un poco de alambre. En la parte trasera había otro cuarto más pequeño, sin luz; su camarote, pensé absurdamente.

Henri era alto y tenía el tipo de un boxeador de pesos pesados entrado en años; debía de pesar bastante más de cien kilos. Me ofreció un taburete de su banco de trabajo y preguntó de dónde era. Como el corazón me latía hasta salirseme por la boca no me di cuenta al principio de que hablaba alemán sin acento. Cuando se lo dije, se limitó a hacer un gesto con la cabeza.

«En 1945 mi abuela y mi madre, que entonces era una niña, claro, huyeron de Alemania. Con uno de los últimos barcos, desde Prusia Oriental, a través del Báltico, hasta Copenhague. Aquí murieron muchos refugiados después de la guerra, sobre todo niños. Muchos yacen en tumbas de guerra, con nombre y fecha, cuando eso era posible: a la edad de un año, de dos años, de menos de un año. Donde ha habido soldados alemanes encuentra usted esas tumbas, de hecho, por todo el mundo. Mantener y cuidar las tumbas de caídos alemanes, señor Bendler, supone mucho dinero y buenos contratos: esos muertos de ustedes ni en sueños lo habrían imaginado, ¿verdad?

Yo no sabía en absoluto lo que Madsen pensaba de mí, cómo me aquilataba y lo que sabía sobre

mis motivos. No sonreía, el rostro era impenetrable. Sin embargo enseguida me inspiró confianza, tal vez debido a las herramientas, por ser un hombre de herramientas de trabajo. Y había empezado a hablar sin la menor vacilación. Como si estuviera ya claro para él desde hacía tiempo cómo tenían que transcurrir las horas siguientes.

En su familia (en la *rama alemana*, así continuó Henri) había un lejano parentesco con Friedrich von Hardenberg. Y sus propios antepasados también habían trabajado en la mina, como Hardenberg, el poeta. «A nosotros siempre nos atrajo la profundidad», dijo Henri. Empezó a hablarme de su familia. Vi que le sorprendía (y le alegraba) que yo supiera quién era Hardenberg y entonces citó unas palabras de los *Himnos*: «¿Te deleitas también con nosotros, noche oscura? Qué llevas bajo el abrigo...»

Oír versos de Novalis en la nave de ese sótano, de la boca del archivero de la sección de desaparecidos, era tan ajeno a este mundo que durante un momento tuve que agarrarme a la madera del banco; era lisa, redondeada o desgastada en los cantos, pero sobre todo: *estaba* allí. Miré hacia fuera, por las hileras de estanterías cuyo final se perdía en una lejanía invisible, y respondí que mis padres aún poseían hoy un huerto allí donde Hardenberg había llevado a cabo sus últimas perforaciones geológicas, o sea, entre Zeitz y Gera.

«Por desgracia, apenas conozco la Alemania del Este», dijo Henri. Abrió un cajón de debajo del banco y sacó una hoja. (Fue un solo movimiento de mano, lo tenía todo preparado.) El papel estaba lleno de firmas en varias columnas, escritas cuidadosamente a mano, unas bajo las otras. Les dio unos golpecitos con la punta de los dedos y me miró. Su abundante pelo rubio era gris por encima de las orejas.

«A decir verdad, aquí ya nadie creía que usted viniera. Quiero decir, que viniera alguien. Al cabo de tanto tiempo.»

«No ha sido fácil de encontrarles.»

Henri sacudió despacio la cabeza.

«Este edificio es muy grande, señor Bendler, en pleno Copenhague. Y nosotros hemos estado siempre *aquí*.» Puso la palma de la mano sobre la mesa para señalar otra vez el lugar.

Una vez más tomé conciencia de lo que era tan irritante: sección de desaparecidos del reino de Dinamarca. Pero en Dinamarca nadie había echado de menos en ningún momento a *esos* muertos (mis muertos, había dicho Madsen). En ese país nadie reclamaría nunca esos cuerpos, allí nadie haría pública esas desapariciones poniendo un anuncio que pudiera conducir hasta los que huyeron entonces; no había huella. Para ellos sólo había ese archivo, la sección de desaparecidos. La tercera desaparición.

Antes de que yo pudiera responder, Henri se levantó y encendió la luz en la parte posterior de su camarote. «Aquí instalé entonces un lugar de trabajo para poder investigar. Un lector y un ordenador, un Commodore, ahora ya está anticuado, como es natural.» Tocó la pequeña pantalla gris acero, y retornamos al banco de trabajo. «Cuando cayó el Muro, sugerí que se crearan capacidades suplementarias y esboqué unas normas para los usuarios. Se hablaba de una pequeña sala de lectura.» Su mirada se posó en la nave. «Disculpe, se lo ruego, si ciertas cosas de gramática... Con los años, mi alemán está algo oxidado.» Me pasó sobre la mesa una hoja, «Normas de uso».

Aproveché la oportunidad y le entregué a mi vez la carpeta con la foto de Sonja y con los datos reunidos por mí. Abrió la carpeta y echó una larga mirada a la foto.

«Como he dicho, señor Bendler, usted no está autorizado.»

Hasta entonces, él no lo había dicho.

«Ante todo sería preciso disponer de una denuncia de la desaparición y una orden de búsqueda de las autoridades policiales de su propio país, en el mejor de los casos de su gobierno, que entonces se pondría en contacto con el gobierno de Dinamarca y éste a su vez con mis colegas de la Forensik de Vanløse. Además, para solicitar el acceso se necesitan más requisitos, datos más exactos sobre la fecha probable de la huida, fotografías de cierta calidad, una descripción lo más detallada posible, etcétera.»

Cerró despacio mi carpeta y puso dos dedos sobre ella.

«Es un procedimiento muy largo y muy complicado, señor Bendler. Y no todos pueden hacerlo, ¿entiende lo que quiero decir?»

Se aclaró la garganta y durante un rato miramos las estanterías, los dos juntos, uno al lado del otro, como oficiales de un barco perdido sobre su inútil puente.

«Quiero decir que usted es el primero que viene aquí, al cabo de veinticuatro años, ¿quién iba a pensarlo? Como si nadie hubiera echado en falta a nuestros muertos.»

Añadió que por supuesto ése no era el caso, nunca, todo lo contrario. Y que en el fondo eran cincuenta y dos años: desde que se levantó el muro. Por otra parte, dijo, él llevaba sólo treinta años allí abajo.

Madsen se había levantado.

Mi visita había terminado.

Quise levantarme también, pero su mano lo impidió. Más aún: estaba colocada sobre mi hombro, dos, tres largos segundos, pesada como una losa.

Empezó un pequeño discurso, para el que por lo visto tenía que estar de pie, la cabeza le llegaba casi hasta el techo de la cabina: «¡Treinta años y nunca un motivo de queja, señor Bendler!»

Frase tras frase Madsen recapituló la versátil historia de la sección de desaparecidos, a la que pertenecían, como dijo, tres empleados perfectamente formados, excelentes funcionarios de la policía con oficinas en Vanløse. No había archivero en la casa. Nunca lo había habido, sólo él y su plaza de empleado técnico. La vigilancia de todos los recintos, sobre todo de la ventilación y del aire acondicionado, requería mucha atención, por lo que desde el principio había instalado su taller allí abajo, junto a los muertos, en cualquier caso, añadió, ése había sido el principal motivo en aquel entonces. En el transcurso de los años se había familiarizado con todos los detalles, poco a poco. Cuando había evacuaciones, reformas, aportaciones de nuevas estanterías, reordenación de los documentos en cajas de cartón libre de ácido, etcétera, forzosamente había ido enterándose de la estructura y el contenido de esa singular colección, y desde entonces, él no podía decir otra cosa, estaba fascinado por ella, y además hasta el día de hoy.

«Los anónimos parecen sospechosos, aunque sólo sea por su falta de nombre: ¿no es injusto, señor Bendler? En tiempos pasados los navegantes llevaban complicados tatuajes y anillos para que, en caso de que el mar los arrojara a tierra, pudieran ser identificados por los adornos de su cuerpo. Ya entonces la gente sabía lo desconsoladora que es la situación de un muerto desconocido en este mundo. En una persona sin nombre no se confía, al contrario, se la considera repulsiva, fea. No tener nombre significa no tener ascendencia, familia, ni padre ni madre, de modo que están aquí, en sus estantes, como eslabones sueltos de una cadena. Están aún aquí pero se han perdido. Este sótano es ahora su única patria, señor Bendler, el último de todos los lugares. Y en cierto modo me tienen sólo a mí, que los conozco, no por sus nombres, pero por fotos, por dictámenes, por algunos objetos.»

Madsen se aclaró la garganta e hizo una pausa. La pausa no era casual, sino más bien un minuto

de silencio. Yo no estaba ni perplejo ni nervioso, el silencio me ayudaba. De alguna parte llegaba un suave retumbar de truenos, tal vez eran camiones que pasaban por arriba, por la calle que rodeaba la cuña truncada del castillo.

Para comprender mejor lo que se le había confiado allí a él, al portero, continuó diciendo Madsen, había empezado a ampliar, en secreto y por propia iniciativa, sus conocimientos en todos los campos: criminología, medicina forense, pruebas judiciales. Había aprovechado el tiempo, dijo, y..., no, no es que quisiera darse más importancia de la que jamás pueda llegar a tener un portero en este mundo, pero actualmente era sin duda *él* quien mejor conocía ese archivo y su contenido.

Madsen tanteó en su bata (en su corazón, pensé) para buscar el voltímetro y echó una ojeada a las herramientas como si hubiera de comprobar otra vez apresuradamente si estaba allí todo lo que iba a necesitar.

«Veinticuatro años, cincuenta y dos años, eso es decididamente demasiado tiempo. No hay en este mundo normas de uso que aguanten eso tanto tiempo..., quiero decir, sin usuarios. Ésta es mi opinión, señor Bendler. Pero aquí yo soy sólo el portero. Yo tampoco estoy *autorizado*, ¿me entiende?»

Asentí. Comprendí que me veía como una especie de delegación, un hombre para todos sus muertos.

«Espere aquí, por favor. Y sírvase, se lo ruego.»

Señaló un plato con galletas; al lado, un termo y dos tazas de plástico.

En la puerta se dio otra vez media vuelta.

«¡En Novalis, los muertos son los buenos, señor Bendler!» Luego el sonido de sus pasos en la escalera.

Fuera empezó una especie de tormenta de relámpagos; varios centenares de tubos de neón se encendieron. Desde mi sitio en el puente pude ver cómo Henri pasaba revista a las estanterías. Había algo raro en su modo de andar; un ligero cojeo, o sólo su pesado cuerpo, que tenía que oscilar. Empujaba una especie de carrito de servicio sobre el que al principio sólo estaba la hoja de papel. El carrito traqueteaba estruendosamente sobre el piso de cemento, pero según iba metiendo Henri la mano en las estanterías, el vehículo se movía más silenciosamente por entre las hileras.

Al cabo de un rato vino otra vez al puente. Levantó la mirada hacia mí y gritó: «Galletas, señor Bendler, sírvase usted galletas». Luego dobló a la derecha, a la parte más moderna del archivo.

Con un suave murmullo, cuatro o cinco potentes armarios archivadores, barnizados de gris, se deslizaron por el suelo. Él los tocó muy ligeramente (por lo visto había un teclado), y empezaron a moverse algo más deprisa, como una caravana de elefantes metálicos. El banco de trabajo vibraba, y en el Commodore sonó un crujido. Sin prisas, Madsen se movió entre aquellos colosos, era su domador, en bata marrón y con los brazos en alto, y era un milagro que no le aplastaran, o no, no era un milagro cuando se veía con qué elegancia aquel hombre alto y pesado se deslizaba por entre los estrechos pasillos; de vez en cuando había un ligero y casi infantil ímpetu en sus caderas, y al final de cada giro era también una caricia, una delicada determinación: un solo movimiento de mano y sobre su carrito aterrizaba un nuevo estuche.

Todas las convicciones que me habían acompañado en mi viaje se extinguieron en aquel momento. No sentí ya nada de aquella fidelidad que quizá no era sino sólo un sentimiento del deber, alimentado por una vieja culpa ya apenas mensurable, nada de aquella excitación de la promesa y de la voluntad de cumplirla, de algún modo la prueba de que *era digno*, digno de la

amistad; todo eso..., nada de eso tenía ya la menor importancia. Sólo ese instante de transparente belleza, esa, cómo lo llamaría, danza de la muerte. Como si yo sólo hubiera ido allí, a ese palco subterráneo, para eso, un público de una sola persona en treinta años.

No sólo en Novalis, también en Trakl eran los muertos los buenos: en ese instante lo comprendí. Trakl no había sido sólo un trauma, sino también un anhelo. Me pregunté si conseguiría alcanzar la salida sin ser visto. Si el código era necesario también desde dentro. Si lograría llegar hasta arriba sin la fuente.

No tengo ni idea de cómo puede formar parte de ningún informe lo que vino después. Cuando eché mano otra vez en estos días de mi diario de Copenhague, consideré más probable que eso lo hubiera escrito *alguien* que se interesaba por todo aquello, pero no yo. Lo había anotado alguien con trazos apresurados, a lo largo de varias páginas, y exactamente así:

– Pie en zapato, putrefacto. Muñones, huesos como mordisqueados, M: zapato deport. funciona como chaleco salvavidas, falta resto cadáver

– Mujer: sin labios, sin nariz, rostro sólo con dientes, brazos negros, llena de algas, M: césped de algas

– Torso de hombre: agujereado, como con disparos. Anguilas, dice M, habit. alimento de animales.

– Mujer como muñeco de goma, hinchada, flecos, brillante, M: adipocira, grasa cadavérica

– Mujer con cabeza reluciente, pulida, alred. piel. M: huella de arrastre, excoriac., rostro contra el fondo.

– Hombre con abrigo, burbuja blanca delante de la boca, M: hongo espumoso

– Hombre con raíz de árbol en pecho, negra, como un tatuaje, M: conductos venosos visibles.

– Persona indefinible, sin contornos, M: hélice de barco, destrucción en trozos gruesos. 20 páginas texto, fotos, vista general y detallada

– Torso masculino, M: cabeza y brazo 4 km distancia, foto d. lugar del hallazgo, mutilac. por mordiscos, devorado por animales, quizá perros vagab.

Etcétera.

Así está escrito. Pero no lo recuerdo. Solamente lo hablado. Lo hablado era como un ruido que puede oírse en sueños. Una frase tras otra, sin palabras. Todos soñaban ese ruido: Madsen, los muertos y yo. No había en ello ninguna notificación, ningún mensaje, simplemente estaba contenido en todo. Era en la penumbra de la nave, en el laberinto de las estanterías, en las fotos que había sobre el banco, y sólo de vez en cuando emergía de allí algo de lo dicho.

«Imagínate, Ed, que viven ahí abajo. Se sientan a la mesa, van de paseo, son libres, todos son *libres*. Todos esos cadáveres, Ed, era como si pasaran deslizándose en las tinieblas, valiosos, vivos, cuando menos sagrados.»

Conté cuatro luces verdes. Eran las salidas de emergencia, dos a cada extremo de la nave. Cada sueño había de tener una salida de emergencia, si no, no era un sueño. Por otra parte había sueños de gran claridad, sueños en los que todo encajaba, inconcebiblemente reales.

Primero reconocí la camisa. Él la había llevado, estaba en la foto del año 1989, al comienzo de la temporada. Luego el hueco entre los incisivos. Luego su cabello rubio, extrañamente intacto (angelical: la palabra estaba allí sin que yo la pensara y, aunque traté incluso de tacharla, al momento se me quedó grabada), el cuerpo en cambio estaba ennegrecido e hinchado. Pese a ello aún podía adivinarse que el muerto había sido un hombre delgado, desgarbado. Speiche.

Para estar seguro le pedí a Madsen que me tradujera el dictamen de la autopsia y el informe de

la policía. Él comprendió que había encontrado algo. Alguien a quien yo no había buscado pero sí encontrado. Su esfuerzo había valido la pena.

Había un trozo de la camisa de Speiche pegado en un cartón (la tarjeta de la vestimenta, dijo Madsen), y un mechoncito de pelo, del grosor de un lápiz, envuelto en papel de plata. En el encabezamiento de su expediente había un número y le pregunté a Madsen lo que significaba.

«Es el número de su tumba. Su número en la tumba lineal».

«¿Qué es una tumba lineal?»

«Así llamamos a los cementerios de los anónimos.»

«¿Qué significa lineal, qué quiere decir eso?»

«Los muertos yacen en línea. Así se los puede encontrar en todo momento con ayuda de las coordenadas que contiene ese número. Indican la situación exacta del cuerpo en la tierra. Como usted sabe, en las tumbas de los que no tienen nombre no hay lápida ni cruz, sólo césped, fuera de eso, nada.»

«¿No se incineran los cuerpos?»

«No. Los muertos esperan, en cierto modo. Quiero decir, por si acaso llega alguien que reclama sus restos mortales. El tiempo que yacen es ilimitado y estos expedientes también se conservan indefinidamente, ningún caso se considera cerrado mientras no tengamos un nombre. Al principio, los muertos yacen en los dormitorios del departamento de medicina forense, a veinte bajo cero. Muchos todo un año, o más, eso ya ha ocurrido. En algún momento se los recoge y se los devuelve al lugar donde los encontraron.»

«¿Se los devuelve?»

«Al lugar donde el mar los arrojó a la costa. Es competencia del municipio, eso dice la ley. Para él, era competente Stege, el lugar más grande de Møn, la tumba en línea de Stege.»

Liberados de la estrechez del estante, los papeles despedían un extraño olor que nublaba la conciencia; no a viejo, ni a cola ni a putrefacción, no: el papel olía a enfermo. Respiré, inhalando y exhalando aire, en el fondo en este mundo todo consistía en respirar con regularidad. Los muertos no estaban enterrados en Copenhague, no estaban en Bispebjerg Kirkegård. En Copenhague se les hizo la autopsia, y todos los expedientes e informes se quedaron allí. Ellos, en cambio, viajaron de vuelta al mar, fueron enterrados junto al mar, de modo provisional, invisibles, en línea.

Copenhague daba la impresión de ser una ciudad perfectamente sólida; las casas a orillas del agua estaban construidas con ladrillo, barro cocido, de tipo nórdico. De vez en cuando un montón de bicicletas rotas, apoyadas en la pared de una casa, encastradas medrosamente unas en otras, como una especie zoológica que no encontró cobijo. Había empezado a anochecer, ventanas iluminadas, de las que al momento se sentía un deseo imperioso aunque todo aquello era tierra extraña. Reconocí en ello el viejo anhelo de la cueva, la dicha solitaria, escondido en algún rincón de aquel cuarto, sentado en aquella mesa, a la luz de aquella lámpara bajo la que por fin se podía encontrar la calma, muy lejos de todo y de todos. Después de Speiche yo había concentrado los restos de mi fuerza de voluntad en un solo punto y había explicado a Madsen que me gustaría volver: mañana, pasado mañana, los días siguientes.

Vagué de un lado a otro dos o tres horas, y ya era de noche cuando entré en un café llamado La Esquina. Pedí algo, saqué mi libreta de apuntes y empecé a anotar todo lo que había visto y oído aquella tarde. Al final también el nombre del café y el nombre de la calle (Ryesgade 76) y que había cabezas de ciervos en las paredes, donde estaban fijadas las cartas con los menús, etcétera:

todo de modo muy mecánico. Miré el café, la barra y la gente de fuera porque sabía que aún tenía que anotar todo eso. Me resultaba difícil apoyar el lápiz, la muñeca se me entumecía, pero yo seguía escribiendo, los dedos se me contraían, pero yo seguía escribiendo, arañaba el papel línea tras línea, todo Copenhague, pero sin un solo pensamiento.

En la habitación del fondo de La Esquina había una pequeña peluquería, sin duda ése era el detalle interesante del café. Por una puerta vidriera, en la que estaba pegada la silueta de una tijera de enormes dimensiones, se podía ver trabajar a la peluquera. Yo acababa de empezar a comerme un bocadillo (el bocadillo en una mano, el bolígrafo en la otra) cuando la peluquera cerró su tienda. Ya tenía puesto el abrigo y llevaba en la mano una bolsa de plástico para la basura. Se arrodilló (un gesto elegante) y trató de cerrar la bolsa con un cordel, pero no lo consiguió. Yo ya estaba reflexionando sobre si debía anotar también eso. Cuando pasó a mi lado, vi que la bolsa estaba llena de pelos: que rebosaba de pelos.

Todavía en la puerta, adelanté a la peluquera, pero no logré llegar a ningún rincón, ni siquiera apartarme un metro de ella. En rigor, vomité justo a sus pies. Una joven peluquera que había concluido su jornada de trabajo e iba bien vestida (y seguramente había quedado para cenar, ir al cine, a un concierto o cualquier otra cosa), y yo salgo disparado detrás de ella y vomito a sus pies; ella y yo, su saco lleno de pelos, esa basura, esa masa sucia y repugnante, ese montón, manchado, enredado y amazotado, de desechos humanos. Soltó un pequeño grito en danés, una especie de graznido en *ä*, y gritó algo en dirección al café. Yo gritaba también, mientras vomitaba. Mentalmente le gritaba a ella, al mismo tiempo gritaba a la calle, y gritaba a la noche de Copenhague: ¿por qué traes esos cadáveres a mi mesa? ¿Qué voy a hacer con todos esos cadáveres? ¿Qué?

Meses después, antes de empezar a escribir este informe, vi a los muertos en sueños. Estaban de pie en el camino, en su figura incompleta, apenas definible (los informes de una autopsia semejan descripciones de cuadros, había dicho Madsen), y preguntaban por sus nombres. ¿Me llamo hélice de barco? ¿Me llamo muñeco de goma? ¿O me llamo Walter? ¿O Monika? En el sueño parecía que había de encontrarse *ahora* la respuesta, que ya quedaba muy poco tiempo y ésa era la última posibilidad, antes de que se apartaran de aquel camino, sin preguntas, sin dejar rastro y como si nunca hubieran existido.

Pero yo me había marchado de viaje, no había regresado al archivo. También mi informe permite ver qué poco apropiado era yo para todo eso, qué poco estaba a la altura de esa tarea. Un informe lleno de detalles accesorios, y además con sentimientos y pensamientos donde sólo debería haber hechos.

Existían también otras razones. Yo había entrado en su terreno, en el territorio de los muertos; había sido yo, casualmente, quizá ésa era la razón, y el escrito era rechazo, escudo, capa que hace invisible, sin cuaderno de apuntes yo no lo habría visto. *Ellos* no me habrían elegido para eso ni otros tampoco, eso lo tenía claro. Yo no era investigador, ni historiador, no estaba familiarizado con los métodos del trabajo científico, sólo había obedecido a una promesa, a las leyes de la amistad, por así decirlo; al principio sólo había sido eso: el ruego de Kruso. Y sólo eso. Pero después yo había traspasado esa frontera, con la palabra de la tercera desaparición, cuando empecé a pensar *exactamente así*.

Comoquiera que sea, al escribir recobré el juicio, y el fuego de mi estómago se calmó. Fui al cobertizo que estaba algo alejado de la casa, hacía tiempo que no había entrado en él. Delante de la puerta había una alfombra mohosa de agujas de pino. Al cabo de un rato encontré lo que buscaba, un paquete postal amarillo pálido en una estantería llena de juguetes infantiles, de

chatarra técnica, de aparatos de fitness que nunca habían sido utilizados. Sobre todo ello planeaba una sombría tristeza, rancia y mohosa. Abrí la caja. En el jersey había un capullo de polilla, grande y pegajoso; los zapatos de ante habían criado moho. Llevaba puestos los zapatos y el jersey cuando me fui de la isla, y también después. En el forro interior del bolsillo (todo estaba frío y rígido) encontré las gafas de Speiche; durante los días de mi enfermedad, en el Klausner, las había metido allí y después no volví a pensar en ellas, ni un segundo.

Guardar esas cosas sólo podía haber sido un intento de engañarme a mí mismo en cuanto al hecho de que yo había utilizado y desgastado varias cosas que no eran mías. Si Speiche apareciera de pronto algún día, yo estaría al menos en situación de... Eso o algo parecido debió de pensar durante algún tiempo la persona que yo había sido entonces, antes de olvidar esa caja.

Aunque se trataba (hasta cierto punto) de lo contrario, me sentía como un desvalijador de tumbas cuando entré en el cementerio con la caja bajo el brazo. Apenas la hube depositado en el suelo, alguien empezó a vociferar detrás de mí en lengua rusa. No me volví, pero el hombre se acercó. Llevaba uniforme, tenía abierto el abrigo y era evidente que estaba borracho. A toda velocidad recopilé el poco ruso que aprendí en la escuela (doce palabras tal vez, a veces más), pero no lo utilicé. «¡No beber, fascista!» El ruso me agarró del brazo y me llevó por el cementerio, pasando por el Golem y por los senderos hondos y reblandecidos, hasta la tumba que le pertenecía. La señaló con el dedo.

Eran tres, dos mujeres y él. Las mujeres con chaquetas y pañuelos cubriéndoles la cabeza, la mayor llevaba botas de fieltro. Estaban sentadas sobre una pequeña cubierta de plástico. En un paño de cocina, extendido sobre la mitad inferior de la tumba, había chocolate, jamón y cigarrillos; pegada a la lápida, una lata de conservas. «¡Bebe-bebe, camarada, cinco minutos, no fascista!» Una mano abierta vino por el aire a darme de canto en el pecho y con ello la cosa estaba decidida. El vodka se llamaba Parliament. Tenían incluso vasos, con bordes dorados. El primer trago lo vertió el ruso en la esquina derecha de la tumba, junto a la lápida. Luego se encendió dos cigarrillos. Uno lo incrustó en la tumba, donde se consumió lentamente. Las mujeres hablaban con el muerto, al tiempo que acariciaban la tierra y soplaban en la brasa del cigarrillo. De vez en cuando un gemir apenas perceptible pero irrefrenable, una especie de lloro que duraba unos segundos, y después vodka otra vez. El ruso se quedó dormido. Parecía contento. Yo me levanté y me despedí de las mujeres, creo que hasta hice una inclinación de cabeza, y regresé a mi tumba. Me alegraba de ser «no fascista» y probablemente estaba borracho.

Una tras otra fui sacando todas las cosas de la caja y las limpié, de modo provisional al menos. Me habían hecho un buen servicio, sí, en aquel entonces las necesité de verdad. «Necesité de verdad», susurré, y sentí un infinito agradecimiento que me recorrió el cuerpo con un efecto benéfico. Quizá eso no tenía que ver con Speiche. Durante un momento imponderable vi mi vida como una totalidad, una larga historia vinculada a esas cosas, sí, en aquel instante eran la expresión más exacta posible de todo lo que hasta ese día, hasta esa hora, hasta ese lugar, había ocurrido: un par de zapatos mohosos, una masa de lana y unas gafas con sólo un cristal.

«Perdona, te lo ruego, perdona.» En algún momento había comenzado mi monólogo. Primero me disculpé con Kruso por no haber perseverado. Se lo expliqué. Traté de no dejar nada sin mencionar: miedo y un horror demencial (horror de los muertos) por un lado, tristeza y una compasión demencial (compasión de los muertos) por el otro. De pronto pude hablar. Como estaba borracho, dije varias frases que no había previsto, que ni siquiera había pronunciado jamás, cosas que sólo nos concernían a nosotros, a Losch y a mí, a *los dos*. Tampoco estaban previstas las lágrimas. Finalmente pedí a Kruso permiso para el *asunto de Speiche*. Expliqué lo

que me había propuesto (la cosa resultaba evidente; Speiche, «el del asilo», el huérfano, en algún momento vi con claridad que para él no había, no habría nunca más parientes que yo, su sucesor como friegaplatos en el Klausner), y por qué eso no perjudicaría la memoria de Valentina Krusowitsch ni la memoria de Sonja (así lo formulé), al contrario. Yo podía estar allí ahora con regularidad y me *ocuparía*, como había prometido, allí estaba el lugar adecuado, en la sección de encontrados. Luego pedí disculpas al propio Speiche, primero por el jersey y los zapatos. Luego, de modo vicario, por las críticas y los sarcasmos (niño de asilo, monigote, fracasado), todos aquellos comentarios mezquinos sobre alguien que, en palabras de Kruso, «de todos modos tampoco era adecuado, fuera de eso».

Durante las semanas de otoño me escribió otra vez Wulf D. Wätjen, del consistorio eclesiástico de Copenhague. «Todavía lamento no haber podido ayudarle en sus indagaciones...», así empezaba su mail, y he de admitir que aquella frase me emocionó. En el diario danés *Politiken* había leído una noticia sobre un proyecto del Museo del Muro, de Berlín. Se trataba de prófugos de la RDA que habían huido a Dinamarca. El museo había encargado al autor del libro recién publicado, *Flugtrute Østersøen*, Jesper Clemmensen, que recabara información sobre objetos, nombres y otros datos. Un contacto con el Museo del Muro, decía Wätjen, tal vez me sería útil. Volví a hablar por teléfono con Jesper, quien me explicó que los berlineses primero querían tratar de presentar las *correspondientes solicitudes* para la financiación del *proyecto*. Apreté más el auricular contra el oído y aseguré que estaba completamente convencido de que habría todo el dinero necesario, dinero a manos llenas, «¿para qué si no, Jesper?»

Esta primavera han renovado el cementerio ruso. Las tumbas lucen ahora como si fueran nuevas. También han pintado las puertas del cementerio (las dos estrellas soviéticas son ahora grises) y construido una cerca más sólida contra los jabalíes que pueblan esa zona.

Por lo general me limito a sentarme junto a la tumba, y no se me ocurre nada más. Ni himnos, ni salmos. El bosque está silencioso o susurra con las viejas frases:

«Los muertos nos esperan, Ed, ¿qué dices a eso?»

o

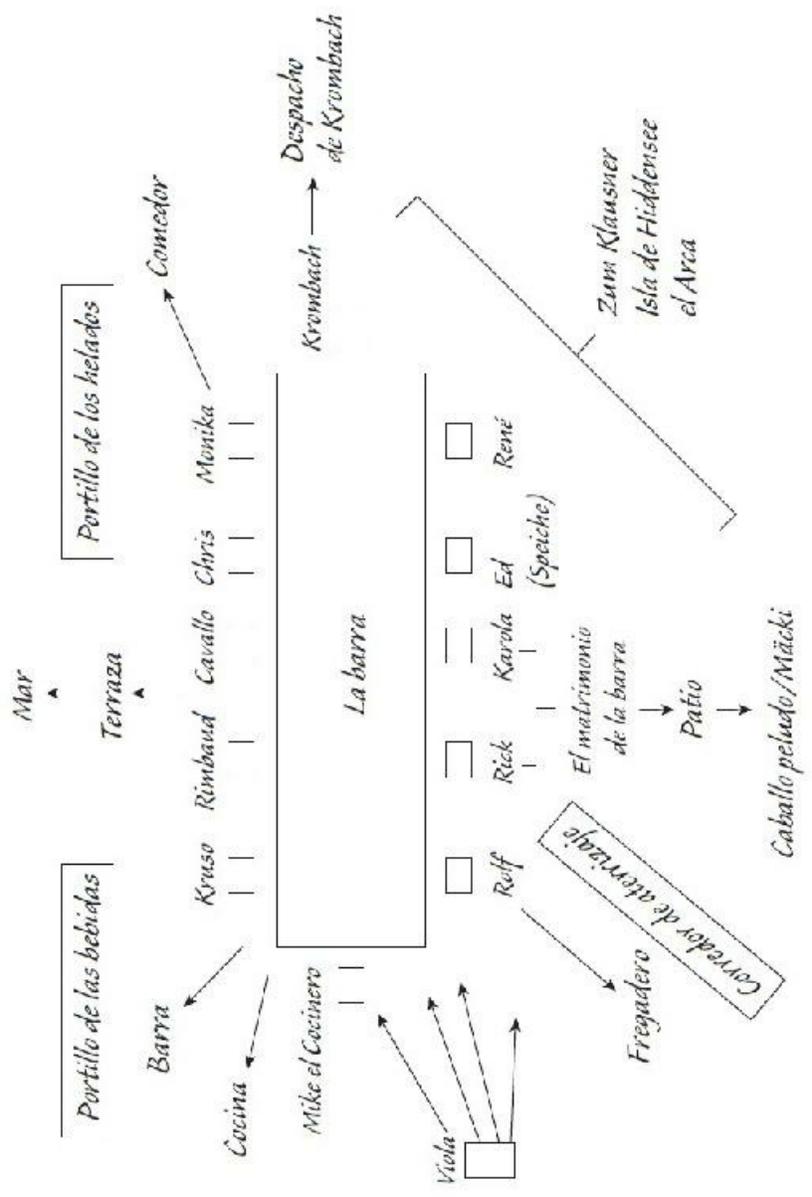
«Piensa en la luz verde.»

o

«Tú espera aquí y no te muevas».

«Lo prometo», murmuro, y en algún momento Speiche y yo empezamos a hablar del Klausner, del trabajo en el fregadero, de los cucharones, de Viola, de Mike el Cocinero y de algo que sólo había allí, en la isla, y sólo entonces. Y por qué, sin embargo, él tuvo que intentarlo, por qué no hubo otra salida para él.

Cuando tengo tiempo, hago un alto, en el camino de vuelta, en un bar llamado Rita, un chiringuito en la B2, a medio camino de mi casa. Hay allí un aserradero y una estación de ferrocarril fuera de servicio llamada Nesselgrund. Y hay también una especie de rotonda para que giren los camiones; en realidad no es sino una explanada muy grande, sólo arena, como en la playa, a tres kilómetros de Potsdam.



AGRADECIMIENTOS

Doy las gracias a mis antiguos compañeros del Klausner, Jörg Schieke, Anke Schmidt, Ramona Zynda y Viktor Zynda por haber respondido a innumerables preguntas. A Friedrich Christian Delius, Ralf Eichberg, Gerd Püschel y Dirk Uhlig les agradezco sus conversaciones y sus ideas. Doy las gracias a Friedrich Dethlefs, del Archivo Radiofónico Alemán, por haberme provisto, con rapidez y sin complicaciones, de material sonoro histórico. En mis indagaciones relacionadas con el epílogo recibí valiosa ayuda de Rebecca Elsässer, Henriette Seibold y Antje Wischmann. Doy especialmente las gracias a Jesper Clemmensen, sin cuya ayuda nunca habría encontrado la «Sección de desaparecidos».

Las documentaciones *Über die Ostsee in die Freiheit* [Por el Báltico a la libertad] y *Hinter dem Horizont liegt die Freiheit* [Detrás del horizonte está la libertad] de Christine Vogt-Müller y Bodo Müller, y asimismo *Flugtrute Østersøen* [Ruta de vuelo Østersøen], de Jesper Clemmensen, me han aportado muchas informaciones útiles. Aún son materia de reflexión las consideraciones de László F. Földényis sobre las *Perspectivas de la libertad* en Europa después de 1989.

El poema «Melopeo» del poeta flamenco Paul van Ostaijen está citado en la versión alemana de Klaus Reichert. Las citas sueltas de *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe están tomadas de la traducción alemana de Anna Tuhten, en una edición de la editorial Philipp Reclam Junior de Leipzig de 1950. Cito a Antonin Artaud por la versión alemana de Elena Kapralik. Los versos de Georg Trakl provienen del volumen de Franz Fühmann *Vor Feuerschlünden. Erfahrung mit Georg Trakls Gedicht* [Experiencia con la poesía de Georg Trakl], editorial Hirnstoff, 1984. De las «reservas» de Edgar aparecen en el texto versos de Jürgen Becker, Friedrich Nietzsche, Gottfried Benn y Peter Huchel. En frases diversas se cita en el texto a Fiódor Dostoievski, Marguerite Duras, Don DeLillo, Tomás Moro, el Antiguo Testamento, así como noticias e informes del tiempo de Radio Alemania.

NOTAS

1. Mecki, el niño con cabeza de erizo, es la popular mascota de una célebre revista alemana y personaje de numerosos cómics. *(N. de la T.)*

2 *Klausner* significa «ermitaño». *(N. de la T.)*

3 Heinrich Dathe, zoólogo muy conocido de la RDA, que tenía un programa de televisión muy popular. *(N. de la T.)*

4 *Rebhuhn* significa «perdiz». *(N. de la T.)*

5 *Schöneweide*, el nombre auténtico, significa «hermoso prado». La versión deformada de Krombach, *Schweineöde*, significa «desierto para cerdos». *(N. de la T.)*

6 En ruso, «Tengo un hermano y una hermana». *(N. de la T.)*

7 En ruso, «hombro con hombro». *(N. de la T.)*

8 «Prohibido el transporte de personas». *(N. de la T.)*

Título de la edición original:
Kruso

Edición en formato digital: febrero de 2017

© de la traducción, Carmen Gauger, 2017

© Suhrkamp Verlag, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3778-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

LUTZ SEILER

Kruso



ANAGRAMA
Panorama de narrativas